LAS

HIJAS DE LA NOCHE

NOVELA ORIJINAL

POR

RAMON PACHECO



ESTA ENTREGA SE HA REMPRESO EN LA

IMPRENTA GUTENBERG

38—ESTADO—38

1886

183

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El Subterráneo de los Jesuitas	2 t	omos.
Las Víctimas de una Venganza	2	id.
La Jenerala Buendía	2	id.
La Monja Endemoniada	2	id.
Triunfos i percances de una Coqueta	1	id
La Novia de un Viejo	1	id.
Cartas a mi esposa	1	id.
La Chilena Mártir	1	id.
Episodios de la Guerra	1	id.
Revelaciones de Ultratumba	1	id.
Una Beata i un Bandido	1	id.
Las Hijas de la Noche	1	id.

LAS HIJAS DE LA NOCHE

NOVELA SOCIAL

POR

Ramon Pacheco

Mui señor mio:

La novela cuyas primeras pájinas ponemos en sus manos, sin ser una obra como Nana de Zola, como Manon Lescaut de Prevost, como La Dama de las Camelias de Dumas, obras en estremo realistas o naturalistas, tiene sin embargo con ellas la semejanza de mostrar las consecuencias de esas pasiones encendidas al calor de las orjás o en las oscuras veredas de una calle. Eso sí, que al reves de aquellas, en vez de presentar las escenas desnudas, el autor ha buscado sacar de ellas un fin altamente moralizador.

Rogamos a Ud. se sirva leer el prólogo que el autor ha colocado al principio de su obra; i si despues de su lectura i la de las pájinas que acompañamos como muestra desea Ud. suscribirse, rogamos a Ud. se sirva firmar i devolver al repartidor la presente papeleta.

EL AJENTE.

Me suscribo a ____ejemplar

Firma del suscritor

Domicilio: Calle N.º

NOTA: La obra consta de 15 entregas de 32 pájinas a

20 centavos cada una

LAS

HIJAS DE LA NOCHE



HIJAS DE LA NOCHE

NOVELA ORIJINAL

POR

RAMON PACHECO





ESTA ENTREGA SE HA REUMPRESO EN LA IMPRENTA GUTENBERG

38-ESTADO-38

1886

PROLOGO

Esta obra necesita prólogo.

Descorremos un velo que hasta hoi nadie ha descorrido: abordamos una materia que hasta este momento ninguna pluma en Chile ha tocado.

La novela que damos a luz va a merecer, por su solo título talvez, el anatema o condenacion de los que, imbuidos todavía en las ideas o máximas del pasado, creen que el vicio i la inmoralidad solo pueden combatirse con la relijion. A los que así piensen, les diremos que: si es verdad que la relijion en todos los paises i en todos los tiempos fué la gran rejeneradora de la humanidad, hoi con el escepticismo que domina a las masas la relajacion no tendria freno, las pasiones humanas no encontrarian valla i volveríamos a los tiempos en que la prostitucion fué elevada a culto, i Baco, Hermafrodita i Vénus a la categoría de dioses.

I esto, porque ya nadie cree o teme al infierno; porque ya nadie hace bien o deja de obrar mal por temor al castigo; porque desde que la intelijencia pide espacio i el pensamiento libertad, la razon clara solo acepta el consejo, i el espíritu altivo solo admite el raciocinio i la discusion.

Colocados por el progreso en este terreno, los sufrimientos o los goces de ultratumba solo pueden ser freno para los creyentes-timoratos; i como por desgracia éstos son los ménos, fuerza es buscar un remedio para los mas.

¿I cuál remedio mejor que un libro que presente claro i desnudo el mal para reconocerlo, patente e inmediato el castigo para evitarlo?

Ese ideal persigue nuestro libro: él no habla al alma sino al cuerpo: él no se ocupa del porvenir sino del presente: él, en fin, no describe los castigos eternos ni los goces del espíritu mas allá de la vida, sino las torturas transitorias de la carne i del espíritu miéntras late en el pecho el corazon.

Aunque difícil, espinoso i delicado, el rol de nuestro libro es, como se ve, mui modesto. En cambio considerámoslo útil i oportuno, i nos atreveremos a decirlo, necesario.

¿Se creerá por esto que deseamos ponerlo bajo la vista de todos, sea cual fuere su sexo, su edad, sus conocimientos del mundo i su condicion?

—Nó; i lo decimos con franqueza. Este libro no deben leerlo: 1.º Los rubios pajarillos que con sus juegos inocentes i sus risas bullangueras alegran el hogar; 2.º Las tímidas doncellas que aun no conocen mas que la luz i los perfumes de la vida.

Para estas personas nuestro libro seria inútil: unas no le comprenderian, otras lo hallarian inverosímil i a las mas les escandalizaria; i como nuestro deseo es hacer el bien i no fomentar el mal, les aconsejamos que no lo lean.

En cambio diremos a quienes conviene: 1.º A los jóvenes que al estudiar botánica, leyes o astronomía, dejan las flores, el código o los astros para ocupar la imajinacion con una o algunas de esas estrellas movibles que pululan en nuestro planeta; 2.º A los casados i a las casadas i con mucha o mayor razon si son padres de familia; 3.º A esa desgraciada i numerosa familia que en esta obra lleva el nombre de hijas de la Noche, pues en ella encontrarán mas de un ejemplo que seguir, mas de una leccion que recojer i mas de una idea en que meditar. Para unas puede ser el paño de sus lágrimas; para otras el medio de evitarlas.

Finalmente, i reasumiendo en pocas palabras todo lo dicho

agregaremos que nuestra obra no es para los inocentes, ni para los timoratos, ni para los escrupulosos. I no lo es, porque éstos creen que solo deben escribirse libros que pueda leerlos todo el mundo; siendo así que la *Teolojía Moral* no pueden o no deben leerla mas que los sacerdotes; que la *Biblia* no conviene sea leida por todos; i que tantas otras obras se escriben i se publican solo para cierto número de personas.

I a fin de que nadie tome nuestra obra i la arroje al leer algunas pájinas, creemos conveniente agregar: que tratando de la materia que la inspira; que debiendo presentar ciertos cuadros i ciertas escenas, con algo siquiera del colorido que tienen en la realidad, nuestra obra en mas de una ocasion tendrá que ser un tanto subida de color. I ello es natural: Adan i Eva no podrian presentarse como inocentes en el paraiso sino se les pintara desnudos.

Mas, a pesar de esos cuadros, a pesar de que en muchas ocasiones tendremos que llamar blanco a lo blanco i negro a lo negro, por no haber otras palabras con que designar ciertos hechos o determinadas acciones; a pesar de esto, repetimos, Las hijas de la noche persiguen un fin altamente moralizador. Para obtenerlo hemos creido necesario acercarnos lo mas posible a la realidad; i aunque nuestra pluma en varias ocasiones se ha detenido, como se detiene la planta cuando se mide paso a paso un abismo, hemos seguido adelante en la persuacion de que así como del charco o del cieno inmundo se levantan las puras i cristalinas gotas de rocío que vivifican a las flores, así de la presentacion un tanto descarnada del vicio podrán nacer nobles i sólidos propósitos de virtud, que purifiquen los corazones i engrandezcan i eleven las almas. Débiles son nuestras fuerzas para ello; pero nuestros propósitos son grandes.

EL AUTOR.

Una dama como hai muchas

A las cuatro de una tarde del mes de Setiembre, se detuvo frente a la oficina telegráfica situada en la Plaza de la Independencia de Santiago, un elegante coche tirado por dos briosos alazanes.

Acto continuo bajó del carruaje un jóven como de 32 años alto, de formas vigorosas, de mirada penetrante i tez un tanto morena. Sin detenerse a cerrar la portezuela del carruaje entró a la oficina mencionada i preguntó a uno de los empleados:

-¿Está corriente el telégrafo hasta Copiapó?

Habiéndosele contestado afirmativamente, lo que en las oficinas telegráficas del Estado pocas veces sucede, el jóven acercóse al escritorio i trazó las siguientes líneas:

Camilo Fontealba

Copiapó.

Médicos en junta declaran mui grave enfermedad Heriberto, quien llama a usted con ahinco.

Gustavo Peña.

Pidió al empleado trasmitiese lo mas pronto posible el telegrama i volviendo a su carruaje dijo al conductor:

—Calle Nueva de la Merced Núm.......

La casa núm. A. 7.4 de la calle de la Merced, frente a la cual paró el carruaje de Gustavo, era de fachada vistosa, con tres ventanas i dos puertas a la calle, reja bronceada en el pasadizo i hermoso jardin en el primer patio. Las flores, el color de las murallas, la profusion de maceteros llenos de plantas poco comunes, algunas hermosas jaulas en que revoloteaban canarios u otras vistosas avecillas, daban a la casa aspecto alegre que parecia indicar la felicidad de que disfrutaban sus moradores

El jóven Gustavo tocó el llamador, colocado inmediato a la reja, i pareció vacilar ántes de anunciarse; pero despues de corta indecision alzó los hombros e hizo una mueca con los labios que equivalia a decir:

-¡No hai remedio! ¡Es necesario terminar!

Tiró del llamador, i un instante despues abria la reja una muchacha jóven, de mirada vivaracha i sonrisa un sí es no es provocativa i maliciosa.

- -¿Está Leonor? le preguntó Gustavo.
- —Sí, caballero, contestó la muchacha con aire desenvuelto, pero está en el baño. Si usted gusta esperar puede pasar al salon.
- —Bien, esperaré, replicó Gustavo tras de nueva vacilacion.— Al ménos, agregó para sí, tendré tiempo de pensar en lo que debo decirla.

La muchacha abrió una puerta e introdujo a Gustavo a un pequeño salon tapizado de azul, de cuyo color eran tambien media docena de sillas, dos sofaes i las colgaduras que ocultaban las puertas i ventanas.

- -Aquí puede usted esperar a la señorita, dijo la muchacha.
- —Está bien, contestó el jóven mirando a su alrededor para ver si encontraba alguna silla desocupada en que sentarse.

Pero no era tan sencillo proporcionarse lo que Gustavo buscaba. Cada silla, cada mesa, cada sofá, estaba materialmente cubierto por mil objetos cuyo inventario nos ocuparia muchas pájinas. En las mesas, que eran talladas i con cubierta de mármol, habia el mayor desórden, reflejándose en valiosos espejos ovalados,

grandes floreros del Japon, fanales que cubrian estatuas de alabastro, canastillos con caramelos i confites, cajoncitos de cigarros puros, botellas de coñac i otros licores a medio vaciar, tarjetas de diversas formas, albums de distintas dimensiones i mil otras bagatelas colocadas allí sin mas órden ni discernimiento que el que les habia dado el acaso.

—¡Siempre la misma! murmuró Gustavo recorriendo la sala con la vista. ¿Quién creeria que esta es la sala de recibo de una mujer que si no ama, al ménos aparenta amar lo bello, lo armónico?

I en verdad, no podia llevarse a mas alto grado la confusion de objetos. Sobre las sillas, sobre los sofaes, sobre el piano colocado en un ángulo del salon, habia cajas de alhajas, pañuelos i abanicos, cintas i encajes. Al lado de un libro de misa ricamente encuadernado, un naipe, una caja con piezas para ajedrez, una fosforera de metal, un revólver con incrustaciones de madre perla. I en fin, guantes i sombreros, chales i gasas, huascas con puño de oro o marfil, abanicos i quitasoles, flores i adornos i mil otros adminículos, ora del uso de una mujer, ora destinados segun la costumbre al uso esclusivo del hombre.

Gustavo apartó de un sillon varias piezas de música i un abanico i se sentó a esperar, reclinando la frente en una de sus manos.

Aquellos espejos, aquellas grandes cortinas destinadas a dulcificar la luz, aquellos muebles colocados aquí o allá sin órden ni cuidado, aquel lujo de molicie revelado en el mismo desórden aquel conjunto en fin de variados objetos tirados al acaso al llegar del paseo, arrojados talvez con incomodidad i desden a la mas insignificante contrariedad, todo eso que le rodeaba, mudo e inerte para muchos, tenia para Gustavo un lenguaje, una voz que si no heria sus oidos, dejábase sentir clara i acentuada en su memoria.

El jóven habria permanecido largo tiempo sin cambiar de actitud, tan embebido estaba en sus meditaciones, si la sirvienta que lo introdujo al salon no se hubiese presentado diciéndole: —La señorita acaba de salir del baño i desea saber quien la espera.

Gustavo sacó una tarjeta i la pasó a la criada.

—¡No será estraño, se dijo el jóven miéntras aquella se alejaba, que Leonor no quiera recibirme! ¿Qué papel representaré o habré representado yo en la vida misteriosa de esta mujer? ¿Seré o habré sido yo lo que la jeneralidad, o mas bien dicho lo que son todos los hombres para ella, unos imbéciles de quienes se rie i a quienes desprecia?

A ese tiempo se abrió una puerta que comunicaba con el resto de las habitaciones i por tercera vez se presentó a Gustavo la sirvienta que ya hemos mencionado.

—La señorita, dijo a Gustavo, ruega a usted se sirva pasar a su tocador.

El jóven se levantó en el acto e hizo un esfuerzo para sacudir cierto enervamiento, cierta molicie que se habia apoderado de sus miembros.

—¡Vamos! dijo, no tanto para contestar a la criada como para animarse a sí mismo.

Por circunstancias que mas tarde esplicaremos, Gustavo se preguntaba si no hacia mal, mui mal, con quebrantar el propósito que habia hecho de no ver a Leonor en el resto de su vida.

iNo habia formulado ese voto despues de madura i larga meditacion?

¿Bastaba a disculpar su presencia en aquella casa el fin que le llevaba a ella?

—Pero ya estas preguntas son estemporáneas, pensó el jóven, i debia habérmelas hecho ántes de empuñar el llamador. ¡Adelante!....

Atravesó, al decir esto, con paso firme la pequeña sala, i despues de franquear la puerta, se encontró en una pieza cuadrangular con anchas i elevadas ventanas al oriente i occidente.

Aquella pieza era un nido de gasas, de flores, de sedas i de cristales.

El tapiz de los muebles i las colgaduras de las ventanas eran de raso blanco con bordados amarillos; los muebles, las cornisas i los marcos de grandes espejos eran dorados. Ahí como en el salon todo era rico, todo valioso i todo tambien estaba diseminado sin órden, como cuando se mueven los muebles de una habitacion para asearla. No obstante aquel desparpajo, el golpe de vista que presentaba la pieza, rica en luz i en objetos brillantes, era sumamente agradable. Puede decirse, sin exajerar, que deslumbraba.

Gustavo casi no tuvo tiempo de apreciar ni la riqueza del menaje ni la irregularidad de su distribucion, porque su vista fué cautivada desde el primer momento por la imájen risueña de Leonor que se dibujaba en un grande espejo colocado frente a la puerta que el jóven acababa de franquear.

—¡Bien venido seas, amigo mio! esclamó la jóven con semblante festivo i saludando a Gustavo en la lámina del espejo.

El jóven no contestó i por un momento permaneció indeciso, casi podriamos decir arrobado ante el hermoso cuadro que se presentaba a su vista. Él i Leonor dibujábanse en el espejo formando un solo grupo cuyo primer término constituíalo el busto arrogante de Leonor cubierto por blanco i amplio peinador i coronado por el semblante mas sonrosado i hechicero que habria deseado para modelo un hábil pintor.

—¡Adelante, amigo mio! agregó la jóven al ver la indecision de Gustavo. ¡No puedes figurarte el placer que me causa tu visita!

Gustavo avanzó algunos pasos i fué a colocarse a la derecha de Leonor, quien por primera vez se volvió a él mirándolo con cierta alegría mezclada de picante malicia.

—¡Buenas tardes, Leonor!....murmuró Gustavo con voz que se esforzaba por hacer tranquila e indiferente.

—¿I es así, tan friamente, como debes saludarme despues del tiempo que has pasado sin verme? interrogó Leonor sin abandonar su aire festivo i jugueton. Vamos, agregó, dame tu mano i estrecha la mia que aunque helada por el largo baño que me he dado, para tí conserva siempre el calor de la sincera amistad....

Gustavo iba a replicar mientras estrechaba la pequeña i blanca mano de Leonor; pero aquella mano blanda i suave al estenderse hácia él, descompuso el lijero traje que cubria las redondas i sonrosadas formas de la jóven, presentándose por este motivo ante la vista de Gustavo en esa semi desnudez que exita la curiosidad i cautiva los sentidos.

—¡Oh! esclamó él con acento indefinible, que tan bien podia espresar sorpresa como contrariedad o satisfaccion.¡Oh, no digas eso!....tú sabes que jamas podré mirarte con indiferencia.

—¿I eso es cierto? preguntó ella fijando sus negras i brillantes pupilas en el moreño semblante de Gustavo. ¿Es cierto que no me miras con indiferencia? agregó con tono de festiva incredulidad i sin apercibirse, al parecer, de la turbacion que su entreabierto traje causaba en él.

Gustavo hizo un esfuerzo para dominarse, i alzando la vista hasta encontrar la de Leonor, le dijo con volubilidad, con tono en que deseaba manifestarse alegre.

—Tú no puedes dudar de ello en vista de la frecuencia con que vengo a visitarte.

Leonor se mordió lijeramente el labio inferior, accion que en ella revelaba cierto despecho, i sin dejar de sonreir ni abandonar el tono un si es no es zumbon que habia empleado desde el primer momento, soltó la mano de Gustavo al mismo tiempo que le decia:

-Cierto: tú eres el amigo mas asíduo en visitarme.

Mirando en seguida a su alrededor, sin cuidarse de la desnudez de sus torneados brazos, acariciados, como parte de su arrogante pecho, por su negra cabellera donde aun deslizábanse pequeñas gotas de agua cristalina como chispas de brillante que ruedan sobre filamentos de ébano, mirando a su alrededor, decimos, como quien busca algo, indicó por fin a Gustavo una silla diciéndole:

-Si te tomas la molestia de arrojar lo que hai en esa silla,

me darás el gusto de tenerte frente a mí, inter Beatriz arregla mi cabello.

- —Deseo, Leonor, dijo el jóven, hablar contigo un momento a solas.
- —No hai inconviente, le contestó ella, si te dignas esperar la terminacion de mi peinado. Ya sabes que es obra de un momento cuando así lo deseo.
- —Es que tengo urjencia de volver al lado de un amigo. ¿No podrias dejar para despues el arreglar tu hermosa cabellera?
- —Seria fácil, amigo mio, replicó Leonor sentándose frente al espejo i cerrando con naturalidad sobre su pecho el peinador de batista que descansaba en sus hombros: seria fácil; pero como con ello me privaria mas pronto del placer de que estés a mi lado, no estoi en disposicion de complacerte.

Diciendo lo anterior se acomodó voluptuosameute en la silla i cubrióse por completo con el peinador.

Gustavo sintió cierta contrariedad al ver que desaparecian de su vista los tesoros que le deleitaban; pero disimulándola lo mejor que pudo, dijo:

- —Si supieras, Leonor, de lo que se trata, talvez cambiarias de parecer.
- —Estás mui poco galante, amigo mio, dijo ella por toda respuesta. I volviéndose a su camarera, que durante el diálogo anterior habia permanecido de pié a alguna distancia, agregó:
 - -Péiname, Beatriz.
- —Si yo estoi poco galante, Leonor, replicó Gustavo con semblante risueño, tú debes confesar que estás mui poco complaciente.
- —Sabes, contestó ella con tono de niño mimado, que jamas sacrifico mis placeres. El tenerte a mi lado me causa satisfaccion i la prolongaré tanto como me sea posible.
- —Gracias por la galantería; pero me veo en la necesidad de insistir, porque debo partir pronto i el asunto que me trae es mui serio.
 - -¡Tan serio como el señor de Mayo? preguntó Leonor, riendo.

- —No te burles, la dijo él con seriedad. Se trata de mi amigo Heriberto.
- —Sin embargo, replicó ella, ese jóven no tiene nada de serio.
- —Al borde del sepulcro, insistió Gustavo, todo hombre es serio.

Leonor, como si no hubiese oido las palabras de su amigo, reclinó con indolencia la cabeza en el alto respaldo de la silla i dirijiéndose a Beatriz le dijo:

-Principia.

Beatriz era una jóven morena, de boca graciosa i talle cimbrador. Tenia las mejillas demasiado lacres para no relevar que habia hecho uso del carmin i la frente i garganta demasiado blancas para no indicar su aficion al soliman. Al acercarse a Leonor miró a Gustavo como si tratara de disculpar su obediencia; pero viendo que éste se hallaba embebido en contemplar a su ama, hizo un jesto de despecho i se entregó con ajilidad i pericia a alisar la profusa cabellera de Leonor.

- —¿Decias, Gustavo, preguntó ésta cerrando un tanto los párpados, mientras se recostaba en la silla i miraba hácia el cielo de la pieza mostrando en escorzo su admirable garganta. ¿Decías, Gustavo, que todo hombre es serio al borde del sepulcro?
- —Sí, Leonor; decíalo refiriéndome al pobre Heriberto, que bien pronto dejará de existir.
- "Corta vida corta cuenta" contestó Leonor en tono sentencioso.
- -iI no te causa ninguna emocion ese anuncio? preguntó el jóven.
- —Ninguna, amigo mio. ¿Qué seria de nosotros si en cada ocasion que se nos anuncia el próximo fin de una persona conocida nos pusiéramos a temblar? A propósito ¿sabes que Edgardo está paralítico i que los médicos dicen que morirá bailando?
- —No he visto a Edgardo desde hace quince dias, contestó Gustavo.

- —Yo le ví anteayer, replicó Leonor, i casi le atropellé con mi caballo. Voi a contarte cómo sucedió eso. Veníamos del Parque con Pantaleon i yo cabalgaba el soberbio potro negro que tú conoces; i aun cuando yo le habia hecho correr en el parque hasta dejarlo jadeante i cubierto de espuma, el brioso animal llenaba la calle caracoleando, tascando el freno i encabritándose. La jente se detenia a mirarnos i no sé quien de los dos, es decir, yo o mi caballo exitábamos mas admiracion.
 - -¡Ese potro va a matar a esa niña! decia uno.
 - -Jamas, contestaba otro: no la mueve de la silla.
- —¡Qué bello animal! esclamaba uno de esos que se fijan mas en los caballos que en las personas que los cabalgan.
- —¡Qué hermosa jóven! murmuraba otro que sin duda me habria preferido al caballo si le dieran a escojer.

Como comprenderás, amigo mio, agregó Leonor sonriendo con gracioso desden, te narro estas minuciosidades, no para decirte que me encontraban hermosa vestida con el pintoresco traje de amazona, sino para darte idea del efecto que causamos a los que nos vieron. ¿Has cabalgado tú alguna vez ese potro? preguntó Leonor.

- —Nunca, contestó Gustavo; te confesaré que le he tenido miedo.
 - -¡Oh, es soberbio! esclamó ella con natural entusiasmo.
- —Lo he considerado un verdadero i constante peligro, sobre todo en la poblacion, dijo Gustavo.
- —I bien, vencer el peligro es lo que causa la satisfaccion, replicó Leonor. Yo me siento mas tranquila sobre un caballo indómito i atrevido que encerrada en un coche euya direccion confiamos a un imbécil que puede estrellarnos contra un guarda canton.—I bien, siguiendo mi historia, te diré que volvíamos ya del Parque i al atravesar la alameda, los caballos de un carrito i el mio llegaban a un tiempo a la línea del ferrocarril. A mí que no me gusta ceder el paso o aguardar, alcé mi huasca i ántes de tocar con ella las redondas ancas del potro, ya

éste habia salvado de un solo salto los rieles. Los pasajeros que ocupaban el carro i el mismo Pantaleon lanzaron un grito creyendo que el potro me iba a arrojar.

- —Ahora, agregó Leonor dirijiéndose a Beatriz, que en ese instante concluia de peinarla, ahora una rosa blanca sobre la sien izquierda.
- —¿No te parece, Gustavo, continuó volviéndose al jóven, que me sentará bien una rosa blanca?
- —Será un contraste con tu negro cabello que realzará tu belleza, le contestó el jóven, tratando de dar a su voz ese tono de festiva galantería que suele usarse entre personas de mucha confianza.
- -iSabes que has progresado desde algun tiempo acá? le dijo Leonor, sonriéndose.
 - -¿Progresado en qué? preguntó Gustavo.
- —En el arte de adular; pero no seré yo quien lo censure, pues hablando con la franqueza que acostumbro, me gusta el incienso, sobre todo cuando lo queman labios tan simpáticos como los tuyos.
- —¡Vamos! esclamó Gustavo riéndose, confiesa que tú podias ser mi maestra en el arte de la galantería, i te confesaré a mi vez que con gusto me detendria a recibir tus lecciones si no tuviera prisa de volver al lado de mi amigo Heriberto.
- —A propósito de él, dijo Leonor, voi a concluir mi historia sobre Edgardo. Cuando mi caballo salvó de un solo salto las líneas de rieles, lanzóse poco ménos que desbocado hácia la calle de Baratillos, que como tú sabes, dá frente a la del Dieziocho.
 - -¡Cuidado!.... ¡Cuidado!.... gritó no sé quién.

Entónces ví, a cinco pasos de mi caballo, un grupo de dos personas que iban a ser atropelladas. Una de ellas se habia adelantado i tiraba a la otra de un brazo, queriendo hacerle evitar el peligro; pero ya fuese por terror, ya por otra causa que en el momento no pude apreciar, lo cierto es que el de mas atras marchaba tan lentamente, que mi caballo le habria hecho pedazos con sus cascos si yo con una violenta sofrenada no le hubiese apartado un tantico de la línea recta en que corria.

- —Yo misma, continuó Leonor volviéndose enteramente a Gustavo, por haber concluido Beatriz de arreglarle el cabello: yo misma no he sabido darme cuenta de cómo pude, no solo apartar sino hacer volver al impetuoso potro. ¡Cuál no fué mi admiracion al ver que quien se habia librado de la muerte por milagro era el buen Edgardo! Al verlo pálido, temblando de piés a cabeza, creí que era de miedo i lancé una carcajada.
 - -¡Leonor! esclamó él mirándome estupefacto.
- —¡Edgardito! le dije yo: de buena te has escapado!.... ¡Pero qué tienes? ¡Te levantas acaso de la tumba?
- —Marcho a ella, dirás mas bien, me contestó con voz sepulcral i temblorosa.

Entónces me dijo que habia tenido un terrible ataque al cerebro i luego otro de parálisis, a consecuencia de una escesiva debilidad, agregando que estaba desahuciado i se le habia prescrito, entre otras cosas, un pequeño paseo todos los dias, no con la esperanza de que le cure, sino como un medio para prolongar algunos dias su existencia.

—Si haces luego el viaje, le contesté, vuelve a decirme qué has visto por allá.

Leonor cortó su narracion para ordenar a Beatriz que le preparase un traje de paseo. En seguida, dirijiéndose a Gustavo, que la contemplaba sin poder sacudir la especie de fascinacion que la hermosura de la jóven ejercia sobre él, le dijo:

—Si quieres pasar un instante al salon, amigo mio, iré pronto a reunirme contigo.

—Te suplico que no me hagas esperar mucho, Leonor, la dijo él. Lo que debo comunicarte es mui urjente.

—No tardaré cinco minutos, contestó ella levantándose i mostrando así en toda su esplendidez la arrogante jentileza de su talle.

Gustavo pasó al salon visiblemente preocupado, miéntras Leonor se despojaba de su finísima bata para cubrir sus brazos i redondos hombros con un vestido celeste adornado con raso encajes que le presentaba Beatriz. Cuatro letras que son baldon e ignominia para quien se aplican i empañan hasta los labios del que las pronuncia.

Gustavo solo esperó un instante a Leonor.

Aquel instante bastó, sin embargo, para hacerlo recobrar su serenidad, perdida en fuerza de los encantos de la jóven i de recuerdos cuyo poder renacia a la vista de la que los habia formado.

—¡Que esta mujer no vuelva a dominarme! se dijo el jóven paseándose en el salon para sacudir la especie de magnetismo que pesaba sobre él. ¡He prometido no dejarme vencer, i lo cumpliré!

Leonor se presentó radiante, irresistible. Sus negros ojos sonreian lanzando miradas provocativas, i sus labios entreabiertos dejaban salir el aliento tumultuoso de su ajitado seno.

- —¡Héme aquí, amigo mio! esclamó al entrar al salon. Jamas he tardado tan poco en ataviarme.
- —Gracias, Leonor, le dijo el jóven con voz respetuosa i semblante serio. Voi a manifestarte el objeto de mi visita, i espero que me oigas con mucha atencion.
- —Veamos, dijo ella sentándose neglijentemente en el estremo de un sofá. Infiero, amigo mio, que tu discurso no sea mui largo, pues como sabes, los sermones me hacen dormir o por lo ménos bostezar.
 - -Seré breve, Leonor, pues yo a mi vez tengo prisa en eva-

cuar mi comision. Ya te he dicho que vengo por nuestro amigo Heriberto, que se halla al borde del sepulcro i me ha encargado solicite de tí un favor.

- —¿Quiere que le encomiende a Dios? preguntó ella sonriendo.
- —Desea verte, hablarte por la última vez. Es un capricho, un delirio de agonizante, i a pesar de mis esfuerzos para disuadirlo haciéndole ver que tu presencia aumentará sus sufrimientos, no ha habido medio de calmarlo ni de hacerlo renunciar a sus deseos.
- -¡Vaya unos descos raros! esclamó Leonor sin dejar de sonreir.
- —Sí, mui raros atendiendo al estado en que él se halla, replicó Gustavo. Sin embargo, la persistencia en verte, las ansias con que desea hablarte, me hacen creer que talvez tenga algo de interes que comunicarte.
- —I si Heriberto tiene tal interes, dijo Leonor, ¿por qué se vale de tí para manifestármelo? Acaso no sabe él mi casa?

Gustavo se complació de ver que Leonor, por primera vez, hablaba con seriedad, i dedujo de esto un resultado favorable a sus pretensiones.

- —Heriberto no viene, Leonor, contestó el jóven, porque se halla en estrema gravedad; i cuando deje el lecho, será para ocupar un ataud.
- —Entónces no veo el medio, replicó Leonor con indolencia, de satisfacer tus deseos i los suyos.
- —El medio es mui sencillo, Leonor. ¿Qué te costaria ir por un momento a su casa?
- —¿I qué placer esperimentaria yo con visitar a un moribundo? preguntó Leonor a su vez.
- —Ya veo que para tí no seria un placer, insistió Gustavo; pero no siempre, amiga mia, debemos hacer solo aquello que nos cause satisfaccion. Si con una pequeña incomodidad de nuestra parte podemos hacer un beneficio a nuestros semejantes, ¿hemos de ser tan egoistas que lo rehusemos?

- —Esa máxima o refleccion, contestó la jóven volviendo a sonreir i recostándose neglijentemente en el sofá, estaria mui bien colocada en un libro de filantropía; pero dicha entre nosotros, Gustavo, es como la música de esos organillos desafinados con que los bagamundos prueban el temple de nuestros oidos.
 - -No veo la exactitud de esa comparacion, dijo Gustavo.
- —Sin embargo es mui natural. Toda palabra inútil fastidia tanto o mas que una mala música.
- —Pero, Leonor, replicó Gustavo animándose con la contradiccion, yo no creo, no quiero creer que tú hables con sinceriridad. ¿A qué hacer gala de indiferentismo, de insencibilidad, cuando te he visto en diversas ocasiones dar pruebas de que hai en tí un corazon? ¿Quieres decir que la desgracia no te conmueve, que el infortunio ajeno no provoca tu conmiseracion?
- —Segun cual sea ese infortunio, contestó Leonor. Para mí no hai mas que uno solo en la vida: el que nos viene por fatalidad, sin haber puesto nada de nuestra parte para merecerlo. I ya que me has compelido a filosofar, lo que detesto porque a nada conduce, te diré una verdad, olvidada o desconocida por los filósofos: el infortunio es casi siempre la consecuencia de nuestra conducta.
- —Esa idea, contestó Gustavo, creo haberla visto en algun autor.
- —Si es así, replicó la jóven, ese autor piensa como yo i como yo sacará la deduccion de que cada hombre debe vivir para sí, i que cada hombre tiene lo que ha merecido.
 - -Lo que seria un egoismo imperdonable, objetó Gustavo.
- —Egoismo o no, esa es la lei de la humanidad. Pero cortemos este asunto, Gustavo, i para terminar tambien con lo que nos ha conducido a él, concretemos nuestro diálogo a tu solicitud i a la estrañeza que parece causarte el que yo no sienta conmiseracion por los que tú llamas infortunados.
- —Yo llamo infortunado al que padece, dijo Gustavo, i como nuestro amigo Heriberto se halla en ese caso....
 - -Perdona, Gustavo, interrumpió Leonor enderezándose i ha-

blando con mas animacion; perdona que te interrumpa. Has querido que hable seriamente, i en ese caso, démosle a las palabras su estricto valor, su verdadero significado. Yo no acepto como amigo a Heriberto: el amigo es cosa mui distinta: creo que no existe mas que en la mente de los que poseen un gran corazon, i por lo tanto, no es otra cosa que un ideal.

—Apoyo tu manera de pensar contestó el jóven; i en ese caso, siendo un ideal la amistad, ¿es tambien un ideal para tí la piedad, la conmiseracion?

—Nó, porque no es necesario ser amigo de una persona para compadecerla si lo merece.

—¿Luego Heriberto no merece tu piedad? ¿Qué mal te ha hecho?

—Ninguno; i aun cuando tuviera de él alguna queja, aun cuando me hubiese hecho un agravio, podria compadecerlo si lo consideraba acreedor a ello.

—Pues no te comprendo, entónces, i no sé quién pueda obtener de tí ese simpático sentimiento.

—Ya lo he dicho, Gustavo, i tú no has querido comprenderme. Exita mi piedad, o como tú quieras llamarla, el que sufre sin haberlo merecido. ¿Heriberto se halla en cama por haberle caido una teja, una viga, desprendida por un terremoto? Se ha hundido bajo sus piés un puente que todos creian sólido? Ha recido una bala dirijida a otro, o estraviada por la impericia de un cazador?—Nada de esto, ni nada que se le parezca es lo que le lleva al sepulcro: él ha querido bajar a él. ¿Debo entónces llorar porque realiza sus deseos?

—Yo no te exijo que llores: mi súplica se limita a que le complazcas.

—Estoi harta de complacencias, Gustavo. ¿Qué seria de mí si atendiera la milésima parte de las exijencias de cuantos se acercan a mí?

—Sin embargo, cuando lo que se solicita cuesta tan poco i es inocente, es crueldad negarse a concederlo.

-Me repites las palabras que tienen todos los hombres en

los lábios. ¿A qué mujer no llamais cruel vosotros, sin mas que el no hallarlas siempre, a toda hora, dóciles a vuestros deseos, sumisas a vuestra voluntad?

- —Hablas hoi con mucha acrimonia contra los hombres, Leonor: no te creia tan desengañada.
- —Es que hoi me has exijido formalidad; i yo a quien tú llamas cruel por no ser complaciente, he querido, sin embargo, complacerte.
- -Tú debes tener algun resentimiento particular con Heriberto.
- —Tengo el mismo que podia tener con el primero que pase por la calle.
- -Pero Heriberto bien merece, siquiera, un mediano reconocimiento.
 - —¿Por qué? preguntó Leonor con estrañeza.
- —Porque te ama i te ha amado i tu amor es el que lo conduce al sepulcro.
- —No hables así, Gustavo. Son los exesos, el abuso de los placeres, en una palabra, la relajacion, los que le matau. A mas no comprendo tu lójica de considerarnos deudoras de gratitud hácia todos los que nos encuentren hermosas i nos amen o nos deseen. ¿Acaso una lo exije? acaso solicita como una gracia eso que ustedes llaman amor, i que no es otra cosa que una ¡Oh! no hablemos de esto, Gustavo. Tú me has merecido el juicio de ser una persona sensata i ese juicio no quiero abandonarlo, pues me arrepentiria de haberte hablado como lo he hecho hoi.

Gustavo miró fijamente a la jóven.

—Jamas te habias presentado de esta manera, Leonor, la dijo. Te creia una mujer indiferente, despreocupada, frívola, atenta solo a proporcionarte el mayor caudal posible de satisfacciones, i hoi te veo raciocinar con madurez, hablar con profundo conocimiento de las pasiones humanas, i lo que es mas, protestar de lo mismo a que tú has rendido un culto casi idolátrico. ¿A qué debes este cambio tan favorable?

—Yo no he cambiado, Gustavo: soi la misma de ayer, la mis-

ma mujer aturdida, sedienta de goces, incansable para el deleite, que tú has conocido en el pasillo de un teatro, en el palco de un circo, en el bosque de una quinta: pero ahí como aquí yo observo, yo no pierdo un jesto que me ilustre, una palabra que me enseñe o me deje entrever la realidad. I si dentro de una hora tú pudieras verme entregada a los mas pueriles pasatiempos, como la niña que ve acercarse la hora en que va a terminar su recreo, como la loca que trata de sofocar su delirio aturdiéndose en las orjías; si tú me vieras reir, correr, entusiasmar a todos con mi jovial alegría, te admiraria mucho mas verme hablar ahora con sensatez. Puedes preciarte, Gustavo, de ser el primero a quien manifiesto mis reflecciones, i talvez el primero, tambien, por quien me detengo en ellas mas de cinco minutos.

- —I si tú refleccionaras mas a menudo, Leonor, tus ideas adquiririan solidez i llegarias a odiar la vida frívola i de pasatiempo en que vives.
 - -¿I qué avanzaria con ello? preguntó la jóven.
- —Asegurar una felicidad estable, duradera, adquiriendo derechos para ser dichosa en la vejez.
- —Ya es tarde, amigo mio, para eso. Un solo paso decide muchas veces del porvenir de la mujer.
- —Nunca es tarde, Leonor, para rehabilitarse. Tú en poco tiempo harias desaparecer toda huella del pasado, i mas de un hombre te ofreceria i buscaria en tí la felicidad.
- —La felicidad de un dia, de un instante, replicó Leonor con desden exento de amargura: la felicidad comprada i vendida, es decir, la quimera de la dicha, el heno cubierto con láminas de oro. ¿Por qué tratas, Gustavo, de elevar tanto al hombre?
- —Porque hai hombres que lo merecen, que son capaces de levantar al caido, de apreciar el arrepentimiento i de comprender la virtud.
- —¿I quién ha dicho que yo esté o pueda estar arrepentida algun dia?
 - -Hablo en el caso de que lo estuvieras, Leonor.
 - -Pero el arrepentimiento, Gustavo, proviene del delito i yo

no soi criminal. ¿A quién he ofendido? ¿A quién he causado algun mal?

- —Perdona si no te contesto, Leonor. Nuestra discusion toma un jiro insostenible.
- —Tá has querido, Gustavo, que hablemos sériamente, i debes contestarme con franqueza: no temas disgustarme, pues ya que ha llegado la ocasion, quiero oir la verdad, la verdad desnuda, tal como puede decírsela a un amigo a quien amamos.
- —Si es así, te diré que ofendes: a la sociedad, violando sus leyes: a la moral, despreciando sus prescripciones; i que siguiendo el sendero por que caminas, te atraerás el anategrá severo de tus jueces.
 - -¿I quiénes serán mis jueces, Gustavo?
- —La sociedad entera: las personas de tu séxo porque les habreis robado el amor, las caricias por lo menos, de un padre, de un esposo, de un prometido. Los hombres, porque exitareis sus celos, sus envidias, i no te dedicas a uno solo, a un solo amor. Todos querrán verte rejenerada: todos querrán ser la causa inmediata de tu rejeneracion!
- —¡De mi rejeneracion! esclamó Leonor con acento indefinible. ¿Tú me consideras, entónces, degradada, envilecida? Crees que marcho por el lodo?... ¡I bien! ese lodo es arrojado por vosotros a nuestras plantas! sois vosotros los que le preparais con vuestras manos, i dorándolo para que aparezca seductor a nuestros ojos, le tendeis en nuestro camino cual alfombra de rosas i azucenas.
- —¡Perdóname, Leonor, no he tenido intencion de ofenderte! le dijo Gustavo.
- —¿I acaso tú puedes ofenderme, amigo mio? ¿No cedes a la costumbre, a esa lei injusta de la sociedad que has invocado i que condena i desprecia lo que debia compadecer; que ridiculiza i zahiere lo que debia exitar su piedad? ¿No sé yo, que vosotros nos maldecis, nos denigrais, nos haceis el objeto de todo vuestro desprecio, de todos vuestros sarcasmos, de todas vuestras injurias? ¿No sé yo, que la mas infeliz, la mas infortunada,

es tambien la mas escarnecida? ¿Crees, Gustavo, que yo no sé cuanto nos desprecia el mismo que nos halaga?

- —¡Pero, Leonor, ¿a qué te colocas entre esas desgraciadas? Tú marchas al abismo; pero aun no llegas a él!
- —Me coloco, Gustavo, entre mis hermanas. ¿Cómo las llamais vosotros?...; Dímelo: quiero oir pronunciar esa palabra que en público i a la luz del dia escarneceis i en el silencio i protejidos por las sombras de la noche adorais!...; Ah! Veo que no te atreves, Gustavo, a lanzarme al rostro esas cuatro letras que son baldon e ignominia para quien se aplican, i que empañan hasta los lábios del que las pronuncia!... Seria cruel hacerlo, ¿no es verdad? Pero mas cruel, mas inhumano, mas odioso, es que nos sofoqueis con humo de falso incienso; que nos abrumeis con hipócritas caricias; que nos marqueis con el fierro enrojecido de la infamia, i despues de ser nuestros verdagos, los que nos precipitais i revolcais en el lodo, seais tambien los primeros en admiraros de nnestras caidas, los primeros en maldecirnos i repudiarnos ante la faz de la sociedad. Díme, Gustavo ¿es cierto lo que digo?
- —Sí, Leonor: es la verdad; pero ya que la conoces, ya que la comprendes, sírvate eso mismo de saludable advertencia para apartarte del peligro.
- —Al contrario, Gustavo, porque lo conozco deseo desafiarlo; porque sé a donde puede conducirme seguiré por él. ¿Te sorprende mi absurda determinacion? Ella nace de un capricho que para mí es casi un ideal. Quiero vengar a las que considero como mis hermanas, a esas infelices a quienes vosotros llamais... HIJAS DE LA NOCHE, i a quienes con mas propiedad debiais llamar hijas del infortunio!
- —¿I de qué manera quieres vengarlas? preguntó Gustavo, cada vez mas sorprendido.
- —¿Acaso yo misma lo sé? interrogó Leonor. Pregúntalo a tu amigo Heriberto: él es una de mis víctimas.
 - —¿Luego tu venganza consiste en contrariar al que te ama?
 - -Sí, en contrariarlo, en hacerlo sufrir, en burlar todas sus

esperanzas, en destruir todos sus cálculos, en hacerle conocer, en fin, que a una mujer libre, despreocupada, que por capricho o necesidad acepta la vida del deshonor, se la deben, sino las mismas consideraciones i el mismo respeto que a las honradas, al menos la consideracion i respeto que infunde el infortunio.

-Eso no lo conseguirás jamás.

—Lo obtendré de cuantos se acerquen a mí con un puñado de oro en las manos. I esos serán muchos, Gustavo: tú lo sabes. ¡Quién pudiera castigarlos a todos como lo merecen!

El jóven se quedó un momento pensativo, contemplando con admiracion a Leonor.

—Tú no me comprendes ¿no es cierto? le preguntó ella con dulce voz.

-Estoi tan léjos de comprenderte, que cada una de tus frases es para mí un enigma. Cuando te veo loca, delirante, entregada a los pasatiempos mas frívolos o persiguiendo incansable el placer que parece no saciarte jamas, creo haber comprendido tu carácter o adivinado tus aspiraciones; pero una hora despues, la mujer que vo creia próxima a caer en los mayores exesos, u olvidada completamente de sus deberes, cámbiese en austera matrona cuya severidad podria servir de ejemplo a la mas recatada i pudorosa doncella.—Díme, Leonor, agregó Gustavo, acercando su silla al sofá en que estaba la jóven como para aumentar entre ellos la confianza: díme, Leonor ¿te me darás a conocer algun dia tal cual eres, tal cual te juzgas a tí misma? Me esplicarás por qué, no infundiéndote yo adversion, i al contrario «inspirándote una sincera simpatía» (repito tus palabras) has querido, si nó alejarme de tu lado, al menos que abandonara toda esperanza de ser correspondido por tí?

—A lo primero, respondió la jóven, te diré que jamás podria pintarme a mí misma de una manera justa e imparcial, pues siempre se pintan esos cuadros con las tintas mas suaves i delicadas cuando debian dibujarse con el negro o el bermellon. No podria, tampoco, dar vida, dar forma, dar hilacion a lo que yo deseo, a lo que yo aspiro. Mi imajinacion, mi pensamiento, va-

gan en el campo de las ilusiones como vaga la mariposa en un estenso jardin. Yo rechazo hoi lo que adoraba ayer i amo mañana lo que me es indiferente hoi. Deseo con delirio un objeto i cuando lo poseo me fastidia: aspiro con vehemencia una joya, una tela, i muchas veces las arrojo sin usarlas. En fin, vo misma no me comprendo, yo misma no sé lo que haré dentro de una hora así como no sé en muchas ocasiones lo que hice en las que va pasaron. No obstante, hai cosas que me gustan siempre i que siempre estoi dispuesta a aceptarlas. Tú conoces, Gustavo, algunos de mis gustos, algunas de mis preferencias, muchas de las cuales han causado en tí i en todos, la admiracion, por ser tan ajenas a mi sexo, a mi edad, a mi condicion. ¿Qué mas te diré? Cuanto agregara seria inútil. Respecto a la manera decisiva empleada para destruir de un golpe la inclinacion que principiabas a sentir por mí, esa ha sido una de las obras meritorias que he hecho en mi vida. Me inspiraste una injenua simpatía, i concebí el deseo de hacerte mi amigo; pero un amigo verdadero, uno de esos amigos como se sueñan pero no se hallan en la tierra. Nuestras relaciones, tranquilas i apacibles al principio, resintiéronse bien pronto de la influencia poderosa ejercida por la diferencia de nuestros sexos. Tú hallaste mui tibia, mui inarmónica, mui pobre, la palabra amistad i quisiste sostituirla por otra mas elocuente i mas espresiva. En una palabra: principiaste a amarme, nó como tu amigo Heriberto ni como me aman esos hombres que me rodean i me asedian, sino como ama el que ama por primera vez. Tú recuerdas la escena que tuvo lugar aquí, entre los dos, en este mismo salon: tú debes recordar el esfuerzó poderoso hecho por mí para no matar, con mi debilidad, el afecto puro i desinteresado que nos unia. Desde entonces comprendí la imposibilidad de mis deseos; i ántes de precipitarte a un abismo correspondiendo o alimentando tu naciente amor, preferi destruirlo por medio del raciocinio o contenerlo con el alejamiento de toda esperanza. Tú, aun satisfecho en tus deseos, no me habrias amado como los demas; i yo, aunque distante de sentir una emocion análoga, quien sabe si

habria concluido por lo que tú habias principiado. Tú i yo lo comprendimos sin decírnoslo; i tú i yo nos pusimos al abrigo de la tempestad. Hé aquí, Gustavo, la esplicacion que me has pedido; i a fin de ahorrarnos para lo sucesivo una nueva lucha, un nuevo esfuerzo para romper las simpatías que nos liguen, te diré que yo seria mui feliz con tu amistad si por tu parte te hallas capaz de contenerla en esos límites; pero si te consideras débil, mantente siempre alejado de mí. Pueda ser que allá, mas tarde, cuando algunos hilos de plata brillen en nuestros cabellos, podamos lo que no podemos hoi. Intertanto, déjame satisfacer este capricho: quiero no matar en tí la ilusion: quiero conservar en mí un recuerdo grato, una idea pura. A mas, quien sabe la suerte que me reserva el porvenir i si en algun tiempo tendré necesidad de un hombre como tú a quien pueda llamar amigo i a quien pueda pedirle un escudo, no como un sobre precio a mis olvidados favores, sino como la dádiva jenerosa nacida del corazon!

—¡Sí, tienes justicia, Leonor! esclamó Gustavo. Entre los dos no debe existir otro lazo que el de la amistad, i yo te prometo emplear toda mi enerjía para sofocar cualquiera otro sentimiento. No obstante, te hablaré injenuamente: tus palabras de hoi no solo han reanimado mis emociones sino que las han aumentado. Hazme justicia: hasta ayer solo conocia tu hermosura i hoi entreveo tu alma.....

-Aléjate, entónces, amigo mio.

I Leonor, al decir ésto, cambió acto contínuo de tono i de actitud i con acento alegre i semblante risueño agregó:

—¡A propósito: se me habia olvidado que uno de tantos me espera en el Hotel Ingles, en donde beberé a tu salud una copa de champagne!

Gustavo se mordió los lábios con despecho i sintió que una oleada de sangre se agolpaba a su corazon.

Levantóse bruscamente, i tomando su sombrero que habia dejado cerca a la puerta, dijo a la jóven:

-¡Adios, Leonor; has sido mui cruel!

-Adios, Gustavo, contestó ella, sonriéndose.

El jóven franqueó la puerta e iba a salir; pero se detuvo, i volviéndose a Leonor le preguntó:

- -¿Irás a ver a Heriberto?
- -Nó.
- -¿Ni aunque yo te lo suplique?
- —No iré por nada, Gustavo. Tu amigo merece bien su suerte.

Gustavo se alejó, pesaroso de haber ido a aquella casa i jurando en su interior no volver jamás a ella.

Tres citas para una noche.

Leonor permaneció en el mismo sitio ijen la misma actitud en que Gustavo la habia dejado: solo cambió de espresion su semblante, en el cual la alegria fué apagándose como se estingue la luz de la tarde despues de haberse ocultado el sol.

Si la pluma pudiera seguir esa corriente de ideas que brotan del corazon de una mujer cuando dá investigadora mirada a su pasado, donde encuentra tronchadas i marchitas las mas bellas flores que cultivó su juvenil ilusion; si fuera posible en pocas líneas dar cuenta de los pensamientos mil, de los recuerdos sinnúmeros que en ciertos instantes de la vida pasan por la mente, rápidos como el rayo, fugaces como la llamarada de pólvora, consignaríamos aquí lo que pasó por la mente de Leonor en el corto tiempo que permaneció entregada a sus meditaciones; pero ya que ello no es posible, diremos tan solo que la jóven al recorrer su pasado, recojió aquí i allá las gotas de acibar que habian amargado su vida i formó con ellas una sola pocion.

Aquel haz de pequeños dolores, aquel conjunto de disgustos i pesares, parece que sublevó el alma enérjica de esta mujer, pues parándose de improviso, esclamó:

—¡I bien: yo lucharé con mi destino! ¡Yo seré feliz!...; No dicen que el dinero es la base de la felicidad? Yo seré rica, yo tendré oro, i así como hai tantas que viven contentas, alegres, satisfechas en medio de su depravacion ¿por qué no he de en-

contrar yo tambien, aunque sea una dicha ilusoria en la senda que estoi condenada a seguir?... Los hombres me asedian i arrojan el oro a manos llenas a mis piés... bien, le recojeré!...

Algunos momentos despues, Leonor escribia la carta siguiente:

«Pantaleon:

Acepto el convite que me hiciste ántes de ayer. Te espero en el acto.

LEONOR S.»

Llamó a Beatriz a quien recomendó mandara inmediatamente la carta a su destino, i escribió las que copiamos a continuacion:

«Señor Don Moises N.

Esta noche deseo ir al teatro; i si usted quiere acompañarme, le esperaré a las nueve en esta su casa.

LEONOR S.D

Tomo una nueva hoja de papel i escribió:

«Señor Don Maximiliano A.

Apreciado amigo:

Quiero conocer una de esas noches pasadas al rededor de una mesa en que se ha servido opípara cena i se vierte jeneroso oporto i espumoso champagne en trasparentes cristales. Usted que con tanto entusiasmo me las ha descrito i que con tanta bondad como empeño me ha invitado a disfrutarlas, puede acudir esta noche al teatro, a la hora en que termina la funcion, i encontrará dispuesta a acompañarlo a esta su amiga

LEONOR S.»

Cuando la jóven hubo plegado i puesto direccion a estas cartas las entregó a Beatriz diciéndole:

- —Mándalas a su destino i prepárame un chal de punto i un adorno para la cabeza.
- —Los hombres, agregó Leonor cuando la sirviente se hubo alejado, los hombres se aturden con el licor; veamos si yo puedo aturdirme de otra suerte!.....

Veinte minutos mas tarde, paraba un coche a la puerta de la casa de Leonor i un jóven como de 28 años, vestido con cierta elegancia forzada i un tanto pretenciosa, entró al zaguan desde donde se hizo anunciar tirando con fuerza i repetidas veces el llamador.

Al instante apareció Beatriz, quien al ver al jóven, corrió a su encuentro, i con mas familiaridad que la que convenia a una sirviente, le dijo entre risueña i enojada:

- —¡Caballerito Pantaleon! si a usted no le llaman, olvida por completo que en esta casa tiene amigas! ¿Nó es así?
- —¿Cómo va, chica? le decia al mismo tiempo el recien llegado, tratando de tomarle la barba en señal de cariño.
- —¡Vaya!... déjese usted!... esclamó Beatriz, que este no es lugar para bufonadas!... Dígame, pues, por qué no habia venido en estos dias!
- —¡Bah! porque tu señora, alma mia, me habia privado que viniera; i aunque yo habria querido verte a tí...
- —; Eso no es cierto! ¿Apostemos? esclamó Beatriz con semblante risueño.
 - -¡Oye, chica, la dijo el recien llegado ¿Leonor está sola?
- —¡Ya lo creo! contestó Beatriz. Pero usted viene mui guapo, agregó mirándole de piés a cabeza con semblante risueño i tono un si es no es adulador.
- —¿Verdad? interrogó el jóven en estremo satisfecho i contemplándose con marcada complacencia.
- —¡Ya lo creo! repitió Beatriz: esa corbata color azul hermoso, ese chaleco flor romero i ese pantalon perla le vienen como de perla.....
- —I bien, chica, anúnciame luego a tu señora, que ya tendremos tiempo nosotros de conversar.

- —¡Qué apurado viene ahora! esclamó Beatriz con acento de reproche.
- —Mas tarde, alma mia, conversaremos los dos, la dijo el jóven tratando de darle una lijera palmada en la mejilla.

Pero Beatriz dió vuelta la cara con mal finjido disgusto i se dirijió a las piezas en que estaba Leonor.

El recien llegado se acomodó la corbata, sacudió de un papirote una mancha de polvo que habia en la solapa de su levita, estiró su chaleco, arregló la cadena del reloj haciendo que un guardapelo i otras baratijas ocupasen un lugar visible, movió los piés de un lado a otro para que el pantalon cayera a plomo sobre sus zapatos de charol i por fin se palpó, íbamos a decir se acarició con ambas manos a fin de cerciorarse que todo su traje estaba en órden, irreprochable, como él acostumbraba decir.

Terminaba ya de acicalarse cuando Beatriz volvió.

- —Puede usted pasar al salon, caballero, le dijo con tono de resentimiento.
- —¿I no me guias tú, perla mia? le dijo el jóven aproximándose a ella.
- —¡Psch! hizo Beatriz, tirando hácia atras, por medio de un rápido movimiento del cuerpo, las faldas de su vestido. ¿Que no sabe usted el camino? A mas, mi presencia podria incomodarles.....
 - -Vamos, celocilla, la dijo el jóven: hoi estás mui engreida.
- —I usted mui poco amable, contestó Beatriz volviéndole la espalda i alejándose, miéntras el jóven se dirijia al salon de Leonor, no sin acomodar ántes el cuello de su levita i estirar sus guantes color de lirio.

A mas de las piezas ya mencionadas que constituian el vistoso traje del jóven, usaba sombrero de pelo recien comprado en la sombrerería de Cohë, i baston de junco con empuñadura de oro primorosamente cincelada. Su camisa, planchada por Mme Xestaba prendida con dos brillantes de algun valor i sus puños con dos enormes colleras de oro en que se veian entrelazadas las letras P. H. Aquel conjunto de colores era por demas chocante; i aunque nada podia reprocharse al corte, costo i belleza de cada una de las piezas del traje de Pantaleon, la impresion que causaba el conjunto era mui desfavorable.

Otro tanto sucedia con su semblante: tenia nariz delgada, ojos grandes i azules, boca pequeña, mejillas un tanto pálidas i cubiertas por patillas que aunque escasas, él sabia acomodarlas de manera que apareciesen profusas i esponjadas: usaba el cabello encrespado, para lo cual se abonaba por años en la peluquería del Pasaje Búlnes, i daba a su bigote un color negro azabache, merced a una tintura que compraba en la droguería de Mourgues i Ca. No obstante, Pantaleon H. estaba mui léjos de ser simpático ni de parecer a nadie buen mozo, pretension que él abrigaba con íntima conviccion de no equivocarse.

Mas su creencia no carecia de fundamento. En los paseos, en los salones, en el teatro, en todas partes a donde él iba a exhibirse, hombres i mujeres le miraban de piés a cabeza, con insistencia, atraidos por el guirigai de colores de su traje i por el aire de arrogancia con que respondía a sus amigos, que segun él, eran mas numerosos que las arenas del mar. Aquellas miradas, aquella novedad que inspiraba su presencia, él las traducia de la manera mas favorable, pues no veia las sonrisas desdeñosas ni oia los cuchicheos poco satisfactorios de que ordinariamente eran seguidas.

El lector irá conociendo poco a poco el carácter de este jóven, pues seria difícil darle a conocer detalladamente en una sola ocasion.

¡A los estremos que conduce la relajacion!

Abandonaremos por pocos momentos a Leonor, Beatriz i Pantaleon i nos trasladaremos a la calle de las Cenizas a una pequeña casa de pobre apariencia.

Una jóven como de 20 años sacudia con lentitud i penosamente las sillas i sofaes tapizados con reps verde un tanto descolorido i un terno de mesas góticas con cubierta de mármol que ocupaban la principal pieza de la casa que hemos mencionado. En dos ventanas que caian a la calle habia cortinas de punto mui limpias i de las paredes forradas con papel ordinario i lleno de agujeros, pendian dos cuadros a lápiz que representaban al verano i a la primavera en dos jóvenes mui hermosas i mas que hermosas desnudas o mal cubiertas.

El trabajo, aunque liviano, a que estaba dedicada la jóven, parecia fatigarla, pues se detenia a menudo apoyándose con abatimiento en los muebles. No obstante, concluyó con prolijidad i esmero su tarea i pasó a una pieza inmediata donde habia un ancho catre de bronce cuyos pilares estaban forrados en trasparente tarlatan rosado i cuyo pabellon formábanlo blancas, aunque no mui finas cortinas bordadas, que caian sobre una colcha no tan blanca como las cortinas, pero que no por esto dejaba de merecer el calificativo de aseada. Un velador de madera negra a la cabecera de la cama, un lavatorio barnizado con tierra colorada i una alfombra descolorida que presentaba en va-

rios puntos la urdiembre, completaban el menaje de aquella pieza. I en verdad, a no colocar mueble sobre mueble o interceptar el paso de una a otra pieza, no habria cabido en ella mas objetos que los que hemos enumerado.

Natalia, (este era el nombre de la jóven), despues de sacudir las cortinas del catre, de estirar los cobertores del lecho, de limpiar el lavatorio i el velador i de recojer dos o tres restos de cigarros que había en la alfombra, pasó a una pieza contigua.

Aquí el aspecto de mediana decencia, de regular comodidad desaparecia por completo para ceder el lugar al cuadro de la miseria.

En uno de los ángulos, dos cajones hacian las veces de catre para sostener una cama miserable i andrajosa; i diseminados aquí o allá en confusion indescriptible, baules desvencijados, cajones con yerbas u otros objetos, útiles de comedor i cocina, algunas enaguas i otros vestidos colgados en gruesos clavos, dos sillas de paja, un bracero en que humeaba un poco de cisco al lado del cual vahéaba una pequeña olla de barro; i por fin, el objeto mas culminante, en medio de aquel miserable desórden, un crucifijo cubierto con velo negro i colocado sobre una mesa con tres piés, apoyada en la pared i cuya cubierta desaparecia bajo un Ferrocarril que desempeñaba las funciones de carpeta.

Ahí, cerca al bracero, estaba una anciana de tez amarilla i rugosa, de frente calva i ojos apagados. Sin el movimiento convulsivo de sus lábios i de sus manos que ajitaban un carton, tratando de avivar el fuego, se la habria tomado por un cadáver.

Junto a ella, en cuclillas, mirando con avidez la olla, habia un muchacho como de 14 años, vestido con andrajos. Sus piés desnudos, medios curtidos por el barro i el sol, i la piel de su semblante, tostada i mugrienta, junto con su cabello sucio i enmarañado, dábanle un aspecto respulsivo i chocante a primera vista. Sin embargo, al observar sus facciones, al ver sus ojos vivos, intelijentes, cuya mirada revelaba esa perversidad que distingue al pilluelo, al aplana-calles que se halla en todos los

desórdenes, que es el primero en silbar, en correr i en gritar en los tumultos i escándalos, al ver en una palabra, cierta espresion de su fisonomía, dulcificábase un tanto la impresion desfavorable que causaba su semblante. Agregaremos a lo dicho que aquel muchacho era estremadamente flaco i raquítico para su edad, por caya causa, sin duda, en el barrio solo era conocido con el nombre de «Lagartija», siendo que el que habia recibido en la pila era Alejo. Por último, diremos que Alejo era hermano de Natalia, i ambos hijos de la infeliz mujer que trataba de avivar el fuego con un carton.

A la entrada de Natalia, la vieja le preguntó con voz un tanto cascada i balbuciente:

- -¿Ya te desocupaste, hija?
- —Sí, mamita, contestó aquella, dejándose caer en el lecho que hemos mencionado.
 - -Entônces comamos, dijo la anciana.

Repartió en tres partes el contenido de la olla, que no era otra cosa que un pedazo de carne cocida con agua, i dió un plato a Natalia i otro a Lagartija, reservándose el mas pequeño para ella.

Inter comian sostuvieron el siguiente diálogo:

- —¿Nada te falta, Natalia? preguntó la anciana, mirando a su hija con interes.
- —Creo que nada, contestó ella con voz dulce, un tanto desfallecida.
 - -¿No dijiste esta mañana que no tenias parafina?
- —Sí, mamita; pero el cacero consintió en fiarme, por la última vez medio litro.
- —Si le hubieras pedido una vela de a centavo i lo demas en pan, habria sido mucho mejor, murmuró Alejo, echándose a la boca el último pedazo de carne i pensando que no tenia otra cosa para acallar su hambre.
- —¡Qué sabes tú! esclamó ásperamente la anciana. ¿Va a recibirse a la jente con una vela de sebo?

—¡Para lo que dan algunos! refunfuñó el muchacho chupándose con ansia los lábios.

Natalia, miéntras tanto, comia lentamente, observando el plato de su madre, quien parecia no darse tampoco mucha prisa en concluir.

- —¡Pero tú no comes, Natalia! dijo la anciana.
- -No tengo ganas, mamita. ¿I usted tampoco ha comido?
- -Comí ántes..... miéntras tú arreglabas los muebles.....

La anciana mentía deseando que su hija tomara la parte de comida que a ella le habia correspondido; i Natalia, impulsada por el deseo de que su madre hiciera otro tanto, habia tambien mentido al decir que no sentia apetito.

Lagartija, que habia dejado su plato como una patena i que miraba con ávidos ojos la comida que aun quedaba en los de su madre i hermana, creyó del caso intervenir i zanjar la cuestion de una manera que conceptuó mui equitativa.

- —Si ustedes no tienen ganas, dijo alargando sus flacas manos como para recibir ambos platos a la vez, yo las tengo i muchas. Me comeria diez platos como *esos*! agregó haciendo una mueca de desprecio con sus descoloridos lábios.
- —Tú puedes salir a buscar algo, le dijo la anciana con tono agrio, i no necesitas tanto como tu hermana el comer. Ella está enferma i es la que trabaja.
- —¡Bonito el trabajo! esclamó Lagartija, lanzando una carcajada llena de malicia i de sarcasmo.
- —¡Calla, pícaro! gritó la anciana levantando la cuchara en actitud amenazante. Anda pronto a ver si te dan algo i vuelve temprano por si hai necesidad de mandar a la calle!

Lagartija dió un salto, i por medio de un rápido movimiento, se apoderó del pan de Natalia i huyó a la calle riendo a carcajadas.

—¡Pícaro! esclamó la anciana haciendo ademan de pararse i seguirlo.

—¡Déjelo, mamita! el pobre muchacho tendrá hambre, esclamó Natalia.

6

- —¡Así es! murmuró aquella con tristeza. Ayer i hoi la comida ha sido bien escasa!
- —Por lo mismo, replicó la jóven, usted debe comer ahora, pues si mañana no tenemos......
- —¿I tú, hija mia? interrumpió la anciana. ¿I tú que estás tan débil, tan extenuada? Si no comes ¿podrás salir esta noche?... Ya sabes que por esta calle pasa poca jente i que es necesario que salgas, que vayas a la plaza, al comercio... Vamos, concluye ese plato i este otro: juntos los dos apenas bastarán para que no mueras de fatiga.....
- —Es que no tengo el menor apetito, replicó la jóven: no sé por qué el olor de la carne me repugna, me fastidia.
- —¡Estará mal guisada! esclamó la anciana con voz triste. ¡Eso es, agregó con cierta amargura... Ya no te sirvo yo para nada!.....

Al decir ésto, su voz se enterneció i llevó a los ojos la punta del pañuelo con que cubria su espalda.

- —Al contrario, mamita, no puede estar mejor, se apresuró a decir Natalia; i en prueba de ello, voi a comer, pero con la condicion de que usted consuma su parte.....
 - -Bien, replicó la anciana: no quiero contradecirte mas...

Ambas comieron en silencio el pobre i escaso alimento, i Natalia, una vez desocupada, colocó un pedazo de espejo sobre una pequeña silla de paja, tomó una botellita envuelta en trapos de dudoso color i junto con una peineta i diez horquillas, las dejó cerca al espejo.

Era la hora en que necesitaba ataviarse, i bien pronto, merced al agua que contenia la botella i a un poco de carmin que con esmero estendió sobre sus mejillas, su semblante adquirió esa frescura que engaña i atrae a la distancia, pero que hiela el corazon vista de cerca.

Aquel barniz blanco i rojo, destinado a cubrir los estragos de la relajación, debia, no obstante, producir su efecto a la escasa luz de las bujias o a la dudosa claridad del gas.

I Natalia, todo lo que necesitaba, era aparecer bella en la no-

che, aun cuando al dia siguiente sus actractivos se disiparan como el humo que despedaza el viento.

Miéntras tanto, la madre de Natalia, acercándose a la mesa ya indicada, i elevando la vista hácia la imájen de Jesucristo crucificado, comenzó a rezar con lentitud, aunque con fervorosa devocion.

¿Qué pedia aquella madre desdichada al dispensador de todos los bienes? Solicitaba para su hija degradada el arrepentimiento i su purificacion? Imploraba para esa jóven, concebida i alimentada en sus entrañas, el sustento material, obtenido por medios honrosos, por un trabajo modesto i lucrativo. Pedia en fin, paz, virtud, rejeneracion para ella i su hija: para ella, luz que se estinguia en el ocaso de la vida, i para su hija, flor marchita que aun podia rejuvenecer?

-¡Nó!... La infeliz anciana nada de eso pedia!

En aquella mujer habia hecho tales estragos la miseria, el hambre, la degradacion: habia sufrido tanto en su larga i penosa vida: habia sido sofocada tantas veces la voz de su conciencia, de su dignidad, de su deber, por esa otra voz aguda i poderosa de la necesidad, que ya en ella no quedaba mas que el conocimiento de sus actuales necesidades i una idea vaga, confusa, del medio como podia llenarlas.

Educada relijiosamente por sus padres, acostumbrada en su juventud a pedir a Dios, como a su padre bondadoso, cuanto era necesario a su existencia, en aquel momento le pedia tambien lo que le faltaba a ella i a su hija!... Pero su demanda era terrible: su súplica repugnante i criminal!.....

¡Aquella madre, cuyo corazon no distinguia ya el vicio de la virtud: aquella mujer que deseaba pan para sus hijos i no veia mas que una sola manera de obtenerlo!

¡Pedíalo a Dios sin hacer alto en los medios!

Celos.

El hermano de Natalia, Alejo R., álias Lagartija, salió de su casa i deteniéndose junto a cada grupo de muchachos que encontraba a su paso, subiéndose al eje de las ruedas de testera de los carruajes, silbando, corriendo, lanzando piedrecillas a los transeuntes i marchando en seguida con bien finjida formalidad para disimular su pillería, de cuando en cuando se acercaba a un caballero o señora i aflijiendo la cara i la voz, les decia:

—¡Un cinquito, patroncito—o patroncita,—para llevarle pan a mi mamita que se muere de hambre!...

La mayor parte pasaban sin contestarle, otros le rechazaban con dureza i no pocos le decian:

—¡Vete al hospicio tú i tu madre: ahí les dan de comer a los flojos!.....

Lagartija volvia a correr i a saltar, su semblante adquiria el aire picarezco i maligno que le era peculiar, hasta el momento en que podia repetir su misma frase a nuevo transcunte.

De esta manera, vagando sin objeto, llegó a la Plaza de la Intendencia, i despues de dar una vuelta al rededor del jardin repitiendo su eterna cantinela a cuantos en esa hora se paseaban para gozar del fresco de la tarde, tomó por la calle de las Monjitas hasta llegar a la Nueva de la merced, en cuya encrucijada se detuvo a pensar si volvería a la plaza o continuaría su peregrinacion.

En aquel momento la hermosa Leonor, acompañada del elegante Pantaleon H. salian de la casa de la primera para subir al coche del segundo, detenido frente a la puerta.

Lagartija corrió hácia ellos i llegó a tiempo que Leonor ponia su diminuto pié en el estribo del coche.

- —¡Patroncito, un cinquito para comprar pan i llevarle a mi mamita que se muere de hambre! le dijo a Pantaleon, estendiendo su descarnada i sucia mano entre él i Leonor.
- —¡Quita allá, pilluelo! esclamó Pantaleon, empujándole con tal rudeza que el pobre muchacho fué a caer de espaldas en la acera.
- —¡aFutre encolao a cuartillo el atao!» gritó Lagartija con voz enfurecida i levantándose, miéntras Pantaleon subia al coche i cerraba la portezuela.
- Futre pipiolo, futre fósforo, futre ladron!..... repitió Lagartija cada vez mas alto, pero en actitud de huir a la menor amenaza de Pantaleon.
 - -¡Tira al Parque! dijo éste al cochero.
 - —¡Aguarda un momento! esclamó Leonor.

I sacando de uno de sus dedos un precioso anillo, se volvió hácia el muchacho diciéndole:

- -Toma, niño, para que le compres pan a tu madre!
- —¿Que vas a hacer, Leonor? le greguntó Pantaleon queriendo tomar el anillo que la jóven mostraba a Lagartija.
 - -Ya lo ves: regalarle este anillo, pues no tengo dinero.
- -¿Estás loca? ¡Un anillo con brillante!... En tal caso, si quieres dar dinero a ese pilluelo, aquí tienes.....

I Pantaleon presentó a la jóven un puñado de monedas de plata.

-Gracias, le dijo ella: no necesito.

I volviéndose nuevamente a Lagartija, agregó:

-Acércate, niño, i recibe este anillo.

El muchacho miró, indeciso, a Leonor, i con tono desconfiado le dijo:

-¡Sí!... pa que el caballerito me pegue!...

- -Acércate sin cuidado, repuso ella, que no te sucederá nada.
- —¡Pero esa es una locura, Leonor! decia al mismo tiempo Pantaleon.
- —¡Te digo que no te sucederá nada! repitió la jóven sin hacer caso del elegante i al ver el jesto de desconfianza que hacia el muchacho.

A esta nueva aseveracion, Lagartija se aproximó sin quitar la vista de Pantaleon i estendió la mano con jesto desconfiado i actitud recelosa.

—¡Tíremelo, pues, si quiere dármelo! dijo a Leonor.

La jóven le arrojó el anillo que él recibió dando un brinco de alegría.

- —¡Dios se lo pague, patroncita!... esclamó, huyendo, temeroso de que se arrepintieran i le quitaran el anillo.
 - -Ahora, dijo Leonor a su compañero, podemos partir.
- —; Pero qué solemne locura has hecho! esclamó Pantaleon, miéntras los caballos, amenazados por el látigo del cochero, partian al trote.
 - -Otros hacen mayores, repuso ella con indiferencia.
- —¡Oh!... si me lo hubieran contado, no lo habria creido! agregó el. ¡Dar un anillo con brillantes a un pillastre, es lo mas estupendo, lo mas estrambótico que puede ocurrirse a una linda cabeza como la tuya.
- —Ese anillo me incomodaba, contestó Leonor sonriéndose, i queria dejar mi dedo apto para recibir otro.
- —Que tomaremos, bella Leonor, a nuestro regreso del parque, en la joyería de Herz, se apresuró a decir Pantaleon con tono galante.
- —Gracias, amigo mio: de esa manera serás tú quien ha hecho la obra de caridad.
- —Entonces, amigo mio, no tomaremos el anillo que has indicado, pues no quiero ser causa de que sufra ese infeliz.

- —¿I qué tiene de comun el obsequio que deseo hacerte a tí, con el prometido a ese aplana-calles?
 - -Que de uno nace el otro, contestó Leonor.

En aquel momento el coche llegaba a la calle de las Delicias i la jóven dijo a Pantaleon:

- —Ordena al cochero que tome la avenida de la derecha. Pantaleon obedeció.
- →¿A quién deseas ver? preguntó en seguida a Leonor.
- -A nadie: es un capricho.
- —¡Hum!... hizo el jóven. Si me entrego a recordar quiénes viven por aquí, creo que hallaría varios de tus amigos...; Vamos, confiesa que no me equivoco!...
- —Antes de hacerlo, dime qué sacaria con verlos o ser vista por ellos, le contestó Leonor, que adivinó al instante lo que pensaba Pantaleon.
- —¿Qué sacarias? interrogó éste, para darse tiempo de contestar. ¡Diantre!... no lo sé... Sacarias lo que se obtiene con ver a una persona que se aprecia, concluyó mui satisfecho de haber encontrado una buena razon.
- —No es eso, replicó Leonor sonriéndose i mirándole fijamente: tú crees que yo deseo exhibirme ante mis amigos, porque voi en elegante landeau i con el mas elegante jóven de Santiago. ¿No es cierto?
- —¡Oh!... qué ideas tienes, hermosa Leonor! esclamó él poniéndose colorado i dando a sus palabras un tono de broma, lo que no obstó para que se arreglara el lazo de la corbata i se atusara el bigote con marcada complacencia.
- —Id 3 mui naturales, agregó ella, cuando se conoce el terreno que se pisa.
- —Pero eso seria en mí una fatuidad, casi una ridiculez, pues si alguno de los dos se honra con la compañía del otro, ese soi yo.
- —Gracias por el piropo, amigo mio, annque tenga tanto de verdadero, como yo de monja de caridad, contestó Leonor.

El coche pasaba a ese tiempo por frente a una casa de doble

piso, de antigua contruccion i en cuyos balcones volados, que caian a la calle, se paseaba en actitud meditabunda nuestro conocido Gustavo Peña.

Al ver éste a Leonor, se detuvo i sus mejillas se colorearon por súbita emocion.

Pantaleon le saludó sacándose el sombrero e inclinándose con cierta familiar alegría llena de complacencia, miéntras Leonor le enviaba con la punta de sus sonrosados dedos una sonrisa indefinible.

Gustavo inclinó la cabeza para contestarles i se ocultó al instante en una de las piezas cuyas puertas daban al balcon.

—¡Pobre Leonor!.. murmuró mas turbado de lo que él mismo quisiera. ¿Por qué ha elejido a ese hombre para amante? Es que desea hacerse el objeto de todas las miradas? Mañana ese fátuo contará a todo el mundo que tiene por querida a la mas hermosa de las mujeres de Santiago, i así ella bajará de un solo paso muchos escalones hácia su degradacion. ¿I qué hacer? Ella así lo quiere!.....

Gustavo, sin darse cuenta de lo que hacia, volvió a salir al balcon i divisó allá, a gran distancia, el coche que conducia a Leonor. Un pedazo de blanco i vaporoso tul que rodeaba su cuello, desprendido en ese instante por el viento, flotaba sobre la jentil cabeza de la jóven cual la tenue nubecilla que al asomar la aurora juguetea sobre el cenit de las montañas. El vaiven caprichoso que el coche imprimia a esa mujer tentadora, objeto para él de tantas emociones reprimidas; la luz ténue del crepúsculo de la tarde que en aquel momento se perdia en el espacio para ser reemplazada por la triste, por la oscura, por la misteriosa noche... Por la noche que para él seria amarga, desabrida, insoportable, teniendo que pasarla solo o acompañado de personas que eran indiferentes a su corazon... miéntras que Pantaleon, ese fátuo, ese imbécil, iba ahí, al lado de una mujer bella i seductora a quien llevaba en su coche, a quien tenia derecho de dirijirle frases de amor i a quien conducia... ¿A donde?-Al parque, sin duda!... Al espacioso parque Cousiño, donde dejarian el coche i pasearian solos, enteramente solos, por las sombrías avenidas de acacias, por los majestuosos bosques de eucalyptus! I las acacias en flor, i las flores que rodean el lago, ¡que de variados i enervantes perfumes despedirian a aquella hora bajo la poderosa influencia de una atmósfera enardecida aun por el ósculo incandescente del sol!...

Gustavo sintió una especie de vértigo: creyó ver a Pantaleon enlazar el talle flexible de Leonor: creyó oir el estallido de esa nota rápida, inarmónica, que salta del corazon i se detiene en los lábios. I él ¿por qué estaba privado de gozar esas emociones? ¿Acaso no las merecia? No era superior, mui superior a ese imbécil de Pantaleon? Qué tenia éste mas que él? Dinero?—;El era mas rico que Pantaleon: él podia comprar, a mejor precio, esa felicidad! I sobre todo ¿podria o debia él permitir que aquella mujer fuese a hacer la felicidad de Pantaleon? No debia impedirlo, por lo menos, con su presencia?

Pasaba un coche de alquiler bajo el balcon, i Gustavo lo hizo detener.

En seguida, entró precipitadamente a las piezas, fué a su escritorio, tiró hácia sí un cajon, i tomó de él tres gruesos rollos de billetes de banco que guardó en un bolsillo de su levita. Despues, de un modo febril, se puso sombrero, tomó un baston i bajó de dos en dos los escalones.

—¿Ves aquel coche que va allá, mui léjos, como a cinco o seis cuadras de distancia? preguntó al cochero.

—Nó, patroncito, contestó el interpelado despues de mirar un instante.

—¡Bien, esclamó Gustavo subiendo al coche; tira a escape hácia abajo i te pagaré bien!...

El cochero azotó sin compasion los caballos, que partieron a todo galope.

-: Mas lijero!... Mas lijero!... dijo Gustavo.

Repetida la misma operacion por el auriga, los caballos con sus cascos i las ruedas con su llantas, arrancaban chispas del empedrado. La luz de la tarde desaparecia, la noche llegaba.

Gustavo perdió de vista el coche que conducia a Leonor.

—¡Los encontraré en el parque! se dijo él con esa obstinacion invencible de los celos.

Uno para ir i otro para regresar.

Cuando el coche que conducia a Pantaleon i a Leonor llegaba al Parque Cousiño, la tarde habia ya desaparecido i en las anchas avenidas de acacios que circundan el Parque, reinaba la quietud i el silencio que en ciertos lugares son los precursores de la noche.

Era esa hora en que las aves arrojan sus últimos trinos, en que las altas montañas se coronan de arreboles, en que el musgo de los prados adquiere un verde profundo i en que los arroyos zuzurran i suspiran i la naturaleza toda, cual amante que dice adios a su querido, cubre su faz con melancólico velo.....

- —¡Qué hermosa tarde!... ¿verdad, Leonor? dijo Pantaleon viendo que la jóven miraba con embeleso los pintorescos paisa-jes que por do quiera se diseñaban.
- —¡Oh, sí!... preciosa!... contestó ella maquinalmente, pues en ese momento los melodiosos trinos de un zorzal acariciaban sus oidos.
- —Si tú quisieras, Leonor, pasear todas las tardes como ahora, dijo Pantaleon, yo tendria verdadero placer en acompañarte.
- —Gracias, hai tardes que prefiero emplearlas en otra clase de distracciones.

El coche se habia detenido frente a la laguna del Parque; i aun cuando Pantaleon se apresuró a bajar para ofrecer la mano a la jóven, ésta descendió de un salto i lijera como niña que sale a recreo, corrió por uno de los caminos del jardin respirando con ansia el suave perfume de las flores.

- —¡Locuela!... esclamó Pantaleon con acento jocoso pero un tanto campanudo ¿cómo quieres que te acompañe?
- —Pues si no quiero tal cosa, le contestó ella sin detenerse; al contrario, déjame un instante sola.

I diciendo esto, tomó por el sendero que conducia a un pequeño bosquecillo de eucaliptus.

—¡No te alejes mucho, le gritó Pantaleon, pues ya está mui cercana la noche!

Leonor, cual gacela que se oculta del cazador, se internó en el bosquecillo i desapareció de la vista del jóven.

—¡Vaya que es gusto raro! dijo éste. Viene al Parque conmigo, i cuando yo esperaba que recorreríamos juntos el jardin, asidos del brazo i hablando de amores, me deja solo i ella se introduce a ese bosque, de donde saldrá con los vestidos i todo el traje sucio i desgarrado! Pero, qué vamos a hacer! Estas mujeres hermosas tienen ciertos caprichos cuando están enamoradas, i al principio es necesario disimulárselos!...

Pensando así, Pantaleon seguia con paso lento i grave la misma senda que habia recorrido Leonor; i cuando hubo llegado al bosque donde aquella habia desaparecido, la llamó en voz alta diciéndole:

- —¡Leonor!...; Leonor!... es una imprudencia penetrar a estas horas entre los árboles! ¿No me oyes, Leonor?
- —Esperó un instante la respuesta; i viendo que nadie le contestaba, murmuró:
- —La picaruela estará por ahí ocultándose para salirme de repente al encuentro i echarme los brazos al cuello!... Vamos, lo que me conviene es finjir indiferencia i así, instante por instante, ella se enamorará mas de mí!...

Pantaleon empuñó su junquillo, cruzó las manos sobre la cintura i comenzó a pasearse silbando una parte del Trovador. A ese tiempo se oyó el ruido de un coche que se detenia frente al que habia ocupado Pantaleon.

—¿Quién será? pensó éste, no alcanzando a distinguir, por la distancia i la semi oscuridad si alguien bajaba del coche.

—Talvez, dijo, mirando al bosque de donde creia que saldria Leonor a sorprenderlo; talvez sea algun feliz mortal que, como yo, viene a gozar de la amenidad de estos sitios para hablar de sus amores...; Pero esta Leonor tiene gustos mui escéntricos!... ¿A quien se le ocurre venir aquí, en mi coche i en mi compañía i dejarme mirando a las estrellas que principian a salir?... Mas, como lo he pensado, estas mujeres, cuando están enamoradas, se conducen así para amarrar, para hacer desesperar al amante; pero ¡yo las conozco, i no será Pantaleon Heuriquez quien se deje alucinar!

I Pantaleon, fiel a su propósito de aparentar indiferencia, siguió tarareando un trozo de la Sonámbula i paseándose en la avenida, al rededor del bosquecillo, con paso grave i mesurado.

Así, silbando i midiendo el terreno, formando planes para mejor hacerse amar de la jóven, i hallando a cada momento mas rara la conducta de Leonor, nuestro jóven dió innumerables vueltas al bosque, formó i deshizo combinaciones i llegó por fin a temer que, a pesar de que Leonor estaba completamente enamorada de él, si no acudia a echársele al cuello, sería porque, o le habia sucedido alguna desgracia en el bosquecillo, o estaría profundamente resentida con él, talvez porque se habia mostrado poco galante con ella en el coche.

En uno i otro caso, él debia acudir a su lado: para socorrerla si le habia sucedido una desgracia o para consolarla si se consideraba desgraciada.

—¡Qué diablos! esclamó Pantaleon, echando una mirada a su flamante i vistoso traje; voi a inutilizarlo, pero al fin, ello no significará mas que el sostituirlo mañana por otro!...

Pantaleon penetró resueltamente en el bosquecillo, llamando en voz alta, de cuando en cuando, a Leonor.

Intertanto, lo que habia sucedido a Leonor lo vamos a ver en pocas líneas.

La jóven, deseosa de pasar un instante sola i entregarse a esas contemplaciones a que son tan inclinadas ciertas almas, penetró, como hemos visto, en el bosquecillo de eucaliptus; pero como ahí no podia cómodamente dar espansion a su alma soñadora, atravesó el bosquecillo i tomando una avenida que iba a terminar en la laguna, comenzó a pasearse ahí, aspirando con delicia el aroma que emanaban las flores. Luego, despues de recorrer un instante esos pintorescos, a la par que por la hora, melancólicos sitios, sentóse en un sofá i reclinando la frente en una de sus manos, fijó la vista en las aguas de la laguna, tan calladas i sombrias en ese instante, como eran sus pensamientos.

Así habria permanecido largo rato, si no la hubiese apartado de sus meditaciones la llegada de un caballero que, con paso rápido, recorría la avenida que hai alrededor de la laguna; i que, al divisar a la jóven, se acercó a ella como para reconocerla.

- -¡Leonor! esclamó el jóven con admiracion.
- —¡Gustavo! esclamó ella a su vez con gran sorpresa. ¿Tú por aquí?
- —He venido, Leonor, con el deseo de encontrarte, pues cuando te ví con Pantaleon, esperimenté un sentimiento profundo. ¿Por qué, dime, has elejido ese hombre para exhibirte en público?
- —Vale tanto o mas que otros, contestó la jóven con el acento insustancial que usaba cuando no queria contestar sériamente.
- —Pero tú vales mas que eso, Leonor: tú podias elejir un amante que por lo menos no echara a volar tu nombre a los cuatro vientos.

La jóven se levantó, i tomándose del brazo de Gustavo le dijo:

-¡Qué bella noche!... Quieres que demos un paseo?

Gustavo oprimió contra su pecho el torneado brazo de Leonor, i con acento de tierno reproche la dijo:

- —¡Tú no quieres que te hable de esto!...
- —Nó, voi a contestarte, amigo mio: segun he oido decir, la fama es un ausiliar poderosísimo de la riqueza; i como nosotras adoramos a la diosa fortuna, nos conviene que la fama pregone nuestros nombres, no solo a los cuatro vientos cardinales, sino a todos los puntos de la rosa náutica.
- —¡Nosotras! repitió Gustavo acentuando esa palabra como la habia recalcado Leonor. ¿I por qué tú te colocas siempre, vuelvo a preguntártelo, amiga mia, en el número de esas desgraciadas para quienes la sociedad ha cerrado las puertas de la rehabilitación?
- —Porque, contestó la joven con indiferencia, no veo otro lugar donde colocarme... Vamos, amigo mio, agregó con tono festivo: ¿qué lugar, qué sitio, qué puesto me darias tú?
- —¿Yó?... interrogó Gustavo con vacilacion i dándose tiempo para contestar. Yo, Leonor, te daria el puesto que tu hermosura, tu intelijencia i tu corazon merecen... Tú eres como el globo que se halla suspendido sobre un abismo: si quieres elevarte, puedes hacerlo desde que tu alma es noble i es grande; pero si quieres precipitarte, no tienes mas que seguir gastando el pábulo que hasta hoi te sostiene i te alimenta.
- —Es lo que hago, dijo Leonor: consumo el gas que me queda... Pero, hablando de otra cosa. ¿Por qué miras con tanto desden a Pantaleon? acaso no es uno de los jóvenes que rolan en la primera sociedad? no tiene dinero, esc becerro de oro ante el cual todos se inclinan? no es pródigo i jeneroso, con lo cual se vencen muchos imposibles? I por fin ¿no tiene una fisonomía que para muchas puede ser simpática i agradable?
 - -Pantaleon es un fátuo, Leonor, i todos se rien de él.
- —Se rien de él, pero no anto él. ¿Qué importa eso? Esos fátuos, amigo mio, son los seres mas felices del universo. Viven pagados i satisfechos de sí mismos: reciben acá o allá manifestaciones que las toman como dirijidas a sus méritos, aun cuan-

do lo sean a su dinero, i eso les basta para ser dichosos. A mas, no todos ni todas gustan de eso que se llama jénio, talento, intelijencia, sentimientos elevados, poesía del corazon, sensibilidad esquisita del alma, idealismo i tantas otras cualidades que adornan o afean a ciertos séres que, considerándose ellos superiores a los demas, los demas lo consideran inferiores a ellos sin mas que por tener un porte fachoso i gallardo, un carácter jocoso e insustancial. Te repito: estos séres son los mas felices, pues llevan en la frente, a la vista de todo el mundo, el tesoro o los tesoros que poseen. Tu amigo Pantaleon es de ese número i yo deseo aumentar su felicidad prefiriéndole a los que, en cambio de lo que yo puedo darles, solo pondrian a mis piés, ya la triste i sentimental lira del poeta, ya la paleta o el buril del artista, ya en fin, la gastada e improductiva pluma del escritor

—¿Por qué hablas lo que no sientes? preguntó Gustavo a la jóven.

Esta lanzó una carcajada i replicó:

—¡Tú te empeñas, amigo mio, en que yo tenga un corazon de oro; pero desgraciadamente el que recibí de Dios es de cieno!

—¡Falso!... Tú lo que pretendes es desilusionarme i destruir el amor que me has inspirado; pero al travez de tus palabras, en el sarcasmo mismo que acompaña a tu acento, hai un eco de tu alma que llega hasta la mia: hai una voz clara i perceptible que me dice que tú no eres perversa sino desgraciada; que tú no eres criminal sino en la apariencia!... Una vez mas, Leonor, permíteme preguntarte por qué obras así, por qué tratas de poner un abismo entre los dos?

—¡Vaya! esclamó la jóven sin abandonar su acento un si es no es banal; porque, amigo mio, ya te lo he dicho: a tí te aprecio con sinceridad i no quiero que unamos nuestros destinos, ni siquiera transitoriamente, pues tu carácter difiere por completo del mio. Talvez te haría desgraciado sin ser yo feliz. Yo amo el bullicio i tú el silencio; yo anhelo las distracciones, las orjías, las bacanales i tú eres mas bien inclinado al sociego, a la tran-

quilidad. Dime, si cediendo yo a tus deseos te complaciera: ¿te conformarias con que al desprenderme de tus brazos me precipitara en otros?

—¡Jamas! esclamó Gustavo sintiendo latir aceleradamente su corazon. ¡Jamas! esta tarde, cuando te ví en compañía de Pantaleon, una nube de sangre pasó por mi vista; i sin saber lo que hacia, he venido a buscarte, llenos de billetes los bolsillos por si es oro lo que necesitas: lleno de amor el corazon por si es eso lo que al tuyo hace falta!..... Yo no quiero, yo no podré conformarme con que arrastres así tu nombre, pues hai un algo que me dice que el mio ha de unirse al tuyo!...

—¿Volvemos a las andadas? interrogó Leonor con voz festiva pero un tanto trémula. Ya hemos convenido, amigo mio, que entre los dos no se trate esa materia, pues segun dicen los cronistas del amor, es mui vieja i gastada. Por otra parte, mi nombre está ya demasiado envilecido para rehabilitarlo. ¿No sabes que desde hace algun tiempo soi el blanco a que se dirijen todas las miradas, las de los hombres para devorarme i las de las mujeres para maldecirme?...... Vamos, déjate de niñerias, Gustavo, o no me veas mas, pues con tu carácter hipocondriaco i sombrío, apagas la alegría i la vivacidad del mio. Yo quiero ser feliz, yo quiero buscar la dicha donde otras mil la encuentran; i para conseguirlo es que he principiado por pagar un tributo a mi vanidad.

—¿A tu vanidad? interrogó Gustavo con estrañeza.

—Sí, a mi vanidad, pues siento el deseo de que mi nombre sea conocido por todo el mundo: de que en el teatro, aquí o en cualquiera otro paseo, al verme pasar todo el mundo me señale con el dedo i digan: «Allí va Leonor que es la favorita de fulano:—ahí va Leonor que en un mes arruinó a zutano:—ahí va Leonor que hizo esto o aquello, bueno o malo no importa; pero que salga un poco de lo comun que hacen otras mujeres. Hé ahí mi vanidad, hé ahí mi deseo i hé ahí, Gustavo, por qué para cumplirlo necesito tener bien libre mi corazon, bien sin preocupaciones mi cabeza. Si diera oido a tus palabras, si escuchara

tus deseos, si, en fin, me hiciera tu querida, nada podria hacer pues me adormeceria al arrullo de tu amor i me convertiria en una imbécil que tarde o temprano tú mismo despreciarias...

-; No digas eso, Leonor! Lo que he sentido esta tarde al escucharte, i lo que esperimenté cuando te ví en compañía de Pantaleon, me ha revelado de una manera elocuente que mi corazon busca i necesita los latidos del tuyo, como necesita el ciego de la vista, como el sediento necesita del agua que ha de refrescar su paladar. Tus confesiones de este momento no hacen mas que enardecer mis deseos i abrir nuevos horizontes a mi esperanza. Me dices que no quieres oirme por no enamorarte; luego mi voz llega de una manera simpática a tu corazon: me dices que necesitas mantener libre tu cabeza, tranquilo el corazon; luego te sientes inclinada hácia mí i comprendes que al abrirme tus brazos tendrias que abdicar a tus frivolidades porque te repugnarian: tendrias que renunciar a muchos de tus gustos porque serian incompatibles con el sentimiento grande i puro, con los deseos nuevos que sentirias en tu corazon. Vamos, Leonor, confiesa que no eres consecuente contigo misma...

-¿Por qué?

—Porque deseas buscar la dicha en el torbellino de las pasiones, en esa babilonia donde no encontrarás mas que descepciones amargas, desengaños crueles, i donde irás dejando enredada poco a poco, en grandes jirones, la hermosura de tu cuerpo i la belleza de tu alma.....

—¡Ah! esclamó Leonor con alguna amargura: si los sentimientos del alma fueran valorados, tengo la seguridad de que los seres mas desgraciados serian los mas felices!... Pero, infortunadamente, cautiva mas lo transitorio que lo durable!...

—Eso es, precisamente, lo que yo pienso, Leonor, i por ello te vaticino que al correr tras de los placeres que te proporciona o puede regalarte tu hermosura, marchas tras de la quimera de la dicha. A medida que se marchiten o desaparezcan tus encantos, irá tambien evaporándose la felicidad de que has disfrutado.

-¿I qué otra cosa puedo hacer si ese es mi destino?

—Nó, Leonor: tu destino seria vivir respetada i feliz al lado de un hombre que, al comprender tu alma, quisiera hacerla hermana de la suya....

El brazo de Leonor, apoyado hasta ese momento con cierta indolencia en el de Gustavo, tembló lijeramente.

—;Ah! esclamó tras de breve silencio: ¡cuán poco conoces el corazon humano, Gustavo!

I como si en ese momento despertara de un sueño, o advirtiese por primera vez que no debia hablar de ese modo, cambió bruscamente de tono diciendo con acento frívolo i alegre:

—¿Pero qué estamos haciendo, amigo mio? ¿A qué hablar de estas candideces?... Oye: esta noche tengo dos nuevas citas: una para ir al teatro con Moises N. i la otra para una cena, despues del teatro, con Maximiliano A. ¿No te parece que podré ser dichosa?

Tocó al brazo de Gustavo el contraerse de una manera nerviosa al oir lo anterior.

- —¡Tú te empeñas, la dijo, en descender al abismo!
- -Sí, porque deseo saber pronto qué hai en él.
- -¿I acaso no lo adivinas?
- —No solamente lo adivino, sino que lo conozco; pero hai naturalezas, Gustavo, que una vez compelidas al bien o al mal, no pueden volver atras. Yo amo el placer; yo amo la libertad, yo amo los sufrimientos mismos que se esperimentan cuando se vive sola, cuando se ha entrado en la vida que llaman alegre.
- —¿Luego no quieres volver atras? preguntó Gustavo sin disimular su despecho. ¿Luego desprecias mi cariño?

Leonor lanzó una carcajada.

- —¡Pero, le contestó: i tu cariño, Gustavo, ¿qué mas que otro puede traerme? qué mas que otro puede evitarme?
- —Mi cariño, replicó el jóven con animacion, puede traerte una dicha eterna porque él tambien será eterno. Mi cariño, Leonor, podria llegar hasta conducirte al altar, en cuyas gradas se purifica el pasado.

- -¡Gracias! esclamó la jóven con tono sarcástico.
- -¿Lo dudas?
- —No lo creo, desde que ántes de ir al altar desearias lo que ordinariamente solo se desea despues de haber ido a él.

Gustavo vaciló un momento ántes de contestar.

- —Oye, dijo al fin bajando un tanto la voz: abandona desde hoi la vida frívola que llevas: sé desde hoi una jóven juiciosa, modesta i recatada: cierra tus puertas a esa porcion de pisaverdes que revolotean a tu alrededor; en una palabra, hazte una mujer digna i delicada en todo sentido, i talvez en poco tiempo, mi mano se tenderia para estrechar la tuya ante un sacerdote.....
 - —¿Tú has venido en coche? preguntó Leonor bruscamente.
- —Sí, contestó Gustavo algo desconcertado. ¿Por qué lo preguntas?
- —Porque deseo me conduzcas a mi casa, pues se acerca la hora de vestirme para ir al teatro.

El jóven se mordió los labios con cólera, mas contra él mismo que contra Leonor.

- —¡Veo, la dijo con despecho, que lo que tú pretendes es llevar adelante el plan de vengarte de los hombres i quieres hacer de mí una nueva víctima.
- —¡Te equivocas! replicó Leonor con prontitud. Si contigo tuviera tal intencion, en vez de destruir alimentaria tus esperanzas. Para tí, al contrario, he querido la dicha i esa te la doi alejándote de mí!
- —¡Pero si yo veo la dicha en todo lo contrario, Leonor! esclamó el jóven. Ya que no quieres aceptar la vida que te propongo, concédeme lo que otorgas a otros, pues tu resistencia principia a irritarme i tu raro capricho a enloquecerme!
- —¿Quisieras desempeñar el papel de Pantaleon? preguntó Leonor, riendo.
- —Yo no sé cual sea el verdadero papel de Pantaleon, replicó Gustavo; lo que sí sé es que todo el mundo dice que es uno de tus queridos......

- —«Cuando el rio suena, contestó ella, es porque agua lleva»... ¿I estamos aun mui léjos de tu coche?
- —No, está cerca. ¡Pero creo que esperarás a tu amigo Pantaleon.....
- —No hace falta, ya que tú has llegado tan a tiempo. Uno de mis gustos es salir de mi casa con uno i regresar con otro.
 - -Es que yo no debo pisar mas tu casa.
 - -Es que puedes despedirte en la puerta.
 - -Está bien: vamos.
 - -Vamos.

Marcharon en silencio todo el trayecto que les separaba del lugar donde Gustavo habia dejado el coche.

La quietud en el Parque era absoluta i la oscuridad casi completa. Las estrellas centelleaban en el negro firmamento reflejándose en las aguas de la tersa laguna.

Leonor parecia respirar con delicia aquel aire saturado con el perfume de las flores; i sin darse cuenta de lo que hacia, apoyábase con cierta lánguida voluptuosidad en el brazo de Gustavo.

De esta manera llegaron al vehículo guiados por la luz que había encendido el cochero.

Gustavo abrió la portezuela, o reció su mano a Leonor para ayudarla a subir, i se instaló en seguida al lado de ella diciendo al cochero:

—Calle nueva de la Merced...

Cuando el coche se hubo puesto en movimiento, Leonor dijo con tono irónico:

—¡Chanto va a gozar Pantaleon contemplando a su sabor las estrellas!

I acto continuo, ántes que Gustavo tuviera tiempo de hablar, entonó con voz sueve, dulce i baja una de esas canciones antiguas, especie de baladas de amor con que nuestros abuelos espresaban sus emociones.

Aquel canto triste i arrullador, aquel silencio, aquella oscuridad, impresionaron de tal suerte a Gustavo, que tuvo necesidad de hacer un esfuerzo poderosísimo para no caer a los piés

de aquella mujer cuyos vestidos se rozaban con los suyos, i cuyo cuerpo, a cada vaiven del coche, le hacia esperimentar sensaciones que no habia probado jamas.

El canto de Leonor cesó apénas el coche entró a la poblacion; i sea que los jóvenes tuvieran demasiado que pensar para ocuparse de otra cosa; sea que el ruido que hacian las ruedas en el pavimento no les permitiera hablar, ámbos continuaron guardando profundo silencio.

Ya en la Avenida de las Delicias, el coche se detuvo de improviso ante un numeroso grupo de personas que interceptaban el paso.

- —¿Qué sucede? preguntó Gustavo cual si despertara de un sueño.
- —Aguardo, patroncito, contestó el cochero, que se haga un lado la jente.

Leonor habia asomado la cabeza por una de las portezuelas, ${\rm i}$ al tiempo que el coche se ponia nuevamente en movimiento, dijo al cochero:

-¡Aguarda!...

I volviéndose a Gustavo agregó con viveza.

—Yo conozco al niño que llora en medio de ese grupo. ¿Quiéres indagar qué le sucede?

Gustavo observó un momento; i como su inspeccion no le diera buen resultado, se dirijió a una mujer que habia inmediata al coche diciéndole:

- -¿Sabe usted, señora, por qué llora ese niño?
- —Parece, señor, que le han sorprendido robando i le quieren llevar preso.
- —¡Será uno de tantos pilluelos que pululan por las calles! dijo Gustavo volviéndose a Leonor.
- —¡Nó! esclamó ésta que habia estado escuchando con atencion.

I cediendo al primer impulso de su corazon, al mismo tiempo que abria la portezuela del coche para bajar, gritó:

—¡Ese niño es inocente!.....

Las obras de una mujer frivola.

La voz clara i arjentina de Leonor dominó el murmullo sordo que hacia la multitud, así que de todas partes se volvieron para ver quien, de una manera tan perentoria declaraba inocente al presunto culpable.

—¡Sí, repitió la jóven en voz alta, deteniéndose en la pisadera del coche a fin de dominar mejor la multitud: sí, ese niño es inocente!...

En aquel momento la voz de un niño decia entre sollozo i sollozo:

- —¡Por Diosito, señor, no me lleve preso pues yo no he robao!.....
- —¡Aquí hai una señorita que dice que el niño es inocente! gritó uno del grupo.
- —¡A ver, esclamó otro: ábranle paso a esa señorita para que se acerque al policial!
- —Mejor será, observó un tercero, que acerquen al ladron al coche para que la señorita lo reconozca!
- —¿Qué sucede? preguntaba Gustavo al mismo tiempo a Leonor.
- —Anda, le dijo ésta, i dí a ese policial que el niño que quiere llevar preso no es ladron; que he sido yo quien le ha dado esta tarde el anillo.

Gustavo bajó en el acto i se dirijió donde el policial, quien

Total Sound

despues de escuchar un momento al jóven, se acercó al coche llevando asido de un brazo a nuestro conocido Alejo, alias Lagartija.

Aunque la luz del gas de Santiago es mui débil, la proximidad de un farol permitió a Lagartija reconocer en el acto a la jóven.

—¡Aquí está, esclamó el pilluelo con alborozo señalando a la jóven: ¡aquí está la señorita que me lo dió!... Pregúntele, señor policial; pregúntele usted i verá como es ella quien me lo dió!...

El guardian del órden miró con desconfianza a la jóven, quien se apresuró a decir:

—Es verdad lo que dice este niño. En la tarde, no teniendo dinero a mano le dí un anillo; i si es por él que lo quieren llevar a la policía, lo castigan injustamente.

El policial alzó los hombros sin saber qué temperamento adoptar.

—Yo no sé, dijo, si puedo soltarlo; a mí me lo ha entregado el dueño de esa casa de ajencia que hai ahí (e indicó una casa del frente.)

Gustavo intervino, el policial llamó a clase i despues de un cuarto de hora de espera, de hablar con el dueño de la ajencia i de garantir Gustavo i Leonor la honradez de Lagartija, se le lejó en libertad.

Teonor hizo subir al niño al coche, quien por el susto, mas or el frio de la noche, tiritaba haciendo castañetear los

> le vives? le preguntó Leonor. le de la Ceniza, señorita. dre? mi hermana Natalia.

> > ero que se dirijiera a la calle de la

- —¿Por qué te querian llevar preso? preguntó la jóven a Lagartija.
- —Cuando usted me dió el anillo, contestó éste, como tenia hambre, lo fuí a empeñar en doce reales en esa casa de ajencia. El dueño, despues de mirarlo mucho i de preguntarme quien me mandaba i de donde lo habia sacado, me agarró de un brazo, me sacó a la calle i me entregó al paco diciéndole que me llevara a la policía porque era un ladron. Yo le dije que no habia robado nada; pero a él se le puso que sí, porque, decia, un anillo de tanto valor no habrian podido regalármelo a mí.
- —¡Pobre niño! le dijo Leonor. Yo no advertí que un pobre se hace sospechoso si posee algun objeto de valor!...

Algunos momentos despues, el coche se detenia frente a la casa de Natalia.

—Baja, dijo Leonor a Lagartija i pregunta a tu hermana i a tu mamita si podrán recibirme.

El niño bajó de un salto i entró a la casa, cuya puerta i ventana estaban abiertas.

Por la ventana divisabase a Natalia, que apoyada sobre la mesa del centro, en la que ardia una lámpara de parafina, hojeaba un libro cuando sintió detenerse el coche.

Impuesta brevemente por su hermano de la inesperada visita que llegaba, se levantó llena de turbacion i salió hasta la puerta para recibir a Leonor, quien habia pedido a Gustavo la esperase un instante en el coche.

- —Señorita, dijo Natalia a su huéspeda; mi hermano me ha dicho que usted desea hablar conmigo; si usted quisiera no entrar aquí, yo podria ir a la casa de usted.
- —¡Ah! no, replicó Leonor: su casa para mí vale tanto como cualquiera otra...
 - —Entónces sírvase usted pasar adelante.

Leonor entró al saloncito, i despues de sentarse en un sofá, frente a Natalia, le dijo:

—He querido conocer a usted i a su mamita porque involuntariamente casi he sido causa de darles a ustedes un pesar, Tengo un carácter atolondrado i muchas veces no me fijo en las consecuencias que pueden tener mis acciones. Vea usted lo que sucede: el hermanito de usted se llegó a mí; i no teniendo dinero a la mano en ese momento, le regalé un anillo. El niño, sin saber su valor, fué a empeñarlo; i el dueño del Montepío, creyendo que podia ser robado, iba a mandar preso al niño cuando providencialmente llegué yo para salvarlo.

- —¡Oh! señorita, dijo Natalia: cuanto agradezco a usted ese servicio, pues mi mamita, aunque trata siempre asperamente a Alejo, tiene en él sus ojos i para ella habria sido inconformable que lo hubieran puesto preso.
- —I el niño parece mui intelijente i es mui simpático, dijo Leonor. ¿Está en la escuela?

Natalia pajó la vista avergonzada i contestó a media voz:

—Mi mamita es ya mui anciana i no tiene para mandarlo a la escuela. Yó, agregó con mayor vacilacion, no tengo trabajo i.....

Leonor vió que los ojos de Natalia se llenaban de lágrimas.

- —¡Ah! no se entristezca usted, la dijo con cariñosa voz. Casualmente yo tengo imperiosa necesidad de una persona que me haga algunas costuras, i desde mañana espero que vaya usted a casa. Su hermanito puede acompañarla. Intertanto, i como un recuerdo mio, permítame colocar en uno de sus dedos el anillo que habia regalado a su hermano; a él le daremos mañana otra cosa.
- —¡Pero, señorita, balbuceó Natalia llena de admiracion al ver que la jóven le tomaba la mano izquierda i le colocaba en el dedo anular un hermoso anillo.
- —¡Nó, no lo réhuse usted!... dijo Leonor; esta será la prenda de nuestra amistad! I a propósito, para que usted no vaya a comprometerse con otra persona, voi a dar e algo como adelanto por las costuras.
- —Es que yo sé mui poco, casi nada, replicó Natalia mas i mas admirada.

- -No importa, contestó Leonor saliendo precipitadamente a la calle para pedir dinero a Gustavo.
- —Préstame cincuenta pesos inter llegamos a casa, dijo al jóven.

Gustavo tomó uno de los rollos de billetes que habia echado en sus bolsillos al salir de la casa i lo pasó a Leonor diciéndole:

- —Tómalos todos si gustas.
- -¿Cuánto hai aquí?
- -Creo que quinientos pesos.
- -Solo tomaré lo que necesito.

Entró a la sala, se acercó a la mesa para sacar la cantidad que se habia propuesto dejar a Natalia i colocando los billetes sobre la mesa, dijo a la jóven tendiéndole la mano:

- —¿Hasta mañana?... No deje usted de ir!.....
- —¡Oh! sí, iré! esclamó Natalia con la vez enmudecida por la gratitud.

No alcanzó a decir mas, pues Leonor ya habia salido a la calle, no sin hacer un cariño a Lagartija que estaba en el pasadizo i recomendarle a su vez que fuera al dia siguiente.

- —Ahora podemos partir, dijo Leonor a Gustavo, subiendo al coche. El paseo me ha hecho feliz!...
- —Lo que no te sucederá con los otros dos que tienes en perspectiva para esta noche, le dijo Gustavo.
- —¡Quiénsabe! esclamó la jóven. Talvez me den otra suerte de felicidad!

La Traviata.

Ocupaba el hermoso teatro Municipal de Santiago en la época de los acontecimientos que hemos narrado, una compañía que despues de haber recorrido Europa con éxito sorprendente, viajaba por América recojiendo aplausos, laureles, i lo que era mucho mejor, sólidas monedas de oro.

En la Capital de Chile, ninguna compañía de mediano mérito ha fracasado; i si bien sucede que algunos empresarios lamentan la desercion de sus principales damas, esto debe atribuírse a que ellas encuentran en Chile algo mas hermoso que el arte i mas sólido que el proscenio de un teatro.

Dábase esa noche la *Traviata* i todas las localidades de palcos, platea i galería se habian tomado i ocupado desde temprano.

A la mitad del primer acto solo quedaba un palco vacio, lo que no dejaba de causar admiración pues en esa noche se habia pagado el doble o el triple por esas localidades.

Para las familias que ocupaban los palcos vecinos al desocupado, aquello no tenia nada de raro pues sabian que estaba tomado por uno de esos jóvenes ricos i solos, que gastan su fortuna sin preocuparse mucho de si a la vez gastan su buen nombre.

Ya a la conclusion del primer acto, dichas familias vieron, con estrañeza, que entraba al palco una hermosísima jóven ataviada con esplendidez. Acompañábala un caballero como de 26 años, alto, blanco, rubio, con ojos azules pero pequeños, labios delgados i un tanto descoloridos, como eran tambien sus mejillas que tenian esa palidez enfermiza que proviene, o de una compleccion débil i delicada, o del abuso en los placeres.

Este jóven vestia con elegancia, i al entrar al palco depositó en una de las butacas un abrigo o capa de teatro, que sin duda pertenecia a la jóven a quien acompañaba.

- —¿Quién es ese jóven? preguntó una señora a su esposo en uno de los palcos vecinos.
- —Es Moises N., un atolondrado que derrocha su gran fortuna.
 - —¿I ella?... Es su esposa?
 - -No, Moises no es casado.
- —Ni ella lo parece, tampoco: no carga ningun retrato i su vestido de crespon de la China i seda Pompadour son poco serios para una mujer de estado.
- —Pero aunque poco serio, dijo el caballero mirando de hito en hito a la recien llegada; aunque poco serio, es hermoso i mui elegante; creo que esta señorita será por esta noche la reina de la elegancia en el teatro.
- —¡Bah! hizo la señora con mal disimulado despecho; para los hombres que no saben de modas, a cualquier traje vistoso lo llaman elegante.

El prudente marido creyó que no debia contradecir a su cara mitad, pues él encontraba, no solo mui elegante el traje sino mui hermosa a la dama que lo cargaba.

Así como en uno de los palcos se habian cambiado las palabras que hemos trascrito, en otro, a la derecha del que ocupaba el jóven Moises, se sostenia entre una mamá i su hijo el siguiente diálogo.

- —¡Jesus! esclamó la señora. ¿Quién es esa niña que se atreve a venir al teatro, al palco de un jóven soltero? Infiero que no será una mujer casada, pues vendria con su marido.
 - -Esa niña, mamá, contestó el jóven acercándose a la señora

para no ser oido de dos jovencitas que estaban a su lado i que eran sus hermanas, esa niña, mamá, es solo conocida con el nombre de la hermosa Leonor; i segun dicen, es una de esas mujeres del gran mundo, que viven libres i gastan a manos llenas el oro que las dan sus amigos.

- —¿I una mujer de esas viene a los palcos, a hombrearse con la jente honrada, a colocarse espalda con espalda con nosotras? preguntó la señora, escandalizada.—¡Jesus!... esto es intolerable!... Esto no puede ser!... ¿Dónde se ha visto que esta jente ocupe nuestros palcos?
- —Ella ocupa el palco de Moises; i como segun las leyes, agregó el jóven que a la sazon estudiaba Derecho; i como segun las leyes cada uno es árbitro de su propiedad, ella ocupa con perfecto derecho el palco de Moises.
- —Pero Moises hace una barbaridad: dá un gran escándalo i nos insulta a todas con su desvergüenza. Tú no debes saludar mas a ese jóven calavera; i por lo que hace a nosotras, prefiero perder el abono i no venir mas al teatro ántes de tener parecida vecindad.
- —¡Pero es bien hermosa!... ¿No es cierto, mamá? Es la mejor cara que hai en el teatro.
 - -Porque es la que hai mas pintada, dijo la señora.
- —Al contrario, mamá: fíjese usted bien i verá que ese cútis ostenta toda la frescura de la juventud.

Diálogos mas o ménos animados o hirientes habia suscitado la presencia de Leonor i de Moises en el teatro, en uno de los palcos que la aristocracia santiaguina ha hecho de su esclusivo dominio.

Por lo que hace a Leonor, parecia no apercibirse de la sensacion que producia su presencia, pues sentándose con naturalidad en una de las cómodas butacas, dió una ojeada por todo el coliseo i se entregó despues a atender a la representacion.

La artista que tenia a su cargo el papel de Margarita era interrumpida a cada instante por los aplausos de la concurrencia, pues se habia posesionado de tal manera del espíritu, de los sentimientos que debia probar la Traviata, que a no saberse por todos que aquella actrís era tan hermosa como pura i tan simpática como delicada, se la habria creido una de esas verdaderas Traviatas, que despues de apurar en cristalina copa, hasta saciarse, el néctar del placer, siéntense de repente arrastradas por volcánica i purificadora pasion.

Concluido el primer acto i despues de llamar dos veces a la artista al escenario, la platea fué poco a poco desocupándose i los jemelos, puestos en movimiento por juveniles manos, comenzaron a pasar esa revista que ordinariamente es seguida de pequeñas murmuraciones como estas:

- —La fulana se ha puesto hoi demasido colorete.
- —Zutana lleva hoi un traje de poco gusto: ella que siempre viste con tanta sencillez i elegancia, es raro venga ahora tan recargada de adornos.
- —Oye, dice otra a una amiguita: las H.... vienen con los mismos vestidos del domingo, etc., etc.

Los jemelos, circulando así de palco en palco, arrancaban de mas de un labio fresco i sonrosado, esos pequeños alfilerazos con que inocentemente se juega en la sociedad.

Si las palabras fueran proyectiles, Leonor habria sucumbido agobiada por el peso de los mil que, desde los palcos i de la platea i aun de la popular galería, le fueron dirijidos en un instante. Hubo momentos en que todos los anteojos, cual cañones abocados a un solo punto, estuvieron dirijidos al palco de Leonor.

I no podia ser de otro modo: si el teatro esa noche era un hermoso jardin a donde se habia trasplantado las mas bellas i frescas flores de la capital, Leonor por su arrogancia, por la altivez de su frente i de su mirada i sobre todo por el aire indescriptible de superioridad, de indolencia, de picante voluptuosidad que adquiere el semblante de la mujer que sabe que es hermosa i apetecida, sobre todo por esto repetimos, podia considerársela como la reina de aquella brillante reunion.

Entre los muchos admiradores que dirijian sus jemelos a Leonor, encontrábanse Gustavo i Pantaleon, que por una coincidencia, estaban abonados a dos sillones in nediatos.

- —Mira, ahí está Leonor, habia dicho Pantaleon a su vecino: ocupa el palco de Moises, quien se da aires de sultan.
- —Gustavo miró un instante con sus anteojos i aparentando la mayor indiferencia preguntó a Pantaleon:
 - -¿No andabas tú con Leonor esta tarde?
- —Sí pues, me suplicó la llevara al Parque en mi coche; i aunque sé que no es de mui buen tono eso de exhibirse en público acompañado de una dama, accedí por tener algunas complacencias con una mujer hermosa que ha tenido la desgracia de enamorarse perdidamente de mí.

Gustavo se sonrió.

- -¿I pasearon mucho? le preguntó mirándolo con fijeza.
- —¡Oh! no gran cosa: yo me cance luego; i aunque ella por apoyarse en mi brazo habia querido dar veinte vueltas a la laguna, yo no quise acompañarla i regresamos temprano.
- —Pues yo encontraria mas natural, le dijo Gustavo, que fueras tú quien estuviera con ella en lugar de Moises.
- —¡Quiá!... nó! esclamó Pantaleon accionando para dar mayor fuerza al acento despreciativo de sus palabras: ¡Quiá, nó!... Ella se ha hecho acompañar de Moises, nada mas que por despecho, por no haberla complacido yo en traerla. El pobre Moises estará mui satisfecho porque se creerá el favorito de Leonor, i no sabe que si yo me presento ahora mismo en el palco, él no obtendrá ni siquiera una mirada.
- —¡Quisiera ver eso! esclamó Gustavo un tanto fastidiado i con acento irónico.
- —¿Lo dudas? pues vas a convencerte. ¿Quiéres que vamos al palco? Tenemos aun algunos minutos a nuestra disposicion.
 - —Vé tú solo; yo observaré desde aquí.

Pantaleon se palpó el cuello de la camisa i de la levita por si estaban desarreglados, estiró su chaleco, acomodó los dijes que junto con la cadena colgaban de uno de los ojales del chaleco, i atuzándose el bigote con marcada satisfaccion, dijo «hasta luego» a Gustavo i con paso grave i ceremonioso abandonó la platea.

—Hé ahi uno de esos fátuos, pensó Gustavo, que solo sirven para revolcar la honra de las pobres mujeres!

Pantaleon, efectivamente, apareció algunos momentos despues en el palco ocupado por Leonor; i despues de saludar a ésta con cierta protectora familiaridad i a Moises con marcado aire de desprecio, sin que le ofrecieran asiento ocupó uno de los sillones.

-¿Cómo te fué en el Parque, hermosa Leonor? le preguntó.

—¡Oh! perfectamente, contestó la jóven. Cuando te dejé a tí, luego que bajamos del coche, me encontré de improviso con otro amigo; i tal nos distrajimos con nuestra conversacion, que sin apercibirme de lo que hacia tomé su coche i regresé a casa con él. Solo al despedirme recordé que tú quedabas en el parque mirando las estrellas.

Pantaleon se puso un tanto colorado al ver la sonrisa burlona que entreabria los finos labios de Moises; pero aparentando indiferencia i ahuecando la voz, dijo:

- —Te equivocas, bella Leonor: yo necesitaba, precisamente, quedarme algunos momentos solo en el Parque, pues sin recordar un compromiso anterior, accedí a tus deseos de llevarte allá; así que cuando me rogaste te dejara pasear un instante sin mi compañía, gustosísimo fuí a cumplir mi palabra.
- —¡Oh! me quitas, entónces, de encima un gran remordimiento, le dijo Leonor con voz risueña. Yo no podia conformarme con haberte dejado solo, quiensabe hasta qué horas.
- —Es lo mismo que me ha sucedido a mí, bella Leonor; i por eso al divisarte ahora en este palco, vine a disculparme del mucho tiempo que tardé en volver.
- —¿I me buscaste durante largo rato? preguntó la jóven riéndose.
- —¡Oh!... no mucho, pues como ya habia entrado la noche, fuí donde mi cochero a fin de que me alumbrase con uno de los faroles del coche para buscarte. José, que es tan vivo e in-

10

telijente, me dijo entónces que te habia visto subir a otro coche con un caballero. «Vaya, me dije: la pobre Leonor se habrá cansado de esperarme.»

- —Nó, replicó la jóven, mirando de un modo significativo a Moises, que hasta entónces permanecia callado; nó, te confesaré la verdad, Pantaleon: yo malicié que podias tener en el Parque otra cita i por eso te supliqué tanto que me llevaras; i en prevision de un desaire tuyo i de tener que regresar sola, cité yo a otro amigo para que fuera a traerme.
- —Pero me has juzgado mal, bella Leonor, replicó Pantaleon sonriendo con íntima satisfaccion; yo no te habria desairado en ningun caso, pues sabes que mi galantería me proporciona siempre recursos para salir airoso en mis empresas. ¿No es así, Moises? agregó dirijiéndose al jóven rubio que acompañaba a Leonor.
- —¡Tú lo dices, feliz Pantaleon! contestó el interpelado. Tus empresas son siempre maravillosas, estupendas, i llegan ya a tal punto, que principian a llamarte, en vez de Pantaleon Henriquez, el don Juan Tenorio chileno.
- —¡Oh! no seas adulador, amigo mio: eso no debes decirlo delante de la bella Leonor, pues puede darle crédito, aun cuando a ella misma le conste que no tengo la inconstancia de don Juan Tenorio. A mí no me basta una hora para olvidar.

En medio de la sonrisa burlezca, compasiva, que recorria los sonrosados labios de Leonor, un fisonomista habria podido ver cierto desprecio e indignacion.

—Es decir, dijo Moises con cómica seriedad, que tú te pareces al don Juan en aquello del tiempo para seducir, del tiempo para gozar i del tiempo para sostituir. Le aventajas, entónces, porque si tú no las olvidas, es porque no te resuelves a dejarlas...

A ese tiempo hicieron la señal que precede al levantamiento del telon, i el nuevo Juan Tenorio, complacido de que se le creyera el hombre mas dichoso en lances amorosos, tomó su sombrero, i pasando la mano a la jóven se despidió de ella diciéndole:

- —No dés crédito, mi bella Leonor, a lo que dice Moises: quiere hacerte sufrir celos, eso es todo.
- —No necesito que él me diga eso para tenerlos, contestó la jóven con afectado enojo. Harto sé i harto veo por mí misma...
- —¡Ah, celocilla!... Ya te probaré que todo es falso, agregó Pantaleon estrechándole la mano.

Volvióse en seguida a Moises, se despidió de él, i cuando llegaba ya a la puerta del palco, regresó para decir a Leonor:

- —Si me es posible desprenderme de un compromiso que tengo para el segundo entre-acto, volveré un momento.
 - —Gracias, le contestó la jóven finjiendo enojo.
- —Este mentecato, dijo Moises cuando Pantaleon se hubo alejado, va a conocer algun dia la resistencia de mi baston.
- —¡Cuidado, le replicó Leonor riéndose i mirándolo de piés a cabeza como si midiera su estatura; cuidado, que Pantaleon parece mucho mas hombre que usted.
- —Ese es el plumaje del pavo real, contestó Moises con tono festivo.

Hicieron la segunda señal i se levantó el telon para dar principio al segundo acto.

Gustavo, que no habia abandonado la platea ni cesado de mirar al palco de Leonor, se volvió al escenario diciéndose:

—¡Vamos a ver la representacion de un drama raro pero posible... Sí, i tan posible, que yo me siento ahora mismo capaz de representar de una manera real el papel de amante de una nueva Traviata... Pero ¿Leonor es en realidad una mujer estraviada? El nombre de ella anda de labio en labio: muchos son los que ella recibe en su casa: a muchos acuerda el derecho de presentarse con ella en público; pero ¿no he visto yo mismo mil veces, que con todos procede mas o ménos como con Pantaleon en el Parque? ¿No ha burlado mil veces las esperanzas de los que mas seguro creian su triunfo?... Heriberto, a quien se suponia uno de los favoritos de Leonor ¿no me ha confesado hoi,

al borde del sepulcro i con la rabia en el corazon, que nada, absolutamente nada ha obtenido de Leonor?... I sinembargo, Heriberto se ha arruinado por ella: Heriberto ha estado loco por ella: Heriberto, en fin, muere por ella. ¿Qué misterio hai en la vida de esta mujer? Qué pretende? qué quiere? a quién ama?... La Traviata arrastró su cuerpo i su nombre por el lodo hasta el momento en que un amor poderoso e irresistible se apoderó de su corazon. La Traviata se levantó i quiso elevarse hasta la altura de ese amor; pero ya era tarde: su pasado fué el fuego que al purificar su espíritu i ennoblecer su alma, devoró su cuerpo i consumió su existencia... Si el pasado de Leonor fuera parecido al de Margarita; si Leonor que es toda sensibilidad a pesar de presentarse frívola: toda poesía a pesar de la materialidad de alguno de sus actos ¿no puede llegar a sentir un dia lo que esperimentó la Traviata? No podrá ese corazon, tan jeneroso i noble en ocasiones, abrigar un amor que la haga maldecir su pasado?... ¡I cuán feliz hará Leonor al hombre que llegue a interesarla!... Pero, agregó Gustavo fastidiado consigo mismo: pero, ¿qué saco yo con devanarme los sesos con estos pensamientos? ¿Acaso Leonor, por uno de esos caprichos tan comunes en su carácter, no me ha dicho repetidas veces que yo no seré para ella nada mas que un amigo?

Al pensar en esto, el jóven sintió uno de esos despechos profundos, una de esas rabias sórdidas que devoran el corazon i hacen pasar por la mente, rápidos como el rayo, mil proyectos de venganza, mil ideas de esterminio.

Por un momento Gustavo gozó con la idea de que si Leonor segnia por la senda que caminaba, en poco tiempo llegaria a la abyeccion, a ser una de esas infelices que, para llevar un pan a sus labios en el dia, tienen que comprarlo a costa de su vida en la noche. Pero esta idea solo duró un segundo; i como el corazon del jóven era jeneroso, reaccionó para pensar en que, al contrario, seria para él una satisfaccion, triste i dulce a la vez, tender una mano a la desgraciada que en sus tiempos felices la habia desdeñado.

—Sí, se dijo: cuando todos esos que hoi la rodean i la colman de obsequios i atenciones la hayan abandonado; cuando su hermosura esté marchita i sus gracias se hayan evaporado, entônces encontrará en mí al amigo fiel que la amará con sinceridad!... Intertanto, que siga su destino!.....

La representacion llegaba en ese momento a una de esas escenas tiernas i conmovedoras, que tanto abundan en la Traviata, i Gustavo, impresionado, talvez mas que otro alguno, se puso a escuchar.

Concluido el segundo acto, en el palco de Leonor principió a representarse otra escena.

El jóven que la acompañaba, como lo hemos oído decir al caballero del palco vecino, era uno de esos calaveras de tono, rico, de noble cuna, votarate i derrochador. Su carácter era jovial; i aunque llevaba una vida licenciosa i pasaba la mayor parte del tiempo en orjías i bacanales, tenia buenos sentimientos i se hacia querer de cuantas personas le trataban. Aunque mui jóven aun, la palidez de su cútis i lo marchito de su fisonomía revelaba con elocuencia que ya en ese corazon principiaban a evaporarse los aromas de la juventud.

Sigamos el diálogo que sostenia con Leonor i él nos lo dará a conocer mas a fondo.

- —¿Me decias, Leonor, preguntó a la jóven, que concluida la funcion te irás con Maximiliano a una cena?
- —Sí, amigo mio: aunque he asistido a muchas orjías, bailes i tertulias, no conozco aun lo que propiamente puede llamarse una cena. Maximiliano, que es un gloton i un insigne bebedor, me ha invitado mil veces i no habia querido aceptarle; pero hoi, por un capricho, le escribí i creo acudirá a esperarme cuando termine la funcion.
- —Pues si tú lo permites, dijo el jóven riéndose, yo me hago el convidado.
 - -¿Puede un convidado llevar a otro?
- —I a dos si así le agrada, con lo cual da muestras de tener mucha confianza con el amigo i de honrar su invitacion.

- —;Oh! si tal hubiera sabido, dijo Leonor, habria invitado a tres o mas de mis amigos para que nos hubieran acompañado en este palco.
- —¡Eso sí que nó! esclamó Moises, siempre en el mismo tono: para cenar es buena la compañía porque así hai mas animacion; pero en el teatro perturba i es innecesaria.
 - Egoista! le dijo la jóven mirándolo con aire malicioso.
- —Al contrario, replicó Moises; en mí pasó ya la época del egoismo. Hoi soi para todas como quiero que todas sean para mí!
 - --: Pero ese es el refinamiento del egoismo!
- —Nó, es el *non plus ultra* de la condescendencia. ¿Crées que si no fuera así habria podido continuar la amistad contigo?
 - -- ¿Por qué? interrogó Leonor formalizándose.
- —Porque si tuviera sentimientos egoistas, desde que me he convencido de que tú no quieres llevar mas allá de la amistad nuestras relaciones, me habria separado de tí.
- —Es que siempre, dijo Leonor, sonriendo de un modo burlezco, se alimentan esperanzas.
- —¡Báh! hizo Moises con jesto de indiferencia. La esperanza, Leonor, solo se alimenta cuando hai deseo; i yo he llegado a esa época en que si tengo algunos, son tan débiles, que no alcanzan a alimentar la esperanza.
 - -Pues no te comprendo, dijo Leonor con cierto despecho.
- —Me esplicaré de otro modo: para mí ciertos goces no tienen ya gran valor. Me gusta la buena sociedad, la buena companía: me gusta reunirme, asociarme, comer, bailar, pasar noches enteras con amigos i con amigas, si es que estas últimas sean hermosas e intelijentes como tú, pues las feas chocan a la vista i las tontas fastidian i empalagan. A veces, pero esto de tarde en tarde, i cuando encuentro en mi camino jóvenes escepcionales por sus gracias o su belleza, como me sucedió cuando te conocí a ti, siento cierta curiosidad, cierto pequeño deseo que me hace levantar la mano para tocar el fruto que junto a mí veo suspendido; si le toco i puedo cojerlo sin sacrificio, bueno: si no,

sigo adelante mi camino sin pensar mas en ello. ¿Me has comprendido ahora, Leonor?

- —Perfectamente, amigo mio: es usted una especie de estatua animada, algo así como una momia, o todavía mejor, como una máquina que anda, come i habla; pero que no tiene facultades para mas. ¿No es así como se comprende usted mismo?
- —Tan materialmente no, replicó Moises, plegando sus finos labios en que se dibujaba una sonrisa desdeñosa i sarcástica. Tan materialmente no, Leonor, porque esta máquina que anda, dijiere i habla, tambien piensa i al pensar recuerda. Esas facultades que me colocan un tanto mas arriba que las máquinas, las debo, mi amable compañera de teatro, a una práctica de seis años que talvez me han arrebatado veinte de mi vida, i a unos cuantos miles de pesos que me faltan de mi patrimonio.
- —Le ha costado a usted caro, entónces, el adquirir la facultad de no desear.
- —De no desear con vehemencia, Leonor, que es lo que arruina al hombre.
- —Pero usted está arruinado, si no me equivoco. Usted ha perdido sus fuerzas físicas i gran parte de su dinero. ¿Puede llevarse mas léjos, aun, la ruina del hombre?

Los pequeños i azules ojos de Moises relampaguearon un instante, cual si una idea burlezca i sangrienta hubiera cruzado por su mente; pero acto continuo se dominó, hizo un jesto que podria traducirse por esta frase: «Esta mujer es mui astuta», i reanudando el diálogo dijo:

—Hai una diferencia mui notable, Leonor, entre estar arruinado i tener esperiencia o estar escarmentado. Yo lo que he adquirido a costa de unos cuantos miles de pesos i de unos cuantos años de mi vida, es no sufrir por lo que no debe causar dolor, i no aspirar con ahinco lo que en sí mismo no tiene ningun valor.

Las pupilas de Leonor, de ordinario brillantes i animadas, en ese momento se fijaron en Moises cual si quisieran fulminar contra él dos rayos de indignacion. —Conozeo tanto el corazon humano, agregó Moises con ese tono lento, medio perezoso o fatigado que emplea el que ve ante si mil desengaños, que he adquirido la evidencia de que son unos locos cuantos corren tras de una mujer creyendo correr tras de la felicidad.

—I usted cree, entónces, que mejor es correr tras de una botella de licor, tras de una orjía, tras de cualquiera otra suerte de distracciones o placeres, ¿no es así?

—Nó, Leonor: yo creo que no debe correrse tras de nada porque una carrera fatiga siempre, por corta que sea. La diferencia que hai entre la mujer i los otros placeres, es que éstos pueden obtenerse siempre i tal cual uno los quiere con tal de tener dinero; miéntras que la mujer es un algo que no se obtiene nunca completamente i tal cual uno la desea.

—Es que vosotros, dijo Leonor sin disimular su despecho, querriais tener mujeres de cera para amoldarlas a todos vuestros caprichos, a todas vuestras estravagancias, a todos los que llamais vuestros gustos, i que en muchos no son mas que la relajacion del sentir i del obrar.—Lo admirable es, agregó la jóven meneando la cabeza i sonriendo con desdeñosa tristeza, lo admirable es que los mas esperimentados, los mas desengañados, son precisamente los que mas buscan a las mujeres. ¿Será eso, amigo mio, para darse el placer de repetirles que las desprecian porque las conocen?

—En unos, contestó Moises sin desconcertarse i dejando vagar en sus descoloridos labios la sonrisa que era habitual en ellos; en unos, Leonor, puede imperar ese deseo; pero en otros queda solamente el instinto de relacion que nos hace buscar la sociedad de nuestros semejantes sin fijarnos en que tengan o no nuestro sexo. Los viejos, para quienes se han cerrado ya las puertas del templo de Vénus, prueban lo que digo i lo que yo siento.

—Celebro, le interrumpió Leonor, que usted haya llegado a esa época, porque así se ahorrará muchos sufrimientos.

-Esa es la ganancia que he adquirido.

- —Pero es una adquisición que le ha costado cara: usted se halla a la mitad de la vida con lo que otros no tienen sino al final. Prescindiendo del dinero, porque eso se obtiene o se pierde en un instante, usted ha gastado su vida en pocos años en lugar de gastarla en muchos. No veo, yo, en qué esté su ganancia.
 - —En que ahora puedo reirme de todos.
- —O en que todos se rian de usted; pues miéntras esos de quienes usted se rie se hallan con brios, con voluntad para ir hasta la luna, usted a penas tiene fuerzas para llegar a la cocina de su casa.

Moises lanzó una franca carcajada.

—¡Hé ahí, Leonor, la dijo, uno de mis placeres: hablar con personas como tú.

La jóven miró a Moises como tratando de penetrar si lo que decia era sincero; i al ver la injenuidad, la alegría que se retrataba en aquel semblante, que aunque un tanto marchito tenia la vivacidad que suele animar a ciertas naturalezas precoces, comprendió que no habia en Moises el espíritu de ofenderla, sino al contrario, esa franqueza propia de un alma que ya no vive de preocupaciones.

- —Siendo así, replicó Leonor, estamos pagados. Me agrada encontrar personas que hablen de otra cosa que de eso que parece va haciéndose el tema obligado de todos los hombres.
- —¿Te refieres a las galanterías, a las declaraciones mas o ménos patéticas?
- —I mas o ménos falsas, agregó Leonor. Si, precisamente a eso me refiero. Los hombres no hablan nunca, a una mujer, de otra materia.
- —Es que las mujeres, Leonor, en su inmensa mayoría, se quedarian a oscuras si se les hablara de otra cosa.
- —La culpa es de los hombres: quien oye un solo idioma no puede aprender otro.
- —Sin negarte que tienes razon, en parte, yo encuentro tambien justicia a mis compañeros. Tal como está basada la socie-

dad, la mujer se ha hecho una especie de ciudadela mas o ménos conquistable; así que el hombre que se lacerca a ella, tiene por necesidad que convertirse en conquistador i usar las únicas armas que pueden rendirla.

- —¡Pero cuántas veces, le dijo Leonor, las armas que vosotros creéis mas poderosas solo causan nuestra risa!
- —Es que muchas veces, tambien, no tienen mas que la apariencia: son como esos puñales de papel que se usan, a falta de otros, en el teatro.
- —No debe admirar, entónces, replicó Leonor con maliciosa ironía, que plazas rendidas con armas tan frájiles pronto sean ocupadas por otros conquistadores.
- —Eso no es lo que admira, comunmente, Leonor, sino que las conquistadas con mas buenas armas i con mas sacrificios suelen ser las ménos durables. En el drama que ahora se representa tenemos uno de esos ejemplos.
- —Ejemplo mui pálido, sinembargo, comparado con la realidad, dijo Leonor.
- —¿Luego aceptas que la jeneralidad de las mujeres son volubles por naturaleza?
- —Acepto que la jeneralidad de las mujeres volubles, lo son porque así se las ha enseñado. El drama a que asistimos nos presenta a la mujer ya educada: ¿se sabe cómo adquirió esa educación?
- —Talvez como muchas: recibiendo por primera leccion un desengaño. Pero, Leonor, parece que la mujer fuera inclinada a recibir tales lecciones, pues segun yo recuerdo, no hai una que para disculparse no tenga en la memoria un buen repertorio de ellas. Aquí entre nosotros, entre nosotros que conocemos algo el mundo, puede hablarse la verdad: ¿no es cierto, Leonor?
 - -Sí, es cierto; i es lo que mas me agrada.
- —I bien: yo creo que sin achacar a la educacion, ni a los malos ejemplos, ni a las decepciones o desengaños la debilidad de algunas hijas de Eva, podríamos encontrar la causa principal en la organizacion o naturaleza de que están dotadas. Hai plan-

tas que viven sin el sol; pero hai otras que necesitan de todos sus rayos. Tú, por ejemplo ¿no eres un verdadero jira-sol?

Leonor se sonrió.

- —Tiene razon, le dijo: pero el sol que yo sigo, hasta hoi nadie lo conoce.
 - —Te equivocas, pues para mí no es desconocido.
- —¿Si? interrogó Leonor con festiva incredulidad. ¿Quiére usted indicármelo?
- —Me bastará decirte que cuando aparece, tiene el cuidado de ocultarse en un coche, de cerrar los vidrios i de tomar mil precauciones para no ser visto mas que de la persona a quien desea alumbrar.

Leonor lanzó una carcajada; i como a ese tiempo levantaban el telon, dijo a Moises:

- —Veamos el final de la Traviata, es decir, lo mas inverosímil del drama porque hoi nadie muere de amor.
 - -Aunque sí por las consecuencias del amor.

Leonor alzó lijeramente los hombros para indicar que no aceptaba esa deduccion, i se volvió al escenario, en el cual aparecian ya los artistas.

El resto de la representacion pasó sin mas que el entusiasmo del auditorio ante la irreprochable ejecucion de la actris que hacia el papel de protagonista.

Leonor, que habia escuchado serena, indiferente, todo el drama, bajo el pretesto de echarse aire con su abanico ocultó un momento sus ojos cuando el público aplaudia con frenesí.

En seguida, a penas cayó el telon, se levantó diciendo a Moises:

- —¿Vámonos?
- —¿No quiéres esperarte a la petipieza?
- —No me agrada: me gusta quedarme con el sabor de lo sério.
- —Es preferible paladear lo cómico, Leonor; la vida es mas sainete que drama.
 - -Por lo mismo gusta el drama cuando se presenta.

Inter sostenian este corto diálogo, Leonor se habia puesto su elegante capa, que realzaba su hermosura; i aceptando el brazo de Moises al franquar la puerta del palco, abandonó el teatro atrayéndose, a su paso por el foiyer, las miradas de cuantos aguardaban ahí el fin de la funcion. Ya en la escala del peristilo, acercóse a Moises i Leonor un caballero que frisaria entre los treinta i siete i cuarenta años, gordo, corpulento, de mejillas coloradas, con largas patillas a la española, i de semblante risueño. Vestia con elegancia i cargaba un grueso i nudoso baston del cual parecia no necesitar absolutamente, pues todos sus movimientos eran ájiles i desenvueltos.

—Mi distinguida i hermosa amiga, dijo a Leonor cerrándoles el paso i sacándose el sombrero con cómica gravedad: mi distinguida i hermosa amiga: soi puntual a la cita i en obsequio de ello pido a usted que me disculpe ante nuestro amigo Moises por llegar tan bruscamente a importunarlo.

Moises dejó el brazo de Leonor i con la misma cómica seriedad que habia hablado el caballero gordo, se sacó el sombrero i le hizo una vénia profunda diciéndole:

- —Celebro saludar a mi sucesor, al señor Maximiliano A..., a quien cederé con gusto el puesto que he ocupado si así lo desea quien a ello me autorizó.
- —Aunque me es sensible dejar tan agradable compañía, dijo Leonor sonriéndose, el cumplimiento de mi palabra me obliga; pero si nuestro amigo Maximiliano fuera tan amable que quisiera agregar en su mesa un cubierto para mi compañero de teatro, creo que nuestra velada podia ser mas feliz.
- —¡Cómo agregar! esclamó el nombrado Maximiliano; pues si está agregado con anticipacion i Moises sabe que hai siempre en mi casa un sitio, en mi mesa un cubierto i en mi coche un asiento para él. ¡Adelante, pues, que la noche principia a estar fria!
- —Gracias, amigo mio, dijo Moises con semblante alegre. A la verdad que habria sentido no hacerles compañía, pues hoi mas que nunca me siento con deseos de charlar.

Al decir esto Moises se apartó un tanto de Leonor, haciendo a Maximiliano indicacion para que ocupase su lugar.

- —Gracias mil, dijo éste inclinándose con galantería ante Moises i ofreciendo su brazo a Leonor, a quien al mismo tiempo decia:
 - —Te recomiendo este brazo, amiga mia, por su solidez.
- —Lástima es, contestó ella, apoyando su enguantada mano en el brazo de Maximiliano, lástima es que no haya un medio para probarla.

A ese tiempo llegaban a situarse junto a la vereda dos coches.

- —Puesto que tengo un lugar en tu coche, dijo Moises a Maximiliano, voi a despachar el mio.
 - —Haces bien; podemos ir juntos.
- —A las dos de la mañana en casa de Maximiliano, dijo Moises a su cochero.

Leonor i su antiguo compañero ocuparon los asientos de preferencia, i Moises se colocó al frente.

-A casa, ordenó Maximiliano al cochero.

Estraño desafío.

La casa de Maximiliano estaba situada en uno de los mejores barrios de Santiago; i aunque pequeña para una familia, era demasiado grande para un hombre solo. Estaba amueblada con lujo, buen gusto i severidad; i sobre todo, con cierto sibaritismo que revelaba a la primera ojeada que el que la habitaba no omitia nada que pudiera halagar los sentidos.

—Inter llegan algunos amigos que he convidado, dijo Maximiliano entrando al salon, buscaremos entretenimiento en esta licorera.

Abrió al decir esto una bella caja de madera de rosa que habia en una de las mesas i que contenia una preciosa licorera, i dirijiéndose a Leonor le preguntó:

- —¿Siempre desdeñas los licores dulces?
- —Sí, contestó la jóven; porque con su dulzura engañan i a mí no me gustan los lobos con pieles de ovejas.
- —Pues haces bien, le dijo Maximiliano: vale mas conocer desde el primer momento al enemigo, que descubrirlo despues, cuando ya no podemos combatirlo. I, hablando en confianza, Leonor: ¿no es cierto que hombres como nosotros, es decir como Moises i yo son los mas cómodos i apetecibles?
- —Tú lo dices, contestó la jóven, recibiendo una pequeña copa de cogñac que habia servido Maximiliano.

—I tú lo confirmas ¿no es así? preguntó el dueño de casa tomando otra copa i chocándola con la de Leonor.

Esta sonrió, alzó su copa en ademan de invitar a Moises, i despues de apurarla de un solo sorbo, como el mejor bebedor, la pasó a Maximiliano diciéndole:

- —Yo creo que todos los hombres pueden ser cómodos si se les sabe llevar.
- —¡Bravo! esclamó Moises! he ahí una verdad que no la diria ninguna otra mujer! ¿I cómo, Leonor, se pueden hacer cómodos los hombres?
- Reditiéndolos primero como a la cera, i vaciándolos en seguida en el molde que una haya preparado.
- —Es que no todos los hombres son de cera, dijo Maximiliano: los hai como yo, que no se derretirian ni en el horno de Babilonia.
- $-2\mathrm{Si?}$ le preguntó la jóven mirándolo fijamente i con son
risa picarezca.
- —¡Ya lo creo! esclamó Maximiliano con cierto desden. Desafiaria a cualquiera mujer!

En los ojos de Leonor brilló una chispa de alegría: a sus labios llegó una palabra, pero se contuvo i pareció meditar un instante. Luego, levantándose de improviso del sofá en que voluptuosamente se habia sentado, estendió su diestra con la palma hácia abajo como quien dice: «no os arrepintais» i con el semblante animado, la sonrisa en los ojos i en los labios, le dijo:

- —Pues bien: yo te desafio!.....
- —¡Aceptado! esclamó Maximiliano riéndose i frotándose las manos.
 - Ponemos por testigo a Moises!
 - -Convenido.
 - —¿Qué plazo?
 - —El que tú quieras.
 - —!Nada mas que un mes!.....
 - —; Te daré un año!

- Me basta un mes!
- -¿I cómo probaremos quien ha ganado?
- —Tú mismo te encargarás de confesar tu derrota ante todos tus amigos.
 - -Eso es mas difícil.
- —Pero tendrá que suceder: tú caerás a mis plantas confesándote incapaz de seguir luchando conmigo.

Maximiliano lanzó una franca carcajada.

- —Por ahora puedes reir cuanto quieras, le dijo la jóven: el mes lo contaremos desde mañana.
- —¿No quieres mas plazo? preguntó Maximiliano acercándose a la licorera para servir otra copa.
- —Me basta con el que he pedido; i para que veas si estoi segura de mi triunfo, te diré tedavía que así como la naturaleza o el Criador dotó al hombre con la fuerza, para ser justo dotó a la mujer con la perspicacia i la intelijencia. Así, pon tú en juego tu valor como hombre, que yo echaré mano de las armas que la naturaleza me ha dado como mujer.

Maximiliano, al ver la especie de animacion un tanto colérica con que Leonor pronunciaba esas palabras, se quedó mirándola fijamente i al cabo de un instante le preguntó:

-¿Te has ofendido, Leonor?

La jóven lanzó nuevamente una franca carcajada.

- —Nó, Maximiliano, le dijo; no me he ofendido ni hai por qué. La animacion con que te hablo nace de la alegría que me causa la idea de la lucha que vamos a sostener.
 - -¿Luego tomas tú esto de una manera seria?
- —¡Por supuesto! Hasta hoi no he encontrado mas que trozos de cera que se derriten con mis miradas, i me halaga tropezar ahora con uno que dice es infundible. Se me presenta, pues, la ocasion de probar mis fuerzas.
- —¡Pero ya las tienes probadas, Leonor. Hace un mes o dos que nos conocemos i nos tratamos; i salvo la simpatía que me inspira tu carácter audaz i despreocupado, ningun otro sentimiento pruebo por tí.

Leonor sonrió i movió la cabeza con aire de incredulidad.

- -Tú tienes mucho mundo, Maximiliano, le dijo; pero yo tambien lo tengo i no es fácil que uno a otro nos engañemos.
 - -¿Acaso yo procuro engañarte?
- —Los ojos de una mujer nunca se equivocan cuando observan las miradas que a ella se la dirijen.
- —¿Luego tú has visto en mis miradas que deseo engañarte? pero cómo, en qué puedo hacerlo?
- —No es eso, repuso Leonor apoyándose con cierta indolencia en un brazo del sofá. No es eso, sino que tú, aun cuando lo niegues, eres uno de los hombres que mas me ha comprendido i que mas me ha deseado. Pero el hecho de comprenderme, te ha revelado que siguiendo el camino por que van los demas, no llegarias nunca al término que pretendes, i entónces has adoptado cierta conducta que crees la mejor para triunfar.
- —¡Vamos!... confiesa la partida, hombre! le dijo Moises, riéndose al ver que Maximiliano se habia puesto colorado i vacilaba para responder. ¡Confiesa, hombre, que te han descubierto!
- —¿Pero cómo diablos contesto, cuando de todas maneras salgo mal? interrogó Maximiliano riendo un poco forzadamente. Si digo que es cierto, que Leonor está en la verdad, o digo una cosa falsa o contrarío mi plan; i si niego, si digo a Leonor que está equivocada, falto a las leyes de la galantería i me espongo a captarme su mala voluntad.
 - -¿Por qué? interrogó la jóven.
- —Porque a una niña que se cree querida no debe desilusionarla el hombre, so pena de pasar por un majadero.
- —Pues entónces no hai mas que dejarla en el error, dijo ella con semblante risueño.

A ese tiempo se oyeron pasos i pronto entró al salon, saludando con familiaridad a los tres que lo ocupaban, un jóven alto i delgado, de semblante moreno, ojos grandes i bigote negro. Al acercarse a Leonor i tenderle la mano, una sourisa indefinible contrajo sus labios.

12

—Señorita Leonor, la dijo con acento en que habia mas sarcasmo que galantería, mas odio o resentimiento que cariño: señorita Leonor, tengo el gusto de saludar a usted.

—I yo de saludar al señor Rosendo Paez, contestó la jóven con el mismo acento que él empleaba.

Por un instante i miéntras las manos de los jóvenes se estrechaban con frialdad, como para cumplir, solamente, con la etiqueta; por un instante, decimos, sus miradas se encontraron en las pupilas de ámbos centelleó una chispa de indignacion. En las de Leonor se adivinaba el desprecio, la aversion profunda, así como en las de Rosendo se veia el encono, la cólera reconcentrada. A pesar de esto, i al cambiar las palabras que hemos copiado, ámbos sonreian; pero aquella sonrisa era fria i cortante como la hoja de una espada.

—¡Tate!... se dijo Moises, que no perdia un jesto de sus compañeros. ¡Aquí hai gato encerrado!... Entre Rosendo i Leonor hai algun grave misterio.

El recien llegado, despues de estrechar la mano de la jóven, tomó asiento cerca de Moises i trabó conversacion con Maximiliano sobre cosas indiferentes. El diálogo se hizo pronto jeneral, i salvo una que otra mirada mas o ménos ardiente, una que otra sonrisa mas o ménos punzante, una que otra alusion mas o ménos directa que de cuando en cuando se cambiaban entre Rosendo i Leonor, lo demas no ofrece nada de interes para el lector.

Eso sí, a medida que avanzaba la noche, i ya fuese por el peso de la atmósfera, ya por las copitas de coñac que servia Maximiliano, ya en fin por el cambio mismo de alusiones a que nos hemos referido, se notaba que de momento en momento la charla se hacia mas seca, el tono mas destemplado, las miradas mas provocativas. Sin qué ni para qué, aquellos tres amigos, a pesar de sus esfuerzos para reir i para alegrarse, se miraban con cierta desconfianza i se trataban con cierta dureza. Pero todo esto velado por la urbanidad i la mas esquisita galantería.

Maximiliano, como dueño de casa, procuraba a fuerza de

atenciones i de coñac ahuyentar la nube de tristeza i de fastidio que los rodeaba; pero sus esfuerzos eran vanos, i así como el cielo se carga mas i mas de electricidad cuando amenaza una tempestad, así sentian todos cargarse poco a poco sus pechos de un algo que no podian definir.

Felizmente, llegaron a ese tiempo dos nuevos amigos de Maximiliano i éste dijo:

- —¡Vamos a la mesa! El champaña nos dará la alegría que no hemos podido encontrar con el coñac.
- —I si no la alegría, dijo para sí Moises, será la mecha que hará estallar la mina! Vamos i observemos!

Maximiliano ofreció el brazo a Leonor diciéndola:

- -Vamos, amiga mia, a beber una copa por nuestro desafío.
- —Beberemos una por el desafío i otra por mi triunfo, contestó Leonor sonriendo i fijando en Maximiliano una mirada intensa que el jóven no pudo sostener con la suya.
- —¡Somos cinco hombres para una sola mujer! pensó Moises siguiendo el último a los convidados que se dirijian al comedor. ¿Qué resultará de esto?

Una entre cinco.

En consideracion a las pocas horas de que Maximiliano habia podido disponer para preparar la cena, era ésta opípara, espléndida.

—Eres nuestra reina, i como tal, mereces un trono, le dijo Maximiliano a Leonor llegando al comedor. Pero ya que no tengo trono que ofrecerte, ocupa el principal asiento en mi mesa.

—Gracias, le dijo la jóven; en casa ajena soi mui obediente, así que no rehuso el honor que me haces.

Efectivamente, Leonor ocupó la cabecera de la mesa, sentándose Maximiliano i los dos últimos jóvenes que habian llegado a su derecha, i Moises i Rosendo a su izquierda.

Desde el primer momento en la mesa reinó alguna animacion; i quien hubiera visto a Leonor, con su mirada chispeante, con su sonrisa alegre, con sus mejillas animadas por el placer, contestar a unos i a otros con desenvoltura i oportunidad, atender o corresponder los obsequios que se la hacian, en una palabra, hacerse toda para todos, habríala tomado por una mujer habituada a esas reuniones.

—Leonor, la dijo Maximiliano luego que se hubieron sentado: manda i serás obedecida. Tus vasallos somos i tendremos a gloria servirte.

-Si es así, le contestó la jóven envolviéndolo con una mira-

da llena de picaresca gratitud, si es así, ordena que para dar principio a la cena todos beban una copa por mí.

- —¡Obedeceremos! dijo Moises; pero como los vasallos tienen derecho para hacer humildes súplicas a su soberana, yo propongo que hagamos una a la reina Leonor I.
- —Sí, sí, dijieron los otros amigos de Maximiliano: supliquémosle que ella nos acompañe.
- —Concedido, dijo Leonor; i como toda reina tiene su copero, nombro desde luego como a tal al señor Rosendo Paez.
- —¡Bravo! bravo! esclamaron Moises i Maximiliano miéntras Rosendo, mordiéndose los labios con mal disimulada cólera, decia a la jóven con sonrisa sardónica:
- —No esperaba tanto honor de la reina de la hermosura; pero ya que he merecido esa distincion, procurare desempeñar mi cometido como cumple a tan ilustre soberana.

Leonor inclinó la cabeza con cómica majestad, cual si en realidad fuera una reina que escuchase a su vasallo.

- —Mi ilustre soberana, dijo Maximiliano inter Rosendo dejaba su asiento para ir a servir a Leonor; mi ilustre soberana: aunque la persona elejida por vuestra real voluntad es mui digna del alto puesto que se le ha acordado, yo habria tenido orgullo en merecerlo, i por el sitio que en la mesa me ha correspondido, soi el que mejor habria podido desempeñarlo. Como uno de vuestros mas viejos servidores, pido, pues, un puesto de honor i de confianza al lado de su Majestad.
- —I bien, dijo Leonor, el señor Maximiliano A.... es nombrado desde hoi el primer repostero de mi mesa.
- —¡Bravo! bravo! repitieron todos, ménos Rosendo, que habiendo servido una copa de rhin, la presentaba a la jóven con sonrisa irónica.

Leonor la recibió sin mirar a su copero, i alzándola pausadamente, saludó a Maximiliano, luego a Moises i en seguida a los otros dos invitados.

—¡Porque nuestra soberana sea cada dia mas hermosa! dijo Moises.

—¡I por que sur einado sea eterno entre nosotros! agregó uno de los otros invitados.

Leonor dió las gracias con una vénia i apuró parte del contenido de su copa.

Rosendo solo humedeció los labios en la suya.

Maximiliano, fiel a su empleo de repostero, se encargó de servir a Leonor de lo mas esquisito que habia en la mesa, i Moises, talvez por no tener ningun cargo, sostenia la conversacion con todos i particularmente con Leonor.

Ya a la tercera copa, el diálogo fué haciéndose mas animado, i a fin de poder dar cuenta de él vamos a decir brevemente quiénes eran los otros dos invitados de Maximiliano.

El que estaba mas cerca de éste, era un jóven como de 20 años, pequeño i bien formado, de frente escasa i pelo negro i tieso, que usaba demasiado corto, lo que daba a su cabeza la apariencia de un escobillon. Tenia los labios i la nariz un poco gruesos, el cuello corto i los ojos pardos i faltos de vida. Sin ser feo, a pesar de lo tosco de sus facciones, tenia cierto aire repelente, sobre todo al hablar, pues su voz era ronca i desapacible. Por uno de esos caprichos inesplicables, aquel jóven, que tenia por nombre Manuel Echai, era uno de los amigos mas íntimos i queridos de Maximiliano, i con este creemos esplicada la presencia de él en aquella reunion de confianza.

El otro, aunque parecia tener mas edad, era de regular estatura, de frente alta i pálida i coronada por cabellos castaños mui ensortijados. Llamábase Ventura Amor, i fuera por coincidencia, fuera porque deseara honrar su apellido, este jóven penosamente habia podido llegar a recibirse de bachiller en humanidades, i ahí cortó sus estudios para dedicarse al culto de Vénus. Con gustos tan decididos, el jóven Ventura poseia mui buenas dotes para que su presencia fuera deseada en todas las partes donde habia tertulias, comilonas o bailes, pues él las animaba si estaban frias, o encontraba pronto el medio de hacerlas alegres si reinaba la apatía.

Cuando las copas se hubieron llenado por la cuarta vez, Ro-

sendo, que habia seguido desempeñando su papel de copero de Leonor, no sin procurar manifestarle encono i desden cada vez que escanciaba el licor; Rosendo, decimos, se dirijió a Ventura diciéndole:

-Vamos, tú que en todas partes asumes el puesto de bastonero, está bueno que lo reclames ahora de nuestra soberana.

Rosendo acentuó con ironía las palabras que subrayamos.

- —Aquí es innecesario, contestó el jóven; i como nuestra reina tiene el don del buen gobierno, jamas crea destinos que no necesita la nacion. Ahora, si tú deseas renunciar a tu puesto i yo tuviera la dicha de reemplazarte, ya a mi soberana no le habria servido por tercera o cuarta vez un mismo licor.
- —Es que yo soi en todo constante, dijo Rosendo mirando a Leonor de una manera particular.
- —¿En todo? Difícil es; pero ya que tú lo dices, así será i no te contradigo. Eso sí, echa a un lado por ahora tu constancia, sirve como es debido a tu reina, i bebamos todos por ella i por esa bella porcion del jénero humano a que ella pertenece.
- —Sí, bebamos por el bello sexo, dijo Moises, cuyos encantos para mí no tienen ya ningun valor.
- —Yo bebo, dijo Rosendo, porque la raza de las viboras se estinga.
- —I yo, dijo Leonor sonriendo con cierto desden, porque esa raza cunda tanto, que alcance para picar a todos los incautos.
- —¡Bravo! esclamó Maximiliano, que como buen gastrónomo saboreaba un trozo de pastel; bravo, Leonor! me gusta que defiendas a las víboras!
- —Son inofensivas cuando no se las incomoda, replicó la jóven, i por eso yo simpatizo con ellas.
- —¿Lnego nuestra reina, preguntó Rosendo con tono burlesco, reconoce alguna de sus cualidades en la víbora?
- —Sí, contestó Leonor: la de hacer incurables las heridas que hago.
 - -Pues entónces yo no quiero ser herido por tí, dijo Moises.

- -Yo aceptaria el serlo, agregó Ventura, con tal que me hiriera el corazon.
- —El señor Rosendo Paez, dijo Leonor siempre con acento irónico, que ha estudiado medicina, sabe i puede decir a usted, señor Amor, que esas heridas son las mas terribles i casi siempre mortales.
- —¿I qué me importaria eso, observó Ventura, si la muerte la recibia de manos tan hermosas como las de nuestra reina i soberana?
- —¿Cualquiera clase de muerte? preguntó Echai con su ronca voz, mucho mas ronca en ese momento porque devoraba un trozo de jamon.
- —Tal es de galante Ventura, dijo Rosendo, que es capaz de contestar que aceptaria gustoso hasta el morir ahorcado.
- —Pero los lazos que yo emplearia para rodear su cuello, contestó prontamente Leonor, no le ahorcarian.
 - -¡Pero podrian asfixiarle! replicó Rosendo.
- —Sí, con esa asfixia que lleva al cielo, como lleva el opio a los chinos.
 - -No seria yo quien quisiera adormecerme de ese modo.
- —La zorra de la fábula encontró mui verdes las uvas cuando vió que no podia alcanzarlas.

Todos fanzaron una carcajada celebrando la ocurrencia de Leonor.

- —¡Bravo! bravo! esclamaron golpeando la mesa i haciendo con esto subir la sangre a las mejillas de Rosendo.
- —Es que la zorra, dijo éste un tanto amostazado, solo puede haber querido la uva para pisotearla.

Maximiliano que, por el tono picante i un tanto agresivo que empleaban Rosendo i Leonor cada vez que se dirijian la palabra, comprendió, como lo habia pensado ántes Moises, que entre los dos habria un resentimiento profundo, creyó prudente intervenir a fin de que no fueran a agriarse los ánimos.

—Dejemos las uvas en las parras i las zorras en sus campos, dijo, i bebamos una copa por el placer i por las que nos proporcionan el placer. Leonor, brindo por ti i porque si llegas a triunfar en nuestro desafío, seas-benigna conmigo.

- —Es decir, contestó Leonor riéndose, brindas porque si pierdes, ganes, i si ganas, ganes tambien. I bien, yo acepto el bríndis como una manifestacion de tus deseos; pero te diré que veo mui difícil su realizacion.
- —¿I por qué? interrogó Maximiliano con mas cariño que el que convenia a su papel de hombre invulnerable.
 - -Pregunta al olmo por qué no dá rosas.
- —Pero si de tí no nacen mas que flores, ¿por qué no he de cojer yo aunque sea una hoja?
- —Porque hojas i flores, ramas i tronco, todo es poco para mí! esclamó Ventura.

Leonor miró al jóven sonriéndole con dulzura i cual si apoyara lo que decia.

- —¡Eso no puede ser! esclamó Maximiliano con voz un tanto séria, que no guardaba consonancia con el tono de broma en que se sostenia el diálogo. Eso no puede ser, porque bien sabemos que tú ni siquiera visitas la casa de Leonor!
- —El rhin, el borgoña i el champaña principian a hacer sus efectos, murmuró entre dientes Moises, llevando una copa a sus labios.
 - -¿Qué dices? interrogó Maximiliano.
- —Digo que Leonor es la única que podria haber contestado a Ventura, respondió Moises con calma.
- —I yo digo, interrumpió Rosendo que acababa de vaciar una copa llena hasta los bordes, que si Leonor confiesa la verdad, podrá decir que a todos los presentes i a muchos de los ausentes ha dado flores de su jardin.

Las mejillas de Leonor se colorearon un instante i un relámpago de indignacion fulguró en sus pupilas; pero dominándose acto continuo, i revistiendo su semblante con esa alegría injenua, con esa sonrisa un tanto burlona i despreciativa que habia tenido en los labios cada vez que se dirijia a Rosendo, le contestó:

- —El señor Paez tiene razon, pues a él en el reparto le tocó la flor de la cala.
 - —¡Já, já, jáááá!... esclamaron todos.
- —¿I qué hizo con ella? preguntó Ventura que gozaba con ver amostazado a Rosendo.
- —La colocó en el ojal de su levita, respondió Leonor, diciendo que ahí estaria hasta secarla con el calor de su corazon.

Una nueva carcajada, mas sostenida i estrepitosa, acojió la respuesta de la jóven.

- —¡Esas son las únicas flores que puede producir tu jardin! gritó Rosendo con las mejillas amorotadas i procurando dominar con su voz la algazara de sus compañeros.
- —Nó, amigo mio, replicó la jóven sin desconcertarse: es que a cada cual le doi la que necesita.
- -¿I cuál me darás a mí? le preguntó Maximiliano en medio de su risa.
 - -A ti, la flor de la pasion, contestó la jóven.
 - -¿Quieres crucificarme?
- —Sí, para que desde el Calvario sirvas de ejemplo a los demas.
- —¡Pues crucifiqueme usted a mí junto con mi amigo Maximiliano! esclamó Manuel con voz vinosa i destemplada.
 - —I a mí, ¿me dejarás sin parte Leonor? interrogó Ventura.
- —¡Cómo sin parte! esclamó la jóven. ¿No dijiste que las flores i las hojas, las ramas i los troncos eran pocos para tí? Tú eres, por tanto, el dueño del jardin, del cual yo me permito. una que otra vez, obsequiar a un amigo una flor.
- —¡Oh Ventura Amor! esclamó Moises que observaba todo riéndose i sin tomar mucha parte en el diálogo. ¡Oh Ventura Amor! ¡cuán venturoso eres en el amor!

Maximiliano apuró de un sorbo una copa de champaña.

- -: Quién sabe, dijo, si esas venturas son sin ventura!...
- —¿Por qué? interrogó el jóven Amor con algo de esa injenuidad del niño que desea saber lo que le es desconocido.
 - -Porque, respondió Maximiliano con voz un tanto seca, haj

felicidades mas ficticias que reales, mas de circunstancias que permanentes.

- —No te comprendo, Maximiliano, dijo Ventura. ¿Acaso crees que yo hago aquí una farsa para llamar la atencion?
- —No sé de quién podrias llamarla si no es de la persona que ha tenido esta noche el capricho de particularizarse contigo.
 - -¿A quién te refieres? preguntó el jóven con calor.

Maximiliano apuró una nueva copa.

- -Me refiero, contestó, a la persona a quien tratas de agralar.
- —I aunque fuera así, replicó Ventura, no veo a quién podria incomodar eso. I todavía en el caso de molestar a alguien, no veo tampoco el derecho que podria tener para calificar como ficticias o de circunstancias mis emociones.
- $-\-_{i}$ Quieres poner en juego el romanticismo? preguntó Maximiliano sonriendo despreciativamente.
- —Cada uno usa las armas que cree mas convenientes para defenderse o atacar.
- —Pero si elijes el romanticismo, dijo Rosendo mezclándose en el diálogo, no harás mas que ponerte en ridículo.
 - -¿Me dirás la causa?
- —Es mui lójica: el romanticismo puede servir para quien tenga alma, o por lo ménos, ideas que se aparten un poco del materialismo.
- —¿I crees tú que la persona a quien yo deseo agradar (segun dice nuestro amigo Maximiliano) tiene un alma materializada?
 - —Peor aun, contestó Rosendo: creo que no tiene alma.

Leonor lanzó una carcajada, i miéntras llevaba a sus labios un pedazo de torta remojada en licor, dijo:

- —Es que hai almas, amigo Rosendo, que no alcanzan a ser vistas por los topos.
- —Los topos, sin embargo, tienen bastante vista para distinguir lo que otros no han sospechado.
- —Eso será a causa, replicó Leonor, de que los otros están habituados a ver i a vivir en plena luz, miéntras que el topo,

como es sabido, habita en las toperas, es decir, en las lóbregas cuevas que labra en la tierra.

- —¡Vamos! esclamó Maximiliano, cuyo jenio se ponia poco sufrido cuando bebia licor. ¡Vamos! dejémonos de palabras o frases que puedan agriar los ánimos. Yo suplico a Rosendo i a Ventura que no turben nuestra alegría.
- —¿Pero qué he hecho yo para ello? preguntó Ventura con admiracion.
- —No debias, le dijo Maximiliano con jesto agrio, dirijir galanterias a Leonor, así como Rosendo no debia zaherirla.
- —Pues si ámbas cosas te disgustan, le dijo Ventura sonriendo, nos vamos a ver obligados a hablar a nuestra reina solo del tiempo o de los astros, lo que de seguro no haria mui divertida la cena.
- —¿I por qué no? preguntó Manuel engullendo un trozo de perdiz en salsa blanca, i por qué no cuando la señorita Leonor es una de las mas hermosas estrellas?
- —¡Bien! aplaudió Moises. Nuestro amigo Manuel, aunque seriamente ocupado de los comestibles, por lo cual poco habla, no olvida que nuestra mesa está precidida por una hermosa dama.
- —¡Cuidado! dijo Ventura con tono burlon: ya sabeis que a Leonor no se la puede decir ni que es hermosa ni fea, ni que tiene talento ni es.....
- —¡Yo no he dicho tal estupidez! interrumpió Maximiliano. He pedido solamente que se guarden a Leonor las consideraciones a es que acreedora.
- —Yo le guardo las que a mi juicio merece, contestó Rosendo.
- —I yo le prodigo las alabanzas de que, a mi parecer, es digna, agregó Ventura. Si el juicio de Rosendo te disgusta i mi parecer provoca tus celos ¿qué quieres que haga yo?
- —¡Mis celos! esclam's Maximiliano, que de momento en momento perdia mas la cabeza. ¡Mis celos!..... ¿Yo celos de tí? ¡Vaya, Ventura, confiesa que te estás infatuando demasiado!....

El joven Ventura iba a contestar, talvez mui bruscamente,

pues sus ojos se animaron i sus mejillas se encendieron; pero se reprimió, i alzando una copa que tenia a su lado, dijo con calma:

- -¡Bebamos, mejor! Maximiliano está hoi mui nervioso.
- -¡I tú bastante pesado!
- —Gracias, contestó el jóven levantándose. Tú estás en tu casa i yo me retiro de ella.
 - -¡Como gustes! contestó Maximiliano alzando los hombros.
- —¡Pero esto es una barbaridad! esclamó Rosendo. ¿Es posible que dos amigos se disgusten por tan poca cosa?¡Vamos, Maximiliano, tú no estás en tu juicio, hombre, si tienes celos por una..... mujer como Leonor!

Las mejillas de Leonor se tiñeron de vivísimo carmin cuando Rosendo, al decir una, se detuvo como si otra palabra que mujer fuera la que habia llegado a sus labios. Pero la jóven se serenó en el acto i se puso a mirar de una manera fria i burlona a Rosendo. Luego, i ántes de que Maximiliano hubiera tenido tiempo de contestar, la jóven se volvió a él, i bañándolo con una mirada intensa, en que aparecian la indignacion i el amor, la súplica i el mandato a la vez, le dijo:

—¡Maximiliano! si has mirado con indiferencia que se retire de tu casa un amigo que talvez solo por cortesanía se ha servido atenderme i halagarme, creo que no tolerarás que permanezca en ella el que no ha hecho mas que insultarme!

El dueño de casa hizo un jesto de vacilacion.

—¡Sobre todo, agregó Leonor con tono imperativo al ver la indecision de Maximiliano: sobre todo, elije entre él i yo!......

Al decir esto hizo ademan de levantarse.

- —¡Eso sí que nó! esclamó Maximiliano estirando los brazos en aptitud de retener a la jóven. Eso sí que nó! la cena ha sido para tí, i quien no esté a gusto en ella, puede hacer lo que quiera!.....
- —¡Siendo así, dijo Rosendo parándose pálido de cólera, yo me retiro!

Leonor lo miró con aire de triunfo.

- —Llegará el dia, le dijo Rosendo a la jóven, en que pueda vengarme de ti!......
- —I miéntras encuentras tu venganza, le dijo la jóven, yo voi a contar ahora mismo, a tus amigos, las causas que la han provocado.
- —¡Adios, Maximiliano! le dijo Rosendo; mañana te arrepentirás de haber preferido una cortesana a tus amigos!......

Maximiliano iba a levantarse, como para castigar a Rosendo; pero Leonor lo detuvo diciéndole con semblante risueño:

- —Déjalo que hable lo que quiera, amigo mio, pero que se retire pronto para que estemos alegres.
- —¡Adios, hasta luego, Leonor! le decia al mismo tiempo Ventura saludándola cariñosamente con la mano desde su asiento. Espero que me concederás verte.
- —Cuando gustes: mi casa es de los amigos, contestó la jóven.

Maximiliano frunció el ceño ínter Ventura i Rosendo, despidiéndose con un simple «buenas noches» de los otros comensales, abandonaban el comedor.

- —¡Vamos a la historia! a la historia de Rosendo! esclamó Moises cuando los jóvenes se hubieron alejado.
- —En el acto, contestó Leonor; pero venga una copa para beberla por el dueño de casa!.....

Amores de un fatuo.

La alegría no fué menor en la mesa por la ausencia de Ventura i de Rosendo; al contrario, Maximiliano que habia tenido celos de Ventura por las preferencias que habia creido notar en Leonor, i ésta que desde la llegada de Rosendo habia estado mortificada por las alusiones mas o ménos ofensivas que le habia dirijido, no pudieron ménos que esperimentar mayor libertad.

- —¡Vamos a la historia! dijo Moises cuando hubieron dejado las copas en que bebieron por Maximiliano. Vamos a la historia, que llamaremos de Rosendo i Leonor, como hacen los novelistas.
- -Nó, replicó ella: el título que le viene es amores de un fatuo.

Los tres amigos lanzaron una carcajada.

- Esa historia es bien corta, agregó la jóven con semblante alegre; pero ántes de principiarla, debo advertir que cuanto diga será la verdad, sin aumentar ni quitar nada, aun cuando haya cosas que sean en mi contra.
- —Bien, dijo Manuel acercándose un plato con diversas conservas que poco ántes le había indicado Maximiliano. Bien, así será entónces una verdadera historia i no una novela.
- —Principiaré, contestó la jóven, por decir cómo conocí a Rosendo. Me hallaba el verano pasado en los baños de Apo-

quindo, cuando llegaron ahí varios jóvenes en la tarde de un dia sábado. Uno de ellos era mi amigo, i como es natural, luego pasó a mis habitaciones a visitarme. La vida de baños es, como ustedes saben, una vida mas holgada, mas libre que la de las ciudades. Ahí se destierra un tanto la etiqueta, no se hace tanto gasto de cumplimientos i a los amigos puede recibírseles a toda hora i obsequiárseles tambien todo lo que se quiera. En tal virtud, luego apuramos con mi amigo algunas copas i armamos un paseo.

—Pero, me dijo él, mis amigos se van a sentir si no los invitamos.

—Pues invitalos, le dije yo. A mi me agrada la compañía de los amigos tanto como me disgusta la de las amigas.

-Siendo así, iremos todos, dijo mi amigo.

Efectivamente, me presentó a sus compañeros, entre los cuales estaba Rosendo.

Desde el primer momento este jóven se condujo de tal suerte conmigo, que no pudo ménos de chocarme su proceder. Creyéndome, sin duda, una de esas infelices a quienes se deslumbra con unos cuantos puñados de oro, todo su empeño se redujo a hablarme de sus riquezas i de la jenerosidad con que él correspondia a las mujeres sus favores.

Ya en el paseo i cuando al calor de algunas copas que habíamos bebido nuestras relaciones adquirieron mayor intimidad, Rosendo se acercó a mí diciéndome:

—Señorita Leonor: conozco que mi destino está desde hoi en manos de usted; yo he tenido muchos amores, i aquí i allá oirá usted mi nombre en labios de algunas personas a quienes he querido; pero nunca he probado lo que ahora, pues sus gracias me han cautivado.

—¡Cuánto lo siento, caballero, le contesté, pues si sus palabras no son una mera galantería o una conversacion de baños, su corazon va a quedar para siempre cautiv!o

-¿I cree usted que a mí me desagradaria eso? Cautivo de us-

ted seria el hombre mas feliz. Luego, señorita Leonor, ¿usted se siente inclinada a corresponderme?

Comprendí, agregó Leonor, que trataba con un bendito de Dios, i en vez de contestarle, fijé en él una de esas miradas que tan bien sabemos finjir las mujeres i en las cuales muchos bobos creen adivinar la timidez, el candor i la pasion.

- —¡Oh! hable usted, Leonor! esclamó él entusiasmado al ver mi rubor i mi vacilacion.
 - -¿I qué podré decirle? pregunté con voz tímida.
- —Lo que usted siente, la idea que se ha formado de mí; pues aunque sus miradas me han dicho con elocuencia que yo no le he sido indiferente, puedo equivocarme, i en vez del cariño que yo espero, usted puede aborrecerme.
- —¡Aborrecerlo! repetí yo mirándolo como la primera vez, es decir, diciéndole con mis ojos: «¡Tonto, o ingrato, ¿no vez que me estoi muriendo por tí?»
- —¡Bien, bravo! esclamó Moises. Me gusta una mujer como tú, Leonor! ¿Quieres que bebamos una copa por la historia, que harto me está interesando?
 - -Con mucho gusto, contestó la jóven.

I miéntras Moises le servia champaña, agregó:

- —Les he prometido contarles la historia tal cual es, i por lo mismo no omitiré ni aun lo que sea desfavorable para mí.
- —¡Es como deben ser las historias! roncó Manuel, cuyos ojos principiaban a adormecerse con el licor.
- —¡Adelante, mi hermosa reina! dijo Maximiliano, que miraba a Leonor de hito en hito.

La jóven chocó su copa con la de Moises, saludó en seguida a Manuel i Maximiliano, i ya iba a beber, cuando el último esclamó:

- -¡Aguarda! aguarda! yo tambien quiero beber con ustedes!
- —¡I yo! agregó Manuel.

Vaciaron a una las copas i Leonor continuó:

-Rosendo aumentó entónces sus protestas i sus súplicas para que le dijera con mis labios lo que le decia con mis ojos; me

habló de paseos, de bailes i tertulias en que los dos causaríamos la envidia de cuantos nos rodearan; en fin, él, interpretando mis miradas i mi silencio, dió por hecho que yo estaba loca por él, i en tal sentido llegó a decirme lo siguiente, cuando ya nos recojíamos a los baños:

- —Despues de lo que hemos hablado, no nos queda sino ser felices; i como yo no podria retardar mucho tiempo ese instante, voi a tratar de que mis amigos vuelvan solos a Santiago i me dejen aquí.
- —¡Ai, nó! le dije yo con timidez. Váyase usted i vuelva otro dia! déjeme reflexionarlo, déjeme pensar en esto.....
 - -¿Pero qué reflexion cabe? ¿no es usted libre?
 - -; Oh, si!
 - -¿No está usted aquí sola, sin mas que su sirviente?
 - -;Oh, si!
 - -¿Teme usted algo de mí?
 - -¡Oh, nó!
 - -¿Duda usted de mi cariño?
 - -¡Oh, nó!

I en fin, continuó Leonor riéndose, le contesté unas veinte veces ¡oh, si! i otras tantas ¡oh, nó! con voz tímida i emocionada, i convinimos por último en que él se iria con sus otros amigos i volveria en la misma noche, aunque fuera a las tres.

- —¡Diablo! esclamó Maximiliano. Ya vamos llegando a la parte seria!
- —Al contrario, replicó Loonor, vamos llegando a la parte cómica. Oigan ustedes.

Mi galan, dándose aires de importancia i haciendo de todo cierto misterio para dar a entender que un asunto inusitado le obligaba a volver pronto a Santiago, invitó a sus compañeros i consiguió llevarlos antes de la hora que tenian proyectada.

Estoi segura, agregó la jóven, que en cuanto volví la espalda, dijo a todos que yo le habia dado una cita.

-; Ya lo creo! dijo Maximiliano con voz entrecortada por

los efectos que principiaba a causarle el licor. Ya lo creo: Rosendo es un alabancioso.

—Pero él no se imajinó lo que iba a sucederle, continuó Leonor. Esa noche, al tiempo de acostarme, llamé al dueño del hotel i le pedí que, si a la medianoche llegaba algun nuevo alojado, le diese la pieza contigua a la mia, diciéndole que así yo lo habia dispuesto, haciéndome cargo de ella desde la tarde. En prevision de cualquiera imprudencia que Rosendo podia cometer, aseguré la puerta que servia de comunicacion a las dos piezas, i yo misma, con la verdadera solicitud de una amante apasionada, cuidé que no faltara una botella de cristalina agua en su pieza, por si el precipitado viaje le causaba sed. Tambien, para que no encontrara tan largo el tiempo, le dejé sobre la mesa la siguiente carta:

«Señor Rosendo Paez.

Mi nuevo i querido amigo:

Velaré toda la noche esperando su llegada, pues por un acontecimiento imprevisto no puedo recibirlo en mi pieza. Espéreme usted sin hacer el menor ruido, que yo acudiré tan pronto disponga de un instante.

SU NUEVA AMIGA.»

Annque lo ménos en que pensaba, continuó la jóven, era en ir a visitar a mi fatuo amante, la curiosidad de saber a qué hora llegaba me hizo no dormir con tranquilidad, i merced a esto pude sentir, a eso de las dos de la mañanz, que se le instalaba en la pieza que yo le habia preparado.

Rosendo leyó, sin duda mi carta, luego de entrar, pues con docilidad envidiable, guardó el mas absoluto silencio durante la primera hora; pero como es tan largo el tiempo para quien espera, hácia el amanecer comenzó a toser recatadamente, luego a pasearse de un estremo a otro de la pieza, i por fin, a dar leves i repetidos golpecitos en la puerta de comunicacion.

Al dia signiente hice que mi criada, rodeándose de mil misterios, le arrojara un papelito en que yo, con lápiz, escribí:

«Su imprudencia me ha comprometido, pues en el momento en que yo iba a pasar a su pieza, se oyó su tos, luego sus paseos, i por fin, los golpes a la puerta. Aunque su desobediencia me ha disgustado, mi cariño le pide me aguarde siempre. Hoi, esta noche, o cuando se pueda, yo pasaré; pero es necesario que no haga usted el menor ruido, que no dé señales de existencia, pues así se creerá que la pieza está deshabitada.

SU AMIGA.D

Hasta las diez u once del dia, Rosendo no dió señales de vida; pero a esa hora debe haber sentido una necesidad tan imperiosa de respirar otros aires que los de su pieza, que lo vimos abandonarla a toda carrera i en cierta actitud como quien sufre terribles dolores de barriga. I a esa salida siguió luego otra, i otra i cincuenta mas; pero tan frecuentes i repetidas, que podian compararse a un fuego graneado.

- —Señorita, llegó diciéndome el hotelero mui alarmado: el jóven para quien usted tomó la pieza contigua, se halla gravemente enfermo. He tenido que alojarlo allá, cerca de los jardines, pues no alcanzando a llegar ni a su pieza ni a los lugares, se ha puesto hecho una compasion......
- —Yo, continuó Leonor, que habia estado reprimiendo la risa todo el dia, no pude sino lanzar una carcajada al ver el semblante desolado del hotelero i considerar la ridícula figura que haria mi almibarado galan.
- —¿Qué le habia sucedido? preguntó Echai con voz ronca i ya balbuciente por el licor.
- —¡Qué se yo! contestó Leonor riendo; el hotelero decia que el jóven se iba, se secaba, i mandó a mata-caballos a Santiago por un médico i por ropa para el enfermo.
- —¡Pícara! esclamó Maximiliano mirando a Leonor con cariño. ¿Qué habias hecho tú para producir en Rosendo esa indisposicion?

- —Nada: al contrario, creyéndolo con la sangre mui acalorada, le preparé una tisana en el agua que le dejé en la pieza.
 - -¿De qué se componia? preguntó Moises riendo.
 - —De unas cuantas hojas de pichoa.

Los compañeros de Leonor rieron a carcajadas.

- —¿I qué sucedió despues? preguntó Moises, que era el ménos alegre por el champaña.
- —Que Rosendo, contestó Leonor, tuvo que pagar doscientos pesos al médico que lo asistió, i no atreviéndose a presentarse a las personas que habia en los baños, pues su desgracia la supieron todos, esperó la noche siguiente para partir.

«Leonor, me escribió ántes de subir al coche: te has burlado de mí; pero tarde o temprano tomaré la revancha.»

«Rosendo, le contesté yo: no he querido burlarme, sino velar por tu salud. Confiesa que vuelves a Santiago mas liviano, mas ájil i mas fresco, i todo por tu buena amiga.

LEONOR.»

- —¿I de ahí nace la aversion que Rosendo te manifiesta? preguntó Maximiliano llenando la copa de Leonor.
- —Nada mas que de esa pequeña travesura, contestó la jóven con semblante lleno de cierta picante i maliciosa candidez. I por eso cuando él dijo que yo a todos les daba una flor de mi jardin, le contesté que a él le habia tocado la flor de la cala.
- —¡Tienes razon! esclamó Maximiliano, riendo a carcajadas i dando tal puñetazo en la mesa que hizo vibrar los cristales. ¡Tienes razon! por eso Rosendo se amostazó tanto!... ¡Já, já, jááá... I yo que creia que solo se habia azareado por el nombre que tiene esa flor!
- —¡Ah, nó! esclamó la jóven: era una alusion que él comprendió en el acto.
- —¡Ea! esclamó de repente Echai, que con una copa empuñada, con la gran cabeza caida sobre el hombro derecho i c n los ojos medio cerrados parecia no hallarse ya en estado de

comprender lo que se hablaba; ¡ca! dijo con su ronca voz: propongo una copa por que en lo sucesivo llamemos a nuestro amigo Rosendo, el jóven de la cala!

—¡Bravo!... ¡Bien!... ¡Magnífica idea!... esclamaron todos riendo i elevando sus copas hasta los labios. ¡Eso es!... agregó Maximiliano despues de apurar su copa. ¡Eso es!... El jóven de la cala!.....

I no pudiendo resistir a un impulso del cariño que sentia por su feo amigo, se volvió a él, i echándole los brazos al cuello, le dijo:

—; Déjame, Manuel, darte un abrazo! Tienes ocurrencias que valen un Perú!.....

Echai sonrió con su aire estúpido, tanto mas displicente i desagradable en ese momento por los efectos del licor.

—¡Cómo es eso! esclamó Moises. ¿Habiendo una dama los hombres se abrazan?

Maximiliano se volvió, i aunque ya su cabeza estaba trastornada por el champaña, su imajinación le sujirió esta respuesta:

- —; Pues eso es lo natural, amigo mio! que los hombres se abrasen en presencia de una dama!
- —; Ya lo creo! dijo Moises riendo: abrasarse no es lo mismo que abrazarse; i tanto es así, que yo podria abrazar a Leonor i no podria abrasarme por Leonor.
 - -Es que abrazándome, dijo la jóven, podrias abrasarte.
 - —Es que a mí me quedan brazos pero no brasas.

El diálogo continuó desde ese momento salpicado a cada instante por equívocos mas o ménos injeniosos, por alusiones mas o ménos claras, por chistes mas o ménos picantes o subidos de color. El champaña chispeaba en los cerebros, la alegría se retrataba en la brillantez de las pupilas i las excitaciones nerviosas que produce el licor retratábanse en el fuego que aparecia en las miradas.

Los ojos de Leonor eran brasas que quemaban, llamas que despedia una hoguera cargada de combustible inflamable. Sus

mejillas estaban encendidas, sus labios secos pero rojos, i sus párpados adormecidos. Cada una de sus miradas era una promesa, cada una de sus sonrisas una caricia, cada uno de sus jestos una provocacion. El mismo Moises, cuyo corazon segun él decia, era ya incapaz de probar otras necesidades que las inherentes a una naturaleza gastada por el abuso de los placeres, sentia algo como la resurreccion de sus deseos, algo como el desentumecimiento de sus miembros, largo tiempo ateridos con el frio i la inaccion. Por tal causa esperimentaba la curiosidad, el deseo vehemente de los viejos que descubren promesas de olvidados deleites en el manantial mismo que creian disecado. Esta idea le animaba i le hacia mirar a Leonor, no va como a la amiga con quien solo podria charlar i chocar una copa en alegre cena o báquico festin, sino como al rayo de sol capaz de hacer revivir una planta que las heladas del invierno habian marchitado.

Maximiliano, por su parte, habia olvidado por completo su táctica i su apuesta. Devoraba con los ojos a Leonor como el hambriento que ve ante sí sabroso i delicado manjar que puede saciar su apetito.

—¡Leonor, yo te amo!... Leonor, escúchame!... Leonor, mirame!... Leonor, bebe conmigo!

—¡No seas majadero, hombre de Dios!... Conversemos, riamos, concluyamos estas botellas! ¿Acaso tú no bebes mas?

—¡Contigo un océano! pero óyeme.... ¡Oh! qué bella estás!...

—¡Me miras al traves del champaŭa! al principio de la noche no pensabas asi! ¿Me das otra copa?

-; I-si quieres te sirvo en ella mi corazon!

—¡Bah! hizo Leonor con una mueca de desprecio, tú has dicho que no eres de cera i a mí no me gustan los hombres de hierro. Deben ser demasiado duros i helados.

— Pero eso fué una broma! Ante tí soi cera que me derrito al solo calor de tus miradas.

—Pues entónces no me inspiras tampoco ningun interes. Estoi cansada de derretir cera,

- -¿I cómo debo ser para agradarte?
- —¡Como tú quieras! esclamó Leonor con fastidio i volviéndose hácia Moises.
 - -¿Me desprecias? preguntó Maximiliano con cólera i dolor.
 - Descaria que entre nosotros no hubiese farsa.

Maximiliano se oprimió con ámbas manos la frente como para descargarla del peso del licor, i mirando despues a la jóven con toda la fijeza i la seriedad que le permitia su media beodos, le dijo:

- —¡Oye, Leonor!... Yo no hago farsa ahora! La hice denantes, es cierto; pero fué por sondear tu corazon. ¡Qué diablos!... tú adivinaste mi pensamiento en seguida i ya mi táctica es enteramente inútil. Me confieso vencido, me rindo, me someto a tu voluntad! Cierto que soi uno de los hombres que mas te ha deseado; pero no me he atrevido a allegarme a tí porque tu carácter es incomprensible!.....
- -¿Qué hora es, Moises? preguntó Leonor al jóven como si no hablara con ella Maximiliano.
- —¡Vive Dios! esclamó éste dando un puñetazo en la mesa. ¡Vive Dios, Leonor, que tú pretendes, segun parece, ridiculizarme!.....
- —¿Qué hai? ¿qué sucede? esclamó Echai dando un brinco al sentir el golpe en la mesa, sobre la cual habia apoyado la cabeza i quedádose dormido.
- —Señor Maximiliano, decia al mismo tiempo Leonor levantándose con actitud de reina ofendida, no creí que usted esperase traerme a su casa para insultarme.
- —Son las tres i cuarto, contestó Moises con toda calma despues de consultar su reloj i como si no se hubiera apercibido de las palabras cambiadas entre Leonor i Maximiliano.
- —¡Oh! esclamó éste en un arranque de ternura i arrepentimiento: ¡oh! no te ofendas, Leonor!... Perdóname, no sé lo que hago!... Tus ojos me han enloquecido!......
- Diga usted, caballero, replicó la jóven con acento desdeñoso, que el licor le ha trastornado!...

- —¡I bien, sí, es cierto!... Estoi borracho, borracho hasta no poder mas; pero no es eso, nó, lo que me irrita: me irritan tus desdenes, me desespera tu indiferencia!
- —¡Sí, es cierto!... Eso irrita mucho!... murmuró Echai, que en medio de una cabeceada i de un ronquido pescó al vuelo las palabras de su amigo. ¡Mucho!... muuucho! agregó cerrando los ojos i recostándose en la mesa, dispuesto a no luchar mas con el sueño.
- —¿Tienes la bondad de acompañarme a casa? preguntó Leonor a Moises, sin atender a lo que decia Maximiliano.
- —Con el mayor placer, contestó el jóven abandonando en el acto la silla.
- —Maximiliano, dijo ella imitando a Moises: te perdono porque creo que no has tenido intencion de ofenderme; pero no pisaré mas tu casa si ántes no vas a darme una satisfaccion a la mia.
- —¡Cómo! ¿te vas, entónces? preguntó el jóven con acento embobado. ¿Te vas, i enojada acaso? ¡Pero yo no te he ofendido, Leonor!... I eso no es justo: tú a otros toleras todo... Ese es un pretesto para irte, para irte con Moises, con Moises que te acompañó al teatro!... Sí, un pretesto; i yo no lo comprendí... i los traje a los dos!.....
- —Vaya, cálmate, hombre, le dijo Moises: mañana hablaremos. Tú sabes que yo soi un amigo inofensivo i que si por ahora me cabe la suerte de acompañar a Leonor a su casa, es solo porque a mí no me ha hecho tanto efecto el champaña.
- —; Pues yo no quiero que ustedes se vayan! gritó Maximiliano con la porfiada obstinacion del ebrio.

Quiso pararse, pero cayó pesadamente en la silla.

- -Vamos, dijo Leonor dirijiéndose a la puerta; está borracho.
- —Buenas noches, acuéstate i duerme bien, le dijo Moises riéndose i siguiendo a la jóven.
- —¡Ira de Dios! esclamó Maximiliano al verlos alejarse. ¡I es cierto que se van!...

Juicio sobre ciertas mujeres.

Se hablaba de Leonor i de Las Hijas de la Noche.

- —Vamos, decia Moises: ya que por una coincidencia nos hemos reunido tantos que conocemos mas o ménos íntimamente a Leonor, espongamos cada uno el juicio que de ella se haya formado en vista de su conducta.
- —¡Bah! esclamó Pantaleon Enriquez, que como mas petulante, fué el primero que quiso dar su opinion. Leonor, dijo, es una de tantas: mas hermosa, mas distinguida, mas educada, mas intelijente i nada mas. Ama ántes que todo el oro, finje cariŭo al que prede dárselo i abandona al que ya ha sangrado.
- —Parece un poco exajerada esa opinion, dijo Gustavo con voz un tanto triste pero sin acritud. I sobre todo, se trata ahora solamente de conocer el carácter de Leonor por su proceder con cada uno de nosotros.
- —Por lo que hace a mí, replicó Pantaleon ahuecando la voz i acomodándose el chaleco, tengo mi opinion bien formada, pues como ustedes saben, he sido uno de los amigos intimos de Leonor. Es una buena mujer, no hai duda, cuyas caricias se compran mas caras que las de otras, eso es todo.
- -¿Cuál es, mas o menos, la tarifa? preguntó Gustavo con un principio de disgusto.
 - -Eso es segun la simpatía o antipatía que le inspira el que

se acerca a ella. Yo, por ejemplo, no he gastado mas que trescientos pesos en un anillo que le regalé al dia siguiente de aquel en que nos vistes ir al Parque.

Gustavo se sonrosó un tanto por la cólera.

—Aquí hablamos entre amigos, le dijo, i no se trata de vanagloriarnos, sino de hablar con toda franqueza. ¿Podrias tú aseverar que ese anillo fué la recompensa dada a Leonor por sus favores?

—¡Oh!... tan esplícita, tan exactamente nó, contestó Pantaleon con cierto embarazo; pero debo advertir que Leonor para mí ha sido indiferente i que yo nada he solicitado; de otra manera... ¡Qué diablos! ya lo he dicho: es una mujer como cualquiera otra.

—En resúmen, intervino Moises sonriendo, Leonor te aceptó un anillo de trescientos pesos nada mas que como amigo, pues como tal se lo regalaste tú. Mas en resúmen aun, tú sabes bien poco de Leonor. Veamos si Rosendo está mas adelantado. A propósito, hombre, ahora recuerdo no sé qué historia que me contaron de tí con Leonor: es algo de la flor de la cala, de un paseo nocturno a Apoquindo... ¿Qué hai de verdad en eso?

Moises i Maximiliano se miraron riéndose, mientras Rosendo, con las mejillas coloradas, decia disimulando mal su despecho:

—Esa es una invencion de Leonor para vengarse de mí por no haberla tratado como a una señorita pudorosa i delicada.

—Luego no hubo cala, ¿eh? preguntó Moises con tono picaresco.

—No me embromes, replicó Rosendo tratando de cortar el diálogo. Yo no tengo ni quiero tener nada con esa mujer.

—Pues entónces, oigamos a Maximiliano, agregó Moises. Tú, segun creo, tienes buena opinion de Leonor.

—No tengo ni buena ni mala, contestó el aludido riéndose con toda sinceridad. Leonor es an cabo al cual no le encuentro punta, un diablo a quien no le puedo ver la cola. Yo confesaré mi debilidad: Leonor me enamoró desde que la conocí, i como la consideré una mujer libre, quise apropiármela empleando los

medios ordinarios de conquista i seduccion. Pero bien pronto noté que ni mis reiteradas visitas, ni mis valiosos obsequios, ni mis declaraciones mas o menos directas hacian la menor mella en esa fortaleza de granito. ¡Tate! me dije; esta mujer está ya blindada contra las armas antiguas i es necesario emplear otras nuevas para rendirla. I como, segun me lo ha dado a conocer la esperiencia, nada es mas eficaz en ciertos casos que manifestar despego i desden a una mujer a quien todo el mundo rodea de atenciones, yo traté por este medio de atraerme a Leonor.

- -Tú querias, dijo Moises, provocar en ella el despecho.
- —Trataba, continuó Maximiliano, de inspirarle el deseo de vencerme, de hacerla «jugar con fuego,» en una palabra. Pero como es tan difícil finjir lo contrario de lo que se siente, Leonor adivinó en mis miradas, en mis palabras o qué sé yo en qué lo que pasaba en mi corazon.
- —1 te lo dijo sin rodeos la noche en que cenamos con ella en tu casa, le advirtió Moises.
- —Tienes razon, contestó Maximiliano; i aunque yo aparenté indiferencia, el despecho me hizo embriagarme i tener celos de Ventura.
- —I te hizo tambien arrojarme a mí de tu casa, agregó Rosendo con cierto resentimiento.

Maximiliano se rió, i alzando los hombros dijo:

- —¡Qué diablos! un enamorado, hombre, no sabe lo que hace; i a mas tú te habias propuesto esa noche tratar mal o mortificar a Leonor.
- —La trataba como merece, replicó Rosendo; como debe tratarse a las mujeres que toman por profesion engañar a los hombres.
- —Parece que la herida aun mana sangre, dijo Moises sonriendo con la calma que le daban su escepticismo i su esperiencia de hombre gastado por los placeres.
- —No es eso, repuso Rosendo, sino que es necesario colocar a cada cual en el lugar que le corresponde. Como ha dicho Pan-

taleon, Leonor es una de tantas: mas hermosa, mas intelijente i yo agregaria mas hábil para engañar i seducir, eso es todo.

—Pero hasta aqui, observo Gustavo Peña, Leonor no aparece como una de tantas, sino al contrario, como una mujer escepcional Acepta obsequios, acepta paseos i visitas, sonrie a unos, alienta las esperanzas de otros, i al fin, de éstos se burla, de aquellos no hace el menor caso, i a todos deja mirando la luna de Valencia.

—Veamos, intervino Moises, que como se recordará, habia sido el de la idea de calificar el carácter de la jóven; veamos qué ha sucedido a los demas. Pero hablemos con entera franqueza, como entre verdaderos amigos, pues aquí se trata de conocer a una mujer que para mas de uno de los presentes, así como lo ha sido para muchos ausentes, es una especie de maga fascinadora que subyuga, enloquece o mata. Oigamos a Ventura: él fué, sin disputa, quien obtuvo de Leonor, en la cena de Maximiliano, las mayores atenciones i las mas dulces miradas. ¿Tienes inconveniente en contarnos lo que te ha sucedido con ella?

-Ninguno, contestó el jóven con la sencillez e injenuidad del niño que ann no conoce ni el disimulo ni la hipocresía. Mi historia es mui sencilla. Conocí a Leonor en la tertulia dada en casa de una de esas niñas que viven comprometidas, i como Leonor era la mas hermosa i la mas elegante, llamó desde luego mi atencion i me acerqué a ella movido por esa especie de atraccion que ejerce la belleza. Bailamos varias veces, conversamos casi toda la noche, i al fin, sabiendo que habia venido sola, le pedí me permitiera acompañarla a su casa. Para ser injenuo, debo decir que cuando las miradas de Leonor se posaron en mí; que cuando aquellas grandes pupilas donde parece arde el amor, me sonrieron i me halagaron, no fui dueño de mi i aavncé algunas palabras de amor. Leonor, entónces, sonrió como sonrien los padres cuando sus hijos le piden un imposible i me envolvió con una mirada dulce, algo burlona, pero que dejaba ver al mismo tiempo cierta simpatía. Yo me irrité porque me trataba como a niño; pero ella se rió sin querer por esto ofenderme. Mas tarde, apoyada familiar i confiadamente en mi brazo, pues tuvo el capricho de no volver en coche a su casa, me habló de la luna, de la soledad de las calles, de la especie de melancolía que inspira la noche: aun llegó a hablarme algo de amores, de la felicidad de hallar un ser cuya alma se hermane a la nuestra; pero todo esto hacialo con tan injenua confianza, con tan sencillo abandono, cual si hablara con un hermano, con un hermanito menor a quien ella comunicara sus impresiones a fin de iniciarlo en los secretos de la vida. Como ustedes comprenderán, aquella confianza, aquel abandono en una mujer cuyas miradas trastornaban mi cabeza i cuyo contacto hacia estremecer mi corazon, al mismo tiempo que me irritaba, me atraia; así fué que al llegar a la puerta de su casa, me sentí medio loco, como embriagado con ese algo que se desprende de Leonor cuando habla è sonrie o cuando parece que acaricia con sus miradas.

—Leonor, la dije estrechando la mano que ella me tendia para despedirme; Leonor, usted no será tan cruel que me deje aquí, a la puerta de su casa. Toda la noche me ha tratado como a niño, sin querer comprender que siento como hombre. Yo la amo a usted, i si es cierto que soi aun mui jóven, eso mismo debe ser para usted garantía de que mi amor será vehemente, duradero i abnegado.

Leonor pareció mui impresionada: oprimió con vehemencia mi mano, i cual si sostuviera en su interior una lucha, me atrajo hácia sí i me dijo con voz tenue, dulce, emocionada:

—Retírese usted: ahora no puedo... pero venga mañana, a la una del dia.....

I acercando sus labios que abrasaban a mis mejillas que ardian, agregó:

-¡Hasta mañana!

Como ustedes comprenderán, continuó Ventura, fuí puntual a la cita i Leonor me recibió con cariño, sonriéndome con familiaridad i dulzura. Su traje de casa, una holgada bata blanca, dejaba ver su hermosa garganta i el nacimiento de sus albos senos; i así como las anchas mangas le permitian lucir sus redondos i sonrosados brazos, así las ampulosas faldas, siguiendo las atrevidas ondulaciones de su cuerpo, diseñaban sus altas caderas i la fuerte organizacion de sus muslos. Aquella sencillez absoluta en el vestir daba a Leonor tal aire de candidez i de inocencia, que a no ser por sus ojos, donde ardia de cuando en cuando esa chispa que revela la existencia de una hoguera en el pecho de esa mujer, se la habria tomado por la pura doncella que aun no conoce mas que las ilusiones de la vida. I si su aspecto era cándido i dulce, su voz, sus movimientos, la especie de intimidad i confianza con que me trató haciéndome sentar a su lado, la hacian aparecer como cariñosa hermana que goza en charla familiar con su hermano. Yo me apoderé de una de sus manos i ella me la abandonó cual si fuera un niño quien llegase a acariciarla. Enardecida mi sangre al solo contacto de aquella mano blanda, suave i pequeñita, la enbrí de ardientes besos. Leonor no hizo nada para impedírmelo; al contrario, me sonreia, me miraba suave, dulcemente, como mira la querendona nodriza al niño que juega con los senos que le amamantan. La sonrisa de Leonor dió alas a mi esperanza i coraje a mis tímidas caricias. Mis labios enardecidos i secos por el deseo, estallaron en miles de miles de besos, ora sobre la blanca i aterciopelada piel de sus redondos brazos, ora sobre su hermosa garganta.

—Vamos, mi goloso, mi perrito, me decia ella sonriendo: ¿todavía mas? ¿todavía no te llenas?... I me miraba tierna, amorosamente, pero sin que al parecer mis caricias le causaran la mas leve emocion. Yo, medio loco, rodeé con mis brazos su talle, i ebrio, delirante, apoyé mi frente en su pecho.

En fin, agregó el jóven sonriéndose: ustedes, cual mas cual ménos, se habrán hallado mil veces en esos momentos en que gustosos arrojaríamos la vida a los piés de una mujer sin mas que por apagar la sed que nos devora. En tal sentido, me limitaré a decirles, en resúmen, lo que hizo i lo que me dijo Leonor. Cuando me hallaba en esa actitud, ella, en vez de desasir

mis brazos de su talle, me tomó la cabeza con ámbas manos, i acariciándome, perdiendo sus dedos entre mis cabellos como para rizarlos, me decia:

—¡Qué hermoso eres, cachorrito!... Cuánto debe gozar tu mamá con verte! Oye, ¿así la acaricias a ella?... A ver, dí: mamá! Pero ¿qué tienes? te enojas?

Yo me separé violentamente de Leonor, agregó Ventura, cuando la oí espresarse de esa manera.

—¡Parece, le dije, que tratas de burlarte de mí! Yo no soi una guagua; soi ya un hombre que sé sentir i amar.

—¡Bien! esclamó ella riéndose. ¡Así me gustan los hombres! Ven, acércate, seamos formales: juguemos a los niños serios. ¿No te gusta a ti jugar? Pues yo juego siempre al pimpin sarabin, a las escondidas i hasta a los casados cuando encuentro un maridito que quiera hacerse de mí.

Comprendí, dijo Ventura, que Leonor no tenia intencion de burlarse, sino que se hallaba bajo uno de esos caprichos raros, a veces estravagantes, que segun habia oido decir eran mui frecuentes en ella. En vez de manifestarle enojo, resolví seguir la broma con la esperanza de llegar, por medio de ella, a lo serio.

—Pues bien, le dije haciendo esfuerzos para sonreir i tomando sus manos entre las mias: si te gusta jugar a los casados, a mí tambien me gusta. ¿Principiemos?

—¡Ah, nó! Para eso se necesita mas formalidades. ¡Vaya! ¿así, de buenas a primeras íbamos a casarnos? Juguemos mejor al hijito i a la mamita, eso es mas fácil i mas bonito. ¿Quieres?

De este modo, agregó Ventura, Leonor continuó una charla insustancial, que en nuestros labios i sobretodo para mis deseos, era una ridiculez. Concluí por enfadarme i ella se rió diciéndome que no era razonable, que era un gran regalon a quien debia educarse de nuevo. Al despedirme se colgó a mi cuello diciéndome:

—Hasta mañana, ¿verdad?

Volví hasta diez dias consecutivos i en cada uno de ellos la

encontré siempre amable i cariñosa; pero ya era la especie de tntora que daba buenos i sabios consejos a un jóven que entraba en la vida, va la sentimental poetiza que deseaba le levera en voz alta a Becquer, Zorrilla o Espronceda. Un dia deseaba absolutamente que trasplantáramos, podáramos o embelleciéramos el jardin, pues ese trabajo no debia confiarse a manos burdas como la de los torpes jardineros que no tenian de tales mas que el nombre; i al dia siguiente la encontraba va del todo olvidada de las flores i rodeada por grandes cantidades de lienzos, encajes i cambrayes, pues era necesario trabajar, no darlo todo a las costureras, ordinariamente ignorantes i poco puntuales... Entre mil otros cambios de gustos i de ocupaciones, la encontré un dia arrobada en la lectura de obras místicas. Eso, decia, levantaba el alma hasta Dios, i era una de las mas agradables entretenciones. Ella habia hecho mal, lo comprendia ahora, en no dedicarse a la virtud. Habria sido, talvez, una buena monja, una santa; pero todavía era jóven i con dar a los pobres toda esas chucherías de alhajas, sedas i vanidades del mundo, podria aun pasar sus últimos años no pensando mas que en Dios.....

Eso no obstaba, continuó Ventura, para que en el mismo dia, algunas veces solo minutos despues de tan santos propósitos, se ataviara con réjia elegancia i fuera a lucir sus galas i su hermosura a las plazas o paseos públicos.

Cemo ustedes lo supondrán, yo seguia encaprichado, medio loco, i principiaba ya a buscar en la bebida i en groseros deleites el olvido de una pasion exijente i subyugadora. En tal situacion, i como providencialmente, encontré en mi camino otra mujer que con sus caricias me hizo olvidar a Leonor. La última visita que hice a ésta fué, por mi parte, una especie de ultimátum: o se resolvia a pertenecerme, o dejaria de verla. Se rió manifestándome que era un niño regalon, voluntarioso, a quien por castigo no debia complacerse i concluyó por despedirme besando una i otra vez mis mejillas i diciéndome:

-¡Toma!... Este es para que me recuerdes!... este otro pa-

ra que sigas amándome!... I estos, uno, dos, tres... veinte besos, para que sepas cómo acaricia tu mamita! ¡Adios!... Volverás, porque «quien se va sin que lo echen, vuelve sin que lo llamen»!

I sin que yo tuviera lugar a contestarle, tal habia sido la lluvia de besos con que cubrió mis mejillas, se alejó de mí corriendo. Desde entónces no la volví a ver hasta la noche en que nos encontramos en casa de Maximiliano.

- -¿I despues no has ido a su casa? preguntó Moises.
- —Nó, contestó Ventura, i confesaré por qué: primero, porque tengo a quien querer, i segundo, porque siento miedo por Leonor.
- —I haces bien de temerle, dijo Moises, pues esa mujer es mucha majer.

Gustavo Peña, que era uno de los que habia escuchado con mas interes las narraciones de sus compañeros, pareció respirar con satisfaccion cuando Ventura hubo terminado de hablar.

- —Leonor es una mujer incomprensible, dijo, terciando en el diálogo. Hasta aquí, i a pesar de los que la denigran i la consideran como una de tantas, se está viendo que esa mujer persigue algun grande objeto o es, a pesar de sus esteriores apariencias, una mujer honrada.
- —Honrada en parte, observó Moises; pero no en todo su proceder. Leonor, por sus costumbres, por sus gustos, por sus hábitos, es una..... hija de la noche, con la sola diferencia de que llegando a lo que todas llegan elude sus compromisos.....
- —Eso no lo creo exacto, dijo Gustavo. Segun lo que hemos hablado, Leonor no ha contraido ningun compromiso con los que estamos aquí; cuando mas ha alimentado las esperanzas de los unos o avivado los deseos de los otros, ya con sus provocativas miradas, ya con sus irresistibles sonrisas. Pero yo puedo decir que no con todos procede Leonor de la misma manera. Si a unos engaña con palabras mas o ménos tiernas i espresivas, a otros desilusiona con honradez digna de encomio. I esa

mujer que vosotros creeis tan frívola; esa mujer que parece no tener corazon, es, sin embargo, en ciertos momentos, el alma mas noble, el corazon mas grande, mas tierno i honrado que he conocido. Es desinteresada i jenerosa, i cuando encuentra un hombre que verdaderamente la ama, en vez de engañarlo finjiéndole amor, trata por todos los medios de alejarlo de sí.

Eso puede ser una especulacion, dijo Moises. La mujer intelijente como Leonor sabe que la mejor manera de amarrar a los hombres es mostrarse intransijente con ellos. La pasion se irrita, los deseos se avivan i el valor de lo que se anhela se centuplica.

—Eso lo harán otras, objetó Gustavo: Leonor se halla libre todavía, por su talento i hermosura, de acudir a esos espedientes.

—No te paralojices, hombre, le replicó Moises. Entre esta clase de mujeres, unas hacen por estudio i por cálculo lo que otras practican por costumbre o por vicio. La mujer que ha perdido su pudor, pasando de una mano a otra como vil mercancía que se teme se corrompa, ya no puede abrigar esas ideas nobles, esas intenciones sanas que encontramos en la mujer que busca solo amor en el amor. La que de amante seducida o engañada pasa a los brazos de otro hombre a quien aun no ama, es una mujer que con seguridad llegará a ser pública meretriz. I la que tal hace, Gustavo, si no obra desde el primer momento por perversidad, es porque lleva ya en ella el jérmen de la perversidad.

—¿I cómo, preguntó Gustavo, si no hai entre esas mujeres algunas que busquen solo amor en el amor, vemos a cada paso tantas que se contraen al cariño de un solo hombre i le acompañan, fieles, en sus vicisitudes o sus goces?

—En sus vicisitudes es algo mui raro, amigo mio, replicó Moises sonriéndose. En sus goces, sí, eso es lójico i es la moneda corriente en el mercado del amor. Pero la regla jeneral es esta: mujer que toma un amante, lo toma para satisfacer sus caprichos o para remediar sus necesidades; si el amante se

arruinado i ella o por ella, tanto peor para él!... él quedará arruinado i ella buscará otro a quien arruinar. En Leonor, talvez, no suceda esto todavía; pero ello se esplica con facilidad. Leonor se halla festejada i obsequiada espontáneamente por cuantos se acercan a ella; por hoi, sus sonrisas i sus miradas le bastan para obtener dinero i atenciones; pero bien pronto necesitará dar algo mas de dulces miradas, algo mas serio que festivas sonrisas. Cuando eso suceda, Leonor hará por cálculo i estudio lo que talvez hace ahora por inocente coquetería.

- Leonor rechaza casi siempre los obsequios, observó Gustavo.
- —Rechaza lo que no necesita, replicó Moises. Es rica, segun parece, i no tiene las necesidades de otras para vivir. A mas, Leonor es una mujer llena de caprichos i a quien yo no califico de mujer perdida como algunos: al contrario, la considero todavía en el número de las que se llaman honradas porque no han hecho de su cuerpo una mercancía. Pero honrada como la juzgo, en ella veo el jérmen de la mas gran depravacion. Sin tratar de imponer a ustedes mi modo de pensar, les diré que si Leonor aparece tan digna, si a ninguno de nosotros ni de los que conocemos ha admitido como amante, no debe ser porque sea casta, no debe ser porque todos le hayamos sido antipátiços, sino por una de estas dos cosas: o quiere dar un gran golpe, como atrapar un marido, pero marido en el altar, o tiene algun amante rico i jeneroso a quien teme mucho perder.
 - -Pero ese amante no lo conoce nadie, dijo Gustavo.
- —Es cierto; i he ahí un motivo mas para interesar, tanto por el misterio que la rodea, como porque aparece libre, apta para tener un amante.
- -¿Crées tú, entónces, preguntó Gustavo con cierto interes i temor, que cuanto hace Leonor es estudiado o finjido?
- —Casi todo, hombre: Leonor es una mujer mui intelijente, mui perspicaz i tiene el don que poseen las grandes artistas en el teatro. Sabe sacar partido de su voz, de sus ademanes i de lo que otr s talvez emplearian en contra de sí mismas. En esa

mujer todo es arte, esceptuando su hermosura que es natural.

- -Yo tengo la misma opinion, dijo Rosendo terciando en el diálogo.
- —Pues yo pienso lo contrario, replicó Gustavo con animacion. Lo único raro que veo yo en Leonor es su carácter un tanto caprichoso; por lo demas, tiene un corazon noble, un alma capaz de todas las virtudes i creo que el hombre a quien ella ame puede ser el mas feliz de los mortales.

Moises rió sardónicamente.

- —Tú no conoces el mundo i mucho ménos a esas mujeres, dijo a Gustavo. Pues yo te digo, i quiera el cielo que no lo pruebes en tí mismo, yo te digo que el hombre i los hombres a quienes Leonor ame o finja amar, serán los seres mas desgraciados. Si esa mujer ama algun dia, su amor será un fuego capaz de disecar un océano; i si finje que ama, no hará mas que tronchar al hombre que caiga en sus manos como el niño puede tronchar una varilla de mimbre.
- —Pero si ama, insistió Gustavo con la porfía propia del enamorado, si ama, su amor le inspirará buenos sentimientos; i teniendo buenos sentimientos será capaz de hacer dichoso al hombre que haya elejido.
- —Es que hai naturalezas, hombre de Dios, que no pueden dar distintos frutos. Saca tú dulce del acibar, miel del alcanfor. Seria lo mismo pretender sacar buenos sentimientos de la que ha nacido solo para tener malos. Por lo que hace a mí, yo les confieso a ustodes que a pesar de mi esperiencia, a pesar de lo que he corrido la vida, si todavía fuera capaz de sentir pasiones, tendria miedo de enamorar a Leonor.
- —Pues yo, dijo Gustavo, no quería otra cosa. Amo a esa mujer mas de lo que yo mismo quisiera.
 - -Entônces, amigo, llévate de mi consejo: huye de ella.

Gustavo meneo la cabeza como hombre a quien se le pide un imposible.

El primero i último amante.

Algun tiempo despues del diálogo que hemos trascrito en el capítulo anterior, entre ese círculo de jóvenes alegres i vividores, (especie de mariposas de la sociedad, que revolotean de aquí allá donde divisan una hoja o una flor, aun cuando éstas se hallen marchitas i estropeadas) entre ese círculo, repetimos, se comentaba de mil maneras la brusca desaparición de Gustavo i de Leonor.

—¿Qué habia sucedido?—Los mas enterados decian que a Leonor, durante 15 dias, no se la habia visto ni en el teatro, ni en la calle, ni en ningun paseo público; que durante esos 15 dias la puerta de su casa no se habia abierto para ningun amigo, i la morena i vivaracha Beatriz, sirviente de Leonor, no habia querido decir las causas porque su ama se hallaba en reclusion.

Intertanto a Gustavo se le habia visto flaco, abatido, con todas las muestras de un hombre desesperado. Cuando le hablaban de Leonor se estremecia i cambiaba de conversacion; pero un instante despues él mismo era el primero en nombrarla o recordarla en alta voz. Mas de uno de sus amigos habia adivinado que el jóven sufria de mal de amor; pero cuando le hacian bromas en tal sentido se disgustaba i contestaba bruscamente a sus amigos. La desaparicion de Leonor fué precedida del remate, anunciado i llevado a efecto en solo dos dias, de todo el menaje de su casa.

¿Dónde se habia ido Leonor? Por qué habia desbaratado su casa? I Gustavo ¿la habria seguido como el perrillo fiel sigue a su señor? Habian concluido por unirse? pero si esto era así ¿a qué ocultarse?

A estas i mil otras preguntas que se hacian las amigos de Gustavo i Leonor, no encontraban ninguna respuesta satisfactoria. Lo mas probable, segun todas las opiniones, era que el misterioso querido de Leonor,—algun rico ingles, algun par que viajaba de incógnito, algun príncipe que daba vuelta al mundo, o por lo menos, algun viejo millonario—lo mas probable era que el misterioso querido de Leonor, repetimos, habia tenido que dejar a Santiago i talvez a Chile, i se habia llevado a Leonor. Respecto a Gustavo, que hacia tiempo estaba loco de amor por la jóven, era seguro que, habiendo tenido conocimiento de su partida, la habria seguido con la esperanza de poseerla algun dia.

Pero estos comentarios solo se acercaban a la realidad.

Despues de la conversacion que sostuvieron los amigos de Leonor, i que hemos reproducido anteriormente, Gustavo se sintió cada vez mas atraido hácia esa majer cuya misteriosa vida tanto le habia preocupado.

Quebrantando sus propósitos, fué donde ella, i al entrar en el salon, la encontró con una jóven alta i un tanto delgada, de mirar melancólico i tez pálida, que vestia con modestia aunque con gusto i aseo.

—Te presento una nueva i buena amiga, le dijo Leonor: es Natalia, la señorita que pasamos a visitar cuando veníamos del Parque.

Natalia, la hermana de Alejo (alias Lagartija), estaba menos estenuada que cuando la presentamos por primera vez. El leve sonrosado de sus mejillas daba mas brillo i animacion a sus

ojos, así como su traje mas cuidado i mas limpio revelaba una posicion mas holgada.

En el momento que entro Gustavo, las dos mujeres tenian los párpados rojos.

- -Talvez las importuno, dijo el jóven.
- —¡Ah, nó! esclamó Leonor, haciéndolo sentar a su lado. Si no fueras tú, no te habria recibido. ¡Estábamos tan bien las dos!..... Pero tú eres nuestro amigo, tú no eres como los demas hombres!..... Mira, esta amiga ha sido mui desgraciada i es tan buena!.....

Natalia bajó los ojos.

—Sí, eres buena, digna de mejor suerte; pero los hombres no aman eso, nó..... Es otra cosa lo que ellos aman! Es lo que yo he dicho, agregó Leonor; para ser feliz, para ser considerada, para que los hombres no abusen de nuestra debilidad, es necesario no quedarse en la mitad del camino. ¡O todo, o nada! ¡O ánjel o demonio!

Gustavo comprendió que Leonor se encontraba en uno de esos instantes de exaltacion en que sostenia una lucha entre el bien i el mal, entre el vicio i la virtud.

Esperó que se calmara un poco i entónces la dijo:

—No pretendo yo, Leonor, vindicar a los hombres; pero hablando con imparcialidad, te diré que, así como entre ustedes hai mujeres dignas de mejor suerte (tal como es la señorita Natalia a quien me has presentado), así tambien entre los hombres hai muchos que obran con la mayor hidalguía. Pero tanto las unas como los otros encuentran a cada paso nada mas que finjimientos i mentiras, i de ahí nace que de dia en dia se prostituyan mas i mas los sentimientos nobles del corazon..... Perdona, Leonor, si voi a hablarte de una manera cruel; pero tú me obligas a ello despertando en mí el deseo de que no tomes por luz real el brillo que despide una luz fatua. Apelo a tus primeros recuerdos, apelo a muchos de esos momentos en que tanto tú como esta señorita habreis sentido dulces i nobles impulsos de ser virtuosas i honradas; i bien, ¿por qué no habeis impulsos de ser virtuosas i honradas; i bien, ¿por qué no habeis

seguido esos impulsos? por qué habeis creido que cuantos hombres se acercaban a vosotras debian llevar la mentira en los labios i la maledicencia en el corazon? Si algunos fueron ruines ¿deberian serlo todos? I todavía, si juzgais a los hombres como miserables, ¿qué nombre puede darse a las mujeres que especulan con esa miseria?

—Los hombres son los que especulan, dijo Leonor atolondradamente i con calor. Los hombres esplotan la inocencia de la mujer!

Gustavo sonriò con tristeza.

—Nó, Leonor, la dijo: por regla jeneral la mujer perdida, la mujer que comercia con su honor, lo es porque despues de su primera falta no tiene la dignidad suficiente para ser honrada. Entônces se hace la fomentadora del vicio, la propagadora del mal: vende su cuerpo por necesidad o lo entrega a veces por capricho: engaña i finje, no para seducir, sino para esplotar. Eso es, Leonor, lo que hace la que ha llegado a la horrible situacion de hacer comercio de lo que Dios i la naturaleza subordinaron solo al corazon.

Los ojos de Leonor se habían llenado de lágrimas; pero se conocia que a su pesar, pues mordíase los labios con despecho i daba golpecitos de rabía e impaciencia con la punta de uno de sus diminutos piés.

—Yo hago mal, Leonor, la dijo Gustavo al ver esto, en hablarte de este modo; talvez tu alejamiento de mi depende de la franqueza i brusquedad que siempre has encontrado en mis palabras; pero mi honradez i el cariño que he sentido por tí me han aconsejado ese proceder. A mas, siempre que hemos hablado sobre esta materia entre nosotros, yo no me he referido a tí, cuyo presente honrado conozco: he señalado el punto a que se llega cuando se signen ciertos caminos.

—I has hecho bien, le dijo Leonor con vehemencia: has hecho bien, porque tus palabras en mas de una vez me han detenido, así como tu recuerdo en mas de una ocasion me ha salvado!....

—¿Es posible? interrogó Gustavo con alegría.

—Sí, es cierto, contestó Leonor: hablaba de tí cuando llegabas. Natalia me habia contado lo principal de su vida i juntas habíamos llorado su fatalidad. ¿Por qué no has encontrado tú, le decia yo, un hombre como Gustavo? El te habria hecho feliz: él habria olvidado tus faltas i habria hecho tranquilo tu porvenir!.....

—I si tal piensas de mí, Leonor, ¿por qué tú me rechazas? La jóven miró a Gustavo un instante; vaciló e hizo un esfuerzo para dominarse; pero la mirada tierna, suplicante, enamorada, que él fijaba en ella, parece que la hizo decidirse. Se levantó con rapidez, corrió hácia él i colgándose de su cuello, amorosa, trémula, desfallecida, le dijo:

-; Soi tuya!..... Te juro que seré tuya en breve!.....

Le besó en la frente, en las mejillas i en los labios agregando:

—¡Vete ahora i espérame!..... ¡Obedéceme! yo te lo suplico!..... Te amo i no puedo resistir mas tiempo!.....

—¡Pero!..... balbuceó Gustavo sorprendido con aquella dicha inesperada.

—¡Vete i no me interrogues!..... le interrumpió ella. Lo sabrás todo cuando me reuna a tí!.....

Desvanecido por la felicidad, Gustavo se alejó i entónces Leonor, conmovida, derramando lágrimas de ternura, se abrazó de Natalia diciéndole:

—¡Ah!..... ya es bastante para sufrir!..... Tú sabes que le amo, pues desde que te conocí solo te he hablado de él!...... ¿No es cierto que no es como todos los demas? no es cierto que sus palabras nacen de su corazon? ¡Oh! yo quiero ser dichosa algun dia!..... Yo no quiero ser mas que de él! Habia dudado, habia resistido porque no queria que algun dia él fuera desgraciado por mí; pero ahora me conozco, ahora veo que amo por la primera vez!

I en su arranque de ternura, Leonor contó a Natalia casi toda su vida: estaba segura de no haber amado: los hombres eran por lo jeneral tan ridículos! Pero ahora era distinto; Gustavo se le presentaba hasta en sueños: le oia, le acariciaba sobre dormida!..... Ella habia resistido, ella le habia alejado, ella no habia querido ser de él; pero era necesario convencerse de que aquel seria su destino. ¡Oh! qué feliz iba a ser! no se satisfaria nunca de acariciarlo!..... Pero ella no queria ser dichosa sola: era necesario que lo fuera tambien Natalia! Le dejaria todo el menaje de su casa, se pondria todo en remate i con ese dinero Natalia podia trabajar honradamente, mantener a su madre i a su hermano hasta que hallara un hombre como Gustavo que la hiciera completamente feliz!.....

Ambas lloraron estrechamente abrazadas llamándose hermanas. Natalia iba a deber la dicha a su ánjel protector: su gratitud seria eterna!.....

Pero se le ocurrió a Leonor una cosa bastante seria. ¿Qué dia se uniria a Gustavo? En mártes o viérnes no habia que pensarlo, eran dias desgraciados; seria en juéves o sábado, en la noche, noche de luna llena para acariciarse a su suave luz.... ¿I si fuera en el campo? ¡Oh! qué dulce seria eso!.... mujirían las vacas, balarian las ovejas i talvez hasta algun pajarillo entonaria un cantar!.....

Durante quince dias, Leonor estuvo loca, arrobada en una especie de éxtasis, no pensando i no hablando mas que de Gustavo. Sin embargo, no quiso recibirlo: le mandaba decir con Beatriz que la esperara, que le amaba cada dia mas, que ya era por poco! No queria verlo porque ella se conocia: ¡habrian quedado en nada todos sus proyectos i ella no queria eso! ¿Podria recibir a Gustavo como a los demas, así, tan materialmente, pasando sin mas allá ni mas acá del salon a la alcoba? I por eso queria ella tambien destruir todo. Una mujer que ama no debia tener nada de otro: eso era noble!

La ante-vispera, sin embargo, del dia que Leonor fijó para unirse con Gustavo, la jóven se levantó disgustada, triste, de mal humor: riñó a Beatriz, halló malo el almuerzo i habló mui poco con Natalia. «¡Tenia que hacer esa noche un gran sacrificio».... era el último, pero ella sentíalo por Gustavo. ¡I no ha-

ber manera de eludirlo!..... Si al ménos pasara mas tiempo!... Pero ya no era posible: el menaje de su casa debia rematarse ese dia: Gustavo estaba flaco, desesperado: ella lo habia visto por la celosía çuando iba tarde i mañana a buscarla, a preguntar por ella. No habia, pues, mas que llevar adelante el provecto!.....

Leonor, tomada esta determinacion, guardó en una pequeña maleta sus alhajas, i acompañada de Natalia, a quien habia hecho su compañera inseparable, subió a un coche que la condujo al *Hotel del Sur*, situado hácia el fin de la calle de las Delicias e inmediato a la estacion de los ferrocarriles.

Instalada ahí en dos de los mejores salones, pidió recado de escribir, i miéntras Natalia acompañada de Beatriz volvia a la casa para presenciar el remate de los muebles, Leonor escribió la carta signiente:

«SEÑOR DON GUSTAVO PEÑA.

Mi mas fiel i constante amigo:

Ha llegado por fin el momento que yo tanto he anhelado. Voi a ser tuya, tuya hasta la muerte, tuya en cuerpo i alma. Desde que te conocí he combatido este cariño, porque no me consideraba digna de ser amada como tú me has amado; pero veo que ese es nuestro destino, que ni tú me has podido odiar ni yo he podido olvidarte. Amémonos, pues; seamos felices, mui felices. Yo me estremezco solo de pensar que seré estrechada por tas brazos, que tus labios van a cubrir de besos los mios. Yo estoi loca, solo pienso en ti: tengo sed de colgarme a tu cuello i gritar, reir. llorar de placer! Tengo hambre de verte, de oirme llamar tu Leonor, Creo que no me saciaré jamas acariciándote: creo que desfalleceré de gozo en tus brazos. ¡Si oyeras cómo late mi corazon en este momento! Si supieras cuántos insomnios i cuántos desvelos; cuántas risas locas i cuántas lágrimas amargas he vertido desde el dia en que te despedí de casa prometiéndote ser tuva! Ese dia te habria pertenecido: desde ese dia te habria seguido como tu amante o te habria dejado a mi lado como mi dueño; pero necesitaba saborear mi
dicha, prepararme para tanto placer! Hoi no podria ya prolongar mas tiempo esta situacion sin abrasarme, sin volverme
loca de amor!..... Te idolatro, amor mio, Gustavo mio!.....
Cuánto me pesa el tiempo que hemos perdido! Pero talvez ha
sido mejor asi! Beberemos el cáliz de nuestro amor cuando
nuestros labios estén incandescentes por la sed! ¡Oh! qué delirio será ese!..... ¡Qué horas de tanta ventura!..... Jamas he
sentido lo que esperimento ahora!..... Si en este instante te
me presentaras, creo que moriria de dicha, creo que estallaria
mi corazon de amor!.....

a Te repito que estoi loca, que deliro, que deseo gritar i llorar, reir i correr. Tengo impetus que apenas puedo contener, deseos que no sé cómo satisfacer. Me desespera la idea de que aun faltan dos dias para que nos reunamos; pero no quiero acortar ese plazo porque con lo que sufro gozo, porque el martirio que soporto es un martirio lleno de placer, que desearia hacer eterno si mi naturaleza lo pudiera resistir!

aGustavo, Gustavo mio: óyeme i obedéceme. Es el último de mis caprichos que vas a satisfacer. Yo quiero ser tuya, pero no aquí: yo quiero un horizonte mas vasto, un gran cielo, mucho aire, un pueblo, una casa donde yo no haya habitado. No quiero nada que me recuerde mi pasado, pues hoi nazco a nueva vida. Tú eres el primero i serás el último de mis amantes!.....

Al llegar aquí Leonor interrumpió su escritura.

—¿El primero de mis amantes? se interrogó a sí misma. ¿No será esta una blasfemia?..... ¡I bien, sí, es cierto!..... ¿A quién he amado como a él? Qué voz ha conmovido tanto mi corazon como la suya? ¿Quién me ha hecho esperimentar este fuego que me devora al solo pensar en él? ¿A quién he respetado yo como a él? A quién he tenido piedad? a quién he temido amar por cuidar su porvenir, por no saber si yo podria hacerlo feliz?..... ¡Oh! es indudable!..... Este es el primer hombre que amo! Este es el primer hombre que hace me ruborice de

mi pasado i para quien desearia ser un ânjel de pureza i de bondad!..... Si, puedo decirlo con verdad: es mi primero i será mi último amante!

Satisfecha la conciencia de Leonor con estas reflexiones, continuó su carta del modo signiente:

«Como talvez estrañes, adorado mio, la determinacion súbita de pertenecerte que tomé la últíma vez que estuviste en mi casa, voi a darte una esplicacion. Yo no habia podido mirarte con indiferencia desde que te conoci: al contrario, necesité luchar con mi corazon, sofocar mis afecciones, disimularlas para no caer desvanecida de amor en tus brazos. Fué una lucha larga i penosa para mí que nunca habia sacrificado el menor de mis caprichos. Quise tenerte como amigo; pero cuantos esfuerzos hacia para apartarte de mí eran otras tantas lágrimas que saltaban de mi corazon.

«El dia que estuviste en mi casa i me encontraste con Natalia, habia llorado recordándote. Natalia me contaba la historia de su vida i yo hacia comparaciones entre tí i los hombres que ella me retrataba. ¡Qué orgullosa me sentia de ser amada por tí!

«Oye la historia de Natalia:

«A los dieziseis años fué seducida i engañada, como son seducidas i engañadas casi todas las mujeres para quienes se abren las puertas de la desgracia, por un jóven de la alta sociedad, que despues de haber gozado las primicias del amor que le brindó una jóven candorosa i pura, la dejó bajo el pretesto de que su familia le prohibia tuviera relaciones con ella. Natalia vivia con su madre i el hermanito que tú conoces, i durante el tiempo que permaneció con su primer amante fué para ellos el único socorro. Abandonada, se dedicó al trabajo; pero como éste no le alcanzara hubo de aceptar las propuestas de un comerciante, quien fué durante seis meses un verdadero martirio para ella, pues noche a noche llevaba amigos a la casa, i ahí se entregaba al juego i la bebida. Al fin de seis meses el comerciante quebró i Natalia tuvo que pasar a manos de otro. Este

no era tunante pero tenia un jenio diabólico: los floreros, los espejos i ann las sillas i las mesas le parecian pocas para arrojarlas a la cabeza de Natalia. Como comprenderás, esto no podia durar mucho, porque la cabeza i las costillas de mi pobre amiga no eran de hierro, i la última vez que él las puso a prueba, necesitó ella pasar quince dias en el Hospital. Cuando salió de ahí, flaca i desfigurada, no tuvo mas que buscar en la calle, a la luz del gas, su sustento, el de su madre i hermano.... Entonces tavo muchos amantes..... amantes de dos, de una semana;..... amantes de tres dias i hasta de un cuarto de hora!.... Amantes que ebrios la insultaban, amantes a quienes tenia necesidad de arrojar de su casa con la policía, amantes que en vez de darle la robaban; que en lugar de caricias solian darle bofetadas!..... En fin, probó todas las torturas que safren algunas desgraciadas cuando tienen que ir a buscar el pan del dia siguiente a la sombra de los árboles de la alameda o de la

a Esa era la situación de Natalia cuando yo la conocí; i lo que yo brevisimamente te he contado, era la historia que ella, con lágrimas en los ojos, me narraba, el dia que tú llegaste a mi casa por última vez, el día en que, ébria de amor, me eché en tus brazos prometiéndote ser tuya, tuya hasta la muerte!....

«¿Por qué, Gustavo mio, hice esto entónces i no lo habia hecho ántes? To lo diré: la narracion de Natalia me habia impresionado de tal modo, que por un momento, me creí yo, yo que ahora soi solicitada i adalada por todos, yo que aun soi jóven i dicen que soi hermosa, por un momento repito, creí verme a mí misma arrastrando mis enaguas en los pascos públicos, vendiendo mis caricias en las alcobas que me deparaba el acaso, i todo esto, por un pan para mis labios hambrientos o para satisfacer un capricho, una necesidad creada por mi abandono i mi relajacion! ¡Cuando pensé esto tuve miedo!..... cuando sentí ese miedo por mi porvenir, me acordé de ti!..... En tus brazos divisé un refujio seguro! en tu corazon una coraza para mi pobre i débil corazon!..... Tú me amas, tú no que-

rras que yo sea infeliz i por eso me entrego a tí, para que tú, mi dueño adorado, dispongas de mi cuerpo, de mi corazon i de mi alma!..... Soi tuya, te lo repito: i al escribir esas palabras, créeme, bien mio, esperimento un algo tan dulce i tan grato, que desearia trazarlas con las últimas gotas de la sangre que circula por mis venas!.....

«¡Mi Gastavo, hombre idolatrado, sueño mio!..... Perdona mi locura que solo tú puedes carar! perdona mi delirio que solo tú puedes convertir en realidad!.....»

Leonor se interrumpió de nuevo: su alto seno palpitaba, sus ojos parecian buscar en el vacío una imájen que se evaporaba.

Luego, al contacto de voluptuosas ideas, bajo el imperio de recónditos descos, Leonor soltó la pluma, apoyó su hermosa cabeza en el respaldo de la silla que ocupaba, i cerrando los párpados, cruzados los brazos de una manera nerviosa bajo sus senos, se quedó un momento inmóvil i ríjida, como bella estátua cincelada por hábil escultor. Solo de cuando en cuando, un estremecimiento convulsivo, nervioso, ajitaba todo su cuerpo, cual si fuera tocado por pila galvánica.

—¡I hoi es el dia!..... esclamó de repente con aire de aburrimiento i fastidio. ¡Sí, hoi! Pero le despideré! Esto es concluido!..... I sin embargo, Johnson es bueno, siempre alegre, tan poco exijente, tan jeneroso; pero me ha chocado ese gran misterio, como si fuera una monja, cuando otros en su lugar tendrian satisfaccion en que se supiera.... Eso es indudable, porque al fin no soi una callejera, ni una abandonada, i los mismos jóvenes de la primera sociedad no se avergüenzan de presentarse en público a mi lado. I él ¿por qué hace tanto misterio?..... Pues será necesario que se lo diga hoi!.....

Miró la carta inconclusa, humedeció la pluma en la tinta i quiso continuarla; pero todas las ideas huian de su cerebro, pues su atencion estaba absorbida completamente por otros pensamientos.

Vino un mozo a preguntarle si le servian la comida i contestó que nó. Tenia fiebre i pidió limonada con hielo. A pesar de la fiebre, sus mejillas estaban pálidas; pero las ventanillas de su nariz se dilataban i estremecian, sus ojos tenian cierta fosforecencia i brillantez inusitada i sus senos palpitaban con precipitacion.

No sabiendo qué hacer, se colocó frente al peinador, deshizo lenta, perozosamente sus gruesas trenzas i las miró rodar por su espalda cual cascada de brillante ébano. Despues de contemplarse un momento así, de mirar reflejado en el espejo su semblante pálido i blanco como el mármol, sintió el deseo de humedecer sus mejillas i su cuello, sus brazos i su frente que ardian, en la cristalina agua del lavador. Se despojó de la chaqueta de su túnica, arrojó el incómodo corsé e hizo caer hasta la cintura la bordada i blanca camisa. La larga i profusa cabellera, desmelenada sobre los redondos hombros i altos senos, dejaba ver aquí i allá la nítida blancura de su piel i la voluptuosa redondez de sus formas.

Luego, con ansia, con verdadera glotonería, con voluptuosidad, se mojó la frente i las mejillas, los brazos hasta los homros, el pecho i la garganta, hundiendo en el agua cuanto le permitia la capacidad del lavatorio, i lanzando débiles i entrecortadas aspiraciones de placer.

Aquello duró mas de un cuarto de hora, hasta que cansada aunque no satisfecha, tomó una ancha i felpuda tohalla i cubrióse con ella. De ese modo, embellecida por su semi-desnudez, mal veladas sus formas por el blanco paño, suspirando como quien no encuentra lo que necesita para combatir el fastidio, se tiró en un canapé con el cuerpo medio retorcido, oprimiéndose fuertemente a sí misma.

Poco a poco sus párpados fueron cerrándose, sus músculos desciñéndose i al cabo de algunos instantes, su respiracion ajitada aunque regular i la laxitud de sus miembros indicaban que dormia.

Leonor, en su abandono i en su descuidada actitud, estaba hermosísima. Era ya de noche cuando Leonor fué despertada por Natalia, que llegaba llena de alborozo a decirle que el remate del menaje de la casa habia producido cerca de seis mil pesos.

Leonor se encojió de hombros. ¿Acaso sabia ella lo que valia eso? En otras circunstancias le habria dado gusto tener en sus manos una suma así; pero ahora ni la necesitaba, ni sabria qué hacer con ella.

- —Lo que es yo, dijo Natalia, ni sé cuánto puede ser eso. Podria ¿verdad? comprarse muchas casitas i tener así conventillos, arrendadores i llamarse propietaria. I yo, agregó, viviria en la casa mas grande, con arboleda i parrones i tendria gallinas i palomas.....
- —¡Palomas nó! le interrumpió Leonor, eso fataliza; mi abuelita las ahuyentaba hasta del solar de nuestra casa. Pero no creas que con seis mil pesos podrias hacer todo eso: ya ves que de donde ha salido esa cantidad es solo de unos cuantos muebles!.....
- —; Pero qué muebles! esclamó Natalia con sencilla admiracion. Ahí podria habitar una reina!
- —Pues a mí me disgustaban, dijo Leonor, i estoi mui satisfecha de que se hayan vendido. ¿Para qué necesito yo muebles? ¡Voi a ser tan feliz! Con Gustavo pasearé unos dias en Valparaiso, tengo necesidad de bañarme en el mar... ¡Oh! mira cómo estoi!.....

Leonor abrió el paño que habia cruzado sobre su desnudo pecho i agregó:

—La idea de bañarme en el mar me hizo darme ahí, en el lavatorio, un baño de medio cuerpo. Me ardia la sangre, tenia fiebre.....

Un péndulo dió en aquel momento la hora.

—¡Gran Dios! esclamó Leonor. ¡Las ocho!..... Voi a llegar lo menos tres cuartos de hora atrasada!

Se levantó vivamente, arregló su traje, i así, desmelenada, sin corsé, se echó un manto sobre la cabeza i al ir a tomar un pa-

nuelo, se fijó en la carta inconclusa que habia dejado sobre la mesa i que segun hemos visto la dirijia a Gustavo.

—¡I no he concluido esa carta! dijo, ¡pero a mi vuelta será! Entónces, ella que iba a un paseo misterioso, que segun habia dicho era el último de sus sacrificios i el cual lo sentia por Gustavo, recordó que en aquella carta habia estampado estas palabras:

«Eres el primero i serás el último de mis amantes.»

Le volvió a asaltar el mismo escrúpulo. ¿No era aquella afirmacion un sarcasmo, una especie de sacrilejio tratándose de un hombre como Gustavo que la amaba con todo su corazon?

¡Pero nó! pensó: ella sabia mui bien lo que era amor i lo que era solo eso..... Su corazon pertenecia todo a Gustavo: ella no le traicionaba puesto que aquello era lo último e iba a hacerlo ántes de pertenecerle. Por otra parte, aquella última entrevista era indispensable para dejar las cosas bien claras: de ese modo Gustavo no tendria que sufrir nunca que otro hombre se atravesara en su camino. En último caso, ella le confesaria todo a él, le esplicaria eso que a la vista de otros podia parecer unamonstruosidad, pero que bien analizado era lo mas inocente i natural.

Satisfecha nuevamente su conciencia con estas reflexiones, besó a Natalia, se arrebujó en su manto i salió a la calle repitiéndose:

—«¡Sí, Gustavo será el primero i el último de mis amantes!».....

I todavía, cuando cerca de las doce de la noche regresó al hotel arrojando con fastidio sobre una mesa un rollo de billetes de banco, tirando sobre una silla su manto sucio i ajado, abrochando su corpiño tan ajado como el manto, arreglando su camisa cuyos encajes estaban deteriorados....; i todavia, repetimos, cuando con voz jadeante i jesto aburrido esclamó tirándose sobre un sofá: ¡Gracias a Dios!... Ya eso se acabó!..... Todavia por su mente fatigada i soñolienta pasó este pensamiento: «¡Sí, Gustavo será el primero i el último de mis amantes!»

Un caballero de industria.

Natalia instaló un taller de modista.

Nunca habia tenido mucho injenio para cortar telas, ni paciencia para sacar moldes de los patrones i figurines, ni siquiera dedicacion para una costura tirada o larga; pero montado su taller en buen pié, con cuatro máquinas de los mejores sistemas, con maniquies jiratorios, con espejos de cuerpo entero i con su menaje a la parisiense, tendria pronto por parroquianas a las mas aristócratas santiaguinas. Para cortar, para dirijir los trabajos, ella tomaria una intelijente obrera, principal operaria en las mejores casas de Santiago; pero de cuyas casas habia salido porque como era hermosa, el taller o los talleres se veian a menudo visitados mas por los hermanos i los maridos que por las damas que mandaban hacer en ellos sus confecciones.

A Natalia no le importaba eso de que mandaran hacer costuras los hombres o las mujeres: ella lo que deseaba era trabajar, tener siempre como ahora su casa bien arreglada, a su hermano en un colejio i a su mamita atendida. ¡Su vida pasada le habia dado esperiencia!

I sobretodo, decia siempre la nueva modista, no olvidaria nunca las últimas palabras de su protectora, cuando la abrazó i la besó al partir diciéndole:

—«Yo, mi buena amiga, voi a ser feliz i espero que tú lo

seas con el dinero que te dejo. Trabaja i sé buena, que yo voi a hacer otro tanto.»

Efectivamente, Natalia se dedicó al trabajo con ahinco: desde temprano se la veia en su taller, bien lavada i aseada, con su delantal a la cintura i llevando con mucho cuidado la cuenta de los adelantos que hacia a sus costureras. («Porque ella no era tirana como otras modistas i se hacia cargo de que las pobres tienen sus necesidades»). Aunque no aprendió a cortar ni a coser, con llevar todo en órden se haria buen negocio.

Sobretodo, Natalia tenia la seguridad de que sus costureras eran las mejores i serian capaces de dar la vida por ella. ¿I cómo nó? Ella las trataba como hermanas, reia i charlaba con ellas, recordaban juntas sus antiguas historias al estremo de que en varias ocasiones se habia apercibido de que pasaban las horas sin dar una puntada. Entónces las llamaba al órden i ella misma daba el ejemplo tomando el plumero para sacudir, doblando las telas i los trajes que un olvido habia dejado tirados al acaso.

Despues de algun tiempo de instalada, no habia tenido la numerosa i escojida clientela que habia esperado; pero eso vendria mas tarde, a medida que su establecimiento se acreditara. En cambio, confeccionaba trajes a sus antiguas amigas, honradas jóvenes, que si por el momento de recibir la obra no tenian como pagarla, se allanaban a hacerlo semanalmente o bien de un momento a otro (eso lo conocia ella), cuando les cayera un buen parroquiano.

De este modo el taller de Natalia era, efectivamente, uno de los mas solicitados por las costureras i uno de los mas frecuentados por esa clase que luce sus trajes en la noche i los guarda o les sacude el polvo en el dia.

Las deudas es cierto que aumentaban; pero eso iba en proporcion del auje del taller: ella sabia de muchas casas de comercio que tenian fiados cincuenta mil pesos, i eso era prueba de que hacian mucho negocio.

Solo una cosa atormentaba a Natalia en sus ratos de medi-

tacion. Su hermano Alejo (alias Lagartija) era un muchacho incorrejible, que no sabia ella a quién habia salido. Ahora que andaba bien vestido, que comia hasta hartarse i no le faltaba los domingos un real en el bolsillo, habia descubierto miles de manías. Apenas se descuidaba con su portamonedas i desaparecian de él algunos billetes; i cuando no era esto, los cortes de vestido, las piezas de lienzo, su ropa misma iba a parar al Monte de Piedad. Otra cosa peor aun en su edad: era sumamente enamorado, i ella se habia visto obligada a prohibirle la entrada al taller, porque le habia sorprendido en tratos de no sé qué costuras con una de sus mas jóvenes costureras.

Así marchando el taller, una mañana que se habian ido a almorzar las costureras, entró un jóven como de 28 años, de nariz colorada, pelo i barba mui largos, con levita roida i sucia i pantalones con grandes rodilleras. Por lo demas, el pantalon i la levita estaban en armonía con su calzado, chuecos de tacones i rotos en las puntas, i con su sombrero negro i lüstroso en la parte de la frente.

Entró al taller, i parándose en el medio, miró a Natalia sonriéndose.

La jóven frunció el ceño al verlo i se preparaba talvez para despedirlo con agrio modo, cuando él esclamó:

—; Pues! no me habia engañado! Es Natalia, la misma que tanto he oido recomendar en casa del Ministro del Interior!

Natalia abrió tantos ojos. ¡Cómo! ¿su nombre se pronunciaba ya en casa de un ministro?

- —¡Apuesto a que ya tú no te acuerdas de mí! agregó el recien llegado, observando el efecto que habian hecho sus primeras palabras.
- —; l tanto como me acuerdo! dijo Natalia; pensando averiguar lo del ministro i despues plantar en la calle a su visitante.
- —Si es así, entónces, venga esa mano para felicitarte por tu fama, dijo el de la levita raida acercándose a la jóven.

I como viese que ésta lo miraba con cierta altivez i dudaba de pasarle la mano, agregó: —Sí, mi antigua amiga: vengo a felicitarte porque yo tambien espero que tú me felicites. Has de saber que soi millonario!

Nuevo motivo de curiosidad para Natalia. ¿Cómo Nicanor, (tal era el nombre del amigo) si era millonario, andaba con ese traje?

Vamos, era necesario darle la mano, saludarlo, invitarlo a tomar asiento. Felizmente sus costureras andaban fuera.

Los enigmas que encontraba Natalia, fueron mui sencillamente esplicados por su antiguo amigo.

Despues que ellos se habian separado (cosa que a él casi le habia costado la vida, porque la amaba) fué a rodar el mundo i su buena estrella lo llevó a Copiapó, donde si habia pasado muchas penurias, al cabo Dios se habia acordado de él, haciéndole el descubridor afortunado de un vetarron, de una verdadera columna de plata que se podia cortar a cincel. Dueño de ese portentoso descubrimiento i habiéndolo sabido las autoridades de Copiapó, le hicieron mil intrigas para arrebatárselo; pero él habia sabido oponerles una resistencia tenaz, prefiriendo continuar algun tiempo pobre ántes que enriquecer a pícaros. Esas dilijencias le habian traido a Santiago i ya el ministro estaba tan penetrado de la justicia que le asistia i de la verdad de su descubrimiento, que esa misma mañana le pasaba una gruesa cartera llena de billetes de banco por tal que le participara con su descubrimiento. ¿Pero cómo él, que habia soportado la pobreza tanto tiempo, por no aguantar dias mas, iba a enajenar una parte de su fortuna? Habia rehusado i estaba dispuesto a seguir haciendo lo mismo. El no partiria su fortuna con los ricos: se acordaria de sus antiguos amigos, de las personas con quienes habia vivido i partido en otras ocasiones un pan. A esas personas haria felices, les daria lo suficiente para que arrastraran coches i se codearan en el Parque i en la Alameda con esas orgullosas señoritas que no tendrian nunca ni la décima parte de lo que él podia darle a quien quisiera favorecer.

Natalia estaba deslumbrada, i sin darse cuenta ella misma, habia ido acercando su silla a la de Nicanor.

- -¿I cómo supiste que era yo modista i estaba aquí? le preguntó ávida de curiosidad.
- —De una manera mui sencilla. El Ministro me habia hecho entrar esta mañana a sus habitaciones particulares i ahí oí que la esposa de él decia a una amiga: «Mándate hacer tus trajes donde Natalia, es una de las mejores i mas honradas modistas. Vive....» etc., i dió todas las señas. ¿Natalia? pensé yo; i recordando que tú eras tan curiosa i trabajadora me dije: pues no debe ser otra que mi amiga: vamos a verla, pueda ser que le pague ahora haciéndola feliz el tiempo que ella se sacrificó por mí!
- —¡No digas eso, Nicanor! Yo nunca consideré eso sacrificio; pero tú recordarás: ¡aquellos tiempos eran tan malos! i una cuando sufre no sabe lo que hace!.....
- —¡Oh, sí, no hablemos de esos tiempos, de los cuales no quiero recordar mas que los buenos dias que pasé contigo!

Como hubiesen llegado algunas costureras, Nicanor con Natalia pasaron a una pieza inmediata i ahí con mas libertad pudieron entregarse a formar preyectos para el porvenir.

Segun opinaba Nicanor, ella no debia seguir ese oficio de modista; aunque honrado i decente era tan esclavizado i debia ser poco lucrativo. Pero al fin, miéntras las minas le daban a él una fortuna, seria necesario continuar, aunque mas le habria agradado no presentarse a su antigua amiga hasta llevar en sus manos con qué hacerle cerrar en el acto el taller.

Natalia, encantada con esas perspectivas, principió a soñar con coches, con palco en el teatro, con paseos al puerto como el que habia hecho Leonor; i como al despedirse su antiguo amigo habló algo de lo que se dificultaban sus dilijencias nada mas que por el viejo traje que cargaba, pues no a todos podia él andarles contando que era millonario, Natalia fué a un cajoncito secreto en que guardaba sus fondos i tomó cien pesos en billetes de banco; i avergonzada, temerosa, fué a presentarlos a Nicanor diciéndole:

-Esto es una miseria, yo lo conozco, pero como tenemos confianza..... —¡Qué! ¿Dinero? preguntó Nicanor con un tono cómico. ¿Dinero tú a mí?

Natalia creyó haber ofendido a su antiguo amigo i balbuceó algunas escusas.

- —Sobretodo, dijo, entre los dos no debe haber cumplimientos. ¿No hemos hecho vida comun en otra época?
- —¡Tienes razon! esclamó Nicanor con aire convencido. Lo que no he aceptado al Ministro ni a los capitalistas, puedo aceptarlo de tí! A mas, esto ha de volver a tus manos centuplicado! ¡Qué diablos! una amiga como tú, tiene derecho a saber nuestras pequeñas necesidades!.....
- —¡I a remediarlas! agregó tomando los billetes de manos de Natalia i sepultándolos en uno de los bolsillos de su grasienta levita.

Natalia sonrió con satisfaccion; i Nicanor, alzando los hombros, meneando la cabeza de un lado a otro, como hombre que acepta filesóficamente las situaciones mas difíciles de la vida, le tendió la mano con ademan protector diciéndole:

—¡Adios, mi inolvidable i antigua amiga! Llevo el gran placer de haberte encontrado pobre pero honrada i esto satisface a mis deseos!..... Hasta luego!

La luna de miel.

Leonor, durante algun tiempo, estuvo delirante, embriagada con el cariño de Gustavo, quien a su vez solo vivia para ella.

Todos los idilios, todas las estravagancias, todas las locuras del amor fueron dia a dia el alimento de aquellos jóvenes-niños, que se entregaban al deleite sin pensar en el mañana.

Arrepentíanse de no haber principiado ántes, quejábanse del destino que no los habia hecho conocerse cuando niños, cuando inocentes i vírjenes los dos habrian fundido sus existencias en una para idolatrarse toda la vida.

I al quejarse de esto, vengábanse del tiempo perdido apurando loca, aturdidamente, el cáliz que Vénus les brindaba.

En los primeros dias, a pesar de que Leonor habia soñado con espacios inmensos para su vista, con aire i luz a torrentes para hacer nadar en ellos su imajinacion acalorada; a pesar de haber deseado un mar que la columpiara, todo un océano que la humedeciera, luna plena que la iluminara, se halló tan bien en la alcoba que Gustavo le habia preparado, que ahí, las persianas i cortinas corridas, las puertas a medio abrir, sintió un bienestar que jamas habia esperimentado. La media luz daba al moreno semblante de Gustavo cierta hermosura imponente, cierta majestad agreste i bravia; sus músculos aparecian mas vigorosos, sus cabellos i su barba mas ensortijados i brillantes.

Luego, en aquella habitacion cerrada, el aire era tibio i enervante i estaba saturado con olores que Leonor aspiraba con ansia i voluptuosidad. Era la respiracion de ella i la de Gustavo, confundidas; el olor desprendido de sus trajes i de sí mismos, algo como la fragancia del holiotropo i la resedá, pero mas picante, mas acre, mas enervador.

A mas, en el delirio de su pasion, aquella media oscuridad, aquel silencio, aquel misterio, respondia a no se qué necesidad de quietud i aislamiento, al deseo de no perder nada de Gustavo, ni un suspiro arrebatado por el viento, ni una de sus miradas atraida por otros objetos; queria que fuera de ella como ella era de él, entera, completa, absolutamente. Habria querido que juntos los dos en un crisol los hubieran fundido cual mezcla el aleador dos diversos metales.

En una palabra, Leonor esperimentaba esa especie de éxtasis de la voluptuosidad: vértigo en los deseos, sed insaciable de los sentidos, glotoneria de la carne excitada. Deseaba gozar hasta el l'anto: irritar sus nervios hasta hacerlos estallar: morir dando gritos de placer.

Gustavo, jóven serio, medio timorato, que conservaba gran parte de los pudores de la primera edad, no tenia siquiera idea de esos placeres, de esos goces que le bañaban, que le envolvian, que le penetraban hasta la médula de los huesos. Aquella Ilnvia incesante de caricias, aquellos trasportes frenéticos i apasionados, aquella mujer, en fin, todo ternura i amor, delicada como la sensitiva, soñadora como el mas inspirado de los poetas, dulce, arrulladora, suave i mansa como la paloma, dócil como la tímida gacela; aquel ánjel, en una palabra, que le habia deparado el cielo para su felicidad, le tenia pasmado, absorto. embobado. Negocios, fortuna, amistades, buen nombre, todo eso que vale tanto ante la sociedad, todo eso que durante tantos años habia él creido que constituia la dicha del hombre sobre la tierra, mirábalo como insulso, desabrido e incoloro, comparado con lo que era la vida para él en esos instantes: una serie no interrumpida de deleites indecibles.

Así, creyó salir de una especie de sueño cuando un dia Leonor, abandonando el lecho pálida i ojerosa, fué a sentarse frente a un espejo i esclamó:

- —¡Qué niños somos!... ¿Te has fijado como estoi?
- —Cada dia mas hermosa, le contestó él besándola en la frente.
- —¡Ah, nó! contestó ella con acento abatido, al mismo tiempo que alisaba sus cabellos. Parece que no tengo una gota de sangre en mis venas!... Se diria que salgo de un hospital!
- —Sí, de un hospital en que yo he sido el enfermero, dijo Gustavo, que la contemplaba en el espejo apoyándose en el respaldo de la silla que ella ocupaba.

Leonor sonrió, miró con cariño al jóven i le dijo, echando atras la cabeza para mirarlo:

- -¡Bonito o buen enfermero, que en lugar de curar, enferma!
- —¿Te quejas? le preguntó él con ternura, buscando los labios de Leonor con los suyos.
 - -¡Tonto! le contestó ella ¿puedes creer que me queje?

Por primera vez le pareció a Gustavo que habia sentido frios los labios de Leonor; pero eso era natural: estaba débil, marchita, cual flor que ha soportado ardiente ráfaga de verano.

I luego cuando Leonor, poniéndose séria i mirándose siempre al espejo hizo varias i sensatas reflexiones sobre la conveniencia de no seguir haciendo chiquillerias, él le encontró mucha justicia; i aunque sintió cierta desazon ante la idea de renunciar a una vida como la que habia llevado, en el fondo vió que Leonor era mas juiciosa i prudente que él.

—Sobretodo, dijo Leonor, si nos hemos de amar siempre, si queremos ser por largos años felices, no es así como podremos serlo. El aire de este cuarto concluiria al fin por ahogarnos, nuestra soledad por ponernos inciviles, i si somos dichosos, no veo por qué no podemos ostentar por todas partes nuestra dicha. ¿No te parece que es necesario que salgamos, que respiremos otro aire, que tengamos un poco de sociedad? Tú me llevarás donde quieras: estando yo a tu lado, viéndote a

cada instante, sabiendo que yo ocupo todo tu corazon, seré feliz.

—¡Oh! esclamó él; mi corazon es todo tuyo!... Tienes razon, pasearemos, provocaremos la envidia de los demas! Desde hoi iniciamos nuestros paseos: iremos a la esplanada, respiraremos el aire del mar!

Efectivamente, entrada ya la noche, i pensando Gustavo en que era poco conocido en Valparaiso, salió con Leonor a la playa.

El mar no tenia olas; era un espejo que besaba cariñosa la brisa i en que se miraban complacidas las estrellas.

Leonor apoyaba sus dos manos en el brazo de Gustavo: su paso era lento i lánguido i miraba con insistencia, como arrobada, las culebrillas de luz, los pequeños celajes que formaban las aguas al reflejar las luces de los mil buques que abrigaba la bahía. Aquellas débiles i fugaces luciérnagas era tambien lo único que podia verse del inmenso i a esa hora tétrico mar.

Leonor hablaba poco: al reves de lo que le acaecia en otras ocasiones que la dicha la hacia locuaz, en aquel momento sentia mas bien la necesidad de callar. ¡ Era tan poético el ruido lejano de las olas que llegaba a sus oidos!.....

Gustavo, por su parte, encontraba tambien un secreto encanto en ese paseo lento i silencioso, llevando asida a su brazo a una mujer que tanto le amaba. De cuando en cuando él oprimia cariñosamente el redondo brazo, i una vez correspondida la presion, él se daba por satisfecho.

Pero de repente, al llegar cerca de uno de los faroles de gas que iluminan la esplanada, Leonor hizo un movimiento de sorpresa e involuntariamente se detuvo.

-¿Qué tienes? le preguntó él con solicitud.

Leonor trató de mirar hácia el mar, i con voz entrecortada dijo:

- —¡No sé!..... un vahío,..... una especie de fatiga, de desvanecimiento!.....
- —¡Te has puesto mui pálida! le observó él alarmado. ¿Quieres que vea un coche para que regresemos al hotel?

—; Ah, nó!..... Ya pasó, contestó ella.

Talvez porque habian hablado mui fuerte o por haberse detenido un instante frente al farol, un caballero alto, mui elegantemente vestido, con largas patillas rubias afeitadas a la inglesa, pasó casi rozando los vestidos de Leonor i mirándola con fijeza.

Gustavo no hizo alto en ello, preocupado como estaba con la repentina indisposicion de Leonor.

Continuaron la marcha, i mientras él a cada momento se informaba de cómo se sentia la jóven, ésta no perdia oportunidad de mirar hácia atras, en donde a una distancia matemática se divisaba siempre la silueta del caballero de las rubias patillas.

Así trascurrió media hora.

Leonor dijo que estaba mui cansada i se sentó en un sofá. Parecia mui preocupada, mui inquieta i miraba sin cesar hácia un punto de la esplanada. Por fin, pareciendo haber adoptado una determinacion, dijo a Gustavo que se sentia incapaz de andar mas i que deseaba regresar en coche al hotel. Como por ahí seria difícil que pasase un coche desocupado a esa hora, Gustavo resolvió ir a la calle del Cabo. No tardaria un minuto en volver, pero si Leonor podia andar, era preferible fueran los dos hasta dicha calle.

La jóven declaró que le seria imposible dar un paso.

- Pues entónces, dijo él, voi corriendo!.....

A medida que él se alejaba, el caballero de patillas a la inglesa se acercaba a Leonor, i justamente cuando Gustavo se perdia de vista, él llegaba al sofá.

- —¡Oh, gracias! le dijo con marcado acento estranjero. ¡Gracias, Leonor! yo esperaba que no te alejarias sin hablarme! ¿Le has despedido? puedo sentarme a tu lado?
- —¡Ah, nó!..... No me comprometa usted!..... Pase su camino!..... yo lo veré, yo le avisaré!.....
 - -¿Cuándo?
- —Luego, será luego!..... pero váyase usted!..... No lo vea Gustavo!.....

-¿Cuándo? volvió a interrogar el caballero.

—¡Por Dios, Jhonson! le contestó ella con voz angustiosa. Yo iré, yo lo veré, yo.....

—Bien, replicó él sin apresurarse: lo mismo que en Santiago: a las ocho de la noche, hotel Colon, piezas del 17 al 20. ¡Buenas noches, Leonor!

Un momento despues Gustavo sentaba en un coche a Leonor. Para reanimarla, para hacerle mas llevadera su indisposicion, la atraia hácia sí, obligándola a reclinar la cabeza sobre su pecho, besándole la frente i las mejillas con ternura, calentándole con las suyas las manos que parecian de mármol por lo heladas.

Una vez en el hotel, Gustavo quiso llamar médicos; pero Leonor se lo impidió diciéndole que con dormir aquella noche tranquilamente amaneceria al dia siguiente mejor. Dormirian en camas separadas: eso seria mejor para que él no se sacrificara!

Gustavo accedió a todo: él velaria hasta que ella se quedase dormida!

La ayudó a desnudarse, i al darle el beso de despedida, notó una frialdad mucho mayor que la de la tarde en los labios de la jóven.

—¡Oh! qué mal te ha hecho el aire del mar! le dijo; hasta los labios tienes helados!.....

Ella le acarició, le sonrió, le miró un instante con embeleso, i se durmió tranquila, dulcemente.

—¡Oh! esclamó Gustavo mirándola con idolatría: ¡se ha dormido como deben dormirse los ánjeles!..... ¡Cuán feliz soi con su amor!.....

La besó suave, amorosamente en una mejilla i ganó su cama sin hacer ruido.

La primera nubecilla.

El despertar de Leonor fué mui feliz para Gustavo, pues la halló cariñosa i apasionada como ántes.

Pero en el resto del dia no sucedió lo mismo: estuvo pensativa, preocupada i sufriendo a cada instante distracciones que hacian reir a Gustavo.

Ya en la tarde i con aire indiferente preguntó:

-¿Dónde está situado aquí el hotel Colon?

Gustavo dió las señas preguntándole si queria trasladarse allá.

—¡Ah! nó, contestó ella tras de breve meditacion; quise saber dónde estaba, porque he oido decir que es mui buen hotel.....

Mas tarde, cuando se hallaban sentados a la mesa, esclamó:

- -¿Sabes que deseo conocer la iglesia de los Doce Apóstoles?
- —Nada mas fácil, le contestó Gustavo. Si quieres, mañana nos levantamos temprano i puedes ir.
 - -No me gusta madrugar.
 - —Debe estar abierta hasta las diez o mas de la mañana.
 - —Nó, iré mejor esta noche.
- —Tienes razon, le dijo él, i así podré yo acompañarte. Tomamos un coche i así no nos ve nadie.

Leonor dió algunos golpecitos de impaciencia con los piés i i se quedó callada.

Cuando ya se levantaron de la mesa, pareció apercibirse de que los encajes que guarnecian el cuelló i los puños de su vestido estaban deteriorados.

- —¡Vaya! esclamó arrancándolos de un tiron. ¡Así no se me olvidará cambiarlos! esta noche misma iré a comprar nuevos.
 - -De vuelta de la iglesia puedes quedarte en el comercio.
 - -Ya no voi a la iglesia, replicó ella: no tengo alfombra.

Se fué al peinador i comenzó a alizarse el cabello, empleando en esta operacion mas esmero i tiempo que de ordinario. Cuando Gustavo le hablaba, le respondia solo con monosílabos, tanto le embebia el estender sobre su cútis una pomada que en seguida cubria con polvos de arroz.

Por fin, terminado ese trabajo importante para la mayor parte de las mujeres, se encerró para vestirse, lo que no dejó de estrañar un poco Gustavo, pues acostumbraba hacerlo siempre en presencia de él. Mas aun, parece habia tenido gusto ántes, de presentarse a su amado en semi desnudez, lo que a menudo habia sido oríjen de escenas mas o menos gratas i apasionadas.

Gustavo aguardó en la pieza inmediata; i al verla aparecer toda de negro, con amplio manto arrebujada la cabeza i su airoso talle, se acercó a ella par besarla.

- —Ya me voi, le dijo ella correspondiendo brevemente su caricia; vuelvo en el acto.
- -¡Pues yo no me quedo aquí solo! le replic; él absorviendo con delicia los perfumes que Leonor habia vaciado en sus vestidos. Yo iré tambien al comercio, i miéntras tá vas por una vereda o entras a las tiendas, yo me pasearé mirándote de léjos. ¿Te agrada mi dulce paloma?

Un rayo casi imperceptible de disgusto pasó por el semblante de Leonor; pero dominándose, sonrió, alargó su cuello por toda contestacion besó la mejilla a Gustavo.

Corrió este a tomar su sombrero i baston, i siguió a su amatal como lo habia dicho.

lCuando dejaron el hotel, eran ya las ocho i Leonor apurò el

paso hasta llegar a la parte en que se hallan las tiendas de sederías. Ahí se detuvo en algunas vidrieras mirando a cada instante hácia la otra vereda, donde Gustavo parecia tambien mui interesado en contemplar las muestras que en ellas habian colocadas.

Despues de detenerse en diversos puntos, Leonor entró al fin en una tienda, que por hallarse en esquina, tenia puertas a dos calles.

—¡Ahí se demorará un poco, pensó Gustavo, i puedo pasearme.

Llegó hasta el fin de la manzana i luego volvió paso a paso, sin despintar la vista de la tienda, de donde esperaba ver salir de un momento a otro a Leonor.

—¡Estos comerciantes son tan habladores, se dijo al llegar a la esquina, que Leonor no habrá podido cortarles la palabra!

Miró a la tienda i la divisó vacia. Un dependiente fumaba indolentemente, apoyados los codos en el mostrador, miéntras otro guardaba en una caja de carton algunas piezas de encajes.

—¡Pues Leonor ha encontrado lo que necesitaba, pensó el jóven, ha salido cuando yo estaba en la otra cuadra, por lo que no me ha divisado, i se ha vuelto por donde mismo se vino: la alcanzaré pronto.

Gustavo apuró poco a poco el paso a medida que avanzaba, pues no comprendia que Leonor hubiese podido andar tan lijero; mas, recorrió toda la calle del Cabo, i por fin llegó al hotel sin encontrar a la jóven. Al no hallarla, pensó que talvez habia entrado a otra tienda i entónces él la habia dejado atras. Volvió en el acto al comercio, mirando uno a uno los almacenes, pareciéndole encontrar a Leonor en cada mujer alta i vestida de negro que divisaba. Pero esta vez como en la anterior sus pezquizas fueron inútiles.

Lleno de zozobra i de cuidado, el jóven volvió una i otra vez al hotel; i no resolviéndose a esperar ahí a su amada, corria nucvamente a la calle.

Dieron las diez i el comercio cerró sus puertas, quedando

las calles, un momento antes llenas de animacion i de luz, sumidas en el silencio i en una dudosa claridad.

Gustavo volvió al hotel, i con el corazon oprimido, no dudando ya de que a Leonor le habria acaecido una desgracia, se dejó caer un momento en un sofá, precisamente en el sitio que siempre preferia Leonor.

Ahí se puso a meditar: él tenia la culpa de lo que le hubiera acaecido a su amada. ¿Por qué fué a alejarse tanto de ella? ¿Cómo no recordó que la noche anterior en la esplanada, casi le habia dado un síncope? Pues ahora debia haberle sucedido igual o peor cosa i a esas horas estaria en alguna casa donde compasivamente la habrian socorrido. ¿I si habia muerto? ¡Ah! entónces él moriria tambien! ¿Era posible la vida sin ese ánjel, sin esa mujer que tanto amaba?

Iba ya a salir nuevamente Gustavo a buscar a Leonor, cuando ésta entró en la habitacion ajitada i jadeante, la manta caida i mal acomodada, el pelo desaliñado, las mejillas pálidas pero sudorosas, el seño contraido i los labics secos.

- —¡Mi Leonor! esclamó Gustavo corriendo a abrazarla lleno de alegria; mi Leonor! ¿Qué te ha sucedido?
- —¡Ah! esclamó ella sin devolverle sus caricias i tirando sobre una silla la manta que parecia ahogarla. ¡Ah! te contaré!... Pero déjame sentarme. Vengo muerta de cansada!

Gustavo la llevó al sofá, reteniendo entre las suyas las heladas i húmedas manos de Leonor.

- —¡Toca! le dijo ésta alzando hasta su seno izquierdo la mano de Gustavo: oye como me palpita el corazon!.....
- —Tranquilízate, la dijo él con ternura; estás traspirando i helada.
- —¡Oh! sí, estoi mui ajitada; casi he corrido acordándome de que tú estarias con cuidado.

Gustavo le oprimió la mano para significarle su gratitud.

—Supónte, continuó ella, con acento que se esforzaba por hacer tranquilo i alegre, suponte que no habiendo encontrado blondas en la tienda donde me viste entrar, sali para ir a otra parte, cuando sentí dos brazos que rodeaban mi cuello i una voz mui conocida pue me decia:

-; Pícara! ¿A que no me conoces?

Me volví, i veo a Maria. ¿No la conoces tú?

- -¿Maria de qué? preguntó Gustavo.
- —Maria Henriquez, una antigua amiguita con quien no nos veíamos desde niñas.....

Leonor se interumpió para decir:

-; Oh! qué sofocada estoi!

I se estremeció como si una sensacion de frio hubiera recorrido sus miembros.

Recójete á la cama, le dijo el jóven. Mira, tienes el corpiño desabrochado i la camisa húmeda en el pecho: te vas a enfermar.

I él mismo la llevó al lecho i la cubrió con los covertores oprimiéndola i acariciándola con solicitud.

—¡Qué sueño! dijo ella lánguidamente cerrando los párpádos.

Gustavo habria deseado conocer el fin de la historia, el motivo por qué habia desaparecido i la causa por qué tanto se habia demorado; pero no merecia su curiosidad que sacrificara el reposo de esa delicada i querida jóven, que por llegar pronto donde él, se habia ajitado i enfermado.

Le pidió, pues, que se durmiera, i al dia signiente le contaria lo que le habia sucedido con su amiga.

Leonor pagó aqueña jenerosidad con un beso, i se durmió tranquila i risueña como en la noche anterior. Se diria, al verla, que no habia perdido la inocencia de la cuna.

La historia narrada al dia siguiente, fué sencillísima. La amiga María la llevó a su casa, i ahí, en hablar de la infancia trascurrió el tiempo sin sentir.

Gustavo quedó mui satisfecho, i ya desde entónces, cada vez que Leonor salia sola a la calle i tardaba dos o tres horas en volver, no tenia necesidad de preguntarle dónde habia estado, pues ella siempre le contestaba:

-Vengo de casa de María.

Por una camelia.

Leonor, que solo había pensado permanecer unos pocos dias en Valparaiso, cobró por este puerto una gran aficion i pidió a Gustavo se instalaran en él.

Aunque esto era perjudicial para el jóven, pues se alejaba de sus negocios, i sobre todo de una hacienda que poseia en el sur de Chile, accedió a los deseos de Leonor i le montó una lujosa casa.

Quien tiene buena casa, necesita buena mesa; i como dos personas solas, aunque sean querido i querida i se prodiguen mil ternezas sienten luego la necesidad de compartir con alguien su bienestar i su dicha, Leonor esperimentó bien pronto la necesidad de ser visitada, de tener amigas a quienes causar envidia con su dicha, i amigos (los amigos de confianza de Gustavo, por ejemplo) a quienes hacer ver cuánto amaba ella a su Gustavo.

El jóven halló esto mui razonable: el hermoso salon de la casa tan lujosamente amueblado, i el espacioso comedor provisto de tan variado i rico servicio, presentaban un aspecto triste, cuando solos él i ella, particularmente en la noche, se reunian a comer o conversar. Aquello era demasiado para dos, i era preciso utilizarlo mejor.

Por otra parte, Gustavo habia hecho un sério estudio de las

158 LAS HIJAS

pasiones humanas; sabia que el instinto de relacion era un algo tan poderoso, que hasta las fieras lo esperimentaban. I si esto acaccia en los seres irracionales, con mas razon i mas imperio debian esperimentarlo los racionales.

Era, pues, preciso dar a Leonor sociabilidad i relaciones, a fin de que no la invadiera el hastío; i eso mismo, talvez, la haria permanecer constantemente en su casa. Porque ha de saberse que Leonor, desde la primera noche que estuvo en casa de su amiguita María, tomó tal gusto por salir a la calle, que no pasaba dia sin que tuviera necesidad de un par de guantes, de una cinta, de agujas que compraba pero que no usaba, de aguas o esencias cuyos pomos quedaban sin abrir.

De cuando en cuando, los sábados con seguridad, fuera de algunos dias estraordinarios, Leonor volvia de sus dilijencias sumamente hastiada, en estremo aburrida, con un humor intolerable. A veces le dolia la cabeza, otras estaba constipada hasta los huesos i rogaba a Gustavo, que cuando la viera así, no la hablara, no se acercara a ella. Que la dejara sola: se le pasaria mas pronto su mal estar.

Así, cuando Leonor llegaba de la calle tirando la manta, con el cabello desordenado, los encajes rotos o arrugados, las mejillas pálidas, el corpiŭo a veces abierto, en una palabra, no con la elegancia ni compostura con que habia salido, el jóven la daba tristemente las buenas noches i se iba a dormir solo a su cuarto.

I bien, para evitar esos paseos i hacer mas feliz la vida de Leonor i la suya propia, pues no lo era tanto como en los primeros dias, Gustavo creyó indispensable que su casa, es decir, la de Leonor, (porque aunque él la pagaba i la sostenia no se creia con derecho para considerarse como dueño de casa) creyó indispensable, decimos, que en la casa de Leonor se reunieran algunas amigas de ésta i algunos amigos de él.

Para iniciar esas visitas, para abrir las puertas de la casa a los amigos, se creyó tambien indispensable dar un lunch, un baile o un té. Se optó al fin por una tertulia: de esa manera se evitarian las etiquetas de un baile, los inconvenientes de un lunch i las fórmulas de un té. A las invitaciones por escrito o verbales se les agregaria de confianza, es decir, que seria una tertulia entre amigos.

Era la época de baŭos i por lo mismo, muchos de los amigos de Gustavo se hallaban en Valparaiso, lo que faciliba la reunion.

Leonor quizo tener a su lado a su antigua camarera Beatriz, que habia quedado en Santiago, pues nadie como ella sabia arreglarle el cabello. A mas, queria estuviese tambien Natalia: la pobre niña necesitaba de algun descanso, de alguna alegría, de conocer lo que era una tertulia de buen tono, ella la pobrecita a quien desgraciadamente solo le habia tocado jente de poco mas o menos.

Se les mandó invitacion remitiéndoles para gastos de tren i otras menudencias.

Por varios dias, Leonor estuvo mui preocupada con la tertulia: habria querido estrenar un vestido de terciopelo guarnecido con encajes i de faldellin de raso encarrujado; pero a mas de que la estacion no admitia el terciopelo, en una tertulia de confianza no habria sido bien visto que ella se presentara con tan sérios atavíos. El grós o paño de Leon, a mas de ser tambien algo sério aunque fuese de color claro era una cosa que le pacia mui vulgar.

—Para esa noche, le dijo al fin Gustavo, te conviene un traje sencillísimo: como dueño de casa i por la clase de reunion, no debes usar traje sério ni valioso.

—Pues entônces, dijo ella, vestiré de linon blanco, con muchos encarrujados i asi pareceré que estoi rodeada por una nube blanca.

Quedi acordado el traje blanco.

Ya en la ante-víspera, pensó que por todo adorno entre sus cabellos debia llevar una camelia blanca.

—Eso es sencillísimo, dijo Gustavo, las hai lindísimas en los almacenes de las floristas.

- —¡Oh, nó!..... artificiales nó!..... Una camelia natural, recien cortada de la mata!
 - -¿Hai camelias en este tiempo? preguntó él.
- —Sí que las hai: un poco escasas; pero en los invernaderos pueden obtenerse. I miéntras mas escasas mejor, agregó: eso aumentará su mérito.

Se buscaron camelias en Valparaiso i no las habia.

- —Pues en Santiago las hai, dijo Leonor con alguna impaciencia; i tomando el primer tren, la persona que fuera podia estar de vuelta mañana.
- —Pero no merece la pena hacer viaje por una camelia, le dijo Gustavo.
- —¡Ya lo creo! esclamó Leonor con sentimiento i enojo.¡No merece la pena darme a mí gusto!..... Ya se vé!..... el viaje costaria mui caro, i gastar diez o quince pesos en mí es demasiado!
- —; Leonor! esclamó Gustavo con tono de reproche. ¿He contado yo el dinero alguna vez tratándose de complacerte?
- —Es que yo desde que estoi contigo, le contestó ella, sacrifico todos mis gustos, todos mis antiguos caprichos, por no serte tan pesada!...... Conozco que no podria darme gusto sin aburrirte!

Gustavo dió una mirada a su alrededor i por todas partes, en las mesas, en las sillas, en las rinconeras, vió mil objetos, mil chucherias que Leonor habia principiado a acumular sin mas que satisfacer sus caprichos o su sed de gastar.

- —Eres injusta, Leonor, pues nunca me he fijado en lo que gastas, i al contrario, he sentido satisfacción en proporcionarte placeres.
- —¿I cuáles ban sido esos placeres? El llevarme dia i noche en la casa? ¿Dónde están los paseos, cuáles han sido las tertulias que hasta hoi he tenido?...... ¡Pues bien! no quiero nada! Si la primera vez que voi a darme un rato de gusto se me echa en cara lo que he gastado i se me cree una derrochadora, renunciaré a todo, no gastaré en lo sucesivo ni en un alfiler!.....

—; Pero si no hai tal cosa, Leonor! le dijo Gustavo con admiracion.

Pero ella continuó:

- —¡Jamas habia pensado me sucediera esto con el hombre por quien mas sacrificios he hecho, por el hombre a quien mas he amado!
 - —¡Pero, Leonor! esclamó él tratando de calmarla.
- —¡Déjame, Gustavo!..... No crei que tú me negaras una camelia!

Diciendo esto, pasó a otra pieza i cerró la puerta tras de si. Gustavo se quedó pálido, inmóvil, mirando la puerta por donde Leonor habia desaparecido.

Introduccion a una tertulia de confianza.

La primera gota de hiel que cae sobre la luna de miel de los esposos o simplemente de los amantes, se deslie o desaparece bien pronto.

Fué lo que acaeció a Gustavo i Leonor; i aunque el primero sintió por algunos dias la punzada que causa una injusticia, ella procuró curársela con mil halagos cuando vió llegar dos maceteros de hermosas camelias compradas a peso de oro en los principales jardines de Santiago.

—¡Oh! esclamó: para lucir tu jenerosidad i galantería, colocaré estos maceteros en el salon.

Aquel dia Leonor estuvo mas preocupada, mas febril que nunca con el arreglo de la casa; pues aunque Gustavo habia encargado a un hotelero el servicio de la mesa, de los licores i de los refrescos, ella no estaba satisfecha i se ocupaba de mil nimiedades a que otras no habrian dado importancia alguna.

A las cinco de la tarde llegaba Natalia en un coche. Habia tomado el tren que parte de Santiago a las diez.

Las dos amigas se abrazaron i besaron con efusion, i Natalia, que habia llegado acompañada, presentó a Nicanor diciéndole:

-Es un antiguo i buen amigo, que pronto será millonario

con unas minas de Copiapó. Ha querido conocer a mi protectora i vo me he tomado la libertad de traerlo.

- —Has hecho bien, le dijo Leonor mirando de piés a cabeza a Nicanor, quien con ese aire amanerado i petulante del pije que no ha frecuentado la sociedad, pasó la mano a Leonor cual si le tirara una estocada, i arqueando la cintura, levantando las caderas, se sacó el sombrero de una manera ceremoniosa diciendo:
- —Beso a usted los piés, señorita: un servidor de usted: Nicanor Orondo.....

El millonario en perspectiva vestia una levita cuyo corte, cuyo talle i cuyo tamaño, decia claramente que no habia sido hecha para él. Mui ancha i mui corta, habria venido bien a otro que tuviera de grueso lo que le faltaba de largo. El pantalon i el chaleco, aunque negros como la levita i mas nuevos que ella, revelaban por el corte derecho i falto de gracia, que habian salido de los talleres de una casa de ropa hecha. El resto del traje estaba en armonía con lo que hemos descrito; i ya sea por ésto, ya porque los movimientos, las maneras i aun la fisonomía de Nicanor revelaban su cuna humilde i su poca cultura, lo cierto es que Leonor, habituada al roce con jóvenes de la buena sociedad, sintió mui poca simpatía por el acompañante de su amiga Natalia.

Si Leonor habia recibido con frialdad a Nicanor, Gustavo no pudo ménos de sentirse vivamente mortificado con tener que alternar con aquel siútico con cara de tunante i petardista. Sobretodo: ¿Qué dirian sus amigos, jóvenes como él habituados a reunirse solo entre los de su clase?

—Pero al fin, ¡qué hacer! pensó el jóven, es amigo de una amiga de Leonor, i no hai mas que tolerarlo. Daré esta esplicacion a mis amigos.

A eso de las nueve de la noche principiaron a llegar los invitados.

Fué el primero un señor grueso i calvo, con nariz rubicunda, ojitos redondos i vientre abultado; daba el brazo a una niña

como de veinte años, tan alta como él, pero flaca i huesuda, que vestia un traje compuesto de saya de gros azul ajado ya por el uso, chaqueta negra del mismo jénero, con muchos respingos i encarrujados en las caderas, i finalmente una especie de dolman o abrigo, negro tambien, con encajes i blondas alechugadas. Panchita (así hacíase llamar) era morena i nariguda, pero sus ojos eran vivos i elocuentes i su boca aunque grande mostraba blancos dientes.

—¡Adelante, don Teodoro! esclamó Gustavo, que se hallaba en el salon cuando el nombrado asomó su grueso vientre. ¡Adelante, celebro que usted sea uno de los primeros, pues así me hará compañia!

I se adelantó a recibir al grueso señor, quien sonriendo con aire campechano i enjugando el sudor que brotaba de su ancha frente, dijo:

—A mi me gusta ser puntual, amigo mio. Se dice a las nueve, a las nueve estoi: no sigo yo la moda de llegar atrasado.....

Vamos, te presento a mi Panchita i te la recomiendo, pues desde este instante yo me independizo: eso ha sido lo convenido!

Panchita hizo una mueca con los labios i saludó a Gustavo con aire ceremonioso.....

- $-\+_{\circ} I$ la bella Leonor? preguntó don Teodoro ganando una poltrona.
- —Pronto vendrá, contestó Gustavo: creo que está en el tocador aun.
- —¡Ah! ya lo creo! Las niñas quieren mas a su tocador que a sus queridos. Pues si yo no me planto en el dormitorio de Panchita i le ayudo a tirar las sognillas del corsé, i a abrocharse la túnica i a ponerle las ligas.....
- —¡Pero vaya lo que dices! esclamó la jóven entre risueña i enojada. ¿Qué juicio se formará este caballero?

I miró a Gustavo que sonrela sin saber otra cosa que hacer, pues, aunque parezca raro al lector, era la primera vez que el jóven iba a encontrarse en una tertulia de tanta confianza.

Felizmente, para cortar ese diálogo, llegó un nuevo invitado.

Era este un jóven mui blanco, mui pálido i mui delgado, con pequeños bigotes rubios i vestido con un sobretodo, chaleco i pantalon flor romero. Daba sus brazos a dos jóvenes: gordita i escotada la una, con pelo negro, mejillas coloradas i senos abultados, i la otra rubia, pálida, delgada i vestida con recato.

-; Querido Víctor! le dijo Gustavo, saliéndole al encuentro.

—¡Uff! hizo éste desprendiéndose de las dos jóvenes, como quien ha soportado un gran trabajo. ¡Uff! es demasiado para mis fuerzas, amigo mio, estas preciosas cargas!..... Te presento a mis esposas: la señorita Bríjida, (e indicó a la gordita) i la señorita Florentina, agregó señalando a la rubia, que tenia aire mui altivo, e hizo un ceremonioso saludo a Gustavo ínter la nombrada Bríjida le saludaba con desembarazo i descoco.

Gustavo a su vez presentó estas nuevas amigas a Panchita, pues por lo que hace a don Teodoro ya las conocia, lo mismo que a Víctor.

Panchita que habia observado el lujoso menaje del salon i de una ojeada habia penetrado que el que hacia de dueño de casa no parecia un *vividor*, un hombre alegre como don Teodoro, se acercó a éste i le dijo al oido:

—; Fíjate que no estás en casa de las *renquinas* para que estes hablando disparates!..... Mira el lujo que tiene este caballero i tan formal como parece!

Don Teodoro rió del modo campechano que le era característico i agregó:

—; No te dé cuidado, mi pichona!..... Este lujo es porque es su primera querida i porque le han casado como a un zorzal.....

—¿Quieres callar? le dijo Panchita poniéndole la mano en la hoca.

Pero luego se quedó pensativa. Meditaba, talvez, en que a ella nunca le habian *puesto casa* parecida, i esto seria, sin duda, porque no le habia tocado uno que la tuviera como primera querida.

A ese tiempo entraron al salon Leonor i Natalia. Se hizo la presentacion de los que no se conocian i Leonor recibió de don Teodoro el mas cumplido elojio por su hermosura.

Panchita, Bríjida i Florentina la devoraron con la vista. Buscaban algó que reprocharle; pero estaba tan hermosa i tan elegante, que no pudieron menos de confesarse, con la envidia en el corazon, que era una mujer incomparable. Aunque las habia saludado con el aire de distincion i superioridad que la daba su costumbre de ser mimada i agazajada en todas partes, aquel aire de superioridad era tan dulce, tan natural, que parecia pedir al mismo tiempo perdon de ser mas que ellas. Luego, con su sonrisa, con su afectuoso modo, con su cariño, las atrajo, les dió confianza i a los pocos minutos la querian con toda la sinceridad con que una mujer paede querer a otra mas hermosa i mas distinguida que ella.

Llegaron nuevos convidados: entre ellos Moises, el jóven que hemos conocido en Santiago acompañando a Leonor al teatro i confesando él mismo que ya para él ciertos goces se habian agotado.

Tambien habia llegado Maximiliano, que como se recordará, dió a Leonor una cena, concluyendo por exederse en la bebida. Maximiliano venia en compañia de Manuel Echai, el jóven de cuello corto i robusto, de voz desapasible, de frente escasa i labios gruesos que conocimos en casa de aquel. Como siempre tenia su aire repelente; i a ser posible, sus facciones eran mas toscas.

Leonor, a la llegada de estos antiguos amigos que le traian el aire i tantos recuerdos de Santiago, habia dejado por un momento a sus amigas i conversaba con ellos haciéndoles mil preguntas.

—Aunque establecida en Valparaiso, les decia ella, no puedo olvidar a Santiago. Me ha pesado hacer que Gustavo arregle casa; i si no fuera por ésto, concluyendo la época de baños volveria allá.

-¡Oh! qué bien harias! le dijo Maximiliano mirándola con

cariño. Desde que tú faltas, Santiago está triste i monótono. ¿No es verdad, Manuel? preguntó a su amigo.

- —Cierto, contestó éste con su ronca voz. Tú, al menos, lo repites siempre así.
- —Es que Maximiliano ve todo al travez de su espíritu, dijo Moises; i así como con anteojos verdes se ve todo verde, así él, que no puede conformarse con las calabazas que le ha dado Leonor, ve todo de color triste.
- —No lo niego, contestó Maximiliano inter Leonor sonreia mirándolo con cierta complascencia. Las calabazas que me ha dado Leonor me han quitado diez años de vida.
- —Si me presentas tu fé de bautismo, dijo ella, para hacer el parangon, prometo devolvértelos con veinte.
- —¿Qué mas fé de bantismo que mi corazon que está arrugado i marchito? preguntó Maximiliano.
- --Si es así, entonces, tu fé de bautismo está escrita en pergamino, le replicó la jóven.
 - -Pero pergamino del que tú puedes hacer lo que quieras.
- —Si es así, repito, dámelo, colócalo en mis manos li yo te lo devolveré fresco i lozano como cuando tenias veinte años.

Miéntras Leonor i sus antiguos amigos sostenian esa conversacion vanal, aunque bastante intencionada por parte de Maximiliano, Gustavo se hallaba en una verdadera tortura.

Como la señora de la casa se habia apartado a conversar con los amigos, el señor debia dar tertulia a las amigas.

Fuese, pues, al grupo que formaban Natalia, Panchita, Bríjida, Florentina i dos niñas mas que habian llegado despues, i colocándose al lado de Víctor, que no contento con las dos esposas que habia traido parece deseaba matrimoniarse con las demas, tentó de sostener con ellas un diálogo que los distrajera.

- —Eres un egoista, dijo a Víctor para entrar en accion.
- -¿Yo egoista? Por qué?
- —Te has hecho dueño del mejor lugar i no convidas a nadie.
- -Es que yo basto para todas. ¿No es cierto señoritas?

Bríjida la gordita que habia venido con él, le contestó diciéndóle:

- —Para mirarlas a todas, lo creo; pero..... (si no nos oyera el señor, e indicó a Gustavo) te lo diria.
- —Pues dilo, respondió Víctor riendo. Gustavo no tiene oidos de doncella.
- —No tengo necesidad de decirlo: Florentina puede tambien atestiguarlo:

La rubia alzó los hombros e hizo una mueca desdeñosa al decir:

- -Yo no atestiguo nada, porque nada sé.
- —Ya lo vez dijo Víctor a Bríjida: has dicho una cosa falsa i que compromete mi reputacion. Esta me la pagarás!

I al decir esto el jóven la amenazaba con el índice de su derecha de una manera cómica:

Gustavo encontraba esto escesivamente tonto, i sobre todo demasiado grosero. Aquellas aluciones, aquellas palabras de doble sentido cambiadas entre niñas que acababan de conocerse; aquella chacota de los ojos, de los jestos i del lenguaje, sostenida sin rubor, mantenida sin indignacion, eran para él tan mortificante que parecia hallarse mil escalones abajo de la posesion que siempre habia ocupado.

Sin embargo, como se hallaba en su casa i no podia manifestar su disgusto sin pasar por pechoño i mal educado, hizo un esfuerzo para manifestarse amable i trabó conversacion con la rubia, cuyo semblante tenia cierta austeridad que parecia revelar un grado mayor de delicadeza.

La habló de los baños, del tiempo, de los paseos en la bahía i la jóven durante largo rato le contestó con gran laconismo i una especie de timidez que no carecia de encantos.

—Indudablemente, pensó Gustavo, esta es la mas modesta de cuantas hai aquí: su traje mismo, tan sencillo i recatado, lo está revelando.

Pero a ese tiempo don Teodoro, que habia formado un grupo aparte con otros jóvenes, se acercó a ellos, diciendo a Gustavo:

_¿Qué tal la rubia, eh?

La señorita Florentina es digna de toda suerte de atenciones, contestó Gustavo.

-Gracias, caballero: favor que usted me hace, contestó ella.

—Nó, chica, la dijo el gordo con su ruda franqueza: el favor te lo has hecho tú misma, pues cuantos te conocen a fondo...., ¿ch? hablan mui bien de tus cualidades. I si no fuera por Panchita, yo te aseguro que desearia dar fé!

—¡Bah! hizo Florentina con una mueca de desden. ¿Acaso soi

pieza de posada?

-No digo tanto, pichona, aunque hai muchos mala lenguas que afirman tus complascencias.

_¿I quienes son esos? preguntó la rubia montando en cólera.

—No te asarees, rubita, le contestó don Teodoro riéndose i pasándole la mane por los cabellos como quien trata de calmar la fogosidad de un animal. No te asarees, rubita, perque todo es una broma.

—Pues no debia usted usar esas bromas conmigo delante de este caballero, porque se va a formar la idea de que a su casa ha venido una mujer arrastrada, una mujer perdida......

—¡No le hagas caso, niña! esclamó Brijida. Las ofensas se reciben como de quien vienen.

—; Ofensas o cariños, salto Panchita con tono agresivo, sea lo que fuere lo que haya dicho don Teodoro, lo ha dicho un caballero!

—¡«No es señor quien señor nace sino quien lo sabe ser»! dijo Bríjida, con acento sentencioso i echando una pierna sobre la otra.

La rubia, entretanto, habia mirado con tal desden, con tal aire de superioridad i desprecio a Panchita, volviendo hácia ella la cara, llena de sardónica sonrisa, que Gustavo temió que despues de esa mirada i esa sonrisa se fueran a las manos.

-¡Bravo! decia al mismo tiempo Víctor con el aire i con el tono que suelen emplear los que azuzan a los perros: bravo! me gusta la Panchita que defiende lo suyo!

anchita que defiende lo suyo!

- -; Por supuesto! esclamó ella. Saco la cara por mi hombre!
- —Já, já, jááá!..... prorrumpió la viuda con una carcajada nerviosa, provocada por la ira: ¡já, já, jááá!..... ¿Creerá que le quieren quitar su panza de grasa?.....

Gustavo sudaba, no sabia qué hacer, estaba confundido i anonadado, por fin se paró alarmado diciendo:

- -; Señoritas! caballeros!..... Por favor!.....
- —Usted ve que yo no he sido la que he provocado! le dijo Panchita.
- —¡Falso! esclamó la rubia. Soi yo, señor Gustavo, la que fui ofendida! Usted lo ha oido.
 - —¡Bien, bien, calma!..... cálmense!..... decia Gustavo......

Pero Bríjida le interrumpió diciéndole:

- —Si, es ella, señor Gustavo, quien tiene la culpa. Don Teodoro hablaba alegremente con Florentina i es ella la que se ha puesto celosa.
- —¡Vean de quien!..... esclamó Florentina; como si una estuviese tan necesitada, cuando si quisiera.....
- —¡I bien! todo terminado! esclamó Gustavo, alzando la voz. ¡Todo terminado!.....

Se calmaron dándose una última mirada de odio i desprecio.

—¡Anda, picara, dijo don Teodoro a Florentina, que no ha de terminar la noche sin darte un fuerte abrazo!.....

Pero un momento despues Panchita se acercó a él i le dijo al oido:

—; Mira! Si abrazas a Florentina, yo hago aquí una barbaridad!

Gustavo habia quedado medio aturdido. Se apartó a un rincon, mohino i cabizbajo, para preguntarse si aquello que le estaba pasando no era un sueño.

Natalia i Nicanor se habian separado del grupo i conversaban en voz baja con animacion, miéntras que Bríjida i Florentina, acompañadas de Víctor, siguieron hablando de cosas indiferentes. Casi al estremo opuesto del salon se había reunido otro grupo, compuesto de las personas últimamente llegadas.

Eran éstas dos hermosas niñas a quienes daban el brazo dos amigos de Gustavo, i a quienes seguia, como corte de honor, tres jóvenes elegantemente vestidos.

Una de ellas llamábase Florinda Quirós i era de regular estatura, blanca, de ojos i pelo negro, de musculatura vigorosa, senos altos i pequeños piés. Llevaba con gracia i distincion un elegante vestido color gris perla i en sus brazos i cuello lucia valiosas joyas. Acompañábala un jóven llamado Pedro Vallejos, pero a quien los amigos de confianza solo distinguian con el familiar diminutivo de Perico.

La otra, que llegó acompañada de un jóven mui vivo i hablador, llamado Domingo Serra, era alta, morena, con ojos tambien negros mui vivos, mui bien formada sin ser gorda, labios gruesos i rosados, i dientes mui blancos que mostraba a menudo merced a su carácter festivo i juvenil. Esta jóven, por una rara coincidencia, llamábase tambien Leonor, así que para distinguirla de la dueño de casa cuando tengamos que mencionarla, le agregaremos su apellido que era Let.

Sin disputa aquellas dos jóvenes eran, despues de Leonor Saravia, la dueño de casa, las mas hermosas, las mas elegantes i las mas distinguidas. Tenian i sabian sostener su aire de señoras: cargaban sus hermosos trajes con desembarazo i sin afectación i pertenecian, en una palabra, a la primera jerarquía de la gran congregación de Las hijas de la Noche.

Presentados a la lijera los principales personajes que asistian a la tertulia de confianza que daba Leonor, reguiremos nuestra narracion tomándola desde el momento en que se acordó romper el baile con unas cuadrillas.

time pof 172

De cómo se puede principiar a ser desgraciado cuando se dan flestas para ser mas feliz.

Leonor sentóse al piano i tocó el preludio de los lanceros.

Esta fué señal de alegría i movimiento. Víctor, el jóven que habia llegado con Bríjida i Florentina se levantó de un salto i dió su mano a la última para llevarla al centro del salon. Don Teodoro palmoteó las manos i con su rubicundo i gordo semblante animado por la alegría, parece deseaba trasmitirla a los demas.

Maximiliano, que no habia dejado de mirar dulcemente a Leonor se colocó cerca de ella en el piano; i Manuel Echai, siguiendo a su amigo, fué a sentarse inmediato a él.

Intertanto Domingo Serra i Perico Vallejos habian sacado respectivamente, para bailar con ellas, a Leonor Let i a Florinda Quirós.

Faltaba una pareja.

—¡Vamos! ¿quién hace cuarto? preguntó Víctor, que como mas jóven era uno de los mas impacientes.

Moises dijo que ya él no bailaba; Gustavo, como dueño de casa quiso escusarse; pero segun no se qué obligaciones que le citaron, resultó que debia ser el que rompiera el baile.

Era necesario condescender i sobre todo cumplir sus deberes, sino de dueño, de principal en la casa. Dirijióse a Bríjida para

formar el cuarto; pero ésta, avergonzada, se escusó con que no sabia. Igual cosa contestaron Panchita, Natalia i dos jóvenes mas que aun no hemos creido necesario presentar al lector.

Las cuadrillas amenazaban morir ántes de nacer por falta de una cuarta pareja, cuando uno de los jóvenes, que tampoco hemos presentado, ofreció ocupar el lugar de Leonor en el piano para que ésta saliese a bailar.

Tal ofrecimiento agradó a todos i particularmente a Gustavo, pues de esa manera iba a bailar con su Leonor, con quien desde el principio de la noche no habia podido cambiar una palabra a causa de las atenciones que demandaba la reunion.

Correspondió romper el baile a las dos Leonores con Domingo Serra i Gustavo.

Eran ellas dos dignas rivales, dos reinas de la hermosura i de la elegancia que en ese breve torneo iban a disputarse la corona del triunfo.

Las dos eran altas, las dos arrogantes, las dos con negros i espresivos ojos, las dos elegantes i distinguidas; pero miéntras Leonor Let era morena, Leonor Saravia era blanca; i miéntras la recien presentada, con sus labios gruesos i rojos, con sus senos arrogantes, con sus sonrisas graciosas i festivas debia cautivar a cuantos la mirasen, Leonor la antigua, es decir la Leonor de Gustavo, debia enloquecer con su majestad de reina, con sus dulces sonrisas, con su aire lleno de candidez i de ternura.

Moises, habituado a observar, i hombre que gozaba con estudiar en la fisonomía las impresiones del corazon, no pudo menos que abandonar su asiento i pararse en lugar, dónde pudiera no perder un detalle de aquel baile, en que debian trasparentarse muchos i mui variados cuadros.

Efectivamente, las dos Leonores se habian mirado i se habian comprendido: eran dignos émulos, poderosos rivales. Si Leonor Saravia era mas bella, Leonor Let parecia mas voluptuosa; si Leonor la dueño de casa parecia mas noble, mas espiritual, mas soñadora con sus grandes i dormidos ojos

velados por tupidas i crespas pestañas, Leonor la visitante aparecia mas sensual, mas alegre, mas provocativa con su cuerpo airoso, con sus sonrisas que derramaban la gracia, i con sus blancos dientes, mas límpidos que el marfil.

Durante el baile una i otra desplegaron todas sus gracias i atractivos; i como en ningun baile como en las cuadrillas cuando se baila con arte, es decir cuando se interpretan todos sus movimientos, todos sus saludos, todos sus cambios, puede es, presarse mejor, ora el cariño, ora el desprecio, ora la galantería afectada, ora la pasion que irrita, ora en fin esa porcion de sentimientos que se esperimentan en la sociedad: como nunca mejor que en ese momento, repetimos, dos mujeres intelijentes podian medirse i disputarse la corona del triunfo, ambas bailaron con gracia i aire inimitables.

Nada mas galante pero al mismo tiempo mas sardónica, que la sonrisa que entreabria sus labios cuando les tocaba, en una de las ceremonias, ir la una al encuentro de la otra para saludarse. Nada mas fino i dulce, mas cortes i aristocrático, que la espresion de sus semblantes i la manera distinguida con que entrelazaban sus manos cuando, segun el órden de las figuras, debian ellas, cual hermanas que se despiden para reunirse luego, cambiar una vénia, un afectuoso saludo para lanzarse en seguida a los brazos, ora del hombre que les habia correspondido desde el principio del baile, ora del que transitoriamente adquiria el derecho de hacerlas valsar.

Con tal arte, con tal espresion se bailaron aquellas cuadrillas por las dos hermosas Leonores, que poco a poco los espectadores habian ide acercándose, formando corro, al rededor de los ejecutantes. Cuando concluyeron, i aunque no hai costumbre de aplaudir en tales bailes, todos a una palmotearon las manos.

Leonor Let, aunque un poco fatigada con el baile, se apoyo satisfecha i contenta en el brazo del jóven Domingo, quien, alegre i satisfecho a su vez, esclamó:

-; Lo hemos hecho perfectamente! Merecemos un premio!....

orgulas 170

—¡Cierto! esclamó Gustavo mas enamorado que nunca de su Leonor porque ella, durante el baile, le habia mirado i estrechado a su pecho como hacia mucho tiempo no lo acostumbraba. ¡Cierto! i como nosotros tambien merecemos algo, pasaremos a tomarlo!

Se abrió la puerta que comunicaba con otro salon, i ahí, que era donde debian servirse los refrescos i licores, Domingo, Gustavo i las dos Leonores, levantaron, chocaron i bebieron la primera copa.

Fué la señal de «principie el fuego.»

Víctor, que habia bailado con Florentina, fué a tomar con su otro brazo a Bríjida; pues ya que no habia podido bailar con las dos, podia beber con ambas.

Don Teodoro, que hacia tiempo se sentia sofocado por el calor, corrió donde Panchita, diciéndole:

--Vamos, pichona mia, pues aunque habiamos convenido que aquí seriamos neutrales, no puedo resistir al deseo de beber una copa contigo.

—¡Te acompaño, le contestó Panchita, pero cuidado con que vayas a abrazar a Florentina!

Nicanor Orondo, que no se habia apartado de Natalia hablándole de sus minas de Copiapó, al ver que los demas tomaban del brazo a sus queridas o a sus compañeras de baile o conversacion, presentó tambien su brazo, con cómica gravedad, a Natalia, diciéndole:

—¡Vamos allá, dulce amiga mia!..... Ya es hora que bebamos los dos una copa por nuestro risueño porvenir!

Perico Vallejos, entretanto, habia dado una vuelta al salon paseando a Florinda, cuyos altos senos palpitaban con la ajitacion del baile, pasó tambien a la sala inmediata casi al mismo tiempo que Moises i Maximiliano, que por no tener su pareja iban solos a chocar una copa.

El resto de las personas que habia en el salon, no esperaron se les invitara para seguir el mismo camino; así que, durante un cuarto de hora no se oyó mas que el chocar de los cristales,

aigne project to the contract of the contract

el saltar de los tapones i ese murmullo confuso, indescriptible, que se forma cuando muchas personas, reunidas en pequeños grupos, hablan o rien a la vez.

—¡Un valse! esclamó Domingo Serra sin dejar el brazo de Leonor Let.

-; Sí, sí!..... Vamos a un valse! esclamaron todos.

En un momento solo quedaren en la sala de los refrescos Nicanor que esplicaba a Natalia lo que era una veta macisa, i don Teodoro, que habiendo dejado en el salon a Panchita, volvió ahí para estar con mas comodidad.

Nicanor, a quien hemos llamado el caballero de industria, habia ya alzado tres copas cuando vió regresar a don Teodoro; i pensando que con un compañero podria continuar ahí sin llamar tanto la atencion, se volvió a él diciéndole:

—¿No es verdad, señor, que una veta que da mas de dos mil marcos por cajon puede hacer a un hombre millonario?

Don Teodoro, que a pesar de su aire campechano era hombre de esperiencia i de mundo, miró de piés a cabeza a su interlecutor.

- —Es verdad, amigo, le dijo; ¿pero me dirá qué mina es la que esplota usted, i sobre todo quién es usted?
- —¿Yo?..... Nicanor Orondo, un servidor de usted, contestó el interpelado, doblando cómicamente la cintura.
- —¡Orondo! ¿eh? esclamó don Teodoro, mirando de hito en hito la figura un tanto ridícula de su interlocutor.
- —Sí señor, replicó Nicanor, resuelto a no perder la oportunidad de trabar conversacion con alguno.

I señalando a Natalia que permanecia a sulado, agregó:

- —Me tomo, señor, la libertad de presentar a usted a mi amiga, a mi buena amiga Natalia.....
- —¡Ya esto es otra cosa! esclamó don Teodoro pasando su mano a la jóven. Con esta niña podré beber una copa: ¿lo quieres, paloma?

Nicanor se apresuró a contestar, ántes que lo hiciera Natalia.

- —Lo hará con mucho gusto, señor. ¿Qué desea usted que nos sirvan?
- —¿Sabes, tunantuelo, le dijo don Teodoro, mirándolo de piés a cabeza i poniéndole una mano en el hombro, que tú pareces un solemne bribon?
 - -¿Por qué, señor? preguntó Nicanor con semblante risueño.
- —Ya te lo diré: intertanto, i como tú deseas mas que yo, a lo que parece, refrescar la garganta, bebamos una copa los tres

Desde aquel momento Nicanor no se despegó (esta es la palabra) de don Teodoro. Le siguió al salon, le pidió se sentara junto a Natalia i ahí, celebrando las mas insignificantes de sus palabras, mostrándose solícito i comedido para servirle, logró al fin tener con quien conversar i no hacer un papel tan desairado.

Por otra parte, a medida que avanzaba la noche, el estiramiento de los demas iba disminuyendo i Nicanor, a fuerza de dirijir la palabra a unos, de servir un vaso a otros i de comedirse i mostrarse servicial con todos, llegó a ser el hombre necesario, principalmente en el salon de refrescos.

- -¡Nicanor! yo quiero coñac, le gritaba uno.
- -¡I yo jerez! le decia otro.
- -; Nicanor!..... dame un champañita!
- -: I a mí tráeme un chartreusse!
- —; Me gustan los hombres liberales! le dijo Domingo Serra recibiendo una copa de ponche en Champaña. Pero yo quiero beber con tu amiga Natalia.
- —¡Listo! esclamó Nicanor pasando al salon; voi a traerla! Natalia estaba mui acalorada a pesar de que no había bailado. Eso sí que don Teodoro, vengándose de Panchita por haber permanecido toda la noche en conversacion mui animada con un jóven, había acercado tanto su silla a la de Natalia, que casi los vestidos de ésta le cubrian las rodillas.

Ya a eso de las once de la noche en el salon se oia ese ruido informe, confuso, indescriptible, que forman muchas personas cuando el licor i la alegria los hace locuaces i comunicativos. Se bailó casi constantemente valses, polcas, chotis i mazurcas;

rigin 32 hoja

i al ruido del piano cada vez mas sonoro, al movimiento de la danza cada vez mas ajitada, uníase el estampido de los corchos, cada vez mas repetido, i el chocar de los cristales a cada momento mas vibrante.

Domingo Serra no habia dejado un solo baile sin sacar a Leonor Let, i Perico Vallejos habia hecho otro tanto con Florinda Quirós.

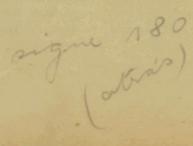
De esto principiaron a protestar los demas jóvenes, principalmente cuando se tocaba chotis o valses, pues de las otras niñas eran pocas las que podian acompañarlos.

Pero quien habia bailado hasta el exeso, pasando de los brazos de Maximiliano a los de Gustavo i de los de éste a los de Victor u otros, habia sido Leonor Saravia, la dueño de casa. Ajil, infatigable, embriagábase en los torbellinos del valse cada vez que alguno la hacia jirar cual liviana pluma que arremolina el viento.

Maximiliano, cuando la llevaba en sus brazos, le hablaba sin cesar; i Leonor sonreia dulce, alegremente, cual la tierna criatura que se siente arrullar. De cuando en cuando las pupilas de Leonor se alzaban hasta las de Maximiliano, i entónces no sabemos qué chispa tierna i juguetona, qué rayo cargado de promesas de deleite brotaba de ellas, que el jóven se estremecia i estrechaba convulsivamente el talle de Leonor.

Gustavo invitó a Moises a beber una copa.

- -¡Ven, le dijo: quiero beber contigo!
- -Beberemos por Leonor, le contestó Moises.
- -¡Nó, replicó Gustavo: bebamos por mi perdida felicidad!...
- —¿Por tu perdida felicidad? interrogó Moises, finjiendo estrañeza.
- —¡Oyeme un instante! le dijo Gustavo llevándolo a un ángulo del salon. Necesito depositar en tí algo de lo que tengo en el corazon, pues de otro modo me ahogaria!
- —Capítulo primero, dijo Moises para si: de cómo se puede principiar a ser desgraciado, cuando se dan fiestas para ser mas feliz.



Miéntras unos rien otros lloran

En el salon continuaba la danza i la alegría; los que no bailaban se reunian en grupos de a dos o de a cuatro, pero principalmente de a dos, i en conversacion íntima, puntuada o acentuada de cuando en cuando por un apreton de manos o un beso furtivo en el cuello o en las mejillas, parecian vengarse de no haber podido tomar parte en el valse o en los bailes que los otros ejecutaban.

Talvez por esto mismo, o porque la conversacion que sostenian resecaba demasiado sus gargantas i sus labios, esas parejas o esos grupos acudian con frecuencia al salon de los refrescos; i ahí, al chocar de las copas, las miradas chispeaban i los labios sonreian. Los hombres miraban a sus compañeras como mira el gato a su presa; i las jóvenes con sus sonrisas llenas de promesas i de complascencias, parecian decirles: «Cázame, que me dejaré cazar.»

Pero ahí como en muchas partes realizábase o cumplíase el axioma de que: «miéntras los unos rien los otros lloran.»

Gustavo, el dueño de casa, el que habia organizado la fiesta, el que durante muchos dias habia pasado pendiente de los mas insignificantes detalles para que nada faltase, para que todos, i particularmente su Leonor, estuvieran contentos; Gustavo, repetimos, cuando los demas gozaban, se habia visto obligado

a dirijirse a un amigo para abrirle su corazon en el cual sentia, acumulados, mil pequeños dolores.

Oigámoslos.

- -Moises, le dijo Gustavo cuando los dos se encontraron en lugar donde no pudieran oirlos: Moises, recuerdo que un dia, hablando de Leonor, me dijiste: «Pues yo te digo, i quiera el cielo que no lo pruebes en tí mismo, yo te digo que el hombre o los hombres a quienes Leonor ame o finja amar, serán los seres mas desgraciados. Si esa mujer ama algun dia, su amor será un fuego capaz de disecar un océano; i si finje que ama, no hará mas que tronchar al hombre que caiga en sus manos como el niño puede tronchar una varilla de mimbre.»-Estas fueron tus palabras, Moises; i si las recuerdo una a una, es porque yo las recibí en ese tiempo como un pronóstico, como una maldicion, como una especie de fatalidad de mi destino que no podia eludir. I bien, ese pronóstico creo que va a cumplirse: principio a ser desgraciado i no sé si soi, segun tus imájenes, el océano que se diseca, o la varilla de mimbre que se troncha.
 - -¿Qué te sucede? le preguntó Moises con interes.
- —¡Oye! te contaré cuanto me ha acaecido con Leonor; i tú que tienes mas mundo i mas esperiencia que yo, verás si mi mal tiene aun remedio.

Leonor, durante mucho tiempo, se resistió a ser mia diciéndome que deseaba tener en mí un amigo a quien acudir en sus infortunios si era desgraciada i sin que mis favores importaran un sobre-precio a los goces que ella me hubiera proporcionado. Pero de repente me promete que será mia, regala a una amiga todos los muebles que tenia en su casa de Santiago, me pide venga a este puerto i la espere en dia determinado en el tren que llega a las diez i media de la noche i loca de amor i alegria cae en mis brazos llamándome su único, su esclusivo, su eterno amante!

Durante muchos dias, Leonor fué o aparentó ser la mujer mas dichosa: no vivia mas que para mí; me juró mil veces que seria mia hasta la muerte; i en sus arrebatos de ternura, derramaba lágrimas a la sola idea de que yo algun dia pudiera dejarla o pertenecer a otra mujer. Yo, que la amaba con delirio, que encontraba en ella cuanto puede apetecer un enamorado, me consideré el hombre mas feliz i llegué a acariciar la idea de vivir eternamente con ella.

Pero este dulce sueño duró bien poco. Leonor comenzó a manifestarse fria e indiferente; i tanto como ántes se manifestaba alegre i dichosa con estar a mi lado, así comenzó a tomar gusto por salir, no siempre a parte que podia esplicar. La primera vez, segun me dijo, tuvo un encuentro con una amiga i pasó dos o tres horas de la noche con ella. Eso, como lo supondrás, no llamó absolutamente mi atencion; pero cuando las visitas a la amiga, se repitieron, i a dicha amiga no pude yo nunca conocer, comencé a sentir cierta desazon i una nube de tristeza cargaba en ciertos momentos mi frente.

Yo comprendia, al mismo tiempo, que no tenia motivo alguno justo i probado para entristecerme, ménos aun para hacer cargos o dar quejas a Leonor; pero yo sufria i esperimentaba esos dolores vagos, esas melancolias abrumadoras, nacidas de mil pequeñeces que, analizadas con calma, se deshacen o evaporan. Entónces esperimenté una especie de sed de halagos, una especie de hambre de manifestaciones de amor de parte de aquella mujer cuyo corazon sentíalo bajo el mio, cada vez mas indiferente i helado. Aventuré algunas quejas, i ora se rió de lo que ella llamó mis regalos, ora calmó mis inquietudes con caricias abrumadoras. Despues de esas escenas, que de dia en dia fueron repitiéndose mas amenudo, yo tornaba a caer en mis melancólicas reflexiones.

Un dia en que le hablaba a Leonor del gran cambio habido en su jénio, en sus hábitos i en sus aspiraciones, me dijo:

—Te responderé con franqueza, Gustavo. Como te lo dije una o varias veces ántes que nos uniéramos, soi una mujer de carácter variable, de gustos estravagantes, de ideas raras. Cuando me eché en tus brazos, despues de larga lucha con

tus brazos, después de larga mona con

migo misma, fué porque creí hallar en tí i en tu amor, el lleno de mi existencia i de mis ilusiones. Te amaba tanto, que me parecia que el solo influjo de tu voz i de tus miradas serian capaces de obrar en mí una transformacion, una especie de milagro.

- —I hoi, le pregunté yo viendo que se detenia; ¿i hoi, sientes que tu amor ha desaparecido, que tus ilusiones no han sido llenadas?
- —Nó, me contestó con aire de sinceridad. No es eso precisamente lo que yo siento. Tu amor arde como antes en mi pecho; pero ahora de una manera mas tranquila, sin las llamaradas i el bullicio de los primeros dias. Eso es natural, por otra parte; pero lo que no es natural, lo que a mí en ocasiones me distrae, me preocupa, me causa cierto hastío, es el aislamiento en que vivimos, es la falta de sociabilidad, es en fin, el no tener amigas i amigos que sean siquiera testigos de nuestra felicidad. Yo temo, Gustavo, que esto al fin concluya por gastar en mi corazon los buenos sentimientos que esperimento hácia tí, i quisiera, si me amas, precabiéramos este mal.
- —Pues tengamos amigos, le dije yo, si eso es lo que te hace falta.
- -Pero para tener amigos se necesita tener casa, me advirtió Leonor.
 - -¿Quieres que volvamos a Santiago?
- —;Oh! no!..... Le tengo cierto odio a la capital, i al contrario Valparaiso me agrada mucho. ¿Por qué no arreglamos casa aquí?
- —Para ní seria un poco perjudicial, la dije, pues como tú sabes tengo mi hacienda i mis negocios en el sur, así que estableciéndome aquí los desatenderia.

Se quedó un momento pensativa i luego me dijo:

—¿I por qué no arreglas todos tus negocio de manera que yendo allá unos quince dias del mes, por ejemplo, pudieras pasar aquí los otros quince?

Me sorprendió un poco esta proposicion de Leonor, pues ella

me habia repetido mil veces que no queria separarse un solo dia de mí. Para su corazon le pregunté:

- —¿De manera que viviriamos quince dias en Santiago i otros quince en Valparaiso.
- —¡Ah! yo no iria allá, me contestó prontamente.¿A qué esa multitud de viajes?

Me callé por no hacerle ver de cuan distinta manera habia pensado mui poco ántes i resolví arreglarle esta casa en la cual estamos instalados desde hace ocho dias.

Como Gustavo guardase silencio, Moises le preguntó:

—¿I son esos todos los motivos que tienes para decir que has perdido toda tu felicidad?

El semblante de Gustavo se cubrió de mayor tristeza i contestó:

-No es eso solo, Moises: hai algo mas serio.

I acercándose al oido del jóven como si temiera ser oido por las paredes, le dijo:

- -Yo dudo de la fidelidad de Leonor: creo que me traiciona.
- -¿Qué fundamentos tienes?

Gustavo vaciló; pero comprendiendo que habia ido demasiado léjos en sus confidencias paro volver atras, contestó:

- —Ya te he dicho que desde esa noche en que encontró a una amiga, Leonor tomó gusto por la calle, por los paseos solitarios i sobre todo por los paseos nocturnos. No sé cuanto tiempo pasó sin que yo hiciera alto en que Leonor salia todos los sábados cerca de las ocho de la noche; pero al fin un dia lo advertí, e inocentemente le pregunté a ella si habia prometido a su amiga que iria todos los sábados.
 - -¿Por qué? me preguntó un tanto turbada.
- —Estaba recordando, que a mas de otras visitas en el medio de la semana, has ido donde tu amiga María todos los sábados.
- —¡Talvez! me dijo con indiferencia; pues yo no lo he advertido.

El próximo sábado no salió, pero habia ido el juéves donde la amiga.

6in

Una noche, despues que Leonor habia salido, tomé mi sombrero i me dirijí al comercio para matar el tiempo. Segun la idea vaga que Leonor me habia dado del lugar en que vivia su amiga, era por el Almendral. Sin saber cómo, yo me entretuve demasiado en la calle i de repente, solo como a diez pasos del hotel Colon, nos encontramos con Leonor. Fué tan repentino e inesperado nuestro encuentro, que ambos lanzamos una esclaclamacion de sorpresa.

- -¿Tú por aquí? le dije.
- —¡Ah, si!..... Te contaré..... Venia de..... de casa de María.....
 - -¿Pero no me has dicho que María vive en el Almendral?
- —Sí, pues; pero tomé un carrito para regresar mas pronto; i como me distrajera, pasé de nuestro hotel i solo vine a advertirlo cuando me encontraba mas allá.....

Al decirme esto señaló hácia el puerto; i tomándose en seguida de mi brazo agregó con esé acento medio regalon, de niña mimada, que emplea cuando quiere satisfacer un deseo:

—¡Vaya! qué a tiempo has venido para que regresemos juntos!.....

Nos pusimos en marcha, i como si de improviso le asaltara una idea, me preguntó:

—¡I usted, caballerito: ¿qué anda haciendo por acá a estas horas?

Le espliqué sencillamente lo que me habia sucedido.

Leonor se recojió a su lecho casi en el acto de llegar, lo que hacia siempre que salia. Sus vestidos quedaron esparcidos cerca de la cama; i yo, al irme a desnudar los tomé para colocarlos sobre una silla. Al asirlos, sentí una cosa dura i de una forma estraña que escitó mi curiosidad. Era un pequeño estuche de terciopelo que contenia un medallon i su cadena. Era nuevecito: parecia recien salido de la joyería. Una duda terrible pasó por mi mente; pero Leonor dormia tan confiada i tranquila que no podia menos de ser inocente. Aunque me arrepentí de haberla

juzgado mal, esa noche no pude dormir; i al dia siguiente apenas nos despertamos, tomé el estuche i le pregunté:

- -¿I esto?
- -¿Eso? me interrogó ella bostezando. Eso es un medallon.
- -Ya lo sé; ¿pero de adónde lo has sacado?
- -¡Bah!..... de donde he sacado mis demas halajas!
- -Pero esta yo no te la habia visto.
- —¡Cómo no has visto tantas otras!... Si quieres te daré la lave de mi joyel i veras que hai muchas que no conoces.

No quedé satisfecho.

- −¿I para qué andas con él en el bolsillo?
- —¡Yaya tanta pregunta! esclamó con cierto fastidio. I bien, te lo diré: lo tomé anoche con intencion de llevarlo a una joyena i cambiarle el broche.

Quedé ménos satisfecho, pero finjí dar crédito.

—Te estaba escribiendo para que vieses que, hasta cuando estás ausente, me acuerdo de tí.

Yo que habia sentido una nueva duda, me acerqué a leer lo escrito. Decia:

«Querido:

«Mui largas hallo las horas sin tí; pero tu recuerdo i el remerdo de tus caricias me consuela. Voi a pedirte una gracia que espero no me niegues, Mañana.....

No habia mas escrito i yo le pregunté:

- -¿Mañana qué?
- -Eso, me contestó sonriendo, todavía no salia del tintero.
- -¡Concluye la frase! le dije con cariño.
- —¡I bien! esclamó tras de corta vacilacion, acercando sus labios a mi oido como si sintiera rubor. Mañana me darás.....

Sulúltima palabra, acompañada de un beso, murió en mis labios; i ella, alegre, juguetona, lanzó una carcajada.

Otro dia que me situé en el dormitorio de Leonor por el placer de verla vestirse, me fijé en que se colocó un cuello de encajes, que aseguró con un pequeão prendedor. Cuando regresó, de la calle me dijo que habia andado en el comercio; pero cuando se quitó el manto, noté que no traia ni el cuello ni el prendedor. Le advertí la falta; i ella, despues de algunas palabras entrecortadas i de algunaj turbacion que no pudo disimular, dijo que talvez habria caido el prendedor, i el cuello, no teniendo nada que lo sujetara al vestido, habria seguido el mismo camino.

- —En fin, Moises, dijo Gustavo: como estas cosillas hai muchas que me han arrebatado por completo la felicidad i que han llenado mi corazon de dudas. Esta noche misma, si tú te has fijado, habrás visto que Leonor para todos tiene una sonrisa, a todos acuerda una dulce mirada; i que yo, apesar de haber pretendido bailar varias veces con ella, no lo he conseguido sino por instantes. Con los demas es infatigable; conmigo ha tenido siempre algun motivo para interrumpir el baile. ¿Qué piensas tú de esto?
- —Que eres mas niño de lo que yo te consideraba, le contestó Moises.
 - -¿Por qué?
- —Porque haces caso de nimiedades i te torturas la cabeza por una bicoca.
- —¿Te parece una bicoca lo del medallon, lo del encuentro cerca del hotel i la pérdida del cuello i prendedor?
- —Todo eso puede ser lo mas sencillo e inocente del mundo, contestó Moises. Tú, si no fueras tan niño, en lugar de haber ido acumulando esas dudas en el corazon, debias haber procurado conocer la verdad. Entónces, o te habrias convencido de la inocencia de Leonor i habrias podido quedar tranquilo, o habrias descubierto su infamia i en consecuencia habrias podido obrar. Si la hallas fria e indiferente ahora: ¿por qué no buscas de donde proviene esa frialdad? A mas, te lo repito: indiferen-

tismo, paseos, hastío, caprichos, malos jenios, todo eso puede traer su oríjen de las causas mas inocentes: tú mismo puedes ser esa causa; tú mismo puedes haberlas provocado.

- —¿Yo? ¿cómo?
- -Con tu misma conducta. ¿Crees que el amor es un manantial que nunca se seca? Pues te equivocas. El hombre que como tú al encontrarse con una mujer que lo ama, la convierte en su ídolo i pasa dia i noche a su lado acariciándola i repitiéndole que la adora, bien pronto lo que obtiene es frialdad, indiferencia, hastío. El manjar, recuérdalo bien, miéntras mas esquisito es mas empalagoso. ¿Qué quieres que haga, qué quieres que sienta una mujer cuando se la abruma con caricias i con manifestaciones de amor? Las primeras le deleitan i agradan; pero al fin le cansan i fatigan. Entónces quiere probar otras emociones; quiere libertad, nueva vida, nuevas distracciones, oir otras palabras, escuchar otra voz..... I si tal cosa sucede aun a las mujeres que aman por la primera vez i cuyo corazon no está pervertido ni cuya naturaleza se ha relajado ¿qué acaecerá a la que del amor ha hecho un juego, una especulacion o una continuada feria? Porque es necesario desengañarse, Gustavo: la mujer que ha prostituido sus sentimientos en los primeros años; la que ha gastado su pudor: la que ha sacrificado su virtud: la que, en una palabra, ha manchado su nombre una sola vez que sea, vendiéndose por el oro, no puede ya ser una mujer ejemplar.
 - —Nó, Moises, replicó Gustavo; yo he conocido algunas de esas desagraciadas que, al encontrar un hombre que las ame i las proteja, se unen a él fieles, cariñosas i abnegadas.
 - -Habrán sido viejas o estarian ya a las puertas de la vejez.
 - —Ni viejas ni jóvenes: de regular edad.
 - —Siendo jóvenes, replicó Moises, dudo mucho de su constancia. Esas mujeres, Gustavo, casi por regla jeneral, son fieles por un mes o seis, por uno o dos años a lo mas; pasado algun tiempo hallan un vacío a su alrededor, i se cansan, se fastidian, i encuentran insulsa i monótona la vida hon-

rada, concluyendo al fin por volver a su primera vida, muchas veces con mas ardor que ántes. I eso es porque el vicio deja tan profundas, tan indestructibles raices en su corazon, que no vastan ya para arrancarlas, el amor honrado de un hombre, la tranquilidad de un hogar modesto, la vida, en fin, sosegada i exenta de sinsabores que puede gozar la que ama de veras i se ve amada del mismo modo.

—¿I cómo me esplicas, entónces, esos amores exaltados i violentos, dignos del drama, que suelen esperimentar esas mujeres?

—Esos no son amores, Gustavo: son caprichos, son alucinaciones, son a veces fiebres heróticas que un hombre ha tenido el don de producirles. Pero satisfechos esos caprichos, realizadas esas alucinaciones, calmada esa fiebre de los sentidos, la mujer vuelve a sentir la necesidad del lecho revuelto por distintas manos, de las noches pasadas en vela finjiendo emociones que no sienten, de esa vida, en fin, repugnante, llena de contrariedades, llena de disgustos amargos o de placeres acres.

—¡Pero, por Dios! esclamó Gustavo: eso es incomprensible! ¿Cómo pueden preferir lo malo a lo bueno, la tranquilidad a la ajitacion, los sinsabores a la paz i el bienestar?

—¿Cómo? por una causa bien sencilla. Se han habituado a esa clase de comida; i si alguna vez se les sirve de ordinario manjares, luego sienten la necesidad de probar el alimento áspero, burdo, con que en otra ocasion se han alimentado. Una mujer que ha vivido levantándose en las altas horas de la noche con los piés i los senos desnudos para abrir su puerta al conocido o desconocido que la solicita; una mujer que ha soportado mas de una ocasion talvez, el aliento fétido del ébrio o las caricias torpes de lúbricos amantes; una mujer que ha vivido ociosa i desordenadamente algun tiempo en orjías donde ha bebido hasta gritar i embriagarse, en reuniones donde ha sido la pelota de goma con que han jugado cuantos han querido, durmiendo dias enteros para velar noches completas, sintiendo a veces hambres i necesidades, i

teniendo en otras dinero que arrojar tan locamente como lo ha ganado; una mujer, en fin, que ha perdido ya el pudor, que ha perdido el hábito de las buenas costumbres, no puede, Gustavo, someterse mucho tiempo a dormir tranquila en un solo lecho, a recibir contenta unos solos halagos. Por corto tiempo gozará con esa vida quieta, porque tendrá para ella cierta novedad; pero luego sentirá una especie de atraccion, una especie de hambre que la empujará a sus antiguos hábitos.

- —¿Luego tú piensas que para la mujer perdida ya no hai rejeneracion? preguntó Gustavo.
- —Lo creo tan difícil, amigo mio, que por eso a María Magdalena la Iglesia la consideró santa; i como ha pasado la época de los santos, no espero que nosotros veamos otra Magdalena.
- —Sin embargo, observó Gustavo con tristeza, yo considero a Leonor una mujer capaz de ser virtuosa: tiene en ciertos momentos una alma tan bella, un corazon tan noble i tan jeneroso, que no es posible creer que haya en ella finjimiento i doblez. Leonor es capaz de hacer la felicidad de un hombre a quien ame.
- -En eso tienes razon: Leonor i tantas otras como ella son capaces de hacer la felicidad del hombre a quien amen. Mas creo aun: esas mujeres pueden hacerlo mas feliz que las mismas mujeres honradas; pero lo difícil es que lo hagan; lo difícil es que ellas amen. Como ya te he dicho, lo que ellas mismas creen amor i lo que muchas veces las arrastra hasta hacer actos verdaderamente nobles de desprendimiento i cariño, lo que ha precipitado a muchas hasta el suicidio, es una simple alucinacion de sus sentidos, un capricho que las exacerva i enloquece; pero no hai nada de estable en sus propósitos, nada de sólido en sus acciones. En esos corazones, Gustavo, ya no puede florecer el amor; les han echado tanto lodo, tanto cieno, tanto cascajo áspero i árido, que esa planta delicada no tiene donde echar raices ni de donde sacar una gota de pura sávia. I sobre todo, Gustavo, por una especie de lei de constante aplicacion, el hombre casi siempre tiene la culpa de no ser amado verda-

deramente por esas mujeres. Es una cosa probada que entre dos amantes, cuando el uno enloquece, el otro se enfria. Ahora bien: cuando el hombre se cree amado por uno de esos cuerpos sin alma ni corazon, toma la cosa a lo serio, siente cariño por esa mujer i trata de hacerla suya, nada mas que suya, como si en un mueble que ha pertenecido a muchos, sin contrato ni escritura, pudiera ejercerse perfecto dominio de propiedad..... I bien: decia que el hombre trata de hacer suyo, nada mas que suyo, ese mueble ya usado; i tan a lo serio toma la propiedad. tanto se entusiasma i alucina él mismo con su adquisicion, que llega a considerarla como una jova, que llega a tratar de guardarla, como un avaro su tesoro. Entónces se opera el cambio que es natural, entónces se cumple la lei a que he aludido: ella, cuando se ve tan querida i estimada, se olvida que es joya falsa i piensa que en realidad tiene un gran valor. Olvida o atenúa su pasado, desde que su loco amante ha sido el primero en olvidarlo i atenuarlo: desdeña despues al mismo que la ha levantado, porque viéndolo constantemente rendido a sus piés, ella se considera la estátua i a él nada mas que su pedestal. Cuando mas, le reconoce el mérito de haberla hecho subir a esa altura, es decir, de haber sido la escala que ella necesitaba para elevarse.

—;Oh! qué mal idea tienes de esas pobres mujeres! esclamó Gustavo.

—He pasado toda mi vida entre ellas, contestó Moises, i no he cesado un momento de estudiarlas..... Sí, las conozco mas de lo que me conozco a mí mismo... Pero no creas por lo que he dicho que las considere incapaces de ser buenas, de obrar con cordura, de proceder en determinados casos, con nobleza e hidalguía: nó, yo lo que he observado es que, por una especie de maldicion que pesa sobre ese comercio innoble, sobre esas uniones bastardas en que rara vez, por ambas partes, obra el corazon, lo que he observado, repito, es que si por parte de la mujer ha habido abnegacion, por parte del hombre ha existido el egoismo. Una mujer atacada por esa alucinacion, por esa fie-

bre herótica, como la he llamado, podria llegar talvez a su completa rejeneracion si el hombre supiera mantenerla en el terreno que le corresponde.

-¿I cuál puede ser ese terreno? preguntó Gustavo con avidez.

-: Oh! eso no puede esplicarse: cambia segun los caractéres. Pero refiriéndome a lo que has hecho tú, por ejemplo, yo te diria. ¿Por qué cuando te viste amado por Leonor no pensaste en que la flor que tenias en tus manos carecia ya de la fragancia de la primera edad? ¿Por qué en vez de tomarla como un adorno, como un juguete, como un pasatiempo, labraste un trono en tu corazon para colocarla como soberana? ¿Por qué no pensaste en que estando verdes i lozanas las flores de tu jardin no debias plantar en él flores marchitadas por el candente cierso de las pasiones? Pero hablándote mas material i rudamente para que comprendas mi idea te diré: ¿no has observado que cuando por un acaso se unen una mujer de vida libre con un hombre de vida despreocupada i frívola, jamas se realizan episodios iguales al tuyo? Un mozo tunante que ha corrido el mundo, como se dice vulgarmente, jamas comete la locura de dar a esas mujeres mas de lo que merecen; las toma como un pasatiempo, las trata con la frivolidad i el carácter pasajero que tienen los placeres que ellas proporcionan, i finalmente las deja cuando ellas a su vez comprenden que no es ese el hombre que les conviene. Reasumiendo mas aun mi idea, podríamos condensarlas en estos dos axiomas: 1.º Una mujer i un hombre corridos, es decir, esperimentados, pueden unirse transitoria i fugazmente para gozar con los sentidos; pero su union concluye apénas uno i otro se aperciben que no ha tomado parte el corazon. 2.º La union entre un hombre esperimentado i una mujer inocente, o vice-versa, que es lo mas natural i lo mas comun, trae como resultado preciso el aniquilamiento o la ruina del inocente. El hombre tunante que encuentra en su camino una niña candorosa, la hecha a la calle: la mujer corrida que tropieza con un jóven inesperto, le pisotea i le arruina.

- —¡Pero, Moises!..... Todo eso lo creo exajerado!..... N_0 es tan malo el corazon humano.
- —¡Pues admírate mas, replicó Moises. Yo tambien creo que no siempre se hace eso por maldad. Para mí, ese es un resultado matemático como dos i dos son cuatro. La mujer que por cualquier circunstancia ve oscuro su porvenir, por haberse cerrado las puertas por donde podia llegar a la verdadera felicidad, busca el placer, ora porque se ha habituado a él, ora para aturdirse o sofocar la voz de su conciencia que nunca deja de resonar en su pecho. Entónces ella, en quien ya las ideas nobles han desaparecido, en quien no tienen gran valor las consideraciones i las leyes de la sociedad, puesto que ella las ha pisoteado; ella, en fin, que mira todo frivola, superficial, lijeramente, sin intencion de hacer mal i solo por proporcionarse un placer, troncha, rompe o aniquila cuanto llega a sus manos. Es decir, esa planta produce lo que debe producir: sus raices i su tronco están envenenados i su fruto debe ser un tósigo mortal.

Gustavo sacudió la cabeza con cierta desesperacion i desaliento.

- —Nó, dijo, como reflexionando consigo mismo; nó; si hai algunas mujes así, Leonor no puede ser una de ellas!..... Leonor me ha amado, me ama hoi mismo, talvez, i ella no querrá hacerme desgraciado!
- —Eso es indudable, le dijo Moises, i yo seria el primero en decirte que Leonor jamas ha tenido otra idea que hacerte dichoso; pero de desear hacerlo a poder hacerlo, cuando se tiene el carácter i las costumbres de Leonor, hai una distancia inmensa.
- —; Pero en fin! esclamó Gustavo un tanto exasperado; hasta hoi yo no tengo nada real que echar en cara a Leonor!
 - -¿I entónces por qué no eres feliz?
 - -Porque me veo atormentado por la duda.
- —Echa a un lado las dudas i quedarás tranquilo, le dijo Moises sonriendo.

- —¡Buen consejo! esclamó Gustavo: es como si no me dieras ninguno.
- —¿Pero cuál puedo darte? El único que se me ocurre tú no lo seguirias.
 - -¿Cuál?
- —¿Para qué dártelo? Amas aun demasiado a Leonor i has sufrido mui poco por ella para que puedas tomar una resolucion enérjica.
- —;Pero dímelo! Talvez tu exajeras mi debilidad i das poca importancia a mis sufrimientos.
- —I bien, yo en tu lugar tomaria mañana mi maleta i me iria a dar una vuelta por el sur, nada mas que por ver como están los campos, i si las cosechas te darán este año para resarcir lo que has gastado en esta casa.
 - -¿I Leonor? preguntó Gustavo.
- —Leonor se quedaria en su casa derramando lágrimas por tu ausencia i esperando, impaciente, el dia de tu regreso.
- —Pero salvo el atender a mis negocios, que en realidad bastante he descuidado, no veo lo que podria sacar de ese viaje.
- -Es mui claro, le contestó Moises con acento un si es no es sarcástico; si estando reunidos, Leonor se manifiesta contigo indiferente i fria, estando ausente podrás tú ver si le sucede lo mismo. A mas, amándote como tú tienes la conviccion de que te ama, cuando tú le anuncies el viaje ella ha de querer seguirte, i eso te probará que tú eres el dueño de su corazon i que no puede vivir sin tí. Pero tú debes dejarla para poder dedicarte con mas empeño al arreglo de tus negocios i tener un aliciente mas para volver pronto. I como tu separacion es solo temporal i tienes la intencion de vivir siempre con ella, la dejarás cuanto creas puede necesitar para sus gustos i placeres. Sin embargo, yo en tu lugar finjiria que de un momento a otro habia perdido mi fortuna, hasta el estremo de que para vivir ambos, hubiera necesidad de vender las halajas de ella. La mujer que resiste a la pobreza, que es capaz de deshacerse de sus galas i de sus joyas por seguir al hombre que ha elejido, esa mujer

ama de veras, en esa mujer puede depositarse confianza plena, pues, ese solo acto probará que su amor no es de la cabeza ni de los sentidos sino del corazon. Si tú crees, Gustavo, agregó Moises, que el cariño de Leonor resista a esas pruebas, sométela a ellas; i como es seguro que seguirá amándote en tu ausencia i en tu pobreza, tú no podrás menos de convencerte de su cariño i por lo tanto ser feliz.

—¿I si Leonor no resiste las pruebas? preguntó Gustavo con injenua candidez.

Moises le miró con aire compasivo i le contestó:

- —Si Leonor al verte pobre te abandona; si Leonor durante tu ausencia te traiciona i te olvida, entónces tú harás una de estas dos cosas: o la abandonas o desprecias por indigna, o te revuelcas a sus piés como un miserable.
- —¡Eso nó! esclamó Gustavo; si yo tuviera la evidencia de que Leonor me traiciona, tanto como ahora la amo, la despreciaria!

Llegaban a este punto del diálogo, cuando en el salon, donde habia ido gradualmente en aumento la alegría i algazara se oyó el grito de ¡cueca!... cueca!!!...

- -¡Si, cueca! Ya es hora de una cueca! gritaron otros.
- —¿I Gustavo i Leonor? preguntó uno en voz alta. ¿Dónde diablo se han ido los dueños de casa?
 - -: Preguntan por tí! le dijo Moises a Gustavo.
- —¡Oh! esclamó éste. ¡Tener que reir cuando mas bien se está para rabiar!...
- —Esa es la sociedad, amigo mio! Tú pones el plato para que otros coman; i aun cuando tú te quedes en ayunas, debes servirlo con alegría.

A ese tiempo entraron al salon de refrescos Víctor, Domingo Serra i Perico Vallejos, seguidos de Nicanor el amigo de Natalia.

—¡Bárbaros! esclamó Víctor dirijiéndose a Gustavo i a Moises. Bárbaros!... ¿qué hacen aquí cuando allá está la cosa que se arde?

- —; Pero aquí no está Leonor! agregó Domingo; mi Florinda ha estrañado mucho la desaparicion de Leonor!...
- —¿Quién me nombra por aqui? preguntó al mismo tiempo la jóven dueño de casa, apareciendo por una puerta que daba al patio.
- —¡Oh!... viva!... viva la nueva dama de las camelias! gritó Domingo.

Leonor, en efecto, habia colocado entre sus negros cabellos una de las hermosas camelias naturales que Gustavo habia hecho comprar en Santiago. El nítido i aterciopelado blanco de la flor, resaltaba entre el negro profundo i brillante de los ensortijados cabellos de la jóven, i comunicaba a su semblante un aspecto dulce, inocente e insinuante.

Casi al mismo tiempo, pero por otra puerta, apareció Maximiliano.

- —¡Ah! gran badulaque, le gritó Perico.¡Tú tambien eras de los perdidos! ¿Dónde diablos te habias ido?
- —¡A ver una copa! dijo Maximiliano, como si no hubiera atendido a lo que decia Perico.

Moises, con su golpe de vista rápido, observó que el blanco i fino traje de Leonor, por efecto del baile, talvez, así como su peinado i la camelia, no estaban tan ordenados como al principio de la noche. Observó tambien que tanto la jóven como Maximiliano habian llegado un poco azorados; i finalmente, que cuando Perico habia interrogado a Maximiliano, éste habia dirijido una rapidísima mirada a Leonor, poniéndose a beber despues con ansia, como cuando se tiene el paladar árido i sediento, una copa de coñac con soda que se habia apresurado a servirle Nicanor.

- —¡Vamos! todos adentro i a una cueca! repitió Perico.
- -; Sí, sí, ya es hora de zarandeo! esclamó Domingo.

Maximiliano se acercó a Leonor i la ofreció el brazo para llevarla al salon: los demas entraron en tropel pidiendo cueca! cueca i cueca!

—¡Vamos! dijo Gustavo con el tono con que habria dicho: «¡vamos al suplicio!»

I tanto mas viva sintió Gustavo la herida que principiaba a partirle el corazon, cuanto que Leonor no le habia dirijido ni una mirada, ni siquiera una sonrisa, miéntras para Maximiliano sus ojos tuvieron tiernas i afectuosas manifestaciones.

—Capítulo segundo, dijo Moises para sí, entrando junto con Gustavo al salon; capítulo segundo: de como miéntras un enamorado cuenta sus penas a un amigo, la Dulcinea aprovecha el tiempo contando sus goces a un amigo de entreambos.

De tertula en orjía.

Como la idea de cambiar los bailes sérios por la alegre cueca habia sido acojida con jeneral entusiasmo, particularmente por las niñas que no eran mui versadas en el arte de Tersícore, pronto la gordita i descotada Brijida fué solicitada para que tocara una zamanueca, única cosa que sabia en el piano.

Gustavo dijo que seria mejor ir antes a la mesa; pero los concurrentes, habiendo oido ya el entusiasta i cadencioso compaz del baile nacional, acentuado por los palmoteos alegres de varios de los jóvenes que habia en la sala, acordaron que se iria a la mesa despues de unas dos o tres cuecas.

Rompieron el nuevo baile Florinda Quiros con Perico Vallejos; i aunque ejecutaron la danza con gracia i donaire i no faltaron los palmoteos i los gritos animadores, Domingo Serra i Víctor declararon que faltaba alegria i animacion, pues la cueca debia bailarse al son de la arpa i la vihuela.

- —¡Cierto! esclamó don Teodoro enjugándose el sudor que brotaba de su redondo semblante; hasta yo prometo echar una cueca con la señorita Natalia!
- —¿I si trajeramos a las Pinillas? insinuó Nicanor al oido de Domingo.
- —¡Feliz ocurrencia! esclamó éste alegremente; i tomando a Nicanor por los hombros, le díjo:

- -¡Vales un tesoro, chico!... ¿Pero quién se encargaria de irlas a buscar?
- —¿I para qué estoi yo, pues? contestó Nicanor, dándose con la mano abierta un golpe en el pecho.
- —¡Bravo! bravísimo! esclamó Domingo, i comunicando el pensamiento a Víctor i a otros que estaban inmediatos, pronto recabaron la autorizacion de Gustavo, quien no halló ninguna razon justa para oponerse.
- —¡Pues bien, chico, le dijeron Domingo i Víctor a Nicanor: te vas a ir volando, pues sin tí no habrá alegría.

Nicanor iba a salir, pero pareció advertir algo.

- -¿No seria conveniente, les dijo, que las trajera en co le?
- -; Por su puesto! Así estarán aquí mas pronto.
- —Pero es el caso, dijo Nicanor tentándose precipitadamente los bolsillos, es el caso.... sí, eso es!.... Me he venido sin mi cartera!...
- —¡Qué! ¿Dinero? interrumpieron Víctor i Domingo, sacando ambos algunos billetes i pasándolos a Nicanor.

Este dudó un poco; i como los dos jóvenes se disputaban el derecho de preferencia, Nicanor por medio de un rápido movimiento se apoderó de las dos cantidades, diciendo:

—; Vaya!... les aceptaré a los dos!... A estas horas deben costar caros los coches! I salió rápidamente.

Inter llegaban las afamadas cantoras Pinillas, pasaron al comedor donde se habia arreglado una mesa con toda clase de fiambres, conservas dulces i licores.

Un pequeño cambio se habia operado en las parejas. Panchita parecia mui bien avenida con Víctor, lo que tenia furiosas a Brijida i Florentina, i Natalia escuchaba con agrado ciertas cosas que le decia al oido Manuel Echai.

Los demas seguian tal como los hemos visto anteriormente, es decir, Perico con Florinda, Domingo con Leonor Let i Maximiliano con Leonor Saravia. Gustavo, no sabiendo otra cosa mejor que hacer, se acercó a la rubia i delgada Florentina i en la mesa la hizo sentar a su lado.

La alegría i animacion reinaron desde el primer momento; i a medida que los estómagos recibian refuerzos de manjares i licores, los semblantes adquirian vivacidad i rubicundez.

- --¡Panchita! decia don Teodoro desde un estremo opuesto de la mesa. ¡Panchita!... El trato es trato! Goza de tu libertad i brinda con Víctor, ínter yo brindo con todas las bellas!...
- —¡Gustavo: a tu salud i a la de tu hermosa rubia! esclamó Domingo.
 - Por mi Florinda i las dos Leonores! gritó Perico.
- —; Gracias! contestó Leonor Saravia. Yo a mi vez bebo tambien por mis hermosas amigas Florinda i Leonor.
- —¡Bravo! esclamó Echai enguyendo un trozo de perdiz. ¡Bravo! las estrellas nos guian: sigámoslas i todos nos alumbraremos!...

Este cambio de palabas mas o menos afectuosas, fué cundiendo poco a poco hasta convertirse en una algazara indescriptible.

Todos querian hablar a la vez, todos chocaban sus copas i todos, en fin, alzaban la voz hasta el diapason para hacerse escuchar.

Se habia llegado a ese momento en que, en ciertas reuniones, princípian las pequeñas libertades, tanto de obra como de palabras.

Víctor pretendia, a toda costa, desensortijar unos cuantos crespos que tenia Panchita en la frente; i Manuel Echai, comiendo a dos carrillos, como se dice volgarmente, pedia a su compañera, a Natalia, que le sirviera vino sin cesar. Perico Vallejos, mirando de hito en hito a Florinda, con esa especie de adoración un tanto estúpida con que mira el que ha principiado a embriagarse, le decia:

- -Mi vida, mi ilusion, yo te amaré hasta la muerte!
- —¡Promesas! nada mas que promesas! le dijo Florinda sonriendo con coqueteria.
- —¡Ah! no son vanas promesas! repitió Perico: quisiera poder probarte con mi vida que te hablo la verdad!

- -; Mira que te oyen! le dijo Florinda en el mismo tono.
- —¡I bien, que lo oiga todo el mundo!... que sepa todo Chile que la hermosa Florinda Quirós es amada por Perico Vallejos!
- —¡Viva el amor! esclamaba al mismo tiempo Domingo tratando de reclinar la frente sobre el alto pecho de Leonor Let.
 - -¡Quieto! le dijo ella: no seas niño!

Leonor dijo esto seriamente, aunque sin enojo ni fastidio. Miraba en ese memento a la dueño de casa i una sonrisa un si es no es compasiva i desdeñosa se dibujó en sus voluptuosos labios.

- —Oye, le dijo a Domingo en voz baja, i mirando de reojo a Gustavo: oye, parece que este matrimonio no es feliz. ¿Te has fijado en las miradas tristes i celosas que Gustavo dirije a Maximiliano i Leonor?
- —Nó, negra mia, contestó Domingo; no he tenido ojos mas que para tí.

Leonor Let tornó a mirar a su tocaya, que en ese instante, con las mejillas animadas, el semblante alegre, los ojos chispeantes i risueños, chocaba una copa con Maximiliano diciéndole:

- -Por lo que tú sabes!...
- —¡Por lo que yo espero! contestó el jóven devorándola con los ojos.

Moises bebia en silencio, a pequeños sorbos, una copa de lejítimo Rhin, i no cesaba de mirar, ora a Maximiliano i Leonor que parecian navegar en *rio tierno*, ora a Gustavo i Florentina que sostenian un diálogo entrecortado i monótono.

Gustavo no habia probado una migaja de lo servido en la mesa. Bebia de cuando en cuando con ansia, con glotonería, copas llenas de Borgoña. Florentina, satisfecha de tener a su lado al dueño de casa, a un jóven que montaba tan lujosa casa a sus queridas, habia ensayado sus mas dulces sonrisas i sus mas tiernas miradas. Bríjida, por su parte, que se hallaba tambien, cerca del jóven, inclinándose a cada instante hácia él,

mostrándole sus senos que casi rebosan del descote de su vestido.

Pero quien desde que estaba en la mesa habia mirado con porfiada insistencia, con interes que Perico habria notado si su cabeza no estuviese ya tan cargada por el licor, habia sido Florinda Quirós. Los negros i chispeantes ojos de la blanca i gordita Florinda centelleaban al mirar el moreno semblante de Gustavo.

Moises, que todo lo observaba, cortó un pedazo de pastel diciéndose:

—Aquí, sin disputa, se prepara un pastel mas condimentado que éste. Bríjida i Florentina pierden las miradas que dirijan a Gustavo: son tiros al viento, pues las pobrecillas no valen gran cosa... Pero con Florinda será distinto; i si ella se empeña, como es mui lójico que suceda estando ya Perico arruinado; i si ella se empeña, repito, i él se siente despechado, creo que Gustavo pasará bien pronto a la casa de Florinda i Maximiliano quedará ocupando la casa de Leonor.

—¡Pero, diablo! pensó en seguida Moises al ir a servirse una copa de vino. ¡Pero, diablo! Este hombre, (i miraba a Gustavo), está enamorado hasta la médula de los huesos.

Moises se dijo esto porque Gustavo se habia puesto pálido como una cera, al sorprender a Maximiliano que estrechaba, por bajo de la mesa, una mano de Leonor. Al verlo, el celoso jóven habia oprimido convulsivamente un cuchillo, habia apretado los labios con cólera, i por fin, despues de mirar un instante terrible, airadamente a la feliz pareja, que parecia no preocuparse mucho de si eran o nó observados, se dominó i apuró de un solo trago una nueva copa.

—Si la tempestad arrecia, se dijo Moises, veremos un soberbio cuadro. ¡Pero es una lástima que Gustavo sea tan niño!... Veamos si es posible hacer algo por él!

—Oye, le dijo: te aconsejo, para que te cures de esa gran inapetencia, que emplees el método homeopático. Simillia, similibus curantur.

- —Gustavo pareció no comprender hasta que Moises, aprovechando la primera ocasion de hablarle al oido le dijo:
- —; Tonto! estás hecho una compasion con tu cara tan aflijida! Si Leonor se deja cortejar por Maximiliano ¿por qué tú n_0 cortejas a Florinda?
 - -Tengo un tósigo en el pecho, contestó Gastavo.
- —Pues pásalo con ese jarabe, le replicó Moises. ¿Te parece mal bocado la simpática Florinda?
 - -Es la querida de un amigo, contestó el jóven.
- —¡Diablo! tienes razon! le dijo con tono burlesco Moises. No recordaba que tu Leonor es libre i que Maximiliano no es tu amigo.

A ese tiempo don Teodoro, recordando el cambio de palabras que al principio de la noche habia tenido con Florentina, alzó una copa, diciéndole:

- —¡Rubita hermosa! yo te invito a beber una copa i a que hagamos las paces!... Ya va llegando la hora en que tendrás que darme un abrazo! eso es lo convenido, eso es lo necesario para que seamos amigos!
- —Puede usted abrazar i beber con su Panchita! le contestó Florentina.
 - -¿Pan con pan?... Eso seria estúpido!
- —¿Estúpido abrazarme a mí? gritó Panchita que habia escuchado el diálogo. ¡Repítalo otra vez, i veremos quien deja a quien!...
- —Calma, paloma; no hai que enfarullarse. Abrazarte a tí es una gloria; pero desde que eso está en casa!...
- —Sí, pues, se deja el pan de la casa para ir a recojer piedras a la calle.

La rubia olvidó su prudencia al oir a Panchita.

—¿Qué dices? le preguntó con aire amenazador. ¿Qué entiendes tú por piedras de la calle?

Gustavo vió venir otro chubasco; i enfadado, aburrido como se hallaba, se levantó diciendo a Florentina con acento serio.

—Señorita: espero que usted no turbará la alegría de los demas provocando un disgusto.

—¿Pero acaso yo los provoco? preguntó la rubia con enfado. No ha oido usted que me tratan como a una mujer de la calle?

Gustavo dejó su asiento i fué a sentarse al lado de Moises. Florentina, al ver la irritacion de Gustavo i talvez mas al ver que solo a ella se le habia reprendido, esperimentó tal ira i tal humillacion, que rompió a llorar con amargura.

- —¡Por San Pedro! esclamó don Teodoro. ¿Qué le ha dado a esta hermosa rubita?
- —¿Qué sucede? preguntó Leonor, dejando sin contestar algo que le preguntaba Maximiliano.
- —¡Nada! que Florentina llora porque no estoi a su lado, dijo Víctor.
- —No, dijo Manuel Echai sin dejar de mascar una pasta de leche i almendra; nó, es que ya principia el vino a verterse por los ojos.
- —No allegues fuego a la hoguera, le dijo Maximiliano en voz baja.
- —Pues entónces, alcánzame una botella de cualquier cosa, le replicó Echai, i apagaré yo el fuego que tengo en mis fauces.

Leonor se habia acercado a Florentina i trataba de consolarla en union de Bríjida. Gustavo pensó que habia sido brusco i se acercó tambien a dar satisfacciones.

—Llévensela a llorar a otra pieza, dijo Florinda. Gustavo no la ha dicho nada para tanta bulla.

Gustavo se volvió i dió las gracias a la jóven con una mirada de reconocimiento.

I como el llanto i las esplicaciones que trataba de dar Florentina arreciaban, Bríjida i Leonor condujéronla al dormitorio.

Algunos momentos despues, cuando Leonor regresó al salon, dijo a Gustavo con sequedad:

—Debias haber visto que estaba algo alegre para no tratarla con tanta dureza! Arreglado aquel pequeño inconveniente, la alegria fué m_{88} estrepitosa, mas jeneral.

El mismo Gustavo, aunque no dejó de sentirse mortificado por las constantes deferencias de Leonor hácia Maximiliano, encontró una especie de compensasion sentándose al lado de Florinda, cuyas gracias i cuya amabilidad notaba por la primera vez. Indudablemente contribuia mucho a ese descubrimiento el soplo de esperanza, o mas bien de venganza, que Moises habia deslizado a su oido. I como, por otra parte, nada comunica mas locuasidad a la lengua, mas alegria al corazon, mas ideas a la intelijencia, que el licor, cuando se habebido moderamente, Gustavo se sintió de repente como reanimado i pudo ser amable, obsequioso i galante con aquella jóven cuyas sonrisas i cuyas miradas parecian prometerle cuanto él quisiera.

La sobremesa, sostenida ya nada mas que por el champaña, que se vertia a torrentes en el estómago i a copas en los manteles, llegaba a ese grado en que un paso mas es la orjía estúpida, cuando se oyeron algunos cuchicheos, pasos i trajines, i luego tras de las puertas del comedor que álguien habia cerrado con misterio, el punteo sobre las cuerdas de una arpa i de una vihuela.

— Un esquinazo! esclamaron varios con alegría, i guardaron silencio para oir mejor los acordes alegres que empezaban a nacer de los dos instrumentos.

—¡Este chico vale un tesoro! dijo Víctor a Domingo, refiriéndose a Nicanor.

-; Deveras! ha sido una feliz ocurrencia!

A ese tiempo, afinados ya los instrumentos i despues de un corto preludio de música, dos voces altas i afinadas principiaron una de esas tonaditas alegres, llamadas de cogollo, en que se rasguea i tamborea la vihuela en ciertos momentos, para volver en seguida al canto chispeante, lleno de alegres variaciones con que se ha principiado la tonada.

Terminada ésta, el injenioso Nicanor, a falta de voladores de pólvora, habia hallado algo con que suplir el ruido de las detonaciones, i entre la bulla que producian éstas i el estrépito de hurras i palmadas con que saludaron de adentro a las recien llegadas cantoras, se abrieron las puertas i entraron aquellas seguídas por Nicanor que llevaba el arpa al hombro.

—¡Al salon! al salon! gritaron todos levantándose de la mesa.

Pero Nicanor, que segun dijo, se habia ajitado mucho, empuñó una botella de champaña i como buen compañero, sirvió a las Pinillas, bebiéndose él una doble racion.

Antes de cinco minutos, la arpa i la vihuela, tañidas por las afamadas Pinillas de Santiago, entónces de paseo en Valparaiso, dejaban oir una de esas *cuecas* mas alegres que una carcajada.

Salieron cuantas parejas cupieron en el salon; i miéntras aquellas bailaban, luciendo cada cual su gracia o su destreza, las demas seguian el compas de la música palmoteando las manos i gritando:

- -¡Ahora!...
- -¡Atrácatele!...
- -¡Hácetele chiquitito!
- -¡Cómetelo o cómetela, segun aquien se dirijian.

I en fin, esas mil esclamaciones con que se alienta i anima a los que bailan, para que subiendo la alegría hasta el delirio, den mas espresion al baile i mas gracia i mas soltura a los movimientos.

Llegaba el baile al fin de la segunda parte o del segundo pié, cuando Nicanor, abandonando los piés de la cantora que pulsaba la arpa, corrió al salon de los refrescos, arregló prontamente dos de las mas enormes copas que halló a la mano i volviendo al lado de los que bailaban se mezcló entre ellos gritando:

-; Aro!... aro!... aro!...

Lo que siguió lo conocen nuestros lectores sin necesidad de que se lo describamos.

Cuando una tertulia llega a esa hora i con los elementos de buena música, de buen canto i de buenos licores, las horas se deslizan con tal rapidez que regularmente la luz de la aurora viene a apagar la de las bujías.

Así, no nos detendremos en describir la alegría i animacion de los visitantes de Leonor, i solo daremos cuenta de ciertos episodios que están relacionados con los hechos que tenemos necesidad de referir.

Tocaba a su fin una de las mas animadas cuecas, cuando Florentina que hacia rato habia vuelto al salon i bailaba con Víctor, intencional o casualmente dió con el hombro a Panchita, al tiempo de dar una vuelta.

Panchita se vuelve, i antes que su rival hubiera tenido tiempo de prepararse, le dice:

—¡Así se empuja!...

Florentina lanzó una esclamacion i cayó produciendo jeneral estupor.

Intervinieron los acompañantes, se cambiaron insultos i denuestos, hablaron todos a la vez tratando de hacerlo todo nada unos, diciendo otros que aquello no debia interrumpir el baile, hasta que por fin Leonor, airada como dueno de casa, ofendida por esos escándalos de cuarto, de chinchel, de chingana, segun ella dijo, declaró que no se tocaria una cuerda mas en su casa si no salian Panchita i Florinda.

Estas, que estaban *alegres*, es decir, cargadas por el licor, desataron la lengua de tal manera contra Leonor i contra todos, que nuestra pluma se declara impotente para copiar ese bocabulario áspero como un guijarro i burdo como un gañan.

Fué necesario sacarlas, medio arrastrarlas, tocando esa tarca a Víctor i a don Teodoro.

- -Eso tiene, esclamó Leonor, pálida aun por la ira, admitir jente que no se conoce, i que no tiene un rasgo de educacion!...
- —¡I bien! esclamó Domingo que era uno de los que conservaba mas buena la cabeza. ¡I bien, ahora que hemos quedado solos, es decir, en buena compañía, que viva el placer!
- —¡Sí, viva!... gritó Perico, cuyas piernas se negaban a sostenerlo.

Maximiliano, que llegaba de la sala inmediata, donde habia dejado durmiendo a su amigo Manuel Echai, propuso se volviera a bailar un valse; i acercándose a Leonor le dijo en voz baja:

-Preciosa mia, ven a mis brazos i calmaré tu molestia.

Gustavo se dirijió a Florinda Quirós; i deseando vengarse de Leonor, comenzó casi en voz alta i miéntras se paseaban o bailaban, a decirla palabras de amor, que ella aceptaba con suma complascencia.

No tardó Leonor en apercibirse del cambio operado en Gustavo; i por uno de esos caprichos tan comunes en la mujer, i sobre todo en las que son menos fieles al hombre a que pertenecen, sintió de repente celos; pero celos rabiosos, que la hicieron desatender a Maximiliano para observar a Florinda i Gustavo.

Ver a Florinda preferida, no lo comprendia. Estaba acostumbrada a que los hombres tuvieran celos de ella i ella a no sentirlos jamas por los hombres.

En un momento en que Florinda, tomada del brazo de Gustavo, i apoyándose lánguidamente en él, pasaba frente a las consolas donde Leonor habia colocado los maceteros con las camelias, la jóven dijo a Gustavo.

—¡Qué feliz idea ha sido la suya de regalar estas flores a mi amiga! ¿Creerá usted que he deseado ardientemente toda la noche cambiar los brillantes que llevo en la cabeza por una de esas blancas i pálidas flores?

—¿Es posible? le interrogó Gustavo con galantería. ¡Pues no saldrá usted de aquí sin que satifaga sus deseos!

I tronchando la mas hermosa camelia, la presentó a Florinda diciéndole:

—¡Brillantes i flores debe cargar una cabeza como la suya!...

Leonor se puso pálida, le tembló el labio inferior i aunque
hizo esfuerzos para dominarse, no pudo conseguirlo.

—¡Cómo! pensó con la rapidez de su imajinacion acalorada por los celos i por el lícor: ¡cómo! ¿Florinda ha de tener tambien una camelia en sus cabellos? ¿l esa camelia podia regalarla Gustavo, cuando eran de ella i habian sido su orgullo, su satisfaccion, durante toda la noche?

No pudo contenerse, lo repetimos.

—¡Basta! esclamó, corriendo hácia los maceteros i arrancando las plantas. ¡Basta! yo no quiero para nado esas flores!

Las arrojó sobre la alfombra, i acordándose que llevaba una flor en la cabeza, hizo igual cosa con ella esclamando:

- -Yo no llevaré sobre mí lo que lleva otra mujer!...
- —Pero, Leonor, la dijo Gastavo haciendo ademan de acercarse a ella para calmarla.
- —; No me hables! gritó ella exasperada. ¡Puedes quedarte con tu nueva querida!...

I lanzando a Florinda una mirada llena de hiel i i de desprecio, se fué del salon cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué tal? le preguntó Moises a Gustavo. Si tú no echas ahora «bolas a la raya,» al menos por algun tiempo, volverás a poseer el cariño de Leonor.

Como podrá suponerse aquello fué el final de la tertulia, con gran sentimiento de Nicanor que esperaba un momento oportuno para bailar una cueca.

Los restantes, aunque pesarosos tambien del inesperado fin de la tertulia, se retiraron con la esperanza de terminar la noche de otra manera.

—Capítulo tercero, murmuró Moises cuando se alejaba; capítulo tercero: de como una mujer que es infiel a su amante, no comprende ni tolera que el amante le sea infiel a ella.

De como una María puede convertirse en Mr. Jhonson

Habian pasado como tres meses, cuando Gustavo, sin sacarse su sobretodo de viaje, llegaba una tarde a casa de Moises en Santiago.

El jóven estaba flaco i pálido, el cabello i la barba descuidados, i su semblante triste i abatido.

—¿Estas enfermo? le preguntó Moises con interes.

Gustavo vaciló un poco ántes de contestar.

- -Sí, dijo al fin con cierto empacho; pero moralmente.
- —Lo habia pronosticado desde que te dejé en Valparaiso, cada dia mas enamorado de Leonor.
 - —¡Oh! esclamó Gustavo; si tú supieras lo que he sufrido!...
 - —I lo que sufres aun, le interrumpió Moises.
- —¡Cierto!... Lo que sufro aun, pues no puedo arrancar de mi corazon la imájen de esa mujer.
 - -¿Has venido con ella?
- —Nó, ha quedado en Valparaiso. He podido al fin, despues de mil esfuerzos, desprenderme algunos dias de su lado para ver si aun es posible rehabilitar mi fortuna que se halla seriamente comprometida.
 - -¿I Leonor no quiso acompañarte?
 - —Nó: se lo propuse hace mas de un mes: he insistido varias

veces, pero ella siempre ha encontrado alguna razon para no acceder.

- -¿Entónces has roto con ella?
- —Lo deseo i conozco que es necesario; pero, Moises, te confesaré que a la sola idea de no ver mas a Leonor; a la sola idea de que ella puede pertenecer a otro hombre, la sangre se hiela en mis venas i siento un inmenso vacío en el corazon. I sin embargo, esa mujer me ha hecho probar amarguras que jamas habia sentido; me ha hecho esperimentar dolores que no sé como he podido resistir.
- —Era lo que debia suceder, le contestó Moises. ¿Recuerdas que yo te lo advertí? recuerdas que te dije que quien buscaba la felicidad en esas fuentes no podia sino hallar desdichas?
- —Pero yo no podia creerte entónces, Moises, porque para mí Leonor era casi un ánjel...
 - ¿I ahora qué es? le preguntó Moises sonriendo.
- —Hoi es... ¡oh! no sabré decirlo!... De repente la considero como una desgraciada, como un ser nacido con un perdonable defecto; pero luego la creo un demonio, una criatura de las mas infames. Para que tú veas si puedo, o si seria posible a alguien calificarla tal como merecen sus actos, voi a narrarte lo que me ha sucedido con ella en Valparaiso. Sé que esta confesion me pondrá en ridículo ante tus ojos; pero quiero revolver yo mismo el puñal que tengo clavado en el pecho.
- —Si, esos recuerdos son buenos, dijo Moises; porque cuanto mayor es la herida que nos ha causado la ingratitud de una mujer, tanto mas grande es el desprecio con que la miramos.
- —Pero yo no siento desprecio por Leonor; mas bien lo siento por mí mismo, por haber sido tan débil, por no haber podido dominarme i dominarla.
- —Eso es, dijo Moises, que la conciencia acusa, que la conciencia nos advierte, o como dicen los místicos, nos remuerde. I bien, en este caso, Gustavo, la conciencia, es de ir, ese encono contra nosotros mismos, es la voz del deber que hemos quebrantado, la voz de la dignidad que herida, humillada, desea

sobreponerse a nuestras bajezas o a nuestras pasiones menguadas.

- —Pero, Moises, le interrumpió el jóven: ¿es acaso una accion menguada amar a una mujer?
- —Amar a una mujer digna, contestó Moises, es una accion digna, porque en eso no se hace mas que seguir el mandato de la naturaleza i cumplir las leyes de la sociedad; pero amar a una mujer sin corazon, es una accion menguada. Primero, porque tú en ese consorcio das un corazon puro, i a tí-no se te da mas que un cuerpo marchito i ajado: segundo, porque tú, por la misma clase de amor que sientes, gastas tus fuerzas físicas, rebajas tu delicadeza i pundonor i te inhabilitas, en cierto modo, para ser mas tarde un buen esposo i un honrado padre de familia.
 - -; Pero éstas son por lo regular pasiones pasajeras!
- -En algunos, Gustavo, no en todos: en muchos producen los efectos que en mí. Figate en que yo te hablo, no como moralista o padre predicador, sino como hombre esperimentado. ¿No ves cómo me hallo a la edad en que otros principian a gozar de la vida, es decir, a probar las satisfacciones de verse reproducidos i tener un tranquilo hogar?-Para mi esos goces ya están vedados: agoté de jóven el manantial del amor i hoi, aunque mis fauces se resequen por la sed, no tengo mas que envidiar a los que aun pueden beber. I advierte que vo, gracias a que tuve sentimientos innatos de delicadeza i a que tuve un poco de fuerza de voluntad, he salido mas bien parado que muchos otros, porque ni perdi toda mi fortuna, ni me hice un tunante i libertino, ni he llegado, en fin, a ese grado de envilecimiento i relajacion a que llegan tantos desgraciados. Tampoco me ha tocado, como sucede a varios, morir en la flor de sus años, roido el cuerpo por enfermedades inmundas, o agotada su existencia en los placeres, como acaeció a nuestro comun amigo Heriberto.

—¡Así es! el desgraciado, preso de un amor fatal se abandonó a toda suerte de exesos i su naturaleza delicada no resistió.

- —¡I recuerda quién fué la causa! le dijo Moises.—Heriberto se enamoró perdidamente de Leonor; i como ésta viera que aquél era un hijo de familia i no tendria como darle el rio de oro que esa mujer necesita para sus placeres, con una crueldad digna de castigo, jugó con el corazon de ese pobre niño, como juega el gato con la pequeña rata que ha atrapado. Mucho me temo, Gustavo, que Leonor haga o haya querido hacer otro tanto contigo, i por eso tengo interes en conocer lo que has observado o lo que te haya sucedido.
- —Sí, te lo diré, le contestó Gustavo. Eres el único amigo que me habla de este modo; i aunque tus palabras me mortifican, veo que son verdaderas. Lo que voi a comunicarte quema mis labios i desgarra mi corazon; pero necesito decirlo a alguien para no ahogarme. Seré breve i no me detendré en detalles.
- —¿Recuerdas que te dije que Leonor tenia una amiga, hallada de repente, una tal María, a quien iba a visitar mui amenudo?
- —Sí, contestó Moises: una amiga que vivia por el Almendral.
- —Pues bien, continuó Gustavo: la amiga no vivia en el Almendral sino en el hotel Colon!... I la tal no se llamaba María, sino Jhonson, con unas soberbias patillas rubias i con una mision secreta de su gobierno ante el de Chile.
- —Ya habia presumido, dijo Moises, que la tal María tendria patillas, si no rubias, negras por ser mas comunes. ¿I cómo llegaste a descubrirlo?
- —La impunidad i la frecuencia con que se ejecuta un crimen, son casi siempre motivos para que los perpetradores abandonen poco a poco las precauciones. Leonor iba a ver a María con tal frecuencia i tal desplante, que me hizo formar la determinacion de espiarla. En el primer dia en que ella iba a salir, tomé mi sombrero i dije tenia una dilijencia que efectuar. Me subí a un coche, hice correr las persianas i aguardé como a media cuadra de distancia, sin perder de vista la puerta de nues-

tra casa. Pronto salió Leonor, i despues de mirar a uno i otro punto de la calle, tomó tranquilamente hácia el Puerto.

Hice que mi cochero la siguiese paso a paso.

El corazon me latia con tal violencia, que varias veces temi morir sofocado; pero cuando verdaderamente esperimenté un golpe terrible: cuando en realiadad habria preferido la muerte a ver aquello, fué cuando Leonor, dando una mirada hácia atras, entró al hotel Colon.

Me quedé sin accion, sin una gota de sangre en las venas, aturdido con aquel golpe tan cruel. Pero era tan horroroso mi suplicio, que me pareció imposible fuera real; i entónces por una de esas ilusiones que se hace la imajinacion, por una de esas quimeras absurdas que suele acojer el desgraciado para no aceptar su desdicha, pensé que talvez podia equivocarme, que talvez Leonor al ir ahí no fuera por aquello, sino por ver a alguna amiga recien llegada, por conocer el hotel, por beber en él, aunque esto fuera el colmo de lo absurdo, por beber en él, repito, una botella o una copa de licor.

Bajé del coche, i tambaleándome las piernas como a un ébrio, con la cabeza trastornada como un loco, subí la escalera del hotel.

No sabia qué hacer: los pasillos estaban desiertos; en una que otra habitacion, por las mal cerradas puertas, se divisaba luz.

Pensé golpear cada una de esas puertas o abrirlas sin previo anuncio, para sorprender a la traidora; pero ví que iba a hacer una cosa ridícula.

Pasó un mozo i entónces tuve una súbita inspiracion.

—¡Oye, le dije pasándole unos billetes; me vas a indicar cuál es la pieza adonde acaba de entrar una señorita vestida de negro i con manto.

—Yo no la he visto ahora, señor, me contestó; pero si es la misma que viene dos o tres veces por semana, debe estar en la pieza del ingles.

¡Dos o tres veces por semana! pensé yo. ¡No habia que du-

darlo! Debia ser ella!...; I ella en la pieza de un ingles!...; Qué terrible fué esa revelacion para mí! No sé por qué esos detalles que nada significan, esas nimiedades que en nada empeoran o mejoran nuestra situacion, forman tanto eco en nuestra alma, cuando se halla bajo el peso de un gran dolor.

Fué lo que me acaeció a mí: no sé porqué habria preferido que fuera otro, no un ingles, a quien habia ido a visitar Leonor.

Comprendo que un chino, un africano, para el caso tanto da; pero no sé por qué al conocer algo del ser que directa o indirectamente nos hace sufrir, lo vemos tan empequeñecido a nuestros ojos.

- --Es que los celos, Gustavo, nos colocan ante la vista unos vidrios con los cuales vemos los defectos de los demas i solo lo bueno que poseemos nosotros.
- —Sea por lo que sea, continuó Gustavo, lo cierto es que yo sentí mayor rabia, mayor desesperacion al ir encontrando pruebas que ya no me permitian dudar de la traicion de Leonor.

Cuando pasó la especie de estupor que me causó lo que me habia contestado el mozo, me revestí con cuanta calma me fué posible i le dije:

—Bien, ella debe ser: llévame a la pieza de ese ingles.

El mozo me guió por un largo pasadizo i me mostró tres habitaciones con balcones al mar.

- —Ese departamento, me dijo, es el que ocupa Mr. Jhonson. I a fin de mostrarse amable i comunicativo conmigo, por la buena propina que habia puesto en sus manos, agregó:
 - -¿No conoce usted a Mr. Jhonson?
- —Nó, le contesté secamente mirando con insistencia hácia los balcones, donde al traves de los vidrios i trasparentes se veia la luz del gas.
- —Es un caballero mui jeneroso i debe ser mui rico, agregó el mozo.
- —¡Bien, retírate!... le contesté apesar de que en mi interior ardia en deseos de saber algo mas de él.

¡Rico i jeneroso! pensé cuando estuve solo. ¿Será esto lo que

mueve a Leonor a quererlo? Pero qué le falta a mi lado? No ha votado ella en mil caprichos casi toda mi fortuna?

I miraba hacia los balcones creyendo que de un momento a otro aquellas habitaciones debian arder o debian desplomarse si era cierto que habia una justicia en el cielo. Pero nada: la luz seguia marcando los paisajes de los trasparentes i una tranquilidad, un sociego absoluto parecia reinar en aquellas tres habitaciones.

Como atraido por una fuerza superior a mis fuerzas, avancé hácia ellas con paso sijiloso, reprimiendo la respiracion i apretándome el pecho para contener los latidos de mi corazon. Me parecia que iba a cometer un crímen: me parecia que álguien, al verme, iba a tomarme por un ladron o iba a descubrir lo que sentia.

Llegué a situarme frente a una de las ventanas, i ahí me detuve sintiéndome morir.

De repente creí escuchar un débil ruido, una especie de murmullo sofocado... ¿Qué podia ser aquello? Pronto me convencí de que era el ruido leve que, aun en su mayor calma, hacen las olas del mar; pero junto con descubrir ésto recordé los momentos en que el silencio de nuestra alcoba habia sido turbado por ruidos, por voces, por suspiros i aspiraciones que yo habia escuchado ébrio de placer.

¿Seria eso lo que, cual soplo de fuego, llegaba a mis oidos abrasándolos?

¿Leonor tendria para ese, los mismos trasportes, las mismas sonrisas, los mismos alhagos que tenia para mi?

¡Ira del cielo!... Aquello no podia ser porque yo no lo queria!... ¡Pero podia serlo i entónces la rabia, la ira, la desesperacion mas profunda se apoderaban de mí!

¡Cuán vil, cuán despreciable, cuán indigna de mi amor consideraba a Leonor!

I sin embargo, una fuerza estraña me retenia ahí: una esperanza estúpida, me decia que aquello tan cierto, no era cierto sino ilusion!

Así, medio demente, medio loco, concibiendo i deshaciendo mil proyectos, pasé no sé cuánto tiempo, mirando como un estúpido los balcones del ingles.

Pensaba en acercarme, en golpear las puertas hasta hacerme abrir, cuando vi dibujarse una sombra en los trasparentes de las ventanas. Retuve el aliento como si con ello pudiera mi vista penetrar los objetos que se interponian entre mí i los que estaban adentro. La sombra pasó dos o tres veces por frente a la ventana, i luego oí distintamente ese ruido que no puede confundirse con otro, el ruido de una botella que se descorcha.

Eso fué un nuevo rayo de terrible luz que hirió mi imajinacion!...

Leonor acostumbraba pedir una copa de oporto cuando se sentia débil o fatigada. ¡Yo se la habia servido mil veces!...

Gustavo se detuvo, como si aquel recuerdo embargara su voz.

—; Buena costumbre! le dijo Moises con su calma habitual. El oporto es un magnífico restaurador!... I bien, veamos el desenlace de la comedia!

—Algunos momentos despues, agregó Gustavo, vi dibujarse en las ventanas la sombra de dos personas. Comprendí que Leonor iba a salir i por un momento pensé en ocultarme, en volver a la casa i averiguar de Leonor, con toda calma i tranquilidad, lo que habia hecho i dónde habia estado. Pero una especie de curiosidad rabiosa, una sed de convencerme me retuvo ahí i me hizo abandonar el deseo de ver hasta donde llegaba la hipocrecía de aquella indigna mujer.

Sin embargo, me aparté un poco, porque sentí vergüenza de ser visto por el ingles, i fuí a colocarme en un punto de la escalera por donde necesariamente Leonor tenia que pasar.

Efectivamente, algunos minutos mas tarde apareció ella en la escalera i yo al verla finjí que subia.

Cuando me vió, se detuvo, me miró con ojos azorados i se puso pálida como un cadáver.

Luego, como la serpiente sabia cuánto me dominaban sus

sonrisas i sus miradas, ensayó fascinarme, envolverme con ellas; pero la espresion de mi semblante debia ser terrible; el dolor marcado en mis facciones debia verse tan claro, que Leonor hizo desaparecer la sonrisa de sus labios i cubrió su rostro con una espresion tímida, humillada, contrita. Sin las pruebas de su hipocrecía que he adquirido despues, hasta hoi estaria creyendo en que, desde ese momento, habia sentido un hondo, un sincero arrepentimiento.

—¡Gustavo! me dijo con voz tímida acercándose lentamente a mí. ¡Gustavo! yo te esplicaré esto... he hecho mal; pero tal vez menos mal de lo que tú crees...

Pensé sofocar a aquella mujer, pues no sé por qué su voz principiaba a infiltrarse en mi corazon i a debilitar mi ira; pero si calmaba mi rabia con ella, sentíala contra mí mismo porque veia aparecer mi dibilidad i mi miseria!

-¿Vamos? me preguntó ella tierna, sumisamente.

Sin contestarle bajé la escalera i ella bajó tambien a mi lado.

Mi amor burlado, mi dignidad pisoteada, mi amor propio herido, decíanme que yo no debia marchar un segundo mas al lado de esa mujer; que debia escupirla a la cara i dejarla para siempre, ahí, en la calle, puesto que era una mujer que en la calle revolcaba su honor.

Pero a pesar de los consejos de mi corazon, no sé qué fuerza estraña me compelia a seguir, a seguir adelante.

Así llegamos a la casa, sin haber cambiado una palabra en el camino.

Yo me sentia humillado al no hallar en mi la voluntad suficiente para dominarme. Habria querido abofetearla: pero eso me parecia bajo i mui terrible; habria querido insultarla, pero no hallaba palabras bastante hirientes en nuestro idioma para significarle el desprecio profundo, la ira terrible que me devoraba. ¡Oh! yo no creia, agregó Gustavo, que el corazon del hombre pudiera dar cabida, en ciertos instantes, a tan variados i terribles pensamientos! Al llegar a la casa me dejé caer en un sofá, sin poder modular ni una palabra, ni una queja i sin saber, casi, lo que hacia.

Leonor me miró un instante, se quitó el manto i lo arrojó sobre una silla; i despues, marchando lentamente, fascinándome con su mirada triste i tierna, llegó hasta el sofá, se acurrucó cerca a mis piés i ocultando su hermosa cabeza entre mis rodillas, cual si la vergüenza, el arrepentimiento i el dolor la aniquilaran, rodeó mi cintura con sus manos i con voz tenue, triste como una plegaria, dulce e insinuante como una caricia, me dijo:

—¡Gustavo, Gustavo mio!.... he sido una loca!.... Perdó-

Me pareció que lloraba... Sus torneados brazos estaban helados cual si fueran de mármol; su cabellera cubria mis rodillas i rodaba, negra i brillante, como filamentos de ébano, sobre la alfombra. Nunca me habia parecido mas hermosa: nunca habia sentido por ella tanto amor como entónces.

Dí tanto crédito, agregó Gustavo tras de corta pausa, a las manifestaciones de Leonor, que su arrepentimiento lo creí sincero i su dolor efectivo i profundo.

No sé qué le contesté: no sé qué la dije; lo cierto es que al cabo de pocos momentos nuestros labios se encontraron sintiendo yo, al contacto de los de ella, un estremecimiento de repugnancia i horror que no sé cómo describir...

Gustavo se detuvo, i Moises al ver que interrumpia su narracion, se levantó lentamente, fué a otra pieza i volvió con una botella de coñac i dos copas.

—Sírvete, le dijo a Gustavo. Así como el oporto es un buen restaurador, así el coñac es un magnifico vigorizador.

Al dejar la copa en que habia bebido Moises le dijo:

—De esta primera parte de tu historia, yo podria contarte el final sin equivocarme mas que en pequeños incidentes o detalles. Conozco tanto lo que es el corazon humano, o mas bien, lo que son las pasiones humanas, que podria retratarlas mejor que cualquier fisiolojista...

—El final de esa primera parte de mi historia, le dijo Gustavo, es bien duro para mi contarlo!

—¡Ya lo creo! le dijo Moises. En ese final representarás tú el papel ridículo de haber amado mas, de haber mimado mas, de haber hecho mayores locuras, por la mujer que te habia traicionado.

—¡Cierto! esclamó Gustavo con acento reconcentrado. ¡Cierto!... Aunque sentí desde esa noche, en el corazon, un dardo que me quemaba, no pude menos que rodear a Leonor de mas caricias, de mas atenciones, de mas comodidades. Prodigábale caricias, tanto porque las necesitaba mi corazon como bálsamo para curarse, como por que creia que viéndose ella harta de halagos, no desearia las caricias de otros: llenábala de atenciones, porque deseaba no echara de menos las que podia prodigarle un amante; i en fin, la rodeé de comodidades para que el deseo de satisfacer un capricho, la necesidad de proporcionarse ciertos placeres, no la llevara a vender su cuerpo, ese cuerpo que yo tanto amaba, como se vende una de las mas viles mercancías, puesto que se deja al comprador el apreciar cuanto vale el objeto que ha gozado.

—¡Bravo!... Bravo!... esclamó Moises. Esta es la primera vez en que dices una verdad como un templo!... Bien! se conoce que la práctica te va dando conocimientos que ántes no tenias. Adelante!

I como Gustavo se quedase un momento callado, Moises agregó:

—Pero, te advierto, que eso todavía es la aristocracia, la parte noble del comercio que venimos tratando. Descendiendo un poco mas, hallarás tú que la mercadería no se entrega si antes no se estipula i se paga adelantado el precio. Esa es la verdadera prosa del amor: es la cloaca en que muchos i muchas se revuelcan como en un lecho de fragantes flores.

—¡Si, dijo Gustavo: estoi comprendiendo lo que es la vida; pero el aprendizaje me cuesta mui caro...

-Es que has tenido una maestra en el arte, le dijo Moises.

El semblante de Gustavo se revistió de tristeza i con la injenuidad de un niño preguntó:

- -¿Crees tú en realidad a Leonor una mujer tan perversa?
- —La creo menos perversa que otras muchas i esto por una razon lójica i sensillícima. Leonor es una mujer hermosa i todavía jóven. Para vivir como vive, es decir, rodeada de atenciones i de adoradores no tiene necesidad de echar mano mas que de sus encantos i de su juventud; pero cuando su hermosura esté marchitándose, cuando su espejo la diga que ya está envejeciendo, entónces esa mujer echará mano de su injenio, acudirá a su talento, i todo lo pondrá al servicio de este solo objeto: «engañar al hombre para sacarle su dinero.»
- —Pero hai muchas que, dígase lo que se quiera, son desinteresadas i hasta jenerosas. Para presentarte un ejemplo reciente, te diré que Natalia, esa jóven que tú conociste en casa, tenia una regular posicion que le habia formado Leonor; pero esa jóven, enamorada de ese tunante i badulaque de Nicanor, le ha dado poco a poco cuanto tenia i hoi está otra vez a las puertas de la miseria.
- Eso no hace mas que confirmar mi nanera de pensar, le replicó Moises. ¿Qué necesidad tenia Natalia de un amante i de un amante de esa naturaleza para vivir?—Ninguna: pero su vicio estaba formado i debia caer nuevamente en él.
 - -Pero ya ves que no solo el dinero las hace ser malas.
- —Ní yo he afirmado eso, tampoco, en absoluto. He dicho, al contrario, que viven condenadas al vicio i a la relajacion, porque ya están habituadas a ello.
- —Pues yo no concibo que estas mujeres tengan tan poca reflexion, que desprecien la felicidad por seguir la vida libre.
- —Todo es cuestion de hábito, le dijo Moises; esas mujeres, habiéndose educado mal o habiendo principiado mal su vida, tienen que concluir mal; i así como hai tantos hombres que no toman esposa nunca porque no comprenden los goces de la familia i del hogar, así tambien hai mujeres que no creen pueda existir felicidad fuera de la relajacion. De esto se deduce,

amigo mio, que así como ajesa clase de mujeres se las ha dado un nombre jeneral, que podemos sostituirlo por el de hijas de la Noche, por ser mas decente, así a esa clase especial de hombres podríamos darle el mismo nombre, pues salvo la diferencia de que ellos son los que pagan i ellas las pagadas, sus aficiones, sus gustos i sus hábitos son los mismos...

- -No debian, por lo mismo, censurar tanto a las mujeres.
- —Es que lo innoble que hai en el asunto es el comercio. Si la jeneralidad de esas mujeres no viviera solo de su prostitucion; si casi la totalidad de ellas no procurara solo sacarle dinero al hombre con finjimientos i mentiras, no habrian merecido el desprecio con que se las mira.
- —Pues yo no creo que la mayor parte tenga ese carácter, dijo Gustavo que por su poca esperiencia creia exajerado cuanto decia Moises.
- —¿No crees tú que un noventa i nueve por ciento de esas mujeres que finjen amar lo hacen solo por el interes? Pues voi a darte una prueba elocuentísima. Como he sido tan observador i me ha gustado estudiar el corazon humano, i especialmente el corazon de la mujer, cuantas cartas de ellas he recibido yo o algunos de mis amigos, las he guardado i coleccionado. Voi a mostrarte algunas.

Moises fué a un secreter de su escritorio i volvió con un paquete de cartas.

—Vamos a leerlas, le dijo a Gustavo, tal como vayan saliendo; i para que tú les encuentres todo su colorido, te contaré la historia anexa a cada una de ellas. Veamos la primera.

Moises dió una rápida ojeada a una de las cartas i agregó:

—Esta pertenece a una jóven mui inclinada al sentimentalismo, mui romántica i que hacia gala de desinteres i de *amar* a los hombres por solo lo que ellos valian. Escribe a su querido porque éste, la noche anterior, se apartó de la casa disgustado por algo que nos lo esplicará la misma carta.

Dice así:

«Señor Dn.....

—¡Ah! se interrumpió Moises; para tomar el verdadero sabor de estas cartas, es necesario leerlas con toda su ortografía; fíjate pues en ella.

« Qurido des mi corazo.

Llo no debida escrebirte: vasta qie tu bas a pensar qie me muebe elinteres; pero ei yegará el dia en que vedás cuan sin cera a sio el amor de esta mujé que por tí tanto a suspirao, i sin interes ninguno, mi ijito lindo i amao de mi corazó. yo nunca e amao alos onbres por interes sinopor sus pendas i a tí yo no se qie me as echo qie cada dia me tenis mas loca deamor.

«anoche tu mi hijito lindo te enojaste i te viniste; poque biste a ese onbre: i tú creiste qie yo lo preferia por ser mas rico qie tu; no, yo no soi desas i al onbre qie le doi mi corazó selodoi enterito comoa ti telo a dao tu china queria: así nome dejes mi bien querio i ben ahora a berme sin falta.

N. N.D

- —Aquí está el golpe, agragó Moises. Fíjate en esta posdata: «P. D.—Qurido, si me ubieras treido las votas anoche, yoabria podido ir a berte ahora; pero como tu sabes mis sapatos están mui malos.—tu nega.»
- —Lo que resalta en esta carta, como se vé, dijo Moises, es que la nega esperaba un par de botas el dia de la visita; i pensando atrapar a otro que le diera mas, o a los dos a la vez, escribiendo al dia siguiente al amante antiguo una cartita como la que hemos leido, se mostró mas obsequiosa con el recien llegado.

Veamos una segunda: esta es de una niña que se queja porque su querido la trató mal de palabras i de obra, una noche en que ella se manifestó celosa. Principia así:

«Ingato:

si tu no mavis quierido como tu voca melo a dicho node vias avermelo manifestao tan ingatamente comoanoche lo icitte maltratandome para que la otra se ria demi idiga atoos que yo e sio tu perro i me he arrastrao por tu cariño: cierto, pero un hombe caballero como ti no hace eso con la muje que le a tenido en las palmas de mano i adivinando su pensamito para acer su gusto i su voluntá. pero bien me lo icia mi tia que tu me habias de dar de llorar i yo por tu fiel amor no lo creida. Pero no digo mas; dios te dara el premio i ami lo que me conbenga.

Una desgracida Margarita.»

—Aquí viene el prólogo, es decir, la posdata, agregó Moises. Dice así:

«P. D.—Si tu sois verdaero caballero no me dejaris así sin tener para siquiera los pirmeros dias inte dios dispone desta degracida.»

«Bale.»

—En esta, como en la anterior, dijo Moises, resalta la idea o el objeto de la carta en la posdata. Pero veamos una tercera. Moises recorrió la carta para sí i luego dijo sonriéndose:

—Esta es de una que, haciéndose tambien la desinteresada, recibió dos o tres veces la visita de un amigo sin que éste se suscribiera con nada; pero como ella vió que visitas de esa clase no le convenian i que era necesario no perder el tiempo, le escribió la carta siguiente:

«Apreciado amigo:

«Tengo un buen negosio que aser i confio en su caballerosida para, que me preste unos sincuenta pesos para compra de uno jénero i trabajar: que tan pronto haga la venta se los volverá su amiga i S. S.

Salustia Duarte.

- —Pero como el que recibió esta carta, agregó Moises, era uno de los que gustan tomar esas cosas gratis, contestó que sentia mucho hubiera mandado tan a destiempo, pues acababa de colocar todo el dinero en el banco.
- —A ver, leeremos otra i despues seguirás tu historia, agregó Moises. Esta dice así i parece mejor escrita que las demas:

Palomito mio:

Anoche supe por la Tránsito que habias venido a verme i te habias enojado mucho por no encontrarme, diciendo que habria salido para ir donde otro hombre. ¡Ah! qué injusto eres con tu palomita, que desde que te conoció se acabaron todos los hombres para ella.

«Ven esta noche, te lo pide tu palomita, i tráeme lo que me ofreciste la última vez.

Desinteresada.

- —I bien, continuó Moises, suspendamos esta lectura i volvamos a tu histuria.
- —Mi historia, dijo Gustavo, entra a la parte de la intriga, del crimen solapado, de la hipocrecía mas profunda.
 - -Entónces entra a la parte interesante: vamos a ella.

Gastar su fortuna en una mujer, es quedarse sin mujer i sin fortuna.

—Como te he dicho antes, continuó Gustavo, a fin de quitar a Leonor hasta el pretesto para volver a serme infiel, la colmé de mayores atenciones i la rodeé de comodidades.

Nuestra casa se hizo el punto de reunion de amigos i amigas, pues habia mesa permanente i mui bien servida.

Leonor salia todos los dias al comercio, a la esplanada, al muelle, acompañada de alguna amiga. La casa con estas salidas i particularmente con las que tenian por objeto ir al comercio, se colmaba de sederías, de blondas, de plumas, de sombreros i de mil de esos embelecos o bagatelas a que Leonor está tan acostumbrada.

No obstante las gruesas sumas que yo ponia a disposicion de ella para sus gastos, siempre estaba endeudada, siempre le quedaban acreedores que venian a golpearle la puerta en demanda de dinero.

Yo veia que aquel rio de oro que salia para no volver, era mi ruina; pero temeroso de disgustar a Leonor me callaba. Otro tanto me sucedia con las visitas i con sus continuas salidas: tolerábalo todo i ponia buen semblante a todo a fin de no digustarla. Pero esto no podia durar; i un dia sentándola a mi lado, estrechando entre las mias sus manos, la dije:

29

- —¡Mi Leonor!... ¿Recuerdas cuán felices fuimos en los primeros dias de nuestra union?
 - -¡Sí, me dijo con aire distraido.
 - -I ahora, le dije ¿por qué no podemos ser dichosos?
 - Pues yo lo soi lo mismo que ántes!
- —Yo no, Leonor: cuando tú viviste nada mas que para mí i mi amor; cuando veia que tu cariño era igual al mio, i que yo solo bastaba para tu felicidad, yo no aspiraba otra cosa sino que esa vida durara siempre, siempre, hasta que las canas de la vejez cubrieran nuestras cabezas, o la muerte separara nuestras existencias.
- —¿I acaso yo vivo ahora para otros? me preguntó con sequedad. ¿Acaso te he dicho que tú no bastas para mi felicidad?
- —Nó, tú no me has dicho eso, Leonor; pero yo lo conozco, yo siento ahora helado tu corazon... Oye, voi a decirte ahora lo que hace mucho tiempo guardaba en mi pecho; pero yo te pido me contestes con sinceridad.
 - -¡Habla! me dijo.
- —Deseo saber, Leonor, si siempre piensas tú en que nuestra union sea eterna.
- —Cuando me uní a tí tuve ese pensamiento i nada hai que pueda haberme hecho cambiar, me contestó; pero con tal frialdad que comprendí que mentía.

Desde entónces quedé con el corazon destrozado i lleno de dudas. Dudé del amor que se me manifestaba: dudé de su arrepentimiento: dudé de sus palabras, de su fidelidad i de cuanto a ella pertenecia. Me hice receloso, iracundo, i mis menores sospechas, abultadas muchas veces por mi imajinacion, me hacian sufrir horrorosamente.

En tal situacion i hallándome convencidísimo de que Beatriz, la criada que sirve de camarera a Leonor, desempeñaba a mas el papel de alcahueta i se hallaba por lo tanto instruida en todos los secretos de su ama, la tomé un dia de un brazo, me encerré con ella en una pieza i mostrándole un rollo de billetes de banco le dije:

- —Oye, Beatriz: todo este dinero es para tí si me contestas con franqueza, si me hablas la verdad. Debo advertirte que lo sé todo; pero quiero oirlo de tu boca i ver si eres una criada que me es fiel.
- —Señor, me dijo Beatriz un tanto turbada; yo diré a usted la verdad pura; basta que sea un caballero tan bueno.
- —I tendrás lugar a conocerlo mejor, Beatriz, si veo que me hablas la verdad. Dime: ¿qué clase de relaciones tuvo Maximiliano con Leonor en el tiempo que él pasó aquí?
- —Era uno de los amigos mas apreciados de la señorita, pues ella decia que le recordaba a Santiago.
- —¿I nada mas? Tú no eres tan inocente, Beatriz, para no comprender que yo me refiero a relaciones mas íntimas, es decir, a que Maximiliano ha sido un amante oculto de Leonor durante ese tiempo.
 - -¡Yo no lo creo, señor!...
- —¿I en qué pasaban tanto tiempo solos cuando yo no estaba aquí?
- —Leian, tocaban el piano, i a veces se iban al comedor, donde se hacian servir cerveza, coñac con agua o cualquier otro licor.
- —¿I por qué tú, cada vez que estaba Maximiliano u otro hombre te llevabas en la puerta de calle i te ocultabas apénas me veias regresar?

Beatriz pareció mui confundida.

- -¡Habla!... le dije; no me ocultes nada porque lo sé todo!...
- —¡Perdóneme, señor!... i le diré la verdad.
- -¡Sí, pero con tal que no me ocultes nada!...
- —Es que yo, señor, contestó Beatriz con rubor, tengo mi novio, es decir, un jóven que me dice se casará conmigo i con quien hablo algunos ratos en la calle. Cuando usted está en casa, yo no me atrevo a salir i por eso es que algunas ocasiones usted me ha sorprendido en la puerta i yo he corrido a ocultarme al divisarlo temiendo una repreension.
 - -Tú me mientes, Beatriz! le dije.

- -¡Señor! como esta luz que nos alumbra le digo la verdad!...
- -¿I qué cartas son las que te manda dejar Leonor casi siempre que yo salgo?
- —¿Cartas?...¡Ah! suele escribirle a su modista, a la sombrerera de la calle del Cabo i algunas veces tambien a Santiago, a su amiga Natalia.
 - -¿A nadie mas?
 - -¡Yo nunca he ido a otra parte, señor!

Comprendí que no sacaria nada de aquella astuta criada, continuó Gustavo, i la despedí pagándole para que no dijese a Leonor lo que habíamos hablado.

- —¡Niño!... Dos veces niño! le dijo Moises. En primer lugar es una solemne candidez tratar de saber de la criada de confianza de una mujer, lo malo que ella hace, sobre todo cuando es el marido o el amante quien lo averigua. En segundo lugar, con el hecho de haberle dicho: «lo sé todo» le diste a conocer que no sabias nada; i finalmente, pagarle i despedirla encargándole no dijese nada a su señora, fué el último de los disparates. Ya que habias cometido los primeros, podias siquiera haber mantenido el papel de que lo sabias todo i entónces despedir a la criada diciéndole que era una tapadera de su señora.
- —Es cierto, dijo Gustavo: comprendí que habia dado un paso ridículo i en falso i traté de enmendarlo redoblando mi vijilancia, volviéndome todo ojos i todo malicia para no ser engañado. Pero cuando me parecia que iba a obtener la prueba evidente de la infamia de Leonor, me sucedia que solo encontraba una prueba en contrario. En ese tiempo, yo estaba poco en la casa: iba a la bolsa, a los cafees, a las tertulias con algunos amigos; unas veces para disipar las amarguras que me torturaban, otras para dar ocasion a que Leonor cayera en los lazos que yo creia haberle tendido; pero mil veces me sucedió que cuando llegaba a la casa bajo la persuacion de encontrarla con algunos de sus amantes, la hallaba tranquila leyendo o entregada a inocentes pasatiempos.

En dos ocasiones me sucedió que divisé en la calle una mujer que por su cuerpo, por su traje, por mil particularidades que yo conocia de Leonor, creí que era ella i la seguí hasta que por alguna circunstancia se me perdia de vista. Entónces tomaba un coche i a mata caballos me dirijía a la casa diciéndome que si no la encontraba ahí, ya no me quedaria duda de su infame proceder. Pero llegaba a la casa i veia que Leonor no habia tenido ni siquiera intencion de salir. Entónces el gusto de haberme engañado, el placer de encontrarla pura i honrada me hacia caer nuevamente en sus brazos, mas enamorado que nunca, mas sediento que nunca de su amor, para un dia, unas cuantas horas despues muchas veces, volver a sentir las torturas de los celos.

-Recojias, mi amigo Gustavo, le dijo Moises, el único fruto que puede obténerse de esos amores. Tomabas una gota de miel para nadar mas tarde, en un lago de hiel. Yo no creo que nadie, absolutamente nadie, que haya tenido la desgracia de enamorarse de una mujer como Leonor, pueda decir durante mucho tiempo que es feliz con ese amor. ¿Sabes a qué puede compararse la dicha que proporcionan esa clase de amores? Al placer que dá al ébrio el licor: un momento de aturdimiento, un rato de delirio, un instante de felicidad ficticia para caer en seguida en largas horas de hastío, de fastidio i de malestar. Porque es necesario que te convenzas, Gustavo: la mujer que ha sido sorprendida una vez, toma tantas i tales precauciones, que es mui difícil a un hombre poco esperimentado pillarla por segunda vez. Estoi seguro que Leonor no volveria a llegar a la casa con el peinado deshecho, con los vestidos ajados ni con el menor indicio de que las flores, los encajes o las cintas habian sido movidas del sitio en que fueron colocadas antes de salir. Si escribia cartas a sus amantes, tomaria mil precauciones para que no cayeran en tus manos; i en fin, cuando una mujer como Leonor quiere ser mala; cuando se ha curado, segun mi teoría, de la fiebre que esperimentó por algun hombre, es inútil que éste la vijile; es inútil que procure hacerla fiel i honrada...

—Así lo comprendí, dijo Gustavo i eso aumentaba mi inquietud i me hizo tomar una determinacion.

Por ese mismo tiempo, las manifestaciones de cariño que recibia de Florinda Quirós, cada vez que por una casualidad nos encontrábamos en alguna parte, me decidieron a ir a visitarla.

- —Leonor, me dijo Florinda cuando llegó el caso, Leonor ha hecho mui mal en querer humillarme esa noche, destrozando las camelias porque usted me habia regalado una Esos celos ridículos i mas finjidos que reales, cuadran mui mal a una mujer que tiene tantos amantes!
- —¡Tantos amantes! repetí yo. ¡Querrá usted decir, le dije, que ha tenido tantos amantes!...

Florinda se sonrió i repuso:

- —Digo que tiene tantos amantes; i si así lo asevero es porque a una mujer a quien se ha tratado de humillar sin motivo, no es tan fácil engañarla como se engaña al amante.
- —¿Podria usted, Florinda, la pregunté, darme alguna prueba?
- —Sí, Gustavo; pruebas evidentes, pruebas innegables; i todavía mas: si usted gusta ver por sus propios ojos puede tambien hacerlo.
 - -¡Sí, lo quiero!... la dije. ¡Quiero esas pruebas!
 - -Pero con una condicion, me dijo Florinda sonriendo.
 - -: Con la que usted quiera!
 - -¿Usted dejará a Leonor si se convence de su perfidia?
 - -Sí, en el acto.
- —¡Pues bien: yo le doi a usted pruebas innegables de que Leonor lo traiciona, pero usted me promete que en ese mismo dia o al siguiente me llevará al teatro.
 - —Se lo prometo a usted.
- —Convenido; pero prepárese usted para recibir el golpe, pues usted ama mucho a Leonor i temo que sobrevenga a usted un accidente al recibir tan terrible desengaño.
 - -Pierda usted cuidado: ya hace dias que me preparo.

Florinda fué a un pequeño costurero, i volviendo con unas cartas en la mano me dijo:

- -Conoce usted la letra de Leonor?
- -Sí, mucho...
- -Pues bien lea usted esa pequeña misiva.

Era una tarjeta con el nombre de *Leonor Saravia* impreso en un lado i con las líneas siguientes, trazadas a lápiz, en el otro. Decia:

«Mi adorada:

«No dejes de venir hoi a las tres de la tarde, pues a esa hora no estará aquí el majadero.»

- -: Pero esta carta ha sido dirijida a una mujer!
- —Sí, me contestó sonriendo sardónicamente: está dirijida a su modista, a quien sin duda llamaba ese dia para que le tomara medidas del talle.
 - -¿Quién es ese hombre? le preganté trémulo por la cólera.
- —Segun dicen los malas-lenguas, contestó Florinda gozando con su venganza, es un comerciante en sederías, en blondas, de las que Leonor ha comprado gran parte; i él, por reconocimiento, sin duda, suele ir a la casa de ustedes, es decir, a la de Leonor. Es un jóven como de 22 años, delgado i vivo, nacido en España, pero mui aficionado a las chilenas.
 - -¿Cómo se llama?
 - -Manuel Gaspari.
 - -¿I dice usted que ese jóven va a mi casa?
- —Sí, cada vez que recibe cartitas mas o menos como la que usted ha visto. Pero aun puede usted ver otra: ésta por ejemplo.

Florinda me pasó una nueva carta que decia:

«Mi negro idolatrado:

Ayer me fué imposible ir porque G. me espía i no se apartó

un instante de mi lado. Mañana iré a verte, a llenarte de caricias, a la hora acostumbrada.

Tuya.

L.D

En el sobre de esta carta estaba escrito un nombre tan desconocido para mí como el anterior.

- -¿Quién es este Pascual Heredia? le pregunté a Florinda.
- —¡Ah! hizo ésta: ese vale mucho menos que el otro; es un mulato de labios gruesos, de pelo crespo, de voz ronca i maneras ordinarias. Comercia en granos, i segun dicen, tiene un poco de dinero del cual participa Leonor.

Si usted quiere conocerlo, agregó, vaya al Almendral, cerca de la Merced i puede comprarle una fanega de garbanzos o frejoles.

- Pero, Florinda ¿cómo se ha hecho usted de estas cartas?
- —Ese es mi secreto, me dijo ella. ¿Creia usted que yo me iba a quedar sin vengarme del insulto que me hizo Leonor? ¡Una mujer no perdona eso jamas, mucho ménos cuando la que ofende está tan manchada i a la que ofende puede levantar su frente tan erguida!... Leonor tendrá mucho de que arrepentirse todavía, pues no cesaré de perseguirla hasta que la vea completamente humillada! Yo ahora estoi libre, puedo hacer lo que quiero i no comprometo a nadie.
 - —¿I Perico? le pregunté yo.
- —Le he dicho que no podemos seguir: está arruinado, completamente arruinado.

I Florinda dijo esto con tal naturalidad, como si fuera lo mas justo del mundo plantar a la puerta al hombre arruinado, aunque la ruina le hubiera venido por ella.

- —¿I eso te sorprende? le preguntó Moises. ¡Vaya! se vé todos los dias. El hombre que gasta su fortuna con una de esas mujeres se queda sin mujer apenas queda sin fortuna.
 - -¿Perico ha gastado con Florinda cuanto tenia, entónces?
 - -Sí, unos doce o trece mil pesos reunidos a fuerza de cons-

tancia i de economía. Los ha votado en pocos meses i queda ahora, por algun tiempo al menos, inhabilitado para trabajar.

- -¿I Perico ha querido mucho a Florinda?
- —Como tú has querido a Leonor. Pero el carácter de esas mujeres es distinto. Florinda no tiene tan grandes calenturas de cabeza como Leonor: es mas positivista, mas práctica i creo que es tambien menos viciosa. Al ménos, ha pasado ya la época en que la fogosidad de las pasiones puede hacerla cometer las locuras que comete Leonor.
- —¡Pues yo no sé, dijo Gustavo, quien sea peor! Te voi a contar lo que sucedió con Florinda.

Cuando me vió sofocado por la cólera i los celos, trajo una botella de coñac i me exijió que bebiéramos.

—Para disipar las penas, me dijo, no hai mejor remedio que éste. Yo tambien, aunque no he querido mucho a Perico, siento algo aquí, (i se golpeó el pecho al lado del corazon). No es posible, sin esperimentar alguna tristeza, separarse así, de repente, de una persona con quien se ha gozado durante varios meses; pero es necesario tomar estas determinaciones por el bien de los mismos hombres.

Seguimos bebiendo: yo sentia la necesidad de aturdirme, de sofocar las violentas emociones que me ahogaban i bebí como un estúpido hasta embriagarme. Yo no sé lo que pasó en el resto de la noche: recuerdo confusamente que sentí violentos golpes a la puerta, gritos, un gran desórden; i que cuando al dia siguiente me hallé en los brazos de Florinda, ésta me dijo:

—¡Fué Perico que se habia embriagado i que quiso penetrar a la fuerza en mi casa!...

Cuando llegué a casa de Leonor, todo confuso i sin saber qué disculpa darle por haberme quedado fuera de la casa en la noche, apesar de que llevaba en mis bolsillos las cartas que me probaban su infedelidad, la encontré tranquila i risueña.

-Buenos dias, amigo mio, me dijo con tono festivo: cele-

bro que haya usted pasado tan buena noche i en tan buena compañía!...

-¿Sabes? le pregunté con admiracion.

-¡Oh, si!... Mira!...

I me dió una carta en que habian estas solas líneas:

«Leonor:

«Si quieres saber dónde está tu amante, lo encontrarás en los brazos de Florinda.»

—¡I bien, sí, es cierto! le dije; ¿pero cómo me esplicarás tú el sentido de estas cartas?

Palideció un tanto al reconocerlas; pero luego con la mayor naturalidad, me dijo:

- —Hace tiempo esperaba recibirlas como las recibo hoi, i puesto que ya han producido el resultado que esperaba, me congratulo de ello.
- —¡Cómo! le dije. ¿Tú esperabas recibir de este modo estas cartas?
- —Oye, Gustavo, me dijo Leonor con seriedad: es necesario que hablemos con toda franqueza, sin ocultarnos nada, pues la vida que tú i yo llevamos es insostenible. Sea cual fuere la idea que te has formado de mí desde mi falta, estoi convencida de que no me creerás tan mala o tan infame que haya podido finjirte hasta hoi el cariño que te he manifestado.

Yo, ántes de pertenecerte, porque me conocia i comprendí tu carácter, te dije que tenia un jenio variable, caprichoso, lleno de aspiraciones, que apenas satisfechas me causaban hastío. Por eso me resistí a pertenecerte; por eso solo fuí tuya cuando mi amor llegó al delirio... Pero ántes de continuar, se interrumpió Leonor, dime si todavía me amas.

- —Quiero, le dije con rabia, que me espliques tu conducta, que me des cuenta de tu proceder.
- —¿No te lo ha dicho todo Florinda? Yo no tengo mas que agregar.

- -¿De manera que es tal tu cinismo que ni siquiera te disculpas?
 - -¿Por qué? ¿Acaso tú ercs mi juez?
- —Soi mas que tu juez: soi tu amante, soi el hombre que ha depositado en tí su cariño i que ha recibido mil veces de tus labios la promesa de serle fiel hasta la muerte.

-¿I...?

- —I por eso tengo derecho de pedirte cuenta de tu conducta, para echarte en cara tu villanía i decirte que eres una infame que solo merece desprecio.
- ¿I para decirme eso te enojas tanto? me pregantó con calma glacial. Si no merezco mas que tu desprecio ga qué vienes a hablarme? A mas, no veo la razon por que ustedes se consideren con derecho para insultar a una mujer cuando hace algo que nos les agrade. ¿Hemos vuelto al tiempo de la esclavitud? Hemos nacido acaso para vivir encadenadas eternamente al primer hombre que se le antoje tenernos para su solo uso, como se tiene una casa, un mueble, un objeto cualquiera?... : Seria gracioso que miéntras ustedes gozan de plena libertad: que miéntras ustedes pasean, visitan, enamoran, van de un lado a otro, como picaflores, engañan a una i otra mujer, se pagan de sus gustos i de sus caprichos, sin que la mujer tenga derecho para tomarles cuenta de sus actos, ustedes tengan el derecho de espiarnos, de molestarnos, i de hacerse una especie de guardianes o tutores de nosotras. ¿Por qué? pregunto yo. ¿De dónde sale ese derecho?
- —Derecho que ustedes mismas nos acuerdan, le repliqué; porque al ponerse bajo el nombre, bajo la salvaguardia de un solo individuo, no es para continuar una vida libre i abominable, sino para hacerse juiciosas i honradas.
- —¿I ustedes se hacen juiciosos i honrados cuando tienen una mujer que los ama?
- —Si, contesté: por regla jeneral el hombre que encuentra una mujer que le ame, deja de ir de un lado a otro i le dedica su fortuna i su pensamiento.

—¡Oh! qué hombres tan ánjeles, tan santos, tan inmejorables! esclamó Leonor con burla. ¡Qué felices son las pícaras mujeres con tener por compañeros, por amantes o protectores, a hombres que dedican sa fortuna i su pensamiento, su amor i sus atenciones, todo lo que son ellos, todo lo que valen ellos, para hacerlas felices!... I ellas las picaras: ellas las ingratas: ellas las inconsecuentes, no saben apreciar todo eso! ¡Oh! qué ser tan abominable es la mujer! ¿Para qué las buscas, Gustavo? Para qué te acercas a ellas?

—¡El mejor ejemplo de lo que digo eres tú! esclamé. ¿No te he dado todo mi amor? No te he colmado de cuanto podias ambicionar? No has tenido en mí un amante apasionado hasta el delirio i fiel hasta la exajeracion, que solo ha pensado en tí, que solo ha vivido para tí desde que tú me manifestaste tu amor? I sin embargo: ¿cómo has correspondido tú a este amor infinito, a esta abnegacion absoluta?

—He correspondido, me dijo con cachaza, de la manera que ustedes corresponden ordinariamente a las mujeres.

Al oir esto a Leonor, agregó Gustavo, recordé un diálogo que habia tenido con ella en una ocasion, i sus palabras resonaron nuevamente en mis oidos como si las acabara de pronunciar. Habiéndome dicho que deseaba vengar a Las hijas de la noche, a quienes consideraba como sus hermanas, le pregunté:

—«¿I de qué manera quieres vengarlas?

—«¿Acaso yo misma lo sé? interrogó Leonor. Pregúntalo a tu amigo Heriberto: él es una de mis víctimas.

—«¿Luego tu venganza consiste en contrariar al que te ama'

—«Si, en contrariarlo, en hacerlo sufrir, en burlar todas sus esperanzas, en destruir todos sus cálculos, en hacerle conocer, en fin, que a una mujer libre, despreocupada, que por capricho o necesidad acepta la vida del deshonor, se la deben, si no las mismas consideraciones i el mismo respeto que a las honradas, al menos la consideracion i respeto que infunde el infortunio.

-«Eso no lo conseguirás jamas, le dije yo.

—«Lo obtendré de cuántos se acerquen a mí con un puñado de oro en las manos. I esos serán muchos, Gustavo, tú lo gabes.»

Este diálogo, dijo el jóven a Moises, lo tuvimos con Leonor cuando aun no nos uníamos, i precisamente cuando ella me aconsejaba que no la amara, pues conociendo su carácter no queria hacerme infeliz.

—Hé ahí, le dijo Moises, una accion noble de Leonor. En esos momentos ella te habló con el corazon, con toda sinceridad i fuistes un bárbaro en no seguir su consejo.

—¡La amaba!... estaba loco por ella!... contestó sencillamente Gustavo.

—Pues esa ha sido tu desgracia. Cuando una mujer dice ella misma que tiene tales o cuales defectos, es necesario creerle en el acto, sin tratar de probarlo por nosotros mismos. ¡Hablan tan rara vez con sinceridad, que una palabra de ellas debe estimarse como una gran confesion.

—Yo estaba terriblemente enamorado de esa mujer, contestó Gustavo; i cuando me dijo eso, pensé que todo, todo me seria preferible a renunciar a ella.

-Estabas enamorado i lo estás aun, le dijo Moises.

—¡Así lo temo! contestó el jóven; pues aun cuando en ese momento recordé lo que te acabo de decir i pensé que Leonor seguia en su proyecto de martirizar a sus amantes, nada mas que por un capricho o por un refinamiento de crueldad, casi al mismo tiempo concebí la esperanza de que conmigo no tuviera tal intento i que hablaba de ese modo solo por el despecho de haber sabido que yo me habia quedado en casa de Florinda.

Bajo esta esperanza le pregunté:

—¿Luego tú haces el mal por sistema, por una especie de venganza?

—Lo hago porque nací para hacerlo; porque siento la necesidad de hacerlo; porque, en fin, estoi habituada a hacerlo. I ya que contigo fuí en una ocasion enteramente franca i te hablé como no habia hablado a ningun hombre, hoi quiero hacer otro

tanto, pagándote con ello el amor que me has tenido i borrando yo por mi parte el poco de remordimiento que me ha causado engañarte.

Desde hace algun tiempo, Gustavo, me he convencido de que esa pasion loca, insensata, que esperimenté por tí, fué una alusinacion de los sentidos. A otro que no fueras tú, le seguiria engañando, le seguiria reteniendo a mi lado; ya por seguir disfrutando de su dinero, ya por no sé que especie de placer que se esperimenta en burlar la vijilancia de nuestros guardianes i en cojer la fruta del cercado ajeno.

Pero vuelvo a sentir por tí la amistad desinteresada, el afecto tranquilo de otra época; i si aun es tiempo, quiero salvarte del naufrajio en que precisamente te verias envuelto. Yo no he llegado aun a la edad en que necesitaré finjir para retener a mis amantes, así es que cualquier finjimiento me mortifica i desespera. En una palabra, quiero ser libre, enteramente libre. Quiero abrir mis puertas a quien quiera i a la hora que quiera; ir i venir sin tener dos ojos que me espien; correr de un lado a otro sin que nadie ponga trabas a mis piés. He dado a tu amor, te he dado a tí todo lo que mi naturaleza podia darte. Culpa tuya es si no has sabido sacar mas de ella.

- —; Pero, Leonor, le dije; tú deseas, entónces, labrar tu propia ruina i hacerte desgraciada pudiendo ser feliz!
- —¡Oh! me dijo. Si eso llega a suceder, será mas tarde!... allá, cuando hayan pasado muchos años!... I esos no los hemos visto todavía!...
- —¿De manera, le pregunté, que estás decidida a cortar nuestras relaciones?
- —¿I para qué cortarlas? me preguntó, con la misma calma que habia empleado hasta entónces. Basta con modificarlas, Gustavo; basta con romper esa especie de eslabon incómodo con que tú has querido que nos unamos. Roto ese eslabon, tú obrarás por tu cuenta i yo por la mia, sin perjuicio de que seamos siempre amigos, de que nos veamos cuando queramôs, i pase-

mos momentos agradables como los que hemos pasado en otra época. ¿No consideras que es mucho mejor eso?

—¡Es decir! la dije con exaltacion. ¡Es decir!... lo que tú quieres, Leonor, es libertad para entregarte a la prostitucion!

- —¡Talvez! me contestó poniéndose pálida. ¡Eso debe ser! Pero yo, hasta ahora, no he pensado sino en que soi una mujer que nací libre, i que habiéndome tocado vivir como tal, no quiero encadenar mi juventud. ¡Tanto peor para quienes esto no sea agradable!
- —Es que para mí, le repliqué con creciente exaltacion al ver su calma, es que para mí, Leonor, eso no será peor sino mejor; pues conociendo cuan negra es tu alma i cuanto lodo hai en tu corazon, siento por tí odio en vez de amor; deprecio en vez de cariño; repugnancia en vez de atraccion!... Yo no he nacido para desempeñar el papel ridículo que me propones; i al dejarte ahora, será para no verte jamas!
 - —¡Lo veremos! me dijo sonriéndose.

Aquel desafio me irritó; pues si bien era cierto que sentia abandonarla, ese sentimiento no era bastante para sofocar mi rabia i destruir la especie de repugnancia que en ese momento me causaba Leonor.

- —¡Llegărá el dia, le dije levantándome, en que te arrepentirás de tus crimenes i entónces ya será tarde! Por ahora continúa revolcándote en el vicio; continúa haciendo lo que hace la mas vil de las meretrices, que bien pronto esperimentarás las consecuencias de tu relajacion!...
- Es lo que deseo, me contestó siempre sarcásticamente, para ver si cuando llegue al último grado de la abyeccion, tengo algun amigo que me proteja. Segun lo que tú dices i la idea que tienes de los hombres, cada uno de mis amantes de hoi será un jeneroso protector mañana. ¿No serás tú, mi buen amigo, uno de los mejores?
 - -Tú quieres unir la burla a la infamia, le dije.
 - —Es que no quiero disgustarme contigo, Gustavo; no veo a necesidad, no veo la causa para lanzarnos palabras hirientes.

Si todo concluye entre nosotros, mejor es que concluya tranquilamente.

Yo tomé mi sombrero e iba a alejarme, cuando Leonor me dijo:

—Oye, como tú de aquí te irás donde Florinda, dile lo siguiente: 1.º que así como no quise llevar en mi cabeza ni tener en mi casa las camelias, cuando habia otra mujer que pudiera tenerlas, así no quiero tener mas a un hombre que ha pertenecido a otra mujer; 2.º que las cartas que ella ha puesto en tus manos fueron escritas con esa intencion; i finalmente, que el aviso que ella se sirvió mandarme esta mañana, como una gran nueva, en que me comunicaba que tú habias pasado la noche con ella, lo recibí como un valioso obsequio, como una dádiva de año nuevo. ¡Adios Gustavo! Ve a probar otros placeres, ve a conocer a otras Leonores!

La vida del tunante.

Gustavo continuó narrando sus aventuras a Moises con todo detenimiento; pero como esto seria demasiado largo para trascribirlo, vamos a contar al lector solamente lo mas sustancial.

Cuando el jóven salió de la casa de Leonor, llevaba el corazon henchido por la ira, el desprecio i el dolor. Todo cuanto habia hecho, todo cuanto habia sufrido por aquella mujer, se agolpaba en ese momento a su memoria.

—¡No la veré mas, se decia: volveré a Santiago, a mi hacienda, i me dedicaré nuevamente al trabajo, para recuperar lo que he perdido i probar a Leonor que no es tanto el imperio que ella ha ejercido sobre mí!

Haciéndose estas reflexiones, el jóven, maquinalmente se habia dirijido a casa de Florinda.

—¿Qué haré? se preguntó deteniéndose en la puerta. Lo mas conveniente, lo mas razonable seria tomar el primer tren que parte para Santiago; pero talvez eso se consideraria como una huida, como si el temor de encontrarme con Leonor me hiciera arrancar... Nó, visitaré, viviré con Florinda unos dias, pasearemos i talvez logre con esto olvidar i despreciar a Leonor completamente.

Gustavo entró.

Florinda estaba muellemente recostada en un sofá, vestida

de blanco, el largo cabello desmelenado, un pié i parte de la torneada pierna fuera del ruedo del vestido, los sensuales labios sonrientes i medios húmedos, la ventanilla de la nariz palpitante, los ojos medio adormecidos por enervante sopor.

—¡Ah! esclamó al ver a Gustavo, tendiéndole los brazos, pero sin cambiar de actitud. ¡Ah! qué a tiempo llegas! Despierta soñaba contigo!... Ven, abrázame, pues anoche estuviste mui seco i poco cariñoso conmigo.

Gustavo vaciló; pero era tan dulce i atrayente la sonrisa de Florinda; tan blando el regazo a que se le invitaba, que arrojando su sombrero sobre una silla, fué a sentarse al borde del sofá, en el pequeño espacio que pudo dejarle el cuerpo de Florinda!

—; Moreno lindo! le dijo ella echándole los brazos al cuello i atrayéndolo sobre sus altos senos. Yo te amaré, te acariciaré tanto, que te haré olvidar a esa mujer!

Gustavo no respondió; pero en su interior pensó que aquel modo de vengarse de Leonor era menos malo que cualquiera otro; i como Florinda era hermosa i se mostraba tan apasionada, no pasaron muchos instantes sin que él a su vez le devolviera caricia por caricia, ternura por ternura, hasta que, cual dos niños juguetones i enamorados, se entregaron a locas i delirantes manifestaciones.

Aquella noche fueron al teatro juntos; i despues del teatro, en compañía de otros amigos, tuvieron una pequeña ertulia en la casa.

Gustavo no podia alegrarse a pesar de los esfuerzos que hacia para ello. Su imajinacion volaba a casa de Leonor i al pensar que podia estar prodigando o recibiendo caricios de otro hombre, temblaba de celos i de ira.

—¡Sin embargo, decia, como para mandarse a sí mismo; ¡sin embargo, es necesario que no la recuerde!... Es necesario que la deje, que la olvide, que no piense mas en ella!...

I bebia grandes copas de jerez para aturdirse, para borrar de su mente la imájen de aquella mujer a quien seguia amando i deseando a pesar de todo.

Al dia siguiente, habiendo quedado todo prevenido para un paseo a las Zorras, hermosas quebradas que dominan la bahía de Valparaiso, Gustavo, Florinda i tres o cuatro amigos mas subieron a caballo. La mañana estaba deliciosa: el sol principiaba a penas a teñir de sonrosado el oriente, i el mar semejaba a la pulida e inmensa lámina de un espejo.

Era la hora en que la populosa Valparaiso se despierta, en que los sirvientes acuden al mercado, los artesanos a sus talleres, i en que, de aquí o de allá, se ve salir por estrecha i pequeña puerta que vuelve a cerrarse en el acto, ora un jóven con todas las apariencias de un estudiante, ora un caballero de mas avanzada edad, que miran a un lado i otro como avergonzados i recelosos, i despues de acomodarse lo mejór posible el arrugado o manchado traje, emprenden su marcha con precipitado paso, ántes que la luz sea mayor.

La cabalgata se puso en marcha, presidiéndola Florinda i Gustavo.

- —¡Qué tiempo hacia que no madrugaba así! dijo Florinda respirando con ansia la brisa que venia del mar. Si recordáramos cuando estamos en la cama lo que se goza con madrugar, no nos quedaríamos en ella hasta las nueve o las diez.
- —¡Así es! contestó Gustavo distraidamente, pues en ese momento divisaba, a gran distancia todavía, la casa en que habitaba Leonor. I fuera ilusion de su fantasía, fuera efecto de la poca luz, le pareció ver en uno de los balcones, algo como el busto de una mujer vestida de blanco.
- —Tu caballo es menos lijero que el mio, le dijo Florinda viendo que Gustavo se quedaba atras.
- —Nó, contestó el jóven; es que vamos demasiado aprisa i uno de nuestros compañeros se queja del trote áspero de su cabalgadura.
- —Debia haber venido en coche, replicó Florinda festivamente; para los poltrones se inventaron las ruedas.

Ya en ese momento se divisaba con toda claridad que quien apoyada de codos en el balcon parecia embelezada en contemplar el azulado mar, era una mujer. I aunque Gustavo no podia distinguir aun las facciones de la madrugadora jóven, el corazon le dijo, con sus violentos latidos, que aquella era Leonor.

Lo que esperimentó el jóven en ese instante es indecible: habria querido abandonar todo para correr donde ella, para contemplar juntos ese mar que tantas veces habian mirado, reclinando el uno la cabeza sobre el pecho del otro, entrelazando los brazos i las manos para estar mas unidos, engolfándose, en fin, en ese otro océano infinito del pensamiento i las ideas, donde nadan i juguetean las esperanzas e ilusiones, como juguetean i nadan los peces en el Océano.

Al recuerdo de aquellos idilios de amor, de aquellas horas de fugaces venturas en que el jóven habia forjado tan risueños i dulces proyectos para el porvenir, creyendo haber hallado en Leonor una tierna compañera para toda la vida; al recuerdo repetimos, de aquel sueño desvanecido, de aquella esperanza fustrada, de aquellos idilios deshechos, el alma del jóven se cubrió de tristeza i solo a consta de grandes esfuerzos impidió que de sus ojos brotaran lágrimas.

I al acercarse mas, i ver claramente el hermoso semblante de Leonor, embellecido por la melancólica luz de la aurora, poetizado, si así podemos decirlo, por la hora, por su actitud, por el blanco traje que la cubria, sobre el cual caian las pesadas i hermosas trenzas de su cabelléra despues de orlar su ovalado semblante; al verla tan hermosa, tan anjelical, sintió que su tristeza se cambiaba en desesperacion, pues aquella hermosura era la de una joya falsa, aquel aspecto anjelical la bella máscara que ocultaba al demonio.

Llegaban cerca del balcon cuando Florinda, que marchaba satisfecha i feliz, divisó a Leonor.

—¡Ah! esclamó deteniendo involuntariamente su caballo. ¡Ah! cuán madrugadora está!...

Pero acto continuo azotó al caballo i volviéndose a Gustavo que siempre seguia un poco atras le preguntó:

- —¿Mui enojada estará conmigo Leonor, para segun eso saludarla?
 - -Yo creo que nó, contestó él.
- —En fin, si no me contesta, replicó Florinda alegremente, no se pierde mas que un saludo.

En aquel momento Leonor los habia apercibido i mirábalos natural, tranquilamente, como si cuantos formaban la cabalgata le fueran indiferentes i desconocidos.

- —¡Adios, Leonor! le dijo Florinda con aire risueño i saludándola con la huasquilla.
 - -; Adios Florinda! le contestó aquella en el mismo tono.

Gustavo la saludó con la mano i con una sonrisa, i Leonor a su vez le hizo una graciosa vénia enviándole un adios con su blanca mano.

Pasaron, i algunos momentos despues habian desaparecido a la vista de Leonor.

Gustavo sintió entónces lo que siente el artista cuando se apaga una melodía, lo que siente el navegante cuando se estingue la luz, lo que debe esperimentar la flor cuando la abandona el rocío.

Melancolía, tristeza, vacío, desesperacion, todo eso que oprime o desgarra el corazon en ciertos momentos de la vida, lo probó él en ese instante.

—¡Soi hombre perdido! pensó el jóven con secreto terror. Yo no podré vivir sin esa mujer!...

I aunque su dignidad i su deber le aconsejaban que criara fuerzas, que tuviera valor para romper lazos que le ataban a una vida abyecta, el recuerdo le presentaba tentador i ardiente el dulce cálix que durante algunos meses habia bebido hasta embriagarse, pero sin saciarse.

A mas, ver a Leonor levantada a esa hora, ella que de ordinario, cual gata friolenta gustaba pasar en el tibio lecho la grata molicie de las primeras horas del dia, era para él motivo de secreto encanto, pues dando a ese acto una interpretacion en armonía con sus aspiraciones, pensaba:

-Talvez ahora no ha dormido en toda la noche; i en la ma-

nana sintiéndose afiebrada i calenturienta, ha salido al balcon para bañarse en la brisa del mar. I si no ha dormido: ¿no seria porque lamenta nuestra separacion? ¿No será porque ha sentido celos, porque al verse sola, despues de tanto tiempo de vivir a mi lado, ha sentido el mismo vacío que yo esperimento? I es fuera de duda que ha estado sola, enteramente sola, que ningun hombre la ha acompañado!... I yo que he pasado en una orjía!...

Gustavo sintió arrepentimiento; pero casi al mismo tiempo otro recuerdo lo borró.

—¡El no debia sentir arrepentimiento! Habia caido en los brazos de otra mujer por despecho, por desquite, por aturdir-se!... Ella era distinto!... Recibia a otros hombres cuando él la colmaba de halagos: le engañaba villanamente i eso debia haberlo hecho nada mas que por vicio i por relajacion o porque a esos otros hombres amaba mas que a él...

Gustavo dió inconscientemente un fuerte espolazo a su caballo que saltó con violencia al sentir heridos sus hijares.

El bruto recibia el castigo del dolor que sufria el hombre.

I gracias a que Gustavo interpretaba de ese modo la presencia de Leonor en el balcon, el inocente animal no tuvo talvez mayor castigo.

La jóven habia estado mui léjos de desvelarse por recordar a Gustavo. Al contrario, hacia mucho, mui largo tiempo, que no dormia una noche tan tranquilamente.

Para aquella naturaleza voluble, como ya hemos podido notarlo en varios de sus actos, hacer siempre una misma cosa, tener siempre a su vista unos mismos objetos, oir siempre una misma voz i todo lo demas; era algo que principiaba por hacersele monótono i concluia por hallarlo insoportable.

En aquella noche, Leonor se habia encerrado temprano en su dormitorio: hallaba un secreto encanto en verse sola, en no tener dos ojos que la observaran, en no tener nadie que la importunara con caricias ni con halagos.

Se descalzó: el ruido de sus tacones le incomodaba: queria

un silencio absoluto, ir i venir, correr como una chiquilla, con los piés desnudos, con los vestidos altos, bien altos, i verse así, al pasar, en el gran espejo de su guarda-ropa. Queria ser chiquilla, verdadera chiquilla; pero sola, sin mas que esa compañera que imitaba tras del espejo todos sus jestos i todas sus actitudes.

Desmelenó su cabello, se acostó en la alfombra, frente al espejo, haciendo de sus torneados brazos una almohada; i ahí, contemplándose, se acarició, dando, o mas bien dicho, lanzando besos a esa otra jóven que como ella estaba desmelenada, que como ella tenia los piés i las blancas i torneadas piernas desnudas; que como ella mostraba en escorzo su admirable garganta i que como ell , en fin, tenia altas i arrogantes caderas, vigorosos i mal cub rtos los senos.

No sa sfecha aun, se levantó, encendió todos los mecheros del gas, arrojó sus vestidos i cual la hermosa Eva ántes del pecado, se paseó en el pequeño i alhajado paraiso que le habia arreglado Gustavo.

Despues se recostó en la grande i blanca piel de aveztruz que tenia junto a su lecho i permaneció restregando su suave piel en la sedosa pluma, hundiéndose, revolcándose, cantando, suspirando de satisfaccion i de placer.

Cansada al fin, con el cuerpo helado como mármol, se ganó al lecho, se arrebujó con los cobertores, hundió la cabeza en la almohada i abrazando un cojin de seda i plumas, se durmió murmurando:

-; Qué bueno es dormir sola!...

De un solo sueño pasó la noche i se despertó al anunciarse el alba: se sintió ájil, liviana, alegre, i saltó del lecho cantando. Se vistió de blanco, alisó su cabello i salió al balcon para recrear su vista en el mar, para dilatar su pecho con la brisa matinal.

Al yer a Gustavo con Florinda, no sintió la menor contrariedad. Gustavo habia muerto para ella como amante: le queria como amigo. Para el jóven aquel encuentro no fué tan indiferente: pasó todo el dia martirizado por cierta inquietud, por una especie de zozobra; i cuando ya entrada la noche volvieron de la Zorras despues de haber bebido i de haber apurado todos los placeres que puede proporcionar el campo, se convidaron con Víctor i Domingo Serra, que eran los otros que les habian acompañado, para ir a ciertas casas que los jóvenes conocian.

Como se recordará, en la noche en que Gustavo habia estrenado la casa, Domingo Serra era el favorito de Leonor Let; pero ya tambien habia chocado con ella, así que las dos Leonores estaban libres i los dos amigos del mismo modo.

Florinda, que esperaba con justo fundamento que Gustavo se quedara en su casa al regreso del paseo, vió con sorpresa que deseaba irse con sus compañeros.

- —¡Cómo! le dijo con dulzura. ¡Cómo!... ¿Te vas con Víctor i Domingo?
 - -Sí, Florinda; pero volveré mañana...
 - -: Mañana! dijo ella. ¿I dónde piensas pasar la noche?
 - —En cualquier parte, en el hotel, o en casa de mis amigos. Florinda miró con tristeza a Gustavo.
- —Tú quieres engañarme le dijo dulcemente; te vas a casa de Leonor.
- -Te juro que nó. Ya te he dicho que todo concluyó entre nosotros.
- —Has lo que quieras, le dijo la jóven, siempre en el mismo tono. Veo que yo no puedo ocupar tu corazon...
 - -No es eso, Florinda, le contestó Gustavo.

I como viese que ella habia bajado la vista i se hubiese puesto mui triste, Gustavo que no sabia ni podia mentir, agregó;

- —Te diré la verdad: hemos convenido con Domingo i Víctor que yo los acompañe en la noche, así como ellos nos han acompañado en el dia. Yo no sé donde ellos me lleven...
 - —¡Donde otras mujeres! le dijo Florinda.
- —Sí, es probable; pero yo no haré mas que acompañarlos i regresaré aquí esta misma noche.

- -¿Me lo prometes? le preguntó ella.
- —Sí, volveré a cualquiera hora.

Florinda esa noche no se recojió. Apoyó la frente en una de sus manos, i pasó ahí, contando una por una las largas horas de la noche.

Gustavo i sus amigos, intertanto, se echaron a andar hácia el puerto.

- -¿A dónde vamos? preguntó Gustavo.
- -A casa de las rubias, le contestó Víctor.
- -Como si me dijeras a casa del Papa, le dijo Gustavo.
- —Pues bien, te diremos que las rubias son tres, le contestó Domingo. Son muchachas nada mal parecidas, que cantan i tocan la vihuela, i donde podemos pasar alegremente un rato de la noche i concluir mejor el resto.
- —¡Pues vamos allá! dijo Gustavo, que con el licor que habia bebido en el dia, sentia el deseo de seguir divirtiéndose.

Anduvieron bastante ántes de llegar a la casa a que se dirijian, la cual estaba situada en uno de esos que se llaman pasajes en Valparaiso, pues no alcanzan a merecer el nombre de calles.

Víctor golpeó con fuerza una puerta, i pronto una voz cascada, una voz de vieja preguntó desde el interior:

- -¿Quién es?
- —Uno de tantos, con dos amigos mas, contestó Víctor.
- -No se puede, contestó la vieja: las niñas han salido.
- —¡Mentira, vieja de dos mil diablos! le dijo Víctor. Abre la puerta i si no la echo abajo!
 - -Ya le he dicho que las niñas han salido.
- —I yo te digo, vieja tizon del infierno, que las niñas están adentro, pues las siento reir. ¡A ver! llámame a Clara! Díle que la necesita su *prometido!*

Como aquellas señas particulares revelaban un antiguo parroquiano de la casa, la vieja, dulcificando la voz replicó:

-; Aguarde usted un momento! Voi a avisarle!...

Pasaron como dos minutos cuando se sintió llegar, corrien-

do, a una persona que aplicando los labios a la cerradura, preguntó con voz de niño mimado:

- -¿Eres tú, mi Víctor, mi prometido?
- —¡El mismísimo! Pero abre pronto que vengo con dos amigos mas i vamos a agarrar una de padre i señor mio!...
- —¡Ah! hizo de adentro la jóven descorriendo algunas trancas i dando vuelta a la llave.
 - -¿Dónde está mi perla? preguntó abriendo la puerta.
- —¡Aquí están dos de sus cuartos! le contestó Víctor abriendo los brazos para recibir en ellos a uná jóven que le abrazó, le oprimió i le besó varias veces.
 - -Oye, le dijo Víctor separándola; te presento a un amigo.
- —Caballero, dijo la jóven a Gustavo tendiéndole la mano con cómica gravedad: caballero, a sus órdenes!...

I mirando despues a Domingo, cuyo semblante estaba en ese momento iluminado por un farol que habia en el patio, le dijo:

- —¡Ah! si es el señor Serra! Yo creia que a usted le habrian echado agua caliente!...
- —¡Nó, hija mia!... Al contrario, aquí debe haber piedra iman!...
- —Es que estaba encamotado por allá, dijo Víctor. Pero dime: ¿quiénes están ahí?
- —¡Son unos gringos, hijo!... Pero los echamos inmediatamente! ¿quieres? Entremos!...
 - -: Adelante! dijo Víctor. Aquí llegó la patria!...
 - -¡No entremos! dijo Gustavo: hai otras personas!...
- —¡Pues aunque hayan veinte! le observó Domingo. Los últimos serán los primeros, hijo: eso dice la biblia.

I avanzaron a un saloncito situado al frente, siguiendo a la jóven que habia salido a abrir.

Gustavo se detuvo en la puerta, pues el salon a que habian llegado estaba oscurecido por el humo del tabaco, i medio lleno con cinco estranjeros i dos niñas que fumaban tambien cigarrillos de papel. —Caballeros, dijo la jóven que presidia a los nuevos visitantes, i que segun hemos oido decir a Víctor, llamábase Clara.

-¡Caballeros! les presento a unos amigos!...

Los estranjeros saludaron con una vénia poco cortes a los recien llegados i continuaron dos de ellos, los mas jóvenes, hablando con las niñas, i los otros tres fumando al lado de una mesa en que habia muchas copas i botellas.

Víctor i Domingo se acercaron a saludar a las niñas, quienes los recibieron con mucho cariño; i despues de hacer entrar a Gustavo i presentarlo, Víctor se dirijió a Clara diciéndole:

- -¿Qué beben estos caballeros?
- —¡Cerveza i aguardiente! contestó Clara haciendo un jesto despreciativo.
 - —¡Pues trae champaña i oporto! le dijo Víctor.

Como los asientos inmediatos al lugar que ocupaban las niñas estaban tomados por dos de los estranjeros, Víctor i Domingo acercaron otras sillas, i colocándolas frente a las niñas, se sentaron tan inmediatos a ellas que chocaban sus rodillas.

- —Con el permiso de usted, le dijo Víctor a uno de los estranjeros.
- —Cuando le incomode sírvase usted avisarme, dijo Domingo al otro.
- —¡Oye, Gustavo, le gritó Víctor; siéntate entre las dos intervuelve Clarita.

Esta sirvió el champaña i Víctor con alguna socarronería invitó a los estranjeros, quienes rehusaron.

- —;Per Dio Bacco! esclamó Víctor con calor. ¿Ustedes desprecian entónces mi invitacion?
- -¿Eh? contestó uno de los que estaban cerca de la mesa.
 ¡Nó, nó despreciár nusotros; nous bebemos de la bier!...;
- —¡Pues yo invito a beber a ustedes champaña! le dijo Víctor. ¡Esto beben los caballeros!
 - -¡Oh! merci... tenemo notre liquer!...
 - -¡Vaya usted al diablo con su licor! le dijo Víctor. Yo

quiero que ustedes beban champaña i en seguida se larguen pronto de aquí!...

- ¡Mi no largo de aqui!... replicó otro que por su aspecto parecia ingles. Mi convenir señurite Clará pasar noche!...
- —¿Sí? pues cuando yo llego todo convenio se rompe, amigo mio: así, bébanse ustedes su cerveza lo mas pronto posible, i déjennos la cancha despejada.
 - -; Oh, nó!... esto ser sério!... Mi conviene Clarita!
- —¡Pues a mi me conviene mas!... ¡I oiga usted! si no se van pronto, vamos a tener una de San Quintin!
- —¡Quintin nó!... Mi pagar todo i dar Clarita two libres sterling!
- —¡Oui! esclamó el otro haciendo un jesto afirmativo. Cet le convenú!... Tres señurites pour tres amí! Nous parlerons restants...
- —¡Dejémonos de señurites i de parlerons, amigo mio, le dijo Víctor. Aquí se trata, simplemente, de que tomen ustedes el portante lo mas pronto posible i nos dejen a nosotros en paz. Nosotros somos tres, es decir, tres para tres, i ustedes son cinco; así que en este caso el número menor absorve al mayor. ¡Conque, amigos mios, despejar pronto la cancha!

Los cinco estranjeros hablaron largo rato entre si, accionando i jesticulando.

Dos de ellos eran de opinion que debian retirarse por haber llegado otros que parecian mas dueños de casa; pero los otros tres alegaban que debian quedarse, puesto que estaban en la casa desde el principio de la noche i habian gastado en licores.

Aprovechando la discusion, Víctor i Domingo se hicieron dueños de las niñas, i a fin de asegurarlas mas, sin duda, las asieron de la cintura recostándose en sus hombros.

Gustavo que no tenia costumbre de visitar esas casas i no podia tampoco tratar con tan chocante familiaridad a personas que recien conocia, se quedó cerca a una morena de pelo mui encrespado i mejillas demasiado lacres para que fuesen de color natural.

- —No tengas miedo a Enriqueta, le dijo Domingo: es una guapa chica.
 - -¿Cómo lo sabe usted? le preguntó ella.
 - -¡Eso se conoce en el pelo, hija mia!
- —Sin embargo, no lo conoció usted en la otra vez que estuvo aquí.
 - -¡Oh! es que entónces tenía la vista nublada.

Víctor, intertanto, conversaba con Clara aconsejándole echara luego a los estranjeros, pues ellos estaban resueltos a pasar la noche ahí.

- —Dejémoslo solos i se aburrirán, decia Clara. Si los echamos de repente se enojarán i provocarán un desórden.
- —¿I si sus mercedes no se quieren ir, los dejamos aquí toda la noche, entónces? Oye, Clara; diles tú: caballeros, para conversacion está bueno; i como han llegado unos amigos mas antiguos que ustedes i desean estar solos, ustedes nos harán el favor de retirarse.
 - -¿I si no quieren retirarse? pregunto Clara.
 - -¡Bah! los echamos a punta-piés!
 - -Advierte que ellos son cinco i ustedes solo tres.
- —Si nos la ganan, llamamos la policia i los mandamos al cuartel.
- —¡Nó, por Dios!... tendríamos que ir todos!... Si cada dia nos oprimen mas!... no quieren siquiera que abramos las ventanas en la noche!...
- —¡Pues de algun modo, entónces, es necesario hacerlos salir!

Los estranjeros, habiendo concluido de discutir, se habian sentado con gran flema, particularmente el que habia dicho que a él *le convenir* Clarita.

Víctor se exasperó i se dirijió a ellos.

- —; Eh, amigos, les dijo: se van ustedes, sí o nó?
- -Mi no ir, contestó el ingles. Mi quedar Clarita i otros amicos otres señorites.
 - -Nó, le replicó Víctor finjiendo mas enojo que el que sentía.

No, usted no quedar con Clarita ni los otros con Enriqueta i Sofia. ¡Nosotros si quedar solos con ellas!...

El ingles alzó los hombros con indiferencia, colocó los dos piés sobre una silla inmediata, i siguió fumando un grueso cigarro puro con marcada indolencia.

- —¡Estos bribones, pensó Víctor, como ellos son cinco i nosotros nada mas que tres, se han propuesto hacerse fuerte; pero yo no les cedo el campo!
- —¡Advierto a ustedes, les dijo dirijiéndose a todos, que si no se van luego tendrá que pesarles!

El que habia hablado ántes, mitad frances i mitad español, contestó a su vez diciendo a Víctor que ellos tenian derecho para quedarse, puesto que estaban en la casa desde las primeras horas de la noche, habian gastado en cerveza i otros licores i todo estaba convenido con las niñas.

Víctor habló fuerte i le contestaron alto: amenazó con arrojarlos a todos a empellones i se rieron en sus barbas.

- —¡Ustedes van a ver quienes se quedan! les dijo tomando su sombrero para salir.
- —¿Dónde vas? le preguntó Gustavo, que principiaba a temer hubiera un escándalo.
- —Déjame, le contestó Víctor al oido; voi a hacer una farsa a ver si puedo asustar a estos gringos!
- —¡Pues yo te acompaño! le dijo el jóven, prefiriendo hallarse en la calle a estar ahí respirando aquel aire calentado por la respiracion de tantas personas i espeso con el humo del tabaco.
 - —¡Bien! vamos!... pero ántes bebamos una copa!

Se acercaron a la mesa donde poco ántes habia quedado una botella de champaña casi llena; pero habia desaparecido.

- —¡Diablo! esclamó Víctor. ¿I dónde se fué la botella de champaña, Clarita?
- —¡Qué sé yo! dijo ésta. Se la habrán bebido ustedes: nosotras no habíamos de habérnosla tomado!

- —¡Hum!... hizo Víctor que conocia ya esa clase de negocio. ¡No me gusta este champaña con patitas!...
 - -¿Qué quieres decir? preguntó Clara levantando la voz.
 - —¡Nada!... que traigas otra botella.

Clara hizo un mohin de desprecio i pasó a otra pieza volviendo luego con una botella de champaña.

- —¡Por última vez, caballeros i ántes de tomar una determinación que va a ser vergonzosa para ustedes, dijo Víctor a los estranjeros, cuando hubieron desocupado con Domingo, Gustavo i las niñas, la nueva botella, por última vez pido a ustedes que se retiren.
- —¡Mi haber dicho todo! dijo el ingles, sin abandonar su flema.
- —Pues vamos, entónces! esclamó Víctor, como quien toma una suprema resolucion mui a pesar suyo.

Salieron Gustavo i Víctor, el primero exijiendo al segundo que se retiraran, pues temia concluyera mal aquella broma.

—No tengas cuidado, le replicó Víctor; yo sé hacer estas cosas sin comprometerme.

En la próxima esquina encontraron un *policial* i Víctor se acercó a él i le habló un momento en voz baja.

Acto continuo regresaron los tres a casa de las niñas, i el policial, introducido por Víctor hasta el salon, se detuvo en la puerta preguntando:

-¿Quienes son los caballeros que no quieren salir?

Las niñas se quedaron pálidas de terror: los estranjeros se levantaron i cambiaron entre sí algunas palabras en ingles.

- -¿Qué has ido a hacer? preguntó Clara a Víctor.
- —Ya lo ves, dijo éste: traer un plumero para espantar estos moscardones importunos.
 - -¡Pero se vá a formar un escándalo!
- —No lo creas: dí tú al policial que quieres que estos individuos salgan i quedaremos tranquilos en un santi-amen.
- —¡Nó, yo no haré eso! esclamó Clara, que durante la corta ausencia de Víctor se habia sentado junto al ingles; i éste, co-

mo hombre que gustaba gastar pocas palabras, habia sacado cinco o seis libras esterlinas i mostrándolas a Clara le habia dicho:

-Mi dorme esta noche aqui. ¿Convenir?

Clarita habia contestado con un abrazo, que segun lo tradujo el ingles, bastante versado al parecer en ese idioma mudo, era el mas enérjico i afirmativo de los síes.

Inter Victor sostenia con Clara el corto diálogo que hemos copiado, el frances i el ingles se habian acercado al policial i le hacian saber, mitad en frances e ingles, i mitad en español lo que habia sucedido.

—; Yo no sé, pues, decía el policial con jesto fiero: a mí se me ha pedio ausilio i yo no tengo $n\acute{a}a$ que ver con lo demas!

El frances le hizo ver que ellos estaban ahí con gusto de la dueño de casa i que esos jóvenes eran visitas como ellos.

- -¡Yo no sé núa! repetia el policial. Yo he renio a prestar ausilio.
- —I nosotros no pedimos nada en contra de estos caballeros, dijo Domingo: lo único que deseamos es que se vayan i nos dejen en paz.
- —¡Ya oyen, pues, eñores! les dijo el guardian del órden. Lo único que quieren los caballeros es que ustedes se vayan.
- —¡Pues no ir! esclamó el ingles exasperado, sentándose flamáticamente en una silla.

I como conociese las leyes del pais referente a las atribuciones de la policía e inviolabilidad del domicilio agregó:

- —Oye ustéd pulicial: nadie tener derecho para echarnos!...
 Preguntar Clarita: ella ser dueño de casa!
- —¡Por su puesto! esclamó la jóven, que principiaba a fastidiarse de la insistencia de Víctor i recordaba el agradable brillo de las libras del ingles. ¡Por su puesto! yo soi la dueño de casa i no he llamado la policía!
- —; Pero la he llamado yo i bajo mi responsabilidad, dijo Victor, pido que se bote a estos caballeros a la calle.

El ingles chupó con fuerza su habano i sonrió con aire glacial.

El frances con la verbosidad propia de su nacion, dijo que aquello era ridículo e inadmisible i que no podia tolerarse.

-; Cet ne va pa bien! concluyó: cet va finir pour un fracas!....

El policial comenzó a dudar i a comprender que la cuestion no era tan sencilla como lo habia dicho Víctor, pues los estranjeros parecian no temer mucho a la policía i la dueño de casa se inclinaba mas a los europeos que a los chilenos.

- —¡Es necesario que tú te decidas por unos u otros! dijo Víctor a Clara, viendo tambien que el desenlace no se presentaba como habia creido.
- —¡Si ustedes no quieren que estemos todos juntos, replicó Clara un tanto enfadada, la puerta está abierta!
- —¡Grandísima... diabla! esclamó Víctor estrechándole un brazo con rabia. ¿I por qué nos hiciste entrar?
- —Porque creí que siendo todos caballeros podian avenirse mui bien.
 - -¿Nosotros ibamos a alternar con esos gringos?
- —¿I qué tenia, pues, de particular? Ya ves si son caballeros: ellos no han dicho a ustedes ni una palabra!...
- —; Vámonos, mejor! dijo Gustavo a Víctor. ¿A qué vamos a esponernos a pasar un mal rato?
- —; Es que no quiero que estos badulaques i estas grandísimas diablas se salgan con la suya! replicó Víctor.
- —¡Policial! agregó: yo pido que se bote a estos caballeros a la calle!

Clara que ya se habia repuesto del miedo que le causara la presencia del policial i que de una manera vaga habia recordado sus inmunidades i derechos como dueño de casa, por lo que habia dieho el ingles, alzó la voz i dijo con arrogancia:

—¡Pues bien!... aquí no manda nadie mas que yo!... ¿Entiende, señor policial?... Yo soi la dueño de casa i yo no necesito de la policia!

33

- —¡Vámonos, hombre! esclamaba Gustavo tirando a Víctor de una manga.
- —Vámonos los dos calladitos al dormitorio, le decia Sofia a Domingo, i los dejamos a ellos disputar.
- -¿Pero que no estás comprometida con ese gringo que tenias al lado?
- —¡Bah! nó!... Si no se ha declarado!... Se le ha puesto que soi *Margarite*; i como no habla una palabra en *chileno*, toda la noche se ha llevado apretándome los brazos i con *Margarite* arriba i *Margarite* abajo. Yo no me quedo con él!
 - -¡Yo creo que será él quien no quiere quedarse contigo!
 - Bah!... ojalá yo quisiera!...
- —¡Es que yo no puedo, hija mia, dejar solo a mis compañeros. Si ellos se quedan, bueno; si no, nos largamos todos.
- —¡Andate al rollo, entónces! le dijo ella apartándose de él i echándole sobre las piernas la cola de su vestido merced a un fuerte borneo de las caderas.

I como para provocar sus celos, se acercó al estranjero que habia tenido cerca de ella al principio de la noche i le echó los brazos al cuello mirándolo con cara de gata enamorada.

- —; O! very handsome, Margarite! esclamó él estrechándole el talle.
- —¡Vamos a otra parte, mejor! dijo Domingo uniéndose a los deseos de Gustavo; estas diablas están engringadas.
- —¡Mira, tal por cual! le decia a ese tiempo Víctor a Clara; si no anduviera con estos amigos te agarraba a tí i a todos tus gringos de las orejas i los echaba a la calle.
 - -¿A mí?...; Pruébalo! ¿Quieres hacerlo?
- —¡Pues voi a pitear a clase! dijo el policial al ver que los ánimos se enardecian.
- —¡Sí! eso es! dijo Víctor. Llama a oficial i veremos si no van todos a la policía.
- —¡Pues te equivocas! gritó Clara accionando con impaciencia. ¡Quienes irán serán ustedes, que han venido como a asaltar

la casa! Yo le diré al señor oficial lo que ha sucedido, i aunque la policía le hace poco caso a una, yo le probaré con estos cinco señores, que ustedes han venido a formar el desórden, estando una tranquila en su casa i con su puerta cerrada!... Sí, llamen no mas oficial i veremos quién sale ganando! Yo le diré que ustedes son unos facinerosos, unos pleitistos, que porque una vez los han admitido se creen con derecho de venir a pisotearla a una, como si fuera una arrastrada, una mujer de la calle! Eso si que no, amiguito! eso si que yo no se lo tolero ni a mi madre, i ménos a ustedes, que por que gastan una botella de champaña se creen autorizados para venir a mandar a casa ajena i echar a personas prudentes que en nada les ofenden! Pero...

- —¡Ah, diabla!... gritó Víctor tapándose los oidos i volviéndose para salir del salon. ¡Ah, diabla! no me aturdas con tanta palabrería!...
- —¡Es que se desbordaron las cataratas del Niágara! le dijo Domingo riéndose.
- —¡Vámonos!... vámonos de aquí!... dijo Gustavo tirando a Víctor de un brazo.
- —¡Adios, condenadas de los infiernos! les gritó el jóven; i como pasase a ese tiempo por frente a la mesa donde estaban las botellas i copas en que se habian servido el champaña, la tomó de un lado i la volcó haciendo rodar con estrépito, por la alfombra, cuanto habia en ella.

-¡Ah!... pícaro! gritó Clara. ¡Esta me la vas a pagar!

I pensando acto continuo en que con el golpe se habrian quebrado algunos cristales, agregó dirijiéndose al guardian del órden, que solo habia servido esa vez de testigo del desórden.

—; Policial!... Policial!... agárrelo, sujételo! Que venga a pagarme lo que ha quebrado!

Pero Víctor, riendo a carcajadas, habia ya salido a la calle seguido de Domingo i de Gustavo.

El policial recibió en la calle una propina de los jóvenes i los dejó ir en paz.

-I ahora, preguntó Víctor ¿a dónde vamos?

- -A donde la suerte nos lleve, contestó Domingo.
- —Yo soi de opinion que nos vamos cada uno a su casa, insinuó Gustavo, a quien aquellas calaveradas no podian agradarle.
- —¡Eso si que nó, esclamó Víctor. Hemos principiado la noche tunando i debemos concluirla del mismo modo! Yo los llevaré donde haya algo bueno.

Despues de media noche.

EL ÚLTIMO ATAVÍO DEL DIA.

Era mas de la una de la mañana cuando Domingo, Víctor i Gustavo salieron de la casa de las *rubias*, llamadas así talvez por no ser tales.

A esa hora, Valparaiso estaba enteramente desierto i solo de trecho en trecho, afirmados perezosamente en una esquina se divisaban algunos policiales. Tambien solian atravesar las calles con paso lijero, tal cual jóven, que como nuestros conocidos, andaban en busca de nocturnos placeres.

No tardó Víctor en pararse frente a una ventana i golpear en ella, al principio recatadamente, i luego con mas fuerza.

—¿Quién es? preguntó del interior una voz soñolienta de hombre.

—¡Diablo! esclamó Víctor prosiguiendo la marcha. ¡Aquí erramos capítulo!

Unas cuantas puertas mas allá repitió la misma operación, pero en esta vez le contestó una jóven.

-Soi yo, paloma mia:

«Abrime la puerta cielo Antes que el reloj dé la una.» Abrieron del interior una hoja de la ventana i la misma jóven agregó:

- -Pero nosotras no somos mas que dos.
- —Dos i tres son cinco, formamos un bonito número, alma mia.

Se les abrió i entraron a unapieza pequeña que servia de salon i dormitorio a la vez.

La jóven que ocupaba la cama i que abrió la puerta, se habia levantado semi-desnuda, cubierta tan solo por bordada i blanca camisa.

Se ganó de carrera a la cama, se cubrió con las tapas i comenzó a observar a sus visitantes.

Victor fué a sentarse en el lecho.

- —Vamos, hija: ¿dónde está la otra paloma? Tienes algo que darnos para beber?
- —Está en la otra pieza, contestó la jóven sin apercibirse, al parecer, que Víctor le oprimia las piernas.
- —¡Pues yo la iré a buscar! dijo Domingo, entrándose sin mas ceremonia al segundo cuarto.

Gustavo observó que aquella jóven estaba durmiendo con aretes i peinada de moño. No tendria mas de 28 años, pero estaba bastante flaca i extenuada, aunque el cútis de su semblante aparecia mui blanco i sonrosado. Apesar de que no era fea, habia tal languidez en su mirada, tal espresion de cansancio i hastío en su fisonomía, que el jóven sintió una especie de lástima i repulsion por ella.

- —¿Quiere usted que me levante? preguntó a Víctor despues de haber dicho que tenia oporto i cerveza.
- —¡Claro! le dijo el jóven, si no quieres que nos sirvamos nosotros mismos.

Benita, así se llamaba la jóven, se dejó caer para el lado de la pared, se calzó sin ponerse medias i cubrió el resto del cuerpo con un vestido, sin agregar la ropa interior.

-¡Pues no está malo ese cuerpo! le dijo Víctor recostándose

en la cama para alcanzar a darle una palmada en la espalda ántes que se vistiera.

Benita bostezó, pues le habian interrumpido su sueño.

No tardó tambien en aparecer Domingo llevando del brazo a una niña gorda, pequeña, tan pintada como Benita, aunque no tan debilitada ni marchita, talvez por ser mas fea. Venia riéndose, a medio vestir, con el corpiño desabrochado, los ojos un tanto soñolientos, pero provocativos i curiosos.

—Caballeros, dijo Domingo con gravedad cómica: les presento a la señorita...

I volviéndose a ella le preguntó con tono festivo:

- -¿Cómo te llamáis vos?.
- —¿I vos cómo te llamáis? le preguntó ella a su vez riéndose. Víctor saltó del lecho i esclamó, tratando de dar un abrazo a la recien venida:
- —¡Pues si ésta era la mia! i yo que no sabia que estaba aquí!...
- —¡Vaya! dijo ella esquivando el cuerpo i mirando al jóven con jesto despreciativo. ¡Vaya! que no le amarraron las manos cuando chico?

Benita fué a traer oporto, que segun dijo Víctor, no tenia de tal mas que la etiqueta; pero como ya a esa hora no era posible regodiarse, atacaron las botellas con verdadero ardor.

Colocáronse Domingo i Víctor al lado de las niñas, Gustavo al frente sirviendo las copas i de ese modo siguieron una de esas charlas picantes, acentuadas por apretones mas o menos atrevidos, que las niñas soportaban devolviendo un pellisco o un bofeton.

Entre copa i copa las niñas pedian un cigarrillo i con una pierna sobre la otra, bostezando de cuando en cuando, arrojaban como consumadas fumadoras, gruesas bocanadas de humo.

Consumida una botella se trajo otra, i con esta el diálogo se hizo mas animado, el avance de las manos mas atrevido i las niñas mas tolerantes o sufridas.

Benita, a la tercer botella, quiso contar su historia: por ton-

ta se veia en esa vida, pues habia despreciado tres buenos partidos. Si ella hubiese sido como todas las demas, decia, que engañan a los hombres nada mas que para comerles la plata, seria rica a esas horas.

La gorda no estaba descontenta con su surte, segun lo manifestaba a Domingo; lo único que la tenia rabiosa i que si ella pudiera escribiria un libro para decir hartas verdades, era el que las autoridades i la policía se metieran con ellas. ¿Acaso nosotras, decia, no somos dueños de nuestros cuerpos?

Domingo i Víctor les encontraban razon en todo; i como a medida que ellas se ponian mas habladoras i comunicativas, se mostraban tambien mas condescendientes o despreocupadas i no acudian a los puñetes i pelliscos para defenderse de las manos de los jóvenes, aquel diálogo fué haciéndose demasiado acre para Gustavo, que solo desempeñaba el papel de espectador.

Se descorchó una cuarta botella i con el contenido de ésta, Domingo quiso a toda costa ver si la pantorrilla de la gorda era mas gruesa que su cintura.

Víctor declaró que a esa hora Benita debia quedarse sin corpiño, pues eso la libraria de cojer una pulmonía.

Gustavo, que habia estado impaciente i fastidiado desde el principio de la noche i que solo habia seguido a sus amigos por esa especie de atraccion irresistible que comienza a ejercer en el hombre la vida del libertinaje, sintió que su cabeza se trastornaba con el licor i con los cuadros plásticos que observaba.

El recuerdo de Leonor, de su hermosura, de sus caricias, de las horas de voluptuosidad loca i ardiente que habia pasado con ella, cayeron como una lluvia de lava ardiente sobre su corazon. Pero como nada hai mas brutal que los instintos del hombre, sobre todo cuando se hallan exitados por el licor, Gustavo en medio de su ebriedad se sorprendió de sentirse atraido por aquellas mujeres que le causaban al mismo tiempo repulsion. El cuerpo flaco i marchito de la una, así como la piel amarillenta

i lustrosa de la otra, tenian para él casi mas atractivos, en aquel momento, que el fresco i esbelto cuerpo de Leonor.

Como habia dicho Moises en cierta ocasion, el hombre (i al decir el hombre incluimos a la mujer) esperimenta, en ocasiones, deseos inesplicables. Si se le dan siempre manjares, una que otra vez desea un alimento burdo, malo, que mascará con repugnancia, talvez, pero que engullirá con glotonería para satisfacer su apetito.

Era lo que sentia Gastavo a la vista de aquellas formas repelentes, que en otras circunstancias le habrian causado nauceas, pero que en ese instante le hacian latir con violencia las sienes.

Aunque parezca grosero lo que vamos a esponer, diremos que el hombre que se abandona a la relajacion, adquiere algo de los instintos i los gustos del chancho: desea revolcarse en el cieno; siente la necesidad de absorber olores acres.

Gustavo, haciendo un esfuerzo, quiso dominarse, quiso sobreponerse a lo que sentia; pero sus sentidos estaban demasiado exitados i su cerebro demasiado cargado para conseguirlo.

- —¡Me he embriagado! esclamó con torpe labio i pasándose la mano por la frente.
- —¡Pues nosotros no estamos menos, hijo! esclamó Víctor, que para no caerse se habia abrazado del talle de Benita
- —¡Me voi!... agregó Gustavo apoyándose en la mesa para poder levantarse.
 - —¿I por qué no te quedas? le preguntó Domingo.
 - -¡Diablo! ¿creen ustedes que yo soi de cera?
- —¡Tienes razon! le dijo Domingo restregando la frente en el pecho de la gorda. ¡I yo que no lo habia advertido!...

Gustavo salió haciendo esfuerzos sobre humanos para no hacer equis al andar; pero tal estaba su cabeza que las veredas de la calle eran angostas para él.

Afirmándose en las paredes, tropezando en los postes del telégrafo o en las molduras salientes de las puertas i ventanas, vendo de un lado al otro, marchando lijero o deteniéndose, an-

34

duvo algun tiempo a la ventura, pues en realidad no sabia dónde dirijirse; pero despues de ir i venir por una misma calle, de querer encontrar un rumbo que no sabia buscar, alcanzó a sobreponerse a su estado i recordó que tenia la casa de Florinda donde ir a pasar el resto de la noche.

Al contacto de ese recuerdo, vínole a la imajinacion la imájen de Víctor i Domingo, entregados al necio placer de exhibir las formas de sus queridas de ocasion.

—¡Paes yo tengo algo mejor que todo eso! pensó. Florinda es interesante, no es como esas basuras que pueden arrastrarse con una escoba!... Voi allá... Florinda me recibirá... ¿I Leonor?...; Ah!¡Pero que se vaya al diablo Leonor!... Hai tantas mujeres!...

Se orientó del lugar en que se encontraba i con paso incierto, luchando siempre para marchar derecho, se dirijió allá.

Daban las cinco de la mañana cuando Gustavo, empuñando su mano derecha inter con la izquierda se apoyaba en el marco, daba fuertes golpes a la puerta de la casa de Florinda.

Casi inmediatamente, como si hubiesen estado aguardando, una voz preguntó:

-¿Quién es?

- Yo!... Gustavo Peña!!...

La puerta se abrió en el acto, i Florinda recibió en sus brazos al jóven i lo condujo al salon.

—¡Perdóname, Florinda, le dijo él tendiéndose en un sofá; me he exedido un poco; pero...

Un fuerte hipo, el hipo de la embriaguez, le cortó la voz.

—¡Gustavo! le dijo ella abrazándolo i acercándolo a su pecho. ¡Gustavo!... ¿Por qué has bebido tanto?

—¡Qué te importa! esclamó él bruscamente i tratando de enderezarse. Si no quieres que venga a tu casa, dímelo i me iré en el acto!...

Florinda le besó la frente, arrodillándose en la alfombra para poder acariciarlo mejor.

-¡No digas eso! le dijo con ternura i resentimiento. Te digo

que para qué has bebido tanto, porque te vas a enfermar!...

Gustavo no contestó. Retorció el cuerpo sintiendo el malestar, las fatigas, la desesperacion que esperimenta el que ha abusado del licor.

Florinda le miró un instante con ternura, con cariño infinito, i comprendiendo lo que el jóven sufria, le dijæ:

-¡Voi a prepararte una tasa de té puro: eso te hará bien!...

Pero no pudo separarse sin dopositar un nuevo beso en la frente de Gustavo, cayo semblante principiaba a empalidecer de una manera notable.

Para no detenernos en descripciones que ninguna novedad pueden presentar al lector, diremos tan solo que, en ese dia, pues ya principiaba a amanecer cuando Gustavo llegó a casa de Florinda, ésta se constituyó a la cabecera del jóven, desempeñando al lado de él los oficios que podia haber desempeñado la mas solícita de las madres, la mas cuidadosa i caritativa hermana de caridad.

Gustavo pasó en el lecho todo el dia, enfermo, con fiebre i fuerte dolor de cabeza; pero Florinda con sus atenciones consiguió devolverle el vigor suficiente para levantarse al caer de la noche.

Desde aquel dia, para Florinda i Gustavo se abrió una nueva era. Para él una era de orjías, de trasnochadas, de visitas nocturnas, en que recorrió desde el mas decente hasta el mas inmundo de los burdeles; i para ella, una era de sacrificios, de sinsabores i de abnegación inesplicables.

Por un capricho mui comun en la vida, Florinda se habia enamorado de Gustavo i sentia por él uno de esos cariños intensos, profundos, en que entra por gran parte el respeto i una especie de adoracion. Esos amores son de ordinario tranquilos, silenciosos, i viven nutriéndose con una mirada, con una sonrisa del ser amado.

Florinda, sin pensarlo, sin quererlo ella misma, fué haciéndose poco a poco algo como una sumisa i agradecida esclava, algo como la cariñosa perrilla que vela por su amo. Esa abnegacion, ese cariño, esa humildad absoluta, no eran sin embargo correspondidos por el jóven: se mostraba frio, a veces un tanto brusco con Florinda; i como se habia entregado casi por completo a la bebida, saliendo todas las noches con amigos i recojiéndose al amanecer embriagado, la amante jóven pasaba las noches llorando.

- -¿Por qué lloras? le preguntó un dia Gustavo con mal humor.
- —No puedo conformarme, le dijo ella abrazándolo cariñosamente, con verte llegar así todas las noches. No creas, Gustavo mio, que lo haga por celos ni porque me fastidie que te diviertas: nó, es que temo te acostumbres a esa vida i te pierdas.

Gustavo se quedó callado largo rato i al fin dijo:

- —Tienes razon: estoi labrando mi propia ruina. Te prometo que desde hoi cambiaré...
- -¡Oh! si haces eso, le dijo Florinda, yo te serviré de rodillas, yo adivinaré tu pensamiento para agradarte...

Permanecieron un momento en silencio i luego agregó ella con voz suave i cariñosa:

- —Gustavo, le dijo. ¿Por qué no nos vamos para Santiago? El jóven pensó en Leonor i no contestó nada.
- —Oye, agregó ella: te he oido decir que tienes una hacienda en el sur i que desde que tú faltas está mui mal administrada. Aquí la vida es mui cara i en el campo no cuesta nada ¿por qué no nos vamos allá?
- —¿I qué dirian mis inquilinos i mis amigos si vieran que llevaba una mujer a la hacienda? preguntó Gustavo con cierto disgusto.
 - -¿Pero no es peor como vives ahora? le preguntó ella.
- —Es que esto es una cosa pasajera que debe concluir de un dia a otro.
 - -¿Entónces piensas dejarme?
- —¿Dejarte?... Nó...; pero al fin será necesario que yo atienda a mis negocios, pues estoi arruinado.
 - -I bien, yo te ayudaré a atenderlos i te procuraré toda

suerte de economías. Tú en la hacienda necesitarás de una criada, de una ama de llaves: yo seré esa criada, yo velaré todo cuanto me-encomiendes.

—¡Oh! nó, imposible! Se sabria que tenia una mujer, dirian que vivia amancebado!

—Viviré léjos de donde tú vivas, entónces, como una de tus inquilinas. Tú me harás contruir aunque sea un ranchito, i ahí irás cuando quieras, o iré yo a tu casa ocultamente, a la media noche, cuando todos duerman.

-¡Lo pensaremos! contestó Gustavo friamente.

Pero dos dias despues no pudo reprimirse i se fué a casa de Leonor.

La jóven lo recibió sonriéndose.

-Creí que ya te habias olvidado de tu amiga, le dijo.

—¡Leonor! esclamó Gustavo haciendo esfuerzos para dominar su emocion. ¡Leonor: no he podido resistir mas tiempo sin verte: ha sido inútil que busque en las orjías i en el licor un remedio para olvidarte. En medio de mi embriaguez, en medio de las orjías, en los brazos mismos de otra mujer, no he podido separar tu imájen de mi corazon. Me he hecho tunante, he visitado casas donde jamas pensé que habria podido poner los piés; pero todo ha sido inútil, pues tu recuerdo me entristece i desespera...

-¿Pero no te ama Florinda?

—¡Oh! si!... i siento por ella profunda gratitud: para mi se ha convertido en la mujer mas dulce i abnegada que puede imajinarse; pero yo no la amo, yo no puedo sentir por ella lo que he sentido por tí. Desearia tenerla como una hermana, como una amiga...

—¡Rara coincidencia! esclamó Leonor riéndose. Rara coincidencia! Tú desearias tener a tu querida nada mas que como una hermana i yo desearia tenerte a tí del mismo modo!

—Pero entre nosotros es distinto. Nosotros nos amamos i tú fuiste la primera en repetirme mil veces que tu amor seria eterno.

—¡Pero ya eso es historia antigna, amigo mio! Si pudieran hacerse cargos por tales promesas, los tribunales se verian invadidos por millares de personas que irian a cobrar daños i perjuicios. A este propósito recuerdo unos bonitos versos que oí en mi infancia. Dicen así:

¿Quién en la flor de juveniles años, Cuando late en el pecho una alma pura Cuando ajeno de pérfidos engaños De dicha un cielo el corazon se augura;

Quién no ha mirado del porvenir la senda, Cual una alfombra de vistosas flores, Tierno regalo, seductora ofrenda, Múltiple en variedad, rica en colores?

¿Quién tan indiferente, quién tan frio, En el altar de amor arrodillado No aprisionó en cadenas su albedrío, Jurando amor al ser idolatrado?

- —El final, que no lo recuerdo, agregó Leonor riéndose, dice que en esa edad los labios juran lo que el corazon siente; pero que mas tarde los desengaños enfrian el corazon i borran de la mente hasta el recuerdo de lo prometido.
- —Eso sucederá, dijo Gustavo, a los que no aman verdaderamente, a los que toman por pasion un capricho.
 - -Precisamente; i a la mayor parte sucede eso.
- -¿De manera que tú, Leonor, solo sentiste por mí uno de esos caprichos?
- —Así debe haber sido, amigo mio: yo fuí la primera en engañarme, así que no es raro te engañara a tí!
- -¿I continúas mirándome con esa misma indiferencia, Leonor?
- —Ya entre nosotros, contestó la jóven, hai un obstáculo insalvable.

-¿Cuál?

- -El que tanto tú, como yo, hemos tenido otros amores.
- —¿I si a pesar de eso, Leonor, yo te siguiera amando; si me sintiera capaz de olvidarlo todo, de pasar por sobre todo lo sucedido i quisiera volver a ser tu amante, me aceptarias tú como tal, me serias fiel en lo sucesivo?
- —Bien podria prometértelo, Gustavo, si en ese momento lo sentia; pero ¿no me sucederia lo mismo que cuando te juraba amor eterno? Desengáñate, i no me des la tentacion de caer nuevamente en tus brazos, pues tendrias mucho de qué arrepentirte!

Leonor sonreia al decir esto i miraba a Gustavo como provocándolo.

—¿I por qué podria arrepentirme? le preguntó él sentándose a su lado i estrechándole una mano. ¿Acaso no es peor, mucho peor, lo que sufro sin tí?

Leonor pareció luchar un momento con una idea picarezca.

- —Tomo nota de tus palabras, le dijo, por lo que puede sobrevenir despues.
- —Pero no sé en qué sentido las interpretes tú, le dijo él. Yo me refiero a que mi ruina, la mayor pobreza, todo lo que pueda sobrevenirme, lo aceptaré con gusto, con tal de poseerte esclusivamente, con tal de ser dueño absoluto de tu corazon.
- —¡Nó, i cien veces nó! le dijo ella, siempre con acento festivo. Amo mi libertad, quiero mi libertad, i hoi mismo, dentro de un instante si te jurara por lo mas sagrado que haré tu voluntad, sabe que te engañaria! Te repito por última vez, Gustavo, que no me tientes a hacerlo. Ya sabes que tengo caprichos estravagantes i uno de ellos puede ser el darte gusto a tí!...

Gustavo iba a levantarse; pero aquella mano blanda, suave i pequeñita, oprimió la suya con cariño.

- --: Leonor! le dijo él con ternura i mirándola con amor.
- —¡I bien! esclamó ella súbitamente, echándole los brazos al cuello. ¡I bien!... tú lo quieres!...

Gustavo se estremeció al contacto de aquellos brazos cuyo aliciente conocia.

—¡Amame i seré tu esclavo! le dijo él con voz balbuciente. Ella no le contestó: lo cubrió de besos, lo embriagó con caricias, le trastornó el cerebro con su aliento i con sus miradas.

Gustavo pasó cuatro dias sin salir de la casa de Leonor, probando los mismos delirios, sintiendo las mismas emociones que habia esperimentado en los primeros dias de sus amores.

Leonor no le dijo nunca que le seria fiel, que le dedicaria todo su amor: cuando el jóven se lo exijia, le miraba con ternura o le hacia callar tapándole la boca con sus dos manos.

Gustavo comenzó a esperar que Leonor se rejeneraria, que lo abandonaria todo para seguirlo; i así como Florinda le habia propuesto a él que la llevara a su hacienda, así él lo propuso a Leonor.

-Pero en esta época es mui triste el campo, le dijo ella.

I como él insistiese, concluyó Florinda por decirle:

—¡Despues!... Tú lo decidirás mas tarde!...

En aquel mismo dia, Leonor dijo que iba a salir al comercio, a una joyería, para hacer componer su reloj que andaba mal; pero habiéndose sentido fatigada despues de comer, dió el reloj a Gustavo diciéndole:

—¡Llévalo tú a una joyería i tráeme, a la vuelta, pastillas i aguas para el pañuelo.

Gustavo se fué contentísimo; tanto porque la salida de Leonor le habia inspirado serios temores, como porque aquellos encargos le recordaban la época de su luna de miel.

Apénas salió Gustavo, i como era ya de noche, Leonor encendió gas en su dormitorio i abrió los balcones.

- —¡Oye, dijo a Beatriz, que vino a avisarle que Gustavo se habia marchado sin mirar para atras: oye, no ha de tardar en venir, pues ya debe haber visto que están abiertas las puertas del balcon. Dile que estos dias he estado enferma ¿me entiendes?
 - -¿I si viene Mr. Jhonson?
 - —Dile que me sigue la jaqueca; que mañana iré yo a verlo. Beatriz iba a alejarse, pero pareció recordar algo.

•

- -¿I todavía no tiene la señorita para darme eso?
- -; Ah!... Se me habia olvidado!... Gustavo no andaba mas que con dos cientos pesos en su cartera...
- —Parece que van escasiando los billetes en la cartera del señor Gustavo, dijo Beatriz de una manera maliciosa.
- —Así es, i su administrador tarda mucho, tambien, con las remesas.

Beatriz recibió algunos billetes de Leonor i se alejó, para volver cinco minutos despues diciendo:

- —Ya está aquí.
- -Que entre.

Apagó el gas, i el dormitorio de Leonor quedó a oscuras.

Gustavo, que como hemos dicho principiaba a soñar con reconquistarse nuevamante el corazon de Leonor, habia salido de la casa satisfecho i feliz, formando algunos castillos en el aire para el porvenir.

Pareciéndole que todo tiempo que estuviera aparte de Leonor era tiempo perdido, tomó un coche para dirijirse al puerto i efectuó las dilijencias de mandar componer el reloj i comprar algunas escencias, en menos tiempo del que habria gastad yendo a pié o en los carritos urbanos.

- —Volvió, pues, a la casa mui pronto i al apearse del coca una niña arrebujada con un manto se acercó a él i le dijo: -
- —¡Gustavo!... Goza, goza de tus amores; pero recuera cuando seas despreciado, que tienes el pecho de una amiga qu tratará de suavizar o endulzar tus dolores!...
- —¡Florinda! esclamó el jóven, mas disgustado que sorprendido.
- —¡Perdóname, le dijo ella rápidamente; temí te hubiera sucedido algo i por eso vine a ver si estabas aquí... Sube, Gustavo: ojalá encuentres arriba la felicidad i el amor que yo te he ofrecido!...

Florinda se alejó rápidamente.

Gustavo se quedo inmóvil, sin poder por el momento esplicaese el sentido de lo que le habia dicho Florinda; pero luego vino a su mente una sospecha horrible i empujando la puerta, que solo estaba entornada, se precipitó al interior corriendo.

-¿Quién es? gritó una mujer vivamente alarmada.

Al mismo tiempo sintió un ruido confuso, palabras cambiadas con rapidez i en voz baja, pasos como de un hombre que corria a ocultarse...

—¿Quién está ahi? gritó Gustavo hallándose a oscuras en el pasadizo i sin atreverse a avanzar, temiendo dejar tras de sí a la persona que provocaba sus sospechas.

Volvieron a sentirse algunos cuchicheos i Gustavo exasperado, gritó:

- -¿Quién está aqui? ¿por qué está a oscuras este pasadizo?
- —Soi yo, señor, le contestó Beatriz con voz tímida i turbada; soi yo que habia venido a ver el gas, pero no he podido encenderlo!
 - -¿Con quién estás?
 - -Con nadie, señor.
- —¡Mientes! yo te he oido hablar con otra persona i he sentido que se escondia. A ver, enciende luz!
 - -¡No tengo fósforos, señor!
 - -: Pues aquí hai! dijo Gustavo encendiendo un fósforo.

El pasadizo daba entrada a la parte baja de la casa i a la decha tenia la escala para subir a los altos.

Gustavo prendió el mechero de gas i no le fué difícil ver, acurrucado tras de la escala, un jóven que por su aspecto i su traje parecia artesano.

—¡Perdon, señor! esclamó Beatriz con acento demasiado cómico para ser natural. ¡Perdónenos, señor Gustavo; este es el novio, el jóven de que le habia hablado antes!

Gustavo respiró: ¡era la sirviente quien entraba hombres a la casa!... qué felicidad! no era Leonor! Aquella vez, como otras muchas, él habia tenido una sospecha injusta, habia interpretado mal las palabras de Florinda.

Quiso ganar la escalera para subir cuanto ántes a las piezas de Leonor, pero Batriz le cerró el paso diciéndole:

- -; Señor!... Oiga usted; pero...
- -¡Habla! ¿qué quieres?
- -Es que yo querria... yo pensaba...

Beatriz no hallaba qué decir. Trataba de ganar tiempo; i aunque hacia esfuerzos para aparentar calma, miraba con cierta angustia la escala que conducia a los aposentes de Leonor.

- -¿Qué quieres, al fin? le preguntó Gustavo.
- —Yo le diré a usted: la señorita ha salido aquí... a esas primeras tiendas i me dijo que si usted venia la fuese a encontrar... Acaba de salir; no harán cinco minutos.

Gustavo iba a volverse a la calle, pero la duda asaltó nuevamente su espíritu.

- —Bien, ya iré, dijo a Beatriz; déjame subir para dejar en el lavatorio estas cosas que traigo.
- —Permitamelas, señor; yo las llevaré, le dijo Beatriz cerrándole siempre el paso.
 - -¡Nó, replicó él! quiero ir yo!...
 - -Es que está todo a oscuras.
 - -No importa.
 - -Entónces voi yo a abrirle, pues las puertas están cerradas.

Beatriz comenzó a subir rápidamente; pero Gustavo que ya habia concebido una sospecha, saltando de dos en dos los escalones i alcanzándola en la mitad de la escalera, la tomó de un brazo diciéndole con voz imperiosa:

—¡Detente!... No quiero que subas tú!...

La criada se paró, vaciló un momento, pero cerrando el paso a Gustavo, le dijo con tono suplicante, que revelaba cierto terror:

- —; No suba, señor!... La señorita no está!...
- -: Por lo mismo quiero subir!... dijo él. Haste a un lado!...
- —Es que la señorita me ha encargado que diga a usted que no suba! dijo Beatriz, arriesgando el todo por el todo.

La astuta criada pensó:

-Si logro hacerlo irse, de cualquier modo, despues la señori-

ta Leonor se avendrá con él como pueda, con cualquier disculpa. Lo peor es que insista en subir ahora i la sorprenda.

Pensando esto con la rapidez de la imajinacion, la astuta Beatriz no habia dudado de tomar el nombre de su señora para impedir a Gustavo la entrada.

- —¿Ella te ha dicho eso? esclamó él en el colmo de la admiracion.
- —Sí, señor; puede usted venir mañana a hablar con la señorita i ella le esplicará...
- —¡Mientes! le dijo el jóven convenciéndose cada vez mas de que se le engañaba. ¡Mientes! Leonor está ahí i tú quieres impedirme que la vea!... Paso, canalla! si no quieres que te estrelle contra la pared!...

Al decir esto, tomó a Beatriz de un brazo i la apartó, subiendo con rapidez la escalera.

Beatriz corrió tambien tras de él.

Cinismo de una mujer perdida.

Las habitaciones de la casa de Leonor estaban completamente a oscuras, esceptuando un pasadizo i un corredor dondo ardian dos ganchos de gas.

Gustavo se precipitó al dormitorio de Leonor, pero la puerta estaba cerrada i con llave.

-¡Abre, Leonor! gritó Gustavo sacudiendo la puerta con violencia.

Beatriz, inter tanto, dió la vuelta por las otras habitaciones, se acercó a una puerta, i aplicando los labios al ojo de la cerradura, dijo a Leonor:

-¡Señorita!... don Gustavo!... don Gustavo está ahí!

Por un instante no se oyó en el interior el mas insignificante ruido.

El jóven repitió sus golpes i llamó con mas fuerza a Leonor. Trascurrió un nuevo rato de silencio i Gustavo principió a dudar si realmente estaria o no ahí Leonor; pero el hecho de encontrar la puerta cerrada con llave le hizo insistir.

El celoso jóven temblaba i sentia un hielo mortal en el corazon.

—¡Abre, Leonor! repitió por la tercera vez sacudiendo las hojas de las puertas con mas violencia.

Entónces creyó apercibir, al estremo opuesto del que él ocupaba, el ruido de una llave al dar vuelta en la cerradura.

-¡Ah! pensó: va a salir por la otra puerta!...

Salió al pasadizo, atravesó una pieza que servia a Leonor de costurero i entró a otra, que era la que comunicaba con el dormitorio.

Al entrar i como la pieza estuviese a oscuras, no distinguió nada; pero creyó oir raido hácía uno de los ángulos, inmediato al cual estaba una puerta que caia al comedor.

Gustavo habria dado una parte de su vida, en aquel momento, por una luz.

Recordó que tenia fósforos, i con ellos, al cabo de un minuto, pudo encender el gas.

Miró a su alrededor, pero la pieza estaba vacía; tornó la vista hácia el dormitorio de Leonor i vió la puerta entornada.

Fluctuó un instante entre precipitarse al comedor para ver si sorprendia a la persona que debia haber huido por ahí, o cocorrer al dormitorio para saber si estaba Leonor.

Optó por esto último; i abriendo la puerta con estrépito entró diciendo con voz jadeante:

- Leonor! ... Leonor! ¿Donde estás?

La media oscuridad que había en la pieza, pues solo estaba iluminada por la luz que entraba de la otra sala, no permitó al jóven distinguir con claridad los objetos. Antes de habíar nuevamente apeló a los fósforos para encender otro gancho de gas.

Leonor estaba en el lecho, tranquila, recostada en los almohadones, sumamente pálida. Sus negros ojos brillaban como dos carbunclos, sus negras trenzas desmelenadas, orlaban su hermoso semblante.

Miró a Gustavo fija, abstinada, porfiadamente. Su labio superior se estremecia convulsivamente.

—¿Por qué no me has contestado? le preguntó Gustavo con el paladar seco por la ira i la ajitacion.

Leonor no le contestó. Signió mirándolo de hito en hito.

-¿Quieres exasperarme? le dijo Gustavo.

—Cuando se me habla a gritos, contestó Leonor sin inmutarse, no oigo ni respondo.

-¿Con quién estabas aquí? le preguntó Gustavo acercándose al lecho con aire amenazador.

—¿Quieres no gritar? Me ducle la cabeza i no estoi para respoder a necedades.

Gustavo sintió impetas de ahogar a Leonor con sus manos. Habria sentido menos indignacion encontrándola avergonzada, con la turbacion consiguiente a la persona que es sorprendida en una falta; pero aquella calma, aquella estudiada tranquilidad, aquel cinismo despues del crimen, era el colmo del descaro i de la perversidad.

Una vez mas, Gustavo en medio de su desesperacion se preguntó por qué no podia despreciar a aquella mujer, tan indigna de un amor grande i abnegado como el suyo; pero una vez mas, tambien, el eco seductivo de la sensualidad le respondió recordándole los momentos de felicidad suprema que ella habia sabido darle.

Con aquellas ideas, que pugnaban unas con otras, inclinándolo al perdon i al olvido unas, gritándole las otras que ya era bastante lo que habia descendido para que continuara rebajándose ante sí mismo por una mujer miserable i viciosa; con aquellas ideas, repetimos, Gustavo concluyó de exasperarse.

—¡Oye!... será la última vez que te hable!... le dijo a Leonor acercándose al lecho. Eres una mujer mas infame que las que arrastran su cuerpo por las calles, porque esas, al menos, tienen como disculpa su necesidad! Tú eres perversa porque tienes un corazon de víbora i una alma de demonio: haces el mal por placer, te prostituyes por vicio i por relajacion. Otras, aun las mas abyectas i corrempidas, conservan algunos sentimientos de nobleza i de dignidad: una que otra vez sienten rubor; una que otra vez aspiran ser buenas i honradas; pero tú jamas has pensado en otra cosa que en engañar al hombre que ha confiado en tí, que en pisotear el nombre que en un momento de lecura tantos hombres como yo han unido al tuyo, ofrecién—

dote en cambio de tu fidelidad su amor, su dinero, la posesion que ocupa en la sociedad, el porvenir entero, talvez de una familia. ¿I cómo has correspondido tú a todos? Arruinándolos física, material i moralmente: devorándoles su fortuna, poniendo en ridículo sus nombres, hiriéndolos traidora i alevosamente para reirte despues de su desesperacion, para gozar en seguida con sus dolores!... Eres peor que las víboras; eres, en fin, un ser de quien todos debian huir para no encontrarse, al poco tiempo, emponzoñados con tu aliento, manchados con tu contacto!...

—Já, já, jáááá... esclamó Leonor lanzando una carcajada nerviosa, burlesca, irritante por lo que tenia de despreciativo i cruel para Gustavo. ¡Já, já, jááá!! ¿soi una víbora? pues entónces son unos nécios los que se ponen a mi alcance para que los muerda! ¿Emponzoño con mi aliento? Pues entónces el hombre o los hombres que se acercan a mí deben haberse criado entre la ponzoña, deben haber vivido respirando inmundicias cuando llegan a mí como el sediento buscando la fuente cristalina, como el ciego buscando la luz, como quien no ha conocido mas que el burdo alimento del roto i quiere probar una vez siquiera un delicado manjar!...

Leonor se irguió al decir esto: sus ojos i sus labios sonreian con altivo desden; i como notase que Gustavo la miraba con airado semblante i jesto despreciativo, tiró hácia los piés del catre los cobertores i saltó del lecho con la espresion de una diosa ofendida en su dignidad.

—¡Oye, le dijo con acento sarcástico i golpeándose el pecho; oye: esto que tú aparentas despreciar ahora, te ha costado lágrimas para obtenerlo: esta ponzoña, este lodo, esta mujer, en fin, tan vil i tan miserable, abrirá desde mañana las puertas de su casa a todo el mundo i verás como se llena de pretendientes, cómo acudis vosotros, vosotros grandes señores que no gustais acercaros al lodo, como acudis vosotros, repito, cual leva de perros hambrientos a revolcaros a mis piés.

-Vendrán quienes no te conozcan, le dijo Gustavo. Quienes

engañados por tu esterior hermoso te crean otra cosa que lo que eres.

—No hables necedades, Gustavo. ¿I qué otra cosa sino hermosura es lo que buscais vosotros? ¿Si yo no fuera hermosa me habrias perseguido tú como lo has hecho? Si yo fuera como una de tantas desgraciadas, mui virtuosas i mui honradas; pero feas: ¿no me habria consumido en medio del mas grande aislamiento, devorada por mi pobreza i mi soledad? I sobre todo, hoi como antes, i como ya muchas veces te lo he dicho, es enteramente ocioso e inconduscente que vengas a decirme que soi una mujer mala i perdida. Si tienes tal opinion de mí, si no te agrada lo que yo hago ¿para qué me buscas? ¡Por última vez i para que no vuelvan a repetirse escenas de esta naturaleza en mi casa, te digo que, o me tomas tal cual soi, o me dejas para siempre en paz.

Leonor habia dicho lo que antecede rápidamente, hablando con enerjía i mirando al jóven con jesto despreciativo. Al concluir, i tal como estaba, con los piés i los brazos desnudos, cubierta solamente por la blanca camisa, fué a sentarse a un sofá i desde ahí se quedó contemplando a Gustavo como interrogándolo con la mirada.

Gustavo habia cruzado los brazos sobre el pecho i miral a tambien de hito en hito a aquella mujer que tan desapiadadamente le heria el corazon. No sabia qué contestarle, no hallaba qué decirla, puesto que cuanto ella le replicó era la verdad.

¿Por qué no la habia dejado desde su primera traicion? Por qué habia sido tan ruin, porqué habia perdido hasta tal estremo su dignidad, buscando a una mujer traidora que le despreciaba? ¿No tenia él mismo la culpa de sus dolores? ¿No le habia dicho que para él era imposible vivir sin ella?

Gustavo pensó todo esto i se halló como nunca pequeño i humillado, ante esa mujer que le miraba con cinismo, ante la sociedad que debia saber mas o menos su vilipendio, ante sí mismo, en fin, cuya conciencia le recordaba su antigua i ya perdida honorabilidad.

Sintió que un raudal de lágrimas saltaba a sus ojos; i a fin de no ponerse mas en ridículo derramándolas a la vista de la que se las hacia verter, dió vuelta la espalda i se marchó sin pronunciar una palabra.

Ya en la calle, no pudo reprimirse i lloró como un niño, considerándose uno de los seres mas desgraciados.

El vacío inmenso que sentia en el corazon le hizo recordar los tranquilos i apacibles dias de la infancia, cuando al lado de la santa mujer que le habia dado la existencia, invocaba con voz sencilla el nombre de Dios i de María.

¡Cuanta distancia entre aquella época i la presente! . Entónces con el corazon lleno de emociones i de esperanzas, con el alma llena de proyectos para aumentar su dicha, su vida semejaba al bajel que con viento favorable i mar tranquilo surca el océano dejando apénas blanca i suave estela en las aguas; en ese momento, a la mitad de la vida, su existencia era al contrario, la nave azotada por furiosa tempestad i que perdida ya la esperanza de arribar a puerto salvador, abandónase a las iras del viento desencadenado i a los embates de la mar embravecida.

Para ciertas naturalezas que tienen la facultad de no provar jamas ni grandes pasiones, ni grandes dolores, será casi imposible creer que el hombre esperimente, en ciertos momentos, odio profundo a la vida sin mas que la vil correspondencia de una mujer. Pero desgraciadamente hai almas tan sensibles, corazones que tanto se apegan a otro ser, que no pueden separarse de ellos sin sentir la mas terrible desesperacion.

Gustavo, ante lo que él llamaba su infortunio, sintióse anonadado, medio loco, próximo a la demencia; anduvo largo rato a la ventura i por fin llegó a casa de Florinda donde fué recibido con tristeza, pero sin enojo.

Se conocia que Florinda habia llorado toda la noche, pues tenia los ojos encendidos i las mejillas con las lustrosas huellas de las lágrimas.

Gustavo saludó apenas a Florinda, se sentó en un sofá i apo-

yó la frente en sus manos. No podia hablar, ni habria sabido, tampoco, cómo coordinar una frase.

Florinda se sentó frente a él i permaneció largo rato en silencio contemplándolo.

Despues se aproximó dulcemente al sofá, se colocó al lado del jóven i con voz suave i cariñosa le dijo:

- -¿Sufres mucho, Gustavo?
- -¡Sí,... dijo él; mucho, muchísimo!!!...
- —¡Ah! te compadezco, le dijo ella, pues yo sé ahora lo que es eso de amar i no ser amado; lo que es sentir una ternura profunda, un cariño inmenso por quien no esperimenta por nosotras mas que indiferencia!... Dime, agregó temblándole la voz: ¿amas mucho a Leonor?
- —¡Con toda mi alma! contestó él sin notar que sus palabras debian destrozar el corazon de Florinda.
- —¿La amas apesar de que ella te desprecia? le preguntó ella queriendo apurar hasta la última gota de hiel.
- -Sí, contestó él, cual si hablara con un amigo, a quien ninguna impresion pudiera hacer su confianza. ¡Si, la amo a pesar de sus desprecios: la amo apesar de sus traiciones; la amo apesar de que me mata; la amo, en fin, como nadie debe haber amado en la tierra!... ¡Oye, Florinda, continnó el jóven con exaltacion, tomando entre las suyas una mano de la jóven, i sin notar que sus palabras la habian hecho empalidecer como un cadáver. ¡Oye, Florinda, para que veas cuanto amo a esta mujer! Cuando me he visto traicionado, cuando me he convencido de que ella no me ama i que ha querido jugar con mi corazon como juega el niño con sus embelecos, he tenido el pensamiento, la idea de matarla; pero a la sola idea de ver ese cuerpo que adoro inanimado: ese ser por quien deliro yerto i frio, siento como una helada hoja de acero que me atraviesa el corazon! I conozco, Flerinda, que si alguna vez mi delirio o mi furor me precipita a ese crimen, con la misma arma que atraviese el pecho de Leoner atravesaré el mio!...
 - -¡Oh! si yo pudiera hacerte feliz, Gustavo, le dijo Florinda

con dulce i balbuciente voz, créeme que aun a costa de mi felicidad lo haria!...

-: Ah!... nó, para mí ya no habrá dicha sobre la tierra! esclamó él parándose i principiando a pasearse con ajitacion en la sala. ¡Para mí ya no habrá dicha sobre la tierra, Florinda!... Yo tenia mi corazon virjen de amores, puro aun de ardientes pasiones! i al encontrar una mujer que me sedujo engañándome con finiido amor, arrojé entero mi corazon a sus piés i puse completa mi pura alma en sus manos!! Ella ha pisoteado mi corazon ensangrentándolo, revolcándolo en inmundo lodo: ella ha torturado, ella ha disecado mi alma haciéndola probar amarguras mil: ¿qué dicha puede gozar en el porvenir quien ya no tendrá fé en el amor, quién mirará con repugnancia i hastío a la mujer? ¡Seré la víctima de un amor insensato! llegaré, estoi seguro, a la mayor de las abominaciones... ¡I bien! con eso encontraré un placer! con eso esperimentaré siquiera la satisfaccion de servir de ejemplo a los que como yo, incautos i nécios, entregan su corazon a mujeres que no tienen dignidad ni cariño!...

Florinda no pudo reprimir un sollozo i cubrióse los ojos con un pañuelo.

Gustavo se volvió sorprendido i miró a Florinda un momento sin poderse esplicar la causa de aquellas lágrimas.

—¡Tú lloras! la dijo volviendo a sentarse al lado de ella en el sofá. ¡Tú lloras, amiga mia! ¿Me compadeces?

—Si, le contestó ella llorando sin amargura; sí, te compadezco porque comprendo cuánto debe sufrir tu corazon! Te compadezco, Gustavo, porque yo tambien sufro tus mismos dolores, i porque me siento desesperada de no poder probarte que entre esa percion de mujeres desgraciadas a que has aludido, hai muchas que sacrificarian gustosas su dicha i su porvenir por dar la felicidad al objeto que ellas tambien, por desgracia, suelen amar!... Si yo pudiera hoi mismo sellar con mi sangre el pacto de tu felicidad; si yo pudiera, i te lo juro por el recuerdo de mi pobre madre, si yo pudiera, Gustavo, dar a Leonor mi

cariño hácia tí i supiera que con eso tú ibas a ser feliz el resto de tu vida, créeme que en el acto se lo daria, aun cuando yo debiera sufrir los celos i los dolores consiguientes al abandono que tú harias de mí!...

—¡Ah!... perdona, Florinda, contestó Gustavo enternecido al recordar las relaciones que lo ligaban a la jóven. ¡Perdona, Florinda, que me haya espresado con tal acritud de las mujeres en jeneral; pero tú lo comprenderás: mi espíritu se halla trastornado, mi corazon mana sangre i hiel en estos instantes i talvez tomo como cosa jeneral lo que no es mas que una escepcion! ¡Sí, talvez tus labios digan la verdad! talvez tú seas capaz de amar; pero cuando recuerdo los juramentos mil de la pérfida que me ha engañado; cuando recuerdo sus suspiros i sus lágrimas, entónces dudo de la honradez, dudo de la virtud, dudo de la sinceridad de todas las mujeres!...

-¡Oh! no hables así le dijo Florinda con dulzura. Tú, porque te sientes ahora recien herido, solamente puedes olvidar la pureza de tantos i tantos seres que son los verdaderos ánjeles de la tierra!... ¡Ah! yo tambien, hasta hace poco, dudaba de todo, o mas bien, no creia en nada. Habituada a mentir i a oir mentiras; acostumbrada a no hallar en el amor de los hombres mas que la satisfaccion de sus placeres, yo tambien creia que el amor no era mas que un comercio, un cambio mas o menos agradable de caricias, placeres i atenciones. En tal sentido cuando un hombre me hastiaba o se arruinaba lo dejaba con mayor o menor indiferencia segun habian sido de gratas o agradables nuestras relaciones. Hasta el dia mismo en que procuré atraerte a tí, no me movia mas que un espíritu de venganza i el deseo de satisfacer un capricho; pero fatalmente, el haberte estrechado entre mis brazos fué mi perdicion; pues mientras mas frio encontraba tu corazon cuando latia al lado del mio, mas se encendia en mi pecho una pasion dulce i hasta entónces para mí desconocida. Desde entónces comprendí que era cierto que podia amarse hasta la abnegacion i el sacrificio; desde entônces comencé a sentir la necesidad de ser buena i hacerme honrada, de reabilitarme en lo posible para hacerme tambien, en lo posible, digna del hombre a quien amaba. Entónces, lo repetiré, en vez de seguir odiando a Leonor, la he compadecido; entónces, en fin, he creido en la virtud de otras mujeres porque yo, desgraciada, que he arrastrado mi existencia en las abominaciones me he sentido capaz de hacerme honrada!!

Un sollozo cortó la voz de Florinda.

- —¡Pobre amiga mia! la dijo Gustavo. Te he herido, pero créeme que ha sido sin intencion, sin pensarlo. Por mas que mi corazon se halle torturado, no soi tan cruel para ofender a quien no debo mas que cariño!...
- -No creas, nó, le interrumpió Florinda, que estas lágrimas sean porque me hayas ofendido: nó, las derramo sobre la tumba en que he sepultado mis últimas i leves esperanzas!... Al contrario de resentirme contigo, Gustavo, te estoi agradecida; pues aunque no puedas corresponder a mi cariño, aunque no puedas ser para mí nunca lo que has sido para Leonor, tu amor me ha purificado, tu cariño me ha ennoblecido i de la mujer perdida, juguete de sus pasiones i de las de los demas, va a salir ahora una mujer honrada, que no tendrá otra aspiracion que hacer olvidar su pasado. Oyeme, i créeme Gustavo: yo, sea cual fuere el lugar a que te dirijas; sea cual fuere la suerte que corras: sea cual fuere el aprecio que hagas de mí yo te seguiré como tu sombra, yo velaré por tí como tu ánjel tutelar, yo, en fin, me harê tu esclava para servirte. I esto sin exijir nada de tí: ni cariño que seria mi dicha, ni proteccion que seria mi ausilio para seguirte i servirte, ni nada, por último, que pueda costarte la menor contrariedad, el mas insignificante sacrificio.
- —Tú sueñas, Florinda, la dijo Gustavo. Tú sueñas como soñó Leonor al principio de nuestros amores. Yo, con la esperiencia amarga que he adquirido, doi crédito ahora a lo que en varias ocasiones me ha dicho mi amigo Moises. El, que tanto ha corrido el mundo dice que jamas la mujer que ha pervertido su corazon en la juventud, puede amar por mucho tiempo como ama la que ha sido honrada.

—En eso tu amigo se equivoca: es cierto que los malos hábitos, las malas costumbres, son mui difíciles de desarraigar; pero tambien lo es que cuando se siente por primera vez en el corazon uno de esos amores que trastornan todas nuestras ideas, que cambian todos nuestros gustos, que nos hacen buscar a Dios, a quien habíamos escarnecido; que nos hacen recordar a nuestros padres, a quienes habíamos olvidado; que nos hacen, por fin, ruborizarnos de nuestras faltas i sentir odio a nuestro pasado: cuando eso se siente, Gustavo, es porque el amor ha sido un fuego para purificarnos, una fuente de agua cristalina para lavarnos. Yo siento eso ahora, i tengo la seguridad de que será tambien el último sentimiento de mi vida.

Gustavo sonrió con amargura.

- —El corazon humano, dijo, es mui voluble, i sobre todo el corazon de la mujer habituada a ser inconsecuente.
- —Pero esa misma inconstancia puede servir para que en algunas ocasiones, la esperiencia la haga cuerda. En la juventud es tambien mas difícil la constancia en una mujer; pero en muchos casos, Gustavo, no es siempre la pobre mujer la mala!
- —¡Oh! yo no digo eso, tampoco; pero sí creo que es lo mas jeneral. En fin, sea lo que fuere, lo cierto es que yo he sido vilmente engañado por una mujer que me pareció un ánjel; i si esto me ha sucedido con la que creí ánjel ¿qué me habria acaecido con las que solo he considerado como mujeres?
- —¡Quién sabe si con éstas habrias sido mas feliz! le dijo Florinda. Cuando una se forma una gran ilusion, el desencanto, si lo hai, es mucho mas terrible.

Gustavo volvió a levantarse del sofá i a continuar su paseo. De repente se paró frente a Florinda diciéndole:

-Si tienes coñac, dame: siento un algo que me ahoga.

Cuando Florinda volvió trayendo el licor pedido, le dijo miéntras le servia una copa:

—Esto exacervará tus sufrimientos: es un engaño creer que los grandes dolores puedan calmarse con el licor.

- -Es que yo quiero ahogarlos i si no lo consigo, ahogarme yo mismo.
 - -Es decir, le dijo Florinda, quieres matarte.

Gustavo alzó los hombros, i apurando de un solo sorvo el coñac contestó:

- —¿I para que quiero yo la vida? Una existencia así es odiosa.
- —Si para tí no es útil, le replicó la jóven, para muchos otros puede serlo. ¿No tienes padres? no tienes hermanos? no tienes siquiera amigos? ¿Por qué les habias de imponer tú el sentimiento de tu pérdida? I a mas de eso, Gustavo, matarte por tan fútil i si así puedo decirlo, por tan vergonzosa causa, seria para todos cuantos te aprecien un motivo mayor de pesar. ¿No sabes cuán ridículo se hace el hombre que aparece siquiera como enamorado de las mujeres que segun tú crees no tienen corazon? Ahora si ese hombre se hace tunante, se pierde i al fin se mata porque no encontró fiel i digna a la que él habia considerado tal, no crees que debe provocar hásta el desprecio de cuantos lo conozcan?

Gustavo guardó silencio e inclinó la frente como quien medita en algo mui serio.

—Oyéme, Gustavo, agregó Florinda, como oirias a un amigo desinteresado, como oirias a una hermana querida: tú debes alejarte lo mas pronto posible de este puerto; i aunque te cueste inmensos sacrificios, trata de olvidar a Leonor. Las penas te arrastran a la bebida: la bebida minará tu salud i tu fortuna; i en mui poco tiempo mas, quien sabe si serás como uno de esos desgraciados, que despues de haber sido ricos i considerados en la sociedad, arrastran una vida miserable, siendo el blanco de todos los desprecios, el objeto de todas las burlas, i llegan, casi siempre, a morir en una cárcel o en un hospital.

Gustavo se estremeció porque la voz de Florinda, en aquel momento, era la voz de su propia conciencia. En sus oidos resonaba constantemente, desde que habia principiado a ser infeliz, un grito constante que le decia: «Apártate, deja a esa mujer o te perderás.» Pero débil para luchar con sus pasiones,

atraido por ese vértigo fatal que se apodera del hombre cuando ha seguido por algun tiempo la vida del libertino, caia mas i mas en el abismo, dejándose rodar sin tener fuerzas para detenerse.

Florinda calló un instante; i viendo que Gustavo le escuchaba con atencion, agregó:

- —Yo misma, Gustavo, cuya vida ha sido mas disipada que la tuya, he sentido mil veces el deseo de rejenerarme i, o hacerme la sierva de un hombre por todo el resto de mi vida, o ver si me seria posible, aun, dedicarme al trabajo i vivir honradamente; pero nunca he tenido fuerzas bastantes para ello: el vicio me arrastraba, la idea del placer me seducia i solo desde que comprendí cuán grande era amar como amaba, cuán feliz podia ser la criatura que sintiera lo que yo sentia me resolví.
- —Esta idea, agregó la jóven con cierta satisfaccion íntima; esta idea ha halagado tanto mi corazon, i me he sentido tan fuerte para realizarla, que lo único que podria apartarme un tanto de mi camino, seria que tú continuaras la vida que has principiado i me arrastraras a ella con tu amor. Mas yo espero que no sucederá así; yo confio en que tú no te harás desgraciado, i que haciendo un gran esfuerzo sobre tí mismo, huyas de tu perdicion.
- —¡Oye! esclamó Gustavo como quien toma una súbita determinacion. Lo que tú me dices, me lo he repetido yo mil veces a mí mismo; pero no sé que fatalidad me ha guiado, no se qué destino ciego me ha impulsado a bajar una por una las escalas del vicio i de la degradacion!
- —¡Pero aun no has llegado a las últimas, amigo mio, i es mui fácil vuelvas a ascender, i con la esperiencia que has adquirido podrás elevarte mucho mas.
- —¡Sí, tienes razon, le contestó Gustavo. Tú me hablas, te lo repito, como mil veces me ha hablado mi conciencia; pero tu voz tiene cierto eco dulce que me consuela, cierto poder que me da brios. Oye, mañana, en el primer tren, parto para Santia-

go. Voi a mi hacienda, voi a dedicarme al trabajo, voi a ver si aun es posible restaurar mi fortuna!...

Florinda se levantó, i acercándose al jóven le dió un abrazo diciéndole:

- —¡Qué dichosa me harias si cumples tus propósitos!... Andate, no pienses en mí si crees no necesitarme para algo útil. Yo seré feliz recordando que en algo he contribuido a tu vuelta a la vida sosegada i tranquila!...
- —¡Cuán buena pareces ser, mi Florinda! ¿Por qué no te amé a tí en vez de amar a Leonor?
- —¡Vamos! ya no es tiempo de recordar eso! le dijo ella. Solo debes pensar ahora en el trabajo i en olvidar todo, aunque junto con todo me olvides a mí!...

Consejos de un amigo.

Tal era lo que habia acaecido a Gastavo en Valparaiso i lo que narró a Moises en Santiago, el dia que, sin sacarse el sobretodo de viaje, llegó a la casa de su amigo.

Como se comprenderá, la narracion que pudo hacer Gustavo, solo fué de la parte que él sabia o habia podido deducir de los hechos posteriores. Esto, sin embargo, fué lo bastante para que Moises se impusiera del verdadero peligro que corria el jóven si, como era de esperarlo, volvia a Valparaiso i buscaba nuevamente a Leonor.

—¡I bien, le dijo Moises recordando el principio del diálogo: i bien, por lo que me dijiste al llegar, cuando te pregunté si habias ya roto definitivamente con Leonor, veo que apesar de haber chocado con ella i de la última escena que me has narrado, tá no te encuentras todavía resuelto a dejarla.

—Cierto, contestó Gustavo con abatimiento; lo que he sentido hoi, cuando me alejaba de Valparaiso, me hace temer que no tenga las fuerzas suficientes para reprimirme.

—No te diré como otros, dijo Moises, que no conocen el corazon humano ni el imperio que tienen en ciertos individuos tales o cuales pasiones; no te diré, repito, que has sido i sigues siendo un loco o un niño. Nó, tú has sentido como sienten casi todos los néofitos; tú has hecho lo que hacen todos los novicios, i nada de

raro tiene tu proceder. A nosotros, nuestros padres nos criaron tan santulonamente; nos hicieron tantos cucos con los paseos. con las tertulias, con las que llamamos remoliendas; nos pintaron de una manera tan abominable la sociedad con cierta clase de mujeres; nos dieron, en fin, una idea tan terrorifica i tan falsa de sus costumbres i de su trato, que de niños llegamos a mirarlas como demonios a quienes era necesario hacerles la cruz. Pero llegamos a jóvenes, sentimos el despertar de las pasiones. i la atraccion misma de los sexos, nos precipitó, temblando al principio, en los brazos de una de ellas. Vimos que «no era tan bravo el leon como se le pintaba;» que aquellos demonios en vez de hacer sufrir causaban placer; en una palabra, el cuco ya no nos causó miedo pues por el momento, no nos causó ningun daño. Despues, familiarizados con esa vida que tiene sus atractivos, rodeado por esa atmósfera que poco a poco embriaga, atraidos por la espectativa de nuevos i mas ardientes placeres, cuando hemos querido volver atras ya nos hemos sentido encadenados. No sucede lo mismo cuando se educa a la juventud con cierta libertad: desde temprano aprenden a distinguir el bien del mal por la práctica, sin formarse falsos mirajes ni del uno ni del otro. La esperiencia les hace ver los frutos que produce la relajacion; la esperiencia les hace ver tambien lo que se obtiene con la moral. Pero si se dice a un niño: no pruebes eso porque es hiel, i en tiempo mas o menos lejano él unta tímidamente un dedo i encuentra que tiene sabor de miel, entónces ve que se le ha engañado i come con glotonería, hasta hartarse, hasta empacharse. Llevadas las cosas sin exajeracion, producen siempre mejor resultado. Quien se acostumbra a ver en esos placeres un pasatiempo, los toma siempre como tales. Si tú, Gustavo, hubieras tenido un poco de mas mundo i de mas esperiencia, habrias aceptado el amor de Leonor sin darle la importancia que le diste i sin forjarte las ilusiones que te formaste. Pero, desgraciadamente, el inesperto sublima de tal manera esos sentimientos que se embriaga con ellos como los chinos con el opio.

—Pero, le interrumpió Gustavo, es que tú no sabes, Moises, lo que es el cariño de una mujer como Leonor. Fascina, enloquece, i si a quien goza de ellos se le propusiera cambiar la vida por una hora de esos goces, gustoso la daria. Por esto no es estraño que el hombre que ha encontrado una mujer como la que yo hallé, abandone todo por ella, pues en sus brazos se encuentra resarcido de cuanto pierde.

-Esa es la verdad i no te contradigo, contestó Moises con su calma habitual. Yo, como tú, al lado de esas mujeres he visto con indiferencia desaparecer mi fortuna; yo he mirado con placer el agotamiento de mi vida, i cuando a mi mente se me presentaba mi pasado digno i puro, refame de las preocupaciones de la sociedad que quiere entrabar la voluntad del hombre. ¿Por qué, me preguntaba, he de sacrificar yo esta felicidad al qué dirán? por qué he de privarme de los seguros placeres del presente, buscando los inciertos del porvenir? ¿Por qué, en fin, no he de satisfacer mis deseos, no he de pagarme de mis gustos, no he de saciar mi sed cuando soi jóven, cuando soi rico, cuando el mismo Dios me ha dado estas facultades para gozar?... Pero, Gustavo, confiesa que en medio de esos placeres que en ocasiones llegan hasta el delirio, hai siempre algunas gotas de hiel, hai siempre una especie de vacío, algo así como una inquietud, como una vergüenza, como un remordimiento o como un hastío. Se bebe sin saciarse jamas; se goza sin satisfacerse nunca; se cree llegar a la dicha completa i siempre nos hallamos con una quimera... Esto, cuando no se siente el torcedor de los celos, cuando no se sufre la vergüenza de nuestro ridiculo, cuando la mujer no pisotea nuestro amor i hace burla i escarnio de nuestro cariño. Pregunto yo: ¿hai compensacion entre lo que se pierde i lo que se adquiere? I aunque por el momento la haya ¿vale que sacrifiquemos a placeres transitorios toda nuestra vida, todo nuestro porvenir? Yo, si tuviera que dar consejos a un jóven que principia su carrera de amores, le diria: anda i recorre el mundo; pero no te detengas mas de un dia en ninguna parte. Conoce, rejistra, observa, goza de todo; pero huye al instante mismo en que principies a sentirte retenido!

- —¡Ah! agregó Moises, llenando las copas que tenian en la mesa. Tú has perdido una buena mujer, talvez, sin mas que idolatrarla cuando no debias sino quererla! Yo, a la verdad, he dicho siempre que el hombre que caiga en manos de Leouor i de los que a ella se parecen, es hombre sacrificado, hombre perdido; i no porque la considere incapaz de ser buena i honrada, sino porque ella con su hermosura, con su talento i con sus gracias, debe necesariamente fascinar i enloquecer a los que ame o finja amar.
- —Si hai seres que nacen con ese destino, dijo Gustavo, no debe entónces ridiculizárseles.
- —¡Diablo! esclamó Moises: eso nos llevaria a disertaciones mui largas i filosóficas, amigo Gustavo, i no debemos gastar el tiempo en discusiones estériles. Contestando, sin embargo, a tu reflexion te diré: ¿por qué se ridiculiza al que nace cojo o tuerto? porqué se le echa en cara su defecto, cuando él no tiene la menor culpa? I si tal cosa sucede con los defectos físicos que son mucho menores que los morales; i si eso pasa con defectos que solo debian compadecerse porque no emanan del que los posee ¿con cuánta mas razon deben condenarse aquellos en que el hombre tiene una participacion directa i que emanan nada mas que de su falta de enerjía para sobreponerse a las pasiones?
- —Es que así como nacen cojos i tuertos, dijo Gustavo, así nacen tambien seres en quienes el poder de sus pasiones es mayor que el poder de su voluntad.
- —Llegamos, como te he dicho, a una discusion filosófica i fisiolójica que a nada conduciria. Vamos al grano. ¿Qué sientes tú por Leonor en este instante?
- —¡La amo, la amo siempre a pesar de todo! contestó el jóven con la exaltación del niño que siente su primer amor.

Moises se quedó un momento pensativo.

-¿I qué sientes por Florinda? ¿Cómo has mirado su cariño abnegado, su amor desinteresado por tí?

—Por Florinda, dijo Gustavo, siento gratitud, una especie de amistad i nada mas. Su cariño, su abnegacion, su amor, los considero como una alucinacion de sus sentidos, como un capricho de mujer. Como me ha visto indiferente se ha encaprichado i sueña talvez con que yo, en vista de su constancia, de su desinteres i abnegacion, llegue a amarla como he amado a Leonor; i si tal cosa acaeciese, me sucedería lo mismo que con Leonor.

—Mucho de lo que dices es la verdad, le contestó Moises; pero hai una diferencia, i es que como con Florinda no te mostrarias nunca tan apasionado como con Leonor, ni harias por ella locuras, tendrias una mujer dócil, sumisa, honrada i cariñosa siempre. Es necesario convencerse, amigo Gustavo, de que el amor es como el juego del tira i afloja. Si uno tira, el otro afloja: es decir, si uno se exalta, el otro se enfria.

—Pero con Leonor, dijo Gustavo, ambos principiamos con exaltacion.

Debia aflojar o enfriarse el mas inconstante, el oro de menos lei. Pues bien: tú por lo que me has dicho, te hayas en la situación del que dice: quisiera dejar esta mujer, pero no puedo; quisiera trabajar, pero no puedo; quisiera, en fin, hacer esto o aquello pero mis fuerzas no me alcanzan. ¿No es así?

-Cierto: desearia hacer muchas cosas pero no puedo hacerlas.

Esta es cuestion de tiempo, Gustavo; si tú lograras vencerte durante quince dias o un mes, aunque fuera buscando otros pasatiempos, llegarias a mirar el amor que ahora te martiriza, nada mas que como una calaverada de jóven soltero... Pero vámonos a cenar hombre, pues ya no es hora de comer, i seguiremos hablando de la misma materia. De como arrastran las pasiones al hombre.

En esa noche Gustavo se apartó de Moises mui tarde, con la resolucion de irse al dia siguiente a su hacienda i prometiéndo-le que si era posible le escribiria todos los dias, dándole cuenta del estado de su corazon.

Moises, con su gran conocimiento del corazon humano, no habia querido atacar directamente la pasion de Gustavo, pues sabia que eso, en algunas ocasiones, da resultados contraproducentes.

Se habia limitado, por tanto, a presentarle, sin ponderaciones, los resultados que le acarrearia su funesto amor i a hacerle ver que un esfuerzo, una decision firme, bastan siempre para sobreponerse a las pasiones.

Gustavo, que tenia un espíritu algo débil, halló cierta enerjía, cierta fuerza de voluntad al escuchar a su amigo, así que se apartó de él resuelto a no pensar mas en Leonor.

—Escríbeme todos los dias, le dijo Moises, i háblame con entera franqueza. Si es necesario, me iré unos dias contigo a la hacienda i ahí, a mas de la compañia que puedo hacerte, mis reflexiones podrán ayudarte.

Gustavo se despidió dándole las gracias, i efectivamente, dos dias despues recibia Moises la carta siguiente:

«Estimado Moises:

Te escribo teniendo al lado una botella de aguardiente, porque en ésta mi ántes cómoda hacienda, ahora no se encuentra una botella de coñac, ni de oporto, ni de nada.

Si estuviera en aptitud de sentir por otra cosa, ¡qué impresion me habria hecho el abandono en que todo se halla!

Mi dormitorio, segun parece, ha sido el del administrador, por ser mas cómodo que el suyo; i fuera de las telarañas del techo, de las manchas en el papel, será necesario cambiar la alfombra del piso pues ya no se conoce de qué color era.

En mi escritorio habia polvo en vez de tinta i millares de puchos en lugar de plumas. Se arrojaron canastos de papeles sucios e inútiles i durante media hora fué necesario no dejar en descanso el plumero i la escoba.

¡Nada te diré del resto de la casa i del resto de la hacienda! Las cocineras han emigrado despues de quebrar las ollas; a los vaqueros se les han muerto las vacas; a los pastores les ha arrebatado las ovejas el leon; al inquilino tal le robaron las herramientas; al cual, no le han pagado sus honorarios i en fin, esto es un pandemonium, un labarinto, un guirigai.

¡Pero cómo andará todo, mi amigo Moises, cuando lo que ha andado mas mal es la cabeza de mi administrador!

Mi coche, que está con una rueda quebrada i mis caballos de silla, que parecen rocines de yerbateros, me han dicho elocuentísimamente cómo ha gozado mi administrador en la auseucia de su patron.

I esto es por lo que he visto a la lijera, superficialmente; pero ya diviso lo que hai en el fondo, que no es otra cosa que mi ruina.

No creas que esto me ha entristecido: me ha causado mas fastidio hallar mi dormitorio sucio i revuelto, que saber que en los potreros no pastan mis ganados.

Esta apatia nace de que, habiéndome habituado a la ociosidad, no me encuentro capaz de volver al trabajo; i como para

00

restaurar lo deteriorado i reemplazar lo robado necesitaria de una cantidad que no tengo, heme aquí que me he encerrado desde temprano en mi escritorio i sostengo una ya larga conversacion con mi botella de «olvidalo todo»

Respecto a Leonor, ya no quiero hablarte: te repetiria la mismisima cantinela de siempre. Me parece que si la tuviera a ella aqui, podria dedicarme a trabajar. Que ella se hiciera una daeño de casa, que con su delantal i sombrero de paja se levantara al venir el dia para ir al corral de las aves, a la lechería, donde las campesinas la saludarian con respeto i cariño, viéndola tan hermosa i tan distinguida, tan afable i tan bondadosa;... i despues, joh! despues, a la caida de la tarde, montar a caballo i seguidos de un mozo a la distancia, recorrer nuestras viñas i nuestros bosques, regresando cuando hubiera luna, asidos de las manos, a la marcha lenta de nuestros caballos, i recibiendo en nuestras desnudas frentes el ósculo cariñoso de la brisa i la mirada tranquila de la luna!...

¡Qué felicidad para un corazon como el mio!... Pero, dejemos esto!...

Como podrás notarlo por la letra, mi cabeza da mil i mil vueltas: el maldito aguardiente me ha aturdido....

Hasta luego: háblame de Leonor.

Gustavo.

A esta carta, Moises contestó con la siguiente:

«Querido Gustavo:

Debes confesar que no ha sido la cabeza de tu administrador la que ha andado mala sino la tuya/

¿Cómo quieres que un cuerpo ande derecho cuando la cabeza jira?

He recordado el adajio español que dice: «el patron se fué a los toros vámonos todos.»

Tú has andado en los toros, amigo mio, i no es raro que a tu vuelta hayas encontrado que se habian ido tambien, pero para no volver, tus ovejas i tus bueyes, tus cosechas i tus útiles de labranza i hasta los muebles de tus piezas i las ollas de tu cocina. Cuando se va a los toros por tiempo largo, se necesitan de todas esas cosas, i tu administrador i tus mayordomos, i tus inquilinos i capataces han sido hombres previsores, pues se han dicho: «¡Quién sabe si el patron vuelve corneado (por un toro se entiende) i nosotros debemos ponernos en guardia.

Infiero que cuando leas ésta, tendrás todavía en la boca i en el estómago los recuerdos del aguardiente. Esa es una bebida que he oido recomendar mucho para adquirir el delirium tremens, la demencia o la locura. Dime si te agradaria, i te mandaré de por acá, de ese que llaman chibato (talvez porque tiene cuernos) te mandaré de por acá, repito, un tonelito de unas cuarenta arrobas. Con esa cantidad habrá para pasar bien algunas noches.

Mucho me han agradado tus ideas respecto a Leonor.

Seria bellísimo, en realidad, eso de ver a Leonor convertida en lechera, en ama de corral o en pastora.

Con seguridad que tú trabajarias mucho siguiendo el ejemplo de ella, pues como tú supones, Leonor que ha gustado tanto de madrugar i de empolvar el tacon de sus botitas de fina cabritilla, en los corrales de las vacas o de las aves, se levantaria al venir el mediodia (es decir, a la poética hora en que la mañana da la mano a la tarde) i despues de almorzar pasteles, confites i frutas, tomaria tu coche (sin las ruedas quebradas se entiente) i se iria a dar una vuelta por ahí, nada mas que a la hacienda vecina, donde habria un dueño o un administrador que, sabiendo era la pastora de su buen vecino, mui comedialmente le mostraria que él tambien tenia bosques i robastos árboles, manantiales i vegas profundas.

Una ventaja mas tendrias tambien, i que tú no la has ni adivinado.

Tu hacienda se convertiria en el club, es decir en el punto de reunion de todos tus colegas i de todos los que de Santiago o Valparaiso, quisieran ir a darse unos dias de campo. I como tú serias, estando con ella, un hombre que te dedicarias al trabajo i ella tambien, resultaria que tú tendrias que irte diariamente a caballo a recorrer tu heredad i a ella le tocaria la pesada tarea de servir a los visitantes i atenderlos en todos sus caprichos i necesidades. Pero talvez me dirás que eso de todos sus caprichos no estaria bien porque suelen haber señores que tienen caprichos mui raros; es cierto, pero como ella seria, segun tus palabras, una zagaleja «tan hermosa i tan distinguida, tan afable i tan bondadosa,» nada tendria de estraño que se sacrificara hasta complacerles en todo.

I en realidad, Gustavo, que has despertado en mí miles de recuerdos poéticos con tus paseos a los bosques a la marcha del caballo, i con la frente (i las manos tambien supongo) i con la frente desnuda.

Cuando considero, sobre todo, que la persona cuyas manos entrelazarias con las tuyas, irian calzadas con finos guantes de *Preville* para que tú no apercibieras las asperezas dejadas por el ordeñar de las vacas i el báculo (burdo palo de espino sin duda) que habria cargado en el dia al desempeñar su oficio de pastora; al considerar esto, amigo mio, te envidio, porque vas a ser el mas feliz de los mortales, teniendo una bella i pura pastora para tus rebaños, una hermosa i amable ama para tu servidumbre i una arrogante i envidiada amazona para tus poéticos i nocturnos paseos.

¡I todo eso, ¡oh dicha! bella pastora, hermosa ama, arrogante i soñadora amazona, refundida, en las silenciosas horas de la noche en un solo cuerpo, en un solo todo que tú puedes asegurar con tu vida que solo pertenece a tí!...

Porque tus alojados, i tus visitas, pueden tambien asegurártelo si tú llegaras, por exceso de desconfianza, a dudarlo.

Gustavo: si realizas tu ideal, avísame para ir a compartir tus goces.

Pero no olvides que la única manera de realizar cosas difíciles i aun de vencer cosas que parecen imposibles, es teniendo mucho dinero; asi, ordena tus negocios, gana plata i tendrás todo lo que deseas.

Moises.

Esta carta fué contestada por Gustavo con la siguiente:

«Querido Moises:

Tienes razon para burlarte de mí.

El que como yo se ha arruinado por una pérfida mujer; el que como yo ha perdido su nombre, su prestijio i su crédito; el que como yo ha sido tan ruin para volver al lado de la mujer que le traicionó i le engañó; el que como yo, en fin, tiene un corazon tan vil i miserable que dá cabida a un amor tan vil i miserable tambien como el mio, no merece sino la burla i el desprecio de todos.

I bien, ríete i escarnéceme cuanto quieras: no puedo olvidarla; pero miéntras tú i el mundo entero se rian de lo que yo siento, a tí i al mundo entero diré que no saben de lo que rien. Sí, no lo saben, porque es necesario haber sido amado como lo fuí yo por una de esas majeres, para comprender que no se las pueda olvidar una vez que con ellas se ha vivido.

I no me digas, como me lo han dicho varios, que si yo he perdido la cabeza por Leonor, ha sido por insensatez o niñería; nó, porque si los otros amantes que haya tenido esa mujer no la han perdido tambien es porque ellos no hallaron en ella mas que el arte, i yo tuve durante mucho tiempo, el arte i la realidad.

Es decir: las mujeres que se entregan a esa vida, ejercen mas o menos el arte de engañar a los hombres; así que cuando llegan a amar en realidad, sus manifestaciones, sus actos, sus placeres son mui superiores a los que han dado a la jeneralidad.

¿Por qué ridiculizar entónces, al que llegó a sentir estraviado su buen sentido por goces que no todos han podido probar?

¿Por qué despreciarlo, cuando su estado puede compararse al de cualquier otro enfermo? ¡Paes yo me admiro, Moises, ahora que conozco lo que son esas mujeres, que no se pierdan todos los hombres por ellas!...

Pero dejemos esto, que hasta para mi va siendo cansado.

Anoche me ha sucedido una cosa mui estraña.

Me dormí vestido en la cama, pues había bebido coñac para adormecerme, i amanecí al dia signiente, es decir, esta mañana, sin zapatos i cubierto con un poncho de felpa que había a los piés de mi cama. Esto no tendria nada de raro si el estúpido de mozo que me sirve, fuera capaz de hacer eso; pero él me ha dicho que anoche se durmió como a las ocho, hora en que yo lo despaché por no necesitarlo. Item mas: yo había llevado un libro para leer i debo haberme quedado dormido con la vela encendida. Cuando desperté la encontré apagada, el libro sobre el velador i con la hoja doblada donde leia.

Nadie me confiesa haber entrado en mi habitacion.

Talvez esto te parezca una nimiedad; pero a mi me ha preocupado mucho todo el dia.

Esta noche pienso dejar la puerta abierta, como siempre, i observar.

Te diré que he despedido a mi administrador: él ha concluido de arruinarme.

Necesito quince o veinte mil pesos con urjencia para salvar los créditos pendientes i restaurar algo de lo perdido. Búscamelos con hipoteca de la hacienda, i me avisas para ir a firmar la escritura.

Hasta luego.

Gustavo.

Pasaron dos dias sin que Gustavo escribiera a su amigó; pero al tercero mandó la carta que copiamos a continuacion.

Querido Moises:

No pude, antenoche, dejar de beber. Hazme justicia: he pasado varios meses bebiendo siempre, ántes de acostarme, mas o menos licor, así que no es posible cortar de repente una cosa que se ha hecho hábito. Por otra parte, hallarme aquí solo despues de haber vivido tanto tiempo acompañado: no tener aquí mas alegría ni mas entretenimiento que el ladrar de los perros i el balar de las ovejas, es un algo que sin duda agrada mucho a los que llegan al campo cansados del ruido i animacion de las ciudades; pero que es lo mas monótono i triste para quien como yo desea ese ruido i ha dejado en medio de él a lo que tanto amaba.

Pues bien, bebi como en la noche anterior, hasta adormecerme; i como estaba resuelto a no dormir, luché con el sueño
cuanto pude hasta que al fin, lo recuerdo perfectamente, apoyé
la cabeza en los brazos i éstos cruzados sobre la mesa, i ahí
quise esperar, hasta sorprender a la persona que entrase a mi
pieza.

Pero me dormí con la pesadez de la semi-ebriedad en que me hallaba, i a la mañana siguiente me encontré arrebujado con el poncho que te he dicho en mi anterior, i con los piés i las piernas cubiertos por una frazada que habian sacado de mi lecho.

La vela estaba apagada: un resto de coñac que dejé en la botella habíanlo vertido en la escupidera; i sobre mi mesa, en un papel, hallé escrita esta línea:

«¿Para qué bebes? eso va a matarte.»

Como en el dia anterior, cuantas averiguaciones hice fueron inútiles.

Anoche habia hermosa luna i fuí a pasearme por el jardin, que mas que tal parece ahora campo arrasado por el fuego.

El jardin, como tá sabes, se halla dividido por un camino recto i central de cinco metros, i encerrado, si así puede decirse, por un cuadro de emparrados i una arboleda de veinte metros de ancho, surcada por angostas avenidas en las cuales hai bosquecillos i cenadores provistos de soíaes. Limitan el jardin i la arboleda, una a cada costado, las casitas de los inquilinos encargados de cuidar esta parte de la hacienda.

El largo de los jardines es, mas o menos, desde las casas hasta los primeros protreros, como de cuatro cuadras.

Dadas estas esplicaciones voi a contarte lo que me acaeció. Me dirijia, como te he dicho, por la avenida central i habia avanzado como tres cuadras, cuando me pareció oir una voz dulce i suave, cuyos ecos armoniosos nacian de un bosquecillo de eucaliptus i magnolios.

Me detuve a escuchar i por un momento comprendí que los poetas i soñadores se extasien ante los soberbios i melancólicos cuadros que suele regalar la naturaleza. Mi espíritu abatido respiró, si así puedo decirlo, con ansia, aquel silencio turbado tan solo por el melancólico eco de la voz de una mujer: mi corazon se dilató, mis pulmones se ensancharon, mi pecho se hinchó sintiendo un bienestar que mucho tiempo ha no esperimentaba. Aquella luz ténue daba formas jigantescas a los árboles, aquel reposo absoluto de la naturaleza, aquellas plantas, aquellos aromas que elaboraba la noche, mi soledad, mi situacion, todo eso que me habia sucedido en tan poco tiempo, me habló un lenguaje elocuente, tan tierno i conmovedor, que sin saber cómo ni por qué rodaron algunas lágrimas por mis mejillas.

Esas lágrimas fueron una especie de bálsamo derramado sobre mis heridas. Me sentí mas alegre, mas ájil, i mi espíritu probó la necesidad de orar, de elevarse hasta Dios para buscar en él paz, descanso, quietud.

El canto seguia cada vez mas dulce, cada vez mas conmovedor. Era una especie de plegaria que tenia algo de las tiernas súplicas del Trovador i algo de los cantos místicos con que se alaba en los templos a Dios.

Me fuí acercando poco a poco i la voz fué haciéndose mas perceptible a mis oidos. De repente cesó, para un momento despues dejarse oir, entonando otra cancion. Entónces ya no me quedó duda. La jóven que cantaba, (debia ser jóven por la frescura de la voz) ¿seria hija de algunos de los inquilinos? Pero yo no recordaba haber visto ninguna, ni tan crecida para

cantar con tanta afinacion, ni tan instruida para entonar cantares de salon.

Una campesina habria cantado burdas i destempladas canciones, sin gusto i sin armonía.

Me diriji resueltamente al bosquecillo de eucaliptus i magnolios para sorprender i conocer a esa sirena del campo, que con sus dulces ecos arrullaba el sueño de las avecillas.

En el acto que gané el sendero que debia llevarme al bosquecillo, el canto cesó, i el bosque, la arboleda, los jardines quedaron sumidos en la mayor tristeza. Al faltar aquel canto faltó un algo en mi corazon i esperimenté lo que se siente cuando resuena el último trino de una melodía, el postrer eco de un adios.

Me detuve a escuchar i me pareció oir un levísimo ruido entre los árboles, i el chasquido de las ramas o de las hojas al ser pisadas.

Entré al bosque, pero la espesura de las ramas no dejaba penetrar sino uno que otro rayo de la luna que daba cierto aspecto fantástico a los troncos de los árboles.

Para no estenderme mas, te diré que busqué inútilmente por entre los árboles a la melancólica cantora que me habia atraido; pero mi pesquiza fué inútil i hube de renunciar a mis deseos.

Me senté en un sofá i permanecí ahí mas de una hora, pensando en lo que me sucedia, hasta que fastidiado por no encontrar ninguna solucion, me dirijí lentamente a mis habitaciones.

Una vez ahí, coloqué sobre la mesa una botella de coñac a medio vaciar i me recosté sobre la mesa como en la noche anterior pero cuidando de no dormirme, lo que pude conseguir fácilmente, pues no tenia la cabeza cargada por el licor.

De esa manera, i con el oido atento al menor ruido, permanecí hasta despues de la media noche. A esa hora, sentí que empujaban suavemente la puerta, i al cabo de unos instantes oí levísimos pasos que se acercaban a mí.

Cuando calculé que la persona que habia entrado estaba cerde la mesa, levanté bruscamente la cabeza i ella lanzó un grito de sorpresa......

Mañana continuaré esta carta, amigo mio, ahora tengo otra cosa que hacer.

Gustavo.

Un rayo de esperanza que se desvanece.

La persona que habia entrado a la pieza de Gustavo, era Florinda Quiros, que como hemos dicho, lanzó un grito al verse sorprendida.

- —¡Florinda! le dijo Gustavo, sintiendo mas admiracion que gusto. ¡Florinda!... ¿Tú aquí?...
- —¡Perdóname! le dijo ella. He querido venir a cuidarte, a servirte de algo i me he introducido en tu casa sin tu autorizacion.
 - -¿Pero desde cuándo estás aquí?
- —Sali de Valparaiso al dia signiente de tu venida, me detuve en Santiago un dia para averiguar tu paradero i me vine inmediatamente que lo supe.
 - -¿I donde has estado? qué has hecho estos dias?
- —Dime que me perdonas, le dijo la jóven con ternura i con la voz un tanto trémula por la emocion, i te contaré todo.
- —¿I cómo no perdonarte? Llegas precisamente en el momento en que la desesperacion me mataba.
- —¿Luego te alegra mi presencia? le preguntó ella con alegria.
- —Sí, Florinda; me alegra, me consuela, veo en tí un ánjel que llega a consolarme, i tn presencia me hace conocer que no

estoi tan solo en la vida, pues si muriera tendria quien derramara una lágrima sobre mi tumba.

Gustavo se habia levantado, i tomando de las manos a Florinda la condujo a un sofá.

- —Mi buena amiga, la dijo sentándose a su lado; mi buena amiga: comprendo cuánto es tu cariño i cuán grande tu abnegacion! Me siento lisonjeado en mi orgullo, satisfecho en mi amor propio al verme objeto de distinciones que no merezco. ¿Qué haré, Florinda, para pagarte este cariño, para no ser un ingrato contigo?
- —Tú no puedes pagarme con ingratitud, Gustavo, le dijo ella: tú has procedido con honradez i lealtad conmigo i con eso solo has pagado con usura mi cariño. Oye: cuando me confesaste que no podias amarme i me abriste tu pecho para que viera tu corazon lleno con el amor de Leonor, sentí por el momento una gran amargura i cierta rabia o despecho contra tí; pero luego he reflexionado que si todos los hombres procedieran así, no habria tantas mujeres desgraciadas.
- —Como no habria tantos hombres desgraciados, dijo Gustavo, si las mujeres hablaran con sinceridad.
- —Tienes razon, amigo mio; pero ordinariamente es el hombre quien miente mas en esta materia. Se ha hecho una especie de lei, aceptada por la sociedad i sancionada por el uso i la costumbre, que los hombres adulen a la mujer i la digan miles de mentiras que llevan el nombre de galanterias. De esas galanterias queda siempre algo en el corazon de la mujer; i viéndose obligada a corresponderlas con otras tan falsas como las que se le han ofrecido, se habitúa a la mentira i despues miente sin pensar ni querer. Por eso la verdad i la sinceridad tuyas, Gustavo, fueron los primeros lazos que me atrajeron a tí. Comprendí que eras un hombre digno i que habia en tí algo que no habia encontrado en los demas. Cuando me diste una de las camelias de Leonor, adiviné que lo hacias por despecho; así que cuando ella, sintiendo celos que no sé cómo calificar destrozó las plantas en el salon, lamenté que tu gran amor es-

tuviera tan mal empleado. Por un espíritu de venganza, como te he dicho otras veces, pensé hacerme amar de tí; pero he jugado con fuego, amigo mio, i me he quemado.

—I si yo pudiera, Florinda, te curaria, borraria el mal que te he hecho, le dijo Gustavo; pero créeme: siento no sé qué aversion, una especie de miedo por la mujer. Mas, si no podemos ser amantes, seamos amigos, i como tal, Florinda, tendrás en en mí uno de los mas leales i sinceros.

—Es todo mi deseo, tambien, contestó ella, pues no podria volver a pertenecerte sabiendo la clase de cariño que me tienes. Hoi que he entrado en la via de mi rejeneracion, consideraria un crimen aceptar de tí una caricia, una de las mas insignificantes manifestaciones de amor. Así, por esta parte, Gustavo, vive tranquilo i considérame a mí, no como a una mujer, sino como a uno de tus amigos mas fieles.

Gustavo miró a Florinda con desconfianza.

-¿Qué persigue esta mujer, entónces, se preguntó, si es cierto cuanto dice?

Florinda pareció adivinar lo que el jóven pensaba, pues en el acto agregó:

—Talvez tú no comprendas que el cariño pueda llegar hasta el estremo que ha llegado el mio; pero nosotras, Gustavo, cuando amamos verdaderamente, somos capaces de mayores sacrificios que las que no han conocido cuán amargo i desabrido es finjir cariño a quien nos repugna: acariciar a quien odiamos: soportar halagos de quien despreciamos; i esto por un poco de dinero que arrojamos muchas veces en cinco minutos, así como en cinco minutos lo hemos ganado.

—¿Luego ustedes sufren con esa clase de vida? preguntó el jóven con curiosidad.

—¡Sí sufrimos! esclamó Florinda animándose. ¡Oh! sí, mucho, Gustavo!... Imajinate cuál será nuestra vida, suponiendo que, cuando obramos por necesidad, es decir, cuando no nos mueve una pasion o un capricho, nos vemos forzadas a finjir, desde la risa placentera que debe vagar en nuestros labios i las

miradas provocativas i ardientes que deben lanzar nuestros ojos, hasta los suspiros de satisfaccion i de placer que debe arrojar nuestro pecho. ¡Ai! esos suspiros, esas risas, esos placeres, son, en mil ocasiones, lágrimas de sangre que ruedan sobre nuestro corazon, palabras de anatema que en silencio modulan nuestros labios! Sí, Gustavo, eso es terrible; i aunque yo no he tenido necesidad todavia de sacrificarme hasta tal punto, sé lo que se sufre por haberlo visto en otras mas desgraciadas que yo.

- —I a pesar de eso, dijo Gustavo, continúan entregadas al vicio.
- —¡Ah! esa es la fatalidad! esclamó Florinda: unas se ven obligadas por la necesidad, i otras arrastradas, talvez a su pesar, por cierto vértigo, por cierta fascinacion irresistible que se apodera de los que se entregan al vicio.
- —¡Sí!... como me ha sucedido a mí! esclamó Gustavo. Yo he querido dominarme; pero no he podido.
- —Aun es tiempo, le dijo Florinda: con un pequeño esfuerzo de la voluntad conseguirás poner una barrera entre tu pasado i el presente.

Gustavo meneó la cabeza con aire duvitativo.

—¡Lo veremos! lo veremos! esclamó parándose para servirse una copa de coñac.

I como si no quisiese seguir hablando del mismo asunto, dijo a Florinda:

- —I al fin, amiga mia, ¿cómo has venido aquí? Dónde has estado estos dias?
- —Como he determinado no volver a Valparaiso, contestó Florinda, dejé mi casa recomendada a una amiga para que ponga todo en remate i yo tomé mis pocas alhajas i me vine. En Santiago no me fué difícil obtener noticias de tí i de tu hacienda, i me diriji aquí resuelta a echarme a tus piés, si era necesario, para estar cerca de tí.
- —Yo no habria podido rehusarte eso, amiga mia: lo que si lamento es tu sacrificio.
 - -Yo no me sacrifico, Gustavo: al contrario, me siento tan

feliz, tan contenta desde que respiro este aire puro del campo, que no desearia sino pasar aquí el resto de mi vida.

—Para entrar aquí, continuó la jóven despues de breve pausa, esperé que estuviese cercana la noche; i vestida con este traje de campesina acomodada, llegué a las puertas de tu casa solicitando se me diera alojamiento por esa noche. Felizmente hablé con el viejito jardinero, quien me dijo te avisaria a tí; pero yo le insté para que no te dijese nada i le supliqué me llevase a su ranchito i ahí pasaria contentísima la noche.

El jardinero, accedió i esa noche, despues de imponerme disimuladamente de tus costumbres, de la situacion i distribucion de la casa, i de varias otras pequeñeces que me eran necesarias para acercarme a tí sin peligro, esa misma noche, te repito, i cuando todos dormian, me vine aquí.

- Eso fué ahora tres noches, le dijo Gustavo: yo me habis dormido vestido sobre la cama.
- —Sí, i tenias un libro abierto sobre el pecho, lo que parecia sofocarte o hacerte sufrir. Cuando te ví así, te descalcé con mucho cuidado, te abrigué con un poncho i apagué la luz.

Volví contenta i satisfecha a mi alojamiento, me recojí sin que nadie se apercibiera de mi salida i al dia siguiente les dije que tenia un fuerte dolor de cabeza i les pedí me permitieran pasar el dia con ellos.

Los bondadosos campesinos no tuvieron obstáculo i así pude pasar el segundo dia.

- —¿I cómo ni el mayordomo ni nadie se ha apercibido de tu permanencia en la hacienda?
- —Porque yo les he suplicado no lo digan a nadie; i bajo el pretesto de que me ha gustado mucho la arboleda i los jardines, les supliqué me permitieran quedarme algunos dias mas, a lo cual accedieron gustosos en vista de que yo les retribuia bien sus servicios.
- —Pero habrás sufrido mucho, le dijo Gustavo. ¿Qué cama, qué comida habrá podido proporcionarte esa pobre jente?
 - -Una comida escelente, contestó Florinda. Todos los dias

hemos tenido una cazuela que no la tomaba igual muchos años há. Con decirte, agregó la jóven, que no querria mas para pasar el resto de mi vida, te lo digo todo.

Gustavo permaneció un momento pensativo.

- —¿Tú eras la que cantabas esta noche en la arboleda? le preguntó.
- —Sí, estaba tan bella la noche! encontré tantos encantos en esa soledad i en ese misterio, que me recliné en uno de los sofáes que hai en el bosquecillo a que tú te dirijiste i me puse a cantar sin saber lo que hacia.
- —Tu canto me conmovió i me hizo recordar los felices dias de mi infancia. ¿I dónde te ocultaste?
- —En el mismo bosquecillo, tras de los mas gruesos árboles; tú pasaste varias veces cerca de mí; pero no podias distinguirme por la escasez de la luz.

Los jóvenes hablaron en seguida de cosas indiferentes, i Gustavo concluyó por decir a Florinda que en lo sucesivo habitaria bajo su mismo techo, eso sí que en las piezas destinadas para los alojados.

Aquella noche se separaron como dos amigos, estrechándose afectuosamente las manos al darse las buenas noches.

Florinda creyó que para ella principiaba una nueva vida, la existencia dichosa i tranquila que habia ambicionado; pero sus ilusiones solo duraron unas pocas horas, pues Gustavo, a la mañana siguiente, recibió una carta de Moises en que le decia:

«Querido Gustavo:

Como puede ser de alguna gravedad el asunto de que habla la carta que te incluyo, me apresuro a remitírtela.

Te diré que al leerla pensé no podia ser otra cosa que una astucia de mujer para atraerte; pero despues observando el tono burlesco con que está escrita, he temido sea efectivo el hecho i en vez de romperla me he decidido a mandártela, esperando obres con prudencia.

Tu amigo.

Moises.

La carta a que aludia la anterior era la siguiente:

Señor don Moises N.

Estimado amigo:

Como creo que usted sabrá el paradero de nuestro comun amigo Gustavo Peña (si es que no se haya ido al cielo, donde van los justos, o se haya precipitado de cabeza al mar, a lo que parecia un tanto aficionado); como creo que usted sabrá, repito a donde se ha dirijido o donde mora, le suplico le comunique, (si vale la pena, pues yo no lo sé), que el cuaderno de cheques del Banco de Valparaiso que él tenia en mi casa, me lo han robado. Segun me parece, quedaban tres o cuatro hojas firmadas por él, las que yo no habia querido utilizar teniendo carta blanca para ello.

He creido conveniente poner esto en conocimiento de usted para que si la persona que me ha robado los cheques tiene la idea de sacar algun dinero, Gustavo no me tome por una derrochadora; pues si él puso esos cheques a mi disposicion, fué para cancelar las cuentecillas de encajes, blondas, cintas, terciopelo, i una que otra vez de algunos brillantes que cautivaban mi atencion.

Esas bagatelas solian venir a cobrarlas cuando Gustavo no estaba en casa, o cuando yo no tenia dinero suficiente para pagarlas (cosa que sea dicho de paso, no sé por qué siempre me sucedia); i como era molesto ver la cara agria de los cobradores cuando no se les cancelaba sus cuentas, Gustavo me dió un dia ese cuaderno diciéndome que en lo sucesivo no despidiera a nadie sin pagarle, cosa que no pudo menos de complacerme, pues así mi crédito en el comercio fué ilimitado.

Ahora que usted conoce, amigo mio, la historia de los che-

ques, verá si merece ponerla en conocimiento de Gustavo: si lo estima conveniente, hágalo.

Aquí habia pensado estampar mi hermoso nombre; pero me quedaria una especie de cominillo si al escribir a un amigo como usted no le hablara de otras cosas menos prosaicas que esas de *cheques de banco*.

¿Qué es de su vida? Ese corazon apagado se reanima? Ese espíritu indiferente cree i espera?

.. Me seria triste saber que ese bello cuerpo es siempre el de una momia, el de una hermosa estátua incapaz de sentir ni deseos ni placeres.

No sé por qué, desde la conversacion que tuvimos en el teatro de Santiago cuando me dijo que ya para usted ciertos placeres estaban vedados, porque sus aspiraciones, o sus fuerzas, o no sé qué, se habian agotado, no sé por qué, repito, desde entónces tengo la idea de que si alguna vez nos encontramos los dos, yo podria probarle que usted llora sobre ruinas que no son ruinas.

I para ello tengo algunos motivos: cuando nos reunimos en casa de Maximiliano, la noche en que éste me dió una cena, hubo un momento en que las pupilas de usted brillaron como el fósforo cuando se frota en la oscuridad.

Usted dejó de ser por algunos momentos el observador frio, desdeñoso para todo, que busca en la sociedad nada mas que matar el tedio de las horas de soledad. Yo creo que usted con algunas copas de oporto, como en esa noche; con una charla mas o menos animada; con algo de eso que tanto suele reanimar las fuerzas abatidas; yo creo que usted hallaria todavia, bajo la fria capa de cenizas que cree tener sobre el corazon, el fuego suficiente para producir un incendio fuera de usted.

¿Ha hecho usted la prueba? Si no la ha hecho, es usted un cobarde que se deja arrastrar por la corriente sin hacer esfuerzo alguno para ganar la orilla. I ya que le he hablado de usted, voi a decirle algo esclusivamente mio.

¿Sabe usted que estoi a la moda? Pero a la moda de una manera sofocante.

Voi al teatro, i a mas de que me veo forzada a recibir en mi palco decenas o centenas de visitas, todos los jemelos se fijan en mí; i desde la platea o desde los palcos se levantan murmullos en que se repite mi nombre con palabras que mi modestia me impide reproducir.

Si me paseo por la esplanada, ahí, a la orilla del helado mar, recibo miradas que me incendiarian si no hubiese tenido la precaucion de hacerme incombustible antes de salir.

Si en la noche, a la hora de paseo i de las citas, me voi a dar una vuelta por el comercio, el uno me sigue, el otro me habla; éste me ofrece un aderezo, aquél un palacio encantado en que él, por supuesto, desempeñaria el papel de la fiera.

Pero aun esto no basta: durante el dia llegan a mi casa ramos de flores, tarjetas, regalos mas o menos valiosos i visitas mas o menos porfiadas que exijen a Beatriz les deje franca la puerta.

Lo que mas me entretiene son las cartas.

He recibido unas tan tiernas i apasionadas, tan elocuentes i amorosas, que revelaban a primera vista la pasion loca de un niño que de los brazos de la mamá queria pasar a los mios.

En cambio he recibido otras como esta:

«Señorita Leonor:

Soi rico i pago a mis queridas como podria hacerlo un rei. ¿Quiere usted venir a mi çasa esta noche?—Le baré poner mi coche a la puerta.

N. N.»

Esta carta la contesté con la siguiente:

«Caballero N. N.:

Cuando voi a visitar a mis queridos, el coche que me conduzca debe tener las ruedas de oro. Cambie usted las del suyo e irá a visitarlo

Leonor.»

Otra carta orijinal que tambien he recibo es la siguiente, que a la legua revela la mano de un banquero o la de un hombre que vive entre los números.

Decia así:

«Valiosa Leonor:

Dispongo de mil pesos mensuales, a mas de intereses que me producen otros capitales.

Renta i todo es para tí en cambio de tu amor.

B. B.

Yo, que tambien entiendo algo de números, le contesté:

«Rico señor B. B.

No acepto la letra que usted me jira: los intereses son mui bajos, la renta o capital mui poco, i el cambio mui alto.

Este banco solo admite jiros de diez mil pesos a la vista.

Leonor.»

No es menos reveladora de su orijen la siguiente:

«Señorita:

Sus negros ojos han sido para mí mas terribles que un cañon Krupp, pues ante estos nunca he temblado, miéntras que sus miradas me han hecho estremecer.

Me hallo dispuesto a presentar a usted mis armas, como lo haria con mi jeneral, si usted rendida a mi amor se dignase relevarme de la penosa guardia que hago a las puertas de su casa, desde que la ví pasar por mi cuartel.

Su rendido

C. C.»

En esta vez si que pasé mis apuros, amigo Moises, pues sé bien poco de milicia. Sin embargo, era necesario contestar i lo hice en estos términos:

«Caballero:

Las armas que usted está dispuesto a presentarme, me causan sumo pavor. Pero ya que usted está dispuesto a obedecerme como a su jeneral, le daré esta órden: «En retirada!... Media vuelta!... Al trote! Marchen!...»

Queda usted relevado de su guardia.

Leonor.»

Si algun dia, amigo mio, nos vemos con despacio, como lo deseo, para probarle lo que le he dicho al principio, le mostraré la preciosa coleccion de estas cartas que he reunido. Se reirá usted i verá que una mujer como yo necesita ser literata, poeta, agricultora, artesana, comerciante, banquera, i tuti cuanti para atender a todos debidamente i a cada uno hablarle en su lengua, o lo que es lo mismo, para hallarles «el pié por donde cojean».

En fin, mi amigo, no sé por qué hablando con usted soi tan franca i deseo no dejar nunca de hablar.

¿Quiere usted venir a verme? O, como ahora soi yo libre, ¿Quiere usted que yo vaya a esa?

Ya es tiempo, por otra parte, que vea a mis amigos de Santiago, entre los cuales usted es el mas distinguido por

Leonor.»

Gustavo leyó ambas cartas a Florinda, sintiendo como debe

presumirse, una nueva decepcion al ver que Leonor, en vez de recordarlo con respeto i cariño, parecia burlarse de él.

- —¿Qué te parece, Florinda, le preguntó con amargura, qué te parece la carta de Leonor? ¡Ni una sola frase de afecto para mi, ni una sílaba en que se vea el mas leve arrepentimiento por lo que me ha hecho sufrir!...
- —Es que para ella aun no ha llegado esa hora, amigo mio, le contestó Florinda con dulzura. Leonor se halla embriagada por el placer, delirante por los triunfos i las conquistas que le proporcionan su hermosura i su juventud. Semejante a la mariposa que en un dia de verano revolotea en estenso jardin sacudiendo aquí o allá, con sus alas aterciopeladas, las mas fragantes flores, cree que la vida será siempre para ella una eterna primavera i que su camino lo encontrará cubierto de flores. Cuando la mujer se halla en esa edad, Gustavo, i la naturaleza la ha dotado con una organizacion ardiente, no puede hacer sino lo que hace Leonor: entregarse como una loca al placer, buscarlo en todas partes i de todas maneras, aun cuando sus risas, sus alegrías i sus goces sean las lágrimas, los sufrimientos i los pesares de los demas. No odies, por eso a Leonor: es una loca, es una enferma a quien solo se debe compadecer.
- —¡Pero loca que hace daño, loca que hiere i mata por crueldad i por placer! dijo Gustavo con acento reconcentrado.
- —¡No lo creas! le replicó Florinda. Lo hace inconscientemente, impulsada por el vicio i por las pasiones que se han desarrollado repentina i poderosamente en ella. Cuando se sacie, cuando apague esa sed que la devora, Lenor llegará, talvez, a ser una buena mujer.
- —Satisfacer una vanidad, un capricho de mujer. Querrá probar si sus encantos, si su hermosura son bastante poderosos para hacer revivir esa naturaleza que se dice apagada.

Gustavo comenzó a pasearse con ajitacion, visiblemente disgustado.

—¿I ese asunto de los cheques, le preguntó Florinda, no puede serte perjudicial?

—; Ah! dijo el jóven que no habia hecho alto en ello por pensar en la clase de vida que llevaria Leonor. ¡Ah! tienes razon!... Es cierto que yo tenia en la casa cheques en blanco firmados i que si se han presentado algunos al Banco, los habrán pagado, aun cuando mi depósito no alcanzara a cubrirlos... ¡Será necesario que yo vaya inmediatamente a Valparaiso!...

Florinda palideció levemente adivinando, con su instinto de mujer enamorada, que Gustavo, sin darse cuenta él mismo del verdadero objeto de sus deseos, queria acercarse nuevamente a Leonor.

-¿I no habria algun medio, preguntó tímidamente, de que arreglaras eso sin ir a Valparariso?

Gustavo meditó un instante i al fin contestó:

- —¡Sí!... Talvez todo pueda arreglarse... pregnutando por telégrafo, suspendiendo la órden de pago... En fin, ya veremos: por lo menos necesito ir a Santiago i ahí resolveré lo que convenga hacer...
- —¿Quieres que te acompañe? le preguntó Florinda con dulzura. I al ver que el jóven la miraba con cierta estrañeza, agregó en el acto:
- —Pero yo no iré junto contigo: si tomas el ferrocarril, yo tomaré un carro aparte, yo viajaré como si anduviese enteramente sola. Tú no tendrás para nada que preocuparte de mí!...

Gustavo sintió un pequeño fastidio al ver un tanto entrabada su libertad; pero lo disimuló comprendiendo que Florinda no tenia otro móvil que atenderlo i servirle.

—Nó, le dijo: yo talvez vuelva mañana i es mejor me esperes aquí.

Una hora despues, cuando Gustavo le daba la mano diciéndole «hasta mañana», Florinda se volvia a su aposento con los ojos llenos de lágrimas porque su corazon la decia que aquella separacion debia ser mui penosa i mui larga.

Una mujer en el auje de su fortuna.

La vida de Leonor, como lo decia ella en su carta a Moises, era una serie no interrumpida de placeres.

Habia entrado de lleno, como el que se precipita en una pendiente, en la senda que, hasta que salió de los brazos de Gustavo, solo habia dado unos cuantos i tímidos pasos.

Se habia hecho notable, habia adquirido inmensa celebridad; pero esa celebridad bochornosa que conquista la que sobrepuja a sus compañeras de oficio, ora por su elegancia i sus derroches, ora por los hombres que arruina, ora por su sed insaciable de placeres, ora en fin, por algo que las hace sobresalir de la jeneralidad.

Leonor, al fin de los pocos dias que habian trascurrido, tenia ya una larga lista de amantes.

El almacenero Tal la visitaba a las nueve de la noche; pasaba una hora con ella i se marchaba.

A las diez o diez i media de la noche, despues de tomar el té en el club, llegaba el señor B. C., acaudalado minero del norte que habia dedicado unas cuantas barras a Leonor.

Este señor era el que hacia frente en la casa, es decir, era el que llevaba la parte mas pesada del gasto, i por lo mismo, Bea-

triz tenia mucho cuidado de que no se encontrara con el almacenero.

Tambien entre dias, a eso de la una de la tarde, visitaba a Leonor un jóven barbi-lindo que, como hijo de familia, solo contribuia con los guantes i las escencias para el tocador de la jóven.

Este último sabia que no era él solo quien visitaba esa casa, i aunque habia principiado por exijir a Leonor la mas completa i absoluta fidelidad en cambio de su ardiente amor, la jóven le habia llamado un dia a cuentas, i le habia dicho:

- —Oye, mi regalon: no seas chiquillo. ¿Puedes tú darme lo que yo necesito para vivir?
- —¡Yo trabajaré! habia contestado él, i te daré todo: no quiero que otro hombre te visite.
- —¿Tú trabajarás? Está bien: cuando eso suceda tendrás para regalarme a mas de los guantes i las escencias, las flores. ¿Crees tú que podrás ganar lo que gasto siquiera en cintas i blondas?... A ver: ¿cuánto ganarias tú si te ocuparas?
 - -Podria tener doscientos o trescientos pesos mensuales.
- —Já, já, jáááá!... ¿i con eso querias tener una querida?... Oye: B. C. me dejó hace cuatro dias, sobre mi velador, quinientos pesos; i ayer he tenido que acudir al almacenero para comprarme un lindo traje que ví en una tienda. ¿I creerás que tengo aun dinero?
- —Pues voi a mostrarte mi cartera. Cuenta: cinco, diez, once pesos total. Esta noche B. C. tendrá que dejarme una nueva suma, si no igual mayor, que la de hace cinco dias.

El colejial se quedó frio.

—Pues entónces, dijo, con toda la amargura que se siente en los primeros años cuando no se puede disponer de mucho oro para saciar las pasiones, pues entónces, yo por pobre me veré en la necesidad de renunciar a tí!...

A Leonor le entretenia, le causaba cierto placer incomprensible tener por amante a ese niño, cuyas pasiones exaltadas le hacian reir, i cuyos enojos los cambiaba ella en mil ternezas i protestas de amor, sin mas que estrechar su aun rubia cabellera sobre su pecho.

Con él, solos a la mitad del dia, la pieza a media luz, se entregaba a verdaderos juegos de niños. Corrian con los piés desnudos, saltaban sobre el lecho o del lecho al suelo, a quien llegaba mas léjos, se perseguian uno a otro, reian como locos i concluian al fin por acariciarse como tortolillos enamorados.

Leonor gozaba con eso: le parecia que ella tambien era una chiquilla i que aquel era su primer amor. Por tal causa, en vez de despedir al niño cuando se manifestaba hosco i regañon, le mimaba, le acariciaba, le hacia reir i llorar i con eso se divertia i gozaba.

I tanto mas necesaria le era aquella distraccion, decia ella, cuanto que el señor B. C., hombre ya maduro i nada simpático, le fastidiaba sobremanera. Si el imberbe hubiese tenido las barras del copiapino, éste habria ido mucho tiempo a la calle. Pero ya que no era así debian conformarse.

El niño se consolaba con saber que era el regalon, el preferido, i habia terminado al fin por acostumbrarse a ser dueño de Leonor solo en las horas de mas luz.

Pero como una mujer que iba diariamente a la esplanada, que nunca faltaba del teatro i que gastaba sumas enormes en el comercio, no era posible tuviera solo tres amantes, siendo como era hermosa i habiéndose hecho la mujer a la moda, Leonor de cuando en cuando hacia tambien sus visitas, ya porque se le ponia a la puerta coche con ruedas de oro, ya porque la curiosidad, el capricho o el vicio la arrastraban a ir siempre mas allá.

Con tantos compromisos, la vida de la jóven iba poco a poco haciéndose mas i mas ajitada.

El almacenero comenzó a fastidiarse de las veces que iba inútilmente a buscarla, i en varias ocasiones le dijo que eso no podia continuar así, pues él era hombre que tenia todas sus horas medidas i calculadas como un reloj.

Leonor se disculpaba como podia: en unas veces era una ami-

ga que la habia retenido engañándola con que aun era mui temprano; en otras las necesidad de acompañar a otra amiga que estaba de duelo, i en muchas, en fin, ya el haber ido al teatro, ya el haber tenido que hacer compras en el comercio, ya el sentirse enferma i tener necesidad de respirar el aire del mar.

El señor B. C., por su parte, que habia aceptado al principio estar solo hasta la hora en que concluian las funciones del teatro, comenzó a notar que habia funciones que se prolongaban hasta la una o dos de la mañana.

Esto era contrario al reglamento del teatro, i como él no era hombre para darse el trabajo de averiguar de qué dimanaba n esos atrazos, habia tambien dicho a Leonor que eso no estaba bien así.

—Tienes todo el dia, le dijo, i gran parte de la noche para hacer lo que quieras, pero desde las diez o diez i media tú debes estar aquí.

Leonor habia llorado, diciendo que eso era como tenerla prisionera. El teatro era una distracción honesta, digna de la jente i para ella; era uno de los mas grandes placeres; así que que rer privárselo, era matarla.

B. C. habia transado: iria al teatro; pero nunca pasaria de las 12 de la noche.

Leonor lo prometió así; pero a los pocos dias le dió en e ^l mismo teatro una fatiga a una amiga i habia sido necesar io llevarla a la casa i estarse con ella hasta despues de las dos de la mañana.

B. C. meneó la cabeza una vez i siguió meneándola, cuando apercibió que Leonor habia bebido licor.

-; Malas, dijo, mui malas fatigas son esas!...

Pero no dijo mas i Leonor se tranquilizó.

Tal era la vida de la jóven cuando Gustavo dejó su hacienda para ir a Santiago con el objeto de arreglar el asunto de los cheques.

Pero un vez que estuvo en'la capital, i como llegase en l

tarde, cuando los bancos estaban cerrados, pensó que tomando el tren nocturno podria arreglarlo todo directamente en Valparaiso i alcanzar a volver a Santiago en el tren de las cinco de la tarde.

No fué a ver a Moises porque pensó hacerlo a su regreso.

Efectivamente, el jóven se hallaba al siguiente dia en Valparaiso; i como no tuviese nada que hacer hasta las diez, hora en que abrian el banco, se fué a pasear por la calle donde vivia Leonor, sin mas propósito que, si por casualidad salia al balcon cuando él pasase, no saludarla i manifestarle así su desprecio.

Pero Leonor no salió i él se dijo:

-¡Quién sabe si ha cambiado de casa!

I deseoso de cerciorarse de eso, pero resuelto a no pasar mas allá en sus averiguaciones, se acercó a la puerta i llamó.

Pronto apareció Beatriz, que lanzó una esclamacion de sorpresa al ver a su antiguo amo.

- —¡Usted por aquí, señor! le dijo con tono que tan bien se podia tomar como alegre o como disgustado.
 - -Sí, yo, contestó: no se me esperaba, ¿verdad?
- —¡Ah! no hai dia en que la señorita no lo recuerde! le dijo la astuta criada.
- —¡Cómo! ¿Leonor me recuerda? interrogó Gustavo, queriendo dar un acento burlezco a sus palabras; pero dejando traslucir la alegría que habian causado en su interior.
 - -¡Oh! muchísimo! Me habla siempre de usted!...

Gustavo sintió entónces el deseo de ver cómo lo recibia Leonor.

- —Yo, pensó, me manifestaré frio, indiferente, contento: le significaré que ahora soi conpletamente feliz, que apenas la recuerdo, i que miro como una locura de muchacho el amor que creí tenerla. Mi indiferencia herirá su amor propio i así me vengaré algo, siquiera, de lo que ella me ha hecho sufrir.
- —Pues bien, dijo a Beatriz, despues de pensar lo que antecede en breves momentos; pues bien, pregúntale si quiere reci-

birme. Dile que vengo solo por arreglar el asunto de los cheques.

- —Beatriz volvió poco despues e introdujo a Gustavo al dormitorio de Leonor, quien estaba sentada frente al peinador, con una bata de mañana, los pequeños piés metidos en babuchas chinas i el pelo suelto sobre la espalda.
- —¡Señorita! esclamó Gustavo con sonrisa un si es no es burlona, fiel a su propósito de manifestarle desprecio e indiferencia; ¡señorita Leonor!... cuánto me alegro ver a usted tan de mañana i ya en pié!
- —Es que el corazon me avisaba, amigo mio, le contestó la jóven casi en el mismo tono, que iba a tener esta agradable sorpresa; i aunque estaba cansada i soñolienta, dejé el lecho presintiendo este momento de placer.
- —¿Estaba usted cansada, señorita? La noche, sin duda, habrá sido de mucha ajitacion.
- —Mas o menos como todas, contestó Leonor haciendo un jesto desdeñoso. No siempre se puede dormir bien i tranquilamente.
- —Sobre todo, observó Gustavo con voz un tanto mordaz, sobre todo cuando hai amigos exijentes.
- —Por eso no, contestó ella sonriéndose: cuando un amigo se muestra exijente, es porque tiene derecho a serlo, i eso no puede disgustarnos.
- —Yo no he dicho, tampoco, que puede causar disgusto: al contrario, el mismo placer puede llegar a cansarnos, a fatigarnos.
- —El placer puede fatigar, amigo mio, pero no cansar, replicó Leonor. I como si solo en ese momento advirtiese que el jóven permanecia de pié, le dijó:
- —Pero creo que no tendrá usted tanta prisa, señor Peña, que no pueda sentarse un momento.
- —Tengo tiempo hasta las diez, contestó Gustavo, hora en que abren el banco, pues he venido para arreglar ese asunto.
 - -¡Ah! hizo Leonor. Pues vé si es raro eso! Yo tenia el cua-

328

derno de los cheques en el escritorio que colocaste tú en la antesala, i se me ocurrió ahora dias dar una pequeña tertulia, a la cual vino mucha jente que yo ni conocia. Indudablemente, alguno de esos desconocidos se apoderó del cuaderno, pues yo no lo he echado menos sino el dia en que escribí a Moises. I a propósito: ¿qué es de él? Siempre raro, siempre con su monomanía de creerse jubilado para el placer? Yo le escribí una larga carta, que debe haberlo hecho reir.

—La lei, contestó Gustavo con acento quejoso i mirando a Leonor con tristeza.

Pero ésta pareció no apercibirse, ni del tono, ni de la triste reconvencion de su antiguo amante. Parecia contenta, hablaba con volubilidad, sonreia.

Gustavo notó que Leonor estaba mas pálida i mas delgada, lo que realzaba su hermosura. Sus ojos tan negros i tan brillantes, estaban orlados por un círculo azulejo que les daba cierto aspecto melancólico. Sus senos parecian haber perdido algo de su altiva arrogancia, así como sus lábios, tan húmedos i lacres poco tiempo há, estaban descoloridos cual la sonrosada flor del durazno cuando principia a marchitarse.

Por lo demas, era siempre la mujer incitante, voluptuosa, cuyo modo de sonreir, cuya manera de mirar bastaban para prometer delicias i placeres sin cuento.

La conversacion siguió entre ellos mas familiar, mas animada que lo que habia principiado.

Leonor hablaba con la confianza, con el placer, con la alegría con que habria podido hablar a una amiga de la cual hubiera estado mucho tiempo separada.

—Yo, ahora, le decia, no diré que soi completamente feliz; pero no sé qué me sucede que no me canso de gozar de mi libertad. Nosotros no supimos, Gustavo, gozar de la vida en aquel tiempo (Leonor hablaba como si hubieran pasado muchos años). Si en vez de estarnos aquí mirándonos las caras, o regafiándonos...; Pues solo ahora lo advierto! ¿por qué nos lle-

vamos como los niños peleando, arañándonos i despues comiéndonos a cariños?

- —Porque tú, Leonor, le contestó Gustavo, pasado el primer tiempo, ya no estuviste satisfecha con mi amor i buscaste aquí o allá donde matar el tedio que yo te causaba!
- —Nó, no fué eso, Gustavo; es que éramos mui niños, mui tontos. Tú te enojabas por bagatelas.....
- —¡Bagatelas! interrumpió Gustavo con indignacion. ¿Llamas bagatelas...
- —¡Vamos! no prosigas le dijo la jóven. Tú no te has enmendado de acalorarte i yo ahora quiero que estemos alegres.

Gustavo se mordió los labios comprendiendo que Leonor tenia justicia para recordarle que no debia enojarse.

Si él habia vuelto a esa casa, cuyas puertas no debia haber pisado jamas, era porque en realidad él tambien daba poca importancia a los hechos de Leonor. I aunque él trataba de disculpar su falta de dignidad, con lo avasalladora de su pasion, su conciencia le decia que nadie, sino él mismo, tenia la culpa de lo que le acaeciese, por mas humillante i bochornoso que fuera.

Leonor sin dar mas importancia al disgusto de Gustavo, continuó:

—Si nosotros hubiéramos comprendido la vida tal cual debe ser, habríamos sido mas felices. Libres ambos, juntándonos cada vez que nuestro cariño nos hubiese acercado, tomando el placer donde hubiéramos creido hallarlo, nuestra existencia habria sido envidiable. ¿No te parece, Gustavo, que eso habria sido lo mejor?

Gustavo temió que la jóven estuviese perdiendo la cabeza i la miró fijamente.

- —¿Crees tú posible eso? le preguntó con admiracion. ¿Crees tú posible que habiendo cariño se pueda mirar con indiferencia que el sér querido pase a otros brazos?
- —Ahora no es posible, contestó Leonor con seriedad, porque crecemos con la idea de que al hallar una persona que nos quie-

ra i a quien amamos, ha de ser esclusivamente nuestra. Pero si nos educáramos bajo la persuasion de que solo debian durar las uniones lo que dura el amor, seria mui distinto.

- -; Qué ideas las tuyas! esclamó Gustavo con admiracion.
- —Mis ideas tienden, dijo ella, a romper esa especie de esclavitud a que se someten los amantes. I estoi casi segura que libres, enteramente libres, serian mas fieles i mas amantes.

En aquel momento dieron las diez.

- -¡Me voi! dijo Gustavo.
- -¡Ah! tienes razon: ¿vas al Banco?
- -Sí, necesito desocuparme temprano.
- -¿Te regresas pronto a Santiago?
- -Sí, en el tren de la tarde.
- —Pues bien, desocúpate del Banco i te vienes a almorzar conmigo. ¿Qué tiempo hace que no nos sentamos juntos a la mesa?

Gustavo dudó. Principiaba a sentir que sus propósitos de tratar con indiferencia i con desden a Leonor se debilitaban. La belleza, la especie de abandono, la confianza misma con que le trataba la jóven, le hacia mal, porque le atraia a su pesar nuevamente hácia ella.

—Volveré, dijo, prometiéndose mostrar durante el almuerzo que ya en su corazon todo habia cambiado.

Los propósitos de un enamorado.

Gustavo empleó mui poco tiempo en el Banco para cerciorarse de que al dinero gastado con Leonor, habia que agregar dos
mil pesos de un cheque pagado a un tal Aniceto Quintana Verdejos. El Banco, dando cumplimiento a instrucciones recibidas
de la oficina de Santiago, de donde Gustavo hizo traslado de su
depósito, no habia tenido inconveniente en pagar el cheque en
blanco que se le presentó, aun cuando del depósito no quedaban mas de trescientos i tantos pesos; pero como la fortuna
del jóven hacendado era enteramente saneada, i el jerente de
la oficina de Santiago era amigo de él, al trasladar su cuenta
corriente le abrió crédito ilimitado.

Para seguir la pista del ladron, para practicar algunas dilijencias, la única que podia dar datos era Leonor.

¿Se llevaria a los sabuesos de la policía secreta a casa de Leonor para que ésta les impusiese de esos datos? ¿No seria hacer mas pública sus relaciones con ella? ¿No seria poner en evidencia su inesplicable e incomprensible debilidad, debilidad que rayaba en tonteria, puesto que habia colocado un cuaderno de cheques firmados en manos de una mujer como Leonor?

Gustavo temió mas al ridículo que a la pérdida i no quiso hacer dilijencia alguna.

42

—Dos mil pesos mas o menos, pensó, en su fortuna, que ya estaba en ruinas era una bagatela.

El jóven se hallaba en una de esas situaciones de espíritu en que se mira todo con indiferencia absoluta, por hallarse su mente ocupada con ideas o pesares que absorvian por completo toda su atencion.

¿Para qué le habia servido el dinero, si no habia podido adquirir con él un poco siquiera de felicidad?

Por no trabajar en el arreglo de cuentas i liquidaciones; por no contar a unos sus debilidades; por no esplicar a otros sus pérdidas; por no hacer nada, en fin, puesto que se hallaba sin fuerzas, sin voluntad i sin ambiciones, habria cedido con gusto cuanto poseia.

Así, miró con indiferencia esa pérdida, i deseando regresar cuanto ántes al lado de Leonor, se limitó a pedir en el Banco, que si álguien se presentaba a cobrar nuevos cheques, se le redujera a prision.

—Si no me hubiera comprometido, pensó el jóven dirijiéndose a la casa de su ex-querida, si no me hubiera comprometido a volver, me habria ido a almorzar a un hotel.—¿I por qué no falto a ese compromiso? ¿Por qué no hago que me espere inútilmente? Eso la mortificaria un poco i serviria para demostrarle que ya no doi gran importancia a sus invitaciones.

Pero reflexionando así, continuaba inconscientemente su marcha hácia la casa de Leonor, i cuando llegó a la puerta, se prometió aparentar la mas absoluta indiferencia i no dirijir a la jóven el menor reproche.

—Concluido el almuerzo, pensó, tomaré mi sombrero i me despediré de ella como si nunca entre nosotros hubieran existido otras relaciones que las de una fria amistad.

Leonor, intertanto, habia tenido tiempo de engalanarse i se presentó a Gustavo con todos los encantos que a una criatura hermosa prestan los elegantes atavios.

Un vestido color cielo, con adornos i guarniciones de un azul mas subido, bastante alto por delante para dejar ver su

aristocrático pié calzado con botitas de razo del mismo color; un cuello de encarrujados i albos encajes que rodeaba su garganta, i brillantes en las orejas, brillantes en un medallon que bajaba a ocultarse entre sus senos, brillantes en las tapas del pequeño reloj suspendido de un grueso broche de oro colocado al lado izquierdo de su pecho, i brillantes, en fin, en sus blancos i finos dedos i en una pulsera que rodeaba sus torneados brazos, constituian el elegante i valioso traje de Leonor.

Gustavo sintió una satisfaccion inmensa, un placer que hizo esfuerzos para disimular, al ver que aquellos pendientes, aquel medallon, aquel reloj, aquellos anillos, donde la luz jugueteaba lanzando prismas deslumbradores, habian sido regalados por él.

—¡Todavía me ama! pensó el inesperto jóven; si le fuera indiferente, si no ocupara algo de su corazon, no se me presentaria de este modo!...

Leonor, al hacer aquello, solo habia tenido en vista una especie de coquetería femenil i el capricho de hacer revivir en su antiguo amante un recuerdo del pasado. Sin intencion de atraerlo nuevamente, buscaba sí, la satisfaccion de presentársele hermosa e incitante.

- —¡Mui a tiempo has llegado! le dijo al verlo entrar: acaban de avisarme que estaba listo el almuerzo. ¿Quieres que pasemos al comedor?
- —Con mucho gusto, contestó Gustavo. Tengo una hambre que me devora.

El jóven estaba mui léjos de sentir hambre; pero queria aparecer con buen apetito i con buen humor.

Sentáronse a la mesa i Leonor atendió a Gustavo con toda la gracia, con toda la amabilidad que ella sabia emplear cuando estaba satisfecha i deseaba agradar.

—¡Tienes un magnífico vino! le dijo Gustavo sirviéndose una copa de vino color de ópalo, destinado a avivar el apetito al principio de la comida.

-Este vino es español, contesto ella; i segun se me dijo

cuando me lo regalaron, no lo hai en el comercio, pues le llega para su uso a un almacenero de esta plaza.

- —¿A Weir Scott? preguntó Gustavo deseando saber algo mas.
- —Nó, al señor B. C., almacenero de abarrotes, segun creo. Aunque Leonor contestó con cierta indiferencia i como si el señor B. C. apenas le fuera conocido, Gustavo se dijo:
 - -Este señor almacenero B. C. debe ser mi sucesor.

Luego agregó en voz alta:

- —Tiene buen gusto el señor B. C.; i me haria amigo con él, solo porque me participara con un poco de su vino.
- —Si te quedaras acá algunos dias, le dijo Leonor, yo podria presentarte.
 - -¿Te visita a menudo?
- —Suele venir algunas noches, temprano, de nueve a diez, cuando termina sus negocios. Segun dice, es mui ocupado, así que rara vez está mas de media hora.

Gustavo pensó que talvez se habia equivocado en su juicio al ver la naturalidad e indiferencia con que Leonor hablaba del desconocido. Sobre todo, el hecho de no pasar con ella mas de media hora, casi le tranquilizó por completo.

Para un hombre esperimentado, aquello, sin embargo, habria sido mui revelador. El hecho de que la jóven se anticipara a dar detalles que no se le pedian era tan acusador, como si se hubiera negado a darlos pidiéndoselos.

La mujer astuta i esperimentada tiene tal aplomo, tal sangre fria para tratar, i aun para abordar ella misma, cuando vé que eso puede convenirle, ciertas cuestiones, que el mas observador se halla espuesto a ser engañado.

Gustavo, como hemos dicho, se tranquilizó un tanto; pero conociendo la astucia de Leonor, agregó dando a sus palabras el mismo tono de indiferencia que ella habia empleado:

—El señor B. C. será español, cuando consigue un vino como este.

-¿Creerás que no lo sé? Su acento no revela su oríjen i yo no he tenido curiosidad de preguntárselo.

Acto continuo, i como viese que el jóven habia cruzado el cubierto sobre su plato, aunque sin terminarlo, le dijo:

- —Parece que no tienes el apetito que decias: a ver, sírvete de este conejo en zalza verde... Mi cocinero le recomienda como un magnífico restaurador para el estómago.
- —Cosa de que yo no necesito, contestó Gustavo sonriéndose, pues con los suculentos alimentos que he usado en el campo, soi capaz de comer piedras. Pero tú, agregó, no comes: te he visto probar, solamente, los platos i en cambio haces honor a las extras.
- —Es mi principal alimento, contestó la jóven. Como frutas, confites, pastillas i cosas ácidas: las viandas de cocina me repugnan.
- -Eso es que tu estómago principia a debilitarse demasiado, le dijo el jóven mirándola fijamente.
- —O que ahora, replicó ella, necesita de alimentos mas delicados.

El vino color de ópalo fué reemplazado por lejítimo borgoña, del cual Gustavo apuró una copa para no atragantarse con un bocado.

El almuerzo trascurrió sin que ocurriera nada de notable, esceptuándose los esfuerzos que hacia el jóven para manifestarse alegre, i la naturalidad i complascencia con que Leonor sustuvo su papel de amiga desinteresada.

Mas, por efecto de la misma complacencia de Leonor i de los esfuerzos del jóven para presentarse alegre, ambos hicieron demasiado honor al vino; i al levantarse la mesa para servir el té, los dos se hallaban en ese estado en que las mejillas arden, los ojos brillan i los labios se mueven con rapidez para dar salida a la multitud de voces, a la gran cantidad de ideas que rebozan del pecho i del corazon.

Antes del té bebieron aun dos pequeñitas copas de cacao con

coñac i convinieron en agregarle tambien al té, en vez de leche, una buena dósis de coñac.

Los sirvientes levantaron la mesa, pero por órden de Leonor, se dejaron sobre ella el coñac i una botella de curazao que se destapó al efecto.

- —Ya que nos hemos reunido, dijo la jóven, i hemos pasado un par de horas agradables, bien podemos prolongar un poco la sobremesa. Esto, agregó sonriendo maliciosamente, si tú no tienes otra parte donde ir hasta la hora en que parta el tren.
- —No tengo ninguna, contestó Gustavo: mi viaje a Valparaiso solo fué para arreglar ese asunto del Banco.
 - -¡A propósito! esclamó ella. ¿Qué hubo de eso?
- —Que la persona que te robó los cheques, contestó Gustavo, ha cobrado en el Banco dos mil pesos!
 - -Pero podrán quitárselos.
- —Si se supiera quién es i los tuviera aun, seria fácil. El que ha sacado ese dinero es un tal... Aniceto Quintana Verdejos ¿lo conoces tú?
 - -: Primera vez que oigo ese nombre!
- —Así lo inferia yo, i por lo tanto he dado por perdido el dinero.

Leonor alzó los hombros con aire indiferente, pero luego i como si hubiese recordado algo, cambió de espresion su semblante i dijo:

- -¡Lo siento por tí i por mí!... Cuando tú me abandonaste...
- —¡Pero no digas que yo te he abandonado, Leonor! esclamó Gustavo interrumpiéndola. Has sido tú la que...
- —Está bien, replicó ella con acento en que a Gustavo le pareció ver cierta tristeza o resentimiento: está bien, da a nuestra separacion el color que quieras, sin contar para nada lo que puede existir en el corazon de una mujer que como yo ama a un hombre que nunca le podrá pertenecer completamente.

Gustavo miró a Leonor con admiracion.

-¿Qué dices tú de amor? le preguntó un tanto exasperado. ¿Quieres hacerme creer ahora que tú me has amado i que tu conducta ha sido motivada por algo malo que yo obré, por algo que pueda, siquiera, justificar-tus acciones?

- —Nó, Gustavo, le replicó ella con jesto que parecia indicarle que no habia sabido comprenderla. Nó, Gustavo: estoi mui lejos, ahora, de hacer inculpaciones a nadie; al contrario, me hallo dispuesta a aceptar cuantas se me hagan a mí. ¿Qué sacaria, por otra parte, con presentarme a tus ojos mas o menos buena o mas o menos mala que lo que soi, desde que todo ha concluido entre nosotros?
- —Sacarias, le dijo Gustavo, dejar en mi recuerdo una buena memoria de tí.
- —Creo que sin necesidad de eso, tú me recordarás siempre bien, le dijo ella sonriéndose.
- —Tienes razon, le replicó él con sarcasmo: tú me has hecho tan feliz, que será imposible lo olvide jamas.
- —Hablemos con franqueza, Gustavo, i te diré que tú i muchos como tú, tienen la idea de que la mujer debe ser una especie de estátua de cera, apta para amoldarse al gusto, a las exijencias i al carácter del hombre que una vez se ha unido a ella. Yo no acepto esa especie de tutelaje, esa disimulada esclavitud. Apenas la comprendo en los matrimonios sancionados por la iglesia i válidos ante la sociedad; i ello, como base para la familia i nada mas; pero entre nosotras, entre nosotras mujeres libres, que por el hecho de ser tales tenemos encima el desprecio de la sociedad; entre nosotras, repito, desear poner en práctica esa lei, es como pretender tomar una estrella con la mano.
- —¿Luego tú confiesas que entre ustedes no puede existir nunca la fidelidad, el amor desinteresado, la abnegacion, en una palabra, el verdadero amor?
- —No lo considero imposible, amigo mio; pero sí mui difícil. I si alguien llega a amar así, será una mártir. Crees tú lójico que una mujer que ha pasado gran parte de su vida engañada engañando, tenga mas tarde la bastante fé para creer a los

338 LAS HIJAS

hombres i los hombres puedan tener bastante fé para creerla a ella?

- —Luego cuando tú te uniste a mí lo hiciste. bajo la idea de engañarme o con el temor de ser engañada.
- —Nó, yo tuve una ofuscacion, una de esas alusinaciones tan frecuentes en nosotras, por lo mismo que en el amor hemos perseguido una quimera. Si hubieras sido tú el primero en cansarte de mí, yo me habria creido tu víctima.
 - —I ántes de ser la víctima, quisiste ser el verdugo.
- —Ni piensa una en eso. ¿Saben las flores por qué despiden aroma? ¿saben las fieras por qué son crueles?—Las unas embalsaman el aire porque fueron formadas para eso, las otras son crueles i sanguinarias porque así fueron creadas.
- —¡Me gusta tu lójica! le dijo Gustavo. ¿Es decir que ustedes son perversas porque fueron creadas para ser perversas?
- -No por haber sido creadas ni haber nacido para eso, repuso Leonor, sino porque a eso nos habituó la sociedad, a eso nos arrastran los desengaños. Para que me comprendas, Gustavo, i veas que si he dañado tu corazon, siempre tengo para tí las mejores intenciones, te diré lo que no me atreveria a decirle a ningun hombre. La mujer que se ha pervertido, la que ha llorado mucho i muchas veces, ora por haber sido engañada, ora por no haber sido comprendida, ora porque ha sido insultada, ora en fin por haber sufrido hambres i privaciones despues de regalos i holguras; la mujer que ha pasado por probar todo o algo de eso, adquiere una especie de segunda naturaleza, un algo como otro ser que se injiere o adhiere a ella i la arrastra, muchas veces a su pesar, a hacer el mal. Es así como puede esplicarse, solamente, esa especie de fenómeno que he visto muchas veces. Cuando una de esas desgraciadas hijas de la noche, aun colocando a las que ya tienen su puerta franca para todo el que lleve un poco de dinero en sus manos, encuentra a un hombre que se apasiona de ella i desea sacarla del fango en que está metida, su vida cambia en el acto: en vez de pasar las noches en vela esperando al tunante que la hará soportar todas las majaderias,

todas las incomodidades, todos los caprichos del que ha bebido licor con exeso, podrá dormir tranquila con la seguridad de que nadie la incomode. En vez de pensar con amargura en que vencido el arriendo de casa no tendrá como pagarlo; en que cumplido tal plazo no tendrá como satisfacerlo; en que, como puede sucederle muchas veces, no tendrá un peso, al dia siguiente, para sus mas apremiantes necesidades, si no viene un hombre a dárselo en cambio de unas horas de su existencia; en vez de pensar en eso, repito, puede pensar en que su pan, su vestido, su morada, se hallan aseguradas por el hombre que vela por ella.

-I eso no es todo aun, continuó Leonor, animándose cada vez mas con sus propias reflexiones. En lugar de ser unas veces vejada, otras escarnecida i no pocas burlada; en vez de ser despreciada siempre, aun en medio de los halagos, pasa a ser considerada, pasa a ser atendida, pasa a ser amada. El hombre que la ofreció su amor i su proteccion solo le exije honradez, juiciosidad, virtud, bienes que para ella, mas que para él, son dones preciosos para su porvenir.

Por qué, pregunto yo, esa mujer que tanto ha sufrido en su antigua vida i tanto puede gozar en la presente, no se conforma con ella i su espíritu está inquieto i su corazon intranquilo?

Por qué desdeña el cariño verdadero i busca los halagos finjidos? ¿Por qué desprecia el bienestar i la tranquilidad? Por qué, aun oyendo una voz interior que le dice «vas a perderte» ella se precipita ciega al abismo?

-¿Sabes por qué, Gustavo?-Porque, como te he dicho ántes, ya en esa mujer hai una segunda naturaleza, ya en ese ser hai otro ser que se ha sobrepuesto al primero, i el cual solo puede obrar el mal. Si por un momento predomina la reflexion, el instinto del bien, la conciencia del deber, luego impera el vicio con sus funestos atractivos, luego predomina la carne con sus brutales pasiones.

Pero a qué te hablo a tí de esto? interrogó la jóven asaltándola do súbito una idea nueva. ¿No lo conoces tú mismo por esperiencia propia? No has luchado, casi desde el principio

340 LAS HIJAS

de nuestras relaciones, por apartarte de mí, por abandonarme, por volver a la vida tranquila i laboriosa que llevabas ántes? Por qué no lo hiciste? Por qué seguiste amándome, a pesar que habrias querido odiarme? Por qué te aficionaste a las orjías i al licor, a pesar de comprender que eso te degradaba i envilecia? Por qué conociendo que te arruinabas continuaste derramando el oro a manos llenas?

- —Yo hice todo eso, contestó el jóven con despecho, porque te amé verdaderamente, porque siempre, tras de una traicion tuya, abrigaba la esperanza de que no volverias a hacerlo i te rejenerarias para siempre.
- —He ahí otro engaño tuyo, le dijo Leonor. La mujer que engaña una vez a su amante, sigue engañándolo siempre. El primer paso es el que cuesta; los demas se dan sin saberlo.
- —¿Es decir, esclamó Gustavo con admiracion, que jamas el hombre debe esperar de ustedes un amor fiel i sincero?
- -Fiel, sincero i eterno, jamas, contestó Leonor; sincero i fiel por un poco de tiempo, eso sí. I en este caso, la mujer que ame así, será mas delicada, mas exaltada, mas abnegada que las mismas mujeres virtuosas, i ello por una razon casi natural: toman el amor como el sediento el agua; se recrean con verse queridas i con sentir que ellas aman, como se recrea con la luz el que ha estado largo tiempo privado de ella. En fin, Gustavo: despues de lo que a mí misma me ha sucedido; despues de creer que tú serias mi última ilusion, así como por lo grande e intenso de mi amor lo consideré el primero; despues que he meditado que es imposible amar mas que lo que vo te amé: ¿ener mas santos propósitos que los que yo tuve: alimentar mas dulces ilusiones que las que yo alimenté; despues de recordar cuánto luché por no quererte, cuántos esfuerzos hice por no seguirte i con cuanto placer me entregaé a tí, hallando en tus brazos placeres que no conocia, sintiendo a ta lado satisfacciones que jamas habia soñado; cuando recuerdo todo eso, repito. i pienso en que ese grande amor, esa grande ilusion, esos placeres i esos deleites, esas satisfacciones i esos delirios no fueron

bastante para hacerme feliz i para contenerme en el camino del bien,me convenzo de que hai una mano, hai una providencia, hai un destino que se ha levantado sobre nosotras diciéndonos: «¡Las puertas de la felicidad para ustedes se han cerrado!»

Las últimas reflexiones las pronunció Leonor con acento conmovido, con toda la sinceridad de su alma.

Se hallaba en esos momentos en que la verdad salta pura a a los labios, en que el porvenir se ve patente a nuestra vista, en que del corazon lleno de dolores, rebozan las mas amargas reflexiones...

Gustavo tambien se sentia conmovido.

Miraba a Leonor, que con sus mejillas un tanto animadas, con su jesto triste i despreciativo, como quien vé con doloroso despecho un mal que no tiene remedio, aparecia en ese momento mas bella, mas seductora que de ordinario.

El jóven no podia comprender, no queria creer que aquella mujer tan intelijente i tan hermosa, con un alma que en ciertos momentos aparecia tan ennoblecida por las mas bellas cualidades, fuera la misma que arrastrara, por vicio o por capricho por costumbre o por placer, su hermosura i su intelijencia, su dignidad i su porvenir, en el lodo inmundo de los exesos i de la prostitucion.

Aquello era incomprensible; i ante la razon de Gustavo, o mas bien, ante su amor que no podia estinguirse, le parecia que por cada falta, que por cada escalon que descendiera Leonor del pedestal en que él la veia colocada, en su semblante debia aparecer una mancha, en sus bellos ojos un rayo menos de luz. Pero aquella mujer se mantenia siempre hermosa, siempre incitante, siempre seductora.

Las candentes llamas de las pasiones no hacian mas que pasar por ella como pasan las ráfajas de aire que inclinan solo por un instante las copas de los robustos árboles.

Leonor se sirvió una copa de licor i la bebió de un solo sorvo, como quien desea adormecerse.

—¡En fin! esclamó haciendo un jesto desdeñoso. ¿A qué pen-

sar en esto? Las criaturas son semejantes a los rios, cuyo curso, una vez trazado, no puede cambiarse jamas. Yo i todas las que como yo han nacido para seguir esa senda que llaman estraviada, tendremos que seguirla aun cuando todo el mundo se empeñe en lo contrario.

- —Pero si ustedes la siguen, le dijo Gustavo, es porque así lo quieren, porque no hacen un corto esfuerzo para sobreponerse a sus pasiones.
- —Vuelvo a repetirte lo mismo que otras veces: hacemos lo que hacen ustedes; i bien considerado, la mujer en jeneral es mil veces mas digna que el hombre. ¿Qué hombre, de esos que en la sociedad llamais hombres serios, no ha sido en su juventud, al menos, algo de lo que somos algunas mujeres? Quién es el que llega al altar sin haber deshojado, siquiera, una flor, sin haber hecho derramar algunas lágrimas? Quién no ha corrido tras de los placeres, quién no ha saboreado hasta la saciedad, esa hiel o ese manjar que llaman la relajacion?—Pero hai una diferencia, una sola; i es que la mujer que principia por ahí su carrèra tiene jeneralmente, que concluir en ella, porque ya nada hai que la purifique, nada que la levante. Al hombre, cuando mas, se le llama calavera o tunante; miéntras que a la mujer, desde el primero hasta el último dia, se la llama prostituta.....
- —En eso exajeras, Leonor, le interrumpió Gustavo; así como el hombre que deja de ser tunante vuelve a conquistarse el aprecio de la sociedad ¿por qué la mujer al cambiar de vida no podria tambien merecer consideraciones?
- —¿Por qué, me preguntas? interrogó la jóven, recuperando al parecer su buen humor. Yo te lo diré: porque ustedes, segun las leyes que han hecho, se construyeron de bronce i a nosotras nos hicieron de papel. En el bronce, es decir, en el hombre, una gota de aceite sirve para darle mayor brillo, mayor importancia; miéntras que en la mujer, es decir, en el frájil i blanco papel, es mancha perdurable e indeleble.
- —Pero tú misma has dicho, Leonor, que, aun cuando muchas pueden encontrar un hombre que con su amor las levante,

ustedes están condenadas, por cierta fatalidad, a vivir siempre caidas.

- —I esa es la verdad, amigo mio. ¿I crees tú que la idea de no poder rehabilitarse, aun cuando se cambie de conducta, no tiene mucha parte en que no abandonemos el charco donde una vez nos sumerjimos?
- —¡Pero basta de cosas serias, mi Gustavo! agregó la jóven sonriéndose. ¿Qué sacamos con atormentarnos con estas ideas?

-Adquirir mas esperiencia, le contestó él.

A ese tiempo entró Beatriz haciendo ciertas señas a Leonor; pero ésta pareció no comprenderlas, i dirijiéndose a Gustavo le dijo:

—Lo mejor, amigo mio, es hacer todo aquello que nos agrade i gozar de la vida cuanto se pueda. Si esto nos acarrea disgustos i sinsabores mas tarde, ¡qué hemos de hacer!...

Beatriz continuaba en la pieza ocupándose al parecer de arreglar los cristales del aparador, pero en realidad buscando los ojos de Leonor para hacerle señas que al fin sorprendió Gustavo.

-Parece que Beatriz desea hablarte, le dijo a Leonor.

Volvióse ésta a la criada mirándola con aire interrogativo.

—Solo deseaba recordar a la señorita, dijo Beatriz, que ya va a ser la hora en que acostumbra tomar un refresco...

En los ojos de Beatriz, al decir esto, brilló una casi imperceptible chispa de malicia, al mismo tiempo que Leonor, por su parte, hacia un leve jesto de disgusto o contrariedad.

- —Hoi no quiero nada, dijo. ¿Me entiendes? Aquí nos serviremos con Gustavo lo que deseemos.
 - -¡Está bien! dijo la criada abandonando el comedor.

Beatriz bajó a cerrar la puerta de calle diciéndose:

-¡Ahora vamos a tener fiesta con el chiquillo!...

Efectivamente, no habian trascurrido diez minutos, cuando la campanilla empezó a sonar.

Beatriz bajó a abrir; i no bien habia corrido el picaporte cuando entró impetuosamente un jóven como de dieziocho años,

blanco i rubio, de mejillas sonrosadas i de semblante simpático i agradable.

- —¿Cómo va, Beatriz? dijo tratando de ganar la escala.
- —La señorita no está, contestó la criada, interceptándole el paso.
- —¡Cómo! ¿no está Leonor? interrogó el jóven con admiracion.
 - -Nó, salió esta mañana i dijo no volveria hasta la noche.
 - -¿I a dónde ha ido?
- —A casa de una amiga que está mui enferma: me encargó dijera a usted que mañana lo esperaria.

El imberbe hizo un jesto de contrariedad, dando un fuerte golpe en el suelo con el pié.

- -Voi a subir, agregó, para escribirle una cartita.
- -Están todas las piezas con llave, don Ricardito.
- -; Con llave!... ¿I por qué?...
- -Yo no sé por qué las dejaria la señorita así...
- —¡Caramba! esclamó el niño rascándose con despecho la frente.

Beatriz no se apartaba del centro de la escala, mientras el jóven Ricardo parecia mui poco dispuesto a salir.

- -¿I a casa de qué amiga ha ido Leonor? preguntó.
- —No lo dijo, don Ricardito. Lo único que me encargó fué que dijese a usted que volviera mañana a la misma hora.

Pero a ese tiempo, como para desmentir a Beatriz, se oyó perceptiblemente una alegre carcajada de Leonor.

—; Mentirosa! esclamó el niño con indignacion. ¡Leonor está ahí!...

I sin aguardar mas, empujó a Beatriz hácia un lado i ganó la escala saltando de dos en dos los escalones.

—¡Ella tiene la culpa! esclamó Beatriz con despecho. Debe haber sentido la campanilla i sin embargo se pone a reir tan fuerte!...

Pucheros de niño i rabietas de hombre.

Leonor había ido poco a poco recobrando su buen humor i al cabo de pocos instantes, conversaba con Gustavo con tal alegria i animacion que no se habria creido que acababa de hablar tan séria i concienzudamente como lo había hecho.

Embebida con la conversacion, no oyó que habian tocado la campanilla; i si oyó no pensó que pudiese ser una visita que la comprometiera.

En ese momento contaba a Gustavo un chiste que habia oido a un ingles; i como el jóven, participando de la alegria de ella, contó a su vez otro que guardaba analojía con el de Leonor, ésta lo habia celebrado con la ruidosa i alegre carcajada que oyó Ricardo.

Como hemos dicho, el jóven subió de dos en dos los escalones i llegó al comedor casi corriendo, con sus grandes ojos estremadamente abiertos.

Al ver a Gustavo, se detuvo i lo miró un instante con mal ceño i con jesto agrio; luego, tornando la vista hácia Leonor, la miró tambien espresándole su indignacion i su dolor.

La jóven hizo una mueca de contrariedad al ver a Ricardo, i se turbó lijeramente; pero casi en el acto se repuso i con sonrisa tranquila i voz indiferente esclamó:

—¡Ah!... eres tú, Ricardito!... ¿Cómo te va, pues?... ¿No conoces al señor?... Es un amigo, te lo presento...

Ricardo miró al jóven con hosco semblante, como el perrillo que gruñe a un gran lebrel, i le hizo una vénia seca i ceremoniosa.

Gustavo se limitó tambien a inclinar un tanto la cabeza, devolviendo con sus miradas la hiel que vertian las de Ricardo.

-Siéntate, pues, Ricardito, le dijo Leonor.

El niño tiró su sombrero sobre una silla, i al tiempo de ocnpar otra, no pudiendo reprimir mas tiempo el torrente de palabras que venian a sus labios, dijo a Leonor con acento de reproche i lleno de punzante ironía:

- -¡Beatriz me decia que habias salido!...
- —¿Si?... interrogó ella sonriéndose i mirando al jóven con mayor naturalidad. ¡Alguna bufonada de Beatriz por verte rabiar!... ¿Quieres acompañarnos a beber una copa?
- —Gracias, contestó él mirando a Leonor como si quisiera devorarla con la vista.

Incapaz aun en esa edad de disimular sus impresiones, el enojado niño dejaba traslucir en su actitud agresiva, en sus miradas fulminantes, en su voz desabrida i seca, pero acompañada al mismo tiempo de un timbre doloroso i desesperado, todas las amarguras, todos los despechos, todas las iras que esperimentaba su jóven corazon.

Se adivinaba que a duras penas podia reprimir sus lágrimas. Gustavo, por su parte, habia fruncido el ceño i una sonrisa irritada i desdeñosa vagaba en sus lábios. Cuando miraba a Leonor, en sus pupilas ardia la indignacion, i cuando contemplaba a Ricardo, hacíalo con cierto amargo desden.

Solo Leonor parecia enteramente dueño de sí misma i de la situacion.

Aunque Ricardo habia dado las gracias secamente, como para que no se le exijiera mas, Leonor, sin dejar de sonreir i tomando una nueva copa del aparador, le dijo:

-Gracias sí, supongo; pues no seria justo que nos dejaras be-

ber solos. ¿Quieres que te prepare un poco de coñac con agua? Eso es suave para tí que no tienes costumbre.

- —Si te empeñas en que beba, contestó Ricardo con voz agresiva, dame entónces coñac solo.
 - -Pero, Ricardito, le dijo ella, te vas a quemar la garganta!
- —¡Que importaria eso cuando tengo quemadas las entrañas! esclamó él ahogándose de rabia.
- —¡Cómo! ¿Has bebido algun veneno? le preguntó ella con gravedad un tanto cómica.

Los ojos de Ricardo fulminaban rayos, su pecho se alzaba con violencia, sus labios estaban pálidos i sus mejillas se habian puesto lívidas. Al hablar, temblábale la voz como al niño que está próximo a llorar.

Comprendió que Leonor no daba importancia alguna a sus sufrimientos i esto le desesperó.

—¡Oyeme, Leonor! le dijo con voz convulsa i poniéndose de repente mui colorado. Con el permiso de usted, caballero, agregó dirijiéndose a Gustavo i abandonando la silla para salir fuera del comedor.

Gustavo le hizo una vénia de asentimiento, un poco mas afectuosa, pues comenzó a comprender lo que debia sufrir aquel pobre niño.

- —¡Vamos a ver para qué me necesita esta guagua! esclamó Leonor riéndose i saliendo tras de Ricardo.
- —¡Infame! pensó Gustavo al verla alejarse. ¡Cómo juega con el corazon de ese niño!... ¡I con el mio!... agregó con rabia profunda.

Ricardo i Leonor se detuvieron en el salon. El primero habia vuelto a palidecer i parecia que toda su vida estaba reconcentrada en sus ojos. Leonor sonreia siempre con indiferencia, con cierto jesto como el de quien hace algo por complacer a una criatura regalona,

- —¡Díme! esclamó él con voz irritada i dolorosa.¡Díme!... ¿quién es ese hombre?...
 - -¿Pues no lo has visto, chiquillo mal criado?

- -; No te burles! esclamó él. ¡ Ese hombre es tu amante!...
- —¡Tonto!... le dijo Leonor con ternura i sin dejar de sonreir. ¿Eso creias?...
- —¿I qué hace aquí, entônces? ¿por qué me ha mirado de ese modo?
- —Te miró como le miraste tú, cachorrito mio. ¿Entónces te habias puesto celoso?....; Vaya!.... qué tonto eres!.... Ven, te haré un cariño para consolarte!...

Leonor se acercaba sonriéndole siempre con dulce ternura, cuando él, no pudiendo soportar mas tiempo el nudo de lágrimas que tenia en el corazon, le echó los brazos al cuello diciéndole con voz ahogada por el llanto:

- -¡Tú me engañas, Leonor!... ese hombre es tu amante!...
- —¡Tontuelo! le dijo ella estrechándolo amorosamente a su pecho. ¿Para qué habia de engañarte? Así como te he dicho que tengo los otros, te habria dicho de este tambien. Este es un antiguo amigo... de Santiago, que siempre me ha visitado como ahora, i nada mas!

Ricardo, con las mejillas empapadas aun por las lágrimas, miró a Leonor con toda la idolatría del primer amor.

- —¿Es cierto que me amas, entónces? le preguntó con la candidez de su alma juvenil.
- —¿Todavía lo dudas, le preguntó ella, i soporto tus injustos celos? Vamos, sécate esas lágrimas i vuelve mañana. Te haré cariños hasta abnrrirte.
 - —¿Me echas, entónces? le preguntó él con tristeza.
- —¿I querias presentarte a ese caballero con los ojos colorados, para que crea que yo te he dado unas palmadas?... A ver, yo te secaré las mejillas!...

I al decir esto, con su pañuelo le enjugó las lágrimas como habria podido hacerlo con una pequeña criatura.

—¡Pobre mi palomito, mi pichoncito rico!... le decia con voz cariñosa. ¡No seas tan celoso!... ¿No te he dicho que solo a tí te quiero?

Ricardo le tomó la cara entre sus manos i como un hambriento devora el alimento, cubrió de apasionados i cariñosos besos la frente, las mejillas, los labios i hasta el cuello de Leonor.

—¡Bueno, basta!... le dijo ella apartándolo. Ahora ándate, pues ese caballero está solo!...

—¿Hasta mañana, entónces? le preguntó él consolándose con esa facilidad que tienen los niños para pasar de la tristeza a la alegría.

-¡Sí, hasta mañana! ven mas temprano!...

Se abrazaron una vez mas i él se alejó.

Pero ya en la puerta de la calle, estuvo al volver, pues le asaltó una duda que cubrió nuevamente de tristeza su corazon.

—¿Por qué Beatriz, si no habia nada entre ese jóven i Leonor, le habia querido impedir que subiera? ¡Yo averiguaré eso mañana! se dijo. Ahora me iré, pues si en realidad ese no es mas que un amigo, Leonor se enojaria por mi desconfianza!...

—¡Ahora con el otro!... se habia dicho Leonor dírijiéndose al comedor, donde Gustavo, paseándose con ajitacion pensaba.

—¡Sí, es una infame: pero yo no puedo dejarla!... Apénas regrese, la diré que es una miserable i me iré para no verla jamas!...

Leonor entró, sonriendo siempre con su aire de inocencia.

—¡Lo que son los niños! esclamó. Este jovencito me divierte mucho con sus ocurrencias!

—¡Qué cinismo! pensó Gustavo mirando a Leonor de hito en hito. ¿Con qué historia me irá a salir?

—La jóven volvió a ocupar su asiento, i a fin de darse tiempo, sin duda, para hallar una buena disculpa, sirvió licor en las copas diciendo:

—Tomaremos esta última copa i nos iremos al salon a fin de que arreglen la mesa para nuestro *lunch*. ¡Cómo pasa el tiempo cuando se está contenta!...

Era evidente que la jóven pretendia rehuir una esplicacion,

o por lo menos, aplazarla hasta hallar algo satisfactorio que decir a Gustavo.

Pasaron al salon i ahí ella pretendió hablar de otras cosas; pero el semblante de Gustavo se habia puesto tan adusto; sus labios permanecian tan mudos í desdeñosos, que al fin ella esclamó:

- -¡Parece que has perdido completamente tu buen humor!
- -¡I creo que hai motivos para perderlo! dijo él.
- —¡Pues yo no lo veo! ¿Podrias decirme qué te ha disgustado en los momentos mismos en que solo he tenido la idea de complacerte?
- —En realidad, se dijo Gustavo, como ya lo habia pensado otras veces, él no debia manifestarse indignado por lo que hacia Leonor.
- —Es cierto, agregó en voz alta, que no tengo derecho alguno para indignarme, i mucho menos para manifestarte mi indignacion. Pero, como he tenido la desgracia de amarte como no debia haberlo hecho i de desear para tí una vida distinta de la que llevas, cada vez que veo burlada mis aspiraciones no puedo menos de sentir profundo despecho... Mas, no hagas caso de mis jenialidades, agregó el jóven con amargura: ya sabes que he nacido predestinado para no gozar nunca una hora seguida de placer.
- —¿Pero qué te ha disgustado en mí ahora? le preguntó ella con voz afectuosa. ¿Es porque te dejé solo tanto rato cuando me llamó ese niño? ◆
- —Eso seria un motivo mui nimio, Leonor, para arrebatarme mi alegría, le contestó él, no sabiendo si Leonor, por verdadera inocencia o refinada malicia, le hacia esa pregunta.
- —Pues entónces, le dijo ella, con cierta tristeza, no veo otra causa sino la que has tenido siempre para no estar contento a mi lado. En los momentos mismos en que eres mas feliz i yo soi mas dichosa, tu frente se oscurece i tu alegría se apaga porque la duda o la desconfianza asalta tu corazon.
 - —Es que en él, Leonor, están gravados de una manera inde-

leble, los dolores que tú le has hecho sentir. Es que en él, en este corazon que tú has pisoteado, no ha podido estinguirse la esperanza de verte rejenerada; así que, cuando una vez mas, mis esperanzas se desvanecen; cuando la realidad, una vez mas, se presenta a mi vista, probándome que tú no quieres volver al camino del bien, sufro una amarguísima descepcion i vuelvo a maldecir la hora en que te conocí.

- —¡Se puede cambiar tanto de un momento a otro! esclamó Leonor con tristeza i cual si hablara consigo misma.
- —Sí, le dijo el jóven; se puede cambiar, pero cuando se siente vergüenza o arrepentimiento por lo malo que hemos hecho.
 - -¿I acaso yo no puedo sentir eso? interrogó la jóven.
- —Mas tarde, talvez, cuando tu naturaleza reclame reposo; cuando en tu corazon manen sangre las heridas que producen los desengaños. Por hoi, estás ciega, estás fascinada por la relajacion, así que de dia en dia manchas tu frente con nuevas i mas vergonzosas faltas. ¿Podria imajinarme yo que te encontraria pervirtiendo el corazon de un niño?
- —¡Cómo! esclamó Leonor con admiracion. ¿Crees entónces que yo tenga o haya tenido otra clase de relaciones con ese niño? ¡Vaya, Gustavo!... no me consideres tan indigna!... Cierto es que he cometido mis faltas: cierto que he sido una mujer liviana; pero no llega hasta el punto que tú crees mi mal corazon!...
- —¿I por qué, entónces, ese jóven ha manifestado tanto despecho al encontrarme aquí?
- —¡Niñerias! él viene algunos dias i me habla de amor; pero o yo me rio, i no he querido siquiera alimentar sus esperanzas.

Aunque las respuestas de Leonor no satisfacieron a Gustavo, éste se dejó arrastrar una vez mas por su debilidad i algunas horas despues caia nuevamente temblando de emocion, en los brazos de aquella mujer que le fascinaba i le enloquecia.

En la noche, Beatriz estuvo de guardia en la puerta de calle, i los balcones de las piezas de Leonor estuvieron tambien permanentemente cerrados. Llegó el almacenero a la hora de costumbre i Beatriz le dijo:

- —La señorita ha salido: dijo que la dispensara por esta noche, pues tenia mucho que hacer.
- —Pues bien, le contestó él; dile que desde hoi puede disponer de todo su tiempo, porque yo voi a aprovechar el mio de mejor manera.
- —La señorita no ha pensado que usted podia enojarse i por eso ha salido.
- —Ni yo tampoco, hija, he pensado en enojarme por lo que hace una. Accomo tu señora. Adios, díceselo a ella así.
- —Ya se lo habia pronosticado, pensó Beatriz viendo alejarse al almacenero con paso resuelto. Va uno perdido.

A la hora acostumbrada, es decir, once de la noche, llegó el copiapino.

- -La señorita ha salido, le dijo Beatriz.
- —¿Donde alguna amiga que está enferma de gota o de los callos? preguntó él con sarcasmo.
- —No me dijo, señor; lo único que me encargó fué que dijera a usted que la dispensara por esta noche.
- —¡Hum!... hizo el copiapino; con tantas dispensas saldria volviéndome obispo. Buenas noches, hija: que tu señora se recoja temprano para que no te haga trasnochar.

Se alejó tranquilo i a buen paso.

Algunos minutos despues, llegaba un nuevo personaje que entabló con Beatriz el siguiente diálogo:

- -Buenas noches, perla mia.
- —¡A la hora que te apareces!... Ya iba a cerrar la puerta para que durmieras en la calle.
 - -No te enojes, perla: los amigos me entretuvieron i...
- -Está bien: no sea que un dia te deje con un palmo de narices...

La puerta se cerró i la casa de Leonor quedó tranquila.

Una paloma que vuela de su nido.

Gustavo i Leonor se habian sentado a la mesa, al dia siguiente, para almorzar, cuando entró Beatriz i entregó a Leonor una carta.

Era del rico minero de Copiapó i solo contenia estas líneas:

«Leonor:

Como no soi reloj de repeticion i ya te habia dicho que no queria ir inútilmente a tu casa, te aviso que desde hoi no cuentes para nada conmigo.

N. N.»

Leonor hizo un jesto desdeñoso, desmenuzó la carta i la arrojó.

Gustavo, que se habia sentado a la mesa contento i con buen apetito, se sintió completamente desganado para comer.

—¡Este tendrá que ser siempre un infierno para mí! se dijo con despecho.

Leonor, que al parecer no habia recibido ninguna impresion con la lectura de la carta, se levantó de improviso i llamando a Beatriz fuera del comedor, le dijo:

—Oye: cualquiera que venga a importunarme, di que no estoi.

- -I si viene don Ricardito?
- -¡A ese, que vaya a la escuela, que no lo necesito mas!
- —I es hoi, señorita, cuando le toca ir allá... a los Almaçenes Fiscales... le dijo Beatriz.
- —¡Que se vayan todos al diablo! esclamó Leonor de mal humor. No voi a ninguna parte.
- —¿Es decir que a don Ricardito le despido de una manera terminante?
- —Si, con cajas destempladas, le contestó ella volviendo al comedor.

Al dia siguiente, Leonor recibió la siguiente carta:

«Señora Leonor Saravia:

P.

No debia darte el título de señora porque tu conducta ruin solo te hace acreedora a los calificativos mas denigrantes; pero empleo esa palabra unida a tu nombre, mas bien como un sarcasmo que como un distintivo de honor.

Dime, ingrata ¿qué te he hecho yo para que así hayas querido herir mi corazon?

¿Por qué, Leonor, despues de haberme tantas veces jurado que me amabas, despues de haberme tantas veces prometido que nunca me abandonarias, me dejas por otro hombre que si tiene para darte mas dinero que yo, no tendrá nunca, nó, tanto corazon para amarte?

Sei jóven, es cierto; sei casi un niño; pero niño que cuando ama lo hace con tal exaltacion i con tal frenesí, que eso bastaria para cualquiera otra mujer que no fuera tan ruin i miserable como tú!

Ahora, Leonor, comprendo cuan necio e inocente he sido dando crédito a tus palabras; ahora conozco lo que valen los juramentos de amor que hacen las mujeres como tú!

Tus labios, así como siembran besos donde encuentran dine-

ro que chupar, así tambien derraman mentiras cuando encuentran un corazon leal i honrado a quien engañar.

¡Me has cerrado las puertas de tu casa mandándome decir que fuera a la escuela.

Con eso has querido burlarte de mi candor, ofenderme porque soi jóven i ridiculizarme porque tenia fé en el amor.

¡I bien: cierto es que soi un niño, que en vez de principiar a conocer la perversidad de algunos corazones, debia aprender las verdades eternas de la sabiduria humana. Cierto es que en lugar de ir a tu casa a conocer el crimen i la disolucion debia haber ido a la escuela donde se enseña la virtud i la moralidad.

Pero, ¿quién me llevó ahí si no tú? Quién fué la que, por pura relajacion, me hizo saber que habian besos mas embriagadores, brazos mas amorosos i por los cuales yo debia dejar los de mi santa madre?

Fuiste tú, Leonor: fuiste tú la que, por el placer de verme temblar de deseos, los aguijoneastes: la que, por verme desfallecer de amor lo encendiste.

Tus halagos i tus mentiras, tus promesas i tus cariños, hallaron un santuario en mi pecho juvenil, donde aun no habia ni remota idea de lo que era la perfidia de la mujer.

I bien, despues de lo que has hecho con migo, yo te desprecio.

Eres hermosa; pero como una estátua de alabastro en cuyo interior no hai mas que podredumbre.

Ricardo N.***

Leonor leyó esta carta con ira, la estrujó entre sus manos i esclamó:

—¡Bien hecho!..... Esto me pasa por meterme con chiquillos!... Son los que ménos dan i los mas atrevidos!...

Pero su ira se disipó bien pronto.

En el corazon de la mujer que ha sido insultada mas de una vez, i cuya conciencia le dice que lo ha sido con justicia, las

45

ofensas chocan como choca la bala de plomo contra una coraza de acero. Se oye el golpe pero no queda huella.

Pasaron unos dias un tanto monótonos para nuestros personajes.

Leonor se arrepentia de haber perdido los que ella llamaba sus parroquianos.

Gustavo se arrepentia tambien de haber vuelto a caer en brazos de Leonor; i aunque diariamente se prometia huir de ella, cierta laxitud, cierto enervamiento invencible le retenia a su lado.

Una circunstancia vino a enfriar mucho mas, aun, aquella nueva luna de miel.

Leonor pidió dinero a Gustavo i éste, estrujando su cartera, apénas pudo darle lo necesario para mandar dos o tres dias al mercado.

Presentaron a Leonor una cuenta por vinos, conservas, licores, etc., de la casa de Weir Scott i contestó enfadada que no tenia dinero.

La modista le cobraba tambien, con exijencia, una cuenta atrazada.

De tres tiendas de sederias llegaron tambien, con pocas horas de intérvalo, otras tantas cuentas que sumadas daban una gruesa cantidad.

A la presentacion de la última, Leonor se desesperó i tomando su manto, se lo echó a la cabeza i salió a la calle esclamando:

—;Seria capaz de venderme al diablo con tal de pagar a todos hoi mismo!...

Gustavo fué tambien en busca de algunos amigos, i llegada la noche entregó a Leonor un pequeño rollo de billetes diciéndole:

-No he podido obtener mas; pero escribiré a Santiago.

Leonor dió una mirada a los billetes i dijo:

- —Alcanzarán para pagar al carnicero.
- -I con estos, agregó, sacando otro rollo del bolsillo de su

saya, habrá para taparle la boca al dueño de la casa i al gasfitero.

Gustavo, de una ojeada, calculó que Leonor, con su salida, habia conseguido mas dinero que él.

Se mordió los lábios; pero no dijo nada.

- —A ver, dijo ella de improviso: hazme el favor de sumar todas las cuentas que han dejado.
- —Dos mil setecientos veinte pesos, contestó Gustavo despues de efectuar la operacion.
- —Agrega, poco mas o menos, las siguientes cantidades que aun no me cobran, dijo ella.

En una joyeria:

Una pulsera i una cadena	\$ 280	00	
En otra: un par de aretes	75	00	
Zapateria: 40 o 60 pesos	60	00	
Tapiceria: por la alfombra del comedor i unas			
colgaduras	120	00	
Casa, dos meses a razon de 80 pesos mensuales	160	00	

- -Pero, le dijo Gustavo, yo recuerdo haberte dado un dia, antes de irme a Santiago, para pagar la casa.
- —Así fué; pero vino ántes otro a cobrarme no sé qué i le pagué con ese dinero.
- —Quedan, agregó Leonor una porcion de pequeñeces, cajas de guantes, adornos, cosas insignificantes que he traido de varias tíendas. Todo sumará a lo mas doscientos pesos...
- —Que agregados a las partidas anteriores, dijo Gustavo, dan un total de tres mil seiscientos quince pesos.

Leonor se quedó largo rato pensativa.

—Estoi cansada i voi a recojerme, dijo al fin. Déjame dormir esta noche sola.

Llamó a Beatriz i se encerró con ella en su dormitorio.

Gustavo se acostó, jurando que esa noche seria la última que pasaria en aquella casa, pues no teniendo como sostenerla, no debia habitarla.

-A no ser, pensó, que regrese a Santiago, haga la hipoteca

de mi hacienda i dé a Leonor para que pague sus deudas. Si ella fuera capaz de enmendarse lo haria; pero...

I el jóven comenzó a recordar uno a uno todos los engaños, todo cuanto habia hecho Leonor, lo que le quitó el sueño i no lo dejó dormir en todo la noche.

Pero ya al amanecer la fatiga le rindió i se quedó profundamente dormido hasta cerca de las nueve de la mañana.

Creyendo que Leonor estaria aun en la cama, pasó a su dormitorio con la intencion de sondear su ánimo i de ver si estaria dispuesta a cambiar de vida, para en ese caso, irse a Santiago i regresar trayéndole el dinero.

Pero el dormitorio estaba solo, i la sorpresa de Gustavo fué poco a poco subiendo de punto al ver que las cómodas, los roperos, los veladores, todo estaba abierto i a medio desocupar.

El suelo estaba sembrado de vestidos, de pañuelos, de enaguas, de toda clase de ropa de mujer.

Del velador, de la cubierta de las cómodas, faltaban algunos objetos de valor.

La cama de la jóven estaba intacta, como si nadie hubiera dormido en ella; eso si faltaba la hermosa piel de vicuña que Leonor manejaba a los piés del catre.

Un detalle que hizo presentir algo de la verdad a Gustavo, fué que de la gran cantidad de ropa esparcida por la sala parecia haberse escojido lo mejor, pues el jóven no vió ninguno de los valiosos trajes que usaba Leonor.

Pasó al salon, i de ahí faltaban tambien algunos dijes o adornos de sobremesa.

Salió precipitadamente al patio i llamó Beatriz; pero no recibió contestacion.

—¡Esto es admirable! se dijo recorriendo una a una las habitaciones.

En el comedor, encontró al cocinero.

- -¿Sabes dónde está Leonor? le preguntó
- -Nó, señor: debe estar en sus piezas.
- -¿I no has visto a Beatriz?

- —Esta mañana mui temprano, cuando yo salia para la plaza, la vi entrar aqui. Le di los buenos dias i le pregunté por qué babia madrugado tanto i ella me dijo: «Hoi tengo mucho que hacer.»
 - -¿I cuando regresaste del mercado no la volviste a ver?
- —Nó, señor; pasé derecho a la cocina, i despues no se me ha ofrecido nada para buscarla.

Gustavo volvió a recorrer las habitaciones i rejistró hasta los roperos i bajo de los catres, pensando que talvez la jóven, cediendo a una de esas jenialidades propias de su carácter, se hubiera escondido i hecho aquella farsa para ver lo que él decia.

Pero cuando notó que faltaba un pequeño cofrecito forrado en terciopelo en que ella acostumbraba guardar sus joyas i vió que junto con esto habia desaparecido todo lo de mas valor, ya no le quedó duda de que aquella era una fuga.

¿Pero dónde se habria dirijido aquella mujer? ¿Tendria intenciones de ocultarse en el mismo Valparaiso, para no ser descubierta por sus acreedores?

Un cúmulo de interrogaciones como éstas se hizo Gustavo, pero a ninguna le encontró respuesta satisfactoria.

Desde luego se le ocurrió tambien que él quedaba en una falsísima posicion.

Leonor habia fugado sin decir por supuesto una palabra, a sus acreedores.

Habia fugado dejándolo a él, de una manera indirecta, de dueño de casa.

¿Permanecería ahí para hacerse, en cierto modo, responsable de todo?—Esto no convenia ni a su crédito ni a sus intereses.

¿Abandonaria él a su vez la casa dejándola desamparada? Pero esto tambien no era tan sencillo. En primer lugar, habia una o dos mujeres que habian desaparecido i de cuyo paradero él no podia dar cuenta. ¿No se prestaria ésto a una séria investigacion de la justicia, con tanta mas razon cuanto que Leonor habia huido llevándose sus alhajas i los objetos de mas valor?

Pero quedarse, tenia tambien los mismos inconvenientes .-

Necesitaba, o dar parte a la justicia para que ésta indagara la dirección que hubiera tomado la fugada i proceder a poner en subasta pública el mobiliario de la casa, o bien hacerse él res ponsable de todo i decir a cuantos llegaran a golpear las puertas de la casa que la sañora estaba en Quillota o Limache en una quinta de recreo.

El papel no era tan sencillo ni tan honroso, sobre todo no teniendo él como satisfacer a los acreedores.

El jóven, desesperado con estas reflexiones, comenzó a pasearse en el dormitorio. En una de las vueltas, divisó un pequeño papel sobre una cómoda.

Lo cojió con precipitacion i vió que estaba escrito con lápiz. Decia:

«Gustavo:

Tú sabes que no estoi acostumbrada a deber i me voi para no verle la cara a los acreedores.

No me busques porque no me hallareis.

Si nos encontramos alguna vez en nuestro camino, pasaremos como dos locomotoras que llevan contrario camino o volveremos a juntarnos como dos gotas de rocio que han caido sobre una misma flor.

¡Hasta luego o hasta jamas!

Leonor.»

—¡Héme aquí en una bonita situacion! se dijo el jóven, dejándose caer, desesperado, sobre un sofá.

La senda del vicio.

La determinacion adoptada al fin por Gustavo en el grave i ridículo compromiso en que le dejaba Leonor, fué buscar al dueño de la casa para entregarle la llave.

Mas aquel, comprendiendo la responsabilidad que podia afectarle, no se resolvió a recibirse de nada sin prévia autorizacion del juez.

Gustavo soportó, lleno de indignacion contra sí mismo, los bochornozos interrogatorios a que fué sometido; i solo dos dias despues, gracias a poner en juego sus relaciones, pudo regresar a Santiago.

No se atrevió a presentarse a Moises ni a ver a sus otros amigos.

Se fué a un hotel, i tanto porque ya se hallaba habituado, como porque le parecia que el licor adormecia sus remordimientos i sus penas, se entregó a ese placer estúpido de beber solo hasta embriagarse.

A la media noche salió del hotel i fué a golpear puertas.

Como era poco conocedor de las casas donde hai derecho a llamar tarde de la noche, sufrió mas de un insulto de jentes honradas que dormian tranquilas en sus lechos.

Por fin, en una casa donde aun habia luz que salia por las

mal cerradas cortinas de la ventana i donde se divisaba un catre cubierto de blancas colgaduras, le abrieron i entró.

Una vieja pequeña, flaca i enjuta, con mas arrugas que cabellos i con mas pecados que dias de existencia, le recibió en una salita amueblada con pobreza pero con decencia.

—Voi, señor, le dijo, a llamar a las niñas; como ya es tarde se habian ido a recojer.

Gustavo se dejó caer en un sofá para aguardar.

No tardaron en aparecer dos jóvenes, cuyas fisonomías creemos inútil describir.

Ambas estaban mui pintadas: ambas tenian en la mirada ese brillo un tanto fosforecente, algo incierto i vacilante como el del carbunclo i el de la luciérnaga: brillo que choca, especie de luz que no alumbra, al contrario de la brillantez de una mirada que enciende una sangre juvenil i alimenta un corazon puro. Ambas tambien tenian la cútis ajada, los labios sin color.

Sus primeras miradas despues de saludar a Gustavo con una vénia, fueron como para calcular por su traje o por su porte, con la clase de visitante que tenian que habérselas.

Las niñas se sentaron cerca de Gustavo, una a cada lado, pero en las sillas inmediatas a los brazos del sofá, con el fin, sin duda, que él elijiera i se inclinase a alguna de ellas.

Pero a ese tiempo apareció una tercera que al acercarse al jóven, lanzó una esclamacion de sorpresa i se quedó mirándolo con admiracion.

-: Usted aquí don Gustavo! esclamó tras de su estupor.

El jóven la miró fijamente; i ya fuese por que su retintivo no estuviese mui claro a causa del licor que había bebido en el hotel, ya porque la jóven hubiese cambiado mucho, de pronto no pudo reconocerla.

- -¿Dónde nos hemos encontrado los dos? le preguntó el.
- -¡Ai! esclamó ella con acento triste. ¿No lo recuerda us-ted?...
- —¡Aguarda!... Sí, eso es!... Tú eres Natalia! ¿I cómo estás aquí?

- —¡Fuí engañada!... esclamó ella sentándose al lado del jóven, i ahora todo, enteramente todo, lo he perdido!
- —¡Como yo!... murmuró Gustavo balanceándose en el sofá. ¡Como yo, Natalia! Estamos iguales... ¿No es así?
- —¡Usted no puede haber sufrido lo que he sufrido yo! le dijo ella.
 - -¡Quién sabe!... Pero ya hablaremos. ¿I no hai aquí licor?
- —Llama, niña, a doña Mannela dijo Natalia, a una de sus compañeras.

Apareció la vieja chupando un delgado cigarrillo de hoja.

- -¿No tiene, señora, un poco de licor que darnos?
- -No hai mas que cerveza, mi señor.
- —¡Cerveza!... cerveza!... esclamó Gustavo con jesto despreciativo. ¿Quién bebe cerveza a estas horas, mi señora?
- —Si usted gusta otra cosa, contestó ella, puedo golpearle al italiano de aquí... del despacho. Ahí hai de cuanto Dios crió...
- —Pues traiga usted coñac u oporto, le dijo Gustavo pasándole un billete de diez pesos.

La vieja lo miró contra la luz para ver su valor, i aparentó que salia a la calle, pero en realidad deslizóse por el zaguan para el interior de la casa.

El licor que sirvió la vieja, algunos instantes despues, era uno de esos brebajes inmundos i venenosos con que los especuladores sin conciencia esplotan al público.

Pero Gustavo bebia ya sin fijarse en lo que bebia: bueno o malo, saludable o nocivo, poco le importaba. El objeto era ahogar sus penas i sinsabores en el alcohol; i consiguiendo ese resultado, nada le importaba lo demas.

El encuentro con Natalia le agradó en estremo, pues hallaba una persona con quien hablar de Leonor, así que no tardó en contar a la jóven cuanto le habia sucedido, llamando con los nombres de ingrata, loca i aturdida, a la que con tan poco sentimiento lo habia abandonado. Natalia, a su vez, contó a Gustavo que Nicanor le habia gastado poco a poco cuanto poseia, dejándola en la miseria i abandonándola cuando ya nada le quedaba.

- —El pícaro, decia ella, me engañaba con que pronto iba a ser rico, i a mas de hacerme gastar en alimentarle sus vicios, me sacaba dinero con el pretesto de emplearlo en seguir un pleito.
 - -¿I qué ha sido de él? preguntó el jóven.
- —Luego que me abandonó, no teniendo, sin duda, como satisfacer sus necesidades, robó en una tienda, lo sorprendieron i fué condenado a presidio.
- —Ese fin o uno análogo, pensó el jóven estremeciéndose, tienen los que como yo se abandonan a la relajacion.

Pero, levantándose acto continuo en su interior una voz poderosa que dominaba los ecos de su conciencia, se dijo:

—¿I acaso puedo apartarme de la senda que sigo? acaso me es posible sobreponerme a lo que siento? ¡El hombre que como yo nace con un espíritu mas débil que sus pasiones; con un corazon destinado a amar i a sentir como no aman ni sienten los demas ¿no puede compararse al que nace cojo, tuerto, contrahecho o mutilado? Yo no puedo, por mas esfaerzos que hago, arrancar de mi corazon el dardo que le traspasó. Yo no puedo, por mas que lo pretendo, borrar de mi mente la idea, destruir en mi pecho el deseo, sofocar en mi alma las aspiraciones, que cual olas inmensas que todo lo bañan, así colman, llenan e invaden mi pensamiento, mis ideas i mis aspiraciones.

Hubo un momento de silencio.

Gustavo, embebido en sus meditaciones, habia dejado de atender completamente: a la vieja que habia traido el licor, a las niñas que lo recibieron i a la misma Natalia que le habia hecho la confidencia de sus pasados dolores.

El licor por una parte, el estado de su corazon por otra, colocaban al jóven en una de esas situaciones fáciles de comprender para quien las ha esperimentado, imposible de esplicarse para quien no las ha sentido. ¿Diremos cuál fué el término de la noche para Gustavo?

Amaneció avergonzándose de sí mismo i de sus acciones i prometiéndose ser otro hombre, el hombre digno que hasta los veintiocho años habia obtenido el aprecio de sus amigos, la consideracion i distincion de sus iguales i el respeto de sus inferiores.

Pero, Gustavo, tres dias despues, se sintió enfermo.

Llamó a uno de sus amigos doctores en medicina i por primera vez tuvo el sentimiento de saber que su enfermedad era una de aquellas que, si la ciencia cura por un momento, la naturaleza ha dispuesto que se marquen en el hombre como una señal infamante que les recuerde siempre la culpa que cometieron.

Arruinado, sin prestijio ante la sociedad i sus amigos, con el corazon herido por los desengaños, muertas sus esperanzas para el porvenir, indignado contra si mismo por haber sido débil, Gustavo dió una mirada a su alrededor i encontró un vacío imposible de llenar.

Su desesperacion estuvo por llevarlo al suicidio; pero en ese momento terrible, cuando se desea arrojar la vida como arroja el fatigado gañan el fardo pesado que lleva durante mucho tiempo sobre sus hombros, Gustavo tuvo una inspiracion.

Recordó que tenia un amigo, es decir, tenía eso que puede llamarse lo que es el báculo para la vejez, la primera sonrisa del niño para la madre, el arco iris para el navegante que ha desafiado la tempestad.

Tras de ese recuerdo vió tambien dibujarse el amor i la ternura de una mujer... Es decir, sintió caer en sus labios abrasados por la sed, la gota de rocío que debia refrescarlos; sintió llegar a su vista fatigada por las tinieblas de los desengaños, el rayo de luz que iluminaba el campo donde aun podria hacer brotar, sino la felicidad que habia perdido, al ménos la paz i quietud que necesitaba para su ancianidad.

Gustavo no era tan pobre, tan desgraciado, ni tan infeliz, desde que le quedaban un amigo i un amor.

Así lo pensó él en ese momento en que habia determinado levantarse la tapa de los sesos de un pistoletazo.

Esto le hizo escribir la carta siguiente:

«Estimado Moises:

Tú que eres hombre de esperiencia, comprenderás sin que yo te lo diga, por que durante tanto tiempo, no me he comunicado contigo.

¡Qué quieres, he sido un niño, he sido un loco..... pero, la amo!

Ante esta última confesion, toda tu severa moral, toda tu grande esperiencia, creo que serán impotentes.

Tú te has burlado de mí, i sin embargo, has sido el primero en confesarme que, si a tus labios podia asomar esa sonrisa burlona, era porque habias recorrido el camino que yo he venido a recorrer a la edad en que otros han terminado su carrera.

Pues bien, el último resultado i segun creo, el resultado lójico de esto, es que estoi en cama i que, segun me dicen los médicos, (quienes como amigos no como doctores me han dicho la verdad), tengo en mi pobre humanidad un mal del cual no me veré libre sin una visita al cementerio.

Por toda esperanza se me dá el que pueda aplazar mas o menos tiempo el ir a ese sitio que, segun mis años, no debia visitar tan pronto.

Pero, en fin, sea de esto lo que fuere, viva o nó, que ello no me importa, te pido vengas a mi lado; porque si muero, deseo que mi nombre, siquiera, quede bien puesto; i si vivo, me alegraria que me ayudes a levantar este edificio que se ha desplomado.

Gustavo.

Esta carta la dirijió el jóven hallándose en uno de los hoteles de Santiago, i dando al portador de ella las indicaciones para que su amigo viniera a verlo.

Moises, cuando la recibió, se dijo:

—Hé aqui una víctima mas, no de una mujer, no de tales o cuales afecciones, sino de esa fatalidad que pesa sobre los hombres que han nacido con un corazon que les hace sentir al reves de lo que sienten los demas... ¡Pobre Gustavo! llamado a figurar en primera línea en la sociedad; honrado, trabajador, intelijente, con sentimientos nobles, predestinado, si puede decirse, para ser uno de los niños preferidos de la fortuna, ¿por qué encuentra en su camino ese obstáculo que no ha podido vencer, esa valla que no ha podido salvar, esa... mujer a quien él debia haber hoyado con sus piés?

—Pero, se dijo Moises, yo hago filosofía para los otros i no recuerdo que en mí mismo tengo un tratado completo de esa ciencia. ¿Qué he sido yo?—Cual la mariposa que se encuentra en hermoso jardin, abrí mis alas para lanzarme en el espacio infinito que veian mis aspiraciones: ví una luz i la seguí deslumbrado, hasta cegar con ella. Apuré el cáliz del placer aun antes de que mis labios pudieran saborearlo, así que no es estraño que a la edad en que podia beberlo, me sienta privado de ese placer.

—Si hai algo, continuó pensando Moises, que se cumpla fielmente en la vida, es aquello de que no se pueden precipitar las emociones del corazon sin destruirlo, como no se puede precipitar el nacimiento de una flor antes que espontáneamente nazca de su tallo. Yo, ¿qué hice?—Como Gustavo, con la diferencia de la edad, i como tantos otros, busqué eso que se llama el placer: lo apuré hasta donde mis deseos se saciaron... i despues, librando bien, me he quedado, sino como una momia incapaz de sentir i de obrar, al menos con un frio en el corazon que en ciertos momentos me espanta, i con un vacío en el alma que en mas de una ocasion me aterra. ¿I qué hacer? Ya mi mal no tiene remedio. Quien gasta prematuramente la savia de la vida, aniquilando con esto los grandes i nobles sentimientos del corazon, no tiene mas que resignarse a vivir como árbol que ya no da ni sombra, ni fruto, ni aromas!...

El jóven pensó todo esto con una tristeza profunda; pero co-

mo se habia acostumbrado a vencer sus emociones, arrojó a un lado la carta de Gustavo que conservaba en sus manos i esclamó:

—¡Qué demonios! ya mi mal no tiene cura; i puesto que mi esperiencia, siquiera, puede servir de algo a mis semejantes, utilicémosla en servir a Gustavo.

Tomada esta determinacion, se dirijió en el acto al hotel donde estaba su amigo, a quien encontró en cama con una gran fiebre.

—¡Aquí me tienes, dijo Gustavo a Moises, tendiéndole la mano: segun la violencia con que se pronuncia mi enfermedad, tiene visos de ser mui grave.

-¿I qué sientes?

—Todas las dolencias, todos los males que acarrea la relajacion. Los médicos se han asustado del desarrollo tan rápido que han tenido los que todavia solo pueden llamarse síntomas de mi enfermedad.

—Si no son mas que síntomas, dijo Moises, con la calma que le era peculiar, no hai para qué alarmarse; buen ánimo i vamos a lo principal. Tú, en primer lugar, no puedes permanecer en un hotel donde no tendrás las atenciones que prodiga el cariño i donde te espones a que un mozo estúpido te envenene con los mismos medicamentos que para sanarte hayan prescrito los doctores en la ciencia de curar. Así, pues, vámonos a tu antigua casa, abandonada por tí desde que preferiste la vida en compañia a la vida del soltero; i si no quieres ir a ella, vámonos a la mia, en la cual tendras, sino las atenciones esquisitas que derrama el corazon i la mano de una mujer, al menos los bruscos pero consoladores cuidados que presta la amistad.

—Moises, le dijo Gustavo, tendiéndole una mano desde su lecho; tus palabras me reaniman, i créeme, que cuando me dirijí a tí, fué porque esperaba que tu amistad seria, sino mi tabla de salvacion, porque ya eso es imposible, al menos un firme apoyo para concluir de una manera menos desesperada mi existencia. La voz del jóven, al decir esto, tenia ese timbre que revela las emociones que vibran en el corazon.

Moises estrechó la mano calenturienta de su amigo i, aunque conmovido, alzó los hombros, hizo un jesto de indiferencia i le dijo:

- —Vamos, mi buen Gustavo, tu mente abrazada por la fiebre, te hace ver ahora pintado de color rojo lo que apenas tiene un tinte sonrosado. En primer lugar, ni tu situacion es tan desesperada como la crees, ni los males que pesan sobre tí, son tan grandes que no puedan conjurarse: un poco de voluntad, un poco de enerjía i te encontraras al otro lado del precipicio, mas fuerte i mas satisfecho por lo mismo que has tenido la fuerza de salvarlo.
- —Siempre, replicó Gustavo, con alguna escitacion, tus consejos me han alentado; pero hoi, por lo mismo que los he desatendido, veo que si tú has sido mui sabio para aconsejarme, yo he sido mui estúpido para no comprenderte.
- —Te repito, amigo, le dijo Moises sonriéndose, que eres un verdadero niño i como tal, exijo que me obedezcas, puesto que reconoces en mí que tengo algun derecho para mandarte.
- —¿Qué quieres que haga? preguntó Gustavo con esa especie de desaliento o desconfianza que esperimenta el que cree que ya sus males son incurables.
- —Una cosa mui sencilla, aunque en tu estado un poco dificil, le dijo Moises; has un esfuerzo i te vistes: tomamos un coche i nos vamos, como te he dicho antes, a tu casa o a la mia.

Gustavo meditó un momento i luego preguntó:

- —Díme, ¿sabes algo de Florinda Quiros?
- —¡Ah!.... ya!... esclamó Moises sin abandonar su aire de broma. ¿Por qué en este momento recuerdas a Florinda?
- —Te lo diré, contestó Gustavo con injenuidad. Me he visto víctima de una mujer que ha jugado con mi corazon i en estos momentos, en que me encuentro lleno de descepciones, querria saber si ciertas promesas formuladas tambien por los labios de otra mujer han sido verdaderas,

- -¿I qué sacarias con eso? le preguntó Moises.
- -Tener un algo que endulzara la hiel en que nada mi corazon.

Moises miró a Gustavo como tratando de penetrar los sentimientos que en ese momento le dominaban.

- —Oye, le dijo con voz afectuosa: cuando recibí tu carta, me prometí ser para tí, no ya el amigo esperimentado que se burla de lo que le sucede al inesperto, sino el mentor destinado a arrancarlo, si aun es posible, del abismo a que ha bajado. Sé todo lo que ha acaecido entre tí i Florinda; mas aun, conozco la vida entera de esa desgraciada mujer, i, segun lo que he oido de sus labios, ahora pocos dias, tú vas a encontrar en ella el paño único que pueda enjugar tus lágrimas.
- —¿Te ha dicho ella, pregunto Gustavo con escitacion, que no la amo?
- —Sí, pero he creido ver en ella una de estas dos cosas: o que alimenta la esperanza de ser correspondida por tí, o que hastiada de la vida que hasta el momento en que te conoció habia llevado, quiere a toda costa ser una mujer digna i honrada. En tal sentido, esa mujer puede ser para tí una especie de ánjel que te consuele; o por lo menos, un algo que te haga mas llevadera la vida.
- —Es decir, le preguntó Gustavo, como escandalizado ¿que tú serias partidario de que yo, saliendo de los brazos de Leonor, cayera en los de Florinda?
- —Yo, le contestó Moises, con acento reposado, seria partidario de que buscaras una esposa digna con la cual formaras una base bella i útil para la sociedad; es decir, que fueras el padre de una familia, única joya verdadera que jamas pierde su valor. Pero ya que esto no puede suceder, porque tú, cual tantos desgraciados, has destruido la cimiente que debia producir esos bellos frutos, te aconsejo lo único que queda para tí. Tú eras rico i ahora eres pobre; tú eras distinguido en la sociedad por tu honradez, por tu posicion social, por tu capacidad i por tantos otros títulos que hacen acreedor al hombre a

la envidia de unos cuantos, al respeto de la jeneralidad i en último caso, a la consideracion de todos. Pero de un momento a otro encuentras en tu camino un ser que sin querer ofenderte, que sin querer hacerte desgraciado, i todavia deseándote bien, te arraina, te desprestijia, te aniquila como hombre, i finalmente te postra en el lecho en que ahora te hallas, lleno de vergüenza por tu pasado, lleno de remordimientos por lo que has hecho i lleno de dolores por lo que sientes. En tí, Gustavo, la robusta semilla que debia producir hermosas plantas i sabrosos frutos para la sociedad, se ha podrido con el riego inmundo que por desgracia le tocó. Yo, como tú, soi en la sociedad una planta parásita destinada a no dar nada de mí: condenado sí a chupar todo lo posible de las demas. Así, nosotros seremos viejos en la flor de nuestros años; i por lo mismo, necesitaremos buscarnos un rayo de sol que nos vivifique, un apoyo que nos sostenga, o mas bien dicho, hablando en prosa, una mujer que soporte nuestras decepciones i atienda nuestras necesidades.

—¿I crees tú, le pregunto Gustavo, que yo pueda tener eso con Florinda?

—Difícil es, amigo mio, le contestó Moises, predecir lo que puede suceder en el porvenir, cuando eso depende de los sentimientos que abrigue el corazon de una mujer. Mas, segun los antecedentes, yo creo que tú podrás encontrar en Florinda una mujer que te dé por ahora todo lo que tú necesitas, es decir, cuidado como enfermera, atenciones como solícita hermana, cariño, si no como esposa, al menos como querida; i come tú te encuentras pobre, casi completamente arruinado i sobre todo maldiciendo de la vida, ese cariño, esas atenciones, esos cuidados, podrian ser para tí algo mui consolador. Poniéndonos en el caso de que tú con un trabajo constante recuperes tu fortuna: de que tú saliendo de esta enfermedad vuelvas a ser un hombre apto para formar una familia; poniéndonos, repito, en estos casos, lo que puede acaecer mas tarde es que podrias premiar a la mujer que te ha servido con tu eterna proteccion,

ayudándola, en la senda de virtud que ella ha elejido; o, incapaz de hacerte, como te he dicho antes, padre de una familia, tendrias por lo menos en ella un sólido báculo para tu vejez.

—¿Es decir, preguntó Gustavo con cierto desaliento i amargura, que tú tambien me consideras en el caso de hacer uso de los remedios estremos?

—Pon la mano sobre tu corazon, replicó Moises, i dime si tú no eres el primero en considerarte en ese estado.

—Cierto, contestó Gustavo con dolor; yo creo que para terminar mejor esto que me sucede, debia haberme aplicado tiempo há una pistola a las sienes.

-Esas son candideces o niñadas, amigo mio, contestó Moises. ¿Te irias a matar tú por una mujer que te ha burlado? ¿Irias a pagar tú con el precio de tu vida las horas de placer, los dias de bacanales, del mismo ser por quien te matabas? ¿No seria una estupidez que tú te redujeras a la nada, porque ante un ser despreciable no has tenido la suficiente importancia para hacerte de ella el objeto único de sus goces o de sus caprichos? Yo comprendo lo que son las aspiraciones, lo que son las tendencias en ciertas almas i en ciertas naturalezas; i si lo comprendo, es porque lo he sentido i lo he esperimentado. Pero, eso mismo me ha hecho saber que en el hombre puede siempre predominar la voluntad, puede siempre imperar el sentimiento del deber; i que si esto no sucede, es porque el hombre no ha querido estar a prueba durante el tiempo que necesitaba para vencer. Es decir, ha sido un cobarde, reasumiendo en pocas palabras estos pensamientos. El hombre en la vida, es como un militar que entra a campaña; si durante la lucha sale herido, esto no le autoriza, a mi parecer, para que quiera concluir con la vida. Puede suceder que, el exeso de sus dolores, le haga pedir que se le aniquile; pero los que comprenden que ese mutilado puede, por lo menos, servir de ejemplo a los demas, trabajan por conservarle la vida. Tú te consideras ya inhabil para ser útil a la sociedad; pero yo que la conozco, sé que puedes servir d todavía para presentarte como ejemplo de lo que se obtiene con

la relajacion. Me dirás que esto, en ninguna manera, será un lenitivo para tus dolores; i al contrario un algo que los aumentará. Pero díme, Gustavo, ¿no es cierto que al menos será una satisfaccion para tí, el ver que tus males han sido una enseñanza para los demas? Si no lo crees así, tendrias un corazon cegado por el egoismo i en tal caso, ni mis reflexiones, ni tus mismos sentimientos podrian salvarte del abismo en que te has metido.

Gustavo se quedó largo rato pensativo i al fin dijo:

—Me encuentro sin fuerzas para raciocinar i sin lójica para contradecirte: en el estado en que me hallo, no siento si no el deseo de dejarme gobernar como un niño i de ser atendido como tal. La senda del vicio o de la relajacion me ha conducido a este estado: sé tú, pues, el ser que me dirija, i díme si podré encontrar a la persona que me atienda.

Moises que conocia el corazon humano i sabia que alimentar ciertos sentimientos era hacerlo consumirse devorado por su propio fuego, alzó los hombros, sonrió i dijo con acento vanal:

- —Ya sé, hombre, lo que me pides; que yo te acompañe como amigo i que Florinda te cuide como enfermera. Pero, hijo, esto último es un tanto difícil, porque Florinda, viendo que tú habias desaparecido, ha ido a buscarte a Valparaiso talvez en los momentos mismos en que tú regresabas a ésta.
- -¿Cómo, preguntó Gustavo, Florinda ha ido a buscarme a Valparaiso?
 - -Sí, le dijo Moises, i de eso hace tres o cuatro dias.

En ese momento golpearon la puerta del aposento de Gustavo i entró un mozo diciéndole:

—Una señora, mui arrebujada en su manto, quiere a toda costa entrar a su pieza; yo le he dicho que usted está enfermo, pero ella me ha contestado que por lo mismo necesita verlo en el acto.

Gustavo miró a Moises antes de responder; mas no fué por temor de que su amigo lo sorprendiera en una de sus calaveradas; sino porque por su mente pasó le idea de que la mujer que lo buscaba podia ser Leonor.

Moises, comprendiendo talvez esto mismo, pero resuelto ya a intervenir con todo el poder de su amistad en los asuntos de su amigo, dijo a éste.

—Ordena que pase; i si es una persona a quien tú no puedas recibir en mi presencia, me separaré en el acto.

lat

qu

d

-Di a esa señora, dijo Gustavo al mozo, que entre.

Revista de amigos.

Un año despues, entre el círculo de jóvenes que habian conocido a Leonor, se contaban diversas i picantes historias, relativas unas a sus hechos como mujer libre, concernientes otras a los percances sufridos por cuantos se habian declarado sus caballeros.

La primera noticia que se tuvo de Leonor a su reaparicion en Santiago i despues de su larga estadía en Valparaiso fué de que se la habia visto en Renca acompañada de seis damas i otros tantos caballeros, uno de los cuales era nuestro antiguo conocido Pantaleon H.

En aquel dia, segun todas las apariencias, el caballero de Leonor era el mismo a quien ella, como no lo habrá olvidado el lector, habia desdeñado algun tiempo ántes haciéndolo aparecer mas ridículo de lo que era ante los ojos de sus amigos i de la sociedad.

I bien, por uno de esos caprichos inesplicables en el corazon de la mujer, Leonor, despues de recorrer todas las estaturas i fisonomías; todas las intelijencias i caracteres, ora cargaran la levita del elegante dandy, ora el sério paletot del hombre entrado en años, ora en fin la sencilla chaqueta del despreocupado hacendado, esperimentó de repente el deseo de conocer lo que eran las pasiones en el corazon i en el físico de un fátuo.

No sabremos decir qué clase de goces o satisfacciones halló Leonor en la compañia de Pantaleon; eso sí, como historiadores, podremos consignar en breves líneas los acontecimientos que tuvieron lugar.

Uniéronse i desde el primer dia, Leonor, cual el huracan que arrastra leve pluma, arrastró a Pantaleon a una vida de orjías dispendiosas i de placeres destructores.

Pantaleon, una que otra vez, trató de evadirse de la especie de tutelaje que ejerció la jóven sobre él; pero ella le fascinó i bastaba una sola de sus miradas o la amenaza de dejarlo, para que él como el perrillo que vuelve batiendo la cola al lado del amo que le ha castigado, cayera a los piés de aquella mujer mas dócil, sumiso i manejable que lo que lo habia sido antes.

Durante el corto tiempo que duraron estas relaciones, Leonor consumió gran parte de la fortuna de Pantaleon. Paseos a Apoquindo con amigos i amigas de las de mas confianza: paseos al Parque i a la Quinta Normal o Jardin Botánico, en que no se bebia mas que champaña; teatro en palcos adquiridos muchas veces a un exhorbitante precio, i despues del teatro, cenas en el «Restaurant Gage» i hasta cenas en la popular casa de Paulino, hicieron en poco tiempo en la fortuna del jóven una honda brecha.

Pero él, como cuantos se relacionaban con Leonor, habria consumido hasta el último de sus centavos con ella si el suceso que vamos a narrar no hubiera cortado de improviso sus relaciones.

Como hemos dicho al principio, hallábanse un dia en Renca. Entre los invitados, figuraba Manuel Echay, cuya fisonomía descrita a la lijera en el principio de nuestra obra era, como podrá recordarlo el lector, la menos aparente para despertar, no diremos una pasion, pero ni siquiera simpatías en el corazon de una mujer.

Hombre nacido, al parecer, nada mas que para entregarse a a las glotonerias de la mesa i a los exesos del licor, su cuerpo i su fisonomía repelente le hacian no tener amistades, sino de aquellas que inspira el interes. No es decir por esto que Manuel Echay fuera un hombre rico, pues su fortuna no pasaba de la categoría de las modestas.

El paseo a Renca había sido un paseo campestre; pero uno de esos paseos campestres en que se pone por pretesto un cordero asado, pero en los cuales figuran en realidad desde las mas esquisitas conservas hasta los mas costosos licores.

Miéntras a la sombra de frondosas higueras se tañia el arpa por hábiles cantoras i por entusiastas jóvenes se bailaba la popular zamacueca, Echay i algunos glotones como él, se habian situado cerca de una mesa donde estaban todos los comestibles i licores i a la cual acudian, con intervalos mas o menos largos, los que rendian culto al arte de Bellini i de Tersípcore.

En uno de esos momentos i cuando Echay se encontraba con los ojos colorados i los párpados caidos, con la voz ronca i desapasible, con todas las señales, en fin, del que ha bebido hasta llegar a la estupidez, Leonor se acercó a la mesa invitada por Pantaleon i poniendo una de sus manos sobre los bruscos i contrahechos hombros de Echay, le dijo:

- -Vamos, Manuelito ¿i tú no quienes bailar conmigo?
- —¡Bailar!... ¡bailar! repitió Echay. ¿I crees tú, le dijo con acento brusco i mirándola detenidamente, que serias capaz de bailar conmigo?

Leonor lanzó una carcajada, miró un momento con cierto desden, no escento de curiosidad, el estúpido semblante de Echay i le replicó:

—Si tú fueras capaz de bailar conmigo, serias etro hombre de lo que eres.

No sabremos definir qué pasó por la mente de aquel hombre que, como hemos dicho, parecia haber nacido solo para comer i beber, al sentir sobre sí la mano i la mirada ardiente i burlona de aquella mujer. Lo cierto es que sus mejillas se sonrosaron, sus ojos brillaron i sus labios gruesos, que parecian siempre empapados por la grasa de las viandas o el jarabe de los licores, se estremecieron convulsivamente al contacto, talvez, de

deseos tan lúbricos como materiales. Fué la fiera que dulcifica su mirada al sentir cerca de sí a la hembra que debia calmar los instintos brutales que de cuando en cuando se levantaban en él.

Así, mirando Echay a Leonor, como el leon mira a su presa, como el ave de rapiña contempla a la avecilla que provoca su apetito, pero a la cual no sabe si podrá alcanzar con su vuelo, rodeó con su diestra el talle de la jóven i crispando los dedos de una manera convulsa sobre su redondo talle, la dijo con la voz seca i cascada del que siente arder un volcan en el pecho:

—Oye, esclamó aproximando sus gruesos labios al semblante de Leonor: yo no podré bailar contigo esas musarañas de la polca, la cueca i demas; pero, si alguna vez bailamos los dos, te aseguro no olvidaras jamas a este bruto de Manuel Echay.

Acompañó estas palabras con tal estremecimiento nervioso, con tal convulsion de esa masa de carne i sangre i con una mirada tan lúbrica como candente, que Leonor esperimentó terror i placer, curiosidad i desprecio, deseo i repulsion. Previó en aquel hombre diforme, contrahecho i repelente, algo de lo que no habia encontrado jamas en los seres, muchos de ellos perfectos, que habia tenido a sus plantas.

Entónces Leonor, fascinada i atraida por emociones ¡que jamas habia esperimentado, oprimió a su vez de una manera nerviosa el hombro de Echay i le dijo:

- -I bien, yo quiero bailar contigo.
- -¿Dónde i cuando? le preguntó él.
- -Aquí i ahora mismo, le replicó ella.

Echay se pasó las manos por la frente, como tratando de despejarla de los calores del vapor que la ofuscaban i mirando siempre a Leonor, de una manera ardiente, le preguntó:

- —¡Cómo! no me has comprendido?... te he dicho que yo no bailo, es decir, no hago musarañas ni pantomimas con los piés i las manos; pero.....
 - -Tanto te he comprendido, le interrumpió ella, que he que-

rido ahorrar palabras. ¿Ves aquel pequeño cerco? (i mostró hácia el campo) pues ahí, en un momento mas te espero.

Echay no contestó, limitándose a estrechar con mas fuerza el talle de la jóven i a manifestarle con su mirada que habia comprendido.

Se separaron, sin mas palabras ni mas cambios de afecciones. Eran dos corrientes encontradas de esa especie de electricidad bruta que de cuando en cuando domida a los seres i que debian necesariamente producir la chispa, aunque no la que Franklin arrancó a los cielos.

El momento fijado por Leonor no podia tardar demasiado, siendo como era ella tan valiente para sus acciones; pero como se hallaba vijilada por dos ojos, que aunque no de mui larga vista como los de Pantaleon, alcanzaban a ver los mas perceptibles movimientos del astro cuya ruta segnia con el corazon i sus miradas; el momento fijado por Leonor, repetimos, no podia tardar, así que la jóven en la primera ocasion que creyó oportuna, se dirijió con tal o cual vanal pretesto al cercado, que habia indicado a Echay.

Este, aunque ebrio, no tardó en seguirla; i Pantaleon, aunque corto de vista, no dejó de pensar que una mujer como Leonor i un hombre como Echay no debian darse citas a un verde cercado para ir a contemplar el sol que en ese momento los alumbraba.

Sucedió, pues, que Leonor fué al cercado; que Echai la siguió i que Pantaleon, no hallándose satisfecho con la ausencia de su querida, siguió pocos momentos despues a Echay i a Leonor.

Lo que acaeció entre los tres, no alcanza nuestra pluma a narrarlo; pero sí puede suplirlo la imajinacion del lector cuando le digamos que Leonor salió del verde lugar de la cita, un instante despues de la llegada de Pantaleon, un tanto desmelenada i pálida, gritando:

-¡Vengan! ¡se matan!... ¡vengan! ¡socorro!...

Corrieron los que bajo las higueras disfrutaban del placer a que se les habia invitado, i llegaron a tiempo para separar al

48

corpulento Pantaleon del fornido i contrahecho Manuel Echay, que juntos en el suelo, formaban una masa que se revolcaba, se mordia i se puñeteaba.

Los amigos dijieron: unos, que aquello era una necedad; otros, que aquello era apagar la alegría; éstos, que no debian dos amigos abofetearse por una mujer, i aquellos, en fin, que todo debia concluirse, dándose los combatientes de un minuto ántes, un abrazo fraternal.

Leonor vociferó que Pantaleon era un estúpido i un miserable, que por haberse visto distinguido por ella (cosa que habia hecho de lástima por haber andado tantos años persiguiéndola queria ahora imponerle como su amo i su señor.

—Eso, esclamó con la faz pálida, los ojos chispeantes i dando un puñetazo en la mesa, cerca de la cual se habia sentado, eso no lo soportaré yo miéntras sea Leonor Saravia.

Pantaleon, por su parte, decia a sus amigos: «yo he despreciado siempre a esta mujer: ella me ha brindado su amor i yo le he dado con la punta del pié; i desde una ocasion en que ella me dió una cita en el «Parque Cousiño» i yo tuve la debilidad de conducirla en mi coche i me mostré en seguida frio e indiferente con ella, ha tratado por todos los medios a su alcance de vengarse de mí. I hoi, ustedes lo ven, no es otra cosa lo que ha hecho. Ha querido ridiculizarme, trayéndome a mí como el organizador i pagador de este paseo, para aparentar en seguida que ántes que a mí prefiere a un animal como es Manuel.

Los amigos lo calmaron; i como desearan continuar la fiesta, hallaron buenas razones para probarle que el mejor castigo que podia imponer a Leonor era dejarla sin mas adorador que el ogro de Echay.

El despecho, el licor, i sobre todo, un algo íntimo que decia a Pantaleon que ya no volveria a obtener de su querida las atenciones i favores que habia merecido, le hicieron tomar su caballo i despedirse de ella diciéndole:

-Cuando vengas a mis plantas a implorar perdon, será ya

demasiado tarde, porque entónces no abrigaré mas que desprecio para tí.

—Anda, estúpido, le dijo Leonor, lanzando una carcajada; ante imbéciles como tú, Leonor no se inclinará jamas.

Alejado Pantaleon, la fiesta se convirtió en orjía, i cuando en la noche se trató de volver cada uno a su hogar, Leonor no acompañó, segun era de esperarlo, a Echay, que como de costumbre, habia bebido hasta perder completamente la razon, sino que admitió a otro que en el último momento supo llamar su atencion desafiando a sus compañeros a quien bebia mas.

El resultado mas cómico aun que tuvo esta comedia fué que Pantaleon, hallándose arruinado i despreciado por Leonor, con los últimos restos de su fortuna acometió la empresa de sacar de la casa de su ex-querida a la morena Beatriz que, como recordará el lector, habia sido la fiel sirviente i compañera de Leonor en todas sus intrigas i aventuras.

La criada, que si en ciertas ocasiones habia aceptado los requiebros de los caballeros que visitaban a su señora, i una que otra vez tambien, algo mas, cuando aquella se hallaba ausente o dichos caballeros celosos i despechados, deseaban matar sus celos, i que hasta entónces no habia recibido ofertas serias sino de mozos de hotel o de cocheros de casa grande, halló que el partido propuesto por Pantaleon no era despreciable, aunque viniese de un calavera arruinado.

Despues de Pantaleon i de Manuel, los últimos del círculo que en otro tiempo habian rodeado a Leonor, ésta aceptó los halagos de Domingo Serra, con quien pasó quince dias, rompiendo con él al fin de ese corto tiempo para unirse con un comerciante a quien ella compraba sus guantes i pañuelos.

Con una vida tan ajitada, la belleza de Leonor iba ya rápidamente estinguiéndose; i si bien es cierto que su talle conservaba gallardía, sus ojos brillantez i espresion, tambien lo es que sus mejillas palidecian cual la azucena cercana a caer de su tallo.

Por otra parte, el círculo de jóvenes ricos en que ella habia

rolado tenia ya de ella mui mala opinion. Se la creia una mujer peligrosa, derrochadora, falsa i sin corazon. Se habia estendido la idea de que aquella mujer jamas habia amado i que el tiempo mas o ménos largo que habia permanecido con sus amantes habia dependido de la duracion de la fortuna de cada cual.

Como ejemplo, se citaban a Gustavo Peña, que habia quedado en la miseria; a Maximiliano, que en pocos dias casi se se habia arruinado, i finalmente a Pantaleon, a quien habia acaecido otro tanto.

Todo esto, comentado i propalado en la sociedad, alejó del lado de Leonor a los jóvenes que ántes la asediaban con sus propuestas de amor.

Sabian tambien que la jóven se habia vuelto viciosa i habia perdido gran parte de sus finas maneras i de la distincion que años ántes la elevaban sobre sus hermanas.

En tal situacion, llegó para ella el dia que tarde o temprano llega para todas las que han principiado mal la vida. Es decir, llegó el dia en que, viéndose mui pálida, aplicó por primera vez sobre su cútis el repugnante rojo del carmin: hallándose sola, por primera vez, tambien, recordó, que en mas de una ocasion habia tenido tanta compañia, que habia mirado como un bien la soledad. Pero la soledad de ese momento era el vacío, la nada. Leonor se estremeció al meditar en esto i al comparar la gran distancia que habia recorrido en un poco tiempo, pasando desde el auje de la riqueza i del prestijio, hasta un punto cercano a la miseria i al completo abandono.

Por primera vez, tambien, sintió la necesidad de ir a la calle en busca de un hombre, no como en otras ocasiones para satisfacer sus goces o sus caprichos, sino para apagar los síntomas del hambre que principiaban a aparecer en su hogar.

La primera noche que, cual esas infelices que ayudadas por la luz del gas, buscan el sustento del otro dia, Leonor salió arrebujada en su manto para ir a recorrer la plaza i los portales, sintió una desesperación profunda i el llanto asomó a sus ojos, de los cuales hasta entónces no habian brotado mas que llamas de amor i miradas de provocacion.

La suerte, sin duda, habia cambiado para ella, pues le dieron las once de la noche i tuvo que regresar a su casa acompañada solamente por la rabia que sentia en el corazon.

No nos detendremos a seguir paso a paso a Leonor en su carrera descendente: bastará con decir que durante algunos meses hizo la vida de las que suelen obtener en pocas horas el dinero suficiente para muchos dias, así como suelen pasar muchos dias sin ganar lo necesario para pocas horas.

Ella, que habia sido tan altiva; élla que habia sido tan solicitada; élla que habia arrastiado coche; élla que habia ocupado siempre un palco en el teatro; élla, en fin, que habia derramado el oro a raudales, remudando a sus amantes cada vez que su capricho lo exijia, no pudo soportar seguir habitando en los pueblos en donde a cada paso encontraba testigos de su estinguida grandeza.

—Valparaiso i Santiago, pensó, son ya para mí imposibles ¿pero dónde iré?

La respuesta tardó en dársela Leonor algunos dias; pero al fin se decidió a dar un paso que definiera de una manera mas completa su situacion.

—Acudiré, se dijo, a todos los hombres que mas me han amado; i si alguno de ellos quiere que vuelva a pertenecerle, creo podré hacerme una mujer honrada.

Animada por tal propósito, nacido en fuerza de sus descepciones, tomó una pluma i escribió la carta siguiente:

«Gustavo:

Al escribir tu nombre, mi mano tiembla i mi corazon late con violencia. Antes de decidirme, he batallado mucho; pero al fin ha vencido en mí el deseo de volver, aunque sea por los pocos dias que me quedan de vida, al lado del único hombre a quien amé con todo mi corazon.

Estoi segura que al leer estas líneas vendrán a tu mente todas mis ingratitudes, todas mis traiciones i cuanto en el tiempo que estuvimos reunidos yo te hice sufrir. Pero, Gustavo, ciertas criaturas nacemos condenadas a seguir, mal que nos pese, la senda que sin duda nos trazó el destino.

Yo creo haber sido una de ellas. Yo nací para ser feliz: primero porque todos me encontraban hermosa; segundo, porque tuve alguna intelijencia; i sin embargo de eso, que en cualquiera otra criatura seria lo bastante para ser dichosa, en mí no ha servido sino para hacerme desgraciada.

Durante algun tiempo, fui la ola que sin saber porqué está condenada a correr sobre la playa i a estrellarse sobre la roca; fui la mariposa que se fascina con la luz i en ella perece; fui en fin, la débil mujer que atraida por un fuego fátuo me precipité en un abismo.

Hoi que a mi vista aparece la realidad i que comprendo que no hai dicha sino en la honradez i la virtud; hoi que aunque sin desengaños en el corazon recuerdo con placer los únicos momentos felices de mi vida..... ¡ah! Gustavo, casi no puedo escribirte en este instante, tanto me conmueve el recuerdo de los momentos en que tú a mi lado i yo al tuyo forjábamos un idilio de amor para el porvenir!

Yo destruí eso alucinada, como te he dicho, por no se qué mirajes que se presentaban a mi imajinacion, o mas bien porque mi naturaleza i todo esto que ha vivido bajo el nombre de Leonor Saravia, estaba predestinado a ser lo que fué.

Comprendo que no tengo título alguno para implorar tu perdon, a pesar de que si das una mirada a los primeros dias de nuestra amistad, debes recordar que yo fuí la primera en decirte que no te acercaras a mí porque seríamos desgraciados.

Mi vaticinio se ha cumplido, al ménos por mi parte, pues ahora no sé cómo vivir sino es contigo.

Herido tú por mis ingratitudes, a esta hora debes haberme olvidado i serás feliz; pero si en el fondo de tu corazon queda algun recuerdo para la mujer que en los primeros dias de su amor te miró como a su Dios, debes dar alguna importancia a la sinceridad i honradez con que entónces te hablé. Si así sucede, yo espero, Gustavo, que tenderás mano jenerosa a la que hoi implora tu conmiseracion.

No quiero tu amor, porque me considero indigna de él; no quiero tus caricias, pues el recuerdo de haberlas rechazado será mi remordimiento eterno: solo quiero, Gustavo, un sitio a tu lado para servirte, un lugar cerca de tí para verte. Llévame donde quieras, haz de mí lo que te agrade, i encontrarás siempre una esclava sumisa i obediente. Pero no como la esclava que obedece al amo por el terror, sino como la que le obedece i sirve por el cariño.

Contéstame pronto o me volveré loca de dolor.

Tuya siempre

Leonor.

La última tentativa.

La carta que hemos trascrito en el capítulo anterior, llegó a casa de Gustavo en circunstancias que éste se hallaba aun de convalesciente de la larga i penosa enfermedad que habia concluido por arrebatarle los restos de su fortuna i de su juventud.

Efectivamente, el jóven habia envejecido mas que lo que otros envejecen en 20 años; habia perdido el pelo i los dientes: su nariz estaba amoratada, sus mejillas arrugadas i enflaquecidas i aparte de estos signos esteriores del mal que lo habia aniquilado, quedábale por herencia una naturaleza débil i raquítica que necesitaba para sostenerse mas cuidados que los que exije el niño en la cuna.

Gustavo, con la sangre emponzoñada por los disgustos i el uso del licor, habia encontrado, en la noche en que lo hemos visto hablar con Natalia, una piscina, no donde proporcionarse salud i consuelo sino donde halló esa terrible enfermedad, desgracia de las jeneraciones inocentes, a que se ha llamado sífilis.

Por fortuna para el jóven, en esos momentos tuvo a su mano el cariño de un amigo i la abnegacion de una mujer.

Sin eso, habria muerto en ménos de dos o tres meses viendo caerse a pedazos el cuerpo que por unos cuantos meses habia entregado al placer.

Salvando la vida, merced a la asistencia de Moises i a los cuidados infinitos que le prodigó Florinda, Gustavo, como hemos dicho, se encontraba aun convalesciente cuando recibió la carta de Leonor.

El fuego aun no apagado de su cariño ardió: la llama aun no estinguida de su amor brilló con poderosa luz; i por algunos momentos el jóven pensó que talvez teniendo al lado a la mujer a quien tanto amaba, recuperaria sus fuerzas i podria volver a ser el Gustavo de ántes.

Le pareció que Leonor le hablaba en esa ocasion con toda la sinceridad de su alma; pero como debia tanto a su amigo Moises, le llamó i le entregó la carta diciéndole:

-Lee eso: es de Leonor.

Moises, despues de haber leido la carta sin inmutarse, dijo a Gustavo:

- —¿Quién crees que te escribe ahora? la mujer enamorada i condescendiente de los primeros dias, la mujer que te traicionó i te ha reducido al estado en que te hallas, o la mujer que, habiendo visto desmoronarse todo su prestijio i su valer, acude a tí, no por amor sino buscando la antigua víctima a quien volver a engañar?
- —No sé, le contestó Gustavo, quién es la que escribe; pero segun lo que dice en su carta, parece que Leonor se halla arrepentida i que habla con sinceridad.
- —Siguiendo mi sistema, le contestó Moises, no te contradigo; pero si me permites yo contestaré esta carta i tú la firmas.
- —Bien, te debo tanto, le dijo el jóven, que estoi convencido de que cuanto hagas será lo que mas conviene a mi tranquilidad.

Moises escribió la carta siguiente:

«Mi idolatrada Leonor:

Al leer tu carta he vuelto a creer en la Providencia, pues veo que ésta no deja sin premio las buenas intenciones i las buenas obras. Yo, que siempre tuve para tí la mas santa de las aspiraciones, cual era hacerte feliz eternamente, no podia, nó, bajar a la tumba llevando clavado en el pecho el dardo de los desengaños.

Tú me lo manifiestas ahora de un modo bastante elocuențe queriendo volver a mi lado cuando mi vida se estingue i cuando mi fortuna ha desaparecido.

Sí, Leonor: estoi tan pobre, que vivo de lo que me proporciona la caridad de un amigo; i estoi tan enfermo i aniquilado, que cual el niño que dá sus primeros pasos, necesito del apoyo de un brazo que me sostenga i ayude.

¿En qué momento mas oportuno puedes venir tú cerca de mí, para ser a mi lado la hermana de caridad que atienda al enfermo, el ánjel de paz que borre los dolores del desgraciado, la mujer amante, en fin, que, por piedad i por amor, llega a consagrar sus últimos dias al servicio i consuelo de un desdichado?

Yo, Leonor, que habia comprendido tu alma, véola reflejarse ahora en tu jenerosa oferta; i yo que por un momento habia dudado de tu bondad i virtud, contémplote ahora tan sublime i magnánima como lo habia imajinado. Porque, al querer tú acompañarme cuando me encuentro pobre i desvalido, no es sino porque quieres ejercer cerca de mí el sublime sacerdocio de la caridad.

No podria yo, despues de los amargos dias que he pasado, privarme de las dulces horas que me proporcionará tu companía; así, pues, acepto con reconocimiento tu ofrecimiento i no solo te perdono sino que te bendigo.

Adviértote, sí, que necesitarás de toda tu grande abnegacion para acompañarme. Sin el menor recurso, ni aun para las cosas mas necesarias de la vida, talvez llegue el momento en que yo, con profundo dolor pero con inmenso reconocimiento, tenga que llevar a mis labios el pobre pero sabroso pan que tu hayas ganado con el trabajo de tus manos.

Como tú, mi Leonor, al escribir esto, me siento tan conmovido que si fuera posible espresar con la pluma lo que siente el corazon, derramaria sobre esta carta mil besos i mil caricias para la mujer, i mil bendiciones i alabanzas para el ánjel que baja del cielo a consolarme.

Ven, pues, Leonor mia: ven lo mas pronto posible al triste hogar que tú harás un paraiso con tu presencia.

Tu Gustavo.»

Moises pasó la carta al jóven diciéndole:

—Tal para cual, amigo mio: léela, i si te agrada, firmala, que yo me encargaré de hacerla llegar a su destino.

Gustavo leyó la carta deteniéndose en algunos párrafos como para comprender el espíritu que los habia dictado. Al concluir dijo, con ánimo abatido:

- —¿No te parece que seria mejor contestarle simplemente que no quiero ya tenerla a mi lado?
- —Ya lo creo, dijo Moises, que eso seria mucho mejor, si en realidad tú no quisieras tenerla ni verla mas; pero como deseas i quieres lo contrario, yo pretendo curarte radicalmente de ese amor mostrándote, de una manera elocuente, que el arrepentimiento de esa mujer es una nueva farsa con que pretende engañarte. Para obtener esto, de intento he hecho uso de un lenguaje tierno, que si es cierto que ella te ama, debe conmoverla i hacerla correr a tu lado; pero que como te ama tanto ahora como te amaba cuando compartia su lecho con cuantos ambicionaba su sensualidad o capricho, se guardará mui bien de hacerlo, sabiendo que si contigo tendrá mucho amor, en cambio tendrá que ser pobre i enfermera.
- —Pero, insistió Gustavo ¿no sabrá élla que me hallo en una situacion, sino tan lamentable como la que tú pintas en la carta, al ménos en una que en mucho se le acerca?
- —Para mí es indudable que no lo sabe, replicó Moises; i yo, como te lo he dicho en otras ocasiones, seria el primero en canonizar a una de estas mujeres que, despues de haber dado su carne al diablo quisieran consagrar su espíritu a Dios. Yo, al

ménos, en los años que tengo, no he visto mas ejemplos que los que presentan los novelistas.

- —En eso te equivocas, le dijo Gustavo ¿no tengo aquí mismo a la abnegada Florinda, que se ha constituido para mí en una dulce i caritativa hermana? No me dirás que la mueve el interes, puesto que ella tan bien como tú sabe que bien poco me queda de mi antigua fortuna.
- -Tienes razon, contestó Moises, que hasta hoi Florinda mantiene sus propósitos; pero de algun tiempo a esta parte habrás notado que pasa por momentos de profunda melancolía. Yo la he sorprendido llorando; vo la he visto muchas veces estremecerse como quien siente la lucha de dos grandes ideas que batallan en su corazon. A mas, Florinda no es de la pasta de Leonor; i si es verdad que por un momento signió la vida aventurera de la meretriz, tambien lo es que jamás engañó a sus amantes finjiendo un amor que no sentia. Como tu debes haberlo oido decir, Florinda tomaba un amante, i así como era franca al principio para decirle que se entregaba a él sin mas que por simpatía i conveniencia, así era franca tambien para decirles que ya no le convenian cuando habian agotado su fortuna. Una mujer así tiene el mérito, al menos, de no hacer completamente desgraciados a los hombres que hacen sus preferidos.
- —Mi credulidad e inesperiencia, contestó Gustavo, me han conducido al estado en que me encuentro i no puedo, por lo mismo, argumentar contigo, que has salido bien parado en las luchas de la vida.
- —Bien parado, amigo mio, no puede decirse; pero en fin, he salido a gatas, lo que no es poco hacer en esa materia. ¿Te parece que mandemos la carta?

Gustavo firmó en silencio i pasó la carta a Moises, quien la remitió acto continuo a su destino.

Como podrá inferirse, el pronóstico de Moises se cumplió al pié de la letra, pues ni Leonor acudió al lado de Gustavo, ni siquiera se dignó dar respuesta a la amorosa carta. En cambio, i despues de haber dirijido otras cartas mas o menos espresivas a personas de quienes ella esperaba aun sacar algun partido, Leonor llegó a convencerse de que no tenia gran cosa que esperar en Santiago, sino era el descender poco a poco a la mas vergonzosa i triste miseria.

Antes de que esto sucediese i sin que los vecinos del barrio se apercibieran, la jóven desapareció.

Emigracion al norte.

La situación angustiosa en que se vió Leonor no fué debida tan solo a sus hechos mas o menos sensurables, sino tambien a una circunstancia que por necesidad nos vemos en la obligación de hacer presente al lector.

A causa de la guerra entre Chile, el Perú i Bolivia, época en que tuvieron lugar los últimos acontecimientos que hemos narrado, Santiago i Valparaiso se habian despojado de la flor i nata de esa juventud que, si es capaz de disipar en una noche una fortuna, al oir los ecos del clarin de la guerra olvida sus placeres i comodidades, para correr al cumplimiento del deber.

Esa porcion de la sociedad es, sin disputa, la que sostiene a las desgraciadas que, no habiendo encontrado en la senda del bien su felicidad, la buscan en los placeres i en la disipacion.

Para esos hijos mimados de la suerte, que han heredado una fortuna sin haber hecho nada para adquirirla, es casi una cosa natural el disiparla; así es que con sus despilfarros, con sus jenerosidades de grandes señores, se hacen los sostenedores del vicio i el mejor apoyo de la relajacion.

Pues bien: como es sabido, el ejército se llenó con escs jóvenes, tan buenos para derrochar una fortuna cuando la poseen, como para consumir en un instante su renta mensual, con alegre pareja, si no tienen mas

Como consecuencia de esto, Santiago i Valparaiso, que son los centros donde mas imperio ejercen Las Hijas de la Noche, quedaron para éstas, como mar sin peces para el pescador, como desierto arenoso para un labrador.

No fué estraño por esto que en pos de la noble falanje que marchaba a lavar el insulto hecho a la bandera de la Patria, marchase tambien un cuerpo de veteranas en el arte de proporcionar el placer.

I aunque este último personal emigró con los santos propósitos de ganar su vida, i segun ellas pensaban, de proporcionar un rato de solaz i pasatiempo al fatigado guerrero, la esperiencia demostró bien pronto, que el soldado habria estado mejor acompañado solamente de su rifle i cartuchera.

Pero esta digresion no viene a nuestra obra; i si nuestra pluma no se rompe, llegará pronto el dia en que dediquemos algunas pájinas a esa especie de episodio de la guerra del Pacífico.

Por ahora nos limitaremos a seguir a la heroína de nuestra obra, para visitar con ella los pueblos en que iba a figurar.

Decidida Leonor a ausentarse de Santiago i Valparaiso, llegó a este último punto, despues de desaparecer del primero, como lo hemos contado, de la noche a la mañana, i se embarcó en uno de los primeros vapores que zarpaban de Valprraiso para Antofagasta.

Su pasaje lo pagó ella en la Ajencia de Vapores; pero el capitan del vapor pagó a ella el doble del pasaje, con mas el ser bien atendida en la mesa i ocupar durante la travesía un camarote mas holgado que los que tenian los demas pasajeros.

En Antofagasta encontrábase reconcentrado, en esa época, el ejército que Chile preparaba para luchar con dos naciones.

Por tal causa, brillaban ahí no solo las intelijencias de les hombres que dirijian la guerra, sino las noblezas de la sangre i del dinero i las no ménos valiosas de la hermosura i del valor.

Con grados, desde soldado distinguido hasta teniente coronel, figuraban ahí lo mas escojido de la sociedad de Chile.

Como consecuencia natural, figuraban tambien i talvez en

mayor escala que los demas, esa falanje de jóvenes ávidos de aventuras, intrépidos para el peligro, i que, ya se trate de una guerra, en la cual juegan su vida con absoluta indiferencia, ya de una aventura amorosa, donde en vez del beso del ser idolatrado, pueden recibir un balazo del padre o esposo ofendido, acometen siempre la empresa con indiferencia i sangre fria, por mas árdua i peligrosa que sea.

Para que el lector se posecione mas, aun, de la buena eleccion que tuvo Leonor para dirijirse a Antofagasta, diremos que en esa époea el pueblo quedó casi esclusivamente ocupado por europeos i por el ejército chileno.

Los naturales del pais, i aun los mismos chilenos, i con mayor razon las chilenas, habíanlo desocupado con anticipacion.

Una mujer, pues, i una mujer como Leonor, debia atraerse desde su llegada, todas las miradas i todas las atenciones.

Mas, como al narrar una a una la multitud de aventuras que alimentó la jóven en los cortos meses que permaneció en Antofagasta, seria materia para escribir muchos volúmenes, nos limitaremos a dar una somera idea de lo que fué su vida en aquel lugar.

Llegando al muelle preguntó por el mejor hotel del pueblo, i un obsequioso i galante empleado de aduana, se encargó, no solo de hacerle conducir sus equipajes, sino de acompañarla al café mas suntuoso que por esa época había en la ciudad.

Instalada en el hotel, la jóven recibió ese mismo dia multitud de tarjetas, en que figuraban nombres que debemos silenciar; pero entre las cuales, mas de una de ellas lleva ba escrita con lápiz, al pié del nombre, las indicaciones de:

Coronel o comandante de.....

Leonor que distinguia mui bien la diferencia de grados i sobre todo, la de sueldos, devolvió una de las tarjetas en que aparecia el grado de coronel, escribiendo al reverso, con su fina i bien cursada letra las palabras siguientes:

«Esta noche a las diez: pieza número.....»

Al dia siguiente, los murmuradores dijieron que el coronel *** habia salido del hotel al toque de diana; i el hotelero,
que comprendia cuánto vale la reserva entre los de su oficio,
i sabia tambien cuánto conviene dejar traslucir una parte de la
verdad cuando se tienen huéspedes como Leonor, que pueden
ser visitadas, a la primera noche, por todo un coronel, no hizo
mas que contestar de una manera maliciosa a cuantos le interrogaron sobre la matutina salida del coronel.

Desde aquel dia, ningun hotel se vió mas favorecido: los aficionados al billar, encontraban éstos magnificos; los que no acostumbraban beber, decian que los licores que ahí se servian eran esquisitos; i finalmente, los que por sus costumbres sóbrias i ordenadas solo aspiraban a tener una buena mesa, propalaban que en ninguna parte se daba mejor comida que ahí.

Leonor tuvo necesidad de tomar tres piezas para sí, i hacer de ellas salon, comedor i dormitorio. En el salon recibia las visitas de etiqueta; en el comedor a los que la obsequiaban diariamente con opíparos almuerzos i valiosas comidas, con la esperanza de obtener sus favores; a la tercera pieza, como podrá inferirse, no entraban mas que los elejidos.

Fué aquella temporada para Leonor una serie no interrumpida de almuerzos, lunchs, comidas, cenas i tertulias.

El oro se derramaba a su rededor, i por algun tiempo ella misma llegó a olvidarse que era un sol que llegaba ya al ocaso de su carrera.

Uno de los mas persistentes en festejarla fué un jóven que, aun cuando cargaba por primera vez los galones de jefe i era novicio en el arte militar, habia seguido al ejército, nó por el sueldo que le proporcionaban sus galones sino por entusiasmo patriótico i por algo de ese espíritu aventurero peculiar al chileno.

I tan era así, que el jóven, poseedor de una gran fortuna, gastaba en campaña tanto o mas talvez que el gasto que hacia a la nacion toda una compañía.

Por esta misma causa, talvez, Leonor se comprometió a que $_{50}^{}$

él fuera el único que tuviese derecho para franquear el umbral de la tercera pieza que hemos indicado.

Poseedor el militar de la mas hermosa mujer que pisaba el suelo de Antofagasta, i dueño ella del galan mas rico i desprendido que podia encontrarse entre los que cargaban galones, todo el mundo creia que aquello iba a durar mucho tiempo; pero con el modesto i sencillo traje de alférez llegó un dia al lado de la jóven nuestro antiguo conocido Ventura Amor.

Su juventud, su bello semblante, su locuacidad, su cabello brillante i ensortijado, su arrogante apostura como militar, en fiu, hicieron tal impresion en la voluble heroina de nuestra obra, que del salon lo pasó inmediatamente alcomedor i le ofreció ahí lo que hasta entónces a ella le habian ofrecido, i le sirvió lo que hasta entónces a ella le habian obsequiado.

En el animadísimo diálogo que sostuvieron, ella se deleitó en recordar los momentos de felicidad pasados en Santiago con los amigos de Ventura.

- —¡Cómo quisiste en aquel tiempo, la dijo éste, jugar con mi corazon!
- -Nó, replicó ella; me inspirastes una gran simpatía, i te encontré tan dulce, tan sencillo e injénuo, que cuando te tenia a mi lado o acariciaba tu bonita cabellera, me parecia en realidad que eras mi hijo; pero un hijo que habia sacado de mí las pasiones ardientes i tumultuosas que yo he sentido, i que las veia retratarse en tu sed de amor i en las convulsiones terribles que esperimentabas al contacto de la mujer. Te diré la verdad: yo comprendia tus sufrimientos, i sin tener el deseo de mortificarte, hallaba no sé qué cierto placer en ver ante mí un sér que se estremecia al contacto de mis miradas i a quien mis caricias enloquecian i mis sonrisas embriagaban. No era crueldad, nó: era algo de ese instinto perverso que hai en la criatura humana; algo del placer que siente el pescador cuando palpita entre sus manos el pez que ha cojido; algo de eso con que goza el cazador cuando abate a sus plantas a la alegre avecilla que se cernia sobre su cabeza; algo, en fin, de la satisfaccion,

del gusto que esperimentamos cuando otra criatura sufre por nosotros todas las penas que da el amor. ¡Tú eras en esa época tan jóven, amigo mio, para amar a una mujer como yo, que habria disecado tu corazon, tan sin piedad, como el herborista diseca la flor que quiere poner en su coleccion. Yo, entónces, era todavía una mujer buena; tenia, al ménos, mui buenos sentimientos, i así como te alejé de mi lado, porque te creí mui niño, así traté de alejar a Gustavo, porque lo encontré mui digno i honrado.

- -¿I qué es de él? preguntó Ventura.
- —Segun supe últimamente, contestó Leonor, estaba enfermo i en la última miseria.

Al decir esto, la frente de Leonor pareció velarse por una nube de tristeza, i sus ojos se humedecieron con una lágrima.

Pero acto contínuo, i como para arrojar de si los recuerdos que habian venido a turbar su alegría, llenó con licor hasta la mitad una copa, la apuró, i dijo, dejándola caer con fuerza sobre la mesa:

- -¡Ha sido un desgraciado, pero él lo quizo!
- -I tú tambien, a lo que parece, le dijo Ventura sonriéndose.
- —No lo niego, contestó Leonor con alguna animacion; pero ya te he dicho que quise apartarlo del peligro, porque entónces era una mujer buena.
- —I ahora, ¿qué eres? preguntó el jóven, sin dejar el tono de broma con que seguia el diálogo.
- —Ahora, replicó ella, soi la Leonor que busca el placer: ahora soi la mujer que vivo solo para mí i que no me importan nada las lágrimas que viertan los demas, porque cuando yo las vertí no encontré una mano que las enjugara.

Ventura vió que el licor comenzaba a despertar en la jóven todo su sentimentalismo, i deseoso de conocer a fondo el corazon de esa mujer a quien él, a pesar del tiempo, no habia podido olvidar, le dijo con acento un tanto burlon:

—¿I acaso tus bellos ojos, Leonor, se han visto alguna vez empañados por las lágrimas?

-Sí; hubo un tiempo en el cual, si hubiera encontrado una mano protectora que me socorriese, yo me habria hecho una mujer honrada. Pero como mi hermosura se habia marchitado i ya no era la mujer a la moda, uno, el que mas a mi parecer me habia amado, me propuso que fuera su lavandera i enfermera; otro, que se habia enorgullecido de presentarme en público como su querida, me contestó que ya no valia el deshonor que yo le llevaria a su lado; otros, en fin, me insultaron mandándome un billete como una limosna, i no faltó quien, entregado completamente al vicio i a la relajacion, me propusiera que estableciésemos los dos una casa de niñas, donde él, seguramente, junto con ser lo que se llama un calon habria sido un sultan en su serrallo i yo una rufiana de todos ellos. Tal puesto no puedo todavía ocupar yo; llegaré, talvez, a él... ¡Tanto desciende la mujer que se entrega a esta vida! Pero todavía no soi tan vieja para que otras mujeres vengan a darme un pan con los dolores de su cuerpo.

Si Ventura hubiese sabido que las amarguras que bosquejaba Leonor no eran sino el resultado preciso, justiciero i fatal de sus intrigas, de sus dilapidaciones, de su volubilidad, de su carácter atolondrado, de sus traiciones, i en fin, de todo eso innoble e indigno que hace la mujer casi inconscientemente cuando se ha entregado a la vida de la prostitucion, habria podido decirle:

—«Tú has cojido, amiga mia, el primero de los frutos que da ese árbol en cuyas raices está el vicio, cuyo tronco lo alimenta la crápula, cuyas ramas las forman los placeres i cuyas hojas son la mentira, el engaño i la disolucion.»

Pero Ventura, que no estaba al cabo de los últimos hechos de Leonor, se limitó a decirle, tratando de traer el diálogo a la alegría i animacion que habia tenido al principio:

—Vamos, Leonor, no recordemos el pasado si ha de entristecernos. Tú misma has dicho que ahora eres la Leonor que solo busca el placer; por tanto, viene mal el recordar cosas que han de arrebatarte tu alegría. Bebamos una copa por el placer i por que éste nos acompañe a tí, hasta que la vejez o la muerte te inutilice, i a mí, hasta que una bala enemiga me mande a la eternidad.

—¡No digas eso! esclamó ella echándole los brazos al cuello con transporte i cambiando de ideas i de sentimientos con esa facilidad con que cambian las desgraciadas que tienen que aparentar por cada dia i por cada noche una emocion desigual. ¡No digas eso! le dijo, porque me parece verte tirado en el campo.

Al decir esto, Leonor le atrajo hácia sí i sus labios besaron con ardor el cuello del jóven militar.

A esta manifestacion de cariño, Ventura no pudo sino corresponder con otra igual, i como nuestra pluma no podria seguir esas escenas en que son tan escasas las palabras, nos limitaremos a decir que Ventura faltó ese dia al cuartel a la hora de asamblea, de ejercicio, de retreta i de diana.

Como resultado de esto, el coronel ***, que acostumbraba visitar a Leonor a la hora de rancho i despues de retreta, encontrando los aposentos de Leonor cerrados, comprendió que tenia bajo sus órdenes una recluta a quien ni sus halagos, ni su oro, ni su gran categoría militar podian dominar; comprendió tambien que habia él venido a servir a la patria, no debia salir de su cuartel, donde tenia centenares de reclutas dóciles i sumisos a su voluntad.

Resultado de lo anterior, fué tambien que Ventura, por haber faltado a tantas listas, quedó preso durante muchos dias en el cuarto de bandera de su respectivo cuartel.

Cuando Ventura cumplió su arresto, i apenas quedó franco, corrió al hotel donde se alojaba Leonor, teniendo el sentimiento de encontrarla rodeada por unos cuantos oficiales de todas edades i graduaciones, que parecian disputarse las simpatías de la jóven.

Ventura pensó que como uno de los primeros en haber conquistado esa plaza, tenia derecho para desalojarla de los nuevos conquistadores; pero sea que su reinado hubiera concluido en aquel imperio, sea que la ciudadela se encontrara mejor con los actuales ocupantes, lo cierto es que Leonor se mostró con el jóven fria, desdeñosa i hasta indiferente.

Ventura, que conservaba su pundonor i delicadeza, no tardó en tomar su quepí i lanzarse a la calle.

Al salir del hotel se encontró de manos a boca con Moises N., quien al verlo abrió los brazos diciéndole:

- —¡Cómo! ¿tú aquí, Venturita?
- —Ya me ves, le dijo éste, con la casaca del militar i dispuesto a ir a probar suerte en los campos de batalla. ¿I tú qué haces aquí?
- —Vengo, contestó Moises, en compañía de varios otros amigos por segnir de cerca, en el carácter de observadores, las perripecias de la guerra. Santiago está quedando desierto, nadie habla sino del norte; i como todas las miradas están fijas en estos sitios, yo, i unos cuantos que como yo no tienen nada que hacer en Santiago, resolvimos venirnos aquí para ver si podemos servir de algo.
- —¿I quiénes son los que te acompañan? preguntó Ventura.
- —Entre los que tú conoces, figuran Maximiliano A., Manuel Echay i Rosendo Paez.
- —; Hola! esclamó Ventura, nuestro amigo El jóven de la cala.
- —Eso es, esclamó Moises sonriéndose; él viene sin duda a ver si por estos mundos no se le conoce por su apodo.
 - -I a propósito, dijo Ventura, ¿sabes dónde está Leonor?
- —Nó, contestó Moises, desapareció de Santiago donde parece que los negocios no marchaban mui bien, i hasta ahora no sabemos a dónde se haya dirijido.
 - -Pues la tienes aquí, dijo Ventura.
 - —; Cómo! ¿en Antofagasta?
 - -Si, en Antofagasta i en este mismo hotel.
 - -¿Es posible? preguntó Moises. ¿I qué hace?
 - -Lo que ha hecho en todas partes, contestó con cierto des-

pecho Ventura. Beber i comer, engañar a los hombres i ganar dinero.

- —Lo lamento, dijo Moises, con el acento festivo que le era peculiar, porque esta zapadora va a dejar fuera de combate a lo mejor de nuestros combatientes.
- —¡Quiá! nó, dijo Ventura alzando los hombros con mas rabia que indiferencia, a esa mujer se la mira i se pasa.
- —Efectivamente, es como debe hacerse, replicó Moises mirando fijamente al jóven; pero por desgracia tiene no sé qué alicientes que muchos de los que la han mirado una vez se empeñan en mirarla siempre. ¿I a tí te ha seguido tratando ahora que cargas esa cortante espada, como te trató cuando perdia sus dedos en tu aun rubia cabellera.

Ventura, que no habia perdido su injenuidad, contó en el acto a Moises lo que le habia sucedido con Leonor.

—Pues te felicito, le dijo Moises; si en tu primera entrevista con ella has faltado a tres listas, en la segunda habrias faltado a seis i en la tercera te habrian fusilado por desertor. I bien, como nosotros hemos llegado en el vapor de hoi i no conocemos sino a uno que otro de los santiaguinos o porteños que se han enrolado en el ejército, tú tendras que servirnos de cicerone para indicarnos dónde podremos instalarnos con comodidad, a fin de que nuestra estadía en ésta sea lo ménos penosa posible.

Concluia de decir esto Moises cuando llega Maximiliano, quien, imitando lo que habia hecho Moises, dió un abrazo a Ventura.

Cambiadas entre ellos las preguntas i respuestas consiguientes a su inesperado encuentro, Moises terció bien pronto en el diálogo diciendo a Maximiliano:

- -¿Sabes quién está aquí?-Leonor.
- -¿Leonor Saravia? preguntó Maximiliano.
- —La misma, con su hermosura i sus vicios, contestó Moises.
- -¿I donde? ¿está con algun querido?
- —Está en este hotel, contestó Ventura, i tiene por queridos a cuantos le dan un almuerzo o una cena.

- —O a cuantos, agregó Moises, le dan en billetes limpios o ajados el valor de un almuerzo o de una cena.
- —¡Pues, amigo! esclamó Maximiliano. ¿Saben ustedes que me alegro de volver a encontrar a esa mujer? Yo, sin pretender vanagloriarme, fuí el que verdaderamente estrenó la casa que el pobre Gustavo le montó en Valparaiso.
- —Eso, le interrumpió Moises, lo sabia yo desde la misma noche, pues me acuerdo que me dió por hacer capítulos, i si la memoria no me engaña, tu desaparicion i la de Leonor del salon fué el capítulo segundo en que me dije: «De cómo miéntras un enamorado cuenta sus penas a un amigo, la Dulcinea aprovecha el tiempo contando sus goces a un amigo de entrambos.» Porque has de saber, agregó dirijiéndose siempre a Maximiliano, que miéntras tú estrenabas la casa que tantos sacrificios habia costado a Gustavo, éste me contaba las penas que principiaban a causarle sus amores con Leonor.
- —¡Qué diantres, hombre! esclamó Maximiliano, yo le hice una mala jugada a nuestro amigo Gustavo; pero bien mirado el asunto, yo habia conocido a Leonor ántes que él, i por lo tanto tenia casi derecho para no dejar perder la ocasion. Esa noche se presentó propicia i no la perdí, como aproveché despues, miéntras permanecí en Valparaiso, cuantas volvieron a presentarse.
- —Como buen cazador, le dijo Moises riéndose, has hecho mui bien en disparar sobre la liebre cada vez que se te ha puesto a tiro. En fin, agregó Moises, no detengamos a nuestro amigo Ventura que, como soldado, tiene sus obligaciones, i convengamos ántes de separarnos en el sitio i hora en que pudiéramos reunirnos para pasar una alegre velada.
- —Si es así, dijo Ventura, reunámonos en la noche en este hotel a las nueve i media, hora en que yo quedo franco.
- —Convenido, dijieron Moises i Maximiliano; i estrechando la mano de Ventura agregaron:
 - -Hasta esta noche a las nueve i media.

Miéntras una se purifica otra se degrada.

A la cita que se dieron Ventura, Moises i Maximiliano concurrieron tambien Rosendo Paez, Manuel Echay i varios otros jóvenes que, aunque amigos de ellos, no han figurado en nuestra historia i por lo tanto creemos inoficioso mencionarlos.

En aquella reunion de íntimos, como se comprenderá, no se trató de otra cosa que de recordar dias pasados i de hacer votos por que los que cargaban espada obtuvieran un éxito brillante en la guerra.

Pero a eso de las once de la noche, i cuando Ventura habia perdido la esperanza de ser recibido por Leonor, sabiendo por el hotelero que las habitaciones de aquella estaban ocupadas por mas felices competidores, el jóven fué uno de los primeros en proponer que se abandonara el hotel para ir a buscar un lugar mas apropósito donde pasar la noche.

Maximiliano, que conservaba aun ciertos recuerdos agradadables de sus antiguas entrevistas con Leonor, trató de separarse de sus amigos con algunos pretestos, con la esperanza de hacerse presente aquella misma noche a la jóven; pero sus amigos le arrastraron fuera del hotel i ya en la calle él preguntó con algun despecho:

-¡I bien! ¿a dónde vamos?

Manuel Echay, que no habia bebido lo suficiente para hallarse completamente estúpido, dijo:

- —Yo, aunque recien llegado, podria invitarlos a una casa donde hai tres niñas que mas de uno de ustedes debe conocer.
 - -¿Quiénes son ellas? preguntó Rosendo Paez.
- —Ellas, balbuceó Manuel con su voz gangosa i desapasible, son Bríjida, Panchita i Florentina.
- —¡Cómo! esclamó Moises, ¿son acaso esas niñas las que conocimos en Valparaiso, en casa de Gustavo, la noche en que éste estrenaba la casa a que habia llevado a Leonor?
- —Las mismas en carne i hueso, respondió Manuel con la flema que le era peculiar.
 - -¿I cómo has dado tú con ellas? preguntó Maximiliano.
- -Por una casualidad. Despues que nos separamos me fui a dar una vuelta por el pueblo, i al pasar por una casa oi que tras las celosías de una ventana esclamaban:—«Mira, ahí va Manuel Echay.» Al oir pronunciar mi nombre, volvime inmediatamente i pude ver a la gordita i simpática Bríjida, que con sonrisa un tanto burlona me señalaba a sus otras dos amigas. Fijándome en ellas reconocí en el acto a la vivaracha i morena Panchita, que acompañaba en la memorable noche de la inauguracion de la casa de Gustavo al viejo i barrigudo don Teodoro; i en la otra, a la rubia i altiva Florentina, que en union de Bríjida habian llegado esa misma noche acompañadas por Víctor. Verlas, reconocerlas i entrarme a su casa dándoles besos i abrazos como a mis antiguas amigas, todo fué uno. Charlamos, tomamos unas botellas de cerveza i me despedí de ellas prometiéndoles que pronto volveria a hacerles una nueva visita acompañado de algunos amigos. Creo que la ocasion no puede ser mas oportuna i en tal sentido los invito allá.

—¡Cuando yo he dicho siempre, esclamó Maximiliano, que este Manuel vale un tesoro, no me he equivocado!

I echándole los brazos al cuello, le dijo:

—¡Bravo! tú eres el hombre de la situacion. ¡Adelante! si no hai otra cosa mejor en perspectiva. Confesaron todos que por el momento no tenian ninguna otra casa mejor donde pasar la noche, i tomándose del brazo de dos en dos siguieron a Manuel que, del brazo de Maximiliano, sirvieron de gnias.

Si el lector lo recuerda, Panchita, la compañera de don Teodoro en la noche en que Leonor i Gustavo dieron una tertulia en su casa, tuvo un serio disgusto con Brijida i Florentina, el cual dió por resultado que ambas fueran sacadas de la casa por órden de Leonor.

¿Cómo se encontraban ahora reunidas i en la mejor armonía?

Para el que haya observado un poco lo que son disgustos i enemistades entre cierta clase de mujeres, comprenderá, sin necesidad de largas esplicaciones, que entre ellas no pueden subsistir largo tiempo los resentimientos. Si alguna vez los celos o la envidia los provocan, bien pronto la uniformidad de ideas i la igualdad de las aspiraciones los borran.

Pleitos entre meretrices, aun cuando se arañen i se escupan, son nada mas que tempestades de verano que sirven en muchas ocasiones para dejar mas límpida i hermosa la atmósfera.

Moises que, como hemos podido notarlo, era un hombre esperimentado, si por un momento le llamó la atencion el ver reunidas las tres jóvenes, luego se hizo las siguientes reflexiones:

—Panchita, que en aquella noche tuvo celos de Florentina porque el gordo de don Teodoro la galanteaba, habrá sido una de las primeras en reirse de sus celos cuando hizo a un lado al que en esa noche era su preferido. ¡Pobres de los que creen en los celos i en las lágrimas de una de esas mujeres que lloran solo por rabia o despecho, o sienten celos solo por el deseo de sobreponerse a las demas!

Moises se hizo estas reflexiones al ver la cordialidad i armonía que reinaba entre las jóvenes; cordialidad tal, que parecian mas bien hermanas que antiguas rivales.

El tiempo i los excesos habian empañado mucho los atractivos de las tres jóvenes: si en el dia en que las presentamos poseian aun algo de la frescura i de las gracias de la juventud, ahora eran ya unas de esas flores cuyos colores han desaparecido i cuyo tallo ha principiado a encorbarse.

Panchita no era ya una morena viva i graciosa, sino una mujer ajada que para aparecer menos fea a la luz artificial, necesitaba cargar de carmin i albayalde su quebrajado semblante.

Bríjida, tan rosada i gordita en otra época, ni aun con la ayuda del corsé podia disimular lo marchito de sus altos sénos.

Respecto a Florentina, solo podremos decir que si conservaba casi intacta su rubia cabellera, en cambio estaba tan flaca i estenuada, que sin los postizos colores que llevaba en sus mejillas se la habria tomado por un espectro.

Para Moises, que ya no sentia emociones, i para Maximiliano, que llegaba a la edad en que es un tanto difícil sentirlas, aquellas compañeras no tuvieron grandes atractivos; pero como hombres que buscaban el placer en la sociedad i en la alegría de los demas, se resolvieron a compartir con sus compañeros la fiesta que improvisaron.

La tertulia a que asistieron nuestros conocidos fué análoga a una de tantas que ya hemos descrito en el curso de esta obra, eso sí que a su terminacion salió de los límites de lo ordinario.

Ventura, que sentia un vivo despecho contra Leonor, pareció olvidar su dulzura i moderacion habitual i tuvo un sério altercado con Rosendo Paez, con quien, dicho sea de paso, jamas habia sido mui amigo.

El motivo de la disputa fué Bríjida, que habiendo al principio de la noche mostrádose inclinada a Ventura, por un capricho de esos tan comunes entre Las Hijas de la Noche, trasladó sus halagos i sonrisas a Rosendo.

Ventura se indignó por esto, i al apostrofar a Bríjida por su volubilidad, lanzó algunas palabras que sonaron mal a Rosendo i que éste contestó con otras mas hirientes i ofensivas para Ventura.

Fuéronse a las manos, i sin la intervencion de los demas ha-

bria acaecido una desgracia, pues Ventura sacó su espada i Rosendo alcanzó a amartillar su revólver.

Moises, que en estos casos no perdia jamas su sangre fria i ordinariamente era obedecido por sus amigos, tomó de un brazo a Ventura i le dijo:

—Vámonos mejor, amigo mio: recien has salido de un arresto, i si volvieras a cometer una falta, tu nombre quedaria mal puesto como militar.

—Cierto, contestó Ventura; te obedezco con tanta mas razon, cuanto que yo, como tú sabes, jamas he tenido gusto por esta clase de remoliendas. Lo que me ha hecho exaltarme ahora es ver la petulancia de Rosendo; petulancia con la cual provoca siempre conflictos en cualquier parte donde se encuentra. ¿No recuerdas lo que sucedió en Santiago en casa de Maximiliano, cuando éste dió una cena a Leonor?

—¡Ah! sí, replicó Moises: recuerdo que esa noche mortificó a Leonor, i ésta nos contó la historia de donde le vino el apodo de *El jóven de la cala*.

—Apodo que ha conservado hasta ahora, dijo Ventura, porque efectivamente su conducta ha sido de aquellas que chocan a los que, como nosotros, somos siempre francos en las amistades, siempre nobles en nuestros procederes i no queremos con la farsa i la petulancia engañar a los demas. Rosendo, pagado de lo que él cree su hermoso semblante, porque tiene grandes ojos i un bigote que se atusa con gran fatuidad, ha pensado que puede ser una especie de Cupido para las niñas, i que, donde él se eucuentre, debe ser el favorito de todas ellas.

—I bien, replicó Moises, todo esto, amigo mio, es paja picada. Cumple con tu deber, que es tanto mas sagrado hoi dia cuanto que se trata de defender a la Patria. Las tertulias no traen regularmente sino los disgustos que tú has probado esta noche; i puesto que tu carácter te inclina a la vida sosegada, sigue tus inspiraciones i no vuelvas a meterte con mujeres que amarguen tu corazon i con jóvenes tunantes que te arrastren al vicio.

Estos buenos consejos fueron seguidos por Ventura, i duran-

te el tiempo que permaneció en Antofagasta no fué a ver mas a Leonor.

Esta siguió la vida licenciosa i de disolucion en que la hemos visto; por lo tanto nos parece inútil continuar enumerando sus orjías i liviandades.

Pero entra en nuestros propósitos el dar cuenta de otros personajes que han figurado en nuestra historia i a quienes por lo tanto debemos recordar nuevamente.

Moises recibió un dia una voluminosa carta que, despues de leida por él, circuló entre los demas jóvenes que habian conocido a Gustavo.

Hizo esto Moises deseando que lo sucedido a su amigo sirviera de ejemplo a los que, mas o ménos, en un pueblo vicioso como el de Antofagasta, seguian la senda que él habia recorrido.

La carta a que hemos aludido era la siguiente:

Querido Moises:

Cuando a consecuencia de mis excesos me postré en la cama, i en poco tiempo desapareció mi juventud i robustez convirtiéndome en una especie de viejo decrépito, perdí la esperanza de volver a sentir un dia emociones gratas a mi corazon.

Por toda esperanza para mi porvenir tenia un cuerpo demacrado, una sangre emponzoñada i un físico inhábil para el trabajo, apto tan solo para pasto de los gusanos, esos herederos de nuestros despojos humanos.

Tenia tambien en perspectiva la miseria, puesto que habia disipado mi fortuna; i junto con la miseria, las enfermedades, la ineptitud, la falta de fé en el alma i la carencia absoluta de ilusiones en el corazon.

En mi pecho habia un vacío tan inmenso que nada podia llenarlo; en mi cabeza sentia un volcan donde hervian los remordimientos por mis acciones i los recuerdos de las ingratitutes que me habian herido: en fin, todo eso que se presenta a la mente de un desgraciado cuando ha habido un sér que lo ha hundido en el abismo, i él, débil i menguado, se dejó arrastrar allí.

En esos momentos, en que mi memoria lloraba los dias felices de mi juventud i mi entendimiento maldecia lo que, falto de esa potencia habia efectuado en tiempo no lejano; en esos momentos, repito, en que mi voluntad debilitada pugnaba aun por elevarse sobre las no estinguidas pasiones que me habian aniquilado i destruido; en esos momentos, amigo mio, mas de una vez tus palabras me infundieron aliento i tus consejos me reanimaron. Porque tú, comprendiendo sin decírmelo el estado de mi corazon, fuiste mas de una vez la mano que retiró de mi frente el revólver con que pensé suicidarme.

Tu proteccion, pues, amigo mio, pudo salvarme, pero te confesaré que en mi habia desaparecido para siempre la esperanza de tener siquiera algunas horas de tranquilidad. I cuando tú en esa época me decias que todo al fin se cura, que todo con el tiempo se olvida, a pesar de que he respetado tanto tu esperiencia, en esa materia creia que te equivocabas. Porque, ¿cómo podria olvidar yo que habia sido rico i me encontraba pobre, que era un hombre robusto i sano i me hallaba enfermo, que habria sido, en fin, un hombre lleno de prestijio ante la sociedad, i todo, enteramente todo, lo habia perdido por una mujer?

I bien, en vista de esta realidad, el desaliento mas grande invadia mi corazon; porque, aunque tú me decias que lo olvidaria todo con el tiempo, yo que sentia un inmenso vacío en mi pecho sabia que no lo podria llenar jamas.

¡Cuán ridículo, amigo mio, aparece el hombre que, como yo, ama o ha amado ciega i perdidamente a una mujer traidora como Leonor! Pero en vez del ridículo, te repito una i mil veces, lo que un merece entónces es compasion; porque quien llega a amar así a esa clase de mujeres, el dia que por cualquiera circunstancia se aparta de ellas, su alma queda como huérfana de otra alma, i así como el que enmudece daria la mitad de la vida por recobrar el uso de la palabra, así daria él la mitad de su existencia para volver a acariciarla.

Esto era lo que esperimentaba yo cuando tú me alentabas i me decias que a la vuelta de algun tiempo todo lo habria olvidado.

I bien, amigo mio, tu pronóstico creo que principia a realizarse: la memoria de Leonor no me desespera como ántes, pues la recuerdo sin odio i sin resentimiento, pero tambien sin amor. La recuerdo como si no fuera ella la causa de mi desventura, i como si con ella tambien no fuera con quien he pasado los dias mas felices de mi vida.

Creo que la veria llegar ahora cerca de mí sin que mi corazon acelerara sus latidos.

¿I sabes qué efectúa en mí este cambio lento pero sensible? Te lo diré con injenuidad:

La humildad infinita de Florinda, la abnegacion i paciencia inimitables que ha desplegado durante el curso de mi penosa, larga i repugnante enfermedad; la dedicacion i alegría con que esta mujer ha velado cerca de mí las noches enteras; la solicitud i cariño con que me ha cuidado, mimándome como a un niño, suplicándome como a un hermano, llorando silenciosamente cerca de la cabecera de mi lecho cuando me veia desesperado: en una palabra, la ternura infinita que ha desplegado para mí, que no sentia por ella sino una pálida gratitud i un tibio cariño, han tenido por fin un eco en mi corazon i hoi veo levantarse de él algo como el albo crepúsculo despues de la noche, algo como los primeros colores del arco iris tras de la tempestad.

Cuando sus grandes ojos se fijan en mi, derramando a raudales la ternura i el cariño, ternura en que hai algo de la que encontramos en la mirada de nuestras madres, i cariño en el cual no se vé un átomo del interes con que suelen amar otras mujeres, esperimento cierta sensacion tan agradable, que las miradas de Florinda son para mi lo que el bálsamo que se derrama sobre las heridas.

Ahora, cuando a la caida de la tarde, a esa hora en que las avecillas se despiden del dia, en que la luz se estingue ténuemente, en que las mismas brisas susurran un dulce canto; cuan-

do a esa hora nos reunimos i hablamos del porvenir, gozo tanto con ver la felicidad que se retrata en su semblante al asociarla a mis pequeños proyectos, que llego a sentir pena por lo que ella podria sufrir, si aquellos no pudieran realizarse.

¡Cuán distinto, amigo mio, es el amor de Florinda al de Leonor! Esta me enloquecia con sus caricias, me abrumaba con sus manifestaciones, me embriagaba con sus hechizos: caricias, manifestaciones i hechizos que eran para mi lluvia de fuego que me quemaba, baño de electricidad que me estremecia i aniquilaba.

Con Florinda, al contrario, esperimento solo dulces i tiernas emociones. Vivimos cual verdaderos hermanos; i aunque, como tú sabes, hubo época en que yo la poseí, jamas, desde que se encuentra a mi lado, he vuelto a tocarle un cabello, a pesar de saber que ella es enteramente mia i de que el cariño, en mas de una ocasion, ha escitado mis deseos. ¿Qué me detiene?—Una especie de respeto que me hace ver en ella, no ya a la mujer destinada a vender placeres, sino a un álguien que mas tarde, talvez, llegará a borrar su pasado siendo un ejemplo de moralidad i de virtud.

Para pintarte en pocas palabras la diferencia que hai entre el amor que sentia por Leonor i el que esperimento por Florinda, te diré que Leonor era el resplandor que me seducia, el incendio que me abrasaba, el opio que, embriagándome en deleites, me consumia.

Florinda es la suave luz que alumbra i no daña, el calor que desentumece i refrijera, el aroma que vivifica i embalsama.

¿A dónde llegará en mi este cariño?—La respuesta me la da mi corazon a menudo; pero yo no quiero hacértela oir a tí todavía, hasta que haya tomado una resolución definitiva.

Inter yo pienso, me seria mui grato oir tus palabras i recibir tus consejos. Tú que sabes cuanto valen para mí, espero que no los negarás a tu amigo

Junto con esta carta, Moises recibió otra concebida en los siguientes términos, pero cuya lectura reservó para sí:

«Estimado amigo:

Usted que, con su penetracion i esperiencia, en mas de una vez me alentó, no para continuar al lado de nuestro comun amigo, sino para abrigar la esperanza de verlo algun dia tranquilo ya que no del todo feliz, es mui justo que reciba ahora de mi parte las mas espresivas gracias i mis mas calurosas felicitaciones por su dón de adivinacion.

Gustavo está tranquilo, i en su alma parece que hai esa resignacion callada del que vé los males pasados sin dolor i soporta los presentes sin enojo. Yo al verlo así estoi satisfecha, pues creo que mas tarde llegará a lucir la risa en sus labios i la alegría volverá a habitar en su corazon.

La tristeza i el aire meditabundo que usted notó en mas de una ocasion en mí, han desaparecido solo con ver que Gustavo ha dejado de considerarse infeliz.

Mi ambicion, pues, está satisfecha; i creo que si Dios oye mis súplicas, me concederá que los dias que me quedan de vida sirvan a Gustavo para hacerle comprender que, si hai mujeres que por cálculo o perversidad pueden llevar a un hombre al abismo, hai otras que solo por cariño i horror al pasado pueden ser al lado de un hombre algo como una hermana de caridad.

Inútil será que le diga que estoi contenta i que nunca he sido tan feliz como ahora. Comparando mi vida de otro tiempo con los momentos actuales, veo la diferencia inmensa que existe entre las orjías, el desenfreno, las liviandades, las intrigas i demas cortejo de la disolucion, i la vida modesta, tranquila i recatada. De repente llego a olvidarme yo misma que tengo un pasado oscuro como la noche: ¡tan claro hallo mi presente i tan bello diviso mi porvenir!

Pero, amigo mio, si debiera detenerme en estas reflexiones, le quitaria a usted mucho tiempo; i como mi intencion al escribirle ha sido solamente esplicarle la tristeza que usted notó en mí i que atribuyó a que yo principiaba a echar de menos mi antigua vida, creo que con lo espuesto dejo cumplidos mis deseos i pruebo a usted que en esta vez su esperiencia se ha equivocado.

Si tiene algo que aconsejarme en beneficio de nuestro amigo Gustavo, le obedecerá ciegamente esta su amiga afectísima i S. S.

Florinda Quiróz.

—¡Pues, señor, esclamó Moises, cuando hubo leido las cartas anteriores, parece que en realidad, como me lo dice Florinda, esta vez me he equivocado! Esta mujer, puesto que encuentra placer o satisfaccion en la vida un tanto azarosa i de sacrificios que lleva al lado de Gustavo, será un nuevo ejemplar de la Magdalena. Por lo que hace a Gustavo, le acaece lo que necesariamente debia sucederle: es decir, ama al sér que se ha dedicado completamente a él.

Continuando Moises en sus reflexiones se dijo:

-Hé aquí, tambien, un caso digno de estudio para un fisioloiista o un pensador. Dos mujeres lanzadas en el mundo i en la carrera de los vicios, como bolas arrojadas sobre un lago cristalizado por el hielo: lanzadas al parecer con igual fuerza i llevando ambas en sí las mismas cualidades para llegar a igual término, la una se detiene en la mitad de la carrera, miéntras la otra sigue resuelta hasta llegar talvez al abismo. Ambas encontraron a un mismo hombre en su camino: la primera túvolo cuando ese hombre era rico, jóven, hermoso i lleno de las cualidades mas apreciables en la sociedad. Nadie como él podria haberla hecho dichosa: nadie como él le habria dado ni mas amor ni mas fortuna: i andando el tiempo habria llegado, talvez, a borrar su pasado conduciéndola al altar. Sin embargo, ella le desdeñó i le arruinó hasta dejarlo en el estado lamentable en que vino a caer en manos de la otra que, rodeada de atenciones, con un porvenir de deleites ante la vista, desdeña a su vez a los adoradores que la rodean, desaparece del mundo

donde reinaban su hermosura i su gracia i se somete a ser la cuidadora de un enfermo, el sosten de un inválido i, en fin, el consuelo de un desgraciado. ¿Cómo esplicarse estos fenómenos? ¿quién podrá decir que conoce el corazon humano? quién podrá decir que en esta materia hai leyes fatales que se cumplen, destinos inevitables que mal que pese a la criatura han de tener su realizacion?... ¡Pero en fin! lo que sí es inevitable, fatal, i que debe pesar como mano de hierro sobre cuantos se abandonan a la relajacion i salen un tanto de los límites que la naturaleza ha señalado a la humanidad, es que tendrán que sufrir las consecuencias de llorar, en prematura vejez o en inesperada miseria, los estravíos de loca i corta juventud. I, si no, dígalo el hijo de mi madre que de joven alegre, alma i vida de los salones, ha quedado convertido en un sér propio para guaguatero!... ¡Pero en fin, a lo hecho pecho, i viva la gallina, viva con su pepita! Por lo que hace a esas cartas, no las contestaré hasta que se realicen ciertos hechos que podrán servir a Gustavo i Florinda, cuando se los cuente, para que se arraiguen mas en ellos las ideas que ahora sustentan.

Confidencias i consejos.

Efectivamente, trascurrieron como dos meses hasta que Moises, sentándose a su escritorio, contestó a Gustavo con la carta siguiente:

«Querido amigo:

Si mal no he comprendido, parece que navegamos en apacible rio, de lo cual te felicito; porque, entre vivir solo como poste plantado en medio de un desierto, i vivir acompañado, sirviendo de algo a álguien i sirviendo ese álguien de algo a uno mismo, hai tanta diferencia, como de comer tranquilo al rededor de una mesa a tirarse con los platos de que aun no nos hemos servido.

Hablando seriamente, te diré que tú no puedes ya considerarte un hombre desgraciado: encuentras precisamente lo que necesitas i lo único que podia serte útil. Hallas una mujer que hasta aquí, al menos, te ama con sinceridad i que si así sigue rodando la fortuna, parece que te amará per omnia secula seculorum. Amen.

Mi mision de consejero o de mentor es ya inútil.—Cuando habla el corazon, las palabras de los amigos son balas frias que rebotan sobre una plancha de bruñido acero. Para probar esto, me bastará recordarte que miéntras estuviste cegado por los encantos de Leonor, fueron ineficaces las mil i mil sensatas observaciones que te hicieron tus amigos.

Así, te diré ahora yo lo que contestó el cura a la viuda que fué a consultarle sobre si volveria a casarse.—Escucha las campanas que haya mas cerca de tu casa; si no hai campanas, la voz del rio; i si no hai rio, los ecos del viento, i aquellas o éstos t^e dirán lo que mas quiere tu corazon.

En las ondas mujidoras del viento, en la turbulenta corriente del rio o en las metálicas voces de las campanas, oirás distintamente una de estas dos voces:

- -«Ca-sa-te-con-ella»... O,
- -«No-te-ca-ses-con-ella»...

Hé aquí, pues, mi único consejo; i dado él, paso a otra cosa. En estos mundos, donde no se oye mas que los clarines que trinan, los tambores que redoblan i los aceros que chocan, se ha reunido tambien un respetable cuerpo, no sé si llamarlo de gastadoras o de zapadoras, que al revez del cargo que en los ejércitos corresponde a los zapadores, o como los tenemos en nuestro ejército, a los pontoneros, mision que no es otra que la de allanar el camino que han de seguir sus compañeros; estos cuerpos, quiero decir, las gastadoras o zapadoras que aquí tenemos, hasta hoi solo suscitan dificultades i tienen a nuestros pobres oficiales un tanto revueltos i a mal traer.

Entre esa falanje hai varias de tus antiguas amigas. Hai una que con el nombre Leonor Saravia, puede decir como el Tenorio del drama: «que desde el galoneado jeneral hasta el humilde soldado distinguido, ha recorrido todo el escalafon militar.»

Pero no creas, amigo mio, que Leonor es la Leonor de Valparaiso i de Santiago en sus primeros dias: la que hai aquí tiene la cútis mui ajada i es una mujer que fuma, que se embriaga, que echa una pierna sobre la otra como el mas despreocupado colejial. Esta, ya sea por vicio, ya por ambicion de ganar dinero, mantiene su puerta abierta para cuantos llegan a ella con algunos billetes de banco en las manos.

Para decírtelo todo en pocas palabras, Leonor es una criatura enteramente corrompida: su culto lenguaje se ha convertido en grosero i obceno; es una mujer que ya no conserva el mas mínimo pudor i que, embriagada, se entrega a los mayores i mas repugnantes exesos, siendo uno de los menores, el de bailar desnuda el can-can delante de cuantas personas se encuentran a su alrededor.

Sin embargo, así como del fango inmundo, cuando lo calienta un rayo de sol, se levantan lijerísimos vapores que el aire convierte en cristalino i puro rocío, así, de cuando en cuando del corazon de esta mujer parecen arrancarse chispas que revelan que todavía hai en ella restos de dignidad i sentimentalismo.

Ayer tuvimos en ésta una de esas escenas horribles, hoi mas que nunca por el grado de civilizacion a que hemos llegado. Se trataba de fusilar a un muchacho que habia tomado las armas en Santiago, pero que tenia mas aptitudes para pillo, tunante ¡ ladron que para militar.

El campo se llenó desde las primeras horas de la mañana. Entre la multitud hallábase nuestra amiga Leonor, i por una casualidad, cercano a ella, el que esto escribe.

Ocupábamos un magnifico lugar, pues a mas de que el banquillo del reo que iba a ser ajusticiado estaba mui cerca de nosotros, por una prominencia del terreno podiamos dominar hasta el doble cordon de soldados que formaban círculo al que iba amorir.

Aunque no travé conversacion con Leonor, estaba no obstante bastante cerca de ella para oir cuanto decia. En esos momentos charlaba con dos o tres amigas que, como ella, reian a carcajadas, cual si en el sitio en que se hallaban fueran a presenciar una comedia o una corrida de toros.

Yo, que hace mucho tiempo no sé inmutarme por nada, esperimenté, sin embargo, un gran fastidio al ver aquel desenfado o cinismo.

Leonor decia que habia ido para ver qué clase de jestos se

hacen al morir, porque si el moribundo se ponia mui feo, ella tendria buen cuidado de taparse la cara con las sábanas cuando le llegara el momento.

Tras de éstas o análogas chanzas llegó el instante en que, despues de haberse oido un sordo murmullo de la multitud, todos guardaron el mas profundo silencio.

Iban a sentar al reo en el banquillo.

Pasó un momento i ví que Leonor se puso pálida i se apoyó en una de sus amigas para no caer. Miró aun fijamente al soldado que habían sentado en el banquillo i lanzó un grito esclamando:

- Dios mio! es él... sí, él, Lagartija!

I trémula, desfallecida, se sentó en el suelo, i tapándose la cara con ambas manos, agregó:

-¡Nó!... nó, yo no quiero verlo matar!

Una de las amigas se inclinó a ella preguntándole:

- —¿Quién es ese Lagartija?
- —; El hermano de Natalia, de la pobre Natalia, cuya suerte, como la mia, debe ser a estas horas bien fatal!

Diciendo esto rompió a llorar, i sus amigas se vieron obligadas a alejarla del sitio en que, por sus vicios i malas costumbres, iba a perder la vida un jóven que habria podido ser el sosten i apoyo de una hermana i un buen soldado para la patria.

Pero, así como las negras nubes en dia de verano apenas arrojan el rayo que traen en su seno cuando se disuelven i evaporan, así Leonor, apénas se hubo apartado del sitio que hubo escitado su sentimentalismo, volvió a ser la mujer indiferente i degradada que te he pintado. ¡En la noche la ví en una infernal orjía, i tuvo la audacia de beber una copa por el ajusticiado!

Creo que con estas noticias que te doi de Leonor tendrás suficiente para hacer comparaciones entre ella i Florinda.

Ahora te diré que tambien están por estos mundos Maximiliano, Manuel Echay, Rosendo Paez, Ventura Amor i varios otros de nuestros antiguos compañeros de Santiago, que como yo han venido a conocer la tierra reconquistada.

Aunque no con tan santo fin, han venido tambien siguiendo o precediendo a Leonor varios de esos ánjeles caidos que nosotros soliamos visitar a la media noche. Figuran entre las conocidas la graciosa Panchita, que tiempo há perdió todas sus gracias; la gordita i no despreciable (en otra época) Bríjida, que parece perdió todos sus encantos al atravesar los mares; i finalmente, la altiva rubia Florentina, que ahora es mas dócil que los apaleados asnos cargados de arena que trafican por las calles de nuestra capital.

Toda esta jentuza, llegada ya al último estremo de la abyeccion, va a ser barrida en breve por una órden del jeneral, como se barre la escoria de los hornos de fundicion, como se aparta al leproso de los sitios en que su repugnante enfermedad puede contaminar a los que se acerquen a él.

Siendo esto así, i como el fin de estas desgraciadas es siempre mas o menos análogo, creo que sin ser profeta puedo decirte que al ser arrojadas de aquí irán a morir a uno de los hospitales del sur.

Por tanto, desde ahora cantémosles el Requiescant in pace i dejémoslas en paz.

Respecto a nuestros amigos, te diré que Maximiliano i Manuel, teniendo ya la edad en que no se hacen muchos disparates, viven aquí mas o menos como vivian en Santiago. Comen i beben bien, i cuando se presenta la ocasion aprovechan los picholeos.

Con Ventura Amor no sucede lo mismo: es un arrogante i cumplido oficial que, despues de unos dias de arresto sufridos por causa de Leonor, ha jurado que miéntras dure la campaña no tendrá otra querida que su aun vírjen espada.

El probre Rosendo (álias el jóven de la cala) volverá pronto a Santiago al lado de su familia a causa de que, en una de palabras i de puñetes que tuvo en una remolienda con uno que tenia las manos mas pesadas que él, sacó la nariz quebrada i

99

un ojo a mal traer, ameu de dos roturas de cabeza i otras cosillas de tan poca importancia como las anteriores.

Por acá, mi amigo Gustavo, la jente se pone mui belicosa i poco tolerante con los necios e importunos.

Creo, mi amigo, que quedarás satisfecho con la corta reseña que te he dado; i como en materia de amores ya te he dado al principio de esta carta mi opinion, pongo punto final a ésta, enviándote desde aquí un afectuoso apreton de manos.

Moises.D

Junto con la carta anterior, Moises creyó que debia contestar tambien a Florinda la suya.

Cediendo a su carácter un tanto festivo, pensó escribir a la jóven en son de broma; pero refleccionando en seguida que su carta podria contribuir en algo a la felicidad de sus amigos, resolvió redactarla en la forma siguiente:

«Estimada Florinda:

Tu carta me ha complacido, i al contestarla, voi a reflexionar un poco, en union contigo, sobre tu situacion i la de nuestro amigo Gustavo. Pero ántes permíteme una digresion.

Cuando ví los tristes estragos que habia hecho en mi inesperto amigo el desgraciado i funesto amor que concibió por una mujer que jamas supo corresponderle como él merecia, pensé que lo único que podia librarlo de una muerte triste i prematura era el amor de otra mujer; pero no un amor volcánico i ardiente como el que le habia aniquilado, sino uno de esos cariños en que hai mas abnegacion que interes, mas ternura que pasion.

Felizmente, para nuestro amigo, tú, por uno de esos cambios incomprensibles del corazon, de la noche a la mañana te presentaste como el sér que mi amigo necesitaba para endulzar sus amarguras. Yo ví en tu desprendimiento i en tus primeras acciones un algo inusitado, i fuí el primero en señalar tu cariño a Gustavo como la mejor panacea para sus dolores,

Es cierto que mas tarde, al notar tus tristezas i distracciones, temí que fueran producidas porque echabas ménos tu alegre vida antigua. Entónces, comprendiendo que si Gustavo principiaba a tener algun cariño por tí, sufriría horriblemente cou un nuevo desengaño, traté de desilusionarlo diciéndole que era imposible que la mujer, acostumbrada a la libertad i al placer, se sometiera a una vida de recato i de virtud.

He creido necesario darte esta esplicacion, por la especie de inconsecuencia que puedes haber notado entre lo que dije cierto dia i la duda que formulé mas tarde.

Ahora pasemos al objeto que me he propuesto en esta carta. Mui ardua, mui ruda, mui penosa va a ser para tí, en ciertos momentos, la empresa que te has impuesto.

Tu juventud i las gracias que aun conservas van a ser otros tantos incentivos, a mas del de tu recato, para que, ora tus antiguos amantes, ora las personas con quienes te roces en el porvenir i que conozcan tu pasado, te asedien i persigan con declaraciones i ofertas mas o ménos halagüeñas i tentadoras.

En mas de una ocasion, tambien, mi estimada Florinda, la memoria te presentará, deslumbrantes, algo de los dulces recuerdos del pasado (porque nadie ha sido tan infeliz que no haya tenido unas cuantas horas, siquiera, de dicha sobre la tierra). I como al travez del tiempo, por una especie de ilusion de óptica que se opera en nuestra memoria, el volúmen de los males que hemos pasado disminuye, así como el de los goces aumenta, no será estraño que por tu mente cruce mas de una vez la idea de que ántes eras mas dichosa. Veras desfilar, ora los paseos en que fuiste tan atendida i festejada, ora la imájen de un sér que te fué querido, ora los valiosos trajes que en otros tiempos usabas, ora en fin, las regalías de que disfrutabas, la libertad de que disponias, la abundancia, en fin, que en tales o cuales épocas te rodeaba. Esos paseos, esas imájenes aun queridas, esos elegantes trajes que sirvieron para realzar tu hermosura, esa libertad i esas regalías, las verás sostituidas por el retraimiento i la quietud, por la modestia suma en el vestir, por la dependencia de otra persona a quien tendrás que complacer, i en fin, por esas mil cadenillas, que aunque delgadas i livianas, entraban las alas del ave acostumbrada a cernerse i refosilarse, libre i holgada, entre la tierra i el cielo azul.

Esto merece, amiga mia, pensarlo mui bien.

Tú eres libre: ¿por qué deseas someterte a otra voluntad que la tuya?

Tú eres simpática i hermosa i muchos hombres se disputarán la palma de agradarte: ¿por qué te contentas con los halagos de uno solo, talvez con los halagos de uno de los que ménos valen?

Tú puedes escojer entre varios hombres, gozar con ellos hasta que tu capricho o tu pasion se sacien i despues despedirlos ⁱ sostituirlos: ¿por qué renuncias a ese derecho i te condenas a uncir siempre un solo yugo?

Tú puedes vestir seda i deslumbrar con tu elegancia, ¿por qué prefieres la barata lana o el modesto percal que de nadie llamarán la atencion?

Tú, que has usado brillantes i puedes usarlos aun, ¿por qué los desprecias o los desdeñas, cuando son tan hermosos los prismas que roban a la luz?

Tú, en fin, Florinda, que vivias, ora entre los armoniosos i alegres compases del valse, ora entre las frenéticas carcajadas de las orjías, ora entre la bulliciosa i animada charla de los paseos, ora, en fin, cautivando i rindiendo a tus plantas a la loca i disipadora juventud; ¿por qué, te pregunto, buscas ahora la dicha en el trabajo, la alegría en el sufrimiento, el placer en la soledad i la satisfaccion en el aislamiento?

¿No temes, amiga mia, que al cabo de algun tiempo, disipado eso que en tí talvez no sea mas que una alucinacion, tus propósitos se debiliten, tus fuerzas te abandonen i tengas que correr en busca del antiguo manantial donde bebias el deleite?

Esto, para tí, seria nada, pues lo harias por tu gusto i tu voluntad; pero, ¿qué sucederia a Gustavo, que comienza a ver en tí una esperanza, un consuelo, una dulce promesa de bienestar? Porque, amiga mia, hablándote con la franqueza que debo hacerlo cuando se halla de por medio la felicidad de mi mas querido amigo, te diré que no es imposible, pero sí mui difícil, que la mujer habituada a una vida de variadas i constantes emociones, soporte por mucho tiempo la vida igual, silenciosa i callada del hogar donde hai método, quietud i austeridad. Lo que sucede a menudo es que muchas, de buena fé, se creen en los primeros dias mui felices; pero al cabo de algun tiempo, la armonía la encuentran monótona, la soledad insufrible, i sin darse cuenta ellas mismas de lo que hacen, principian por ser infieles al hombre que las ama i concluyen por volver con mas ardor al libertinaje i a la disolución.

Es cierto que todas esas suelen llorar mas tarde, con lágrimas de sangre, sus estravíos; pero es cuando ya no pueden detenerse en la carrera que han emprendido i cuando las puertas de la rehabilitación para ellas se han cerrado.

Antes de ir mas adelante, Florinda, piénsalo bien. Consulta tu corazon i no cometas lo que en tí seria una infamia, pues Gustavo, con un nuevo desengaño, seria hombre perdido.

Si en tu alma sientes una paz infinita, como creemos existe en el espacio azulado cuando los rayos del sol le iluminan; si la imájen del hombre a quien ahora amas se ha grabado en tu mente de un modo indeleble, como se estampan en el papel los objetos que reproduce la fotografía; si sientes en tí otros gustos, otros deseos, otras aspiraciones, en todo contrarias a las que antes probabas; si miras tu pasado con horror i desearias dar una parte de tu vida para borrarlo; si, en fin, sientes en tí otro sér que ha surjido de tí misma sin esfuerzos de tu voluntad, sin las combinaciones del cálculo, sin los mas pequeños móviles del interes, i amas porque amas, como la avecilla que gorjea solitaria en el bosque, como el arroyuelo que murmura armonías en las selvas, como la harpa eólica que vibrara pulsada por la brisa: gorjeos, armonías i modulaciones espontaneas, nacidas solo al imperio de las grandes afinidades que existen en la naturaleza; si sientes eso, Florinda, o algo análogo, yo puedo decirte que amas verdaderamente i que puedes ser dichosa con ese amor.

Yo, interesado tanto como tú misma en la felicidad de Gustavo i en la tuya, desearía que me abrieras por completo tu corazon i me descubrieras hasta los mas recónditos secretos que guarda tu alma. Al solicitar de tí esta confidencia hágolo en la persuasion de que tú no deseas otra cosa que asegurar tu dicha i la del hombre con quien vives. Yo te diria si pensaba que tu amor podria ser duradero a fin de que si por acaso no sucediese así, no tuvieras tú misma que arrepentirte mas tarde de haber obrado mal cuando creias obrar bien.

Porque, Florinda, vuelvo a repetírtelo: el corazon de la mujer que como tú ha recorrido un poco el mundo, tiene en ciertos momentos aspiraciones que no son sino una especie de fantasma a que ella rinde culto por un momento, pero que despues por el hábito o la costumbre desdeña i ultraja.

Así, bien puedes tú sentir ahora una especie de idolatría por el nuevo amor que esperimentas, por la nueva vida que sueñas, por la rejeneracion a que aspiras; pero todo eso bien no puede ser mas que un capricho de tu espíritu fatigado por el placer i que mira los dias de descanso como un bien que desea hacer eterno.

Estos cambios bruscos en la vida, sobre todo cuando como el tuyo se efectuan sin transicion, pasando de la opulencia a un punto cercano de la miseria; de la vida alegre i colmada de placeres al aislamiento i la soledad; del bullicio de las orjías al silencio monótono del hogar; del salon alegre donde ántes te hallabas continuamente rodeada de aduladores que festejaban tu hermosura i rendian culto a tus gracias, al estrecho i triste gabinete donde no tendrás mas compañía que la de un sér gastatado por los escesos i entristecido por la horfandad de su alma: cuando se pasa así, estimada amiga, que es como salir de un teatro i entrar a un cementerio, i se vé que esto último ha de ser eterno, que durará miéntras lata el corazon en tu pecho, o un soplo aliente la vida del sér a quien has dedicado tu existencia;

cuando esto sucede, lo repito por tercera vez, suele venir el arrepentimiento, i con el arrepentimiento la amargura, i con ésta un cambio de propósitos i de aspiraciones que ordinariamente es fatalísimo, ya para la persona que habia jurado un amor eterno, ya para el que habia recibido ese juramento haciéndolo la base de su felicidad futura.

Dejo, amiga mia, a tu penetracion las mil deducciones que pueden desprenderse de las lijeras ideas que te he espuesto. A tí, te toca interesada en tu bien, meditarlas antes de llevar adelante tu sacrificio i el de Gustavo.

Contéstame cuando haya pasado algun tiempo, que tendrá mucha satisfaccion en contribuir a tu felicidad éste tu amigo i S. S.

Moises.

X Rasgos jenerales de las hijas de la noche.

Han pasado dos años.

La vida de «Las Hijas de la Noche» (nombre con que hemos designado desde el principio de esta obra a esa porcion de séres que, cual las aves nocturnas, duermen gran parte del dia para velar la mayor porcion de la noche); la vida de Las Hijas de la Noche, repetimos, no ofreceria gran novedad a nuestros lectores despues de los cuadros que lijeramente hemos diseñado.

Para llenar el vacío de esos dos años, creemos suficiente decir que, durante ellos, tanto las jóvenes con quienes hemos trabado conocimiento, incluyendo a Leonor, como todas aquellas que ejercian igual arte o profesion (pues profesion i arte a la vez es el seducir, engañar i atraer a los hombres); todas ellas, decimos, continúan llevando la vida que desde sus tiernos años habian elejido; vida que, reasumida en pocas líneas, i con mui pequeños variantes, puede darse a conocer de un modo jeneral, sin necesidad de aplicar nombres propios.

La hija de la noche duerme, por lo comun, hasta mui tarde, pues ordinariamente tambien se recoje mui tarde.

Al levantarse ciñe a su cuerpo el primer vestido que encuentra, alguno ordinario i no mui aseado, de aquellos que ya no le sirven para salir. Como para estar en la casa las ropas interio-

res les son poco útiles, no las usa; i sus piés, que en la calle lucen elegantes i ajustados botines de raso o cabritilla, en la casa, por lo jeneral, solo están cubiertos con prosaicas i no siempre nuevas zapatillas.

La hija de la noche al levantarse, se mira al espejo i aunque ve su faz pálida, sus ojos ojerosos, su cabello enmarañado, cierta laxitud la impide el dedicar cinco minutos al arreglo de su persona; i pensando siempre kacerlo un poco mas tarde, pasa asi desgreñada i repelente todo el resto del dia.

Sea por relajacion del estómago, sea por la costumbre de no comer nunca a horas determinadas, la hija de la noche se alimenta con mui poco. Una fruta, un dulce, un vaso de leche, una bagatela cualquiera le basta para su desayuno i a veces hasta para su almuerzo. Las cosas ácidas, las naranjas, los limones, las ensaladas cargadas de vinagre, devóralas con placer.

Con mui raras escepciones, la hija de la noche es siempre perezosa; tanto porque ordinariamente no sabe hacer nada, como porque habituada a ganar el dinero con poco trabajo, no se resuelve a dedicar su tiempo a cosas que le darian insignificante provecho con mucha labor. Así, cuando han sido un tanto educadas i tienen gusto por la lectura, no es raro verlas de espaldas sobre un sofá, con un libro abierto entre las manos, los piés mas altos que la cabeza, pasar horas enteras embebidas en la lectura.

Si se reunen con una amiga, ya es otra cosa: fuman su cigarrillo que adelgazan con maestría i que chupan alargando mucho los labios como si temieran quemarse la nariz; i así, entre bocanada i bocanada de humo, se cuentan sus historias, lo que les pasó o hicieron la noche anterior, lo que han oido decir de la fulana o de zutano, i lo que conviene hacer para que la profesion sea mas lucrativa i menos destructora. Hablan de A., diciendo que es mui jeneroso; de B., que es insufrible cuando está con copas; de C., que es mui tacaño i un... tramposo (otra es la palabra pero no la podemos usar por decencia) i en fin, pasan

una revista minuciosa de cuantos frecuentan sus casas, sacándoles a lucir todos sus defectos, mas bien que sus buenas cualidades, para no tener por estas últimas nuevas rivales.

Pasadas así las pocas horas del dia que median entre el levantarse i la hora de la comida, que para ellas, como ántes dijimos, nunca son fijas, van a la mesa, o al comedor si lo tienen, lo que dicho sea de paso, pocas veces sucede, pues lo mas comun es que solo tengan sala de recibo i dormitorio, van a la mesa, dijimos, i de su frugalísima comida solo toman aquello mas insignificante i ménos nutritivo.

¡Raras organizaciones que apuran la naturaleza debilitándola con los escesos i no la dan sino lo que apénas podria sustentar a un jilguero!

Pero continuemos.

Levantándose de la mesa, llega la hora en que, puede decirse, principia a vivir la hija de la noche. Se despereza, da elasticidad a sus miembros retorciendo i estirando los brazos, alargando o inclinando el talle i sacudiendo, en fin, por tales o cuales movimientos, la especie de laxitud o somnolencia que durante el dia la ha aletargado.

Como ya a esa hora el sol se ha ocultado o está al ocultarse, ilumina con gas o barata parafina su tocador i se dedica a la mas importantísima tarea que le exije su profesion.

Arroja el viejo vestido, i en enaguas, con los brazos i algo del cuerpo desnudos, se coloca ante el espejo i procede a una toilet que dura ordinariamente algunas horas.

Mui minucioso seria que siguieramos a la hija de la noche en todos los detalles, muchos de ellos que no pueden ser revelados por la pluma, que acompañan hasta la terminacion la referida toilet.

Sin embargo, sin ser difusos, podemos consignar los principales, i dar una idea de lo que es el tocador de estas damas.

En el peinador, mas o ménos valioso segun la categoría de la dueño, a mas del jarro, tasa, escobillera, jabonera i demas anexos al servicio de porcelana, hai por lo regular agua de Atkinson, menta o mirra para la boca en botes de cristal, polvos rosados para los dientes, col-cream o crema fria, en tazas de porcelana, escencia de violetas o de rosas en pequeños frascos de cristal, aceite para el cabello, un pequeño frasco de glicerina, polvos de arroz en elegantes botes de plaqué o de cristal, i en fin, todo lo que la ciencia de los charlatanes o los charlatanes de la ciencia han recomendado para embellecer la cútis o hacer brillantes i hermosos los cabellos.

Tambien hai siempre en los tocadores de estas damas, otros cosméticos que es necesario buscarlos en los ángulos mas ocultos de los cajones del lavador o todavía en lugares mas inaccesibles a la curiosidad de los visitantes. Estos cosméticos suelen ser una inocente agua de cara i un pequeño papelillo con polvos rosados, que estendidos con arte sobre las mejillas, producen en la noche agradable ilusion.

Por lujo de aseo, hemos oido decir que algunas tienen tambien, como un accesorio, un repuesto de taza i jarro de lavador que ordinariamente colocan inmediato al mueble en que se halla el primero.

Para no detenernos en descripciones mas o ménos conocidas diremos tan solo que, cuando la hija de la noche ha colocado sobre su cutis, sobre sus labios, cejas i cabellos todo aquello que puede embellecerlos, se entrega a la segunda parte de su atavío, que no es otra, que cambiar toda su ropa interior i elejir la esterior que mas le agrada para el paseo o fiesta a que se prepara.

Vestida ya, se mira una última vez al espejo, arregla un rizo rebelde que no cae bien sobre su frente, se acomoda las faldas del vestido, echa sobre éstos algunas esencias con las cuales se frota tambien las palmas de las manos, i así preparada enciende gas en el salon i sale a la puerta, a la hora en que ordinariamente los comerciantes i los que no lo son, dan su paseo de despues de la comida.

A esa hora, no falta una amiga con quien acompañarse; i si el dia anterior ha sido productivo, la hija de la noche va al

comercio, donde siempre tiene algo que comprar, i donde en muchas ocasiones contrae nuevas i provechosas amistades. Así, asiéndose ambas del brazo, la frente alta, los labios sonrientes i provocativos, los ojos chispeantes, i con paso mesurado, balanceando mucho las caderas, recorren el comercio hablando con animacion tal que si no se supiera que solo se ocupan, de futilezas, podria creerse que trataban de hallar la cuadratura del círculo.

Al recorrer las calles mas concuridas, no es estraño que al pasar, i por un acaso, se encuentren con un conocido. Si éste es un amigo íntimo, de esos que gozan de cierta preferencia, le miran i sonrien, i tanto con sus miradas como con sus sonrisas parecen decirle: «¿Cuándo vas?» o esta otra: «¿Por qué no has ido?»

Al contrario, si el galan les ha jugado una mala pasada o tienen con él algun resentimiento, devóranle con los ojos i haciendo una mueca desdeñosa con los labios, tuercen la cara al lado contrario para manifestarle su desprecio i dicen a su compañera:

-¿Has visto hombre mas chinchoso que ese?

Sigue la historia para probar el calificativo con que han designado al galan: historia que, dicho sea de paso, es siempre mui correjida i aumentada.

Despues de recorrer el comercio i si, como hemos dicho, van dispuestas a hacer compras, entran a la tienda tal o cual, donde siempre hai un dueño o un dependiente mui jeneroso o mui galan.

La hija de la noche es la mejor compradora que puede desear un comerciante. Lo que le gusta lo toma, cueste lo que cueste: si llega a preguntar el precio para pagarlo de contado lo hace sin regatear; o si, al contrario, en la tienda tiene cuenta corriente, toma el objeto que le ha agradado i dice al comerciante:

-Apúntelo usted...

En esos apuntes, los comerciantes suelen quemarse; pero segun lo hemos oido decir, pues a nosotros no nos consta,

hai algunos comerciantes con tan poca conciencia o con conciencia tan elástica, que un sombrero, por ejemplo, por el cual no debian pedir mas de treinta pesos, en el apunte, al asentar la partida, el tres se vuelve cinco i asciende así la partida a cincuenta. Esto, lo repetimos, solo lo sabemos de oidas; i si es así, que lo dudamos, porque todos los comerciantes que conocemos son mui concienzudos, allá se vá el apunte que se quema con el apunte que se duplica.

Nota importante: la hija de la noche, aunque reciba a raudales el oro, vive debiendo i muere debiendo.

En la tienda o en la sombrerería, a la costurera o en el despacho, ora unas varas de encajes, ora una elegante pluma, ora la confeccion de un vestido, ora en fin, una botella de cerveza o una libra de azúcar donde el cacero, son, por lo comun, las deudas que siempre tiene pendientes. Por lo menos, debe al frutero las cerezas, naranjas o chirimoyas que ha consumido el dia anterior.

Continuando nuestra lijera representacion, diremos que hechas las compras, se repite el paseo por el comercio llevando ambas en los brazos paquetes no mui voluminosos. Ya a los amigos que encuentran a esa hora, con sus sonrisas, con ciertos meneos de cabeza, con no sé qué espresion picarezca que dan a su semblante, parecen decirle:

—¡Vea usted!... ya vamos de recojida!!!...

No es raro que, como que no quiere la cosa, uno o algunos tomen el mismo camino que ellas siguen i de esta manera, con el paseo al comercio, las hermosas damas que hemos venido acompañando, obtienen tres cosas a la vez.

La primera, haber hecho un paseo hijiénico despues de la comida; la segunda, haberse surtido, en las tiendas, de lo que les hacia falta; i tercero, haber pescado... pero nó, decimos mal, haberse hecho de nuevas amistades.

Realizado de esta manera el nocturno paseo, lo que acaece despues no entra en nuestros propósitos narrarlo.

Pero no siempre se efectúan compras ni se conquistan amis-

tades. Cuando esto sucede, la hija de la noche que vuelve a su casa, cuya ventana ha dejado abierta, el gas encendido, como para decir a los que puedan haberla ido a buscar en su ausencia: «luego vuelvo» cuando esto sucede, repetimos, abre su puerta i, o bien se coloca a la ventana o frente a ella sentada en un sofá, o bien se pára en la puerta como para tomar el fresco aire de la noche, aun cuando en esos momentos el frio la haga tiritar.

• En cualesquiera de las actitudes i lugares en que la hemos supuesto, sucede que, al pasar cerca de ella algunas personas que por su traje o su fisonomía, revelan que no son unos pelafustanes, la hija de la noche se siente atacada de improviso de una especie de constipado que la hace tocer de una manera particular, cual si sintiese un fuerte cosquilleo en la larinje.

Unos pasan sin hacer caso de la tos de la dama: otros la miran i le dicen algo que a cualquiera otra haria ruborizar, pero que a ella no ruboriza; i si es lista i descarada, lo que suele ser mas frecuente de lo que se cree, a una palabra rosada dicha por el transeunte, contesta ella con dos tan rojas como el carmin con que suele tener pintadas las mejillas.

Sucede tambien que la velada a la puerta o a la ventana se prolonga hasta la una o mas de la mañana, hora en que segun los dias i la esperiencia de cada cual, ya no es fácil obtener el logro de sus aspiraciones.

Entónces, cierra lentamente su puerta: corre las cortinas de la ventana, pero sin cerrar los bastidores: deja una luz encendida en la sala para que los que pasen por fuera vean que ahí se vela, i se recoje a su lecho en el cual se acuesta, cuidando de no deshacerse el peinado i conservando los aretes o zarcillos, aun cuando éstos le magullen la piel.

El sueño que cierra sus párpados es levísimo; i los tacones que resuenan en la vereda o los golpes que dan a la puerta de la vecina que por esa noche ha sido mas afortunada, la despiertan al instante.

No es estraño que al dia siguiente esa mujer que ha dormido

peinada i con aretes, se levante de pésimo humor, dispuesta a renir con el lechero, panadero o frutero, sobre todo si hai alguna cuentecilla pendiente, lo que tambien es mui comun; i sobre todo, volvemos a repetirlo, si en las tiendas, o en algunas bagatelas, la dama ha consumido todo su caudal.

El lector podrá llenar, como lo hemos dicho al principio de este capítulo, con estas o análogas escenas, los dos años trascurridos hasta los nuevos acontecimientos que iban a tener lugar, aplicando a Leonor i demas jóvenes que hemos conocido, la vida o los hechos que a grandes razgos hemos bosquejado.

Eso sí, i como los nuevos acontecimientos a que nos referimos van a tener por escenario a Iquique, se nos permitirá que respecto a este pueblo i a sus costumbres, hagamos algunas lijeras rectificaciones en lo que toca al modo de conducirse, o mas bien dicho, a las costumbres que hemos señalado como jenerales a Las Hijas de la Noche.

Así, por ejemplo, cuando dijimos que la hija de la noche esperaba que se ocultara el sol para dar principio a su atavío, nos hemos referido a lo que acontece en el sur de Chile.

En Iquique, sea por efecto de la temperatura, sea por efecto de la costumbre, con la cual está talvez impregnada la tierra i la atmósfera, sea porque se vive con mas libertad, porque hai menos gasmoñería o mas cinismo, sea en fin, porque lo que es jeneral no causa rubor, lo cierto es que en Iquique se vive i se obra de una manera mui distinta a como se obra i se vive hácia el sur.

La hija de la noche, pues, en Iquique, si bien es cierto que no se atavía con lujo i elegancia sino cuando va a paseo o cuando ya llega la noche, tambien lo es que desde las primeras horas de la mañana se la vé con su limpio traje de casa i con su semblante embellecido por lo ménos con polvos de arroz.

Esta diferencia tiene su razon de ser, porque en Iquique los nidos que esas palomas habitan no son visitados por los gavilanes solo cuando ya se ha ocultado el sol, sino tambien, como no es raro verlo, cuando aquel se halla en la mitad de su carrera. Por tanto, la hija de la noche en Iquique hace lo que las vírjenes prudentes que nos presenta la sagrada historia: es decir, mantiene siempre encendida la lamparilla, porque no sabe el momento ni la hora en que puede llegar el señor.

Otra diferencia que hai tambien, es que en el pueblo que hemos mencionado, talvez para no ser solo Hijas de la Noche, se pasean arrogantes, risueñas i provocativas, a la luz del claro dia. En las abiertas victorias, o en las mas concurridas calles de la ciudad, lucen sus elegantes trajes u ostentan su garbo i salero cuando salero i garbo poseen. No son raros, tambien, los paseos a los baños o a la orilla del mar, en pleno dia, donde con seguridad las elegantes damas encuentran galanes i jenerosos caballeros, muchas veces de los mas serios, circunspectos i respetables de la ciudad, que entre el ruido de las olas que quiebran en las rocas, i el sordo murmullo de las aguas que se derraman en la playa, triscan con ellas, es decir, con las blancas i sonrosadas palomas que han llegado en la victoria i no con las aguas o las olas, i beben sendas copas de jerez, pisco o espumoso champaña «porque la libertad siga siendo libre.»

Hechas estas salvedades, que nos ha exijido nuestra conciencia de observadores, volvemos de lleno a ocuparnos de los personajes que en nuestra relacion han figurado.

Dominó azul i clavel lacre.

Si hai seres que poseen en alto grado la necesidad de movilidad i locomocion, o como se dice vulgarmente «de correr el mundo,» son sin disputa Las Hijas de la Noche.

Por un disgusto con el amante, por un cansancio que ellas mismas no saben esplicarse, por el simple presentimiento de ganar mas i con mayor facilidad el dinero, porque oyen decir que en tal punto hai tales o cuales gustos, que se avienen con sus costumbres o inclinaciones, por un no nada, en fin, la hija de la noche deshace en veinticuatro horas su casa que le ha costado miles de sacrificios alhajarla, toma sus maletas i se transporta o hace trasportar al cercano o apartado lugar que se le presenta como el sitio donde va a ver realizadas sus aspiraciones.

Así, pues, despoblado Chile, como lo hemos dicho en capítulos anteriores, a consecuencia de la guerra; i desocupada Antofagasta por el ejército, no fué raro que la emigracion siguiera la estela que iban dejando nuestros batallones.

Leonor, i alguna de nuestras antiguas conocidas, fueron unas de las primeras que sentaron sus reales en el nuevo pueblo ocupado por las armas chilenas; i aunque, como hemos dicho, la belleza i gracia de Leonor estaban ya mui marchitas, poseia aun, sin embargo, las suficientes para llamar la atencion i descollar entre la familia a que por sus hechos pertenecia.

I no se crea por ello que Iquique, en la época a que nos referimos, careciese de damas hermosas que podian competir con Leonor; sino que Leonor, desde el momento de su llegada, por lo mismo de ser tan conocida, se hizo popular entre los que andan a caza de esas aves de bajo vuelo.

Para establecer comparaciones i siendo casi contemporánea nuestra historia, tendríamos que hacer retratos de cuerpo presente, cosa que, a la verdad, no nos atrevemos a llevar a efecto por no herir la modestia i susceptibilidad de las modestas i susceptibles matronas que tendríamos que presentar.

Sin embargo, como cuando se habla de los miembros de una familia o de sus hábitos i costumbres, hai muchas lineas o contornos que son peculiares a todos, talvez los maliciosos lectores de Iquique creerán, al leer las pájinas que vamos a trazar, que ha sido nuestro ánimo poner en escena a algunas de las actrices que ellos conocen.

Por nuestra parte, protestamos con toda la formalidad i seriedad posibles, de tal suposicion; i si alguien encuentra a una persona que se parezca a otra, como se parecen las rosas que se dan en un mismo tallo, ello será debido, no a que nosotros nos hallamos constituido en retratistas o historiadores caseros, sino que, como lo hemos dicho ántes, no podremos impedir que dos gotas de agua sean idénticas o parecidas.

Hecha esta nueva salvedad, preseguiremos nuestra historia. Era dia sábado, i desde el juéves anterior, en grandes carteles pegados en las esquinas de las calles (cosa que despues se prohibió por la autoridad) se anunciaba para el sábado indicado, un grande i espléndido baile de máscaras que debia tener lugar en el único teatro que posee Iquique.

Un baile de máscaras en aquel tiempo era, mucho mas que hoi, un gran acontecimiento para todas aquellas i todos aquellos que anhelan pasar una noche completa de solaz.

El comercio, en esos dias, estuvo animadísimo; i los rasos,

cintas, encajes i otras sarandajas, se vendieron con profusion i a precios fabulosos.

El empresario del baile, que sabia mui bien quienes podrian atraerle una gran concurrencia, habia distribuido amables i tentadoras esquelas entre todas las que él sabia no faltarian a la cita, recomendándoles que comprometiesen e invitasen a todos sus amigos.

Así, durante esos tres dias todos, o mas bien dicho, la mayor parte de los jóvenes de Iquique, recibieron estas o análogas invitaciones:

-¿Me llevarás el sábado al baile? Va a ser espléndido!...

O esta otra:

—Si no me llevas al baile el sábado, no hablaré mas contigo.

O bien:

—Nos reuniremos en el baíle de máscaras, a tal o cual hora. Yo llevaré tal traje o tal dominó, o tal señal por la cual podrás reconocerme.

Así, pues, la juventud estaba en movimiento i anhelando la hora en que debia romperse el baile por una orquesta que, segun el empresario, habia sido preparada ad hoc.

Ya en ese tiempo en Iquique se hallaba tambien, siguiendo la emigracion, unos cuantos de nuestros amigos que en capítulos anteriores hemos dejado en Antofagasta.

Entre ellos, i para no ser difusos, solo citaremos a Moises, Maximiliano i Manuel Echay; que por lo que hace a Ventura, ya no debe figurar en nuestra historia, pues fiel a su propósito de no tener mas querida que su espada, habia seguido al norte, con el cuerpo en que servia.

Tambien hallábase en Iquique un personaje que solo ha figurado lijeramente en nuestra historia. Era éste el jovencito Ricardo, que como el lector recordará, habia sido despedido de casa de Leonor mandándolo ésta a la escuela.

El niño, que en aquel tiempo lloró i mezose los cabellos al sentir por primera vez la puñalada que le asestaba en el corazon la perfidia e infidelidad de una mujer, habia cambiado mucho en el tiempo trascurrido. I como era simpático, atrevido i emprendedor, despues de la lección que recibió de su primer querida, entró de lleno en las batallas del amor.

En Valparaiso, donde permareció algun tiempo aun, principiaba a ser citado como un pequeño Tenorio; así que, cuando llegó a Iquique, no le fué difícil hacerse en poco tiempo el niño mimado de las hijas de la noche.

Apénas llegó Leonor, el jóven se le presentó con tal soltura e impavidez, riéndose él mismo de su ardorosa pasion de otra época i burlándose del decaimiento que notaba en la jóven, que ésta estuvo a punto de mandarlo por segunda vez a la calle. Mas, por uno de esos caprichos incomprensibles del corazon, el mismo desplante i la especie de desprecio que manifestaba el jóven por la que ántes le habia hecho derramar lágrimas de despecho, hizo que Leonor en vez de ceder a sus primeros impulsos, esperimentase un vivísimo deseo de ver nuevamente rendido a sus plantas a aquel cachorrillo que, por tener ya un fino bigote sobre el labio superior, hacia el papel de leonzuelo entre las tímidas o no tímidas ovejuelas del humano redil.

Leonor disimuló su despecho, acompañó en su risa al jóven llamándole siempre Ricardito, i trató por medio de sus gracias i alicientes, atraerlo i enamorarlo, para darse el placer en seguida de despedirlo.

Ricardo siguió la broma, bebió con Leonor una botella de oporto, conversaron larga i familiarmente hasta las doce de la noche i a esa hora el jóven tomó su sombrero i se despidió de ella con la indiferencia con que uno se despide de un amigo con quien se encuentra a cada momento.

Leonor que esperaba ciertas exijencias o manifestaciones al tiempo de la despedida, preparándose para rechazarlas de una manera que avivaran los deseos del jóven, mordióse los labios i se quedó mustia i disgustada al ver que Ricardo parecia no esperimentar por ella el menor interes. Pasaron varios dias i Ricardo no volvió a casa de Leonor; eso sí, encontráronse varias veces en el comercio i pudo notar la jóven que Ricardo no andaba diez pasos sin recibir: de unas tiernas miradas, de otras amables sonrisas; de éstas, jestos mas o menos espresivos; de aquellas, palabras que debian ser tiernas i cariñosas; i como Ricardo a esas miradas, a esas sonrisas, a esas insinuaciones o frases lanzadas al pasar, respondia con iguales manifestaciones, miéntras que para ella solo tenia cierta sonrisa desdeñosa en sus labios, Leonor principió a sentir rabia i despecho tales, que habria dado una parte de su vida por volver a tener sobre el jóven la influencia que habia tenido ántes.

En una noche en que Leonor habia sido invitada por unos amigos a una cena, en uno de los salones que para tal objeto hai en Iquique, por una coincidencia, Ricardo llegó con dos hermosas, simpáticas i vivarachas niñas a quienes iba tambien a obsequiar una cena.

Aunque se sentaron en mesa un tanto apartada no solo podian verse mutuamente, sino percibir sus conversaciones.

Leonor observó que las que acompañaban al jóven parecian disputarse su preferencia, tanto le mimaban i acariciaban sin cuidarse de si las miraban o nó.

Al ver esto, Leonor perdió completamente su apetito i bien pronto, finjiendo una indisposicion, se levantó de la mesa i se fué a su casa.

Ricardo parecia no haberse apercibido de la presencia de su ex-querida, lo que para esta mujer, que hasta entónces no habia recibido iguales desdenes, colmó sus celos i su indignacion.

En la noche, víspera del baile de máscaras a que hemos aludido, habiéndose juntado el jóven con varios amigos, éstos le invitaron a casa de Leonor.

Ricardo no puso inconveniente i la dueño de casa los recibió con tanta mayor alegría, cuanto que hacia tiempo buscaba un medio como hacer volver a su casa al ex-colejial.

Con la franqueza i desenvoltura que habia adquirido en el

frecuente trato de Las Hijas de la Noche, Ricardo no tuvo reparo para decir en alta voz a sus amigos:

—Como aquí no venimos a rezar sino a gozar de la amable presencia de la bella Leonor, será necesario que la festejemos, o mas bien dicho, que la festejen ustedes, pues yo me encuentro por ahora como se encuentran los empleados a fines de mes. Por tanto, mis caros amigos, les pido hagan ustedes por mí lo que yo haré por ustedes en otra ocasion.

—Convenido, dijeron ellos; i si la señorita Leonor está dispuesta a aceptarnos una copa, puede decirnos de qué la quiere.

—Por hoi, contestó Leonor con semblante festivo i sonriéndose, por hoi, i basta que la indicacion haya nacido de mi buen amigo Ricardito, para que yo no acepte ser festejada por otros que por él. En cambio, me permitirán ustedes que sea yo quien festeje a todos.

—Aquel rasgo de jenerosidad, un tanto raro en ciertas casas, fué mui aplaudido i celebrado.

Ricardo, al recibir de los demas algunas bromas i parabienes, esclamó, riéndose como sus compañeros:

—Yo no esperaba ménos de la siempre galante i hermosa Leonor; i para corresponderle su grata i amable acójida, doi mi palabra de honor de hacer por ella lo que me pida.

-Recojo en el acto esa promesa, replicó ella prontamente, i pongo por testigo a estos caballeros de la oferta que se me ha hecho.

—I bien, dijo Ricardo, te diré cual decian los reyes de la antiguedad: ¡Pedid, i aunque sea la mitad de mi reino, se os concederá!

Este corto diálogo se habia sostenido inter Leonor preparaba en una mesa tantas copas cuantos eran los que estaban reunidos i sacaba de un armario cerveza, oporto i jerez.

La noche pasó de una manera agradable para todos i principalmente para Ricardo que mereció las atenciones i deferencias de Leonor.

El licor por una parte, i los atractivos de la jóven, pues-

tos por ella en juego para vencer la indiferencia i animar la especie de frialdad que notaba en el que en otro tiempo habia sido su ardoroso amante, fueron al fin de algun aliciente para Ricardo; i cuando ya en horas avanzadas de la noche los amigos trataron de retirarse viendo que no avanzarian mucho con permanecer mas tiempo ahi, Ricardo al sentir que la mano de Leonor oprimia fuertemente la suya como tratando de retenerlo a su lado, dijo tambien adios a sus amigos, quienes se alejaron deseándole una venturosa noche.

Al dia siguiente, al despedirse Ricardo de la jóven, esta le dijo:

- —Recuerda que cuento con tu palabra de honor para que me lleves esta noche al baile de máscaras.
- —Está dicho, le dijo él; nos reuniremos a las diez en la sala de espera del teatro. Yo iré con dominó azul i formaré parte de una comparsa de ocho amigos que llevarán el mismo traje.
 - -¿I cómo te reconoceré? le preguntó Leonor.
 - -Sobre el pecho, le dijo él, llevaré un clavel lacre.

No bien Ricardo habia andado algunos pasos cuando sintió que le sisaban de una ventana. Volvióse i vió el rostro picarezco de una niña que le dijo:

- -Oye ¿no nos llevas al baile este noche?
- —Ya estoi comprometido, perlita, le dijo él, pero allá nos veremos.
 - -¿Vas de máscara?
- —Sí, contestó Ricardo, i llevaré dominó azul con un clavel lacre en el pecho.
 - -Bueno, le dijo ella, ese será para mí.
- —Con mucho gusto, le contestó él, despidiéndose, si ántes no me lo quita otra.

Poco mas tarde, al atravesar una calle, Ricardo se encontró con otra jóven que le dijo rápidamente al pasar:

- -¿Vas al baile esta noche?
- -Sí, con dominó azul i un clavel lacre al pecho.

Estas preguntas i respuestas se repitieron todo el dia i durante las primeras horas de la noche: así es que, cuando llegó la hora de ir al baile, no habia niña de las que tenian preparado trajes para ir a él, que no supiera que Ricardo iria con dominó azul i un clavel lacre al pecho. I esto, no porque Ricardo hubiera tenido tiempo de hablar con todas, sino porque entre ellas mismas se habia corrido la voz del traje que cargaria el jóven en esa noche.

Preparados así los ánimos, i como a las nueve de la noche, cosa que nunca sucedia, todas las casas de las hijas de la noche tenian sus puertas cerradas. Sus moradoras, en vez de pasear por el comercio ocupábanse de dar los últimos toques a sus atavíos.

A las nueve i media una banda de música colocada frente a la puerta del teatro, llenaba los aires con las melodias de alegres valses i voluptuosas mazurcas.

La jente del pueblo comenzó a apiñarse al rededor de la banda i una gran cantidad de venteros animaban la calle pregonando en alta voz sus mercancías.

A la boletería del teatro llegaban multitud de jóvenes a tomar entradas, i el guardador de los trajes para alquilar, veíase asediado por los sirvientes, hombres o mujeres, que llegaban a tomar uno por la noche.

Así trascurrió mas de una hora.

Apesar de que se habia anunciado que el baila principiaria a las diez, se acercaban ya las once de la noche i en el teatro profusamente iluminado solo habia dos o tres parejas que, como avergonzadas de su soledad, se habian sentado en uno de los ángulos mas apartados del gran salon.

En la sala de espera i en la cantina, inter tanto, habia ya una respetable concurrencia; pero no de mascaritas, sino de todos aquellos que a cara descubierta i con sus trajes ordinarios, iban a ver lo que hacian los que llevarian la cara cubierta con un antifaz i el cuerpo con un dominó.

A pesar de la ausencia de los enmascarados el empresario

estaba contento i frotándose las manos contestaba a uno que le habia insinuado que esa noche no habria concurrencia:

—Esta noche, señor mio, quisiera que este teatro fuera dos veces mas grande de lo que es, i que en esta cantina pudiéramos caber veinte para despachar.

El empresario sabia le que se decia, pues efectivamente, luego que dieron las once de la noche, comenzaron a llegar de dos en dos i aun de cuatro en cuatro los enmascarados. Fué aquello una especie de gotera que por lo sostenida i continuada, podia compararse a las que vemos descender de los techos en dias de fina llovizna.

Entre los que se hallaban de meros espectadores figuraba Moises acompañado de Maximiliano i Manuel, que en union de otro jóven que conocia a toda la jente del pueblo, se habian colocado en la parte por donde precisamente tenian que pasar las personas que entraban al teatro.

El desfile fué bastante entretenido.

La infinita variedad de trajes i de colores, la ridícula espresion de algunas máscaras, el amaneramiento con que algunas cargaban sus dominoes, la desenvoltura forzada con que otras procuraban llamar la atencion, los jestos grotescos de estas, la voz atiplada de aquellas para no ser reconocidas, el desenfado con que unas lanzaban palabras mas o menos subidas de color a sus conocidos, el garbo i descoco con que otras ostentaban desnudos sus brazos, sus senos i sus piernas; todo eso, en fin, imposible de describir que se ve en una reunion de jente sensata i que con sensatez i anticipacion ha estado ideando la manera de aparecer como locos, todo eso, repetimos, entretuvo durante largo rato a los que hacian el papel de meros espectadores.

Ya cuando en la sala se sentia un murmullo confuso e indescriptible i las máscaras se paseaban esperando se tocara el primer baile, entraron dos niñas que por elegante traje llamaron la atención de Moises. --¿Quiénes son esas? preguntó al cicerone que hemos mencionado.

- —; Ah! esclamó éste, esas dos, amigo mio, son las que por ahora en la plaza, en el comercio i en cuantas partes se presentan, eclipsan a las demas con su elegancia en el vestir, i porque ambas, sin ser hermosas, tienen cierto que, tras del cual van muchos aficionados. La mas alta, la que ostenta una cabellera rubia i viste, de paje elegante disfraz de terciopelo lacre, tiene una bonita historia que, cierta o falsa, ha servido mucho para darle popularidad. Por lo que hace a la vida que lleva aquí, es tambien un tanto notable, pues, segun se me ha dicho, solo vive de la jenerosidad de un solo protector, lo que, por estos mundos, es el prototipo de la honradez. La otra, la mas baja i cuyo bonito cuerpo habrá llamado la atencion de un aficionado como usted, está recien llegada; i segun se dice, es plaza que aun no se ha rendido a pesar de que se vé asediada por constantes sitiadores.
- —¡Diablo! esclamó Moises: eso recomienda mas a la segunda que a la primera; i si su cara está en armonía con los vigorosos contornos de su cuerpo i con lo airoso de su redondo talle, ya lo creo que no faltarán gladiadores que pretendan hacerse dueños de esa plaza.
- —Sin ser hermosa, contestó el cicerone de Moises, tiene ojos mui espresivos i no carece de gracia cuando trata de agradar.
- —I como son interesantes i las reinas de la elegancia, repuso Moises, por eso sin duda se cuidan tan poco de ser conocidas i solo usan esas pequeñas caretas que apénas les ocultan la frente i la nariz.

A ese tiempo entraban otras dos mascaritas, tomadas del brazo i riendo a carcajadas; ambas estaban vestidas con elegancia: la una con traje de razo celeste algo descotada, i la otra mucho mas descotada aun, talvez por ser mas gorda o mas bien formada. Esta última cargaba traje de baile color damasco, tan corto i ampuloso, que le permitia lucir sus bien contorneadas pantorrillas i sus diminutos piés.

- -I esas, preguntó Moises con curiosidad, ¿quiénes son?
- —La de vestido celeste, replicó el jóven que acompañaba a Moises, es la S., una bonitilla criatura, mui blanca i mui rosada i con ojos que parecen despedir fuego. Es una muchacha viva, intelijente, i sin disputa, una de las mejores flores del jardin que Vénus ha plantado en este puerto. La otra, la que luce casi por completo sus altos senos i completamente sus gruesas pantorrillas, se llama B. i es una peruanita cuyos ojos i cuyo ¡guá! han hecho mas conquistas que el rei de Granada.
- —Por lo que veo, dijo Moises, nos está llegando la aristocracia de la hermosura i de la elegancia; pues, si no me equivoco, esas tres que van pasando, a juzgar por su traje i su garbo, son tambien de la flor i nata de Iquique. ¿Las conoce usted? preguntó Moises.
- —A una, al menos, contestó el jóven: a la del medio. Es una arrogante yanque mui blanca i mui colorada, tan gorda i tan imponente que a muchos causa mas respeto que amor. Respecto de las dos que la acompañan, no sé quienes puedan ser, pues como usted vé, vienen mui bien disfrazadas.

Cortó el diálogo una nueva pareja, pero esta vez eran macho i hembra. El primero era de regular estatura i parecia mas bien gordo que flaco; iba completamente cubierto por dominó de coco rosado cuyo capuchon cerraba sobre una careta de razo negro. Ella cargaba rico vestido lacre guarnecido de anchas blondas i adornado con gran cantidad de encajes de seda, sujetos al vestido por cordones de cuentas de brillo que, al ser heridas por la luz, causaban un efecto deslumbrador. Los brazos i las manos llevábalos cubiertos por finos guantes de preville de seis botones, cargando en el brazo izquierdo una rica pulsera i al cuello un medallon que parecia de algun valor. Esta jóven era pequeña, delgada i su paso circunspecto i mesurado dábane le todo el aspecto de una señorita de gran tono.

-I ese, a lo que parece, dijo Moises, es un matrimonio.

- —Sí, contestó el interpelado; si son las personas que yo creo, es un matrimonio iquiqueño.
 - -¿Cómo es eso de matrimonio iquiqueño? preguntó Moises.
- —Yo los llamo así, contestó el jóven, porque son casi los únicos que existen en Iquique i en los cuales no tiene intervencion el cura.
- -¡Ah!;ya! esclamó Moises. Pero ella parece toda una señorita.
- —Si la viera usted sin antifaz, le dijo el jóven, i sin saber su historia, juraria que era una de las once mil vírjenes de que habla la historia eclesiástica.
- —¿Cómo se llama? preguntó Moises, vivamente interesado por las descripciones que le habia hecho su cicerone.
- Esa niña tiene un apodo que cuadra perfectamente bien con su bello semblante; pero su nombre de pila, a lo que parece, es F. i el apodo...

Las últimas palabras díjolas el jóven al oido de Moises, quien repuso en voz alta:

-Pnes, me ha dado usted deseo de conocer esa flor de....

No bien habia concluido Moises de decir esto, cuando entró una esbelta jóven que, al presentarse en el salon, iba precisamente a eclipsar con su elegancia i gallardía a cuantas hasta entónces habian entrado. Vestia traje de reina con larga cola de tizú recamada de encajes i de brillos, que una sirviente, cubierta tambien con antifaz, llevaba enrollada en sus brazos tras de ella. Su corpiño, atrevidamente descotado, dejaba ver sus redondos i blancos hombros i unos brazos torneados en que ostentaba valiosas pulseras. Su cabellera, recojida sobre la nuca i completamente empolvada, estaba ceñida por una diadema en que brillaban valiosas piedras. Llevaba el semblante completamente cubierto por el antifaz, i colgando del brazo izquierdo una rica limosnera o maleta de mano, del mismo color del vestido pero bordada con oro.

—¡Esta si que no la conozco yo! esclamó el cicerone de Moises.

- —Aguarde usted, dijo éste: ese cuerpo, ese talle, ese garbo i todo eso desnudo que nos muestra la arrogante dama, creo conocerlo yo; si no me equivoco, es la famosa Leonor.
- —¡Leonor! ¿la que llegó hace cuatro o seis meses? preguntó el jóven.
- —La misma en carne i hueso, segun creo, contestó Moises.

La recien llegada, que no era otra efectivamente que Leonor Saravia, avanzó lentamente mirando uno a uno a todos los que se hallaban en la sala, como si esperase encontrar entre ellos alguna persona conocida. Pero su esperanza no se realizó, i despues de dar una vuelta por la sala, casi deteniéndose junto a cuantos cargaban dominó de color oscuro, fué a sentarse sola i despechada en una de las bancas colocadas al rededor de los palcos.

Habia trascurrido como un cuarto de hora, durante el cual entraron muchas otras mascaritas, cuando apareció en el foyer una comparsa que llamó vivamente la atencion.

Formados de a dos en dos marchaban hasta ocho jóvenes que cargaban dominó azul con careta roja, ceñido el primero a la cintura con blanco cordon de seda. Para dar mas armonía a su entrada, se habian elejido los de igual estatura para formar las parejas, así es que aun cuando unos eran un poco mas gordos que los otros, se hacia mui difícil reconocerlos.

Los ocho enmascarados atravesaron el foyer marchando como podrian hacerlo unos veteranos de línea, i de esta manera dieron dos o tres vueltas a la gran sala del teatro, seguidos o acompañados por casi todos los mascaritas que en ese momento esperaban el primer baile.

Entre las niñas, sobre todo, hubo una gran escitacion; i cuchicheando unas, gritando otras i disputándose todas el acercarse a los jóvenes que componian la comparsa, formaron al poco rato una verdadera babilonia.

- -¡Estos son! esclamaba una ¡aquí debe venir él!
- -¿Pero i dónde trae el clavel? preguntaba otra.

—¡Pues si es claro! decia la misma que habia hablado ántes; todavía no lo ha sacado! Pero aqui viene: uno de ellos es!

I al decir esto, pugnaban por acercarse a los enmascarados, que fieles talvez a un plan combinado de antemano, seguian su marcha impacibles i sin decir una palabra.

Pero aquella escitacion, o mas bien dicho, aquella curiosidad femenina no pudo ya contenerse a la tercera vuelta, i miéntras una mascarita jalaba a uno de la manga del dominó, otra trataba de retener al compañero que iba al otro lado diciéndole:

-¡Ricardo, soi yo!

—¡Oye, esclamaba otra, oprimiendo el brazo del que marchaba en primera línea: yo te he reconocido i es inútil que quieras segnir ocultándote!

—¡Tú eres Víctor! gritaba otra asiendo las faldas del dominó que cubria a uno de los últimos que marchaban en la comparsa.

—¿Cuál es que te has puesto el pañuelo al cuello? preguntaba otra a uno que, como el jóven Ricardo, habia dado esa seña para ser reconocido.

I por fin, las unas interceptando el paso, las otras deteniendo a los que creian reconocer, éstas pronunciando nombres propios para vengarse del desprecio que parecian hacer de todos los concurrentes los que formaban la comparsa, aquellas gritando que ya se iba a tocar el primer baile i era necesario que cada uno se reuniera a la suya, i por fin, escitadas todas, rabiosas de curiosidad las mas, despechadas no pocas porque segun decian se las habia prometido acompañarlas i andaban ahí como tontos, hombre con hombre, como decir pan con pan, formaron por último tal algazara, apretaron tanto el círculo que rodeaba la comparsa, que ésta concluyó por no poder avanzar un paso mas.

Detenidos i estrechados los jóvenes en medio de doscientos brazos, la mayor parte albos i desnudos, i que segun la actitud hostil que asumian, amenazaban arrancarles las caretas, los de la comparsa acordaron separarse. Sucedió entónces lo que es mas fácil imajinar que describir.

Cada uno tuvo cuatro o mas damas que colgándose de sus brazos, jalándolos del dominó, hablándoles al oido para decirles: «Soi yo, ¿no me conoces? ¡bailaremos el primer baile!»... etc. etc. habrian sido bastante para volver loco a un cuerdo, si todos los que habian ido esa noche ahí no hubieran estado dispuestos a hacer locuras i alternar con locos.

Pero entre todas las voces i gritos, entre todos los reproches e indignaciones, la voz que mas se oia, repetida por diversos labios femeninos, era la de:

- -¿Dónde está el clavel lacre en el pecho?
- —¿Por qué no te has puesto el clavel? preguntaba otra a un jóven que por su estatura se asemejaba mucho a Ricardo.
- —¡Qué clavel ni qué niño muerto! esclamó éste apartando con brusquedad a varias que le asediaban con esas o análogas preguntas.
- —¡Si no es él! dijo una precipitándose sobre otro que a duras penas se desligaba de dos o tres que tambien le preguntaban por el clavel.
- —¡Tú sí que eres! esclamó la mascarita tirando del capuchon a otro de los que habian formado parte de la comparsa.
- —¡Claro que soi yo! dijo el del capuchon, pero no el que tú crees; i así, ¡caramba! esclamó con rabia, abriéndose paso por entre las apiñadas jóvenes i recibiendo una lluvia de denuestos e insultos por su mal humor, déjenme ustedes pasar que quiero ir a buscar mi pareja!

Entre los ocho grupos que se habian formado al rededor de cada uno de los que compusieran la comparsa, uno se habia ido haciendo a cada momento mas numeroso, hasta el estremo de formar una especie de corro al rededor del dominó azul.

Ahí se oian los gritos de: ¡tú si que eres Ricardo!—¡Tú has quedado de bailar conmigo esta noche!—¡Tú no has querido ponerte el clavel para que no te conozca! etc., etc.

I junto con estas voces i otras mil que no reproducimos por no ser difusos, una se le colgaba de un brazo, otra le pasaba las manos por el cuello, éstas trataban de levantarle el antifaz i aquellas querian verle el calzado o el pantalon. El del capuchon, que al principio echó a la broma aquel asalto i atiplando la voz para no ser conocido contestaba a unas i otras como podia, fué poco a poco perdiendo la paciencia, como ya habia sucedido a sus otros compañeros; al fin, hablándoles recio i con su voz natural gritó:

—¡Quítense, caramba!... No bailo con nadie ni quiero a nadie esta noche!

Diciendo esto i apartando con no poco trabajo a uno i otro lado a las mascaritas, logró verse libre de ellas; i sofocado, enjugándose el sudor debajo de su capuchon, se dirijió a la cantina.

Como a ese tiempo tocaban un baile, todas las que le habian asediado corrieron al centro del salon i las que no hallaron pareja masculina, principiaron a bailar con otra de su sexo.

El jóven del capuchon aprovechó ese momento para sacar de uno de sus bolsillos un clavel lacre i colocárselo en el pecho; i como al practicarlo estuviese cerca de la puerta, lugar que tambien ocupaba Leonor, que muerta de rabia i despecho no habia tomado parte en la algazara jeneral; como estuviese ahí Leonor, decimos, se acercó a él i tomándolo de un brazo, le dijo:

- Por fin has venido! He aguardado mas de media hora!
- —¿No has visto que no podia desprenderme de esas locas? le preguntó el jóven con tono asareado.
- —Es que tú, a todas esas locas, parece que has dicho i prometido lo mismo que a mí, le dijo Leonor.
- —¡Yo no he prometido nada a nadie! esclamó el jóven de mal humor. Pero vamos a tomar una copa: esas diablas me han hecho sudar!...

A ese tiempo entraban dos niñas haciendo cabriolas i mui bien disfrazadas. Al pasar junto a la pareja que se dirijia a la cantina, una de ellas se detuvo i esclamó:

—¡Dominó azul i clavel lacre en el pecho!... Dáme, Ricardito, tu clavel...

I al hablar así, trató de arrebatárselo del pecho; pero el jóven esquivó el cuerpo.

—¡Voi a hacer tiras este maldito clavel!... esclamó con rabia.

-¡Nó! le dijo Leonor: te suplico que lo dejes ahí!

Un diálogo sério en medio de una bacanal.

El baile que tocó la orquesta, i que como hemos visto sirvió para dejar libre a Ricardo de las que lo asediaban i para que pudiera ser reconocido por Leonor; el baile, repetimos, atrajo a la sala a todos los espectadores i bebedores que ocupaban el foyer o la cantina.

La sala, en un momento, se vió llena i los palcos casi todos ocupados por los que, por andar sin máscaras, no tomaban parte en el baile.

Si la confusion, el desórden, el ir i venir de mil personas, el ajitarse i confundirse de mil variados trajes, todos de distintas formas i de distintos colores, puede causar entretenimiento, en ninguna parte como ahí podia encontrarse una maraña ni baturrillos mayores.

Al ver a unos mecerse a los compases del valse con toda la atencion con que podrian hacerlo en una sala donde bailaran ellos solos i todos los demas sirvieran de espectadores; al ver a otros dar saltos i hacer cabriolas sin seguir absolutamente las prescripciones del baile ni atender a los ecos de la música; al ver a otros lanzarse en la sala en una galopa delirante, i ver por fin, chocarse a unos con otros, ajitarse a todos como las olas del mar en dia de tempestad, arremolinarse, mezclarse i confundirse como las hojas desprendidas de los árboles en dia

de tormenta; al ver, en fin, ese mar de plumas, de gasas, de faldas de mas variados colores que los del arco iris, i donde relumbraban, ora las cuentas de cristal o de vidrio, ora los brillantes papeles que imitaban la plata o el bruñido oro, o ya por último los encajes i las telas, las cintas o los abalorios; al ver esto, repetimos, quien no hubiera sabido que era aquella una sala de baile donde muchos cuerdos iban a divertirse, habria creido hallarse al frente de un patio de locos, poseidos todos por un mismo delirio, impulsados todos por una misma corriente de electricidad.

Ricardo i Leonor, que como hemos dicho salian de la sala a tiempo que comenzaba el baile, bebieron a la lijera en la cantina una botella de cerveza i volvieron tambien a tomar parte en el baile comun.

Como la gran cola de reina que tenia el vestido de Leonor no le habria permitido ser llevada por entre la multitud, la jóven la recojió graciosamente a un lado de la cintura quedando así apta para volver, jirar o correr como las demas.

Ricardo era casi incansable para el baile, i miéntras la orquesta dejó oir los compases del valse, no cesó de bailar un segundo. Leonor, por no ser ménos, jamas dijo que se hallaba fatigada; pero cuando cesaron de tocar, el aliento faltaba ya a sus pulmones i tuvo que pedir a Ricardo la llevase inmediatamente a la cantina, pues creyó morir asfixiada.

La travesía no fué tan sencilla ni tan fácil, pues todas las máscaras seguian el mismo camino i todas las que habian bailado hembra con hembra, buscaban en esos momentos quien las invitase a beber una copa, ya que habian sido tan desgraciadas que no habian tenido quién las invitara a bailar. Algunas de éstas conocieron a Ricardo por el distintivo del clavel; i sin reparar que el jóven daba el brazo a una reina, se acercaron a él diciéndole:

—¡Hola, Ricardo, ya que no has bailado con nosotras, nos vas a dar que beber!

—Bien, contestó el jóven, marchen adelante i las obsequiaré lo que ustedes quieran.

-¿Cómo adelante? dijo una; iremos todos del brazo!

I al decir esto, se enganchó del brazo de Ricardo, dando ella a su vez el contrario a su compañera.

Leonor, que estaba ahogándose por el cansancio, casi acabó de ahogarse por la cólera; pero se reprimió, limitándose a mirar con indignacion a las intrusas que habian venido a acercarse a ellos.

En la cantina costó algun trabajo a Ricardo para hacerse servir, pues en aquel momento todos los que ocupaban la sala de baile se habian apiñado frente al mostrador.

Ann no habian concluido de beber las copas hechas servir por Ricardo, cuando se acercó a éste una niña vestida con traje de zuavo i cuyo cuerpo airoso i flexible revelaba su juventud. Se apoyó familiarmente en uno de los brazos del jóven i le habló un momento al oído.

- -Bien, contestó él; i dirijiéndose a Leonor, agregó:
- -Aguardame un instante: vuelvo en el acto.
- —Recnerda que ando sola, le contestó tristemente Leonor, con marcado acento de reproche.
 - -Sí, sí, vuelvo en seguida, contestó él alejándose.

Las intrusas, como las habia considerado Leonor, luego que bebieron sus copas, se alejaron para ir a dar conversacion a dos jóvenes que andaban sin máscaras.

Leonor, pues, quedó sola, haciendo un papel tanto mas desairado cuanto que se hallaba inmediata al mostrador de la cantina i por aŭadidura mui elegante i sola. Conociendo ésto salió al foyer para ver si estaba ahí Ricardo; no encontrándolo, volvió a la sala de baile que en ese instante estaba desierta.

Durante el trayecto, Leonor recibió, como es de suponerlo, ya el ofrecimiento de uno para acompañarla, ya la invitacion de otro para ir a beber una copa, ya, en fin, dichos o palabras, ofrecimientos o invitaciones para todo cuanto habria podido desear Leonor en aquella noche. Pero ella estaba rabiosa i pasó

sin contestar a nadie una palabra, rechazando bruscamente a los que, mas atrevidos, trataban de retenerla asiéndola de los brazos o de las manos.

No habiendo hallado a Ricardo ni en el salon de espera ni en la sala de baile, dió una rápida mirada a los palcos, donde se hallaban los que hasta ese momento se habian mantenido como meros espectadores.

Pero Ricardo tampoco estaba ahí, i cuando ya Leonor iba a abandonar la sala para regresar al foyer, dispuesta a aceptar el brazo del primer hombre que encontrara a la mano para no hacer un papel tan desairado i vergonzoso, oyó que la cisaban de uno de los palcos. Miró hácia él i con gran satisfaccion vió a Moises i Maximiliano. Les saludó con la mano haciéndoles señas de que iba a subir, i efectivamente un minuto despues se hallaba entre ellos.

- -¿Cómo me has reconocido? preguntó a Moises.
- —Te conocí, contestó éste, desde el momento en que entraste, i he alabado una vez mas tu gran resistencia para el baile. Al verte, agregó Moises, sonriendo un tanto irónicamente, al verte tan ájil e incansable, me parecia hallarme todavía en aquellos dias de Santiago o Valparaiso, cuando remudabas dos i tres jóvenes en la noche... digo mal, agregó Moises con creciente ironía; cuando remudabas quise decir, dos o tres jóvenes, en un solo baile.
- —Ahora como entónces, contestó Leonor sin desconcertarse, me hallo capaz de hacer otro tanto.
 - -¿Te sometes a una prueba? le preguntó Maximiliano.
 - -A una i a todas las que tú quieras, le contestó ella.
- —Si es así, dijo Maximiliano con cachaza, principiaremos por beber algunas copas, que lo demas, es decir el baile, vendrá cuando lo toquen. ¿Te parece bien?
 - -A mí me agrada cuanto gusta a mis amigos.
- —I sobre todo, observó Moises, cuando esos amigos son de los antiguos.
 - -Que no siempre son los mejores, interrumpió Leonor.

—Tienes razon, le dijo Maximiliano, sobre todo cuando se tiene un dominó azul con clavel rojo en el pecho que sirve de compañía durante diez minutos.

Leonor se mordió los lábios bajo su careta i replicó con mal disimulado despecho.

- —No puedes decir si el dominó azul me abandonó o si ha sido él el abandonado.
- —Tiene razon Leonor, dijo Moises interviniendo; i a fin de que demos mas animacion a nuestro diálogo iremos a beber la copa ofrecida por Maximiliano.
- —Bien, dijo éste, vamos a la cantina, pues aunque seria mas cómodo que nos. sirvieran aquí, tendriamos que esperar hasta el juicio final.

Dirijiéronse los tres a la cantina llevando a Leonor en el medio; i como felizmente hallasen una mesita desocupada, se instalaron en ella i ahí se hicieron servir.

- -¿Qué bebes tú? preguntó Maximiliano a Leonor.
- -Coñac con soda, contestó ésta con arrogancia.

Pidieron coñac porque Maximiliano i Moises quisieron beber lo mismo, i Leonor, con admiracion de ambos, se sirvió casi tanto coñac como soda en su copa.

- —Esta noche, dijo apurándola de un solo trago, quiero ver el efecto que causa el licor en Iquique.
- -Eso, amiga mia, le dijo Moises sonriendo irónicamente, si no es despecho es algo que mucho se le parece.
- -¿Despecho yo? ¿por qué? Lo que tengo es gusto i por eso quiero aumentarlo con el licor.

Durante varios minutos sostuvieron entre los tres un diálogo que no tiene gran interes para el lector, i por lo cual le hacemos gracias de él. Eso sí, diremos que Leonor se hallaba notablemente inquieta i preocupada. Cada una de las personas que entraban a la cantina, i sobre todo cuando eran de los que cargaban el mismo dominó de Ricardo, los escudriñaba con sus miradas hasta que, ya por su metal de voz, ya por cualquiera otra circunstancia, se convencia de que ninguno era él. Cada vez que

sufria estos desencantos, llevaba su copa a los labios i parecia querer pasar con esto la amargura de su desesperacion.

Moises, temiendo que Leonor al paso que iba concluyera por embriagarse, dijo que seria mejor volver a los palcos para ver bailar a los enmascarados.

Aceptada la indicacion volvieron a ocupar un palco, precisamente en los momentos en que se tocaba una polca.

Leonor se apoyó en la barandilla i pareció contraerse esclusivamente a presenciar el baile.

La animacion iba creciendo grado por grado. Ya no eran las mascaritas las que se ajitaban, las que iban i venian, mezclándose i confundiéndose, sino que toda la sala parecia hincharse i colmarse, como se hincha el mar en la alta marea, como se colma el vaso en que se ajita un líquido que forma espuma.

El ruido que hacian doscientas parejas saltando o meciéndose sobre el entablado; el murmullo indescriptible, cual los sordos ecos de terrible aluvion que se ha desencadenado en lejanas montañas, murmullo formado por millares de palabras entrecortadas dichas al oido, por mil imprecaciones lanzadas al chocarse unas con otras las parejas o al recibir de torpe pié un pisoton en los sensibles callos; el olor acre desprendido de los cuerpos por la ajitacion del baile, mezclado al olor de las mil escencias con que se habian perfumado las damas; el polvo que levantaban del pavimento los mil piés que le trituraban, mezclado al polvo desprendido de los vestidos i de las enaguas, polvos de almidon i de arroz, i aun del elaborado por roedora polilla en los trajes que durante mucho tiempo habian perma_ necido guardados, i que subiendo hasta el techo, i llenando la sala, daban a la luz color opaco i amarillento i a la atmósfera cierta pesadez que la hacia irrespirable; todo eso, raido, olor, vision, al oido discordante, al olfato repelente, a la vista fantasmagórico, causaba en los espectadores algo como vértigo que les atraia, algo como enajenacion que iba poco a poco deleitándolos.

No fué raro, pues, que desde ese momento varios de los es-

pectadores que ocupaban los palcos bajasen a formar parte de la babilonia jeneral. Para ello, no se crea que fueron al guardaropas a proveerse de trajes, sino que con el mismo que cargaban i con el semblante sin antifaz, buscaron su pareja i se lanzaron a bailar.

Esto, que en los pueblos al sur de Iquique parecerá un tanto inverosímil, es sin embargo moneda corriente en el puerto que hemos mencionado; i tan es así, que a la fecha en que escribimos, los bailes de máscaras no tienen ya de ellos mas que el nombre, pues las personas que llegan a la sala con antifaz pronto lo arrojan por inútil.

Hai, sin embargo, una escepcion: las feas, las mui feas, lo conservan toda la noche i por lo regular no asisten a los bailes donde hai que presentarse sin ellos.

Como hemos dicho al principio de esta descripcion, Leonor se habia apoyado de codos en la barandilla del palco a que la habian conducido Moises i Maximiliano; i ahí, entregada al parecer a contemplar el baile, pero en realidad buscando entre los mil enmascarados al que en el primer baile habia sido su caballero, cuando la música dejó de hacerse oir i las parejas comensaron a desfilar para ir a la cantina, la jóven contrajo toda su atencion a la puerta del pasadizo, lugar a que se agolpaban las máscaras al salir.

Lo que debió esperimentar la jóven al no reconocer entre la multitud a quien ella buscaba debió ser terrible, pues con la voz trémula i volviéndose de improviso hácia Moises esclamó:

- —Daria lo que me queda de vida por ser hombre esta noche.
 - —¡Diablo! esclamó Moises, ¿i qué harias siendo hombre?
 - -Abofetearia a los que se burlan de las mujeres.
- —Entónces, amiga mia, tu tarea no seria mui fácil, pues tendrias por lo ménos que abofetear a la mitad de los que hace un momento ocupaban esta sala.
- -¿Luego confiesas que la mayor parte de los hombres son unos miserables?

- -Sí, replicó Moises sonriendo con ironía, confieso que a la mayor parte de los hombres los han hecho miserables las mujeres.
 - —; Qué lójica! esclamó Leonor con despecho i sarcasmo.
- —Lójica nó, amiga mia, le interrumpió Moises, es simplemente un hecho.
- —Sí, le dijo ella accionando con animacion, hechos que ustedes invierten para bañarse en agua rosada i arrojarnos a nosotras al lodo. Pero hecho que está desmentido en la práctica i que cada uno de vosotros se encarga diariamente de robustecer con sus acciones. Sí, con sus acciones, agregó la jóven viendo que Moises sonreia i meneaba la cabeza duvitativamente; sí, con sus acciones, porque ustedes, desde el juramento sagrado que hacen a una vírjen para seducirla, hasta la promesa banal que hacen a una prostituta para alagarla, faltan a ellos sin miramiento alguno ni a la palabra que empeñan i deshonran, ni a la víctima que sacrifican i engañan.
- —Pero, amiga mia, no te exaltes, le dijo con su calma habitual Moises; en esto del amor, donde las dan regularmente las toman; i aquí entre nos, hablando con la imparcialidad que podemos hacerlo como viejos amigos, te diré que si hai hombres que se habituan a engañar a las mnjeres, es porque se han habituado tambien a ser engañados.

Leonor iba a replicar, pero Moises la contuvo agregando:

- —Aguarda, voi a ponerte un ejemplo para que cortemos este diálogo, que no es mui propio del lugar en que nos encontramos: ¿cuántos son los hombres que a tí te han engañado?
 - -Infinitos, contestó Leonor.
- —¡Infinitos!... repitió Moises ¡infinitos!... eso es un tanto vago; pero si analizamos bien los engaños, yo creo que talvez podrian llegar a contarse en los dedos de una mano. Dime: ¿cuántos han sido los que habiendo prometido amarte toda la vida te han abandonado algunos meses despues i esto sin causa, sin que tú les hayas dado el menor motivo? dime tambien: ¿cuántos han sido los que prometiéndote proteccion constante

te la han negado sin que tú hayas sido la primera en desdeñarla?

Moises calló un instante como si aguardase la respuesta de Leonor; pero ésta jugaba de una manera febril i nerviosa con la punta de su pañuelo i no le respondió.

- --Ahora bien, continuó Moises, i cambiando la accion por pasiva dime tú con el corazon en la mano: ¿has tenido alguna vez la intencion de vivir perpétuamente con algun hombre de los que te han amado? i precisando mas, todavía, mi interrogatorio ¿has sido fiel, completamente fiel, a uno siquiera de los muchos hombres que te han amado con idolatría?
- —Si yo he sido voluble e infiel, contestó Leonor con rabia, muchos hombres tambien lo han sido conmigo; i sobre todo, la primer leccion que recibí fué la que, por decirlo así, decidió de mi conducta en el porvenir. Fuí engañada, vilmente engañada por un hombre que llevaba canas en su cabeza, así que no era estraño que yo, una chiquilla en ese tiempo, me habituase a ser infiel e incostante como habian sido conmigo.

Maximiliano, que hasta ese momento no habia tomado parte en el diálogo, limitándose a mirar a Leoner de una manera escudriñadora, terció en la conversacion diciendo:

- —No tomes por reproche, Leonor, lo que voi a decirte, pues solo es mi ánimo recordarte algo del pasado para justificar a los hombres. ¿Recuerdas que cuando me perteneciste, en mas de una ocasion te propuse que fueras mi querida i me acompañaras a Santiago donde te ofrecia una vida modesta pero tranquila? Tú, en ese tiempo, traicionabas a Gustavo por mí, lo que a mi parecer era señal de que yo te agradaba mas que él; pero tú no quisiste, i aun me significaste que estabas cansada de no ser libre.
- —Cierto, contestó ella con creciente exaltacion: ¡cierto!... la mujer libre no debe echarse cadenas. ¿Por qué dar derechos a un hombre para que nos vijile i nos cele, para que nos ponga mala cara o nos dirija reproches?
 - -Porque al otorgarle ese derecho, contestó Maximiliano, ese

hombre sirve ya, ante la sociedad, como de salvaguardia del honor de la mujer.

- —¡No digas eso, Maximiliano! le replicó ella con amargura i desden. El hombre que de entre nosotras elije una querida, quiere hacerla su perro, su cosa: quiere que esa mujer abdique su independencia, renuucie a su albedrio i se convierta en una especie de máquina que le de placeres. Nó, eso no es posible, cuando una mujer tiene sangre que bulle en las venas e ideas que le dan la medida de su valer en la mente.
- —Es decir, dijo Moises interviniendo: cuando la mujer prefiere a la vida juiciosa la estraviada: a la tranquilidad la ajitacion: al amor sincero de un hombre, las caricias pasajeras de cuantos pasen por la calle: a la honradez la depravacion: en una palabra, la que prefiere la vida ajitada que ustedes llevan, llena de accidentes, de goces i de, amarguras a la vida uniforme i sin desasociegos que es inherente a la virtud.
- —Si eso es así, repuso Leonor, nosotras no somos las culpables: el primer hombre que nos engaña, el que, como vulgarmente se dice, «nos echa al mundo», ese, al arrebatarnos nuestra virjinidad, nos deja como dejaba el hierro infamante a los presidarios de Tolon, con una marca imperecedera que no es bastante para borrar la el que agotemos nuestra vida entera en el arrepentimiento i en la humillacion.

Aquella verdad dicha por Leonor con toda la amargura que rebosaba del corazon que durante muchos años habia recibido una a una mil gotas de hiel, aun en el medio de sus mismos placeres: aquella verdad, decimos, hizo huir la sonrisa de los labios de Moises.

—En lo que tienes razon, la dijo, no te la niego; i aunque el haber dado un paso en falso no es motivo para dar otros hasta caer i no levantarse jamas, pues esto seria como decir que el que una vez tropieza debe seguir golpeándose hasta romperse la crisma; i aunque, repito, tu lójica en esa parte no es tal, creo que será mejor no tratemos por ahora esta materia, pues

tú, aunque quieras negarlo, estás exaltada por algun resentimientillo que te roe el corazon.

—Hoi como siempre, le contestó Leonor, roe mi corazon el recuerdo de los que me han hecho sufrir!

Maximiliano no pudo reprimir una carcajada que cortó diciendo:

- —Si eso lo dijeras, Leonor, ante personas que no te hubieran conocido tanto como nosotros, talvez llegarian a compadecerte por la especie de sinceridad amarga con que reprochas a a los hombres. ¡Pero nosotros, Leonor!... nosotros que te hemos conocido en el esplendor de tu belleza i en el auje de tu fortuna, i hemos visto cuando uncias los hombres a tu carro triunfante como las reinas ejipcias a sus esclavos; nosotros que conocemos, sino toda, la mayor parte de tu vida, no podemos por menos que reir cuando ya en la tarde de tu existencia echas la culpa a otros de lo que solo tú eres culpable. ¡Vamos, dejemos esto, mi antigua amiga, i atendamos al nuevo baile que principia.
- —Sí, veremos el baile, dijo Leonor con despecho; pero no será sin que ántes te diga que ustedes, mirando superficialmente las cosas i nada mas que por lo que aparecen en el esterior, condenan a la mujer por lo que en mil ocasiones tiene la culpa el hombre.
- —Es que yo, dijo Maximiliano, puedo citarte hechos íntimos i reales i no esterioridades.
- —I bien, citame esos hechos reales, le dijo Leonor con tono de desafio.
- —Puesto que tú lo quieres, le dijo él sonriéndose, te complaceré. Dime, ¿qué te hizo sufrir a tí Heriberto?
 - —¡Heriberto!... esclamó Leonor ¿i qué hice yo a Heriberto?
- —Poca cosa: te amó i tú exacerbastes su pasion, alimentando sus esperanzas i enardeciendo sus deseos hasta desesperarlo. Entónces él, que era todavía mui jóven i creia en la mujer como se cree en Dios, al verse burlado i escarnecido por tí, se mató entregándose a los vicios i la depravacion.

—¿Sabes que es peregrina tu lójica? interrogó Leonor sarcásticamente. Es decir que segun ustedes, la mujer hace mal si satisface los deseus de los hombres porque los arruina o los deprava; i hace mal tambien si no los satisface, porque entónces los irrita i desespera. ¡Já, já, já, jáááá!... esto si es que gracioso! agregó Leonor riendo a carcajadas.

Maximiliano, sin desconcertarse, le dijo:

—¡Qué buena para abogado habrias sido tú, pues con un pelo que te hubiera dejado la parte contraria, habrias tenido sufipara ahorcarlo. Yo he estado mui lejos de pensar que hacias mal en no satisfacer los deseos de Heriberto; pero sí en lo que hiciste mal fué en alimentar su pasion i gozar con su martirio: martirio que dió por resultado la muerte de aquel en la flor de sus años.

—¡Bah!... hizo Leonor alzando los hombros en señal de indiferencia, bah!... si así fueran todos los cargos que pesan sobre mi conciencia, podria presentarme ahora mismo, con la frente mui alta, ante el mas severo tribunal.

—¡Ah! esclamó Maximiliano alzando tambien los hombros; si crees que eso no ha sido malo, entónces quedarás enteramente justificada de la muerte de Edgardo i de la ruina de varios otros.

—Edgardo, contestó Leonor, hizo mas o ménos lo mismo que Heriberto; ambos se abandonaron a la disolucion, i no teniendo un físico para resistir esa clase de vida, pagaron necesariamente el tributo a sus naturalezas débiles i valetudinarias.

—Es que tú, tambien, le replicó Maximiliano, hiciste con Edgardo mas o ménos lo mismo que con Heriberto i con Ventura Amor, salvándose este último de no tener un fin como los demas, gracias a que talvez posee un corazon mas enérjico. I ya que se ofrece esto, Leonor, te diré que ha sido peculiar a tu carácter el hacer sufrir a los hombres enamorándolos i enardeciendo sus deseos. Tú gozas viendo retorcerse a tus plantas a un hombre a quien el deseo estremece i la pasion lo devora; i

aunque te parezca mal la comparacion, te diré que en eso te pareces al gato, que goza con los ayes de su víctima i prolonga cuanto le es posible sus dolores i su martirio.

-; I bien, dijo Leonor con desenfado, talvez sea asi! pero, en ello, no veo ningun mal. Asi como los hombres por gusto i por costumbre galantean a todas las mujeres haciéndolas alimentar mil ilusiones que no han de realizarse jamas, así la mujer ¿por qué no ha de tener gusto, tambien, en alimentar las esperanzas de los hombres? I tanto mas cruel e infame es en el hembre ese proceder, cuanto que, segun la costumbre establecida en la sociedad, es siempre el hombre quien debe declarar a la mujer los sentimientos que ella le ha inspirado. ¿Quién le obliga a manifestar lo contrario de lo que siente?... I todavía mas puedo alegar en nuestro abono: entre nosotras, es decir, entre las que no nos asustamos por ciertas condescendencias, ¿qué hai de malo que al hombre que se enamora de nosotras le permitamos algunas pequeñas libertades, como la de estrechar nuestras manos con las suyas, la de rodear con sus brazos nuestro talle, la de que recoja nuestro aliento con sus labios?-Con eso no hacemos mas que ser condescendientes, dar algo de lo que se nos pide, satisfacer en parte los deseos de los que nos halagan. Es lo que yo he hecho con Heriberto, con Edgardo, con Ventura i otros a quienes no quice dar mas. ¿Dónde está, pues, el crimen?-Yo a mi vez te pondré un ejemplo: un amigo o una querida te pide toda tu fortuna; pero tú no tienes voluntad de darle sino una parte: ¿se te podrá llamar por ello un criminal?

—¡Bravo!!... bravo!!... esclamó Moises aplaudiendo a la jóven. Mucho tiempo, Leonor, a que no me dabas el placer de oirte hablar así!... Ahora te conozco, ahora eres la Leonor de otro tiempo!...

—Es que ahora, contestó la jóven con acento jovial, me encuentro sola con los amigos de otro tiempo! «Dime con quién andas, te diré quién eres»; yo desde hace muchos años, no he encontrado mas que hombres perdidos, jóvenes degradados, ami-

gos viciosos i he tenido que ser como ellos, viciosa i degradada!...

Leonor calló un instante, i alzando los hombros, esclamó con acento vanal i no exento de amargura:

—¡En fin!... ese seria mi destino!... En cinco minutos mas seré otra mujer!...

Miró hácia la sala al decir lo anterior, i fijándose en una pareja que entraba a ese tiempo por el pasadizo, lanzó una esclamacion de sorpresa i levantándose precipitadamente, dijo:

- -¡Son ellos!...
- -¿Quiénes? preguntó Moises.

Pero Leonor no tuvo tiempo de contestarle, pues abandonó el palco i corrió a la sala del baile.

- -¡Esta loca va a hacer alguna barbaridad! dijo Moises.
- —Observémosla, agregó Maximiliano apoyando los codos en la barandilla del palco.

Final de un baile de máscaras.

En el momento en que Leonor abandonó el palco que ocupaban Maximiliano i Moises, la animacion del baile llegaba al delirio. La mayor parte de las niñas i aun de los jóvenes habian arrojado sus caretas, i los que al principio de la noche ocupaban los palcos, limitándose a observar, mezclábanse ahora con las máscaras i los dominos, rivalizando con ellos en entusiasmo para bailar.

Moises pudo cerciorarse entónces de que las descripciones hechas por su amigo al principio de la noche habian sido exactas.

La bonitilla S., como la habia calificado el cicerone, bailaba con un jóven gordo, un tanto moreno pero colorado, que usaba solo bigote i el cabello mui corto.

- —¡Caramba!... esclamó Moises, ahora es cuando nos vendria bien nuestro amigo Manuel para decirnos quienes son los que bailan.
- —Voi a buscarlo, dijo Maximiliano, pues yo tambien estoi rabioso de curiosidad.

Cinco minutos despues, regresaba acompañado del jóven que al principio del baile habia servido de guia a Moises.

—¿Qué tal? preguntó aquél al entrar. Parece que la cosa se anima ¿eh?

—Tanto se anima, contestó Moises, que no me admiraria que mas tarde se arrojen hasta los trajes por inútiles. A ver, usted que conoce a todos venga a presentarnos a algunos de los que mas figuran.

A ese tiempo se pronunciaba en la sala un pequeño altercado.

Leonor había seguido, atropellando a varios enmascarados, a una pareja que luego de entrar a la sala principió a bailar con alegría. Componíanla un jóven con dominó azul i una niña con traje de zuavo. Si esto no hubiera bastado a Leonor para conocer a Ricardo i a la que se lo había arrebatado en la cantina, le habria hecho reconocerlo el famoso clavel lacre, que en vez de cargarlo Ricardo, llevábalo ahora la jóven.

Ese cambio, el gusto con que valsaban estrechándose mucho en cada vuelta, el largo tiempo que habian permanecido fuera del teatro, el olvido completo que Ricardo habia hecho de ella, impresionaron tanto a la orgullosa Leonor, que olvidando toda prudencia atravesó por entre las máscaras que le interceptaban el paso i tomando al jóven de la manga de su dominó, le dijo:

- -; Ricardo!... ¿Hasta cuando quieres burlarte de mí?
- —¡Ah! esclamó el jóven un tanto perplejo.¡Ah! tú eres Leonor!... i bien, aguárdame, ya voi a desocuparme!...
- —¡Mentira! le dijo Leonor con rabia; tú quieres continuar tu burla.
- —No lo creas, Leonor: es que un amigo me retuvo por allá... tuvimos que ocuparnos de... de...
- —Sí, ya sé de que te has ocupado con esa mujer que te acompaña, dijo Leonor con creciente exaltacion; a ella la pusiste a contar las estrellas i tú...
- —¡Esa!... esclamó la jóven que vestia de zuavo, repitiendo la frase de Leonor: ¡esa mujer!... Advierte, quita-hombres, que esta mujer vale mil veces mas que tú!...
- $-_{\mathring{c}}$ Mas que yo?... Já, já, já, já
áá!... Tú no debes ser mas que una quiltrilla, una callejera, una...
 - -; Silencio!!! esclamó Ricardo interponiéndose entre ambas,

pues con la vehemencia con que hablaban iban acercándose demasiado. ¡Silencio! no hai que pelear!...

- —¿I por qué voi a dejar que esta vieja arrastrada me insulte? interrogó la jóven vestida de zuavo.
- —¿Qué dices? esclamó Leonor alzando mas i mas la voz i tratando de asir a la jóven. ¡Tú serás la arrastrada, i para saber quien eres voi a arrancarte la careta!...

Al decir lo anterior se lanzó, ciega de ira, sobre la jóven; pero Ricardo se puso por medio esclamando:

-¡Eso si que nó!...

Leonor le tomó de un brazo i procuró separarlo de la jóven.

- —¡Sosiego, niñas!... esclamaba al mismo tiempo uno de los muchos que habian ido formando corro.
 - -¡Pocas palabras i a las mechas!... gritaba otro.
- —¡Qué necias!... pelear por un hombre! decia una mascarita.
- —¡Un lado!... ¡un lado!... gritaba una pareja que seguia bailando.
 - -¡A ver! yo recibo a la que sobre! gritó uno tambaleándose.
 - -¡I yo, si gustan, me hago cargo de las dos!...
- —¡Paso!...; paso!...; que concluya la cuestion! gritó una comparsa de cuatro enmascarados, que cargaban el mismo dominó que Ricardo i que al ver a un compañero comprometido en una disputa, acudian'en su ayuda. ¡Paso, paso a los dominos azules!

I tomándose de las manos encerraron a Ricardo i a la jóven vestida de zuavo, en un círculo como el que forman los niños en el juego del «corderito sal de mi huerta,» i les arrastraron hácia la cantina jirando en torno de ellos al compas del baile que ejecutaba la orquesta.

Leonor volvió a quedar sola, pero como ya a esa hora, segun lo hemos dicho, la mayor parte estaban sin máscaras, le fué fácil conocer a algunos de sus amigos; i ántes de hacer el papel desairado que habia representado al principio de la noche, se dejó convencer i aplacar por uno que la invitaba a beber un fresco en la cantina.

En esta resolucion tuvo tambien mucha parte el deseo de mostrar a Ricardo que si él la desdeñaba tenia otros que la atendiesen.

El compañero que babia elejido Leonor era un hombre entrado ya en años, alto i un tanto delgado, de frente calva que lucia a menudo, al enjugarse el sudor producido por la ajitacion del baile. Su semblante tenia cierta vivacidad, dimanada de su locuacidad i de la costumbre de accionar mucho cuando hablaba. Vestia con decencia i su cara completamente afeitada, esceptuando el bigotelen el cual lucia ya algunas canas, revelaban al hombre que cuida mucho de su persona. Descrita así a la lijera su fisonomía, agregaremos que, por una coincidencia, el compañero que habia tocado a Leonor era uno de sus antiguos amigos de Santiago i aun de Antofagasta que la habian visitado, pero sin pasar mas allá de acompañar o de llevar a otros amigos a la casa. Por lo demas, era mui amable, mui obsequioso; i como ocupaba una buena posicion en Iquique, Leonor, pasada un tanto su incomodidad, se encontró mui satisfecha.

Concluido el baile que en ese momento tocaba la orquesta, se fueron a la cantina i ahí en pocos momentos se formó un gran círculo alrededor de Leonor i de su acompañante. A esa hora todos bebian mucho i todos se disputaban el obsequiar a las damas; así que Leonor i su compañero tuvieron que beber tantas copas cuantos eran los del círculo que los rodeaba.

Bien pronto, sin embargo, se vieron en la necesidad de separarse de la cantina, pues ahí llegaban compeliéndose unos a otros verdaderas oleadas de enmascarados i desenmascarados.

Bien pronto, tambien, por quítame allá estas pajas, se armó una marimorena en que llovieron bofetones, vasazos i silletazos hasta que la policía i cuantos conservaban aun buena la cabeza, intervinieron logrando zanjar la cuestion con mandar dos a la calle.

Inter tanto, en la sala se oia un grito unisono, ensordecedor que repetia:

-¡Cueca!...¡cueca!!...¡cueca!!!...¡cueca!!!!...

I junto con esto, i aun antes que la orquesta complaciera a los bailarines, ya cincuenta o sesenta parejas, poniéndose unos en frente de otros i sacando a lucir blanco pañuelo, ensayaban los graciosos i alegres movimientos del baile popular.

Ante tan elocuentes manifestaciones, los músicos, aunque un poco cansados, tocaron el baile que se les pedia.

Si los bailes que llaman serios habian convertido la sala en un pandemonium, será fácil comprender qué sucederia con la animada i caprichosa cueca.

Para dar una idea de lo que es una *cueca* ejecutada en un baile de máscaras i en un pueblo como Iquique, no estará demas que bosquejemos aquello mas notable.

La cadencia seductiva i arrebatadora de ese baile cuando se junta a los gritos, a los hurras i a los redoblados tañidos con que los concurrentes animan a los ejecutantes; la especie de delirio que llega a la estravagancia, la especie de frenesí que llega al estravió que se apodera de los que bailan i de los que miran, cuando las cabezas están un tanto cargadas por el licor i son muchos los que bailan i se ajitan i muchos los que aplanden i alientan; es tal el delirio, decimos, que se apodera de los que bailan, que insensiblemente van exitándose hasta llegar a la enajenación.

Leonor fué una de las primeras en ir a la sala acompañada de su pareja i quien, a pesar de la buena posicion que ocupaba en Iquique, no tuvo reparo en bailar a cara descubierta con nna meretriz.

El garbo i la arrogancia de Leonor, aumentados en ese momento por lo que habia bebido i por la especie de fascinacion que operaba en todos los concurrentes el bullicio i el movimiento jeneral, llamaron bien pronto la atencion de cuantos se encontraban inmediatos al sitio elejido por Leonor i su caballero.

No tardaron pues los ¡bravos! los palmoteos de manos i las frases mas o menos animadoras con que se entusiasma a los que bailan, i con lo cual la alegría de los ejecutantes fué manifestándose en la vivacidad de los movimientos i en el donaire un si es no es picante i obsceno de las figuras que cada cual hacia al bailar.

Con esto redoblaron los gritos i los hurras i con el aplauso i la animacion, el vértigo invadió la cabeza de Leonor. Pero no ese vértigo que ofusca i desfallece sino el que lleva al delirio i a la estravagancia. Aquella mujer que con su elegante traje de reina habia principiado por bailar con gracia i donaire, fué poco a poco haciendo de la inocente zamacueca una especie de can-can que pareció ser mui del agrado de todos los concurrentes.

I como no hai cosa mas contajiosa que el mal, resultó que en toda la sala, a los pocos momentos, se imitaba i aun sobrepujaba a Leonor, rivalizando con ella a quien daba mas soltura
a las caderas para mecerse i columpiarse i a quien alzaba mas
las faldas de los vestidos para lucir, desde el elegante calzado
hasta la cintura impresa por la liga en la torneada o robusta
pantorrilla.

—¡Diablo! esclamó Moises mirando aquel conjunto de faldas suspendidas i de movimientos estravagantes: ¡diablo! esto no lo habia visto yo jamas; al menos en tan grande escala!

Manuel, que como ya hemos dicho, era el jóven que habia dado a conocer a Moises a muchos de los que estaban en el baile le dijo:

- —Esto es aquí casi regla jeneral: las últimas cuecas se bailan siempre con esta animacion, talvez porque siendo las últimas todos desean llevar del baile un buen recuerdo.
- —Veamos ahora, amigo mio, dijo Moises, si podemos hacer una corta revista de los principales personajes que figuran en esa sala.
- —Bien, contestó Manuel; yo indicaré a ustedes los principales; i si en ellos no están incluidos algunos que llamen su atencion, me los señalará usted para dárselos a conocer. Vé usted ese que carga un dominó blanco, de jénero felpudo, i a listas rosadas?

- -¿Ese que tiene una gran nariz color vermellon?
- —¡El mismo! Ese jóven, junto con el que está a su lado, con otro dominó igual, pero con listas azules, son dos amigos inseparables, i segun se me ha dicho, unos de los mejores gallos para esta clase de parrandas. Ambos son jóvenes i bien parecidos: ambos ocupan una buena posicion; i cuando despues de haber bebido algunas copas, jugando tranquilamente su mesita de rocambor o de poca salen a concluir la noche fuera del lugar donde se han reunido, para dar, talvez, un poco de circulacion a la sangre, ambos tambien rivalizan en jenerosidad. Con tan buenas cualidades, como usted comprenderá, se han hecho los favoritos de Las Hijas de la Noche. Las niñas que los acompañan, son B. la que ya indiqué a usted al entrar al baile i J. a la cual recomiendo a usted porque es una muchacha tan viva como graciosa, i tan afectuosa como coqueta, que es cuanto se puede decir.
 - -¿Es jóven i bonita? preguntó Moises.
- —Tendrá diezisiete años, contestó Manuel, i sin ser lo que se llama una mujer bonita, tiene la suficiente gracia para ponerle los cascos a la jineta a muchos que tienen ya la cabeza un tanto calva.—El que está cerca del procenio, ese jóven alto, bien formado, de semblante simpático, bigotes negros i nariz un tanto aguileña, que baila con esa gordita de vestido a media pierna, es hermano de aquel caballero que, entre otros, ocupa el palco municipal i cuyo torno de cara, como se dice bulgarmente, revela el parentezco que los liga.
- —¿Es ese que viste un paletó claro i que tiene a su lado a una bonita muchacha? preguntó Moises.
- —El mismo, contestó el jóven; i la bonita muchacha es la S. cuyo retrato hice a usted al entrar.
- —¡No tiene mal guste el señor del paletó claro! observó Moises sonriendo.
- —¡Ya lo creo! replicó Manuel, como que es uno de los que figuran entre los buenos aficionados.

Siguió despues una larga presentacion, tanto de damas como

de caballeros, en que figuró lo mas selecto de la familia descarriada i en que no faltaron varias figuras prominentes, ora de la majistratura i el foro, ora de la intelijencia i el capital, que en esa noche, escencialmente republicana i democrática, se codeaban i se juntaban, i aun podemos decir, se abrazaban i besaban, que es hasta donde puede llegar el republicanismo i la democracia.

Terminado el baile, aquel mismo grupo se trasladó en masa a la cantina donde, como podrá suponerse, el bullicio, la algazara i el desórden tomaron proporciones indescriptibles.

Ahí llegaron Ricardo i su pareja, i por una coincidencia, quedaron mui cerca del grupo que formaban Leonor i varios jóvenes que en ese momento la obsequiaban. Cuando ésta apercibió a su rival i a su ex-querido, trastornada como se hallaba por el licor i los celos, rompió el círculo de los jóvenes que la rodeaban i se avalanzó sobre la jóven vestida de zuavo en actitud de arrancarle la careta.

Ricardo rechazó bruscamente a Leonor, i protejiendo con su cuerpo a la jóven que tenia del brazo, dijo a la primera:

- -¡Vas a concluir por agotar mi paciencia i entónces!...
- —¡Miserable! esclamó Leonor asiendo al jóven de un brazo i sacudiéndolo con violencia: ¡miserable! me has hecho venir al baile solo para ultrajarme; pero no saldré de aquí sin que se sepa quién es esa que te acompaña, i que por lo tanto que se oculta, debe ser otra miserable como tú!
- —¡Calla! le dijo Ricardo ¡no provoques un escándalo, porque tendrias que arrepentirte!
- —¡Por lo mismo que tú quieres evitar el escándalo, le dijo Leonor alzando mas la voz, un escándalo tendrá lugar!

I como para cumplir lo que decia, i ciega por la ira, reunió todas sus fuerzas i dió un empujon a Ricardo tratando al mismo tiempo de asir a la jóven vestida de zuavo.

Casi desde las primeras palabras cambiadas entre Ricardo i Leonor, varios de los circunstantes habian tratado de intervenir, ora insinnando a ésta que dejara para mas tarde el arreglar sus cuestiones, ora aconsejando e Ricardo que no hiciera caso de los enojos de una mujer. Pero como la accion de Leonor habia hecho que Ricardo perdiera el resto de su prudencia, alzó el brazo con la intencion de dar a su provocadora una bofetada. Feliz o desgraciadamente, los espectadores lo contuvieron i miéntras unos sujetaban a Ricardo i trataban de alejarlo de su agresora, no faltó quien azuzara i empujara a ésta hácia la jóven que acompañaba a Ricardo, que en ese momento habia quedado casi indefensa.

Leonor, mas corpulenta i vigorosa que la desconocida, cayó sobre ésta i de un solo tiron le arrancó la careta i de otro le rasgó su elegante chaquetita de zuavo.

—¡Ah! esclamó uno de los que se hallaban cerca del grupo: ¡Ah! era la C...! I mirando a su alrededor, agregó dirijiéndose a un amigo que tenia a su derecha: ¡Esta si que ha sido buena! esa niña es la querida de aquel señor que se ha quedado como quien ve visiones, al conocer que tiene un tercer rival, pues segun dicen los malas lenguas, no le es desconocido el segundo.

-¿Ese señor, preguntó el aludido, no es don..... que tiene un alto cargo aquí en Iquique?

—El mismo, hombre, contestó el que habia hablado ántes, i yo me alegro que haya visto esto para que no ande tras de esa pluma que parece tan liviana.

Inter los desconocidos habian sostenido este corto diálogo, la discucion entre C. i Leonor habia tomado inmensas proporciones.

C. era una jóven como de diez i ocho a veinte años, de pelo i ojos negros, un tanto morena, cari redonda i con un lunar en la mejilla que daba mucha gracia a su rostro. Esta jóven, aunque como hemos dicho, era menos vigorosa que Leonor, al verse tan bruscamente agredida por ésta, se olvidó de sus pocas fuerzas i se abalanzó sobre su agresora con la intencion, tambien, de arrancarle la careta. Trabóse entónces una lucha vigorosa, de cuerpo a cuerpo, lucha de mujeres en que las uñas hacen mas papel que los puños, i los trajes suelen sacar mas jiro-

nes que el cuerpo contusiones. Ambas trataban de arañarse la cara, i bien pronto Leonor, prevaleciendo por su fuerza, asió a C. del pelo i la habria echado al suelo, si a ese tiempo Ricardo i varios otros no se hubiesen interpuesto i separádolas.

Entre la bulla i la algazara indescriptible que formaban cuantos habian presenciado la pendencia, pudo sin embargo oirse este corto diálogo, sostenido entre Ricardo i Leonor con voz acre i destemplada:

- —¡Oye! infame, le dijo Ricardo: si no fueras mujer, te echaria abajo los dientes!.....
- —¡Hazlo!..... i yo te arrancaré la lengua para que no sigas engañando a las mujeres!
- -¿Yo engañarte a tí, miserable?..... Vete o te hago sacar por la policía!.....
- —¡Tú eres el miserable!..... Llama, llama a la policía i con ella iremos todos!.....

Ricardo quiso alejarse para ir a reunirse con C., que arreglaba su traje i su careta entre un grupo de jóvenes que la consolaban; pero Leonor le cerró el paso diciéndole:

—¡Todavia es poco el escándalo i yo quiero que llames a la policía!

Diciendo así le cojió una manga del dominó i quiso detenerlo; pero Ricardo exasperado, la rechazó con un fuerte empujon que la arrojó de espaldas, al mismo tiempo que la decia:

—¡Quita allá, grandísima..... diabla!..... Te aborrezco i te desprecio!.....

Ricardo se alejó, i algunos jóvenes acudieron a socorrer a Leonor que, vestida de reina, arrastraba con tan poca dignidad, en ese momento, su réjio atavío.

Sea por efecto del golpe que Leonor recibió con alguna fuerza en la cabeza; sea que la cólera i las emociones que esperimentó en ese momento desvaneciesen los vapores del licor que cargaban su cerebro, lo cierto es que al levantarse no era ya la furia de un momento ántes, sino una mujer que parecia avergonzada i arrepentida de lo que habia hecho. Así, en vez de

seguir tras de Ricardo o de volver al baile, se escabulló por entre los que la rodeaban i trató de ganar la puerta; pero al llegar a ella, se encontró con Moises i Maximiliano.

- —¡Un favor! les dijo con tono suplicante: háganme ustedes un favor!
 - -; Con mucho gusto! le contestó Moises.
- —Acompáñenme mañana a almorzar; pero denme su palabra de caballeros que no faltarán!
- —¡Concedido! le dijo Moises; pero con tal que nos tengas buen borgoña.
- —¡No faltará!..... Hasta mañana!..... cuento con sus promesas!.....

Leonor ganó rápidamente la calle a tiempo que salian al foyer, mancornados desde la cantina, un grupo de enmascarados i desenmascarados, dándose de puñetazos a tontas i a locas.

- —Parece que aquí ya no tendremos sino de estas escenas, dijo Moises. ¿Quieres que nos vamos?
- —¡Bien, vamos, pues ya tambien está amaneciendo, contestó Maximiliano.

Los frutos de la relajacion.

Al dia signiente, a la hora en que Maximiliano i Moises, fieles a su palabra, llegaron a casa de Leonor, ésta se hallaba vestida de blanco, de cuyo color, tambien, era una camelia artificial que habia colocado entre su negra cabellera, suelta a la espalda, donde brillaba como filamentos de ébano sobre los blancos i calados encajes que adornaban su bata de trasparente i fino linon.

A pesar de que los años i los excesos habian ajado i marchitado el semblante de la ex-querida de Gustavo, en aquel momento habia algo en la mirada suave i tranquila de sus negros ojos i en la sonrisa triste i un si es no es desdeñosa que entreabria sus lábios, que la hacia aparecer como mas jóven i como menos viciosa, como mas espiritual i como ménos depravada que lo que habia llegado a ser en sus últimos años. Al verla en ese momento i haberla visto la noche anterior, se la habria tomado por otra mujer.

En la mesa hizo los honores con gracia, con delicadeza i con esquisita amabilidad. Una alta i educada dama no la habria aventajado en lo fino de sus atenciones i en el severo i a la par que galante comportamiento con sus comensales. Eso sí, en su frente, en sus labios, en sus ojos, vagaba una ténue melancolía

que parecia elevarla i purificarla. Contribuia mucho a esto la suave palidez de su semblante en el cual no habia colocado una sola gota de colorete.

- —Ahora sí, amiga mia, le dijo Moises cuando ya varias copas de jeneroso borgoŭa le habian dado alguna locuacidad; ahora sí, amiga mia, que pareces una blanca paloma.
- —¡Coquetería de mujer! contestó Leonor. Me han dicho que tengo el alma negra¡i he querido revestir mi cuerpo de blanco a fin de que como éste es el que ha de quedar en la tierra, mis últimos compañeros no tengan horror de mí.
- —¡Tus últimos compañeros!... repitió Maximiliano, mirando a la jóven interrogativamente. ¿Qué entiendes tú por eso?
- —Entiendo, contestó la jóven, con un jesto de indiferiencia, que una tiene bajo la tierra otra clase de compañeros que los que ha tenido sobre ella.
- -¡Ah!¡diablo! esclamó Moises que partia en ese momento un pedazo de queso suizo: ¡ah! diablo! parece que los compañeros a que se refiere Leonor son de la familia de los que hacen tan agradable este queso.
 - -Has acertado, le dijo Leonor.
- Entónces yo protesto, esclamó Maximiliano, pues aunque ustedes se rian de mí, les confesaré que en la comida i en momentos agradables como éstos, no gusto recordar lo que ha de sobrevenirme cuando ya no pueda beber una copa como lo hago ahora.

Diciendo así alzó una copa i despues de apurarla agregó, dirijiéndose a Leonor:

- —Yo propondria, mejor, que habláramos del pasado, que me lo recuerda tan vivamente tu traje, i que con pequeña diferencia, es igual al que llevabas la feliz noche en que estrenaste la casa que Gustavo te habia arreglado en Valparaiso.
- —Celebro que lo recuerdes, le dijo Leonor mirándolo con cierta tristeza, pues yo al elejirlo esta mañana, lo hice por dos motivos: primero, porque cuando me vestí esa noche de blanco, es decir, con el color que significa pureza, fué cuando precisa-

mente principié a ser mas impura; i segundo, porque deseo que este traje sea mi sudario.

Moises miró a la jóven con admiracion, miéntras Maximiliano, sonriendo maliciosamente, le decia:

- —Estás mui severa para tu pasado i mui tétrica para tu porvenir.
- —Es que hai momentos en la vida, amigo mio, en que es necesario ser austeros con nosotros mismos; i aunque el momento en que nos hallamos les parezca a ustedes un tanto impropio para ello, ruégoles me disculpen i vean en ello solo un pobre capricho de mujer.
- -¿Luego quieres, le pregantó Moises, que nuestros postres sean sérios?
- —Sí, le contestó ella. ¿Por qué no cambiar un poco la costumbre? Siempre los postres son animados i alegres i no está demas, siquiera para variar, que haya uno serio. En tal sentido, i si ustedes no disponen otra cosa, desearia que reanudáramos el diálogo que interrumpimos anoche en el teatro. Apropósito, ¿saben ustedes algo de nuestros antignos amigos o conocidos de Santiago i Valparaiso?
- —Casualmente, contestó Moises, ayer he recibido carta de dos de ellos en que me dan noticias de gran parte de los que tú has conocido.
- —¡Oh! qué satisfaccion me darias, le dijo Leonor, leyéndome esas cartas, si es que no tengas un motivo poderoso para reservarlas.
- —El único, dijo Moises, es que estas cartas podrian disgustarte o causarte algun pesar, así es que si quieres leerlas te las daré cuando no te halles como ahora, un tanto triste i disgustada.
- —Te equivocas, le replicó ella con animacion, hoi ménos que nunca estoi disgustada; i si bien es cierto que invade mi corazon, un poco de tristeza tambien lo es que para mí el mejor medio de combatirla, ha sido siempre acudir a lo sério i a lo que para otra seria doloroso.

—Siendo así, le dijo Moises sacando dos cartas del bolsillo de su levita, oye:

«Querido Moises;

Antes de dar el sério i solemne paso que debia decidir de la dicha o de la desventura de toda mi vida, he querido, para justificar a mis propios ojos mi accion, dar una mirada a mi alrededor i ver cuál es la suerte de los compañeros que tuvimos en nuestra loca i disipadora juventud.

¡Qué cuadro, amigo mio, el que he visto ante mí! qué lecciones tan amargas he recojido de los mismos con quienes tantas veces chocamos alegremente una copa o pasamos una noche de delirante vacanal!

Aunque los límites de una carta no son para darte una idea exacta de lo que he visto i sabido, sin embargo bosquejaré a la lijera lo mas resaltante del triste cuadro que te he mencionado.

Pantaleon, el brillante aunque un tanto fátuo jóven, que vivia tan pagado de su regular fortuna i tan complacido con sus vistosos trajes, es ahora humilde portero en casa de un hombre ménos rico de lo que él era, i el cual le hace sentir diariamente su mal humor ultrajándolo i amenazándolo con botarlo a la calle. El infeliz, incapaz de otra cosa, soportará esa vida hasta que una enfermedad lo lleve a morir en un hospital.

Víctor, el alegre i simpático jóven que conocimos en Valparaiso acompañando a Bríjida i Florentina, perdió al poco tiempo su destino a causa de las calaveradas i despues de mucho tiempo en que fué bajando poco a poco al desprestijio i a la miseria, ha venido a obtener ahora, i considerándolo como un gran beneficio, una plaza de soldado razo en el cuerpo de policía. Ahí, bajo la varilla del cabo i las terribles heladas de las noches de invierno, vejetará hasta que una pulmonía fulminante le arrebate su mísera existencia.

Perico Vallejo, el honrado i laborioso jóven, que como tú sabes tenia a Florinda cuando yo amaba a Leonor, es talvez uno

de los únicos que, despues de haber malbaratado en nécios placeres el fruto de su trabajo, ha salido un tanto mejor parado que los demas. Hoi, i despues de algun tiempo de grandes economías e incesante trabajo, ha merecido formar un miserable capital que apenas le dá para vivir. Por lo ménos, aunque pobre i alejado de la sociedad vive tranquilo i honradamente.

Rosendo Paez, como tú me lo anunciaste, llegó a ésta mui estropeado, i su semblante, despues de larga i penosa curacion quedará para siempre ridículo i desfigurado.

Para completar este cuadro, te daré noticias de algunas de las jóvenes que hemos conocido.

Debes aun recordar a Beatriz, a la vivaracha camarera que tenia Leonor i a la cual dejó para unirse a Pantaleon, cuando éste fué burlado por aquella. La infeliz despues de arrastrar una vida llena de sinsabores i miserias, mendiga ahora de puerta en puerta, harapienta i estenuada, el miserable pan que necesita llevar a sus lábios. Me partió el corazon verla en tanta miseria, i ella, al recibir de mi mano una limosna i conocerme, rompió en llanto i ocultó, avergonzada, su semblante.

Pero aun me quedaba que ver otro cuadro mas conmovedor. Fuí llamado por una enferma que habia en el hospital, en el número 17, i me trasladé allá acto continuo. Como en esa santa pero triste mansion, el que entra cambia su nombre por un número, busqué el 17 i hallé en él a una mujer que, con la piel amarillenta i arrugada, unida ya a los huesos, trataba de ahuyentar con una varilla de álamo, que mecia lánguida i trabajosamente, las moscas que porfiaban por acercarse a ella. Disimulé la repugnancia causada por la vista i el mal olor desprendido de la enferma, i acercándome a ella le dije:

- -¿Usted me ha mandado llamar?
- —Sí, señor, me contestó con voz gangoza i debilísima. ¿No me conoce usted?

Le contesté que parecia haberla visto ántes pero no sabia donde.

-Soi Natalia, me dijo ella, i si lo he llamado es para que si

algun dia ve a Leonor, le diga en mi nombre que se aparte de la vida que lleva si no quiere verse en el miserable i repugnante estado en que yo me hallo. Ella ha sido i debe ser todavía hermosa i afortunada i no la será difícil encontrar un hombre honrado i bueno que la proteja con tal que ella sea a su vez buena i honrada. Dígale usted, don Gustavo, cuánto me ha visto sufrir i dígale tambien que yo la doi este consejo movida por mi gratitud.

La desgraciada hacia esfuerzos sobre humanos para hablar, pues tenia corroidas las entrañas por el cáncer i ya sus horas estaban contabas en el reloj de la eternidad. Como un último detalle te diré que habia sido necesario aislar la cama de Natalia de las demas, pues las exalaciones mefíticas que exalaba su cuerpo ahogaban a sus compañeras de infortunio.

Mucho podria decirte sobre este punto, pero mi carta tomaria inmensas proporciones. Por la misma causa omito otras noticias, para dar lugar a las siguientes reflexiones:

¿Qué ha motivado la miseria en que vive Pantaleon, la pobreza que soporta Perico, la baja posicion que ocupa Víctor, la diformidad física con que ha quedado Rosendo i la ruina, la pérdida de la salud i aun de la vida que han soportado tantos que nosotros hemos conocido? ¿Qué ha causado la mendicidad de Beatriz i la disolucion en vida del cuerpo de Natalia?... ¡Ah!... no es necesario decirlo!... Ese es el fruto del libertina-je i de la relajacion: es el castigo que tarde o temprano reciben los que abusan de los placeres i contrarian las sabias leyes de la naturaleza i de la sociedad!... Felizmente yo pude salvar algo, i de ello doi gracias a Dios, pues aun cuando soi un viejo jóven i un rico arruinado, podré gozar aun de dias de paz i talvez de ventura. Deberé esto al amor, a la abuegacion i al cariño de la que, desde hoi, amigo mio, llamaras mi esposa, pues la he conducido al altar para que Dios bendiga nuestra union.

Moises interrumpió la lectura para ver el efecto que sus últimas palabras habian hecho en Leonor; pero ésta permaneció impasible, con el semblante mui serio, i mirándolo de hito en

hito como para no perder una sílaba de cuanto decia. Al mismo tiempo, de una manera maquinal i lenta, llevaba a sus labios algunas almendras que tomaba de un platillo i que comia con cierta displicencia o disgusto.

-La carta de Gustavo, dijo Moises, concluye con las siguientes líneas:

«Cuando ví todo esto, amigo mio, i pensé que por gracia de la Providencia yo no habia caido a tan hondo abismo como mis compañeros, cerré los ojos i resolví unirme a la mujer cuyo amor habia salvado mi vida. Florinda, al comunicárselo, me echó los brazos al cuello i bañada en lágrimas me dijo:

- Gustavo! Yo no debo ser tu esposa: mi pasado será para tí un martirio constante i tus amigos i la sociedad no te perdonarán nunca mis antignos estravios!...
- -Nó, la dije: serás mi esposa; i si bien es cierto que muchos censurarán mi accion, tambien lo es que muchos encontrarán natural que dé mi nombre a la mujer que con su abnegacion i su amor ha purificado los estravíos de la juventud!

Desde ese momento, la felicidad, la alegria, la ternura, el amor mas grande i mas puro brillan en la frente de mi Florinda... I yo, Moises, yo tambien soi mui feliz, pues sé que tengo un ser cuyo corazon, cuyo pensamiento, cuya voluntad son enteramente mios!

Amar i ser amado!... he aquí la mayor dicha que puede tenerse en la tierra!...

Tú que has deseado siempre mi felicidad aprobarás, no lo dudo, lo que he hecho; i si es así, mi dicha será completa.

Tu amigo

Gustavo.

Leonor seguia inmutable: su semblante cada vez mas pálido, adquiria cierta dulzura, cierto aire de resignada tristeza que heló en los labios de Moises la sonrisa un si es no es burlezca i sardónica con que habia acompañado la lectura de la carta de 61

Gustavo. La jóven continuaba comiendo almendras, que llevaba una a una a sus labios, en los cuales se dibujaba de cuando en cuando un jesto de repugnancia i de disgusto.

- —Esta carta te ha entristecido, la dijo Moises notando su silencio i su triste actitud.
- —Nó, le contestó ella, ya nada puede entristecerme: ántes de ahora habria sido para mí una leccion severa, un ejemplo moralizador; en este momento es una especie de sarcasmo de mi destino.
 - -¡Sarcasmo! repitió Moises ¿por qué, Leonor?
- —Luego te lo diré, replicó la jóven. I cambiando acto continuo de actitud i de espresion, agregó con acento que pretendia hacer festivo:
- —¿No me has hablado de dos cartas? Vezmos la otra, si no hai en ella cuadros tan tétricos e idilios tan tiernos como en la primera.
- —Esta, contestó Moises desdoblando un papel, es de Florinda i contiene, al contrario, un cuadro iluminado por los albores del amor.
- —Entónces no me prives de ella: ¡hace tanto tiempo que mi vista no percibe esa luz, que será una cosa providencial gozarla en mis últimas horas!
- —¿Por qué dices en tus últimas horas? preguntó Maximiliano encendiendo un cigarro.
- —Porque, amigo mio, el corazon me dice que el último manjar que probarán mis labios serán estas almendras, así como el último rato de agradable compañía será el que ustedes me proporcionan.

I dirijiéndose a Moises agregó:

—A ver, amigo mio: ¿qué dice la buena Florinda? Moises leyó.

Estimado amigo:

Debo a usted una respuesta i voi a dársela tan franca i tan sincera como si hablase conmigo misma.

Usted me dice en su carta que teme verme cambiar de propósitos, ya porque en ciertos momentos recordaré con envidia el pasado, ya porque echaré de menos la libertad i las joyas, los placeres i las sedas, i en fin las regalías, la abundancia i demas cosas de que ántes he difrutado.

Usted como conocedor del corazon humano tiene mucha razon para temer i para dudar, pues yo misma conozco esos temores i esas dudas. En el tiempo de mi vida ajitada, muchos hombres desearon arrancarme del lodazal en que me revolcaba; i si yo me hubiera convertido en una mujer hacendosa, económica i honrada, en vez de disipar junto con ellos la poca o mucha fortuna que poseian, habria llegado a ser digna de envidia i de consideracion. Pero al solo pensarlo, todas las reflexiones hechas por usted en su carta, asaltaban mi mente i confieso a usted que me asustaban. Vivir tranquila, encerrada, llena de privaciones, sin mas a quien agradar que a un hombre, sin asistir a los paseos, sin causar envidia a mis compañeras, sin gozar de tantos i tantos placeres como disfruta la mujer libre, era para mí un algo impracticable. Mas, de repente, la soledad me pareció grata, la modestia sublime, la pobreza digna i aceptable. En el bullicio ví fastidio, en los paseos locuras, i ahí donde habia encontrado placeres, divisé cansancio i amarguras. - Todo, todo cambió en mí. Cargar sedas i joyas no habiendo nacido rica, me pareció era ostentar ante el mundo, cual he oido decir lo hacian antiguamente las prostitutas, el mayor o menor número de hombres a quienes habíamos pertenecido. Pasear, presentarme en público, asistir a los teatros i paseos, codearme con la jente digna i honrada, me pareció entónces, por primera vez, una infamia, pues de ordinario en esos paseos, en esas reuniones la mujer libre ostenta, talvez, las joyas o la sedas que de una manera directa o indirecta, ha arrebatado a las mujeres honradas. A mas, entônces comprendí cuán abominable era nuestra vida i cuán digna del desprecio se hace la mujer relajada. Porque ¿cuál es nuestro papel en la sociedad?--Miéntras todos trabajan para hacer algo útil para sí i para los demas; miéntras todos en su esfera, desde el humilde labriego hasta el afortunado capitalista asocian sus fuerzas, su intelijencia o su capital para el bien de la humanidad, nosotras, desgraciadas, no hacemos otra cosa que consumir i destruir. Consumimos el trabajo de los demas, i junto con destruir la vida o la naturaleza de los hombres, destruimos tambien nuestra naturaleza i nuestra vida. I no es ello todo: nuestros triunfos i nuestras conquistas, nuestros goces i nuestros placeres, son casi siempre el sufrimiento de otros seres. I en cambio de esto, ¿qué damos?... ¡Ni siquiera pobladores para el suelo que habitamos, pues nuestras entrañas, cual tierra removida a cada instante por el arado, se hacen estériles o infecundas, i cuando llegamos a producir algo, es una planta raquítica i estéril, que lleva por añadidura las manchas echadas sobre su frente por la madre!...

Cuando reflexionamos de este modo i hallamos inmundo lo que ántes encontrábamos limpio: cuando nos averganzámos de lo que ántes nos complacia i gozamos con lo que ántes nos aterrorizaba, es porque en el pecho donde se anidaba la codicia impera el desprendimiento; i en el corazon que era asiento de bajas e innobles pasiones, han nacido sentimientos nobles i elevados. Cuando se ama verdaderamente, no es la pobreza, no son los paseos i las distracciones, no es la soledad, no es la falta de sedas i de alhajas lo que puede perturbar nuestra dicha; al contrario, se esperimenta satisfaccion, un secreto encanto en sufrir por quien amamos o en acompañarlo en sus padeceres. Eso es lo que me ha sucedido i me sucede a mí: principié por odiar mi pasado, seguí por desear con vehemencia mi rehabilitacion i he concluido por hallarme completamente dichosa con la paz que he conquistado.

En el torbellino del vicio: en la atmósfera que nos ofusca, cuando corremos tras del placer, sin encontrarlo completo ja-

mas, nuestras risas i nuestras alegrías son, en mas de una ocasion, la máscara o el antifaz con que disfrazamos los verdaderos sentimientos del corazon. En los instantes mismos en que somos mas aduladas, nuestra memoria nos presenta los desprecios mil que han hecho o harán de nosotros los mismos que nos halagan. ¿Puede haber felicidad con esas ideas? Puede existir la dicha sabiendo que cuando se concluya nuestra juventud o nuestras gracias tendremos que desempeñar el vil cargo de alcahüetas si no queremos morir de miseria?

¡Qué distinto es cuando se vive al lado de un hombre a quien amamos i cuyo corazon nos pertenece! El porvenir no nos preocupa, i nuestra alma se complace en apoyarse i en ser el apoyo de otra alma! Este goce, esta satisfaccion no se conocen, por desgracia, sino cuando se llega a amar verdaderamente; i como es tan difícil que la mujer que vive engañada i engañando, ame de ese modo, resulta que la mayor parte concluyen su vida en la degradacion. Yo, amigo mio, gracias a la Providencia que me ha dado el amor de Gustavo, estoi libre de esa desgracia; i como seré una esposa fiel i sumisa, sin otra aspiracion que complacer i hacer feliz al hombre a quien me he unido, estoi segura de tener un abnegado compañero en mis últimas horas i una lágrima sincera que riegue mi tumba cuando muera.

Para cuncluir, diré a usted que los trabajos i los sinsabores de la vida se hacen mui livianos i llevaderos cuando tenemos alguien que nos ayude a soportarlos i nos consuele. Lo que es por hoi, yo me considero enteramente dichosa; i si algo temo es no vivir bastante para gozar mas tiempo esta dicha.

Su amiga afectísima.

Florinda Q. de Peña.

Concluida la lectura, Meises miró a Leonor, cuyo semblante estaba cada vez mas pálido i cuya respiracion parecia un tanto ajitada, lo que atribuyó el jóven a la emocion que habrian causado en ella las cartas de Florinda i de Gustavo,

- -Parece, Leonor, le dijo Moises, que te has impresionado.
- —¡Ah!... nó, le contestó ella sonriendo tristemente; si algo he sentido, es una verdadera satisfaccion al saber la felicidad de Florinda, felicidad que ella merece, pues no ha sido viciosa ni de mal corazon.

La jóven se detuvo, como si faltara aire a sus pulmones, i llevando a sus labios una almendra, agregó:

—Respecto al fin que han tenido los demas, no me admira. El término fatal de los que abusan de los placeres, es necesariamente desastrozo...

Se detavo nuevamente para respirar con fuerza i agregó:

—A esa porcion de verdades, dichas por una mujer cuando ha principiado a ser feliz, agrega, Moises, estas otras, dichas tambien por una mujer cuando va a dejar de sufrir.

La palidez i ajitacion de Leonor aumentaban grado por grado. Se sirvió una copa de agua i bebió lentamente dos pequeños sorbos.

—Cierto, agregó con voz fatigada por un corto cansancio; cierto que la mujer es bien desgraciada; pero la mayor parte de su desgracia es motivada por el hombre, que como mas fuerte abusa de su fuerza, que como superior abusa de su superioridad. Por mas que ustedes hagan, agregó Leonor con cierta acritud, no podrán negar que de cada cien mujeres perdidas las noventa i nueve han sido seducidas i luego abandonadas. I como no todas, cuando esto sucede, tienen aptitudes para trabajar, ni resignacion suficiente para vivir medio mártires el resto de su vida, no es raro que de paso en paso vayan recorriendo la senda del crímen, única que ven franca en medio del pesar que les causa su falta i del despecho que necesariamente sienten por su abandono.

—Tus ideas a este respecto, le dijo Maximiliano viendo que Leonor se detenia para respirar con fuerza, tus ideas a este respecto, amiga mia, son siempre las mismas. Tú no crees que muchas de esas desgraciadas lo son mas bien por naturaleza que por accidente. —Jamas podré aceptar eso, replicó Leonor; pues si hai algunas viciosas i corrompidas porque nacieron con esa propension, su número es mui insignificante.

Leonor se interrumpió porque un fuerte sacudimiento nervioso conmovió todo su cuorpo.

- —Voi a decirte brevemente, agregó con escitacion, algo de lo que pienso sobre esta materia. Millares de mujeres, despues de sus primeras faltas, se rejenerarian i se harian honradas, si la jeneralidad de los hombres no prefirieran al amor de una sola mujer, los cariños comprados i finjidos que encuentran en los brazos de muchas!... Millares tambien no llegarian al último grado de la depravacion, si los hombres al mismo tiempo que impulsan i fomentan sus pasiones, no las hicieran adquirir poco a poco un odio profundo hácia ellos.
 - -¿Odio hácia los hombres? preguntó Moises.
- —Sí, odio a los hombres, odio a sus acciones i a sus enganos, contestó Leonor con voz un tanto jadeante. Odio con desprecio, continuó, i tanto mas terrible en ciertos momentos, cuanto que la pobre mujer finje lo contrario de lo que siente cuando necesita ganar dinero. Por esto solo, si se medita un poco, la pobre mu jer mereceria mas compasion que desprecio. El hombre, por ser el que paga, tiene al ménos el derecho de elejir; miéntras la mujer, apremiada mil veces por la necesidad, solo se ve forzada a aceptar!...
- —Esta materia, amiga mia, dijo Moises interrumpiendo a la jóven al ver que a cada momento parecia mas fatigada; esta materia, amiga mia, seria interminable; pues si hai miles de cargos que hacer a los hombres, otros tantos hai para las mujeres.
- —Cierto, contestó Leonor oprimiéndose suavemente el pecho bajo el seno izquierdo; cierto, i en tal sentido, podemos hacer las siguientes comparaciones. ¿Quién es mas vil: la mujer que saca la mayor cantidad posible de dinero al hombre que llega donde ella en busca de placeres, o el hombre que da a la mujer la menor cantidad posible de dinero?

- —Ese es un comercio, contestó Maximiliano, i cada cual por su parte tiene razon para hacerlo lo mejor posible.
- Es verdad, repuso Leonor estremeciéndose convulsivamente por segunda vez: es verdad, pero con la diferencia de que el hombre dá su dinero por un placer i la mujer lo recibe para su sustento. Veamos ahora este otro parangon: ¿quién es mas vil i miserable: la mujer que aprovecha el sueño del que la visita i le roba su dinero o sus halajas, o el hombre que roba a la mujer un rato o una noche de su existencia?...

Maximiliano i Moises callaron.

- —Tienen ustedes razon para no contestarme, les dijo ella con voz fatigada i acento amargo, porque esa noche o ese rato robado a la pobre mujer, puede ser para ella un dia entero sin alimento. I tanto mas infame i cruel es ese robo, cuanto que el placer que el hombre ha disfrutado, es a costa de la estenuacion de la desgraciada mujer.
 - -Pero eso es mui raro, dijo Moises por decir algo.
- —¿Mui raro? interrogó Leonor oprimiéndose el pecho como para sacar con mas facilidad la respiracion. ¿Mui raro, dice usted? Lo raro, lo mui rarísimo es que alguna mujer llegue a ese estremo; miéntras que los hombres, lo hacen por gala i lo cuentan como una hazaña. I no pára ahí, solamente, la perversidad de ellos: muchos, no solo roban a las mujeres lo que ellas les han ganado, sino que, por el solo espíritu de hacerles mal, les destrozan sus muebles o sus trajes o se los roban para arrojarlos en la calle!...

Una nueva convulsion, mas fuerte que las anteriores, cortó la palabra en los labios de Leonor.

- —Tú estás enferma, Leonor, le dijo Moises, viendo la intensa palidez que invadia el semblante de la jóven.
- —Nó, contestó ella sonriendo tristemente: estos estremecimientos son los precursores de mi mejoría.
- —¡Pero estás mui pálida, le dijo Moises; i así como poco ha respirabas con fuerza inusitada, así ahora lo haces con suma

lentitud... A mas, he notado que apénas probaste el almuerzo, lo que no es natural en tí...

—Así es, repuso ella débilmente; pero en cambio he comido muchas almendras.

—¿Quieres que llamemos un médico? le preguntó Maximiliano, participando de los temores de Moises.

Leonor hizo un jesto negativo, i reclinándose un tanto sobre la mesa, balbuceó:

—¡Ya es tarde!... La vida para mí era una carga odiosa i he querido concluir!...

Hizo un esfuerzo para sobreponerse a la postracion que la dominaba, i agregó con vos suave, lenta i entrecortada:

—Amigos mios: si para ustedes tiene algun valor la súplica de una moribunda, óiganme un instante!

Trascurrieron como dos minutos de terrible ansiedad para Moises, que veia a Leonor a cada momento mas atacada por fuertes convulsiones.

—; Pronto! esclamó Moises comprendiendo la verdad i dirijiéndose a Maximiliano: pronto, corre a buscar un médico, que yo la asistiré intertanto.

Maximiliano se precipitó a la calle..

-Es inútil, dijo Leonor con creciente postracion.

—¿Pero qué has tomado? le preguntó Moises. ¡Díme qué veneno has tomado, pues aun puede ser tiempo de salvarte!

Leonor meneó la cabeza negativamente, i asiendo las manos de Moises, le dijo con voz débil i suplicante:

—¡No me interrumpas!... Sírveme tú de albacea i cumple lo que en este papel te suplico!...

Al decir lo anterior comenzó a temblar como atacada de parálisis, i solo con gran trabajo pudo sacar del bolsillo de su vestido un papel doblado que entregó a Moises.

Pero a ese tiempo llegó Maximiliano acompañado de un médico, que felizmente vivia cerca.

Leonor habia caido en una profunda postracion.

- -¿Qué ha tomado esta señora? preguntó el médico despues de examinar a la enferma un instante.
- —No lo sabemos, contestó Moises: almorzó junto con nosotros i de lo único que comió sin participarnos, fué de esas almendras.

El médico tomó una, la partió con los dientes i arrojándola acto continuo, esclamó:

-; Son almendras amargas!... Se ha envenenado!

Leonor habia apoyado la cabeza en el respaldo de la silla i con los párpados cerrados, la faz pálida i los brazos estendidos al largo de su cuerpo, respiraba con suma dificultad. El médico le aplicó el oido al lado del corazon i dijo:

- —Ya es tarde: el ácido cianhídrico desarrollado de las almendras, ha paralizado ya los movimientos del corazon.
 - -; Cómo! esclamó Moises. ¿Ha muerto tan pronto?
- —Sí, contestó el médico: el ácido cianhídrico es un veneno terrible, que mata tan velozmente como el rayo!...
- —¡Desgraciada! esclamó Maximiliano: fué caprichosa i rara hasta para morir!...
- —Aquí se ha cumplido, agregó Moises, el adajio que dice: «así como es la vida es la muerte.»

En seguida, i ántes que el médico se retirara, Moises desplegó el papel que le habia dado Leonor i en el cual habia escrito lo signiente:

«TESTAMENTO DE UNA MUJER PERDIDA.

"He resuelto morir porque la vida se me hace odiosa i tengo miedo, un miedo atroz al porvenir.

«Despues de haber sido tan mimada i atendida en mi juventud; despues de haberme acostumbrado al lujo, a la riqueza i a la ociosidad, me espanta la idea de ser pobre i de verme obligada a trabajar.

«Me espanta, tambien, la consideracion de que, en breve tiempo, cuando hayan algunas arrugas mas en mi semblante i algunas canas mas en mi cabeza, seré despreciada i humillada. Esto no podrá soportarlo mi orgullo, i vale mas morir ántes que eso suceda. Anoche ha sido la primera vez que he sido públicamente ultrajada i humillada por un hombre: no quiero que eso se repita.

«No se crea por esto que el despecho de verme despreciada por Ricardo sea la causa de mi muerte; nó, es una idea antigua que realizo al ver llegar la hora de mi decadencia. Si tuviera fuerzas para hacerme virtuosa, abandonaria la relajacion; pero quien ha vivido siempre en el vicio, es mui difícil que se morijere.

«¡Moriré, pues, ántes de verme mas degradada i moriré maldiciendo la memoria del primer hombre que me engañó!...

«¡Ojalá mi trájico fin sirva de leccion a una, siquiera, de mis desgraciadas hermanas! Ojalá el verme morir, cuando aun podria ser dichosa, sirva de leccion a las que como yo han derramado el oro ganado a costa de su deshonra i de su vida!

«El pordiosero que mendiga su pan de puerta en puerta; el esforzado barretero que pasa meses enteros sepultado en los tenebrosos sótanos de las minas; el mas infeliz en fin, de los seres que hai en la tierra, inspiran simpatía i compasion; pero nosotras, ¡ah! solo inspiramos desprecio; i si no fuese porque somos una especie de máquinas de placer para los hombres, ellos serian los primeros en rechazarnos, así como son los primeros en engañarnos finjiéndonos amor cuando les punza el aguijon del deseo.

«No quiero, por tanto, vivir; pues si he sufrido) cuando mi juventud i mi hermosura me hacian el objeto de las adulaciones de todos los hombres, me están reservados dias de mucha amargura cuando aquellas hayan desaparecido.

«Al que dejo el encargo de cumplir mi última voluntad, suplico lo siguiente:

1.º Quiero que mi cuerpo sea enterrado tal como en la hora de mi muerte esté vestido i en un cajon de madera, liso, sin adorno alguno. 2.º Quiero que sobre mi tumba se ponga el siguiente epitafio:

LEONOR

VIVIÓ ENGAÑADA I ENGAÑANDO.

AMÓ CON LOS SENTIDOS I LA CABEZA I A ELLA NO LA AMARON
JAMAS CON EL CORAZON.

BUSCÓ EN LA MUERTE SU PURIFICACION I EL SERVIR DE ESCAR-MIENTO A LAS DEMAS.»

3.º Quiero que mis alhajas, mis muebles i cuanto poseo, sean vendidos; i lo que produzcan, dade a alguna mujer que, despues de haber vivido entregada al vicio, quiera trabajar i hacerse mujer honrada. Deberá tomarse precauciones para que no malbarate el dinero como lo hizo Natalia.

«Finalmente, quiero que mi muerte sea divulgada por si puede servir de advertencia a alguna de mis desgraciadas compañeras.

Leonor Saravia.

EPÍLOGO

Moises cumplió fielmente las disposiciones de Leonor, ménos la tercera, pues hasta hoi no ha encontrado una mujer que sinceramente desee o se atreva a cambiar de vida.

El dinero está depositado en el Banco Valparaiso, i segun lo cree Moises, permanecerá muchos años ahí, pues por lo que le ha enseñado su esperiencia, son rarísimas las Magdalenas i mucho mas rarísimas aun las Florindas.

Por nuestra parte i al dejar la pluma diremos:

¡Feliz la mujer que, despues de haber caido, en tiempo oportuno, se aparta del vicio i vuelve a la vida honrada!

¡Feliz tambien el hombre que es causa de la rehabilitacion de esa mujer, pues uno i otro se evitan las dolorosas consecuencias que acarrea la relajacion!

INDICE

	1]8.
Prólogo	5
Una dama como hai muchas	9
Cuatro letras que son baldon e ignominia para quien se	
aplican i empañan hasta los labios del que las pro- nuncia	21
Tres citas para una noche	33
A los estremos que conduce la relajacion!	38
Caloe	
Celos	44
Uno para ir i otro para regresar	51
Las obras de una mujer frívola	63
La Traviata	68
Estraño desafio	86
Una entre cinco	92
Amores de un fátuo	103
Juicio sobre ciertas mujeres	114
El primero i último amante	126
Un caballero de industria	140
La luna de miel	146
La primera nubecilla	152
Por una camelia	157
Introduccion a una tertulia de confianza	162
De cómo se puede principiar a ser desgraciado cuando se	
dan fiestas para ser mas feliz	172
Mientras unos rien otros Iloran	179
De tertulia en orjía	199
De como una María puede convertirse en Mr. Jhonson	211
Gastar su fortuna en una mujer es quedarse sin mujer i	
sin fortuna	227
La vida del tunante	243
Despues de media noche (el último atavio del dia)	263
Cinismo de una mujer perdida	279
Consejos de un amigo	293
De cómo arrastran las pasiones al hombre	298
Un rayo de esperanza que se desvanece	309
Una mujer en el auje de su fortuna	322
Los propósitos de un enamorado	331

Pucheros de niño i rabietas de hombre 3-	45
Una paloma que vuela de su nido 3:	53
THE DESIGNATION OF THE PARTY OF	61
	75
	86
	92
	03
	15
The first the second se	26
A COMMISSION OF THE PROPERTY O	35
on annother and an annual and and parenting and an annual parenting and an annual and an annual and an annual and an an annual and an	52
The same of the sa	66
	77
Epilogo 4	95

FIN DEL ÍNDICE

EL AUTOR A LOS LECTORES

Todas las obras que hasta hoi habíamos publicado, han sido dadas a la imprenta a medida que las carillas salian de nuestra pluma. Nunca nuestra salud había sido causa de tantos i tan largos atrasos como ha sufrido la presente. Al terminarla hoi, gracias a la abnegacion de jeneroso amigo, constituido en modesto escribiente a la cabecera del lecho en que varias veces nos ha postrado la enfermedad: al terminarla hoi, decimos, creemos necesario dar esta esplicacion a nuestros lectores, para que sirva ella al mismo tiempo de justificacion a nuestros ajentes, cuyas molestias deploramos.

Lo que nos ha acaecido en esta publicacion, motivará tambien el que no demos en lo sucesivo a luz una obra sino cuando esté comple-

tamente terminada.